LIBRO PRIMERO.

DE LA HISTORIA DE LOS TRABAIOS DE Persiles, y Sigismunda.



CAPITVLO PRIMERO.

VOZES daua el barbaro Cursicurbo à la estrecha boca de vna profunda mazmorra, antes sepultura, que prision de muchos cuerpos viuos, que en ella estauan sepultados; y aun que su terrible, y espantoso estruendo cerca, y lexos se escuchaua, de nadie eran entendidas articuladamente las razones que pronunciaua, sino de la miserable Cloelia, à quien sus desventuras en aquella profundidad tenian encerrada. Haz, ò Cloelia (dezia el barbaro) que assi como està ligadas las manos atràs, salga acà arriba atado a essa cuerda que descuelgo, aquel mancebo, que avrà dos dias que te entregamos: y mira bien si entre las mugeres de la passada presa ay alguna que merezca nuestra compañia, y gozar de la luz del claro cielo, que nos cubre, y del ayre saludable, que nos rodea. Dessa colgò en esto vna gruessa

A cuer-

cuerda de cañamo, y de alli a poco espacio èl, y otros quatro barbaros tiraron azia arriba, en la qual cuerda ligado por debaxo de los braços sacaron asido fuertemente a vn mancebo, al parecer de hasta diez y nueue, ò veinte años, vestido de lienço basto, como marinero; pero hermoso sobre todo encarecimiento. Lo primero que hizieron los barbaros, fue requerir las espossas, y cordeles con que a las espaldas traia ligadas las manos. Luego le sacudieron los cabellos, que como infinitos anillos de puro oro la cabeça le cubrian; limpiaronle el rostro, que cubierto de polvo tenia, y descubrió vna tan marauillosa hermosura, que suspendió, y enterneció los pechos de aquellos que para ser sus verdugos le lleuauan. No mostraua el gallardo moço en su semblante genero de afliccion alguna, antes con ojos al parecer alegres alçò el rostro, y mirò al cielo por todas partes, y con voz clara, y no turbada lengua, dixo: Gracias os hago, ò inmensos, y piadosos cielos, de que me aueis traido a morir adonde vuestra luz vea mi muerte, y no adonde estos obscuros calaboços, de donde agora salgo, de sombras caliginosas la cubran. Bien querria yo no morir desesperado a lo menos, porque soy Christiano; pero mis desdichas son tales, que me llaman, y casi fuerçan a desearlo. Ninguna de estas razones fue entendida de los barbaros, por ser dichas en diferente lenguage que el suyo, y assi cerrando primero la boca de la mazmorra con vna gran piedra, y cogiendo al mãcebo sin desatarle, entre los quatro llegaron cõ èl a la marina, donde tenian vna balsa de maderos, y atados vnos cõ otros con fuertes bexucos, y flexibles mimbres. Este artificio les seruia, como luego pareciò, de baxel, en que pasauan a otra isla, que no dos millas, ò tres de alli se parecia. Saltaron luego en los maderos, y pusieron en medio de ellos sentado al prisionero, y luego vno de los barbaros asiò de vn grandissimo arco, que en la balsa estaua, y poniẽdo en èl vna desmesurada flecha, cuya punta era de pedernal, con mucha presteza le flechò, y encarando al mãcebo, le señalo por su blãco, dando señales, y muestras de que ya le queria passar el pecho. Los barbaros que quedauan, asieron de tres palos gruesos, cortados a manera de remos, y el vno se puso a ser timonero y

y los dos a encaminar la balsa a la otra isla. El hermoso moço, que por instantes esperaua, y temia el golpe de la flecha amenazadora, encogia los ombros, apretaua los labios, enarcaua las cejas, y con silencio profundo dentro en su coraçon pedia al cielo, no que le librasse de aquel tã cercano, como cruel peligro, sino que le diesse animo para sufrillo. Viendo lo qual el barbaro flechero, y sabiendo que no auia de ser aquel el genero de muerte con que le auiã de quitar la vida, hallando la belleza del moço piedad en la dureza de su coraçon, no quiso darle dilatada muerte, teniendole siẽpre encarada la flecha al pecho, y assi arrojò de si el arco, y llegandose à èl, por señas como mejor pudo, le diò a entender que no queria matarle. En esto estauan, quando los maderos llegaron a la mitad del estrecho, que las dos islas formauan, en el qual de improuiso se leuantò vna borrasca, que sin poder remediallo los inexpertos marineros, los leños de la balsa se desligaron, y diuidieron en partes (quedando en la vna que seria de hasta seis maderos compuesta) el mancebo, que de otra muerte, que de ser anegado, tan poco auia que estaua temeroso. Leuãtaron remolinos las aguas, pelearon entre si los contrapuestos vientos, anegaronse los barbaros, salieron los leños del atado prisionero al mar abierto; passauanle las olas por cima, no solamente impidiendole ver el cielo; pero negandole el poder pedirle tuuiesse compassion de su desventura: y si tuuo, pues, las continuas, y furiosas ondas q̃ à cada punto le cubrian, no le arrancaron de los leños, y se le lleuaron consigo à su abismo, que como lleuaua atadas las manos à las espaldas, ni podia assirse, ni vsar de otro remedio alguno. De esta manera que se ha dicho, saliò à lo raso del mar, que se mostrò algun tanto sossegado, y tranquilo, al boluer vna punta de la isla, adonde los leños milagrosamente se encaminaron, y del furioso mar se defendieron. Sentòse el fatigado jouen, y tendiendo la vista à todas partes, casi junto à èl descubriò vn nauio, que en aquel redoso del alterado mar, como en seguro puerto se reparaua. Descubrieron assimismo los del nauio los maderos, y el bulto q̃ sobre ellos venia, y por certificarse que podia ser aquello, echaron el esquife al agua, y llegaron

à verlo, y hallando alli al tan desfigurado, como hermoso mancebo, con diligencia, y lastima le passaron a su nauio, dando con el nueuo hallazgo admiracion à quantos en el estauan. Subiò el moço en braços agenos, y no pudiendo tenerse en sus pies de puro flaco (porq̃ auia tres dias q̃ no auia comido) y de puro molido, y mal tratado de las olas, dio consigo vn gran golpe sobre la cubierta del nauio, el Capitan del qual, con animo generoso, y compassion natural, mandò que le socorriessen: acudieron luego vnos à quitarle las ataduras, otros à traer conservas, y odoriferos vinos, con cuyos remedios boluiò en si como de muerte à vida el desmayado moço, el qual poniendo los ojos en el Capitan, cuya gentileza, y rico trage le lleuò tras si la vista, y aun la lengua, y le dixo: Los piadosos cielos te paguen, piadoso señor, el biẽ que me has hecho, que mal se pueden lleuar las tristezas del animo, sino se esfuerçan los desfallecimientos del cuerpo: mis desdichas me tienen de manera, que no te puedo hazer ninguna recompensa de este beneficio, sino es con el agradecimiento; y si se sufre que vn pobre afligido pueda dezir de si mismo alguna alabança, yo sè que en ser agradecido, ninguno en el mundo me podrà lleuar alguna ventaja. Y en esto probo à leuãtarse para ir a besarle los pies, mas la flaqueza no se lo permitiò, porque tres vezes lo probò, y otras tãtas boluiò a dar consigo en el suelo. Viẽdo lo qual el Capitan, mandò que le lleuassen debaxo de cubierta, y le echassen en dos trasportines, y que quitandole los mojados vestidos, le vistiessen otros enjutos, y limpios, y le hiziessen descãsar y dormir. Hizose lo que el Capitan mandò, obedeciò callãdo el moço, y en el Capitan creciò la admiracion de mueuo, viendolo leuantar en pie con la gallarda disposicion que tenia, y luego le començò à fatigar el deseo de saber de èl lo mas presto que pudiesse, quien era, como se llamaua, y de que causas auia nacido el efecto que en tanta estrecheza le auia puesto: pero excediendo su cortesia a su deseo, quiso que primero se acudiesse a su debilidad, que cumplir la voluntad suya.

CAP.

CAPITVLO II.

Del Libro Primero.

REpensando dexarõ los ministros de la nave al mancebo, en cumplimiento de lo que su señor les auia mandado; pero como le acosauan varios, y tristes pensamientos, no podia el sueño tomar posesiõ de sus sentidos, ni menos lo consintieron vnos congojosos suspiros, y vnas angustiadas lamentaciones, que à sus oidos llegaron, à tu parecer salidos de entre vnas tablas de otro apartamiento, que junto al suyo estaua, y poniendose con grande atencion à escucharlas, oyò que dezian: En triste, y menguado signo mis padres me engendraron, y en no benigna estrella mi madre me arrojò a la luz del mundo, y bien digo, arrojò, porque nacimiento como el mio antes se puede dezir arrojar, que nacer. Libre pensè yo que gozara de la luz del Sol en esta vida; pero engañome mi pensamiento, pues me veo a pique de ser vendida por esclaua: desventura, a quien ninguna puede compararse! O tu, quien quiera que seas, dixo a esta sazon el mancebo, si es, como dezir se suele, que las desgracias, y trabajos, quando se comunican, suelen aliuiarse; llegate aqui, y por entre los espacios descubiertos de estas tablas cuẽtame los tuyos, que si en mi no hallares aliuio, hallaràs quien de ellos se compadezca. Escucha, pues, le fue respondido, que en las mas breues razones te contarè las sinrazones que la fortuna me ha hecho; pero querria saber primero a quien las cuento. Dime si eres por ventura vn mancebo, que poco ha hallaron medio muerto en vnos maderos que dizen siruen de barcos a vnos barbaros, que estàn en esta isla, donde auemos dado fondo, reparandonos de la borrasca que se ha leuantado? El mismo soy, respondiò el mancebo. Pues quien eres, preguntò la persona que hablaua? Dixeratelo, si no quisiera que primero me obligaras con contarme tu vida, que por las palabras que poco ha que te oi dezir, imagino que no deue de ser tan buena, como quisieras. A lo que le respondieron: Escucha, que en cifra te dire mis males. El Capitan, y señor de este navio se llama Arnaldo, es hijo heredero del Rey de Dinamarca, a cuyo poder vino

por diferentes, y estraños acõtecimientos vna principal dõzella, à quien yo tuue por señora, à mi parecer, de tanta hermosura, que entre las que oy viuen en el mundo, y entre aquellas que puede pintar en la imaginacion el mas agudo entendimiento, puede lleuarla ventaja: Su discreciõ iguala à su belleza, y sus desdichas à su discrecion, y à su hermosura; su nombre es Auristela, sus padres de linage de Reyes, y de riquissimo Estado. Esta, pues, à quien todas estas alabanças vienen cortas, se viò vendida, y comprada de Arnaldo, y con tanto ahinco, y con tantas veras la amò, y la ama, que mil vezes de esclaua la quiso hazer su señora, admitiendola por su legitima esposa, y esto con voluntad del Rey, padre de Arnaldo, que juzgò, que las raras virtudes, y gentileza de Auristela muchõ mas que ser Reyna merecian: Pero ella se defendia, diziẽdo, no ser possible romper vn voto que tenia hecho de guardar virginidad toda su vida, y que no pẽsaua quebrarle en ninguna manera, si bien la solicitassen promessas, ò la amenaçassen muertes; pero no por esto ha dexado Arnaldo de entretener sus esperanças con dudosas imaginaciones, arrimãdolas à la variacion de los tiẽpos, y à la mudable condiciõ de las mugeres: hasta que sucediò, que andando mi señora Auristela por la ribera del mar, solazandose, no como esclaua, sino como Reyna, llegaron vnos baxeles de cosarios, y la robaron, y lleuaron, no se sabe adonde. El Principe Arnaldo imaginando que estos cosarios eran los mismos que la primera vez se la vendieron, los quales cosarios andã por todos estos mares, insulas, y riberas robando, ò comprando las mas hermosas donzellas que hallan, para traellas por grangeria à vender à esta insula, donde dizen que estamos, la qual es habitada de vnos barbaros, gente indomita, y cruel, los quales tienen entre si por cosa inuiolable, y cierta persuadidos, ò ya del demonio, ò ya de vn antiguo hechizero, à quien ellos tienen por sapientissimo varon, que de entre ellos ha de salir vn Rey, que conquiste, y gane gran parte del mundo. Este Rey que esperan, no saben quien ha de ser, y para saberlo, aquel hechizero les diò esta orden: Que sacrificassen todos los hombres que à su insula llegassen, de cuyos coraçones,

di-

digo de cada vno de porsi hiziessen polvos, y los diessen à beber à los barbaros mas principales de la insula, con expressa orden, que el que los passasse sin torcer el rostro, ni dar muestras de q̃ le sabia mal, le alçassen por su Rey; pero no ha de ser este el que conquiste el mundo, sino vn hijo suyo. Tambien les mandò, que tuuiessen en la isla todas las donzellas que pudiessen, ò comprar, ò robar, y que la mas hermosa de ellas se la entregassen luego al barbaro, cuya sucesion valerosa prometia la bebida de los polvos. Estas donzellas compradas, ò robadas, son bien tratadas de ellos, que solo en esto muestran no ser barbaros; y las, que compran, son à subidissimos precios, que los pagan en pedaços de oro sin cuño, y en preciosissimas perlas, de que los mares de las riberas de estas islas abundan: y à esta causa, lleuados de este interès, y ganancia, muchos se han hecho cosarios, y mercaderes. Arnaldo, pues, que como te he dicho, ha imaginado, que en esta isla podria ser que estuuiesse Auristela mitad de su alma, sin la qual no puede viuir, ha ordenado, para certificarse de esta duda, de venderme à mi à los barbaros, porque quedando yo entre ellos, sirua de espia de saber lo que desea, y no espera otra cosa, sino que el mar se amanse, para hazer escala, y concluir su venta. Mira, pues, si con razon me quexo, pues la ventura que me aguarda, es venir à viuir entre barbaros, que de mi hermosura no me puedo prometer venir à ser Reyna, especialmente si la corta suerte huuiesse traido à esta tierra à mi señora la sin par Auristela. Desta causa nacierõ los suspiros que me has oido, y de estos temores las quexas que me atormentan. Callò, en diziendo esto, y al mancebo se le atrauesò vn ñudo en la garganta, pegò la boca cõ las tablas, que humedeciò con copiosas lagrimas, y al cabo de vn pequeño espacio le preguntò, si por ventura tenia algunos barruntos, de que Arnaldo huuiesse gozado de Auristela, ò ya de que Auristela, por estar en otra parte prendada, desdeñasse à Arnaldo, y no admitiesse tan gran dadiua como la de vn Reyno, porque à èl le parecia que tal vez las leyes del gusto humano tienen mas fuerça q̃ las de la Religion. Respondiòle: Que aunq̃ ella imaginaua, que el tiempo auia podido dar à Auristela ocasiõ de que-

rer bien a vn tal Periandro, que la auia facado de su patria, Caualiero generoso, dotado de todas las partes que le podian hazer amable de todos aquellos que le conocies sen, nunca se le auia oido nõbrar en las continuas quexas, que de sus desgracias daua al cielo, ni en otro modo alguno. Preguntole, si conocia ella a aquel Periandro, que dezia: Dixole que no, si no que por relacion sabia ser el que lleuò a su señora, a cuyo seruicio ella auia venido, despues que Periandro por vn estraño acontecimiẽto la auia dexado. En esto estauan, quando de arriba llamaron à Saurisa, que este era el nombre de la que sus desgracias auia contado, la qual oyendose llamar, dixo: Sin duda alguna el mar està manso, y la borrasca quieta, pues me llaman para hazer de mi la desdichada entrega; a Dios te queda, quienquiera que seas, y los cielos te libren de ser entregado, para que los polvos de tu abrasado coraçon testifiquen esta vanidad, è impertinente profecia; que tambien estos insolentes moradores de esta insula buscan coraçones que abrasar, como donzellas que guardar, para lo q̃ procuran. Apartaronse, subio Saurisa a la cubierta, quedò el mancebo pensatiuo, y pidiò que le diessen de vestir, que queria leuantarse; truxeronle vn vestido de damasco verde, cortado al modo del que èl auia traido de lienço. Subio arriba, recibiòle Arnaldo cõ agradable semblante, sentòle junto a si; vistieron a Saurisa rica, y gallardamente, al modo que suelen vestirse las Ninfas de las aguas, ò las Amadriades de los montes. En tanto que esto se hazia con admiracion del moço; Arnaldo le contò todos sus amores, y sus intentos, y aun le pidiò consejo de lo que haria: y le preguntò, si los medios que ponia para saber de Auristela, iban bien encaminados. El moço, que del razonamiento que auia tenido con Saurisa, y de lo que Arnaldo le contaua, tenia el alma llena de mil imaginaciones, y sospechas, discurriendo cõ velocissimo curso del entendimiento lo que podria suceder, si acaso Auristela entre aquellos barbaros se hallasse; le respondiò. Señor, yo no tengo edad para saberte aconsejar; pero tengo voluntad que me mueue a seruirte, que la vida que me has dado con el recibimiento, y mercedes q̃ me has hecho, me obligan a emplearla en tu seruicio;

cio: Mi nombre es Periãdro, de nobilissimos padres nacido, y al par de mi nobleza corre mi desventura, y mis desgracias, las quales por ser tantas, no conceden lugar aora para contarlas. Essa Auristela q̃ buscas es vna hermana mia, que tambien yo ando buscando, que por varios acontecimientos ha vn año q̃ nos perdimos; por el nombre, y por la hermosura que me encareces, conozco sin duda que es mi perdida hermana, que daria por hallarla no solo la vida que posseo, sino el contento q̃ espero recibir de auerla hallado, que es lo mas q̃ puedo encarecer: y assi como tan interessado en este hallazgo, voy escogiẽdo otros muchos medios, q̃ en la imaginacion fabrico este, que aunque venga a ser con mas peligro de mi vida, será mas cierto, y mas breue: Tu, señor Arnaldo estàs determinado de vender esta donzella a estos barbaros, para q̃ estando en su poder, vea si està en el suyo Auristela, de que te podràs informar, boluiendo otra vez a vẽder otra donzella a los mismos barbaros, y a Taurisa no le faltarà modo, ò dara señales si esta, ò no Auristela con las demas, q̃ para el efecto q̃ se sabe los barbaros guardã, y con tanta solicitud compran. Assi es la verdad, dixo Arnaldo, y he escogido antes a Taurisa, q̃ a otra, de quatro q̃ vã en el nauio para el mismo efecto, porque Taurisa la conoce que ha sido su dõzella. Todo esso esta muy bien pensado, dixo Periandro; pero yo soy de parecer, que ninguna persona hara esta diligencia tan bien como yo, pues mi edad, mi rostro, el interès q̃ se me sigue, juntamente con el conocimiento que tẽgo de Auristela, me està incitando a aconsejarme que tome sobre mis ombros esta empresa: mira, señor, si vienes en este parecer, y no lo dilates, q̃ en los casos arduos, y dificultosos en vn mismo punto hã de andar el consejo, y la obra. Quadrole a Arnaldo las razones de Periandro, y sin reparar en algunos inconuenientes que se le ofrecia, las puso en obra, y de muchos, y ricos vestidos de que venia prouehido, por si hallaua a Auristela, vistiò a Periandro, que quedo, al parecer, la mas gallarda, y hermosa muger que hasta entonces los ojos humanos auian visto, pues si no era la hermosura de Auristela, ninguna otra podia igualarsele. Los del nauio quedarõ admirados, Taurisa atonita, el Principe confuso,

fuso, el qual a no pensar q̃ era hermano de Auristela, el cõsiderar que era varon, le traspassara el alma con la dura lãça de los zelos, cuya punta se atreue a entrar por las de el mas agudo diamante, quiero dezir que los zelos rompẽ toda seguridad, y recato, aũque dèl se armen los pechos enamorados. Finalmente hecho el metamorfosis de Periandro se hizieron vn poco à la mar, para que de todo en todo de los barbaros fuessen descubiertos. La priesa con que Arnaldo quiso saber de Auristela, no consintiò en que preguntasse primero à Periandro, quien eran èl y su hermana y porquè trances auian venido al miserable en que le auia hallado; que todo esto, segun buen discurso, auia de preceder à la confiança que dèl hazia: pero como es propia condicion de los amantes ocupar los pensamientos, antes en buscar los medios de alcançar el fin de su deseo, q̃ en otras curiosidades, no le diò lugar à que preguntasse lo que fuera bien, que supiera, y lo que supo despues, quãdo no le estuuo bien el saberlo. Alongados, pues, vn tanto de la isla, como se ha dicho, adornaron la naue con flamulas, y gallardetes, que ellos açotando el ayre, y ellas besando las aguas, hermosissima vista hazian: el mar tranquilo, el cielo claro, el son de las chirimias, y de otros instrumentos, tan belicos, como alegres, suspeñdian los animos: y los barbaros, que de no muy lexos lo mirauan, quedaron mas suspensos, y en vn momento coronaron la ribera, armados de arcos, y saetas, de la grandeza que otra vez se ha dicho. Poco menos de vna milla llegaua la naue à la isla, quando disparando toda la artilleria, que traia mucha, y gruessa, arrojò el esquife al agua, y entrando en èl Arnaldo, Taurisa, y Periandro, y otros seis marineros, pusieron en vna lança vn lienço blanco, señal de que venian de paz (como es costumbre casi en todas las naciones de la tierra) y lo que en esta les sucedió, se cuenta en el capitulo que se sigue.

CAPITVLO III.

Del primer Libro.

COmo se iba acercando el barco à la ribera, se iban apiñando los barbaros, cada vno deseoso de saber primero que viesse lo que en èl venia, y en señal que lo recibirian de paz, y nò de guerra, sacaron muchos lienços, y los campearon por el ayre, tiraron infinitas flechas al viento, y con increible ligereza saltauan algunos de vnas partes en otras. No pudo llegar el barco à abordar cõ la tierra, por ser la mar baxa, que en aquellas partes crece, y mengua como en las nuestras; pero los barbaros hasta cãtidad de veinte se entraron à pie por la mojada arena, y llegaron à èl casi a tocarse con las manos. Traian sobre los ombros a vna muger barbara, pero de mucha hermosura, la qual, antes que otro alguno hablasse, dixo en lengua Polaca: A vosotros, quien quiera que seais, pide nuestro Principe, ò por mejor dezir nuestro Gouernador, que le digais quien sois, à que venis, y que es lo que buscais; si por ventura traeis alguna donzella que vender, se os serà muy bien pagada; pero si son otras mercancias las vuestras, no las hemos menester, porque en esta nuestra isla, merced al cielo, tenemos todo lo necessario para la vida humana, sin tener necesidad de salir à otra parte a buscarlo. Entendiòla muy bien Arnaldo, y preguntòla, si era barbara de nacion, ò si acaso era de las cõpradas en aquella isla? A lo que le respondiò: Respondeme tu a lo que he preguntado, que estos mis amos no gustan que en otras platicas me dilate, sino en aquellas que hazen al caso para su negocio. Oyendo lo qual Arnaldo, respondiò: Nosotros somos naturales del Reyno de Dinamarca, vsamos el oficio de mercaderes, y de cosarios, trocamos lo que podemos, vendemos lo que nos compran, y despachamos lo que hurtamos; y entre otras presas que a nuestras manos han venido, ha sido la de esta donzella (y señalò a Periandro) la qual, por ser vna de las mas hermosas, ò por mejor dezir, la mas hermosa del mũdo, os la traemos à vender, q̃ ya sabemos el efecto para que las compran en esta isla: y si es que ha de salir verdadero el vaticinio que vuestros Sabios han dicho, bien podeis esperar

rar de esta sin igual belleza, y disposicion gallarda, que os dará hijos hermosos, y valientes. Oyendo esto algunos de los barbaros, preguntaron à la barbara, les dixesse lo que dezia, dixolo ella, y al momento se partieron quatro dellos y fueron (à lo que pareciò) à dar auiso à su Gouernador. En este espacio que boluian, preguntò Arnaldo à la barbara, si tenian algunas mugeres comprадas en la isla, y si auia alguna entre ellas de belleza tanta, que pudiesse igualar a la q̃ ellos traian para vender? No, dixo la barbara, porque aunqué ay muchas, ninguna de ellas se me iguala, porque en efecto yo soy vna de las desdichadas, para ser Reyna de estos barbaros, que seria la mayor desvẽtura que me pudiesse venir. Boluieron los q̃ auian ido à la tierra, y con ellos otros muchos, y su Principe, que lo mostrò ser en el rico adorno qué traia. Auiase echado sobre el rostro vn delgado, y trasparente velo Periandro, por dar de improuiso, como rayo, con la luz de sus ojos en los de aquellos barbaros, que con grandissima atencion le estauan mirando. Hablò el Gouernador con la barbara, de que resultò, que ella dixo à Arnaldo, que su Principe dezia, que mandasse alçar el velo à su donzella: hizose assi, leuantòse en pie Periandro, descubriò el rostro, alçò los ojos al cielo, mostrò dolerse de su ventura, estendio los rayos de sus dos soles à vna, y otra parte, que encontrandose con los del barbaro Capitan, dieron con èl en tierra, à lo menos assi lo diò à entender el hincarle de rodillas, como se hincò, adorando à su modo en la hermosa imagen, que pensaua ser muger; y hablando con la barbara, en pocas razones concertò la venta, y diò por ella todo lo que quiso pedir Arnaldo, sin replicar palabra alguna. Partieron todos los barbaros à la isla, en vn instante boluieron con infinitos pedaços de oro, y cõ luengas sartas de finissimas perlas, que sin cuenta, y à monton confuso se las entregaron à Arnaldo, el qual luego tomando de la mano à Periandro, le entregò al barbaro; y dixo a la interprete, dixesse a su dueño, que dentro de pocos dias boluería a venderle otra donzella, si no tan hermosa, a lo menos tal, que pudiesse merecer ser cõprada. Abraçò Periandro a todos los que en el barco veniã, casi preñados los ojos de lagrimas, que no le nacian de co-

coraçon afeminado, sino de la consideracion de los rigurosos trances que por èl auiã passado. Hizo señal Arnaldo à la naue, que disparasse la artilleria, y el barbaro à los suyos, que tocassen sus instrumentos, y en vn instante atronò el cielo la artilleria, y la musica de los barbaros llenaron los ayres de confusos, y diferentes sones. Con este aplauso, lleuado en ombros de los barbaros, puso los pies en tierra Periandro, llegò à su naue Arnaldo, y los que cõ èl venian, quedando concertado entre Periandro, y Arnaldo, que si el viento no le forçasse, procuraria no desviarse de la isla sino lo que bastasse, para no ser de ella descubierto, y boluer à ella à vender (si fuesse necessario) à Taurisa, que con la seña que Periãdro le hiziesse, se sabria el si, ò el no del hallazgo de Aurisela; y en caso que no estuuiesse en la isla, no faltaria traça para libertar à Periandro aunque fuesse mouiendo guerra a los barbaros con todo su poder, y el de sus amigos.

(?)

CAPITVLO IV.
Del Libro Primero.

ENtre los que vinièron à concertar la compra de la donzella, vino con el Capitan vn barbaro, llamado Bradamiro, de los màs valiẽtes, y mas principales de toda la isla, menospreciador de toda ley, arrogante sobre la misma arrogancia; y atreuido tanto como el mismo, porque no se halla con quien compararlo. Este, pues, desde el punto que vio a Periandro, creyendo ser muger, como todos lo creyeron, hizo disignio en su pensamiento de escogerla para sì, sin esperar à que las leyes del vaticinio se probassen, òcumpliessen. Assi como puso los pies en la insula Periandro, muchos barbaros à porfia le tomaró en ombros, y con muestras de infinita alegria le lleuaron à vna gran tienda, que entre otras muchas pequeñas en vn apacible, y deleytoso prado estauan puestas, todas cubiertas de pieles de animales, quales domesticos, quales selvaticos. La barbara, que auia seruido de interprete de la compra, y venta, no se le quitaua del lado, y con palabras, y en lengua que èl no entendia,

le

le consolaua. Ordenò luego el Gouernador, que passassen à la insula de la prision, y traxesen de ella algun varon, si le huuiesse, para hazer la prueba de su engañosa esperança. Fue obedecido al punto, y al mismo instãte tẽdierõ por el suelo pieles curtidas, olorosas, limpias, y lisas de animales, para que de manteles sirviessen; sobre las quales arrojaron, y tendieron sin concierto, ni policia alguna diuersos generos de frutas secas, y sentandose èl, y algunos de los principales barbaros que alli estauan, començò à comer, y à combidar por señas à Periãdro, que lo mismo hiziesse. Solo se quedò en pie Bradamiro, arrimado à su arco, clauados los ojos en la que pensaua ser muger. Rogòle el Gouernador se sentasse, pero no quiso obedecerle; antes dando vn gran suspiro, boluiò las espaldas, y se saliò de la tienda. En esto llegò vn barbaro, que dixo al Capitan, que al tiempo que auia llegado èl, y otros quatro para passar a la prision, llegò à la marina vna balsa, la qual traia vn varon, y à la muger guardiana de la mazmorra, cuyas nueuas pusieron fin à la comida, y leuãtandose el Capitan con todos los que alli estauan, acudiò à ver la balsa. Quiso acompañarle Periandro, de lo que èl fue muy cõtento; quando llegaron, ya estauan en tierra el prisionero, y la custodia. Mirò atentamente Periandro, por ver si por ventura conociá al desdichado, à quien su corta suerte auia puesto en el mismo estremo en que èl se auia visto; pero no pudo verle el rostro de lleno en lleno, à causa que tenia inclinada la cabeça, y como de industria parecia que no dexaua verse de nadie; pero no dexò de conocer à la muger, que dezian ser guardiana de la prision, cuya vista, y conocimiento le suspendiò el alma, y le alborotò los sentidos, porque claramẽte, y sin poner duda en ello conociò ser Cloelia, ama de su querida Auristela. Quisiera la hablar, pero no se atreuiò, por no entender si acertaria, ò no en ello: y assi reprimiendo su deseo, como sus labios, estuuo esperãdo en lo que pararia semejante acontecimiẽto. El Gouernador, con deseo de apresurar sus pruebas, y dar felize compañia à Periandro, mandò que al momento se sacrificasse aquel mancebo, de cuyo coraçon se hiziessen los polvos de la ridicula, y engañosa prueba. Asieron al momento del mancebo muchos bar-

barbaros, sin mas ceremonias que atarle vn lienço por los ojos, le hizieron hincar de rodillas, atandole por atras las manos; el qual sin hablar palabra, como vn manso cordero esperaua el golpe que le auia de quitar la vida. Visto lo qual por la antigua Cloelia, alçò la voz, y con mas aliento que de sus muchos años se esperaua, començò à dezir: Mira, ò gran Gouernador, lo que hazes, porque esse varon que mandas sacrificar, no lo es, ni puede aprouechar, ni seruir en cosa alguna a tu intenciò, porque es la mas hermosa muger que puede imaginarse. Habla, hermosissima Auriftela, y no permitas, lleuada de la corriente de tus desgracias, que te quiten la vida, poniendo tassa à la prouidencia de los cielos, que te la pueden guardar, y conseruar, para que felizmente la gozes. A estas razones los crueles barbaros detuuieron el golpe, que ya la sombra del cuchillo se señalaua en la garganta del arrodillado Mãdò el Capitan desatarle, y dar libertad à las manos, y luz à los ojos, y mirandole con atẽciò, le pareciò ver el mas hermoso rostro de muger que huuiesse visto; y juzgò, aunq̃ barbaro, que sino era el de Periandro, ninguno otro en el mundo podria igualarsele. Que lẽgua podrà dezir, ò que pluma escriuir lo que sintiò Periandro, quando conociò ser Auriftela la condenada y la libre? Quitòsele la vista de los ojos, cubriòsele el coraçon, y con passos torcidos, y floxos fue à abraçarse con Auriftela, à quien dixo, teniendola estrechamente entre sus braços: O querida mitad de mi alma, ò firme coluna de mis esperanças, ò prenda, que no sè si diga por mi biẽ, ò por mi mal hallada, aũque no serà sino por bien, pues de tu vista no puede proceder mal ninguno: ves aqui à tu hermano Periandro (y esta razon dixo con voz tan baxa, que de nadie pudo ser oida) y prosiguiò diziendo: Viue, señora, y hermana mia, que en esta isla no ay muerte para las mugeres, y no quieras tu para contigo ser mas cruel que sus moradores; confia en los cielos, que pues te han librado hasta aqui de los infinitos peligros en q̃ te deues de auer visto, te librarán de los que se pueden temer de aqui adelante. Ay hermano, respondiò Auriftela (que era la misma que por varon pensana ser sacrificada) ay hermano, replicò otra vez, y como creo que este, en

que

que nos hallamos ha de ser el vltimo trãce que de nuestras desventuras puede temerse: fuerte dichosa ha sido el hallarte, pero desdichada ser en tal lugar, y en semejante trage. Llorauan entrambos, cuyas lagrimas viò el barbaro Bradamiro, y creyendo que Periandro las vertia del dolor de la muerte de aquel que pensò ser su conocido, pariẽte, ò amigo, determinò de libertarle, aunque se pusiesse à romper por todo inconueniente; y assi llegandose à los dos, asiò de la vna mano à Auristela, y de la otra à Periandro, y con semblante amenazador, y ademàn soberuio, en alta voz dixo: Ninguno sea osado, si es que estima en algo su vida, de tocar à estos dos, aun en vn solo cabello: esta donzella es mia, porque yo la quiero, y este hombre ha de ser libre, porque ella lo quiere. Apenas huuo dicho esto, quando el barbaro Gouernador indignado, è impaciente sobre manera, puso vna grande, y aguda flecha en el arco, y desviandole de si, quãto pudo estenderse el braço izquierdo, pusola en pulguera, con el derecho junto al diestro oido, y disparò la flecha con tan buen tino, y con tanta furia, que en vn instante llegò à la boca de Bradamiro y se la cerrò, quitãdole el mouimiento de la lengua, y sacãdole el alma, con que dexò admirados, atonitos, y suspensos à quantos alli estauan; pero no hizo tan à su salvo el tiro tan atreuido, como certero, que no recibiesse por el mismo estilo la paga de su atreuimiento: porque vn hijo de Corticurbo el barbaro, que se ahogò en el passage de Periandro, pareciẽdole ser mas ligeros sus pies, que las flechas de su arco, en dos brincos se puso junto al Capitan, y alçando el braço le embaynò en el pecho vn puñal, que aunque de piedra, era mas fuerte, y agudo que si de azero forjado fuera: cerrò el Capitan en sempiterna noche los ojos, y dio con su muerte vengança à la de Bradamiro, alborotò los pechos, y los coraçones de los parientes de entrambos; puso las armas en las manos de todos, y en vn instante, incitados de la vengança, y colera, començaron à embiar muertes en las flechas de vnas partes à otras; acabadas las flechas, como no se acabaron las manos, ni los puñales, arremetieron los vnos à los otros, sin respetar el hijo al padre, ni el hermano al hermano, antes como

si

si de muchos tiempos atras fuerã enemigos mortales por muchas injurias recibidas; con las vñas se despedaçauan, y con los puñales se herian, sin auer quien los pusiesse en paz. Entre estas flechas, entre estas heridas, entre estos golpes, y entre estas muertes estauan juntos la antigua Cloelia, la donzella interprete, Periandro, y Auristela todos apiñados, y todos llenos de confusion, y de miedo: en mitad de esta furia, leuados en buelo algunos barbaros, de los que deuian de ser de la parcialidad de Bradamiro, se desviaron de la contienda, y fueron a poner fuego à vna selva, que estaua alli cerca, como à hazienda del Gouernador: començaron à arder los arboles, y a fauorecer la ira el viento que aumentando las llamas, y el humo, todos temieron ser ciegos, y abrasados. Llegauase la noche, que aunque fuera clara, se obscureciera, quanto mas siendo obscura, y tenebrosa; los gemidos de los que morian, las vozes de los que amenazauan, los estallidos del fuego, no en los coraçones de los barbaros ponian miedo alguno, porque estauan ocupados con la ira, y la vengança; ponianle, si, en los de los miserables apiñados, que no sabian que hazerse, adonde irse, o como valerse: y en esta sazon tan confusa no se olvidò el cielo de socorrerles por tan estraña nouedad, que la tuuieron por milagro. Ya casi cerraua la noche, y como se ha dicho, obscura, y temerosa, y solas las llamas de la abrasada selva dauan luz bastante para diuisar las cosas, quando vn barbaro mancebo se llegò à Periandro, y en lengua Castellana, que de èl fue bien entendida, le dixo: Sigueme, hermosa donzella, y di que hagan lo mismo las personas que contigo estàn, que yo os pondrè en salvo, si los cielos me ayudan. No le respoddio palabra Periandro, sino hizo que Auristela, Cloelia, y la interprete, se animassen, y le siguiessen; y assi pisando muertos, y hollando armas, siguieron al joven barbaro, que les guiava; leuauan las llamas de la ardiente selva à las espaldas, que les seruian de viento, que el passo les aligerasse. Los muchos años de Cloelia, y los pocos de Auristela no permitian que al passo de su guia tendiessen el suyo. Viẽdo lo qual el barbaro robusto y de fuerças, asio de Cloelia,

y se la echò al hombro, y Periandro hizo lo mismo de Auristela; la interprete menos tierna, mas animosa, con varonil brio los seguia. De esta manera cayendo, y leuantando, como dezir se suele, llegaron à la marina, y auiendo andado como vna milla por ella àza la vanda del Norte, se entrò el barbaro por vna espaciosa cueua, en quien la saca del mar entraua, y salia: pocos passos anduuieron por ella, torciendose à vna, y otra parte, estrechandose en vna, y alargandose en otra, ya agazapados, ya inclinados, ya agobiados al suelo, y ya en pie, y derechos, hasta que salieron, à su parecer, à vn campo raso, pues les pareciò que podian libremente endereçarse, que assi se lo dixo su guiador, no pudieron verlo ellos por la obscuridad de la noche, y porque las luzes de los encendidos montes, que entonces cõ mas rigor ardian, alli llegar no podian. Bendito sea Dios, dixo el barbaro en la misma lengua Castellana, que nos ha traido a este lugar, que aunque en èl se puede temer algun peligro, no serà de muerte: en esto vieron que àzia ellos venia corriendo vna gran luz, bien assi como cometa, o por mejor dezir, exalacion que por el ayre caminaua; esperaranla con temor, si el barbaro no dixera: Este es mi padre, que viene à recibirme. Periandro, q̃ aunque no muy despiertamente sabia hablar la lengua Castellana, le dixo: El cielo te pague, ò Angel humano, ò quien quiera q̃ seas, el bien que nos has hecho, que aunque no sea otro, que el dilatar nuestra muerte, lo tenemos por singular beneficio. Llegò en esto la luz, que la traia vno, al parecer barbaro, cuyo aspecto la edad poco mas de cincuenta años le señalaua. Llegando, puso la luz en tierra, que era vn grueso palo de tea, y à braços abiertos se fue à su hijo, à quiẽ preguntò en Castellano: Que que le auia sucedido, que con tal compañia boluia. Padre, respondio el moço, vamos à nuestro rãcho, que ay muchas cosas que dezir, y muchas mas que pensar; la isla se abrasa, casi todos los moradores della quedan hechos ceniza, ò medio abrasados; estas pocas reliquias que aqui veis, por impulso del cielo las he hurtado à las llamas, y al filo de los barbaros puñales. Vamos señor, como tengo dicho, a nuestro rãcho, para que la caridad de mi madre, y de mi hermana se muestre, y exercite en acari-

ri-

riciar à estos mis cansados, y temerosos huespedes. Quiso el padre, siguieronle todos, animose Cloelia, pues caminò a pie; no quiso dexar Periãdro la hermosa carga que lleuaua, por no ser possible que le diesse pesadumbre, siendo Auristela vnico bien suyo en la tierra. Poco anduuieron, quando llegaron a vna altissima peña, al pie de la qual descubrieron vn anchissimo espacio, ò cueua, a quien seruiã de techo, y de paredes las mismas peñas: salieron con teas encendidas en las manos dos mugeres vestidas al trage barbaro, la vna muchacha de hasta quinze años, y la otra hasta treinta; esta hermosa, pero la muchacha hermosissima. La vna dixo; Ay padre, y hermano mio; y la otra no dixo mas sino: Seais bien venido regalado hijo de mi alma. La interprete estaua admirada de oir hablar en aquella parte, y a mugeres que parecian barbaras, otra lengua de aquella que en la isla se acostumbraua; y quando les iba à preguntar, que misterio tenia saber ellas aquel lenguage, lo estoruò mandar el padre à su esposa, y a su hija, que aderezassen con lanudas pieles el suelo de la inculta cueua: ellas le obedecieron, arrimando a las paredes las teas, en vn instante, solicitas, y diligentes sacaron de otra cueua que mas adentro se hazia, pieles de cabras, y ouejas, y de otros animales, con que quedò el suelo adornado, y se reparò el frio, que començaua a fatigarles.

CAPITVLO V.

De la quenta que diò de si el barbaro Español à sus nuevos huespedes.

PResta, y breue fue la cena; pero por cenarla sin sobresalto la hizo sabrosa: renouaron las teas, y aunque quedò ahumado el aposento, quedò caliente; las baxillas que en la cena siruieron, ni fueron de plata, ni de Pita; las manos de la barbara, y barbaro pequeños fueron los platos, y vnas cortezas de arboles vn poco mas agradables, que de corcho fueron los vasos. Quedòse Candia lexos, y siruiò en su lugar agua pura, limpia y frigidissima; quedose dormida Cloelia, porque los luengos años mas amigos son del sueño, que de otra qualquiera conuersacion, por gustosa que sea. Acomodòla la barbara grande en el segundo apartamiento, haziendole de pieles, assi colchones, como

fraçadas. Boluio a sentarse con las demas, a quien el Español dixo en lengua Castellana de esta manera: Puesto que estaua en razon que yo supiera primero, señores mios, algo de vuestra hazienda, y sucessos, antes que os dixera los mios, quiero, por obligaros, que los sepais, porque los vuestros no se me encubran, despues que los mios hubieredes oido. Yo, segun la buena suerte quiso, naci en España en vna de las mejores Prouincias de ella; echaronme al mundo padres medianamente nobles; criaronme cómo ricos, llegue à las puertas de la Gramatica, que son aquellas por donde se entra à las demas ciencias. Inclinòme mi estrella, si bien en parte à las letras, mucho mas à las armas; no tuue amistad en mis verdes años, ni con Ceres, ni con Baco, y assi en mi siempre estuuo Venus fria. Leuado, pues, de mi inclinacion natural, dexè mi patria, y fuime à la guerra, que entonces la Magestad del Cesar Carlos Quinto hazia en Alemania contra algunos Potentados de ella, fueme Marte fauorable, alcancè nombre de buen soldado, honrome el Emperador, tuue amigos, y sobre todo aprendi à ser liberal, y bien criado, que estas virtudes se aprenden en la escuela del Marte Christiano; bolui à mi patria honrado, y rico, con proposito de estarme en ella algunos dias gozando de mis padres, que aun viuian, y de los amigos que me esperauan; pero esta que llaman fortuna, que yo no è lo que se sea, embidiosa de mi sossiego, boluiendo la rueda, que dizen que tiene, me derribò de su cumbre, adonde yo pensè que estaua puesto, al profundo de la miseria en que me veo, tomando por instrumento para hazerlo, a vn Caualiero, hijo segundo de vn Titulo, que junto à mi lugar el de su Estado tenia. Este, pues, vino a mi pueblo a ver vnas fiestas, estando en la plaça en vna rueda, ò corro de hidalgos, y Caualleros, donde yo tambien hazia numero, boluiendose a mi, con ademan arrogante, y risueño, me dixo: Brauo estais, señor Antonio, mucho le ha aprouechado la platica de Flandes, y de Italia, porque en verdad que està bizarro, y sepa el buen Antonio, que yo le quiero mucho. Yo le respondi: Porque yo soy aquel Antonio, beso à vuessa Señoria las manos mil vezes por

la

la merced que me haze ; en fin vuessa Señoria haze como quien es, en honrar à sus compatriotas, y seruidores; pero con todo esso quiero que vuessa Señoria entienda, que las galas yo me las lleuè de mi tierra à Flandes, y con la buena criança naci del viẽtre de mi madre, ansi que por esto ni merezco ser alabado, ni vituperado; y cõ todo, bueno, ò malo q̃ yo sea, soy muy seruidor de vuessa Señoria, à quien suplico me honre como merecen mis buenos deseos. Vn hidalgo que estaua à mi lado, grãde amigo mio, me dixo, y no tan baxo que no lo pudo oir el Cauallero: Mirad amigo Antonio como hablais, que al señor Don Fulano no le llamamos acà Señoria. A lo que respondiò el Cauallero, antes que yo respondiesse: El buen Antonio habla bien, porque me trata al modo de Italia, donde en lugar de merced dizen Señoria. Bien sè, dixe yo, los vsos, y las ceremonias de qualquiera buena criança, y el llamar à vuessa Señoria, Señoria, no es al modo de Italia, sino porque entiendo, que el que me ha de llamar vos, ha de ser Señoria, al modo de España: y yo, por ser hijo de mis obras, y de padres hidalgos, merezco el merced de qualquier Señoria, y quien otra cosa dixere (y esto echando mano a mi espada) està muy lexos de ser bien criado, y diziendo, y haziendo le di dos cuchilladas en la cabeça muy bien dadas, con que le turbè de manera, que no supo lo que le auia acontecido, ni hizo cosa en su desagrauio, que fuesse de prouecho, y yo sustentè la ofensa, estandome quedo con mi espada desnuda en la mano. Pero passandosele la turbacion, puso mano à su espada, y con gentil brio procurò vengar su injuria, mas yo no le dexè poner en efecto su honrada determinacion, ni à èl la sangre que le corria de la cabeça de vna de las dos heridas. Alborotaronse los circunstantes, pusieron mano contra mi: retirème à la casa de mis padres, contèles el caso, y aduertidos del peligro en que estaua, me prouyeron de dineros, y de vn buen cauallo, aconsejandome a que me pusiesse en cobro, porque me auia grangeado muchos, fuertes, y poderosos enemigos; hizelo ansi, y en dos dias pisè la raya de Aragon, donde respirè algun tanto de mi no vista priesa. En re-

solucion, con poco menos diligencia me puse en Alemania, donde bolui a seruir al Emperador. Alli me auisarõ que mi enemigo me buscaua con otros muchos, para matarme del modo que pudiesse; temi este peligro, como era razon que lo temiesse. Boluime a España, porque no ay mejor asylo que el que promete la casa del mismo enemigo: vi a mis padres de noche, tornaronme a proueer de dineros, y joyas, con que vine a Lisboa, y me embarquè en vna naue, que estaua con las velas en alto, para partirse a Inglaterra, en la qual iban algunos Caualleros Ingleses, que auian venido llenados de su curiosidad a ver a España, y auiendola visto toda, ò por lo menos las mejores Ciudades de ella, se boluian a su patria. Sucediò, pues, que yo me rebolui sobre vna cosa de poca importancia con vn marinero Ingles, a quien fue forçoso darle vn bofeton; llamo este golpe la colera de los demas marineros, y de toda la chusma de la naue, que començaron a tirarme todos los instrumẽtos arrojadizos, que les vinieron a las manos: retirème a castillo de popa, y tomè por defensa a vno de los Caualleros Ingleses, poniendome a sus espaldas, cuya defensa me valiò de modo, que no perdi luego la vida; los demas Caualleros sossegaron la turba, pero fue con condicion q̃ me arrojassen a la mar, ò que me diessen el esquife, o barquilla de la naue, en que me boluiesse a España, ò adonde el cielo me lleuasse. Hizose assi, dieronme la barca proueida con dos barriles de agua, vno de manteca, y alguna cantidad de vizcocho. Agradeci a mis valedores la merced que me hazian, entrè en la barca con solos dos remos, alargòse la naue, vino la noche obscura, hallème solo en la mitad de la inmensidad de aquellas aguas, sin tomar otro camino, que aquel que le concedia el no contrastar contra las olas, ni contra el viento. Alcè los ojos al cielo encomendème a Dios con la mayor deuocion que pude, mirè al Norte, por donde distingui el camino que hazia, pero no supe el parage en que estaua. Seis dias, y seis noches anduue de esta manera, confiando mas en la benignidad de los cielos, que en la fuerça de mis braços, los quales ya cansados, y sin vigor alguno del continuo trabajo, abãdonaron los remos, que quitè de

de los escalamos, y los puse dentro la barca, para seruirme de ellos quando el mar lo consintiesse, ò las fuerças me ayudassen. Tendime de largo à largo de espaldas en la barca, cerrè los ojos, y en lo secreto de mi coraçon no quedò santo en el cielo à quien no llamasse en mi ayuda; y en mitad de este aprieto, y en medio de esta necesidad (cosa dura de creer) me sobreuino vn sueño tan pesado, que borrandome de los sentidos el sentimiẽto, me quedè dormido (tales son las fuerças de lo q̃ pide, y ha menester nuestra naturaleza) pero allà en el sueño me representaua la imaginacion mil generos de muertes espantosas, pero todas en el agua, y en algunas de ellas me parecia que me comian lobos, y despedaçauan fieras, de modo que dormido, y despierto era vna muerte dilatada mi vida. De este no apacible sueño me despertò con sobresalto vna furiosa ola del mar, que passando por cima de la barca, la llenò de agua; reconoci el peligro, bolui como mejor pude el mar al mar, tornè à valerme de los remos, que ninguna cosa me aprouecharon, vi que el mar se ensobervecia, açotado, y herido de vn viento Abrego, que en aquellas partes parece que mas que en otros mares muestra su poderio; vi que era simpleza oponer mi debil barca à su furia, y con mis flacas, y desmayadas fuerças à su rigor, y assi tornè à recoger los remos, y à dexar correr la barca por donde las olas, y el viento quisiessen lleuarla. Reyterè plegarias, añadi promessas, aumentè las aguas del mar con las que derramaua de mis ojos, no de temor de la muerte, que tan cercana se me mostraua, sino por el de la pena, que mis malas obras merecian. Finalmẽte, no sè acabo de quantos dias, y noches que anduue vagamundo por el mar, siempre mas inquieto, y alterado, me vine a hallar junto à vna isla despoblada de gente humana, aunque llena de lobos, que por ella à manadas discurrian. Llegueme al abrigo de vna peña, que en la ribera estaua, sin osar saltar en tierra, por temor de los animales q̃ auia visto; comi del vizcocho ya remojado, que la necessidad, y la hambre no reparan en nada. Llegò la noche menos obscura que auia sido la passada, pareciò que el mar se sossegaua, y prometia mas quietud el venidero dia; mirè al cielo, vi las estrellas con

aspecto de prometer bonança en las aguas, y folsiego en el ayre. Estando en esto me pareciò por entre la dudosa luz de la noche, que la peña que me seruia de puerto, se coronaua de los mismos lobos que en la marina auia visto, y que vno de ellos (como es la verdad) me dixo en voz clara, y distinta, y en mi propia lengua: Español, hazte à lo largo, y busca en otra parte tu ventura, si no quieres en esta morir hecho pedaços por nuestras vñas, y dientes, y no preguntes quien es el que esto te dize, sino da gracias al cielo de que has hallado piedad en re las mismas fieras. Si quedè espantado, ò no, à vuestra consideracion lo dexo; pero no fue bastante la turbacion mia, para dexar de poner en obra el consejo que se me auia dado. Apretè los escalamos, atè los remos, esforcè los braços, y sali al mar descubierto: mas como suele acontecer, que las desdichas, y aflicciones turban la memoria de quien las padece, no os podrè dezir quantos fueron los dias que anduue por aquellos mares, tragando no vna, sino mil muertes a cada passo, hasta que arrebatada mi barca en los braços de vna terrible borrasca, me hallè en esta isla, donde di al trauès con ella en la misma parte, y lugar adonde està la boca de la cueua, por donde aqui entrastes. Llegò la barca à dar casi en seco por la cueua adentro, pero boluia a sacar la resaca: viendo yo lo qual me arrojè de ella, y clauando las vñas en la arena, no di lugar a que la resaca al mar me boluiesse; y aunque con la barca me lleuaua el mar la vida, pues me quitaua la esperança de cobrarla, holguè de mudar genero de muerte, y quedarme en tierra, que como se dilate la vida, no se desmaya la esperança. A este punto llegaua el barbaro Español, que este titulo le daua su trage, quando en la estancia mas adentro, donde auian dexado à Cloelia, se oyeron tiernos gemidos, y sollozos; acudieron al instante con luzes Auristela, Periandro, y todos los demas, a ver que seria, y hallaron que Cloelia arrimadas las espaldas à la peña, sentada en las pieles, tenia los ojos clauados en el cielo, y casi quebrados. Llegòse a ella Auristela, y à vozes compassiuas, y dolorosas le dixo: Que es esto, ama mia? como, y es posible que me quereis dexar en esta soledad, y a tiempo que

mas

mas he menester valerme de vuestros consejos? Boluiò en si algun tanto Cloelia, y tomando la mano de Auristela, le dixo: Ves ai, hija de mi alma, lo que tengo tuyo, yo quisiera que mi vida durara hasta que la tuya se viera en el sossiego que merece; pero, si no lo permite el cielo, mi voluntad se ajusta con la suya, y de la mejor, que es en mi mano, le ofrezco mi vida; lo que te ruego es, señora mia, que quando la buena suerte quisiere, que si querrà, que te veas en tu Estado, y mis padres aun fueren viuos, ò alguno de mis parientes, les digas, como yo muero Christiana en la Fè de Iesu Christo, y en la que tiene, que es la misma, la Santa Iglesia Catolica Romana, y no te digo mas, porque no puedo. Esto dicho, y muchas vezes pronunciando el nombre de Iesus, cerrò los ojos en tenebrosa noche, à cuyo espectaculo tambien cerrò los suyos Auristela con vn profundo desmayo: hizieronse fuentes los de Periandro, y rios los de los circunstantes: acudiò Periandro a socorrer à Auristela, la qual buelta en si acrecentò las lagrimas, y començò suspiros nueuos, y dixo razones, que mouieran à lastima à las piedras. Ordenòse que otro dia la sepultassen, y quedando en guarda de el cuerpo muerto la donzella barbara, y su hermano, los demas se fueron à reposar lo poco que de la noche les faltaua.

CAPITVLO VII.

Donde el barbaro Español prosigue su historia.

TArdò aquel dia en mostrarse al mũdo, al parecer mas de lo acostũbrado, à causa que el humo, y pauesas del incendio de la isla, que aun duraua, impedia que los rayos del Sol por aquella parte no passassen à la tierra. Mandò el barbaro Español a su hijo que saliesse de aquel sitio, como otras vezes solia, y se informasse de lo qũe en la isla passaua. Con alborotado sueño passarõ los demas aquella noche, porq̃ el dolor, y sentimiẽto de la muerte de su ama Cloelia, no consintiò q̃ Auristela durmiesse; y el no dormir de Auristela tuuo en cõtinua vigilia à Periandro, el qual c. Auristela salio al raso de aquel sitio, y vio q̃ era hecho, y fabricado de la naturaleza, como si la industria, y el arte le huuieran compuesto; era re-

redondo, cercado de altissimas, y peladas peñas, y a su parecer tanteò que baxaua poco mas de vna legua, todo lleno de arboles siluestres, que ofrecian frutos, si bien aspe-ros, comestibles a lo menos. Estaua crecida la yerva, porque las muchas aguas que de las peñas salian, las tenian en perpetua verdura, todo lo qual le admiraua, y suspẽdia; y llegò en esto el barbaro Español, y dixo: Venid señores, y daremos sepultura à la difunta, y fin a mi començada historia; hizieronlo assi, y enterraron a Cloelia en lo hueco de vna peña, cubriendola con tierra, y con otras peñas menores. Auristela le rogò que le pusiesse vna Cruz encima, para señal de que aquel cuerpo auia sido Christiano. El Español respõdiò, q̃ èl traeria vna gran Cruz, que en su estancia tenia, y la pondria encima de aquella sepultura. Dieronle todos el vltimo vale, renouò el llanto Auristela, cuyas lagrimas sacarõ al momento las de los ojos de Periandro. En tanto, pues, que el moço barbaro boluia, se boluieron todos à encerrar en el concavo de la peña, donde auiã dormido por defenderse del frio, que con rigor amenazaua, y auiendose sentado en las blandas pieles, pidio el barbaro silencio, y prosiguiò su cuento en esta forma.

Quando me dexò la barca en que venia, en la arena, y la mar tornò à cobrarla, ya dixe que con ella se me fue la esperança de la libertad, pues aun aora no la tengo de cobrarla, entrè aqui dentro, vi este sitio, y pareciòme que la naturaleza le auia hecho, y formado para ser teatro, dõde se representasse la tragedia de mis desgracias; admiròme el no ver gente alguna, sino algunas cabras montesas, y animales pequeños de diuersos generos, rodeè todo el sitio, hallè esta cueua cavada en estas peñas, y señalela para mi morada. Finalmente, auiendolo rõdeado todo, bolui a la entrada que aqui me auia conducido, por ver si oia voz humana, ò descubria quien me dixesse en que parte estaua; y la buena suerte, y los piadosos cielos que aun del todo no me tenian oluidado, me depararon vna muchacha barbara, de hasta edad de quinze años, que por entre las peñas, riscos, y escollos de la marina pintadas conchas, y apetitoso marisco andaua buscãdo. Pasmose viendome, pegaronsele los pies en la arena, sol-

soltò las cogidas conchuelas, y derramòsele el marisco, y cogiẽdola entre mis braços, sin dezirla palabra, ni ella à mi tampoco, me entrè por la cueua adelãte, y la truxe à este mismo lugar dõde aora estamos, pusela en el suelo, besèle las manos, halagüèle el rostro con las mias, y hize todas las señales, y demostraciones que pude para mostrarme blando, y amoroso con ella. Ella, passado aquel primer espãto, con atentissimos ojos me estuuo mirando, y cõ las manos me tocaua todo el cuerpo, y de quando en quando, ya perdido el miedo, se reìa, y me abraçaua, y sacãdo del seno vna manera de pan hecho a su modo, que no era de trigo, me lo puso en la boca, y en su lengua me hablò, y à lo que despues acà he sabido, en lo que dezia me rogaua que comiesse, y yo lo hize assi, porque lo auia bien menester: ella me assiò de la mano, y me llenò a aquel arroyo que alli està, donde amistosissimo por señas me rogò que bebiesse. Y yo no me hurtaua de mirarla, pareciendome antes Angel del cielo, que barbara de la tierra: boluì a la entrada de la cueua, y alli con señas, y con palabras que ella no entẽdia, le supliquè, como si ella las entendiera, que boluiesse a verme; cõ esto la abracè de nueuo, y ella simple, y piadosa me besò en la frente, y me hizo claras, y ciertas señas de que boluería a verme. Hecho esto, tornè a pisar este sitio, y a requerir, y probar la fruta, de que algunos arboles estauan cargados, y hallè nuezes, y auellanas, y algunas peras silvestres; di gracias a Dios de el hallazgo, y alentè las desmayadas esperanças de mi remedio: passè aquella noche en este mismo lugar, esperè el dia, y en èl esperè tambien la buelta de mi barbara hermosa, de quiẽ comencè a temer, y a rezelar, que me auia de descubrir, y entregarme à los barbaros, de quien imaginè estar llena esta isla; pero luego me desde este temor el verla boluer algo entrado el dia, bella como el Sol, manssa como vna cordera, hiba acompañada de barbaros que me prendiessen, sino cargada de bastimẽtos que me sustentassen. Aqui llegaua de su historia el hispañol gallardo, quando llegò el que auia ido a saber lo que en la isla passaua, el qual dixo, q̃ casi toda estaua abrasada, y todos, o los mas de los barbaros muertos, unos a hierro, y otros a fuego, y que algunos auia vinos, eran los que en al-

gu-

vna cueua tengo de la riguridad del fuego; pero quiero que sepais que estas barcas son fabricadas de madera, y cubiertas de cueros fuertes de animales, bastantes à defender que no entre agua por los costados; pero à lo que he visto, y notado, nunca ellos nauegan sino con mar sossegado, y no traen aquellos lienços que he visto, que traen otras barcas, que suelen llegar à nuestras riberas à vender donzellas, ò varones para la vana superstition que avreis oido dezir, que en esta isla ha muchos tiempos que se acostumbra; por donde vengo à entender, que estas tales barcas no son buenas para fiarlas del mar grande, y de las borrascas, y tormentas que dizẽ que sucedẽ à cada passo. A lo que añadiò Periandro: No ha vsado el señor Antonio deste remedio en tantos años como ha que està aqui encerrado? No respondiò Ricla, porque no me han dado lugar los muchos ojos que miran, para poder concertarme con los dueños de las barcas, y por no poder hallar escusa que dar para la compra. Assi es, dixo Antonio, y no por no fiarme de la debilidad de los baxeles; pero agora que me ha dado el cielo este consejo, pienso tomarle, y mi hermosa Ricla estarà atenta a ver quando vengan los mercaderes de la otra isla, y sin reparar en precio comprarà vna barca con todo el necessario matalotage, diziendo que la quiere para lo que tiene dicho. En resolucion, todos vinieron en este parecer, y saliendo de aquel lugar, quedaron admirados de ver el estrago que el fuego auia hecho, y las armas: viero mil differentes generos de muertes, de quien la colera sin razon, y enojo suelen ser inuentores; vieron assimismo, que los barbaros q̃ auian quedado viuos, recogiendose à sus balsas, desde lexos estauan mirando el riguroso incendio de su patria, y algunos se auian passado à la isla, que seruia de prision à los cautiuos. Quisiera Auristela que passaron à la isla à ver si en la obscura mazmorra quedauan algunos; pero no fue menester, porque vieron venir vna balsa y en ella hasta veinte personas, cuyo trage diò à entender ser los miserables que en la mazmorra estauan. Llegaron a la marina, besaró la tierra, y casi dieró muestras de adorar el fuego, por auerles dicho el barbaro, que los sacò del calabozo obscuro, que la isla se abra

saua,

saua, y que ya no tenian que temer à los barbaros. Fueron recibidos de los libres amigablemente, y consolados en la mejor manera que les fue possible, algunos contaron sus miserias, y otros las dexaron en silencio, por no hallar palabras para dezirlas. Ricla se admirò de que huuiesse auido barbaro tan piadoso, que los sacasse, y de que no huuiessen pasiado à la isla de la prision parte de aquellos que à las balsas se auian recogido; vno de los prisioneros dixo, que el barbaro que los auia libertado (en lengua Italiana) les auia dicho todo el suceso miserable de la abrasada isla, aconsejandoles que passassen à ella à satisfacerse de sus trabajos con el oro, y perlas que en ella hallarian, y que èl vendria en otra balsa que allà quedaua, à tenerles compañia, y à dar traça en su libertad. Los sucessos que contaron, fueron tan diferentes, tan estraños, y tã desdichados, que vnos les sacauan las lagrimas à los ojos, y otros la risa del pecho. En esto vieron venir àzia la isla hasta seis barcas de aquellas de quien Ricla auia dado noticia; hizieron escala pero no sacaron mercaderia alguna, por no parecer barbaro que la comprasse. Concertò Ricla todas las barcas con las mercancias, sin tener intencion de lleuarlas; no quisieron venderle sino las quatro, porque les quedassen dos para boluerse: hizose el precio con liberalidad notable, sin que en èl huuiesse tãto mas quanto. Fue Ricla à su cueua, y en pedaços de oro no acuñado, como se ha dicho, pagò todo lo que quisieron, dieron dos barcas à los q̃ auian salido de la mazmorra, y en otras dos se embarcaro; en la vna todos los bastimentos que pudieron recoger, cõ quatro personas de las recien libres; y en la otra se entraro Auristela, Periandro, Antonio el padre, y Antonio el hijo con la hermosa Ricla, y la discreta Transila, y la gallarda Constança, hija de Ricla, y de Antonio. Quiso Auristela ir à despedirse de los huessos de su querida Cloelia, acõpañaronla todos, llorò sobre la sepultura, y entre lagrimas de tristeza, y entre muestras de alegria boluieron à embarcarse; auiendo primero en la marina hincadose de rodillas y suplicado al cielo con tierna y deuota oracion les diesse felize viage, y los enseñasse el camino que tomarian. Siruiò la barca de Periandro de Capitana, à quien siguieron los

los demas, y al tiempo que queriã dar los remos al agua, porque velas no las tenian; llegò a la orilla del mar vn barbaro gallardo, que à grandes vozes en lengua Toscana dixo: Si por vẽtura sois Christianos los que vais en essas barcas, recoged a este que lo es, y por el verdadero Dios os lo suplica. Vno de las otras barcas dixo: Este barbaro, señores, es el que nos sacò de la mazmorra, si quereis corresponder a la bondad que parece que teneis (y esto encaminando su platica a los de la barca primera) bien serà que le pagueis el bien que nos hizo, con el que le hazeis, recogiendole en nuestra compañia. Oyendo lo qual Periandro, le mandò llegasse su barca a tierra, y le recogiesse en la que lleuaua los bastimentos: hecho esto alçaron las vozes con alegres acentos, y tomando los remos en la mano dieron alegre principio a su viage.

CAPITVLO VII.

Del primer Libro.

QVatro millas, poco mas, ò menos, avrian nauegado las quatro barcas, quando descubrieron vna poderosa naue, que con todas las velas tendidas, y viento en popa, parecia que venia a embestirles. Periandro dixo, auiendola visto: Sin duda este nauio deue de ser el de Arnaldo, q̃ buelue a saber de mi sucesso, y tuuieralo yo por muy bueno agora no verle. Auia ya contado Periandro a Auristela todo lo que con Arnaldo le auia passado, y lo que entre los dos dexaron concertado. Turbòse Auristela, que no quisiera boluer al poder de Arnaldo, de quien auia dicho, aunque breue, y sucintamente, lo que en vn año que estuuo en su poder le auia acontecido. No quisiera ver juntos a los dos amantes, que puesto que Arnaldo estaria seguro cõ el fingido hermanazgo suyo, y de Periandro; todavia el temor de que podia ser descubierto el parentesco, la fatigaua, y mas que quien le quitaria a Periandro no estar zeloso, viendo a los ojos tan poderoso contrario: que no ay discrecion que valga, ni amorosa fe que assegure al enamorado pecho, quando por su desventura entran en èl zelosas sospechas; pero de todas estas se assegurò el viento, que bolviò en vn instãte el soplo que daua de lleno, y en popa à las velas en contrario, de modo que

que à vista suya, y en vn momento breue dexò la naue derribar las velas de alto à baxo, y en otro instante, casi inuisible, las hizaron, y leuantaron hasta las gauias, y la naue començò à correr en popa por el contrario rumbo que venia, alongandose de las barcas con toda priessa. Respirò Aurilela, cobrò nueuo aliento Periandro; pero los demas que en las barcas iban quisieran mudarlas, entrandose en la naue, que por su grandeza mas seguiridad de las vidas, y mas felize viage pudiera prometerles. En menos de dos horas se les encubriò la naue, à quien quisieran seguir, si pudieran, mas no les fue posible, ni pudieron hazer otra cosa, que encaminarse à vna isla, cuyas altas montañas cubiertrs de nieue hazian parecer que estauan cerca, distande de alli mas de seis leguas. Cerraua la noche algo obscura, picaua el viento largo, y en popa, que fue aliuio à los braços, que boluiendo à tomar los remos, se dieron priessa a tomar la isla. La media noche seria, segun el tanteo que el barbaro Antonio hizo de el Norte, y de las guardas, quando llegaron à ella, y por herir blandamente las aguas en la orilla, y ser la resaca de poca consideracion, dieron con las barcas en tierra, y à fuerça de braços las vararon. Era la noche fria de tal modo, que les obligò à buscar reparos para el yelo; pero no hallaron ninguno. Ordenò Periandro, que todas las mugeres se entrassen en la barca Capitana, y apiñandose en ella con la compañia, y estrecheza templassen el frio: hizose assi, y los hombres hizieron cuerpo de guarda à la barca, passeandose como centinelas de vna parte à otra, esperando el dia para descubrir en que parte estauan, porque no pudieron saber por entonces si era, ò no despoblada la isla: y como es cosa natural, que los cuydados destierran el sueño, ninguno de aquella cuydadosa compañia pudo cerrar los ojos; lo qual visto por el barbaro Antonio, dixo al barbaro Italiano: Que para entretener el tiempo, y no sentir tanto la pesadumbre de la noche fuesse seruido de entretenerles, contandoles los sucessos de su vida, porque no podian dexar de ser peregrinos, y raros, pues en tal trage, y en tal lugar le auiã puesto. Harè yo esso de muy buena gana, respondiò el barbaro

Italiano, aunque temo que por ser mis desgracias tantas, tan nueuas, y tan extraordinarias no me aueis de dar credito alguno. A lo que dixo Periandro: En las que à nosotros nos han sucedido, nos hemos ensayado, y dispuesto à creer quantas nos contaren, puesto que tengan mas de lo imposible, que de lo verdadero. Llegùemonos aqui, respondio el barbaro, al borde de esta barca, donde estàn estas señoras, quizà alguna al son de la voz de mi cuento se quedarà dormida, y quizà alguna, desterrando el sueño, se mostrarà compassiua, que es aliuio al que cuenta sus desventuras ver, ò oir que ay quien se duela de ellas. A lo menos por mi, respondiò Ricla de dentro de la barca, y à pesar del sueño tengo lagrimas que ofrecer a la compassion de vuestra corta suerte, del largo tiempo de vuestras fatigas. Assi lo mismo dixo Auristela, y assi todos rodearon la barca, y con atento oido estuuieron escuchàdo lo que èl, que parecia barbaro, dezia, el qual començò su historia desta manera.

CAPITVLO VIII.

Donde Rutilio da cuenta de su vida.

MI nombre es Rutilio, mi patria Sena, vna de las mas famosas Ciudades de Italia, mi oficio maestro de dançar, vnico en èl, y venturoso, si yo quisiera. Auia en Sena vn Cauallero rico, à quien el cielo diò vna hija mas hermosa, que discreta, a la qual tratò de casar su padre con vn Cauallero Florentin, y por entregarsela adornada de gracias adquiridas, ya que las del entendimiento le faltauan, quiso que yo la enseñasse a dançar, que la gentileza, gallardia, y disposicion del cuerpo en los bayles honestos, mas q̃ en otros passos se señalan, y a las damas principales les està muy bien saberlos para las ocasiones forçosas que les pueden suceder. Entrè a enseñarla los mouimientos del cuerpo; pero mouila los del alma, pues como no discreta, como he dicho, rindiò la suya a la mia: y la suerte, que de corriente larga traia encaminadas mi desgracias, hizo que para que los dos nos gozassemos, yo la sacasse de en casa de su padre, y la lleuasse a Roma;

ma; pero como el amor no da baratos sus gustos, y los delitos lleuan a las espaldas el castigo (pues siempre se teme) en el camino nos prendieron a los dos, por la diligẽcia que su padre puso en buscarnos. Su confesion, y la mia, que fue dezir, que yo lleuaua a mi esposa, y ella se iba con su marido, no fue bastante para no agrauar mi culpa, tanto que obligò al juez, mouiò, y conuẽciò a sentenciarme a muerte. Apartaronme en la prision con los ya condenados a ella, por otros delitos no tan honrados còmo el mio. Visitòme en el calaboço vna muger, q̃ dezian estaua presa por fatucherie, que en Castellano se llaman hechizeras, que la Alcaydesa de la carcel auia hecho soltar de las prisiones, y lleuadola a su aposento, a titulo de que con yervas, y palabras auia de curar a vna hija suya de vna enfermedad, que los Medicos no acertauan a curarla. Finalmente por abreuiar mi historia, pues no ay razonamiento, que aunque sea bueno, siendo largo, lo parezca. Viendome yo atado, y cõ el cordel a la garganta, sentẽciado al suplicio, sin orden, ni esperança de remedio, di el si a lo q̃ la hechizera me pidiò, de ser su marido, si me sacaua de aquel trabajo. Dixome, q̃ no tuuiesse pena, que aquella misma noche del dia q̃ sucediò esta platica, ella romperia las cadenas, y los cepos, y a pesar de otro qualquier impedimento me pondria en libertad, y en parte donde no me pudiessen ofender mis enemigos, aunque fuessen muchos, y poderosos. Tuuela no por hechizera, sino por Angel que embiaua el cielo para mi remedio, esperè la noche, y en la mitad de su silencio llegò a mi, y me dixo, que asiesse de la punta de vna caña, que me puso en la mano, diziẽdome la siguiesse: turbème algun tãto, pero como el interès era tan grande, moui los pies para seguirla, y hallèlos sin grillos, y sin cadenas, y las puertas de toda la prision de par en par abiertas, y los prisioneros, y guardas en profundissimo sueño sepultados. En saliendo a la calle tendiò en el suelo mi guiadora vn manto, y mandandome que pusiesse los pies en èl, me dixo: Que tuuiesse buẽ animo, que por entonces dexasse mi deuociones. Luego vi mala señal, luego conoci que queria lleuarme por los ayres; y aunque como Christiano bien enseñado, tenia por burla todas estas hechizerias (como

es razon que se tengan) todavia el peligro de la muerte, como ya he dicho, me dexò atropellar por todo; y en fin puse los pies en la mitad del manto, y ella ni mas, ni menos murmurando vnas razones, que yo no pude entender, y el manto començò à leuantarse en el ayre, y yo comencè a temer poderosamẽte, y en mi coraçon no tuuo Santo la Letania a quien no llamasse en mi ayuda. Ella deuiò de conocer mi miedo, y presentir mis rogatiuas, y boluiòme à mandar que las dexasse. Desdichado de mi, dixe, que bien puedo esperar, si se me niega, el pedirle à Dios, de quien todos los bienes vienen? En resolucion, cerrè los ojos, y dexème lleuar de los diablos, que no son otras las postas de las hechizeras, y al parecer quatro horas, ò poco mas, auia volado, quãdo me hallè al crepusculo del dia en vna tierra no conocida. Tocò el manto el suelo, y mi guiadora me dixo: En parte estas, amigo Rutilio, que todo el genero humano no podra ofenderte, y diziendo esto començò a abraçarme no muy honestamente, apartèla de mi con los braços, y como mejor pude diuisè que la que me abraçaua era vna figura de lobo, cuya vision me elò el alma, me turbò los sentidos, y dio con mi mucho animo al traues; pero como suele acontecer, que en los grandes peligros la poca esperança de vencerlos saca del animo desesperadas fuerças, las pocas mias me pusieron en la mano vn cuchillo, que acaso en el seno traia, y con furia, y rabia se le hinquè por el pecho, a la que pensè ser loba, la qual cayendo en el suelo perdiò aquella fea figura, y hallèmuerta, y corriendo sangre a la desventurada encantadora. Considerad, señores, qual quedaria yo en tierra no conocida, y sin persona que me guiasse. Estuue esperando el dia muchas horas; pero nunca acabaua de llegar, ni por los Orizontes se descubria señal de que el Sol viniesse, apartème de aquel cadauer; porque me causaua horror, y espanto el tenerle cerca de mi; boluia muy a menudo los ojos al cielo, contemplaua el mouimiẽto de las estrellas, y parecia-me, segun el curso que auian hecho, que ya auia de ser de dia. Estando en esta confusion, oi, que venia, hablando por junto de donde estaua, alguna gente, y assi fue verdad, y saliendoles al

en-

encuentro, les preguntè en mi lengua Toscana, que me dixessen que tierra era aquella; y vno de ellos assi Christiano en Italiano me respondio: Esta tierra es Noruega. Pero quien eres tu que lo preguntas, y en lengua que en estas partes ay muy pocos que la entiendan? Yo soy, respondi, vn miserable, que por huir de la muerte he venido à caer en sus manos, y en breues razones le di cuenta de mi viage, y aun de la muerte de la hechizera. Mostrò condolerse el que me hablaua, y dixome: Puedes buen hombre, dar infinitas gracias al cielo por auerte librado del poder de estas maleficas hechizeras, de las quales ay mucha abundancia en estas Setentrionales partes. Cuentase de ellas, que se conuierten en lobos, assi machos, como hembras, porque de entrambos generos ay maleficos y encantadores. Como esto puede ser, yo lo ignoro, y como Christiano que soy Catolico no lo creo; pero la experiencia me muestra lo contrario. Lo que puedo alcançar es, que todas estas transformaciones son ilusiones del demonio, y permission de Dios, y castigo de los abominables pecados de este maldito genero de gẽte. Preguntèle, que hora podria ser, porque me parecia que la noche se alargaua, y el dia nunca venia. Respondiome, que en aquellas partes remotas se repartia el año en quatro tiempos; tres meses auia de noche obscura, sin que el Sol pareciesse en la tierra en manera alguna; y tres meses auia de crepusculo del dia, sin q̃ bien fuesse noche, ni bien fuesse dia; otros tres meses auia de dia claro continuado, sin q̃ el Sol se escondiesse, y otros tres de crepusculo de la noche: y q̃ la sazon en q̃ estauan era la del crepusculo del dia, assi q̃ esperar la claridad del Sol por entonces, era esperança vana y q̃ tãbien lo seria esperar yo boluer à mi tierra tan presto, sino fuesse quando llegasse la sazõ del dia grande, en la qual parten nauios destas partes à Inglaterra, Francia, y España cõ algunas mercancias. Preguntòme si tenia algun oficio en q̃ ganar de comer, mentras llegaua tiempo de boluerme à mi tierra? Dixele q̃ era baylarin, y grande hõbre de hazer cabriolas, y que sabia jugar de manos sutilissimamẽte. Riòse de gana el hombre y me dixo, que aquellos exercicios, ò oficios (ò como llamarlos quisiesse) no corrian en Noruega, ni en todas aquellas par-

tes. Preguntòme si sabria oficio de orifice: Dixele, que tenia habilidad para aprender lo que me enseñasse. Pues venios hermano conmigo, aunque primero serà bien que demos sepultura à esta miserable. Hizimoslo assi y lleuòme à vna Ciudad, donde toda la gente andaua por las calles con palos de tea encendidos en las manos, negociãdo lo que les importaua. Preguntèle en el camino, que como, ò quando auia venido à aquella tierra, y que si era verdaderamente Italiano? Respondiò, que vno de sus passados abuelos se auia casado en ella, viniendo de Italia à negocios que le importauan, y à los hijos que tuuo les enseñò su lengua, y de vno en otro se estendiò por todo su linage hasta llegar à èl, que era vno de sus quartos nietos; y assi como vezino, y morador tan antiguo, lleuado de la aficion de mis hijos, y muger, me he quedado hecho carne, y sangre entre esta gente, sin acordarme de Italia, ni de los parientes que allà dixeron mis padres que tenian. Contar yo aora la casa donde entrè, la muger, è hijos que hallè, y criados (que tenia muchos) el gran caudal, el recibimiento, y agassajo que me hizieron, seria proceder en infinito; basta dezir en suma, que yo aprendi su oficio, y en pocos meses ganaua de comer por mi trabajo. En este tiempo se llegò el de llegar el dia grande, y mi amo, y maestro (que assi le puedo llamar) ordenò de lleuar gran cantidad de su mercancia à otras islas por alli cercanas, y a otras bien apartadas. Fuyme con èl, assi por curiosidad, como por vender algo, que ya tenia de caudal, en el qual viage vi cosas dignas de admirazion, y espanto, y otras de risa, y contento. Notè costumbres, aduertì en ceremonias no vistas, y de ninguna otra gente vsadas. En fin, a cabo de dos meses corrimos vna borrasca, que nos durò cerca de quarenta dias, al cabo de los quales dimos en esta isla, de donde oy salimos entre vnas peñas, donde nuestro baxel se hizo pedaços, y ninguno de los que en èl venian, quedo viuo sino yo.

(?)

CA-

CAPITVLO IX.

Donde Rutilio prosigue la historia de su vida.

LO primero que se me ofreciò à la vista antes que viesse otra cosa alguna, fue vn barbaro pendiente, y ahorcado de vn arbol, por donde conoci que estaua en tierra de barbaros salvages, y luego el miedo me puso delante mil generos de muertes, y no sabiendo que hazerme, alguna, ò todas juntas las temia, y las esperaua. En fin, como la necesidad, segun se dize, es maestra de sutilizar el ingenio, di en vn pensamiẽto harto extraordinario, y fue, que descolguè al barbaro del arbol; y auiendome desnudado de todos mis vestidos, que enterrè en la arena, me vesti de los suyos, que me vinieron bien, pues no tenian otra hechura que ser de pieles de animales, no cosidos, ni cortados à medida, sino ceñidos por el cuerpo, como lo aueis visto, para dissimular la lengua, y que por ella no fuesse conocido por estrangero, me fingi mudo, y sordo, y con esta industria me entrè por la isla adentro, saltando, y haziendo cabriolas en el ayre. A poco trecho descubri vna gran cãtidad de barbaros, los quales me rodearon, y en su lengua vnos y otros con gran priesa me preguntaron (à lo que despues acà he entendido) quien era, como me llamaua, adonde venia, y adonde iba. Respondiles con callar, y hazer todas las señales de mudo mas aparentes que pude, y luego reyteraua los saltos, y menudeaua las cabriolas. Salime de entre ellos siguieronme los muchachos, que no me dexauan adonde quiera que iba: con esta industria passè por barbaro, y por mudo, y los muchachos por verme saltar, y hazer gestos, me dauan de comer de lo que tenian. De esta manera he passado tres años entre ellos, y aun passara todos los de mi vida, sin ser conocido. Con la atencion, y curiosidad notè su lengua, y aprendi mucha parte de ella; supe la profecia que de la duracion de su Reyno tenia profetizada vn antiguo, y sabio barbaro, à quien ellos dauan gran credito: he visto sacrificar algunos varones para hazer la experiencia de su cumplimiento, y he visto comprar algunas dozellas para el mismo efecto, hasta q̃ sucediò el incendio de la isla, q̃ vosotros señores aueis

visto, guardème de las llamas, fuy à dar auiso à los prisioneros de la mazmorra, dõde vosotros sin duda avreis estado; vi estas barcas, acudi à la marina, hallaron en vuestros generosos pechos lugar mis ruegos, recogisteisme en ellas, por lo que os doy infinitas gracias, y agora espero en la del cielo, que pues nos sacò de tanta miseria à todos, nos ha de dar en este que pretẽdemos, felicissimo viage. Aqui diò fin Rutilio à su platica, con que dexò admirados, y contentos à los oyentes; llegole el dia aspero, turbio, y con señales de nieue muy ciertas. Diòle Auristela à Periandro lo que Cloelia le auia dado la noche que murio, que fueron dos pelotas de cera, que la vna, como se viò, cubria vna Cruz de diamantes, tan rica, que no acertaron à estimarla, por no agraujar su valor; y la otra dos perlas redondas, assimismo de inestimable precio. Por estas joyas vinieron en conocimiẽto de que Auristela, y Periandro erã gente principal, puesto que mejor declarana esta verdad su gentil disposicion, y agradable trato. El barbaro Antonio viniendo el dia, se entrò vn poco en la isla, pero no descubriò otra cosa que montañas, y sierras de nieue; y boluiendo a la barca, dixo, que la isla era despoblada, y que conuenia partirse de alli luego à buscar otra parte dõde recogerse del frio que amenazaua, y proueerse de los mantenimientos, que presto le harian falta. Echaron con presteza las barcas al agua, embarcaronse todos y pusieron las proas en otra isla, que no lexos de alli se descubria. En esto, yendo nauegando cõ el espacio que podian prometer dos remos, que no lleuaua mas cada barca, oyeron que de la vna de las otras dos salia vna voz blanda, suaue, de manera que les hizo estar atentos à escuchalla. Notaron especialmente el barbaro Antonio el padre, que notò que lo que se cantaua, era en lengua Portugueta, que èl sabia muy bien. Callò la voz, y de alli à poco bolviò à cantar en Castellano, y no à otro tono de instrumentos que al de remos, que sesgamente por el tranquilo mar las barcas impelian, y notò, que lo q̃ cantaron fue esto:

Ma

Mar seſgo, viento largo, eſtrella clara,
Camino, aunque no vſado, alegre, y ciertto,
Al hermoſo, al ſeguro, al capaz puerto
Lleuan la naue vueſtra, vnica, y rara.

En Scylas, ni en Caribdis no repara,
Ni en peligro, que el mar tenga encubierto,
Siguiendo ſu derrota al deſcubierto,
Que limpia honeſtidad ſu curſo para.

Con todo, ſi os faltàre la eſperança
Del llegar à eſte puerto, no por eſſo
Gireis las velas, que ſerà ſimpleza,

Que es enemigo amor de la mudança:
Y nunca tuuo proſpero ſuceſſo,
El que no ſe quilata en la firmeza.

LA barbara Ricla dixo, en calliando la voz: Deſpacio deue de eſtar, y ocioſo el cantor q̃ en deſemejãte tiempo dà ſu voz à los vientos; pero no lo juzgaron aſsi Periandro, y Auritela, porque le tuuieron por mas enamorado, q̃ ocioſo al que cãtado auia; que los enamorados facilmente reconcilian los animos, y trauã amiſtad con los que conocen que padecen ſu miſma enfermedad; y aſsi con licencia de los demas que en ſu barca venian, aunq̃ no fuera menester pedirla, hizo q̃ el cãtor ſe paſſaſſe à ſu barca, aſsi por gozar de cerca de ſu voz, como ſaber de ſus ſuceſſos, porq̃ perſona q̃ en tales tiẽpos cantaua, òſentia mucho, ò no tenia ſentimiento alguno. Iuntarõſe las barcas, paſsò el muſico à la de Periandro, y todos los della le hizierõ agradable recogida. En entrando el muſico, en medio Portugues, y en medio Caſtellano, dixo: Al cielo, y à voſotros ſeñores, y à mi voz agradezco eſta mudãça, y eſta mejora de auio; aũ q̃ creo q̃ cõ mucha breuedad le dexarè libre de la carga de mi cuerpo, porq̃ las penas q̃ ſiẽto en el alma me vãdando ſeñales de q̃ tengo la vida en ſus vltimos terminos. Mejor lo harà el cielo, reſpondiò Periandro, que pues yo ſoy viuo,

uo, no avrà trabajos que puedan matar à alguno. No ſeria eſperança aquella, dixo à eſta ſazon Auriſtela, à que pudieſſen contraſtar, y derribar infortunios, pues aſsi como la luz reſplandece mas en las tinieblas, aſsi la eſperança ha de eſtar mas firme en los trabajos, que el deſeſperarſe en ellos, es accion de pechos cobardes, y no ay mayor puſilanimidad, ni baxeza que entregarſe el trabajado (por mas que lo ſea) à la deſeſperacion. El alma ha de eſtar, dixo Periandro, el vn pie en los labios, y el otro en los dientes, ſi es que hablo con propiedad, y no ha de dexar de eſperar ſu remedio, porque ſeria agraviar à Dios, que no puede ſer agraviado, poniendo taſſa, y coto à ſus infinitas miſericordias. Todo es aſsi, reſpondiò el muſico, y yo lo creo à deſpecho, y peſar de las experiencias, que en el diſcurſo de mi vida en mis muchos males tengo hechas. No por eſtas platicas dexauan de vogar, de modo que antes de anochecer con dos horas, llegaron à vna isla tambien deſpoblada, aunque no de arboles, porque tenia muchos, y llenos de fruto, que aunque paſſado de ſazon, y ſeco, ſe dexaua comer. Saltaron todos en tierra, en la qual vararon la s barcas, y con gran priesa ſe dieron a deſgajar arboles, y hazer vna gran barraca, para defenderſe aquella noche de el frio: hizieron aſsimiſmo fuego, ludiendo dos ſecos palos el vno con el otro, artificio tan ſabido, como vſado, y como todos trabajauan en vn punto, ſe vio leuantada la pobre maquina, donde ſe recogieron todos, ſupliendo con mucho fuego la incomodidad del ſitio, pareciendoles aquella choça dilatado alcaçar. Satisficieron la hambre, y acomodaranſe à dormir luego, ſi el deſeo que Periandro tenia de ſaber el ſuceſſo del muſico, no lo eſtorvara, porque le rogò, ſi era poſsible, les hizieſſe ſabidores de ſus deſgracias, pues no podian ſer venturas las que en aquellas partes le avian traido. Era cortès el cantor, y aſsi ſin hazerſe de rogar, dixo.

* * * * * * * * *

CA-

CAPITVLO X.

De lo que contò el enamorado Portuguès.

COn mas breues razones de las que sean posibles, darè fin a mi cuento con darle al de mi vida, si es que tengo de dar credito a cierto sueño, que la passada noche me turbò el alma. Yo, señores, soy Portuguès de nacion, noble en sangre, rico en los bienes de fortuna, y no pobre en los de naturaleza. Mi nombre es Manuel de Sosa Coutiño, mi patria Lisboa, y mi exercicio el de soldado. Iunto à las casas de mis padres, casi pared en medio estaua la de otro Cauallero del antiguo linage de los Pereyras, el qual tenia sola vna hija, vnica heredera de sus bienes, que eran muchos, baculo, y esperança de la prosperidad de sus padres; la qual por el linage, por la riqueza, y por la hermosura era deseada de todos los mejores del Reyno de Portugal; y yo, que como mas vezino de su casa tenia mas comodidad de verla, la mirè, la conoci, y la adorè con vna esperança mas dudosa, que cierta, de que podria ser viniesse à ser mi esposa: y por ahorrar de tiempo, y por entender q̃ con ella auian de valer poco requiebros, promessas, ni dadiuas, determinè de que vn pariente mio se la pidiesse à sus padres para esposa mia, pues ni en el linage, ni en la hazienda, ni aun en la edad diferenciauamos en nada. La respuesta que truxo, fue, que su hija Leonora aun no estaua en edad de casarse, que dexasse passar dos años, que le daua la palabra de no disponer de su hija en todo aquel tiempo, sin hazerme sabidor de ello. Lleuè este primer golpe en los ombros de mi paciencia, y en el escudo de la esperança; pero no dexè por esto de seruirla publicamente à sombra de mi honesta pretension, que luego se supo por toda la Ciudad; pero ella retirada en la fortaleza de su prudencia, y en los retretes de su recato, con honestidad, y licencia de sus padres admitia mis seruicios, y daua à entender que si no los agradecia cõ otros, por lo menos no los desestimaua. Sucediò que en este tiempo mi Rey me embiò por Capitan general a vna de las fuerças que tiene en Berberia, oficio de calidad, y de confiança. Llegose el dia de mi partida, y pues en èl no llegò el de mi muerte, no ay

au-

ausência que mate, ni dolor que consuma. Hablè a su padre, hizele que me bolviesse a dar la palabra de la espera de los dos años, tuvo me lástima, porque era discreto, y consintiò que me despidiesse de su muger, y de su hija Leonor, la qual en compañia de su madre salió à verme à vna sala, y salieron con ella la honestidad, la gallardia, y el silencio. Pasmème quando vi tan cerca de mi tanta hermosura, quise hablar, y anudòseme la voz à la garganta, y pegòseme al paladar la lengua, y ni supe, ni pude hazer otra cosa, que callar, y dar con mi silencio indicio de mi turbacion, la qual vista por el padre, que era tan cortès como discreto, se abraçò conmigo, y dixo: Nunca, señor Manuel de Sosa, los dias de partida dà licencia à la lengua que se desmande, y puede ser que este silencio hable en su fauor de vuestra merced mas que alguna otra Retorica; vuestra merced vaya à exercer su cargo, y buelua en buen punto, que yo no faltarè ninguno en lo que tocare à seruirle; Leonora mi hija es obediente, y mi muger desea darme gusto, y yo tengo el deseo que he dicho, que con estas tres cosas me parece que puede esperar vuestra merced buen sucesso en lo que deseo. Estas palabras todas me quedaron en la memoria, y en el alma impressas, de tal manera, que no se me han oluidado, ni se me oluidaràn en tanto que la vida me durare; ni la hermosa Leonora, ni su madre, me dixeron palabra, ni yo pude, como he dicho, dezir alguna. Partime à Berberia, exercitè mi cargo con satisfacion de mi Rey dos años; bolvi à Lisboa, hallè q̃ la fama, y hermosura de Leonora auia salido de los limites de la Ciudad, y del Reyno, y estendidose por Castilla, y otras partes, de las quales venia embaxadas de Principes, y señores, que la pretendian por esposa: pero como ella tenia la voluntad tan sugeta à la de sus padres, no miraua si era ò no solicitada. En fin, viendo yo passado el termino de los dos años, bolui à suplicar à su padre, me la diesse por esposa: Ay de mi, que no es possible que me detenga en estas circunstancias! porque à las puertas de mi vida està llamando la muerte, y temo que no me ha de dar espacio para contar mis desventuras, que si assi fuesse, no las tendria yo por tales. Finalmente vn dia me quisaron, que para vn Domingo venidero me entregarian

rian a mi deseada Leonora, cuya nueua faltò poco para no quitarme la vida de contento, combidè a mis parientes, llamè a mis amigos, hize galas, embiè presentes con todos los requisitos que pudiessen mostrar ser yo el que me casaua, y Leonora la que auia de ser mi esposa. Llegòse este dia, y yo fuy acompañado de todo lo mejor de la Ciudad à vn Monasterio de Monjas, que se llamaua de la Madre de Dios, adonde me dixeron que mi esposa desde el dia de antes me esperaua, que auia sido su gusto que en aquel Monasterio se celebrasse su desposorio con licencia del Arçobispo de la Ciudad. Detuuose algun tanto el lastimado Cauallero, como para tomar aliento de proseguir su platica; y luego dixo: Llegùe al Monasterio, que Real, y pomposamente estaua adornado; salieron à recibirme casi toda la gente principal del Reyno, que alli aguardandome estaua con infinitas señoras de la Ciudad de las mas principales; hundiase el Templo de musica, assi de vozes, como de instrumentos: y en esto salió por la puerta del claustro la sin par Leonora, acompañada de la Priora, y de otras muchas Monjas, vestida de raso blanco acuchillado, con saya entera à lo Castellano, tomadas las cuchilladas con ricas, y gruessas perlas; venja forrada la saya en tela de oro ver de; traia los cabellos sueltos por las espaldas, tan rubios, q̃ deslumbrauan los del Sol, y tan luengos, que casi besauan la tierra; la cintura, collar, y anillos que traia, opiniones huuo que valian vn Reyno. Torno à dezir que salió tan bella, tan costosa, tan gallarda, y tan ricamente compuesta, y adornada, que causò embidia en las mugeres, y admiracion en los hombres. De mi sè dezir, que quedè tal con su vista, que me hallè indigno de merecerla, por parecerme que la agraulaua, aunque yo fuera el Emperador del mundo. Estaua hecho vn modo de teatro en mitad del cuerpo de la Iglesia, donde desenfadadamente, y sin que nadie lo empachasse, se auia de celebrar nuestro desposorio; subiò en èl primero la hermosa donzella, donde al descubierto mostrò su gallardia, y gentileza. Pareciò à todos los ojos que la mirauan, lo que suele parecer la bella Aurora al despuntar del dia (ò lo que dizen las antiguas fabulas) que parecia la casta Diana en los bosques; y

algunos, creo que huuo tan discretos, que no la acertaro à cómparar sino à si mismas. Subi yo al teatro, pensando que subia à mi cielo, y puesto de rodillas ante ella, casi di demostracion de adorarla. Alçose vna voz en el Templo, procedida de otras muchas, que dezia: Viuid felices y luengos años en el mundo, ò dichosos, y bellissimos amantes, coronen presto hermosissimos hijos vuestra mesa, y à largo andar se dilate vuestro amor en vuestros nietos, no sepan los rabiosos zelos, ni las dudosas sospechas la morada de vuestros pechos, rindase la embidia à vuestros pies, y la buena fortuna no acierte à salir de vuestra casa. Todas estas razones, y deprecaciones santas me colmauan el alma de contento, viendo con que gusto general lleuaua el pueblo mi ventura; en esto la hermosa Leonora me tomò por la mano, y assi en pie como estauamos, alçando vn poco la voz, me dixo: Bien sabeis, señor Manuel de Sosa, como mi padre os dio palabra, que no dispondria de mi persona en dos años, que se auian de contar desde el dia que me pedistes, fuesse yo vuestra esposa; y tãbien, si mal no me acuerdo, os dixe yo, viendome acosada de vuestra solicitud, y obligada de los infinitos beneficios que me aueis hecho, mas por vuestra cortesia, que por mis merecimientos, que yo no tomaria otro esposo en la tierra sino à vos; esta palabra mi padre os la ha cumplido, como aueis visto, y yo os quiero cumplir la mia, como vereis, y assi porque sè que los engaños, aunque sean hõrosos, y prouechosos, tienen vn no sè que de traicion, quãdo se dilatan, y entretienen, quiero del que os parecerà que os he hecho, sacaros en este instante. Yo, señor mio, soy casada, y en ninguna manera siendo mi esposo viuo, puedo casarme con otro; yo no os dexo por ningun hombre de la tierra, sino por vno del cielo, que es Iesu Christo Dios, y hombre verdadero; el es mi esposo, à èl le di la palabra primero que a vos, a èl sin engaño, y de toda mi voluntad, y a vos con dissimulacion, y sin firmeza alguna, yo confiesso que para escoger esposo en la tierra, ninguno os pudiera igualar; pero auiendole de escoger en el cielo, quien como Dios? si esto os parece traicion, ò descomedido trato, dadme la pena que quisieredes, y el nõbre

bre se os antojare, que no avrà muerte, promessa, ò amenaza, que me aparte del crucificado Esposo mio. Callò, y al mismo punto la Priora, y las otras Monjas, començaron à desnudarla, y a cortarle la preciosa madexa de sus cabellos: yo enmudeci, y por no dar muestra de flaqueza, tuue cuenta con reprimir las lagrimas que me venian a los ojos, y hincandome otra vez de rodillas ante ella, casi por fuerça le besè la mano, y ella Christianamente compassiua me echò los braços al cuello, alcème en pie, y alçando la voz de modo que todos me oyessen, dixe: *Maria optimam partem elegit*; y diziendo esto, me baxè del teatro, y acompañado de mis amigos me bolui à mi casa, adonde yendo, y viniendo con la imaginacion en este estraño sucesso, vine casi à perder el juizio, y aora por la misma causa vengo a perder la vida, y dando vn gran suspiro se le salio el alma, y dio consigo en el suelo.

CAPITVLO XI.

Del primer Libro.

Acudiò con presteza Periandro à verle, y hallò que auia espirado de todo punto, dexando à todos confusos, y admirados del triste, y no imaginado sucesso. Con este sueño dixo à esta sazon Auristela, se ha escusado este Caualiero de contarnos que le sucediò en la passada noche, los trances por donde vino à tan desastrado termino, y à la prision de los barbaros, que sin duda deuian de ser tan desesperados, como peregrinos. A lo que añadiò el barbaro Antonio: Por marauilla ay desdichado solo, q̃ lo sea en sus desventuras, cõpañeros tienẽ las desgracias, y por aqui, ò por alli siempre son grandes, y entonces lo dexan de ser, quando acaban con la vida del que las padece. Dieron luego orden de enterralle, como mejor pudieron; siruiole de mortaja su mismo vestido, de tierra la nieue, y de Cruz la que le hallaron en el pecho en vn escapulario, que era la de Christus, por ser Caualiero de su Habito, y no fuera menester hallarle esta honrosa señal pa-

para enterarſe de ſu nobleza, pues las auian dado bien claras ſu graue preſencia, y razonar diſcreto. No faltaron lagrimas que le acompañaſſen, porque la compaſsion hizo ſu oficio, y las ſacò de todos los ojos de los circunſtantes. Amaneciò en eſto, boluieron las barcas al agua, pareciẽdoles que el mar les eſperaua ſoſiegado, y blando, y entre triſtes, y alegres, entre temor y eſperança ſiguieron ſu camino, ſin lleuar parte cierta adõde encaminalle. Eſtàn todos aquellos mares caſi cubiertos de islas, todas, ò las mas deſpobladas; y las que tienen gente es ruſtica, y medio barbara, de poca vrbanidad, y de coraçones duros, è inſolentes: y con todo eſto deſeauan topar alguna que los acogieſſe, porque imaginauan que no podian ſer tan crueles ſus moradores, que no lo fueſſen mas las montañas de niebe, y los duros, y aſperos riſcos, de las que atràs dexauan. Diez dias mas nauegaron, ſin tomar puerto, playa, ò abrigo, dexando à entrambas partes dieſtra, y ſinieſtra islas pequeñas, que no prometian eſtar pobladas de gente. Pueſta la mira en vna gran montaña, q̃ à la viſta ſe les ofrecia, y pugnauan con todas ſus fuerças llegar à ella con la mayor breuedad que pudieſſen, porque ya ſus barcas hazian agua, y los baſtimentos à mas andar iban faltando. En fin, mas con la ayuda del cielo, como ſe deue creer, que con las de ſus braços, llegaron a la deſeada isla, y vieron andar dos perſonas por la marina, à quien con grandes vozes preguntò Tranſila, que tierra era aquella, quiẽ la gouernaua, y ſi era de Chriſtianos Catolicos? Reſpondieronle en lengua que èl entendiò, que aquella isla ſe llamaua Golandia, y que era de Catolicos, puesto que eſtaua deſpoblada, por ſer tan poca la gente que tenia, que no ocupaua mas de vna caſa, que ſeruia de meſon à la gente q̃ llegaua à vn puerto que detràs de vn peñon que ſeñalò con la mano, y ſi voſotros, quien quiera que ſeais, quereis repararos de algunas faltas, ſeguidnos cõ la viſta, que noſotros os pondrèmos en el puerto. Dieron gracias à Dios los de las barcas, y ſiguieron por la mar a los que los guiauan por la tierra; y al boluer del peñon que les auian ſeñalado, vieron vn abrigo, que podia llamarſe puerto, y en èl haſta diez, ò doze baxeles, de ellos chicos, de ellos medianos, y de ellos grandes, y fue

gran-

grande la alegria q̃ de verlos recibieron, pues les daua esperança de mudar de nauios, y seguridad de caminar con certeza à otras partes. Llegaron à tierra, salieron assi gente de los nauios, como de el meson à recibirles; saltò en tierra en ombros de Periandro, y de los dos barbaros padre, è hijo, la hermosa Auristela, vestida con el vestido, y adorno con que fue Periandro vendido à los barbaros por Arnaldo. Saliò con ella la gallarda Transila, y la bella barbara Constança con Ricla su madre, y todos los demas de las barcas acompañaron este esquadron gallardo. De tal manera causò admiracio, espanto, y assombro la bellissima esquadra en los de la mar, y la tierra, que todos se postraron en el suelo, y dieron muestras de adorar à Auristela; mirauanla callando, y con tanto respecto, que no acertauan à mouer las lenguas por no ocuparse en otra cosa, que en mirar. La hermosa Transila, como ya auia hecho experiencia de que entendian su lengua, fue la primera que rompiò el silencio, diziendoles: A vuestro hospedage nos ha traido la nuestra hasta oy contraria fortuna; en nuestro trage, y en nuestra mansedumbre echareis de ver, que antes buscamos paz, que guerra, porque no hazen batalla las mugeres, ni los varones afligidos; acogednos, señores, en vuestro hospedage, y en vuestros nauios, que las barcas q̃ aqui nos han conducido, aqui dexan el atreuimiento, y la voluntad de tornar otra vez à entregarse à la instabilidad de el mar, si aqui se cambia por oro, ò por plata lo necessario que se busca, con facilidad, y abundancia sereis recompensados de lo q̃ nos dieredes, q̃ por subidos precios que lo vẽdais, lo recibiremos como si fuesse dado. Vno (milagro estraño) que parecia ser de la gente de los nauios, en lẽgua Española respondiò: De corto entendimiento fuera, hermosa señora, el que dudara la verdad q̃ dizes, que puesto q̃ la mẽtira se disimula, y el daño se disfraça con la mascara de la verdad, y del bien, no es posible q̃ aya tenido lugar de acogerse à tan grã belleza como la vuestra. El patron desse hospedage es cortesissimo, y todos los destas naues ni mas, ni menos; mirad si os dà mas gusto bolueros à ellas, ò entrar en el hospedage, q̃ en ellas sereis recibidos, y tratados como vuestra presẽcia merece.

Entonces viendo el barbaro Antonio, ò oyendo, por mejor dezir, hablar su lengua, dixo: Pues el cielo nos ha traido à parte que suene en mis oidos la dulce lengua de mi nacion, casi tengo ya por cierto el fin de mis desgracias; vamos señores al hospedage, y en reposando algun tanto, darèmos ordẽ en boluer à nuestro camino con mas seguridad que la que hasta aqui hemos traido. En esto vn grumete que estaua en lo alto de vna gauia, dixo à vozes en lengua Inglesa: Vn nauio se descubre, que con tendidas velas, y mar, y viento en popa viene la buelta de este abrigo. Alborotaronse todos, y en el mismo lugar donde estauan, sin mouerse vn passo, se pusieron à esperar el baxel, que tan cerca se descubria, y quando estuuo junto, vieron que las hinchadas velas las atrauessauan vnas Cruzes roxas, y conocieron que en vna vandera que traia en el peñolo de la mayor gauia, venian pintadas las armas de Inglaterra: dispararò en llegando dos piezas de gruessa artilleria, y luego hasta obra de veinte arcabuzes; de la tierra les fue hecha señal de paz, y de alegres vozes, porque no tenian artilleria con que responderle.

CAPITVLO XII.

Del primer libro. Donde se cuenta de que parte, y quien eran los que venian en el nauio.

HEcha, como se ha dicho, la salua de entrãbas partes, assi de l nauio, como de la tierra, al momento echaron ancoras los de la naue, y arrojaron el esquife al agua; en el qual el primero que saltò, despues de quatro marineros que le adornaron con tapetes, y asieron de los remos, fue vn anciano varon, al parecer de edad de sesenta años, vestido de vna ropa de tercio pelo negro, que le llegaua à los pies, forrada en felpa negra, y ceñida con vna de las q̃ llaman colonias de seda; en la cabeça traia vn sombrero alto, y puntiagudo, assimismo al parecer de felpa. Tras èl baxò al esquife vn gallardo, y brioso mãcebo, de poco mas edad de veinte y quatro años, vestido à lo marinero de terciopelo negro, vna espada dorada en las manos, y vna daga en la cinta. Luego como si los arrojaran, echaron de la naue al esquife vn hombre lleno de cadenas, y vna muger con èl enredada, y presa con las

las cadenas mismas; èl de hasta quarenta años de edad, y ella de mas de cinquenta; èl brioso, y despechado, y ella melancolica, y triste. Impelieron el esquife los marineros; en vn instante llegaron à tierra, adonde en sus ombros y en los de otros soldados arcabuceros, que en el barco venian, sacaron à tierra al viejo, y al moço, y à los dos prisioneros. Transila, que como los demas auia estado atentissima mirando los que en el esquife venian, boluiendose à Auristela, le dixo: Por tu vida señora que me cubras el rostro con esse velo que traes atado al braço, porque, ò yo tengo poco conocimiento, ò son algunos de los que vienen en este barco personas que yo conozco, y me conocen. Hizolo assi Auristela, y en esto llegaron los de la barca à juntarse con ellos, y todos se hizieron bien criados recibimientos. Fuese derecho el anciano de la felpa à Transila, diziendo: Si mi ciencia no me engaña, y la fortuna no me desfauorece, prospera avra sido la mia con este hallazgo, y diziendo, y haziendo, alçò el velo del rostro de Transila, y se quedò desmayado en sus braços, que ella se los ofreciò, y se los puso, porque no diesse en tierra. Sin duda se puede creer, que este caso de tanta nouedad, y tan no esperado, puso en admiracion à los circunstantes, y mas quando le oyeron dezir à Transila: O padre de mi alma, que venida es esta, quien trae à vuestras venerables canas, y à vuestros cansados años por tierras tan apartadas de la vuestra? Quiẽ le ha de traer dixo à esta sazon el brioso mancebo, sino el buscar la ventura que sin vos le faltaua? El, y yo, dulcissima señora, y esposa mia, venimos buscando el Norte, que nos ha de guiar, adonde hallemos el puerto de nuestro descanso; pero pues ya, gracias sean dadas à los cielos, le auemos hallado, haz señora, que buelua en si tu padre Mauricio, y consiente que de su alegria reciba yo parte, recibiendole à èl como à padre, y à mi como a tu legitimo esposo. Boluiò en si Mauricio, y sucediòle en su desmayo Transila; acudiò Auristela a su remedio, pero no osò llegar a ella Ladislao, que este era el nombre de su esposo, por guardar el honesto decoro q̃ a Transila se le deuia; pero como los desmayos q̃ suceden de alegres, y no pensados acontecimientos, ò quitan la vida en vn instante, ò no durã mucho, fue pequeño espacio

el en que estuuo Transila desmayada. El dueño de aquel meson, ò hospedage, dixo: Venid señores todos adonde cõ mas comodidad, y menos frio del que aqui haze, os deis cuẽta de vuestros sucessos; tomaron su consejo, y fueronse al meson, y hallaron que era capaz de alojar vna flota. Los dos encadenados se fuerõ por su pie, ayudandoles à lleuar sus hierros los arcabuceros, q̃ como en guarda cõ ellos venian. Acudieron à sus naues algunos, y con tanta priessa, como buena voluntad, truxeron dellas los regalos que tenian; hizose lumbre, pusierõse las mesas, y sin tratar entõces de otra cosa, satisficieron todos la hambre, mas con muchos generos de pescados, q̃ cõ carnes, porque no siruiò otra, que la de muchos pajaros que se crian en aquellas partes, de tã estraña manera, que por ser rara, y peregrina, me obliga à que aqui la cuente. Hincanse vnos palos en la orilla de la mar, y entre los escollos donde las aguas llegan, los quales palos de alli à poco tiempo todo aquello que cubre el agua se conuierte en dura piedra, y lo q̃ queda fuera del agua se pudre, y se corrompe, de cuya corrupciõ se engẽdra vn pequeño pajarillo, q̃ volando à la tierra se haze grande, y tan sabroso de comer, q̃ es vno de los mejores manjares q̃ se vsan: y donde ay mas abundancia dellos, es en las Prouincias de Iberna, y de Irlanda, el qual pajaro se llama Barnaclas. El deseo que tenian todos de saber los sucessos de los recien llegados, les hazia parecer larga la comida, la qual acabada, el anciano Mauricio diò vna grã palmada en la mesa, como dando señal de pedir que con atencion le escuchassen: enmudecieron todos, y el silencio les sellò los labios, y la curiosidad les abriò los oidos. Viendo lo qual Mauricio soltò la voz en tales razones: En vna isla, de siete que estàn circunvezinas a la de Iberna, naci yo, y tuuo principio mi linage tan antiguo, bien como aquel q̃ es de los Mauricios, que en dezir este apellido le encarezco todo lo q̃ puedo; soy Christiano Catolico, y no de aquellos que andan mendigando la fee verdadera entre opiniones. Mis padres me criaron en los estudios, assi de las armas, como de las letras (si se puede dezir q̃ las armas se estudiã) he sido aficionado a la ciẽcia de la Astrologia judiciaria en la qual he alcançado famoso nombre. Ca

sème

rème, en teniendo edad, para tomar estado con vna hermosa, y principal muger de mi Ciudad, de la qual tuue esta hija que està aqui presente; segui las costumbres de mi patria, à lo menos en quanto à las que parecian ser niueladas con la razon, y en las que no, con apariencias fingidas mostraua seguirlas, que tal vez la dissimulacion es prouechosa. Creciò esta muchacha à mi sombra porque le faltò la de su madre, à dos años despues de nacida, y à mi me faltò el arrimo de mi vejez, y me sobrò el cuydado de criarla hija, y por salir del que es carga dificil de lleuar de cansados, y ancianos ombros, en llegando à casi edad de darle esposo, en que le diesse arrimo, y compañia, lo puse en efecto, y el que le escogi fue este gallardo mancebo que tengo à mi lado, que se llama Ladislao, tomando consentimiento primero de mi hija, por parecerme acertado, y aun conueniente que los padres casen a sus hijas con su beneplacito, y gusto, pues no les dan compañia por vn dia, sino por todos aquellos que les durare la vida, y de no hazer esto assi, se han seguido, siguẽ, y seguiràn millares de inconuenientes, que los mas suelen parar en desastrados sucessos. Es pues de saber q̃ en mi patria ay vna cõstumbre, entre muchas malas la peor de todas, y es q̃ concertado el matrimonio, y llegado el dia de la boda, en vna casa principal para esto diputada, se juntan los nouios, y sus hermanos si los tienẽ, con todos los pariẽtes mas cercanos de entrabas partes, y co ellos el Regimiẽto de la Ciudad, los vnos para testigos, y los otros para verdugos, q̃ assi los puedo, y deuo llamar: esta la despoiada en vn rico apartamiento esperãdo lo q̃ no sè como pueda dezirlo, sin q̃ la verguẽça no me turbe la lengua. Està esperãdo (digo) à q̃ entren los hermanos de su esposo, si los tiene, y algunos de sus pariẽtes mas cercanos, de vno en vno a coger las flores de su jardin, y a manosear los ramilletes que ella quisiera guardar intactos para su marido: costũbre barbara, y maldita, q̃ va contra todas las leyes de la honestidad, y del buẽ decoro: porque què dote puede lleuar mas rico vna donzella, q̃ ser lo ni q̃ limpieza puede, ni deue agradar mas al esposo, q̃ la que su muger lleua a su poder en su entereza? la honestidad siẽpre anda acompañada con la verguença, y la verguença con la

honestidad; y sila vna, ò la otra comiençan à desmoronarse, yà perderse, todo el edificio de la hermosura darà en tierra, y serà tenido en precio baxo, y asqueroso. Muchas vezes auia yo intentado de persuadir à mi pueblo dexasse esta prodigiosa costumbre; pero apenas lo intentaua, quando se me daua en la boca con mil amenazas de muerte, dõde vine à verificar aquel antiguo adagio, que vulgarmente se dize: Que la costumbre es otra naturaleza, y el mudarla se siente como la muerte. Finalmente, mi hija se encerrò en el retraimiento dicho, y estuuo esperãdo su perdicion, y quãdo queria ya entrar vn hermano de su esposo à dar principio al torpe trato, veis aqui donde veo salir cõ vna lança terciada en las manos à la gran sala, donde toda la gente estaua, à Transila hermosa como el sol, y braua como vna leona, y ayrada como vna tigre.

Aqui llegaua de su historia el anciano Mauricio, escuchandole todos con la atencion possible, quando rebistiendosele à Transila el mismo espiritu que tuuo al tiempo que se viò en el mismo acto, y ocasion que su padre cõtaua, leuantandose en pie con lengua à quien sue le turbar la colera, con el rostro hecho brasa, y los ojos fuego; en efecto con ademàn que la pudiera hazer menos hermosa, si es que los accidentes tienẽ fuerças de menoscabar las grandes hermosuras, quitandole à su padre las palabras de la boca, dixo las del siguiente capitulo.

CAPITVLO XIII.

Donde Transila prosigue la historia, a quien su padre dio principio.

SAli, dixo Transila, como mi padre ha dicho, à la gran sala, y mirando à todas partes, en alta, y colerica voz dixe: Hazeos adelante vosotros, aquellos cuyas deshonestas, y barbaras costumbres van contra las q̃ guarda qualquier bien ordenada Republica. Vosotros, digo, mas lasciuos, que religiosos, que con apariencia, y sombra de ceremonias vanas quereis cultiuar los agenos campos sin licencia de sus legitimos dueños. Veisme aqui, gente mal perdida, y peor acostejada, venid, venid, que la razon puesta en la punta de esta lança defenderà mi partido, y quitarà las fuerças a vuestros ma-

los

los pensamientos, tan enemigos de la honestidad, y de la limpieça. Y en diziendo esto salte en mitad de la turba, y rompiendo por ella, sali à la calle, acompañada de mi mismo enojo, y llegue à la marina, donde cifrando mil discursos, que en aquel tiempo hize en vno, me arroje en vn pequeño barco, que sin duda me deparò el cielo, asiendo de dos pequeños remos, me alargue de la tierra todo lo que pude; pero viendo que se dauan priessa à seguirme en otros muchos barcos, mas bien parados, y de mayores fuerças impelidos, y que no era possible escaparme, solte los remos, y boluì à tomar mi lança, con intencion de esperarles, y dexar llegar me à su poder, si no perdiendo la vida, vengado primero en quien pudiesse mi agrauio. Bueluo à dezir otra vez, que el cielo conmouido de mi desgracia auiuò el viento, y llenò el barco, sin impelerle los remos, el mar adentro, hasta que llegò à vna corriente, ò raudal, que le arrebatò como en peso, y le llenò mas adentro, quitando la esperança a los que tras mi venian, de alcançarme, que no se auenturaron a entrarle en la desenfrenada corriente que por aquella parte el mar llenaua. Assi es verdad, dixo a esta sazon su esposo Ladislao, porque como me llenauas el alma, no pude dexar de seguirte: sobreuino la noche, y perdimos te de vista, y aun perdimos la esperança de hallarte viua sino fuesse en las lenguas de la fama, q̃ desde aquel punto tomò à su cargo el celebrar tal hazaña por siglos eternos. Es pues, el caso, prosiguio Transila, que aquella noche vn viento que de la mar soplaua, me truxo a la tierra, y en la marina hallè vnos pescadores, que benignamente me recogieron, y aluergaron, y aun me ofrecieron marido, si no le tenia, y creo sin aquellas condiciones de quien yo iba huyendo; pero la codicia humana, que reyna, y tiene su señorio aun entre las peñas, y riscos del mar, y en los coraçones duros, y campestres, se entrò aquella noche en los pechos de aquellos rusticos pescadores, y acordaron entre si, que pues de todos era la presa q̃ en mi tenian, y que no podia ser diuidida en partes, para poder repartirme, que me vẽdiessen a vnos colarios que aquella tarde auian descubierto no lexos de sus pesquerias. Bien pudiera yo ofrecerles mayor precio del que ellos pu-

die tan pedir a los cosarios; pero no quise tomar ocasion de recibir bien alguno de ninguno de mi barbara patria; y assi al amanecer, auiendo llegado alli los piratas, me vendieron no sè por quanto, auiendome primero despojado de las joyas que llenaua de despojada. Lo que sè dezir, es, que me trataron los cosarios con mejor termino que mis Ciudadanos, y me dixeron, que no fuesse melancolica, porque no me llenauan para esclaua, sino para esperar ser Reyna, y aun señora de todo el vniuerso, si ya no mentian ciertas profecias de los barbaros de aquella isla, de quien tanto se hablaua por el mundo. De como llegué, del recibimiento que los barbaros me hizieron, de como aprendi su lengua, en este tiempo que ha que faltè de vuestra presencia, de sus ritos, y ceremonias, y costumbres, del vano assumpto de sus profecias, y del hallazgo de estos señores, con quien vengo, y del incendio de la isla, que ya queda abrasada, y de nuestra libertad; dirè otra vez, que por agora basta lo dicho, y quiero dar lugar a que mi padre me diga, que ventura le ha traido, a darmela tan buena, quando menos la esperaua.

Aqui diò fin Transila à su platica, teniendo à todos colgados de la suauidad de su lengua, y admirados del estremo de su hermosura, que despues de la de Auristela, ninguna se le igualaua. Mauricio su padre, entonces dixo: Ya sabes, hermosa Transila, querida hija, como mis estudios, y exercicios entre otros muchos, gustosos, y loables, me llevaron tras si los de la Astrologia judiciaria, como aquellos que quando aciertan, cumplen el natural deseo que todos los hombres tienen, no todo lo passado, y presente, sino lo por venir. Viendote, pues, perdida, notè el punto, observè los astros, mire el aspecto de los planetas, señalè los sitios, y casas necesarias para que respondiesse mi trabajo à mi deseo; porque ninguna ciencia en quanto à ciencia engaña: el engaño està en quien no la sabe, principalmente la del Astrologia, por la velozidad de los cielos que se lleua tras si todas las estrellas, las quales no influyen en este lugar lo que en aquel, ni en aquel lo que en este; y assi el Astrologo judiciario, si acierta alguna vez en sus juizios,

zios, es por arrimarse a lo mas probable, y a lo mas experimentado; y el mejor Astrologo del mundo, puesto que muchas vezes se engaña, es el demonio, porque no solamente juzga de lo por venir, por la ciencia que sabe, sino tambien por las premissas, y congeturas, y como ha tanto tiempo que tiene experiencia de los casos passados, y tanta noticia de los presentes, con facilidad se arroja a juzgar de los por venir, lo que no tenemos los aprendizes de esta ciencia, pues hemos de juzgar siempre a tiento, y con poca seguridad. Con todo esso alcancè que tu perdicio auia de durar dos años, y que te auia de cobrar este dia, y en esta parte, para remozar mis canas, y para dar gracias à los cielos del hallazgo de mi tesoro, alegrando mi espiritu con tu presencia; puesto que sè que ha de ser a costa de algunos sobresaltos, que por la mayor parte las buenas andanças no vienen sin el contrapeso de desdichas, las quales tienen jurisdicion, y vn modo de licencia de entrarse por los buenos sucessos, dando a entender que ni el bien es eterno, ni el alma durable. Los cielos serán seruidos, dixo a esta sazon Auristela, que auia gran tiempo que callaua, de darnos prospero viage, pues nos le promete tan buen hallazgo. La muger prisionera, que auia estado escuchando con grande atencion el razonamiento de Transila, se puso en pie a pesar de sus cadenas, y al de la fuerça que le hazia, para que no se leuantasse el que con ella venia preso, y con voz leuantada dixo.

CAPITVLO XIV.

Del primer Libro. Donde se declara quien eran los que tan aherrojados venian.

SI Es que los afligidos tienen licencia para hablar ante los venturosos, concedaleme a mi por esta vez, donde la breuedad de mis razones templara el fastidio que ruuieredes de escuchallas. Haste quexado (dixo boluiendose a Transila) señora donzella de la barbara costumbre de los de tu Ciudad, como si lo fuera aliuiar el trabajo a los menesterosos, y quitar la carga a los flacos, si q̃ no es error (por bueno q̃ sea vn caualo)

pa-

passearle la carrera primero que se ponga en èl, ni va contra la honestidad el vso, y costumbre, si en èl no se pierde la honra, y se tiene por acertado lo que no lo parece: si, que mejor gouernara el timõ de vna naue el que huuiere sido marinero, que no el q̃ sale de las escuelas de la tierra para ser piloto. La experiencia en todas las cosas, es la mejor maestra de las artes, y assi mejor te fuera entrar experimentada en la compañia de tu esposo, que rustica, è inculta. Apenas oyò esta razon vltima el hombre que consigo venia atado, quãdo dixo, poniendole el puño cerrado junto al rostro, amenazandola: O Rosamunda, ò por mejor dezir, Rosa inmunda, porque munda ni lo fuiste, ni lo eres, ni lo serás en tu vida, si viuiesses mas años que los mismos tiempos, y assi no me marauillo de que te parezca mal la honestidad, ni el buen recato, a que estàn obligadas las honradas donzellas. Sabed señores (mirando à todos los circunstantes) prosiguiò, que esta muger que aqui veis atada como loca, y libre como atreuida, es aquella famosa Rosamunda, dama que ha sido concubina, y amiga del Rey de Inglaterra, de cuyas impudicas costumbres ay largas historias, y longissimas memorias entre todas las gentes del mundo: Esta mandò al Rey, y por añadidura a todo el Reyno, puso leyes, quitò leyes, leuantò caydos viciosos, y derribò leuantados virtuosos, cumpliò sus gustos tan torpe, como publicamente en menoscabo de la autoridad del Rey, y en muestra de sus torpes apetitos, que fueron tantas las muestras, y tan torpes, y tantos sus atreuimientos, que rompiendo los lazos de diamantes, y las redes de bronce, con que tenia ligado el coraçon del Rey, se mouieron a apartarla de si, y à menospreciarla en el mismo grado que la auia tenido en precio. Quando esta estaua en la cumbre de su rueda, y tenia asida por la guedeja a la fortuna, viuia yo despechado, y con deseos de mostrar al mundo quan mal estauan empleados los de mi Rey, y señor natural. Tengo vn cierto espiritu satirico, y maldiciẽte, vna pluma veloz, y vna lengua libre, deleytanme las maliciosas agudezas, y por dezir vna, perderè yo no solo vn amigo, pero cien mil vidas. No me atauan la lengua prisiones, ni enmudecian destierros, ni atemorizauan ame-

nazas, ni enmendauan castigos. Finalmente a entrambos a dos llegò el dia de nuestra vltima paga; à esta mandò el Rey, que nadie en toda la Ciudad, ni en todos sus Reynos, y Señorios le diesse, ni dado, ni por dineros otro algun sustento que pan, y agua, y que à mi junto con ella nos traxessen à vna de las muchas islas que por aqui ay, que fuesse despoblada, y aqui nos dexassen, pena que para mi ha sido mas mala que quitarme la vida; porque la que con ella passo, es peor que la muerte. Mira Clodio, dixo à esta sazon Rosamunda, quan mal me hallo yo en tu compañia, que mil vezes me ha venido al pensamiento de arrojarme en la profundidad del mar; y si lo he dexado de hazer, es por no lleuarte cõmigo, que si en el infierno pudiera estar sin ti, se me aliuiaran las penas. Yo confiesso que mis torpezas han sido muchas; pero han caydo sobre sugeto flaco, y poco discreto; mas las tuyas han cargado sobre varoniles ombros, y sobre discrecion experimentada, sin sacar de ellas otra ganancia que vna delectacion mas ligera que la menuda paja, que en volubles remolinos rebuelue el viento: tu has lastimado mil agenas honras, has aniquilado ilustres creditos, has descubierto secretos escondidos, y contaminado linages claros; haste atreuido a tu Rey, à tus Ciudadanos, à tus amigos, y a tus mismos parientes, y en son de dezir gracias, te has desgraciado con todo el mundo; bien quisiera yo que quisiera el Rey, que en pena de mis delitos acabara con otro genero de muerte la vida en mi tierra, y no con el de las heridas que a cada passo me dà tu lengua, de la qual tal vez no estàn seguros los cielos, ni los Santos. Con todo esso, dixo Clodio, jamas me ha acusado la conciencia, de auer dicho alguna mentira. A tener tu conciencia, dixo Rosamunda, de las verdades que has dicho, temias harto de q̃ acusarte, que no todas las verdades han de salir en publico, ni a los ojos de todos. Si, dixo a esta sazon Mauricio, si, q̃ tiene razon Rosamunda, que las verdades de las culpas cometidas en secreto nadie ha de ser osado de sacarlas en publico, especialmente las de los Reyes, y Principes que nos gouiernan, si que no toca à vn hombre particular reprehender à su Rey, y señor, ni sembrar en los oydos de sus vassallos las faltas de su Prin-

ci-

cipe, porque esto no serà causa de enmendarle, sino de que los suyos no le estimen; y si la correccion ha de ser siempre eterna entre todos, porque no ha de gozar deste priuilegio el Principe? Porque le han de dezir publicamente, y en el rostro sus defectos, que tal vez la reprehension publica, y mal cõsiderada suele endurecer la condicion del que la recibe, y boluerle antes pertinaz, que blando: y como es forçoso q̃ la reprehension caiga sobre culpas verdaderas, ò imaginadas, nadie quiere que le reprehendan en publico, y assi dignamente los satiricos, los maldicientes, los mal intencionados son desterrados, y echados de sus casas sin honra, y con vituperio, sin que les quede otra alabança, que llamarse agudos sobre vellacos, y vellacos sobre agudos; y es como lo que suele dezirse: La traicion contenta, però el traidor enfada; y ay mas, que las honras que se quitan por escrito, como buelan, y passan de gente en gente, no se pueden reducir à restitucion, sin la qual no se perdonan los pecados. Todo lo sè, respondiò Clodio, però si quieren que no hable ò escriua, cortenme la lengua, y las manos, y aun entonces pondrè la boca en las entrañas de la tierra, y darè vozes como pudiere, y tendrè esperança que de allì salgan las cañas del Rey Midas. Aora bien, dixo à esta sazon Ladislao, haganse estas pazes, casemos a Rosamunda con Clodio, quizà con la bendicion del Sacramento del Matrimonio, y con la diserecion de entrambos, mudando de estado, mudaran de vida. Aun bien, dixo Rosamunda, que tengo aqui vn cuchillo con que podrè hazer vna, ò dos puertas en mi pecho por donde salga el alma, que ya tengo casi puesta en los dientes, en solo auer oido este tan desastrado, y desatinado casamiento. Yo no me matarè, dixo Clodio, porque aunque soy murmurador, y maldiciẽte, el gusto que recibo de dezir mal, quando lo digo bien, es tal, que quiero viuir, porque quiero dezir mal; verdad es, que prenso guardar la cara à los Principes, porque ellos tienen largos braços, y alcançan adonde quieren, y a quien quieren, y ya la experiencia me ha mostrado, que no es biẽ ofender a los poderosos; y la caridad Christiana enseña, que por el Principe bueno se ha de rogar al cielo por su vida, y por su salud, y por el malo, que le mejore, y enmiẽ

de.

de. Quien todo esso sabe, dixo el barbaro Antonio, cerca està de enmendarse, no ay pecado tan grande, ni vicio tan apoderado, que con el arrepentimiento no se borre, ò quite del todo. La lengua maldiciente es como espada de dos filos, que corta hasta los hueslos, ò como rayo del cielo, que sin romper la vayna, rompe, y desmenuza el azero que cubre; y aunque las conuersaciònes, y entretenimientos se hazen sabrosos con la sal de la murmuraciò: todavia suelen tener los dexos las mas vezes amargos, y desabridos. Es tan ligera la lengua como el pensamiento; y si son malas las preñezes de los pensamientos, las empeoran los partos de la lengua, y como sean las palabras como las piedras que se sueltan de la mano, que no se pueden reuocar, ni boluer à la parte donde salieron hasta que han hecho su efecto, pocas vezes el arrepentirse de auer las dicho, menoscaba la culpa de el que las dixo; aunque ya tengo dicho, que vn buen arrepentimiento es la mejor medicina que tienen las enfermedades del alma.

(3)

CAPITVLO XV.

Del primer libro de esta grande historia.

EN Esto estauan, quando entrò vn marinero en el hospedage, diziendo à vozes: Vn baxel grande viene con las velas tendidas encaminado à este puerto, y hasta agora no he descubierto señal que me dè à entender de que parte sea. Apenas dixo esto, quando llegò à sus oydos el son horrible de muchas pieças de artilleria, que el baxel disparò al entrar del puerto, todas limpias, y sin vala alguna, señal de paz, y no de guerra: de la misma manera le respondiò el baxel de Mauricio, y toda la arcabuzeria de los soldados que en èl venian. Al momento todos los que estauan en el hospedage, salieron à la marina, y en viendo Periandro el baxel recien llegado, conociò ser el de Arnaldo, Principe de Dinamarca, de que no recibiò contento alguno, antes se le reboluieron las entrañas, y el coraçon le començò à dar saltos en el pecho. Los mismos accidentes, y sobresaltos recibiò en el suyo Auristela, co-

como aquella que por larga experiencia sabia la voluntad que Arnaldo le tenia, y no podia acomodar su coraçon a pensar como podria ser que las voluntades de Arnaldo, y Periandro se auiniessen bien, sin que la rigurosa, y desesperada flecha de los zelos no les atrauessasse las almas. Ya estaua Arnaldo en el esquife de la naue, y ya llegaua a la orilla, quando se adelanto Periãdro a recibirle; pero Auristela no se mouiò del lugar donde primero puso el pie, y aun quisiera, que alli se le hincaran en el suelo, y se boluieran en torcidas rayzes, como se boluieron los de la hija de Peneo, quando el ligero corredor Apolo la seguia. Arnaldo que viò a Periandro, le conociò, y sin esperar que los suyos le sacassen en ombros a tierra, de vn salto que dio desde la popa del esquife, se puso en ella, y en los braços de Periandro, q̃ con ellos abiertos le recibio, y Arnaldo le dixo: Si yo fuesse tã venturoso, amigo Periandro, que contigo hallasse a tu hermana Auristela, ni tendria mal que temer, ni otro bien mayor que esperar. Conmigo esta, valeroso señor, respendiò Periandro, que los cielos atentos a fauorecer tus virtuosos, y honestos pensamientos, te la han guardado con la entereza que tambien ella por sus buenos deseos merece. Ya en esto se auia comunicado por la nueua gente, y por la q̃ en la tierra estaua, quiẽ era el Principe que en la naue venia: y todavia estaua Auristela como estatua, sin voz, inmouible, y junto a ella la hermosa Transila, y las dos, al parecer, barbaras Ricla, y Constança. Llegò Arnaldo, y puesto de hinojos ante Auristela, le dixo: Seas bien hallado, Norte por donde se guian mis honestos pensamiẽtos, y estrella fixa, que me lleua al puerto, donde han de tener reposo mis buenos deseos. A todo esto no respondiò palabra Auristela, antes le vieron las lagrimas a los ojos, que començaron a bañar sus rosadas mexillas. Confuso Arnaldo de tal accidente, no supo determinarse, si de pesar, ò de alegria podia proceder semejante acontecimiento: mas Periandro, que todo lo notaua, y en qualquier mouimiento de Auristela tenia puesto los ojos, sacò a Arnaldo de duda, diziendo: Señor el silencio, y las lagrimas de mi hermana nacen de admiracion, y de gusto. La admiracion, del ver

te

te en parte tan no esperada, y las lagrimas, del gusto de auerte visto: ella es agradecida, como lo deuen ser las bien nacidas, y conoce las obligaciones en que la has puesto, de seruirte con las mercedes, y limpio tratamiento que siempre le has hecho. Fueronse con esto al hospedage, boluieron à colmarse las mesas de manjares, ll. naronse de regozijo los pechos, porque se llenaron las taças de generosos vinos, que quando se trasiegan por la mar de vn cabo à otro, se mejoran de manera, que no ay nectar que se les iguale. Esta segunda comida se hizo por respecto del Principe Arnaldo. Contò Periandro al Principe lo que le sucediò en la isla Barbara cõ la libertad de Auristela, con todos los sucessos, y puntos que hasta aqui se han contado, con que se suspendiò Arnaldo, y de nueuo se alegraron, y admiraron todos los presentes.

(?)

CAPITVLO XVI.

Del primer libro de la historia de Persiles, y Segismunda.

EN esto el patron del hospedage dixo: No sè si diga que me pesa de la bonança que prometen en el mar las señales del cielo: el Sol se pone claro, y limpio, cerca, ni lexos no se descubre zelage alguno, las olas hieren la tierra blanda, y suauemente, y las aues salen al mar à espaciarse, que todos estos son indicios de serenidad firme, y duradera, cosa que ha de obligar à que me dexen solo tan honrados huespedes como la fortuna a mi hospedage ha traido. Assi serà, dixo Mauricio, que puesto que vuestra noble compañia se ha de tener por agradable, y cara; el deseo de boluer à nuestras patrias, no consiente que mucho tiempo la gozemos. De mi sè dezir, que esta noche à la primera guarda me pienso hazer à la vela, si con mi parecer viene el de mi piloto, y el de estos señores soldados que en el nauio vienen. A lo que añadiò Arnaldo: Siempre la perdida del tiempo no se puede cobrar, y la que se pier-

pierde en la nauegacion, es irremediable. En efecto entre todos los que en el puerto eſtauan quedò de acuerdo, que en aquella noche fueſſen de partida la buelta de Inglaterra, a quien todos iban encaminados. Leuantòſe Arnaldo de la meſa, y aſiendo de la mano à Periandro, le ſacò fuera del hoſpedage, donde à ſolas, y ſin ſer oido de nadie, le dixo: No es poſsible Periandro amigo, ſino que tu herma na Auriſtela te avrà dicho la volũtad que en dos años que eſtuuo en poder del Rey mi padre le moſtrè, tan ajuſtada con ſus honeſtos deſeos, que jamàs me ſalieron palabras a la boca que pudieſſen turbar ſus caſtos intentos, nunca qui ſe ſaber mas de ſu hazienda, de aquello que ella quiſo dezirme, pintandola en mi imaginacion, no como perſona ordinaria, y de baxo eſtado, ſino como à Reyna de todo el mundo; porque ſu honeſtidad, ſu grauedad, ſu diſcrecion tan en eſtremo eſtremada, no me daua lugar a q̃ otra coſa penſaſſe, mil vezes me le ofreci por ſu eſpoſo, y eſto con voluntad de mi padre, y aun me parecia que era corto mi ofrecimiento; reſpondiòme ſiempre, que haſta verſe en la Ciudad de Roma, adonde iba a cumplir vn voto, no podia diſponer de ſu perſona. Iamàs me quiſo dezir ſu calidad, ni la de ſus padres, ni yo, como ya he dicho, le importunè me la dixeſſe, pues ella ſola por ſi miſma, ſin que traya dependencia de otra alguna nobleza, merece no ſolamente la Corona de Dinamarca, ſino de toda la Monarquia de la tierra. Todo eſto te he dicho Periandro, para que como varon de diſcurſo, y entendimiento conſideres que no es muy baxa la ventura, que eſtà llamando a las puertas de tu comodidad, y la de tu hermana, à quien deſde aqui me ofrezco por ſu eſpoſo, y prometo de cumplir eſte ofrecimiento, quando ella quiſiere, y adonde quiſiere, aqui debaxo de eſtos pobres techos, ò en los dorados de la famoſa Roma; y aſsimiſmo te ofrezco de contenerme en los limites de la honeſtidad, y buen decoro, ſi bien vieſſe conſumirme en los ahincos, y deſeos q̃ trae conſigo la concupiſcencia deſenfrenada y la eſperãça propinqua, que ſuele fatigar mas que la apartada. Aqui dio fin à ſuplatica Arnaldo, y eſtuuo atentiſsimo a lo que Periandro auia de reſponderle, que fue: Bien conozco, valeroſo Principe Arnal-

naldo, la obligaciõ en que yo, y mi hermana te estamos, por las mercedes que hasta aqui nos has hecho, y por la que agora de nueuo nos hazes; à mi por ofrecerte por mi hermano, y à ella por esposo; pero aũque parezca locura que dos miserables peregrinos, desterrados de su patria, no admitan luego luego el bien que se les ofrece, te sè dezir, no ser posible el recibirle, como es posible el agradecerle. Mi hermana, y yo vamos lleuados del destino, y de la eleccion a la Santa Ciudad de Roma, y hasta vernos en ella parece que no tenemos ser alguno, ni libertad para vsar de nuestro aluedrio, si el cielo nos lleuare a pisar la Santissima tierra, y adorar sus Reliquias Santas, quedaremos en disposicion de disponer de nuestras, hasta agora impedidas, voluntades, y entonces serà la mia toda empleada en seruirte. Sète dezir tambien, que si llegares al cumplimiento de tu buen deseo, llegaras a tener vna esposa de illustrissimo linage nacida, y vn hermano, què lo sea mejor que cuñado; y entre las muchas mercedes que entrambos a dos hemos recibido, te suplico me hagas a mi vna, y es, que no me preguntes mas de nuestra hazienda, y de nuestra vida, porque no me obligues a que sea mentiroso, inuentando quimeras que dezirte, mentirosas, y falsas, por no poder contarte las verdaderas de nuestra historia. Dispon de mi, respondiò Arnaldo, hermano mio, à toda tu voluntad, y gusto, haziendo cuenta que yo soy cera, y tu el sello, què has de imprimir en mi lo que quisieres; y si te parece, sea nuestra partida esta noche à Inglaterra, que de alli facilmente passaremos à Francia, y a Roma, en cuyo viage, y del modo que quisieredes, pienso acompañaros, si de ello guñaredes. Aunque le peso à Periandro de este vltimo ofrecimiento, le admitiò, esperando en el tiempo, y en la dilacion, que tal vez mejora los successos, y abraçandose los dos cuñados en esperança, se boluieron al hospedage a dar traça en su partida. Auia visto Auristela, como Arnaldo, y Periandro auian salido juntos, y estaua temerosa de el fin que podia tener el de su platica, y razonamiento; y puesto que conocia la modestia en el Principe Arnaldo, y la mucha discrecion de Periandro, mil generos de

temores la sobresaltauan, pareciéndole que como el amor de Arnaldo igualaua à su poder, podia remitir à la fuerça sus ruegos, que tal vez en los pechos de los desdeñados amantes se conuierte la paciencia en rabia, y la cortesia en descomedimiento; pero quando los viò venir tan sossegados, y pacificos, cobrò casi los perdidos espiritus. Clodio el maldiciente, que ya auia sabido quien era Arnaldo, se le echò à los pies, y le suplicò le mandasse quitar la cadena, y apartar de la compañia de Rosamunda. Mauricio le contò luego la condicion, la culpa, y la pena de Clodio, y la de Rosamunda, mouido à compassion de ellos, hizo por vn Capitan, que los traia à su cargo, que lo desherrassen, y se los entregassen, que èl tomaua à su cargo alcançarles perdon de su Rey, por ser su grande amigo. Viendo lo qual el maldiciente Clodio, dixo: Si todos los señores se ocupassen en hazer buenas obras, no avria quien se ocupasse en dezir mal de ellos; pero porque ha de esperar el que obra mal, que digan bien de èl? Y si las obras virtuosas, y bien hechas son calumniadas de la malicia humana, porque no lo serán las malas? Porque ha de esperar, el que siembra zizaña, y maldad, dè buen fruto su cosecha? Lleuame contigo, ò Principe, y verás como pongo sobre el cerco de la Luna tus alabanças. No, no, respondiò Arnaldo, no quiero q̃ me alabes por las obras que en mi son naturales; y mas que la alabança tanto es buena, quanto es bueno el que la dize, y tanto es mala, quanto es vicioso, y malo el q̃ alaba, que si la alabança es premio de la virtud, si el que alaba es virtuoso, es alabança, y si vicioso, vituperio.

CAPITVLO XVII.

Del primer libro. Dà cuenta Arnaldo del sucesso de Taurisa.

COn gran deseo estaua Auristela de saber lo que Arnaldo, y Periandro passaron en la platica que tuuieron fuera del hospedage, y aguardaua comodidad para preguntarselo à Periandro, y para saber de Arnaldo, que se auia hecho su donzella Taurisa; y como si Arnaldo le adiuinara los pensamientos, le dixo: Las desgracias que has passado, hermosa Auristela, te avràn lleuado de la memo-

ria

ria las que tenias en obligacion de acordarte dellas, entre las quales querria que huuiessen borrado de ella à mi mismo, que con sola la imaginacion de pensar que algun tiempo he estado en ella, viuiria contento, pues no puede auer olvido de aquello de quien no se ha tenido acuerdo; el olvido presente cae sobre la memoria del acuerdo passado: pero como quiera que sea, acuerdesete de mi, ò no te acuerdes, de todo lo que hizieres estoy contento, que los cielos que me han destinado para ser tuyo, no me dexan hazer otra cosa, mi albedrio lo es para obedecerte; tu hermano Periandro me ha contado muchas de las cosas que despues que te robaron de mi Reyno, te han sucedido, vnas me han admirado, otras suspendido, y estas, y aquellas espantado. Veo assimismo, que tienen fuerça las desgracias para borrar de la memoria algunas obligaciones, que parecen forçosas; ni me has preguntado por mi padre, ni por Taurisa tu donzella, à èl dexè yo bueno; y con deseo de que te buscasse, y te hallasse: a ella la traxe conmigo, con intencion de venderla à los barbaros, para que siruiesse de espia, y viesse si la fortuna te auia lleuado à su poder; de como vino al mio tu hermano Periandro, ya èl te lo avrà contado, y el concierto què entre los dos hizimos: y aunque muchas vezes he probado boluer à la isla Barbara, los vientos contrarios no me han dexado, y aora boluia con la misma intencion, y con el mismo deseo, el qual me hà cumplido el cielo con bienes de tantas ventajas, como son de tenerte en mi presencia, aliuio vniuersal de mis cuydados. Taurisa tu donzella, avrà dos dias què la entreguè à dos Caualleros amigos mios, que encontrè en medio de esse mar, que en vn poderoso nauio ibã à Irlanda, à causa què Taurisa iba muy mala, y con poca seguridad de la vida; y como este nauio en que yo ando, mas se puede llamar de cosario, que de hijo de Rey, viendo que en èl no auia regalos, ni medicinas que piden los enfermos, se la entreguè, para que la lleuassen à Irlanda, y la entregassen à su Principe, q̃ la regalasse, curasse, y guardasse, hasta que yo mismo fuesse por ella. Oy he dexado apuntado con tu hermano Periandro, que nos partamos mañana, ò ya para Inglaterra, ò ya para España, ò Francia,

que à do quiera que arribemos, tendremos segura comodidad para poner en efecto los honestos pensamiẽtos que tu hermano me ha dicho que tienes; y yo en este entretanto lleuarè sobre los ombros de mi paciencia mis esperanças, sustentadas con el arrimo de tu buen entendimiento. Con todo esto te ruego, señora, y te suplico, que mires, si con nuestro parecer viene, y ajusta el tuyo, que si algun tanto disuena no le põdrèmos en execucion. Yo no tengo otra voluntad, respondiò Auristela, sino la de mi hermano Periãdro, ni èl, pues es discreto, querrà salir vn punto de la tuya. Pues si assi es, replicò Arnaldo, no quiero mandar, sino obedecer, porque no digan que por la calidad de mi persona me quiero alçar cõ el mando à mayores. Esto fue lo que passò à Arnaldo con Auristela, la qual se lo contò todo à Periandro, y aquella noche Arnaldo, Periandro, Mauricio, Ladislao, y los dos Capitanes, y el nauio Ingles, con todos los que salieron de la isla Barbara, entraron en consejo y ordenaron su partida en la forma siguiente.

CAPITVLO XVIII.

Del primer libro. Donde Mauricio sabe por la Astrologia vn mal suceſſo que les auino en el mar.

EN la naue donde vinieron Mauricio, y Ladislao, los Capitanes, y soldados que traxeron à Rosamunda, y a Clodio, se embarcarõ todos aquellos q̃ salieron de la mazmorra, y prision de la isla Barbara, y en el nauio de Arnaldo se acomodaron Mauricio, Trãsila, Ricla, y Constança, y los dos Antonios padre, y hijo. Ladislao, Mauricio, y Transila, sin cõsentir Arnaldo que se quedassen en tierra Clodio, y Rosamunda; Rutilio se acomodò con Arnaldo: hizieron agua aquella noche, recogiendo, y coprando del hueſped todos los bastimẽtos que pudieron, y auiendo mirado los puntos mas conuenientes para su partida, dixo Mauricio, que si la buena suerte les escapaua de vna mala que les amenazaua muy propinqua, tendria buen suceſſo su viage, y que el tal peligro puesto que era de agua, no auia de suceder (si sucediesse) por borrasca, ni tormonta del mar, ni de tierra, sino por vna traiciõ mez-

mezclada, y aun forjada del todo de deshoneſtos, y laſciuos deſeos. Periandro, que ſiẽpre andaua ſobreſaltado con la compañia de Arnaldo, vino a temer, ſi aquella traiciõ auia de ſer fabricada por el Principe, para alçarſe con la hermoſa Auriſtela, pues la auia de lleuar en ſu nauio; pero opuſoſe a todo eſte mal pẽſamiento la generoſidad de ſu animo, y no quiſo creer lo que temia, por parecerle que en los pechos de los valeroſos Principes no deuen hallar acogida alguna las traiciones; pero no por eſto dexò de pedir, y rogar a Mauricio, miraſſe muy bien de que parte les podia venir el daño que les amenaçaua: Mauricio reſpondiò, que no lo ſabia, pueſto que le tenia por cierto, aunque templaua ſu rigor, con que ninguno de los que en èl ſe hallaſſen, auia de perder la vida, ſino el ſoſsiego, y la quietud, y auian de ver rompidos la mitad de ſus diſignios ſus mas bien encaminadas eſperãças. A lo que Periandro le replicò, que detuuieſſen algunos dias la partida, quizà con la tardança del tiempo ſe mudarian, ò ſe templarian los influxos riguroſos de las eſtrellas. No, replicò Mauricio, mejor es arrojarnos en las manos de eſte peligro, pues no llega à quitar la vida, que no intentar otro camino que nos llene à perderla. Ea pues, dixo Periandro, echada eſtà la ſuerte, partamos en buen hora, y haga el cielo lo que ordenado tiene, pues nueſtra diligencia no lo puede eſcuſar. Satisfizo Arnaldo al hueſped magnificamente cõ muchos dones el buen hoſpedage, y vnos en vnos nauios, y otros en otros, cada qual ſegun, y como vio que mas le conuenia, dexò el puerto deſembaraçado, y ſe hizo à la vela. Salìo el nauio de Arnaldo adornado de ligeras flamulas, y vanderetas, y de pintados, y viſtoſos gallardetes; al çarpar los hierros, y tirrar las ancoras, diſparò aſsi la gruella, como la menuda artilleria; rompieron los ayres los ſones de las chirimias, y los de otros inſtrumentos muſicos, y alegres; oyeronſe las vozes de los que dezian, reiterandolo a menudo: buen viage, buen viage. A todo eſto no alçaua la cabeça de ſobre el pecho la hermoſa Auriſtela, que caſi como preſaga de el mal que le auia de venir, iba penſatiua; miraua la Periandro, y remiraua la Arnaldo, teniendola cada vno

hecha blanco de sus ojos, fin de sus pensamientos, y principio de sus alegrias. Acabóse el dia, entróse la noche clara, y serena, despejando vn ayre blando los zelages, que parece que se iban a juntar si los dexaran. Puso los ojos en el cielo Mauricio, y de nueuo tornò a mirar en su imaginacion las señales de la figura que auia leuantado, y de nueuo confirmò el peligro que les amenazaua; pero nunca supo atinar de que parte les vendria. Con esta confusion, y sobresalto se quedò dormido encima de la cubierta de la naue, y de alli a poco despertò despauorido, diziendo a grandes vozes: Traicion, traicion, traicion, despierta Principe Arnaldo, que los tuyos nos matan. A cuyas vozes se leuantò Arnaldo, que no dormia, puesto q̃ estaua echado junto a Periandro en la misma cubierta, y dixo: Que has amigo Mauricio? quien nos ofende, ò quien nos mata? todos los que en este nauio vamos no somos amigos? no son todos los mas vassallos, y criados mios? el cielo no esta claro, y serenos? el mar tranquilo, y blando, y el baxel sin tocar en escollo, ni en vaxio no nauega? Ay alguna remora, que nos detenga? Pues si no ay nada de esto, de que temes, que assi con tus sobresaltos nos atemorizas? No sè, replicò Mauricio, haz señor que baxen los buzanos à la sentina, que si no es sueño, a mi me parece que nos vamos anegando. No huuo biẽ acabado esta razon, quando quatro, ò seis marineros se dexaron calar al fondo de el nauio, y le requirieron todo, porque eran famosos buzanos, y no hallaron costura alguna por donde entrasse agua al nauio, y bueltos a la cubierta, dixeron, que el nauio iba sano, y entero, y que el agua de la sentina estaua turbia, y hedionda, señal clara de que no entraua agua nueua en la naue. Assi deue de ser, dixo Mauricio, sino que yo como viejo, en quien el temor tiene su assiento de ordinario, hasta los sueños me espantan, y plega à Dios que este mi sueño lo sea, que yo me holgaria de parecer viejo temeroso, antes que verdadero judiciario. Arnaldo le dixo: Sosegaos buen Mauricio, porque vuestros sueños le quitan a estas señoras. Yo lo harè assi, si puedo, respondiò Mauricio, y tornandose à echar sobre la cubierta, quedo el nauio lleno de muy sossegado silẽcio, en el qual Rutilio, que iba sen-

ta;

tado al pie del arbol mayor, combidado de la serenidad de la noche, de la comodidad del tiempo, ò de la voz, que la tenia estremada, al son del viento, que dulcemente heria en las velas, en su propia lengua Toscana començò à cantar esto, que buelto en lengua Española assi dezia.

Huye el rigor de la inuencible mano
Aduertido, y encierrase en el arca
De todo el mundo el general Monarca
Con las reliquias del linage humano.

El dilatado asylo, el soberano
Lugar rompe los fueros de la Parca,
Que entonces fiera, y licencioſa abarca,
Quanto alienta, y respira el ayre vano.

Vense en la excelsa maquina encerrarse
El Leon, y el Cordero, y en segura
Paz la Paloma al fiero Alcon vnida,

Sin ser milagro lo discorde amarse,
Que en el comun peligro, y desventura
La natural inclinacion se oluida.

EL que mejor entendiò lo que cantò Rutilio, fue el barbaro Antonio, el qual le dixo assimismo: Bien canta Rutilio, y si por ventura es su yo el soneto que ha cantado, no es mal Poeta; aunque como lo puede ser bueno vn oficial? Pero no digo bien, que yo me acuerdo auer visto en mi patria España Poetas de todos los oficios: esto dixo en voz que la oyò Mauricio, el Principe, y Periandro, que no dormian, y Mauricio dixo: Posible cosa es que vn oficial sea Poeta, porque la Poesia no està en las manos, sino en el entendimiento, y tan capaz es el alma del sastre para ser Poeta, como la de vn Maestre de Campo, porque las almas todas son iguales, y de vna misma masa en sus principios criadas, y formadas por su hazedor, y segun la caxa, y temperamento del cuerpo, donde las encierra, assi parecen ellas mas, ò menos discretas, y atienden, y se aficionan à sa-

ber las ciencias, artes, ò habilidades a que las estrellas mas las inclinan; pero mas principalmẽte, y propia se dize, que el Poeta nascitur. Assi que no ay que admirar de que Rutilio sea Poeta, aunque aya sido maestro de dançar. Y tan grãde, replicò Antonio, que ha hecho cabriolas en el ayre mas arriba de las nubes. Assi es, respondiò Rutilio, que todo esto estaua escuchando, que yo las hize casi junto al cielo quando me traxo caualliero en el manto aquella hechizera desde Toscana, mi patria, hasta Noruega, donde la matè, que se auia conuertido en figura de loba, como ya otras vezes he contado. Esso de conuertirse en lobas, y lobos algunas gentes de estas Setentrionales, es vn error grandissimo, dixo Mauricio, aũque admitido de muchos. Pues como es esso, dixo Arnaldo, que comunmente se dize, y se tiene por cierto, que en Inglaterra andan por los campos manadas de lobos, que de gentes humanas se hã conuertido en ellos. Esso, respondiò Mauricio, no puede ser en Inglaterra, porque en aquella isla templada, y fertilissima, no solo no se crian lobos, pero ningun otro animal nociuo, como si dixessemos, serpientes, viuoras, sapos, arañas, y escorpiones; antes es cosa llana, y manifiesta, que si algun animal ponçoñoso traen de otras partes à Inglaterra, en llegando à ella muere, y si de la tierra de esta isla lleuan à otra parte à alguna tierra, y cercan con ella à alguna viuora, no osa, ni puede salir del cerco que la aprisiona, y rodea, hasta quedar muerta. Lo que se ha de entender de esto de conuertirse en lobos, es, que ay vna enfermedad, a quien llaman los Medicos, Mania lupina, que es de calidad que al que la padece le parece que se ha conuertido en lobo, y ahulla como lobo, y se juntã con otros heridos del mismo mal, y andan en manadas por los campos, y los montes, ladrando ya como perros, ò ya ahullando com lobos, despedaçan los arboles, matan a quien encuentran, y comen la carne cruda de los muertos; y oy dia sè yo que ay en la isla de Sicilia, que es la mayor del mar Mediterraneo, gentes de este genero, a quien los Sicilianos llaman lobos menares, los quales antes que les dè tan pestifera enfermedad lo sienten, y dizen à los que estàn junto a ellos, que se aparten,

y

y huyan de ellos, ò que los aten, ò encierren, porque si no se guardan, los hazen pedaços à bocados, y los desmenuçan, si pueden, con las vñas, dando terribles, y espantosos ladridos; y esto es tanta verdad, que entre los que se han de casar se haze informacion bastante, de que ninguno de ellos es tocado de esta enfermedad: y si despues, andando el tiempo, la experiencia muestra lo contrario, se dirime el matrimonio. Tambien es opinion de Plinio, segun lo escriue en el libro 8. capitulo 22. que entre los Arcades ay vn genero de gente, la qual passando vn lago, cuelga los vestidos que lleua de vna encina, y se entra desnudo la tierra adentro, y se junta con la gente que alli halla de su linage en figura de lobos, y està con ellos nueue años; al cabo de los quales buelue à passar el lago, y cobra su perdida figura: pero todo esto se ha de tener por mentira, y si algo ay, passa en la imaginacion, y no realmente. No sè, dixo Rutilio; lo que sè es, que matè la loba, y hallè muerta a mis pies la hechizera. Todo esso puede ser, replicò Mauricio, porque la fuerça de los hechizos de los maleficos, y encantadores, que los ay, nos haze ver vna cosa por otra, y quede desde aqui assentado, que no ay gente alguna que mude en otra su primera naturaleza. Gusto me ha dado grande, dixo Arnaldo, el saber esta verdad, porque tambien yo era vno de los credulos de este error; y lo mismo deue de ser lo que las fabulas cuentan de la conuersion en cuervo del Rey Artus de Inglaterra, tan creyda de aquella discreta nacion, que se abstienen de matar cuervos en toda la isla. No sè, respondiò Mauricio, de donde tomò principio esta fabula tan creyda, como mal imaginada. En esto fueron razonando casi toda la noche, y al despuntar del dia dixo Clodio, que hasta alli auia estado oyendo, y callando: Yo soy vn hombre, à quien no se le da por averiguar estas cosas vn dinero; que se me da à mi que aya lobos hombres, ò no; ò que los Reyes anden en figuras de cuervos, ò de aguilas, aunque si se huuiessen de conuertir en aues, antes querria que fuessen en palomas, que en milanos. Passo Clodio, no digas mal de los Reyes, que me parece que te quieres dar algun filo a la lengua, para cortarles el cre-

No, respondiò Clodio, que el castigo me ha puesto vna mordaça en la boca, ò por mejor dezir en la lengua, q̃ no consiente que la mueua; y assi antes pienso de aqui adelante rebentar callando, que alegrarme hablando: los dichos agudos, las murmuraciones dilatadas, si à vnos alegran, à otros entristezen: contra el callar no ay castigo, ni respuesta, viuir quiero en paz los dias que me quedan de la vida à la sombra de tu generoso amparo, puesto que por momentos me fatigan ciertos impetus malicioſos, que me hazen baylar la lengua en la boca, y malograrseme entre los dientes mas de quatro verdades, que andan por salir à la plaça del mundo, sirvase Dios con todo. A lo que dixo Auriſtela: De estimar es, ò Clodio, el sacrificio que hazes al cielo de tu silencio. Rosamunda, que era vna de las llegadas à la conuersacion, boluiendose à Auriſtela, dixo: El dia que Clodio fuere callado, serè yo buena, porque en mi la torpeza, y en èl la murmuracion, son naturales, puesto que mas esperança puedo yo tener de enmendarme, que no èl, porque la hermosura se envejeze con los años, y faltando la belleza, menguan los torpes deseos; pero sobre la lengua del maldiciente no tiene jurisdicion el tiempo: y assi los ancianos murmuradores hablan mas quanto mas viejos, porque han visto mas, y todos los gustos de los otros sentidos los han cifrado, y recogido à la lengua. Todo es malo, dixo Transila, cada qual por su camino va à parar a su perdicion. El que nosotros aora hazemos, dixo Ladislao, prospero, y felice ha de ser, segun el viento se muestra fauorable, y el mar tranquilo. Assi se mostraua esta passada noche, dixo la barbara Constança; pero el sueño del señor Mauricio nos puso en cõfusion, y alboroto, tãto que ya yo pensè q̃ nos auia sorbido el mar a todos. En verdad, señora, respondiò Mauricio, que si yo no estuuiera enseñado en la verdad Catolica, y me acordara de lo que dize Dios en el Leuitico: No seais agoreros, ni deis credito a los sueños, porque no a todos es dado el entenderlos, que me atreniera a juzgar del sueño, que me puso en tan gran sobresalto, el qual segun a mi parecer no me vino por algunas de las causas de donde suelen proceder los sueños, que quando no son reuelaciones diuinas, ò ilusiones del demonio, pro

ce-

ceden, ò de los muchos manjares, que suben vapores al cerebro, con que turban el sentido comun, ò ya de aquello que el hombre trata mas de dia. Ni el sueño que a mi me turbò, cae debaxo de la obseruanciõ de la Astrologia; porque sin guardar puntos, ni obseruar astros, señalar rumbos, ni mirar imagenes, me pareciò ver visiblemente que en vn gran palacio de madera, donde estauamos todos los q̃ aqui vamos, llouian rayos del cielo, que le abriã todo, y por las bocas que hazian descargauã las nubes, no solo vn mar, sino mil mares de agua; de tal manera, que creyendo que me iba anegando, comencè a dar vozes, y a hazer los mismos ademanes que suele hazer el que se anega; y aun no estoy tan libre de este temor, que no me queden algunas reliquias en el alma; y como sè que no ay más cierta Astrologia que la prudencia, de quien nacen los acertados discursos, que mucho que yẽdo nauegãdo en vn nauio de madera, tema rayos del cielo, nubes de el ayre, y aguas de la mar: pero lo que mas me confunde, y suspende, es, que si algun daño nos amenaza, no ha de ser de ningun elemento, que destinada, y precisamente se disponga à ello, sino de vna traicion forjada, como ya otra vez he dicho, en algunos lasciuos pechos. No me puedo persuadir, dixo à esta sazon Arnaldo, que entre los que van por el mar nauegando, pueda entremeterse las blanduras de Venus, ni los apetitos de su torpe hijo al casto amor; bien se le permite andar entre los peligros de la muerte, guardandose para mejor vida. Esto dixo Arnaldo, por dar à entender, à Auristela, y a Periandro, y a todos aquellos que sus deseos conocian, quan ajustados iba sus mouimietos con los de la razõ; y prosiguio diziẽdo. El Principe justa razon es q̃ viua seguro entre sus vasallos, q̃ el temor de las traiciones nace de la injusta vida del Principe. Assi es, respondio Mauricio, y aun es bien que assi sea; pero dexemos passar este dia, que si èl da lugar à que llegue la noche sin sobresaltarnos, yo pedirè, y las dare albricias del buen sucesso. Iba el Sol a esta sazon a ponerse en los braços de Tetis, y el mar se estaua con el mismo sossiego que hasta alli se auia tenido, soplaua fauorable el viento; por parte ninguna se descubrian zelajes, que turbassen los marineros, el cielo,

lo, la mar, el viẽto, todos juntos, y cada vno de por si prometian felicissimo viage, quãdo el prudente Mauricio dixo en voz turbada, y alta: Sin duda nos anegamos, anegamonos sin duda.

CAPITVLO XIX.

Del primer libro. Donde se dà cuenta de lo que dos soldados hizieron, y la diuision de Periandro, y Auristela.

A Cuyas vozes respondiò Arnaldo: Como es esto, ò gran Mauricio, que aguas nos sorben, ò que mares nos tragan, que olas nos embistẽ? La respuesta que le dieron à Arnaldo, fue ver salir debaxo de la cubierta à vn marinero despauorido, echando agua por la boca, y por los ojos, diziendo cõ palabras turbadas, y mal compuestas: Todo este nauio se ha abierto por muchas partes, el mar se ha entrado en èl tan à rienda suelta, que presto le vereis sobre esta cubierta. Cada vno atienda à su salud, y à la conseruacion de la vida. Acogete, ò Principe Arnaldo, al esquife, ò à la barca, y lleua contigo las prendas que mas estimas, antes que tomen entera possession de ellas estas amargas aguas. Estancò en esto el nauio, sin poderse mouer por el peso de las aguas, de quien ya estaua lleno; amaynò el piloto todas las velas de golpe, y todos sobresaltados, y temerosos acudieron à buscar su remedio; el Principe, y Periandro fueron al esquife, y arrojandole al mar, pusieron en èl a Auristela, Transila, Ricla, y a la barbara Constança, entre las quales viendo que no se acordauan della, se arrojò Rosamunda, y tras ella mandò Arnaldo entrasse Mauricio. En este tiempo andauan dos soldados descolgando la barca, que al costado del nauio venia asida, y el vno de ellos viendo que el otro queria ser primero que entrasse dẽtro, sacando vn puñal de la cinta se le embaynò en el pecho, diziendo à vozes: Pues nuestra culpa ha sido fabricada tan sin prouecho, esta pena te sirua à ti de castigo, y a mi de escarmiento, a lo menos el poco tiempo que me queda de vida, y diziendo esto, sin querer aprouecharse del acogimiento que la barca les ofrecia, desesperadamente se arrojò al mar, diziendo a vozes y con mal articuladas palabras: Oye ò Arnaldo, la verdad que te dize este traidor, que en tal punto es bien que la diga: yo,

y,

y aquel à quien me viste pasar el pecho, por muchas partes abrimos; y taladramos este nauio, con intencion de gozar de Auristela, y de Transila recogiendolas en el esquife; pero auiendo visto yo auer salido mi designio contrario de mi pensamiento, a mi cõpañero quitè la vida, y à mi me doy la muerte; y con esta vltima palabra se dexò ir al fondo de las aguas, que le estorvaron la respiracion del ayre, y le sepultaron en perpetuo silencio: y aunque todos andauan confusos, y ocupados buscando, como se ha dicho, en el comun peligro algun remedio, no dexò de oir las razones Arnaldo del desesperado, y èl, y Periandro acudieron à la barca; y auiendo antes que entrassen en ella, ordenado que entrasse en el esquife Antonio el moço, sin acordarse de recoger algun bastimento. El Ladislao, Antonio el padre, Periandro, y Clodio se entraron en la barca; y fueron à abordar cõ el esquife, que algun tanto se auia apartado del nauio, sobre el qual ya passauan las aguas, y no se parecia dèl sino el arbol mayor, como en señal que alli estaua sepultado. Llegose en esto la noche, sin que la barca pudiesse alcançar al esquife, desde el qual dana vozes Auristela, llamando à su hermano Periandro, que la respondia, reiterãdo muchas vezes su (para èl) dulcissimo nombre. Transila, y Ladislao hazian lo mismo, y encontrauanse en los ayres las vozes de dulcissimo esposo mio, y amada esposa mia, donde se rompian sus designios, y se deshazian sus esperanças con la imposibidad de no poder juntarse, à causa que la noche se cubria de obscuridad, y los vientos començaron à soplar de partes diferentes. En resolucion, la barca se apartò del esquife, y como mas ligera, y menos cargada volò por donde el mar, y el viento quisieron lleuarla. El esquife, mas con la pesadumbre, que con la carga de los que en èl iban, se quedò, como si à posta quisieran que no nauegara; pero quando la noche cerrò con mas obscuridad que al principio, començaron à sentir de nueuo la desgracia sucedida: vieronse en mar no conocida, amenazados de todas las inclemencias del cielo, y faltos de la comodidad que les podia ofrecer la tierra; el esquife sin remos, y sin bastimẽtos, y la hambre solo detenida de la pesadumbre que sintieron.

Mau-

Mauricio, que auia quedado por Patrõ, y por marinero del esquife, ni tenia con que, ni sabia como guialle, antes segũ los llantos, gemidos, y suspiros de los que en èl iban, podia temer que ellos mismos le anegarian: miraua las estrellas, y aunque no parecian de todo en todo algunas, q̃ por entre la obscuridad se mostrauan, le dauan indicio de venidera serenidad; pero no le mostrauan en que parte se hallauan. No consintiò el sentimiento que el sueño aliuiasse su anguſtia, porque se les passò la noche velando, y se vino el dia no à mas andar, como dizen, sino para mas penar, porque con èl descubrieron por todas partes el mar cerca, y lexos, por ver si topauan los ojos con la barca que les lleuauan las almas, ò algun otro baxel que les prometiesse ayuda, y socorro en su necesidad; pero no descubrieron otra cosa que vna isla à su mano izquierda, que juntamente los alegrò, y los entristeciò: naciò la alegria de ver cerca la tierra, y la tristeza de la imposibilidad de poder llegar à ella, si ya el viento no los lleuasse. Mauricio era el que mas confiaua de la salud de todos, por auer hallado, como se ha dicho, en la figura, q̃ como judiciario auia leuantado, que aquel sucesso no amenazaua muerte, sino descomodidades casi mortales. Finalmente el fauor de los cielos se mezclò con los vientos, q̃ poco à poco lleuaron el esquife à la isla, y les dio lugar de tomarle en la tierra en vna espaciosa playa, no acompañada de gente alguna, sino de mucha cãtidad de nieue, que toda la cubria. Miserables son y temerosas las fortunas del mar, pues los que las padecen, se huelgan de trocarlas cõ las mayores que en la tierra se les ofrezcan; la nieue de la desierta playa les pareciò blãda arena, y la soledad compañia. Vnos en braços de otros desembarcaron, el moço Antonio fue el Atlante de Auristela, y de Transila, en cuyos ombros tambien desembarcaron Rosamunda, y Mauricio, y todos se recogieron al abrigo de vn peñon, que no lexos de la playa se mostraua, auiendo antes, como mejor pudieron, varado el esquife en tierra, poniendo en èl (despues de en Dios) su esperança. Antonio considerando que la hãbre auia de hazer su oficio, y que ella auia de ser bastante a quitarles las vidas, apresto su arco, que siempre de las espaldas le colgaua, y dixo, que

èl

èl queria ir à descubrir la tierra, por ver si hallaua gente en ella, ò alguna caça que socorriesse su necessidad. Vinieron todos con su parecer, y assi se entrò cõ ligero passo por la isla, pisando no tierra, sino nieue, tan dura, por estar elada, que le parecia pisar sobre pedernales. Siguiole, sin que èl lo echasse de ver, la torpe Rosamunda, sin ser impelida de los demas, que creyeron q̃ alguna natural necessidad la forçaua a dexallos. Boluiò la cabeça Antonio a tiempo, y en lugar donde nadie los podia ver, y viendo junto a si a Rosamunda, le dixo: La cosa de que menos necessidad tengo en esta que agora padecemos, es la de tu compañia; que quieres Rosamunda? bueluete, que ni tu tienes armas con que matar genero de caça alguna, ni yo podrè acomodar el passo a esperarte que me sigas. O inexperto moço, respondiò la muger torpe, y quan lexos estàs de conocer la intencion con que te sigo, y la deuda que me debes; y en esto se llegò junto a èl, y prosiguiò diziendo: Ves aqui, ò nueuo cazador, mas hermoso que Apolo, otra nueua Dafne, que no te huye, sino que te sigue; no mires, que ya a mi belleza la marchita el rigor de edad ligera siempre, si no considera en mi a la que fue Rosamunda, domadora de las cervices de los Reyes, y de la libertad de los mas esentos hombres; yo te adoro generoso jouen, y aqui entre estos yelos, y nieues el amoroso fuego me està haziendo ceniza el coraçon, gozemonos, y tenme por tuya, que yo te lleuarè a parte donde llenes las manos de tesoros, para ti sin duda alguna de mi recogidos, y guardados, si llegamos a Inglaterra, donde mil vandos de muerte tienen amenazada mi vida. Escondido te lleuarè a donde te entregues en mas oro que tuuo Midas, y en mas riquezas que acumulo Creso. Aqui dio fin a su platica, pero no al mouimiento de sus manos, que arremetieron a detener las de Antonio, que de si las apartaua, y entre esta tan honesta, como torpe contienda, dezia Antonio: Detente, ò harpia, no turbes, ni afees las limpias mesas de Fineo, no fuerces, ò barbara Egipcia, ni incites la castidad, y limpieza deste que no es tu esclauo; tarazate la lengua, fierpe maldita, no pronuncies con deshonestas palabras, lo que tienes escondido en tus deshonestos deseos. Mira el poco lu-

lugar que nos queda desde este punto al de la muerte que nos està amenazando con la hambre, y con la incertidumbre de la salida de este lugar, que puesto que fuera cierta, con otra intencion la acompañara, que con la que me has descubierto; desviate de mi, y no me sigas, que castigarè tu atreuimiento, y publicarè tu locura; si te buelues mudarè proposito, y pondrè en silencio tu desverguença; si no me dexas, te quitarè la vida: oyèdo lo qual la lasciua Rosamùda, se le cubriò el coraçon de manera, que no diò lugar à suspiros, à ruegos, ni à lagrimas; dexòla Antonio sagaz, y aduertido. Boluiòse Rosamunda, y èl siguiò su camino; pero no hallò en èl cosa q̃ e asseguraſſe, porque las nieues eran muchas, y los caminos asperos, y la gente ninguna; y aduirtiendo que si adelante passaua, podia perder el camino de buelta, se boluiò à juntar con la compañia: alçaron todos las manos al cielo, y pusieron los ojos en la tierra, como admirados de su desventura. A Mauricio dixerõ, que bolueran al mar el esquife, pues no era posible remediarse en la imposibilidad, y soledad de la isla.

CAPITVLO XX.

De vn notable caso que sucedió en la Isla Neuada.

APoco tiẽpo q̃ passò el dia desde lexos vieron venir vna naue gruesa, que les leuãtò las esperanças de tener remedio, amaynò las velas, y pareciò que se dexaua detener las ancoras, y con diligencia presta arrojaron el esquife a la mar, y se vinieron à la playa, donde ya los tristes se arrojauan al esquife. Auristela dixo, que seria bien q̃ aguardaſſen los que venian, por saber quien eran. Llegò el esquife de la naue, y encallò en la fria nieue, y saltaron en ella dos, al parecer, gallardos, y fuertes mancebos, de estremada disposicion, y brio, los quales sacaron encima de sus ombros à vna hermosissima donzella, tan sin fuerças, y tã desmayada, que parecia que no le daua lugar para llegar à tocar la tierra. Llamaron à vozes los que estauan ya embarcados en el otro esquife, y les suplicaron que se desembarcaſſen à ser testigos de vn sucesso, que era menester que los tuuiesse. Respondiò Mauricio, que no auia remos para encaminar el esquife, si no les pres-

prestauã los del suyo. Los marineros con los suyos guiaron los del otro esquife, y boluierõ à pisar la nieue. Luego los valientes jouenes asieron de dos tablachinas, con que cubrieron los pechos, y con dos cortadoras espadas en los braços saltaron de nueuo en tierra. Auristela llena de sobresalto y temor, casi con certidumbre de algun nueuo mal, acudiò à ver la desmayada, y hermosa dõzella; y lo mismo hizierõ todos los demas. Los Caualleros dixeron: Esperad, señores, y estad atentos à lo q̃ queremos deziros; este Caualiero, y yo, dixo el vno, tenemos cõcertado de pelear por la possession de esta enferma donzella, que ai veis; la muerte ha de dar la sentencia en fauor del otro, sin que aya otro medio alguno que atage en ninguna manera nuestra amorosa pendẽcia; si ya no es, que ella de su voluntad ha de escoger qual de nosotros dos ha de ser su esposo, con que hará embaynar nuestras espadas, y sosiegar nuestros espiritus. Lo que pedimos, es, que no estorueis en manera alguna nuestra porfia, la qual lleuaramos hasta el cabo, sin tener temor que nadie nos la estorvara, si no os huuieramos menester para que mirarades, si estas soledades pueden ofrecer algun remedio para dilatar, si quiera, la vida de esta donzella, que es tan poderosa, para acabar las nuestras: la priessa que nos obliga à dar conclusion à nuestro negocio, no nos da lugar para preguntaros por agora, quien sois, ni como estais en este lugar tan solo, y tan sin remos, que no los teneis, segun parece, para desviaros de esta isla tan sola, que aun de animales no es habitada. Mauricio les respondiò, que no saldrian vn punto de lo que querian; y luego echaron los dos mano à las espadas, sin querer que la enferma donzella declarasse primero su voluntad, remitiendo antes su pendencia à las armas, que à los deseos de la dama. Arremetieron el vno contra el otro, y sin mirar reglas, mouimientos, entradas, salidas, y compases, à los primeros golpes el vno quedò passado el coraçon de parte à parte, y el otro abierta la cabeça por medio. Este le concediò el cielo tanto espacio de vida, que le tuuo de llegar à la donzella, y juntar su rostro con el suyo, diziendole: Venci, señora, mia eres, y aunque ha de durar poco el bien de poseerte, el pensar que vn

solo instante te podrè tener por mia, me tengo por el mas venturoso hombre del mundo, recibe, señora, esta alma, que embuelta en estos vltimos alientos te embio, dales lugar en tu pecho, sin que pidas licencia a tu honestidad, pues el nombre de esposo à todo esto da licencia. La sangre de la herida bañò el rostro de la dama, la qual estaua tan sin sentido, que no respodiò palabra. Los dos marineros que auian guiado el esquife de la naue, saltaron en tierra, y fueron con presteza à requerir, assi al muerto de la estocada, como al herido en la cabeça, el qual puesta su boca con la de su tan caramente comprada esposa, embiò su alma à los ayres, y dexò caer el cuerpo sobre la tierra. Auristela que todas estas acciones auia estado mirando antes de descubrir, y mirar atentamente el rostro de la enferma señora, llegò de proposito à mirarla, y limpiandole la sangre, que auia llouido del muerto enamorado, conociò ser su donzella Taurisa la que lo auia sido al tiempo que ella estuuo en poder del Principe Arnaldo, que le auia dicho la dexaua en poder de dos Caualleros, que la llenassen à Irlanda, como queda dicho Auriste, la quedò suspensa, quedò atonita, quedò mas triste que la misma tristeza, y mas quando vino à conocer, que la hermosa Taurisa estaua sin vida: Ay, dixo à esta sazon, con que prodigiosas señales me va mostrando el Cielo mi desventura, que si se rematara con acabarse mi vida, pudiera llamarla dichosa, que los males que tienen fin en la muerte, como no se dilaten, y entretengan, hazen dichosa la vida. Que red barredera es esta, con que cogen los cielos todos los caminos de mi descanso? Que imposibles son estos que descubro à cada passo de mi remedio? Mas pues aqui son escusados los llantos, y son de ningun prouecho los gemidos, demos el tiempo que he de gastar en ellos por agora, à la piedad, y enterremos los muertos, y no congoje yo por mi parte los viuos; y luego pidiò à Mauricio, pidiesse à los marineros del esquife, boluiessen al nauio, por instrumentos para hazer las sepulturas. Hizolo assi Mauricio, y fue à la naue con intencion de concertarse con el piloto, o Capitan que huuiesse para que los sacasse de aquella isla, y los llenasse

adon-

adonde quiera que fuessen. En este entretanto tuuieron lugar Auristela, y Transila, de acomodar à Taurisa, para enterralla, y la piedad, y honestidad Christiana no consintiò que la desnudassen. Boluiò Mauricio con los instrumentos, auiendo negociado todo aquello q̃ quiso. Hizose la sepultura de Taurisa, pero los marineros no quisieron, como Catolicos, que se hiziesse ninguna àlos muertos en el desafio. Rosamunda, que despues que boluiò de auer declarado su mal pensamiento al barbaro Antonio, nunca auia alçado los ojos del suelo, que sus pecados se los tenian aterrados, al tiempo que iban à sepultar à Taurisa, leuantando el rostro, dixo: Si os precidis, señores, de caritatiuos, y si anda en vuestros pechos al par la justicia, y la misericordia, vsad de essas dos virtudes comigo; yo desde el punto que tuue vso de razon, no la tuue, porque siempre fuy mala con los años verdes, y con la hermosura mucha, con la libertad demasiada, y con la riqueza abundante se fueron apoderando de mi los vicios de tal manera, que han sido, y son en mi como accidentes inseparables. Ya sabeis, como yo alguna vez he dicho, que he tenido el pie sobre las cervices de los Reyes, y he traido de la mano que he querido, las voluntades de los hombres; pero el tiempo salteador, y robador de la humana belleza de las mugeres, se entro por la mia tan sin yo pensarlo, que primero me he visto fea, que desengañada, mas como los vicios tienen assiento en el alma, que no envejeze, no quieren dexarme, y como yo no les hago resistencia, sino que me dexo ir con la corriente de mis gustos, he me ido agora con el que me da, el ver si quiera à este barbaro muchacho, el qual aunque le he descubierto mi voluntad, no corresponde à la mia, que es de fuego, con la suya, que es de elada nieue; veome desprecciada, y aborrecida, en lugar de estimada, y bien querida, golpes que no se pueden resistir con poca paciencia, y con mucho deseo. Ya, ya la muerte me va pisando las faldas, y estiende la mano para alcançarme de la vida: por lo que veis, que deue la bondad del pecho que la tiene, al miserable que se le encomienda, os suplico que cubrais mi fuego con yelo, y me enterreis en esta sepultura, que puesto q̃ mezcleis mis lasciuos hues-

sos con los de esta ceſta dozella, no los contaminaràn, q̃las reliquias buenas siempre lo son, donde quiera que estèn; y boluiendose al moço Antonio, prosiguiò: Y tu arrogante moço, que agora tocas, ò estàs para tocar los margenes, y rayas del deleyte, pide al cielo lo que te encamine de modo, que ni te solicite edad larga, ni marchita belleza; y si yo he ofendido tus recièles oidos, que assi los puedo llamar, con mis inaduertidas, y no castas palabras, perdoname, que los que piden perdon en este trãce, por cortesia si quiera, merecen ser, si no perdonados, à lo menos escuchados. Esto diziendo, dio vn suspiro embuelto en vn mortal desmayo,

CAPITVLO XXII.

Del primer libro de los trabajos de Perfiles, y Sigismunda.

YO No sè, dixo Mauricio, à esta sazon, que quiere este que llamã amor, por estas montañas, por estas soledades, y riscos, por entre estas nieues, y yelos, dexãdose allà los Rafos, Noydos, las Cipres, los Elisios campos, de quien huye la hambre, y no llega incomodidad alguna: en el coraçon sossegado en el animõ quieto tiene el amor deleytable su morada, que no en las lagrimas, ni en los sobresaltos. Auristela, Transila, Constança, y Ricla quedaron atonitas del sucesso, y cõ callar le admiraron, y finalmente con no pocas lagrimas enterrarõ à Taurisa; y despues de auer buelto Rosamunda del pesado desmayo, se recogieron, y embarcaron en el esquife de la naue, donde fueron bien recibidos, y regalados de los q̃ en ella estauan, satisfaciendo luego todos la hãbre, que les aquexaua; solo Rosamunda, q̃ estaua tal, q̃ por momentos llamana à las puertas de la muerte. Alçaron velas, llloraron algunos los Capitanes muertos, y instituyerõ luego vno, q̃ lo fuesse de todos, y siguierõ su viage, sin lleuar parte conocida donde le encaminassen, porque era de cosarios, y no Irlandeses, como à Arnaldo le auia dicho, sino de vna isla rebelada contra Inglaterra. Mauricio mal contento de aquella compañia, siempre iba temiendo algun reuès de su acelerada costumbre, y mal modo de viuir, y como viejo, y experimentado en las cosas del mundo, no le cabia el coraçon en el pecho, temiendo que

la

sa mucha hermosura de Auristela, la gallardia, y buen parecer de su hija Transila, los pocos años, y nueuo trage de Constança no despertassen en aquellos cosarios algun mal pensamiento. Seruiales de Argos el moço Antonio, de lo que siruiò el pastor de Anfriso; eran los ojos de los dos centinelas no dormidas, pues por sus quartos la hazian a las mansas, y hermosas ouejuelas que debaxo de su solicitud, y vigilancia se amparauan. Rosamunda con los continuos desdenes vino a enflaquezer de manera, que vna noche la hallaron en vna camara del nauio sepultada en perpetuo silencio. Harto auian llorado, mas no dexaron de sentir su muerte compassiua, y Christianamente; siruiòla el ancho mar de sepultura, donde no tuuo harta agua para apagar el fuego que causò en su pecho, el gallardo Antonio, el qual, y todos rogaron muchas vezes a los cosarios, que los lleuassen de vna vez a Irlanda, ò a Ibernia, si ya no quisiessen a Inglaterra, ò Escocia; pero ellos respondian que hasta auer hecho vna buena, y rica presa, no auian de tocar en tierra alguna, si ya no fuesse a hazer agua, ò a tomar bastimentos necessarios. La barbara Ricla bien comprara a pedaços de oro, que los lleuaran a Inglaterra; pero no osaua descubrirlos, porque no se los robassen, antes que se los pidiessen. Diòles el Capitan estancia aparte, y acomodòles de manera, que les asseguròde la insolencia que podian temer de los soldados. De esta manera anduuieron casi tres meses por el mar de vnas partes a otras, ya tocauan en vna isla, ya en otra, y ya se salian al mar descubierto, propia costumbre de cosarios, que buscan su ganancia las vezes que auia calma, y el mar sossegado no les dexaua nauegar. El nueuo Capitan del nauio se iba a entretener a la estancia de sus passageros, y con platicas discretas, y cuentos graciosos; pero siempre honestos, los entretenia, y Mauricio hazia lo mismo. Auristela, Transila, Ricla, y Constança, mas se ocupauan en pensar en la ausencia de las mitades de su alma, que en escuchar al Capitan, ni a Mauricio, con todo esto estuuieron vn dia atentas a la historia que en este siguiente capitulo se cuenta que el Capitan les dixo.

CAPITVLO XXII.

Donde el Capitan dà cuenta de las grandes fieſtas que acoſtumbraua à hazer en ſu Reyno el Rey Policarpo.

VNa de las islas que eſtàn junto à la de Ibernia, me diò el cielo por patria, es tan grande, que toma nombre de Reyno, el qual no ſe hereda, ni viene por ſucceſsion de padre à hijo; ſus moradores le eligen à ſu beneplacito, procurando ſiempre que ſea el mas virtuoſo, y mejor hombre que en èl ſe hallare, y ſin interuenir de por medio ruegos, ò negociaciones, y ſin q̃ los ſoliciten promeſſas, ni dadiuas, de comun conſentimiẽto de todos ſale el Rey, y toma el Cetro abſoluto del mãdo, el qual le dura, mientras le dura la vida, ò mientras no ſe empeora en ella, y con eſto los que no ſon Reyes, procuran ſer virtuoſos, para ſerlo, y los que lo ſon, pugnan ſerlo mas, para no dexar de ſer Reyes; con eſto ſe cortan las alas à la ambicion, ſe aterra la codicia, y aunque la hipocreſia ſuele andar liſta, à largo andar ſe le cae la maſcara, y queda ſin el alcançado premio: con eſto los pueblos viuen quietos, campea la juſticia, y reſplandece la miſericordia, deſpachanſe cõ breuedad los memoriales de los pobres, y los que dã ricos, no por ſerlo, ſon mejor deſpachados; no agobian la vara de la juſticia las dadiuas, ni la carne, y ſangre de los parenteſcos; todas los negociaciones guardan ſus puntos, y andan en ſus quicios. Finalmente Reyno es dõde ſe viue ſin temor de los inſolentes, y donde cada vno goza lo que es ſuyo. Eſta coſtumbre, à mi parecer juſta, y ſanta, puſo el Cetro del Reyno en las manos de Policarpo, Varon inſigne, y famoſo, aſsi en las armas, como en las letras; el qual tenia quando vino à ſer Rey, dos hijas de eſtremada belleza, la mayor llamada Policarpa, y la menor Sinforoſa; no tenian madre, que no les hizo falta quando muriò, ſino en la compañia, que ſus virtudes, y agradables coſtumbres eran ayas de ſi miſmas, dando marauilloſo exemplo à todo el Reyno: cõ eſtas buenas partes, aſsi ellas, como el padre ſe hazian amables, ſe eſtimauan de todos. Los Reyes por parecerles que la melancolia en los vaſallos ſuele deſpertar malos penſamientos, procuran tener alegre el pueblo, y entretenido

con

con fiestas publicas, y à vezes cõ ordinarias comedias, principalmente solemnizauan el dia, que fueron assumptos al Reyno, cõ hazer que se renouassen los juegos, que los Gentiles llamauã Olimpicos, en el mejor modo que podian; señalauan premio à los corredores, honrauã à los diestros, coronauan à los tiradores, y subian al cielo de la alabança à los que derribauan à otros en la tierra. Haziase este espectaculo junto à la marina en vna espaciosa playa, à quiẽ quitauan el Sol infinita cantidad de ramos entretexidos, que la dexauan à la sombra. Ponian en la mitad vn sumptuoso teatro, en el qual sentado el Rey, y la Real familia, mirauan los apacibles juegos. Llegòse vn dia de estos, y Policarpo procurò auentajarse en magnificencia, y grandeza, en solemnizarle sobre todos quantos hasta alli se auian hecho; y quando ya el teatro estaua ocupado con su persona, y con los mejores de el Reyno, y quando ya los instrumentos belicos, y los apacibles querian dar señal que las fiestas se començassen: y quando ya quatro corredores, mancebos agiles, y suel-tos, tenian los pies izquierdos delante, y los derechos alçados, que no les impedia otra cosa el soltarse a la carrera, sino soltar vna cuerda, que les seruia de raya, y de señal, que en soltandola auian de boluer a vn termino señalado, donde auian de dar fin à su carrera. Digo que en este tiempo vieron venir por la mar vn barco, que le blanqueauan los costados, el ser recien despalmado, y le facilitauan el romper del agua seis remos, que de cada vanda traia, impelidos de doze, al parecer gallardos mancebos de dilatadas espaldas, y pechos, y de nervudos braços; venian vestidos de blanco todos, sino el que guiaua el timon, que venia de encarnado, como marinero. Llegò con furia el barco a la orilla, y el encallar en ella, y el saltar todos los que en èl venian en tierra, fue vna misma cosa. Mandò Policarpo, que no saliessen a la carrera, hasta saber que gente era aquella, y a lo que venia, puesto que imaginò que deuian de venir a hallarse en las fiestas, y a probar su gallardia en los juegos. El primero que se adelantò a hablar al Rey, fue el que seruia de timonero, mancebo de poca edad, cuyas mexillas desembaraçadas y limpias mostrauan ser de nieue,

y de grana, los cabellos anillos de oro, y cada vna parte de las del rostro tan perfecta, y todas juntas tan hermosas, que formauan vn compuesto admirable; luego la hermosa presencia del moço arrebatò la vista, y aun los coraçones de quantos le miraron, y yo desde luego le quedè aficionadissimo. Lo que dixo al Rey: Señor, estos mis compañeros, y yo, auiendo tenido noticia de estos juegos, venimos à seruirte, y hallarnos en ellos, y no de lexas tierras, sino desde vna naue, que dexamos en la isla Scinta, que no està lexos de aqui, y como el viento no hizo à nuestro proposito para encaminar aqui la naue, nos aprouechamos de esta barca, y de los remos, y de la fuerça de nuestros braços; todos somos nobles, y deseosos de ganar honra, y por la que deues hazer como Rey que eres, à los estrangeros que à tu presencia llegan, te suplicamos nos concedas licencia para mostrar, ò nuestras fuerças, ò nuestros ingenios en honra, y prouecho nuestro, y gusto tuyo. Por cierto, respondiò Policarpo, agradecido jouè, que vos pedis lo q̃ quereis con tãta gracia, y cortesia, que seria cosa injusta el negaroslo, honrad mis fiestas en lo que quisieredes, dexadme a mi el cargo de premiaroslo, que segun vuestra gallarda presencia muestra, poca esperança dexais à ninguno de alcançar los primeros premios. Doblò la rodilla el hermoso mancebo, y inclinò la cabeça en señal de crianza, y agradecimiento, y en dos brincos se puso ante la cuerda, que detenia à los quatro ligeros corredores. Sus doze compañeros se pusieron à vn lado a ser espectatores de la carrera, sonò vna trompeta, soltaron la cuerda, y arrojaronse al buelo los cinco, pero aun no avrian dado veinte passos, quãdo con mas de seis se les auentajò el recien venido, y à los treinta ya los lleuaua de ventaja mas de quinze. Finalmente se los dexò à poco mas de la mitad del camino, como si fueran estatuas inmouibles, con admiracion de todos los circunstantes, especialmente de Sinforosa, que le seguia con la vista, assi corriendo, como estando quedo, porque la belleza, y agilidad del moço era bastante para lleuar tras si las voluntades no solo de los ojos de quãtos le mirauan. Notè yo esto, porque tenia los mios atentos à mirar a Policarpo, objeto dulce de mis deseos, y de camino mi-

miraua los mouimientos de Sinforosa. Començò luego la embidia à apoderarse de los pechos de los que se auian de probar en los juegos, viendo con quanta facilidad se auia lleuado el estrangero el precio de la carrera. Fue el segundo certamen el de la esgrima, tomò el ganancioso la espada negra, con la qual à seis que le salieron cada vno de porsi, les cerrò las bocas, mosqueò las narizes, les sellò los ojos, y les santiguò las cabeças, sin que à èl le tocassen, como dezirse suele, vn pelo de la ropa. Alçò la voz el pueblo, y de comun consentimiento le dieron el premio primero. Luego se acomodaron otros seis à la lucha, donde con mayor gallardia dio de si muestra el moço, descubriò sus dilatadas espaldas, sus anchos, y fortissimos pechos, y los nervios, y musculos de sus fuertes braços, con los quales, y con destreza, y maña increible, hizo que las espaldas de los seis luchadores, à despecho, y pesar suyo, quedassen impressas en la tierra. Asiò luego de vna pesada barra, q̃ estaua hincada en el suelo, porque le dixeron, que era el tirarla el quarto certamen, sompesòla, y haziẽdo de señas à la gente q̃ estaua delante para q̃ le diessen lugar donde el tiro cupiesse; tomando la barra por la vna pũta, sin boluer el braço atràs la impeliò con tanta fuerça, q̃ passando los limites de la marina, fue menester q̃ el mar se los diesse, en el qual bien adentro quedò sepultada la barra. Esta mostrosidad notada de sus cõtrarios les desmayò los brios, y no osaron probarse en la contiẽda. Pusieronle luego la ballesta en las manos, y algunas flechas, y mostraronle vn arbol muy alto, y muy liso, al cabo del qual estaua hincada vna media lãça, y en ella de vn hilo estaua asida vna paloma, à la qual auiã de tirar no mas de vn tiro los que en aquel certamen quisiesse probarse. Vno q̃ presumia de certero, se adelãtò, y tomò la mano, creo yo, pensando derribar la paloma antes q̃ otro, tirò, y clauò su flecha casi en el fin de la lãça, del qual golpe açorada la paloma, se leuantò en el aire; y luego otro no menos presumido q̃ el primero, tirò con tan gentil certeria, q̃ rompiò el hilo donde estaua asida la paloma, q̃ suelta, y libre del laço q̃ la detenia, entregò su libertad al viento, y batiò las alas cõ priessa; pero el ya acostumbrado à ganar los primeros premios, disparò su flecha

y co-

y como si mãdara lo que auia de hazer, y ella tuuiera entendimiẽto para obedecerle, assi lo hizo, pues diuidiẽdo el ayre con vn rasgado, y tendido silvo, llegò a la paloma, y le passò el coraçon de parte a parte, quitandole a vn mismo punto el buelo, y la vida. Renouaronse con esto las vozes de los presentes, y las alabanças del estrangero, el qual en la carrera, en la esgrima, en la lucha, en la barra, y en el tirar de la ballesta, y entre otras muchas pruebas que no cuento, con grandissimas ventajas se lleuò los primeros premios, quitando el trabajo a sus compañeros de probarse en ellas. Quando se acabaron los juegos, seria el crepusculo de la noche, y quando el Rey Policarpo queria leuantarse de su assiento con los juezes que con èl estauan, para premiar al vencedor mancebo, viò que puesto de rodillas ante èl, le dixo: Nuestra naue quedò sola, y desamparada, la noche cierra algo obscura, los premios que puedo esperar, que por ser de tu mano, se deuen estimar en lo posible, quiero, ò gran señor, que los dilates hasta otro tiempo, q̃ con mas espacio, y comodidad pienso boluer a seruirte. Abraçòle el Rey, preguntòle su nombre, y dixo, que se llamaua Periandro. Quitòse en esto la bella Sinforosa vna guirnalda de flores, con que adornaua su hermosissima cabeça, y la puso sobre la del gallardo mancebo, y con honesta gracia le dixo al ponersela: Quando mi padre sea tan venturoso de que boluais a verle, vereis como no vendreis a seruirle, sino a ser seruido.

CAPITVLO XXIII.

De lo que sucedió à la zelosa Auristela, quando supo que su hermano Periandro era el que auia ganado los premios del certamen

O Poderosa fuerça de los zelos! ò enfermedad, q̃ te pegas al alma de tal manera, que solo te despegas con la vida! O hermosissima Auristela, detente, no te precipites a dar lugar en tu imaginacion a esta rabiosa dolencia! Pero quien podra tener a raya los pensamientos que suelen ser tan ligeros, y sutiles q̃ como no tienen cuerpo, passã las murallas, traspassan los pechos, y vèn lo mas escondido de las almas. Esto se ha dicho, porque en oyendo pronunciar Auristela el nombre de Pe-

Periandro su hermano; y auiẽ do oido antes las alabanças de Sinforosa, y el fauor que en ponerle la guirnalda le auia hecho, rindio el sufrimiẽ to a las sospechas, y entrego la paciencia a los gemidos, y dando vn gran suspiro, y abraçandose con Transila, dixo: Querida amiga mia, ruega al cielo, que sin auerse perdido tu esposo Ladislao, se pierda mi hermano Periandro, no le ves en la boca de este valeroso Capitan, honrado como vencedor, coronado como valeroso, atento mas à los fauores de vna donzella, que à los cuydados que le deuian dar los destierros, y passos de esta sunermana? Andase buscando palmas, y trofeos por las tierras agenas, y dexase entre los riscos, y entre las peñas, y entre las montañas, que suele leuantar la mar alterada, à esta su hermana, que por su cõsejo, y por su gusto no ay peligro de muerte donde no se halle? Estas razones escuchaua atentissimamente el Capitan del nauio, y no sabia que conclusion sacar dellas, solo paro en dezir, pero no dixo nada, porque en vn instante, y en vn momentaneo punto le arrebato la palabra de la boca vn viento, que se leuantò tan subito, y tan recio, que le hizo poner en pie, sin responder a Auristela, y dando vozes à los marineros, q̃ amaynassen las velas, y las templassen, y assegurassen. Acudiò toda la gente à la faena, començò la naue à volar en popa cõ mar tendido, y largo, por donde el viento quiso leuarla. Recogiòle Mauricio con los de su compañia a su estancia, por dexar hazer libremente su oficio à los marineros. Alli preguntò Transila à Auristela, que sobresalto era aquel q̃ tal le auia puesto, que à ella le auia parecido auerle causado, el auer oido nombrar el nombre de Periandro, y no sabia porque las alabãças, y buenos sucessos de vn hermano pudiessen dar pesadumbre? Ay amiga, respondiò Auristela, de tal manera estoy obligada a tener en perpetuo silencio vna peregrinacion que hago, que hasta darle fin, aunque primero llegue el de la vida, soy forçada à guardarle, en sabiendo quiẽ soy, que si sabras, si el cielo quiere, veras las disculpas de mis sobresaltos, sabiendo la causa de do nacen; veras casos pensamientos acometidos, pero no turbados; veras desdichas sin ser buscadas, y laberintos, que por venturas no imaginadas han tenido salida de sus enre-

dos;

dos, ves quan grande es el nudo del parentesco de vn hermano, pues sobre este tengo yo otro mayor con Periãdro; ves assimismo quan propio es de los enamorados ser zelosos, pues cõ mas propiedad tengo yo zelos de mi hermano. Este Capitan amiga, no exagerò la hermosura de Sinforosa, y ella al coronar las sienes de Periandro no os miròʔ si sin duda; y mi hermano no es del valor, y de la belleza que tu has visto? pues que mucho que aya despertado en el pensamiento de Sinforosa alguno, que le haga olvidar de su hermana? Aduierte, señora, respondiò Transila, que todo quanto el Capitan ha contado, sucedió antes de la prision de la insula Barbara, y que despues acà os aueis visto, y comunicado, donde avrà hallado, que ni èl tiene amor à nadie, ni cuydado de otra cosa, que de darte gusto; y no creo yo, que las fuerças de los zelos lleguen à tanto, que alcancen à tenerlos vna hermana de vn su hermano. Mira hija Transila, dixo Mauricio, q̃ las condiciones de amor son tan diferẽtes, como injustas, y sus leyes tan muchas, como variables; procura ser tan discreta, que no apures los pensamientos agenos, ni quieras saber mas de nadie, de aquello que quisiere dezirte: la curiosidad en los negocios propios se puede sutilizar, y atildar; pero en los agenos, que no nos importa, ni por pensamiento. Esto que oyò Auriste la à Mauricio, la hizo tener cuenta con su discrecion, y cõ su lengua, porque la de Transila poco necia lleuaua camino de hazerle sacar à plaça toda su historia. Amansò entanto el viento, sin auer dado lugar à que los marineros temiessen, ni los passageros se alborotassen. Bolviò el Capitan à verlos, y à proseguir su historia, por auer quedado cuydadoso del sobresalto que Auristela tomò, oyendo el nombre de Periandro. Deseaua Auristela boluer à la platica passada, y saber del Capitã, si los fauores que Sinforosa auia hecho à Periandro, se estendieron à mas que coronarle, y assi se lo preguntò modestamente, y con recato, de no dar à entender su pensamiento. Respondiò el Capitan, q̃ Sinforosa no tuuo lugar de hazer mas merced, que assi se han de llamar los fauores de las damas, à Periandro, aunque a pesar de la bondad de Sinforosa a èl le fatigauã ciertas imaginaciones que tenia, de que no estaua muy libre de

te;

tener en la suya à Periandro, porque siempre que despues de partido se hablaua de las gracias de Periandro, ella las subia, y las leuantaua sobre los cielos; y por auerle ella mandado que saliesse en vn nauio à buscar à Periandro, y le hiziesse boluer à ver a su padre, cõfirmaua mas sus sospechas. Como, y es posible, dixo Auristela, que las grandes señoras, las hijas de los Reyes, las leuantadas sobre el trono de la fortuna se han de humillar à dar indicios de que tienen los pensamientos en humildes sugetos colocados? y siendo verdad, como lo es, que la Grandeza, y Magestad no se auiene bien con el amor, antes son repugnantes entre si el amor, y la Grandeza, hase de seguir, que Sinforosa Reyna hermosa, y libre, no se auia de cautiuar de la primera vista de vn no conocido moço, cuyo estado no prometia ser Grande, el venir gouernando vn timon de vna barca con doze compañeros desnudos, como lo son todos los que gouiernan los remos. Calla hija Auristela, dixo Mauricio, que en ningunas otras acciones de la naturaleza se veen mayores milagros, ni mas continuos, que en las del amor, que por ser tantos, y tales los milagros, se passan en silẽcio, y no se echa de ver en ellos por extraordinarios que sean. El amor junta los cetros con los cayados, la grandeza con la baxeza haze posible lo imposible, iguala diferentes estados, y viene à ser poderosa como la muerte. Ya sabes tu, señora, y sè yo muy bien la gentileza, la gallardia, y el valor de tu hermano Periandro, cuyas partes forman vn compuesto de singular hermosura, y es priuilegio de la hermosura rendir las voluntades, y atraer los coraçones de quantos la conocen, y quãto la hermosura es mayor, y mas conocida es mas amada, y estimada: assi que no seria milagro, que Sinforosa, por principal que sea, ame a tu hermano, porque no le amaria como à Periandro à secas, sino como à hermoso, como à valiente, como à diestro, como à ligero, como a sugeto, donde todas las virtudes estàn recogidas, y cifradas. Que Periandro es hermano de esta señora, dixo el Capitan? Si, respondiò Transila, por cuya ausencia ella viue en perpetua tristeza, y todos nosotros que la queremos bien, y a èl le conocimos en llanto, y amargura. Luego le contaron todo lo sucedido del naufra-

fragio de la naue de Arnaldo, la diuision del esquife, y de la barca, con todo aquello que fue bastante para darle à entẽder lo sucedido hasta el punto en que estauan, en el qual pũto dexa el Autor el primer libro de esta grande historia; y passa al segundo, donde se contaràn cosas, que aunque no passan de la verdad, sobrepujan à la imaginacion, pues apenas puedẽ caber en la mas sutil, y dilatada sus acontecimientos.

LIBRO SEGVNDO, DE LA HISTORIA DE LOS TRABAIOS DE Persiles, y Sigismunda.

CAPITVLO PRIMERO.

Donde se cuenta, como el nauio se bolcò con todos los que dentro de èl iban.

PArece que el Autor de esta historia sabia mas de enamorado, que de historiador; porq̃ casi este primer capitulo de la entrada del segundo libro le gasta todo en vna difinicio̅ de zelos, ocasionados de los que mostrò tener Auristela, por lo que le contò el Capitã del nauio; pero en esta traduccion, que lo es, se quita por prolixa, y por cosa en muchas partes referida, y ventilada; y

se

se viene à la verdad del caso, que fue, que cambiandose el viento, y enmarañandose las nubes, cerrò la noche escura, y tenebrosa, y los truenos dãdo por mensageros à los relampagos, tras quien se siguẽ, començaron à turbar los marineros, y à deslumbrar la vista de todos los de la naue, y començò la borrasca con tãta furia, que no pudo ser preuenida de la diligencia, y arte de los marineros, y assi à vn mismo tiempo les cogiò la turbacion, y la tormenta, pero no por esto dexò cada vno de acudir à su oficio, y à hazer la faena, que vieron ser necessaria, sino para escusar la muerte, para dilatar la vida, que los atreuidos que de vnas tablas la fian, la sustentã quanto pueden, hasta poner su esperança en vn madero, que à caso la tormenta desclauò de la naue, con el qual se abraçan, y tienen à gran ventura tan duros abraços. Mauricio se abraço con Transila su hija; Antonio con Ricla, y con Constança su madre, y hermana; sola la desgraciada Auristela quedo sin arrimo, sino el que le ofrecia su congoxa, que era el de la muerte, à quien ella de buena gana se entregara, si lo permitiera la Christiana, y Catolica Religion, que con muchas veras procuraua guardar, y assi se recogiò entre ellos, y hechos vn ñudo, ò por mejor dezir, vn ouillo, se dexaron calar casi hasta la postrera parte del nauio, por escusar el ruido espantoso de los truenos, y la interpolada luz de los relampagos, y el confuso estruendo de los marineros, y en aquella semejança de el Limbo se escusaron, de no verse vnas vezes tocar el cielo con las manos, leuantandose el nauio sobre las mismas nubes, y otras vezes barrer la gauia las arenas de el mar profundo: esperauan la muerte cerrados los ojos, ò por mejor dezir, la temian sin verla, que la figura de la muerte, en qualquier trage que vẽga, es espantosa, y la que coge à vn descapercebido en todas sus fuerças, y salud, es formidable. La tormenta creciò de manera, que agotò la ciencia de los marineros, la solicitud del Capitan, y finalmente la esperança de remedio en todos: yà no se oian vozes, que mandauã, hagase esto, ò aquello, sino gritos de plegarias, y votos que se hazian, y à los cielos se embiauan, y llegò à tanto esta miseria, y estrema, que Transila no se acordaua de Ladislao, Auristela de

Pe-

Periandro, q̃ vno delos efectos poderosos de la muerte, es borrar de la memoria todas las cosas de la vida, y pues llega à hazer que no se sienta la passion zelosa, tengase por dicho, que puede lo imposible. No auia alli relox de arena, que distinguiesse las horas, ni aguja que señalasse el viento, ni buen tino, que atinasse el lugar donde estauan, todo era confusion, todo era grita, todo suspiros, y todo plegarias. Desmayò el Capitã, abandonaronse los marineros, rindieronse las humanas fuerças, y poco a poco el desmayo llamò al silencio, que ocupò las vozes de los mas de los miseros que se quexauan. Atreuiòse el mar insolente a passearse por cima de la cubierta del nauio, yaũ a visitar las mas altas gabias, las quales tambien ellas casi como en vẽgança de su agrauio, besaron las arenas de su profundidad. Finalmente al parecer del dia, si se puede llamar dia, el que no trae cõsigo claridad alguna; la naue se estuuo queda, y estancò, sin mouerse a parte alguna, que es vno de los peligros, fuera del de anegarse, que le puede suceder a vn baxel. Finalmente combatida de vn vracan furioso, como si la boluieran con algun artificio, puso la gabia mayor en la hondura de las aguas, y la quilla descubriò a los cielos, que dando hecha sepultura de quantos en ella estauan. A Dios castos pensamientos de Auristela, a Dios bien fundados disignios, sossegaos passos tan honrados, como santos, no esperereis otros Mauseolos, ni otras piramides, ni agujas, que las que os ofrecen essas mal breadas tablas. Y vos, ò Transila, exemplo claro de honestidad, en los braços de vuestro discreto, y anciano padre podeis celebrar las bodas, sino con vuestro esposo Ladislao, a lo menos cõ la esperança que ya os avrà conducido a mejor talamo. Y tu, ò Riela, cuyos deseos te lleuauan a tu descanso, recoge en tus braços a Antonio, y a Costança tus hijos, y ponlos en la presencia del que agora te ha quitado la vida, para mejorartela en el cielo. En resolucion, el bolcar de la naue, y la certeza de la muerte de los que en ella iban, puso las razones referidas en la pluma del Autor desta grande, y lastimosa historia, y ansimismo puso las que se oiran en el siguiente capitulo.

CA-

CAPITVLO II.

Del segundo libro. Donde se cuenta vn estraño sucesso.

PArece, que el bolcar de la naue, bolcò, ò por mejor dezir, turbò el juizio del Autor de esta historia, porque à este segundo capitulo le dio quatro, ò cinco principios, casi como dudando que fin en èl tomaria; en fin resoluiò diziendo, que las dichas, y las desdichas suelen andar tan juntas, que tal vez no ay medio que las diuida; andan el pesar, y el placer tan apareados, que es simple el triste que se desespera, y el alegre que se confia, como lo da facilmẽte à entender este estraño sucesso. Sepultòse la naue, como queda dicho, en las aguas, quedaron los muertos sepultados sin tierra, deshizieronse sus esperanças, quedando imposibilitado su remedio; pero los piadosos cielos, que de muy atràs toman la corriẽte de remediar nuestras desuenturas, ordenaron que la naue llenada poco à poco de las olas ya mansas, y recogidas a la orilla del mar en vna playa, que por entonces su apacibilidad, y mansedumbre podia seruir de seguro puerto, y no lexos estaua vn puerto capacissimo de muchos baxeles, en cuyas aguas, como en espejos claros se estaua mirando vna Ciudad populosa que por vna alta loma sus vistosos edificios leuantaua. Vieron los de la Ciudad el bulto de la naue y creyeròn ser el de alguna vallena, ù de otro gran pescado, que con la borrasca passada auia dado al trauès: salio infinita gente à verlo, y certificandose ser nauio, lo dixeron al Rey Policarpo, que era el señor de aquella Ciudad, el qual acompañado de muchos, y de sus dos hermosas hijas, Policarpa, y Sinforosa, saliò tambien, y ordenò, que con cabestrantes, contornos, y con barcas, con que hizo rodear toda la naue, la tirassen, y encaminassen al puerto. Saltaron algunos encima de el bulto, y dixeron al Rey, que dentro de el sonauan golpes, y aun essi le oian vozes de vivos. Vn anciano Caballero que se hallo junto al Rey, le dixo: Yo me acuerdo señor auer visto en el mar Mediterraneo, en la ribera de Genoua vna galera de España, que por hazer el tur con la vela, se bolcò, como està agora este baxel, quedando la gabia en la arena, y la quilla al cielo, y antes que la

boluiessen, ò enderezassen, auiendo primero oido rumor, como en este se oye. Asserraron el baxel por la quilla, haziendo vn buco capaz de ver lo que dentro estaua, y el entrar la luz dentro, y el salir por èl el Capitan de la misma galera, y otros quatro cõpañeros suyos, fue todo vno. Yo vi esto, y està escrito este caso en muchas historias Españolas, y aun podria ser viniessen aora las personas que segunda vez nacieron al mundo del vientre de esta galera; y si aqui sucediesse lo mismo, no se ha de tener à milagro, sino à misterio, que los milagros suceden fuera del orden de la naturaleza, y los misterios son aquellos que parecen milagros, y no lo son, sino casos que acontecen raras vezes. Pues a que aguardamos, dixo el Rey, cierrese luego el buco, y veamos este misterio, que si este vientre vomita viuos, yo lo tendrè por milagro. Grande fue la priessa que se dieron à serrar el baxel, y grande el deseo que todos tenian de ver el parto, abriòse en fin vna gtan concauidad, que descubriò muertos, muertos, y viuos, que lo parecian. Metiò vno el braço, y asiò de vna donzella, que el palpitarle el coraçõ, dana señales de tener vida, otros hizieron lo mismo, y cada vno sacò su presa; y algunos pensando sacar viuos, sacauan muertos, que no todas vezes los pescadores son dichosos. Finalmente dandoles el ayre, y la luz a los medio viuos, respiraron, y cobraron aliento, limpiaronse los rostros, fregaronse los ojos, estiraron los braços, y como quien despierta de vn pesado sueño, miraron à todas partes, y hallòse Auristela en los braços de Arnaldo, Transila en los de Clodio, Ricla, y Constança en los de Rutilio, Antonio el padre, y Antonio el hijo en los de ninguno, porque se salió por si mismo, y lo mismo hizo Mauricio; Arnaldo quedò mas atonito, y suspenso que los resucitados, y mas muerto que los muertos. Mirole Auristela, y no conociendole, la primera palabra que le dixo, fue, que ella fue la primera que rompiò el silencio de todos. Por ventura, hermano, està entre esta gente la bellissima Sinforosa? Santos cielos que es esto, dixò entre si Arnaldo, que memorias de Sinforosa son estas, en tiempo que no es razon que se tenga acuerdo de otra cosa, que de dar gracias al cielo

por

por las recibidas mercedes; pero con todo esto la respondiò, y dixo, que si estaua: y le preguntò, que como la conocia, porque Arnaldo ignoraua lo que Auristela con el Capitan del nauio, que le contò los triunfos de Periandro, auia passado, y no pudo alcançar la causa, por la qual Auristela preguntaua por Sinforosa, que si la alcançara, quizà dixera, que la fuerça de los zelos es tan poderosa, y tan sutil, que se entra, y mezcla con el cuchillo de la misma muerte, y và à buscar al alma enamorada en los vltimos trances de la vida. Ya despues que passò algun tanto el pauor en los resucitados, que assi pueden llamarse, y la admiracion en los viuos, que los sacaron, y el discurso en todos diò lugar a la razon. Confusamente vnos à otros se preguntauan, como los de la tierra estauan alli, y los del nauio venian alli. Policarpo en esto, viendo que el nauio al abrirle la boca se le auia llenado de agua, en el lugar del ayre que tenia, mando leuarle ajorro al puerto, y que con artificios le sacassen a tierra, lo qual se hizo con mucha presteza. Salieron assimismo à tierra toda la gente que ocupaua la quilla del nauio, que fueron recibidos del Rey Policarpo, y de sus hijas, y de todos los principales ciudadanos, con tanto gusto, como admiracion; pero lo que mas les puso en ella, principalmente a Sinforosa, fue ver la incomparable hermosura de Auristela; fue tambien a la parte de esta admiracion la belleza de Transila, y el gallardo, y nueuo trage, pocos años, y gallardia de la barbara Constança, de quien no desdecia el buen parecer, y donayre de Ricla su madre; y por estar la Ciudad cerca, sin preuenirse de quien los lleuasse, fueron todos à pie à ella. Ya en este tiempo auia llegado Periandro à hablar à su hermana Auristela, Ladislao à Transila, y el barbaro padre à su muger, y à su hija, y los vnos a los otros se fueron dando cuenta de sus sucessos, sola Auristela ocupada toda en mirar à Sinforosa, callaua; pero en fin hablò a Periandro, y le dixo: Por ventura, hermano, esta hermosissima donzella, que aqui va, es Sinforosa, la hija del Rey Policarpo? Ella es, respondiò Periandro, sujeto donde tienen su assiento la belleza, y la cortesia. Muy cortès deue de ser, respondiò Auristela, porque es

muy hermosa. Aunque no lo fuera tanto, respondiò Periandro, las obligaciones que yo la tengo, me obligaran, ò querida hermana mia, à que me lo pareciera. Si por obligaciones va, y vos por ellas encarecèis las hermosuras, la mia os ha de parecer la mayor de la tierra, segun os tengo obligado. Con las cosas diuinas, replicò Periandro, no se han de comparar las humanas, las hiperbolcias alabanças, por mas que lo sean, han de parar en puntos limitados; dezir que vna muger es mas hermosa que vn Angel, es encarecimiento de cortesia, pero no de obligacion; solo en ti, dulcissima hermana mia, se quiebran reglas, y cobran fuerças de verdad los encarecimientos, que se dan à tu hermosura. Si mis trabajos, y mis desassossiegos, ò hermano mio, no turbaran la mia, quizà creyera ser verdaderas las alabanças que de ella dizes; pero yo espero en los piadosos cielos, que algun dia ha de reducir à sossiego mi desassossiego, y à bonança mi tormenta, y en este entretanto con el encarecimiento que puedo, te suplico, que no te quites, ni borres de la memoria, lo que me tienes, otras agenas hermosuras, ni otras obligaciones, que en la mia, y en las mias podràs satisfacer el deseo, y llenar el vacio de tu voluntad. Si miras, que juntando à la belleza de mi cuerpo, tal qual ella es, à la de mi alma, hallaràs vn compuesto de hermosura, que te satisfaga. Confuso iba Periandro, oyendo las razones de Auristela; juzgauala zelosa, cosa nueua para èl, por tener por larga experiencia conocido, que la discrecion de Auristela jamas se atreuiò à salir de los limites de la honestidad, jamàs su lengua, se mouiò à declarar sino honestos, y casto pensamientos, jamàs le dixo palabra, que no fuesse digna de dezirse à vn hermano en publico, y en secreto. Iba Arnaldo embidioso de Periandro, Ladislao alegre con su esposa Transila, Mauricio con su hija, y yerno, Antonio el grande con su muger, y hijos, Rutilio con el hallazgo de todos, y el maldiciente Clodio, con la ocasion que se le ofrecia de contar, donde quiera que se hallase, la grandeza de tan estraño sucesso. Llegaron à la Ciudad, y el liberal Policarpo honrò à sus huespedes real, y magnificamente, y à todos

los

los mandò alojar en su Palacio, auentajandose en el tratamiento de Arnaldo, que ya sabia que era el heredero de Dinamarca, y que los amores de Auristela le auian sacado de su Reyno, y assi como viò la belleza de Auristela, hallò su peregrinacion en el pecho de Policarpo disculpa. Casi en su mismo cuarto Policarpo, y Sinforosa alojaron à Auristela, de la qual no quitaua la vista Sinforosa, dando gracias al cielo de auerla hecho no amante, sino hermana de Periandro: y assi por su estremada belleza, como por el parentesco tan estrecho, que cõ Periandro tenia, la adoraua, y no sabia vn punto desviarse de ella, desmenuzauale sus acciones, notauale las palabras, ponderaua su donayre, hasta el sonido, y orgino de la voz le daua gusto. Auristela casi por el mismo modo, y con los mismos afectos miraua à Sinforosa, aunque en las dos eran diferentes las intencione. Auristela miraua con zelos, y Sinforosa con sencilla beneuolencia; algunos dias estuuieron en la Ciudad descansando de los trabajos passados: y dando traça de boluer Arnaldo à Dinamarca, ò adonde Auristela, y Periandro quisieran, mostrando, como siempre lo mostraua, no tener otra voluntad, que la de los dos hermanos. Clodio, que con ociosidad, y vista curiosa auia mirado los mouimientos de Arnaldo, y que un oprimido le tenia el cuello el amoroso yugo, vn dia que se hallò solo con èl, le dixo: Yo que siempre los vicios de los Principes he reprehendido en publico, sin guardar el debuido decoro que à su grandeza se deue, sin temer el daño, que nace del dezir mal Quiero agora sin tu licencia dezirte en secreto, lo que te suplico, con paciencia me escuches, que lo que se dize aconsejando, en la intencion halla disculpa lo que no agrada. Confuso estaua Arnaldo, no sabiendo en que iban à parar las preuenciones del razonamiento de Clodio, y por saberlo, determinò de escuchalle, y assi le dixo, que dixesse lo que quisiesse, y Clodio con este salueconduto prosiguiò, diziendo: Tu señor, amas à Auristela, mal dixe, amas, adoras, dixera mejor, y segun he sabido, no sabes mas de su hazienda ni de quien es, que aquello que ella ha querido dezirte, q̃ no te ha dicho nada, has la tenido entu poder mas de dos años, en los

quales has hecho, segun se ha de creer, las diligencias possibles, por enternecer su dureza amansar su rigor, y rendir su voluntad a la tuya por los medios honestissimos, y eficazes del matrimonio, y en la misma entereza se està oy q̃ el primero dia que la solicitaste; de donde arguyo, que quãto a ti te sobra de paciencia, le falta à ella de conocimiento: y has de considerar, que algun gran misterio encierra, desechar vna muger vn Reyno, y vn Principe, que merece ser amado: misterio tambien encierra, ver vna donzella vagamunda, llena de recato de encubrir su linage, acõpañada de vn moço, que como dize que lo es, podria no ser su hermano, de tierra en tierra, de isla en isla, sugeta à las inclemencias del cielo, y a las borrascas de la tierra, q̃ suelen ser peores que las del mar alborotado. De los bienes que repartẽ los cielos entre los mortales, los que mas se han de estimar, son los de la honra, à quien se posponẽ los de la vida: los gustos de los discretos hanse de medir con la razon, y no con los mismos gustos. Aqui llegaua Clodio, mostrando querer proseguir con vn filosofo, y graue razonamiento, quando entrò Periandro, y le hizo callar con su llegada à pesar de su deseo, y aun del de Arnaldo, que quisiera escucharle: entraron assi mismo Mauricio, Ladislao, y Transila, y con ellos Auristela arrimada al ombro de Sinforosa mal dispuesta, de modo que fue menester lleuarla al lecho, causando con su enfermedad tales sobresaltos, y temores en los pechos de Periandro, y Arnaldo, que à no encubrillos con discrecion, tambien tuuieran necesidad de los Medicos como Auristela.

CAPITVLO III.

Del segundo Libro.

APenas supo Policarpo la indisposicion de Auristela, quando mandò llamar sus Medicos que la visitassen, y como los pulsos son lenguas, que declaran la enfermedad, que se padece: hallaron en los de Auristela, que no era del cuerpo su dolencia, sino del alma; pero antes que ellos conocio su enfermedad Periandro, y Arnaldo la entendiò en parte, y Clodio mejor que todos. Ordenaron los Medicos, que en ninguna manera la dexassen sola, y que procurassen entretenerla, y diuertirla con

mu-

musica, si ella quisiesse, ò con otros algunos alegres intretenimientos. Tomo Sinforosa à su cargo su salud, y ofreciòle su compañia à todas horas, ofrecimiento no de mucho gusto para Auristela, porque quisiera no tener tan à la vista la causa que pensaua ser de su enfermedad, de la qual no pẽsaua sanar, porque estaua determinada de no dezillo, que su honestidad le arauа la lengua, su valor se oponia à su deseo. Finalmente despejaron todos la estancia donde estaua, y quedaróse solas con ella Sinforosa, y Policarpa, à quien con ocasion bastante despidiò Sinforosa, y apenas se vio sola con Auristela, quando poniendo su boca con la suya, y apretandole reciamẽte las manos con ardientes suspiros, pareciò que queria trasladar su alma en el cuerpo de Auristela, afectos que de nueuo la turbaron, y assi le dixo: Que es esto, señora mia, q̃ estas muestras me dan à entender que estais mas enferma que yo, y mas lastimada el alma que la mia; mirad si os puedo seruir en algo, q̃ para hazerlo, aunque està la carne enferma, tẽgo sana la voluntad. Dulce amiga mia, respondiò Sinforosa, quanto puedo agradezco tu ofrecimiento, y con la misma voluntad con que te obligas, te respondo, sin que en esta parte tẽga algunos comedimientos fingidos, ni tibias obligaciones. Yo, hermana mia, que con este nombre has de ser llamada, en tanto q̃ la vida me durare, amo quiero biẽ, adoro, dixe lo? no, que la verguença, y el ser quien soy, son mordaças de mi lengua; pero tengo de morir callando? ha de sanar mi enfermedad por milagro? es por ventura capaz de palabras el silencio? han de tener dos recatados, y vergonçosos ojos virtud, y fuerças para declarar los pensamientos infinitos de vn alma enamorada? Esto iba diziendo Sinforosa con tãtas lagrimas, y con tantos suspiros, que mouierõ à Auristela à enjugalle los ojos, y à abraçarla, y à dezirla: No se te mueran, ò apassionada señora, las palabras en la boca, despide de ti por algun pequeño espacio la confusion, y el empacho, y hazme tu secretaria, que los males comunicados, si no alcançan sanidad, alcançan alivio: si tu passion es amorosa, como lo imagino, sin duda bien sè que eres de carne, aunque pareces de alabastro, y bien sè que nuestras almas estàn siẽpre en continuo mouimiento, sin que puedan de-

xar de estar atentas à querer bien à algun sugeto, à quien las estrellas las inclinan, que no se ha de dezir que las fuerçan. Dime, señora, a quien quieres, àquien amas, y à quiẽ adoras? que como no des en el disparate de amar à vn toro, ni en el que diò, el que adorò el platano, como sea hombre, el que segun tu dizes, adoras, no me causarà espanto, ni marauilla; muger soy como tu, mis deseos tengo, y hasta aora por honra del alma no me han salido à la boca, que bien pudiera, como señales de la calentura; pero al fin ayràn de romper por inconvenientes, y por imposibles, y si quiera en mi testamento procurarè que se sepa la causa de mi muerte. Estauala mirando Sinforosa, cada palabra que dezia la estimaua, como si fuera sentencia salida por la boca de vn Oraculo. Ay, señora, dixo, y como creo, que los cielos te han traido por tan estraño rodeo, que parece milagro, à esta tierra, cõdolidos de mi dolor, y lastimados de mi lastima; del vientre obscuro de la nane te bolvieron a la luz del mundo, para que mi obscuridad tuviesse luz, y mis deseos salida de la confusion en que estàn. Y assi por no tenerme, ni tenerte mas sus-

pensa, sabràs que à esta isla llegò tu hermano Periandro, y sucesiuamente le contò de el modo que auia llegado, los triunfos que alcançò, los contrarios que venciò, y los premios que ganò, del modo que ya queda contado: dixole tambien, como las gracias de su hermano Periandro auiã despertado en ella vn modo de deseo, que no llegaua à ser amor, sino benevolencia; pero que despues con la soledad, y ociosidad, yendo, y viniendo el pensamiẽto à contemplar sus gracias, el amor se le fue pintando, no como hombre particular, sino como à vn Principe, que sino lo era, merecia serlo: esta pintura me la grauò en el alma, y yo inaduertida dexè que me la grauasse, sin hazerle resistencia alguna; y assi poco à poco vine à quererle, à amarle, y aun à adorarle, como he dicho. Mas dixera Sinforosa, sino boluiera Policarpa deseosa de entretener à Auristela, cantando al son de vna harpa, que en las manos traia. Enmudeciò Sinforosa, quedò perdida Auristela; pero el silencio de la vna, y el perdimiento de la otra no fueron parte para que dexassen de prestar atentos oidos à la suspension en musica Policarpa, que

de

de esta manera començò àcãtar en su lẽgua, lo que despues dixo el barbaro Antonio, que en la Castellana dezia.

Cintia, si desengaños no son parte,
Para cobrar la libertad perdida,
Da riendas al dolor, suelta la vida,
Que no es valor, ni es honra, el no quexarte.

Y el generoso ardor, que parte à parte
Tiene tu libre voluntad rendida,
Serà de tu silencio el homicida,
Quando pienses, porèl eternizarte.

Salga con la doliente anima fuera
La enferma voz, que es fuerça, y es cordura,
Dezir la lengua, lo que al alma toca.

Quexandote, sabrà el mundo, si quiera,
Quan grande fue de amor tu calentura,
Pues salieron señales à la boca.

NInguno como Sinforosa entendiò los versos de Policarpa, la qual era sabidora de todos sus deseos, y puesto que tenia determinado de sepultarlos en las tinieblas del silencio, quiso aprouecharse del consejo de su hermana, diziendo à Auristela sus pensamientos, como ya se los auia començado à dezir. Muchas vezes se quedaua Sinforosa con Auristela, dando à entender, que mas por cortès, que por su gusto propio la acompañaua; en fin vna vez tornando à anudar la platica passada, le dixo: Oyeme otra vez, señora mia, y no te cansen mis razones, que las que me bullẽ en el alma, no dexan sossegar la lengua, rebentarè si no las digo, y este temor, à pesar de mi credito, harà que sepas, que muero por tu hermano, cuyas virtudes de mi conocidas, llenaron tras si mis enamorados deseos, y sin entremeterme en saber quien son sus padres, la patria, ò riquezas, ni el punto en que le ha leuantado la fortuna; solamente atiendo à la mano liberal, con que la natura-

ra

raleza le ha enriquezido: por si solo le quiero, por si solo le amo, y por si solo le adoro, y por ti sola, y por quien eres, te suplico, que sin dezir mal de mis precipitados pensamientos, me hagas el bien q̃ pudieres. Innumerables riquezas me dexò mi madre en su muerte, sin sabiduria de mi padre, hija soy de vn Rey, que puesto que sea por eleccion, en fin es Rey; la edad ya la ves, la hermosura no se te encubre, que tal qual es, ya que no merezca ser estimada, no merece ser aborrecida; dame señora à tu hermano por esposo, darete yo à mi misma por hermana, repartirè contigo mis riquezas, procurarè darte esposo, que despues, y aun antes de los dias de mi padre, le elijan por Rey los deste Reyno; y quando esto no pueda ser, mis tesoros podràn comprar otros Reynos. Teniale à Auristela de las manos Sinforosa, bañandosele las en lagrimas, en tanto que estas tiernas razones la dezia, acompañauale en ellas Auristela, juzgando en si misma quales, y quantos suelen ser los apretos de vn coraçon enamorado; y aunque se le representaua en Sinforosa vna enemiga, la tenia lastima, que vn generoso pecho no quiere vengarse, quando puede, quanto mas que Sinforosa no la auia ofendido en cosa alguna, que la obligasse à vengança; su culpa era la suya, sus pensamientos los mismos que ella tenia, su intencion la que à ella traia desatinada. Finalmente no podia culparla, sin que ella primero no quedasse conuencida del mismo delito. Lo que procurò apurar fue, si la auia fauorecido alguna vez, aunque fuesse en cosas leues, ò si con la lengua, ò con los ojos auia descubierto su amorosa voluntad à su hermaño. Sinforosa la respondiò, que jamas auia tenido atreuimiẽto de alçar los ojos à mirar à Periandro, sino con el recato que à ser quien era deuia, y q̃ al passo de sus ojos auia andado el recato de su lengua. Biẽ creo esso, respondiò Auristela; pero es posible que èl no ha dado muestras de quererte? si avrà porque no le tengo por tan de piedra, que no le enternezca, y ablande vna belleza tal como la tuya; y assi soy de parecer, que antes que yo rompa esta dificultad, procures tu hablarle, dãdole ocasion para ello con algun honesto fauor, que tal vez los impensados fauores despiertan, y encienden los mas tibios, y descuydados pechos, q̃

si vna vez èl responde à tu deseo, seràme facil à mi hazerle, q̃ de todo en todo le satisfaga. Todos los principios, amiga, son dificultosos, y en los de amor dificultosissimos; no te aconsejo yo, que te deshonestes, ni te precipites, que los fauores que hazen las donzellas à los que aman, por castos que sean, no lo parecen, y no se ha de auenturar la honra por el gusto; pero con todo esto puede mucho la discrecion, y el amor, sutil maestro, de encaminar los pensamiẽtos, à los mas turbados ofrece lugar, y coyuntura de mostrar los sin menoscabo de su credito.

CAPITVLO IV.

Del segundo libro. Donde se prosigue la historia de amores de Sinforosa.

ATenta estaua la enamorada Sinforosa à las discretas razones de Auristela, y no respondiẽdo à ellas, sino boluiendo à anudar las del passado razonamiento, le dixo: Mira amiga mia, y señora, hasta donde llegò el amor, que engendrò en mi pecho el valor que conoci en tu hermano, q̃ hize q̃ vn Capitan de la guarda de mi padre le fuesse à buscar, y le traxesse, por fuerça, ò de grado à mi presencia; y el nauio en que se embarcò, es el mismo en que tu llegaste, porque en èl entre los muertos le han hallado sin vida. Assi deue de ser, respondiò Auristela, que èl me contò gran parte de lo que tu me has dicho, de modo que ya yo tenia noticia, aunque algo confusa, de tus pensamientos, los quales, si es posible, quiero que sossiegues, hasta q̃ le los descubras à mi hermano, ò hasta que yo tome à cargo tu remedio, que serà luego q̃ me descubras lo que cõ èl te huuiere sucedido, que ni à ti te faltarà lugar para hablarle, ni à mi tampoco. De nueuo boluiò Sinforosa à agradecer à Auristela su ofrecimiento, y de nueuo boluiò Auristela à tenerla lastima. En tanto que entre las dos esto passaua, se las auia Arnaldo con Clodio, que moria por turbar, ò por deshazer los amorosos pensamientos de Arnaldo; y hallandole solo, si solo se puede hallar quien tiene ocupada el alma de amorosos deseos, le dixo: El otro dia te dixe, señor, la poca seguridad que se puede tener de voluble condicion de las mugeres, y que Auristela en efecto es muger, aunque parece vn Angel, y q̃

Pe-

Periandro es hombre, aunque sea su hermano, y no por esto quiero dezir, que engendres en tu pecho alguna mala sospecha, sino que cries algun discreto recato; y si por ventura te dierē lugar de que discurras por el camino de la razon, quiero que tal vez consideres quien eres, la soledad de tu padre, la falta que hazes à tus vassallos, la contingēcia en que te pones de perder tu Reyno, que es la misma en q̄ està la naue, donde falta el piloto que la gouierna: mira q̄ los Reyes estàn obligados à casarse, no con la hermosura, sino con el linage, no con la riqueza, sino con la virtud, por la obligacion que tienen, de dar buenos succesores a sus Reynos, desmengua, y apoca el respeto que se deue al Principe, el verle coxear en la sangre, y no basta dezir, que la Grandeza de Reyes en si tan poderosa, que iguala consigo misma la baxeza de la muger, que escogiere: el cauallo, y la yegua de casta generosa, y conocida prometen crias de valor admirable, mas q̄ las no conocidas, y de baxa estirpe: entre la gente comun tiene lugar de mostrarse poderoso el gusto; pero no le ha de tener entre la noble. Assi que, ò señor mio, ò tu buelue à tu Reyno, ò procura con el rēcato no dexar engañarte, y perdona este atreuimiento, que ya que tengo fama de maldiciente, y murmurador, no la quiero tener de mal intencionado; debaxo de tu amparo me traes, al escudo de tu valor se ampara mi vida, con tu sombra notemo las inclemencias del cielo, que ya con mejor estrellas parece que va mejorando mi cōdicion hasta aqui deprauada. Yo te agradezco, ò Clodio, dixo Arnaldo, el buen consejo que me has dado; pero no consiente, ni permite el cielo que le reciba; Auristela es buena, Periandro es su hermano, y yo no quiero creer otra cosa, porque ella ha dicho que lo es, que para mi qualquiera cosa que dixere ha de ser verdad; yo la adoro sin disputas, que el abismo casi infinito de su hermosura lleua tras si el de mis deseos, que no pueden parar sino en ella, y por ella he tenido, tengo, y he de tener vida, assi que Clodio no me acōsejes mas, porque tus palabras se lleuarā los vientos, y mis obras te mostraràn quan vanos seràn para conmigo tus consejos. Encogiò los ombros Clodio, baxò la cabeça, y apartòse de su presencia, con proposito de no seruir mas de consejero, por-

que

que el que lo ha de ser, requiere tener tres calidades. La primera, autoridad; la segunda, prudencia; y la tercera, ser llamado: estas reuoluciones, traças, y maquinas amorosas andauan en el palacio de Policarpo, y en los pechos de los cõfusos amantes, Auristela zelosa, Sinforosa enamorada, Periandro turbado, y Arnaldo pertinaz, Mauricio haziendo disinios de boluer à su patria contra la voluntad de Transila, que no queria boluer à la presencia de gente tan enemiga del buen decoro, como la de su tierra. Ladislao su esposo no osaua, ni queria contradezirla, Antonio el padre moria, por verse con sus hijos, y muger en España, y Rutilio en Italia su patria, todos deseauan, pero à ninguno se le cumplian sus deseos, condicio de la naturaleza humana, que puesto que Dios la criò perfecta, nosotros por nuestra culpa la hallamos siempre falta, la qual falta, siempre la ha de auer, mientras no dexaremos de desear. Sucedio, pues, que casi de industria dió lugar Sinforosa, à que Periandro se viesse solo con Auristela, deseosa que se diesse principio à tratar de su causa, y à la vista de su pleyto, en cuya sentencia consistia la de su vida, ò muerte: las primeras palabras que Auristela dixo à Periandro, fueron: Esta nuestra peregrinacion, hermano, y señor mio, tan llena de trabajos, y sobresaltos, tan amenazadora de peligros, cada dia, y cada momento me haze temer los de la muerte, y querria que diessemos traça de assegurar la vida, sossegandola en vna parte, y ninguna hallo tan buena como esta dõde estamos, que aqui se te ofrecen riqueza en abundancia, no en promessas, sino en verdad, y muger noble, y hermosissima en todo extremo, digna, no de que te ruegue, como te ruega, sino de que tu la ruegues, la pidas, y la procures. En tanto que Auristela esto dezia, la miraua Periandro con tanta atencion, que no mouia las pestañas de los ojos, corria muy à prisa con el discurso de su entendimiento, para hallar à donde podrian ir encaminadas aquellas razones: pero passando adelante con ellas Auristela, le sacò de su confusion, diziendo: Digo hermano, que con este nombre te he de llamar en qualquier estado que tomes, digo que Sinforosa te adora, y te quiere por esposo, dize que tiene riquezas increibles,

y yo digo, que tiene creible hermosura; digo creible, por que es tal, que no ha menester que exageraciones la leuanten, ni hiperboles la engrandezcan: y en lo que he echado de ver, es de condicio blanda, de ingenio agudo, y de proceder tan discreto, como honesto. Con todo esto que te he dicho, no dexo de conocer lo mucho que mereces, por ser quien eres; pero segun los casos presentes, no te estara mal esta compañia, fuera estamos de nuestra patria, tu perseguido de tu hermano, y yo de mi corta suerte, nuestro camino a Roma, quanto mas le procuramos, mas se dificulta, y alarga, mi intencion no se muda, pero tiembla, y no querria que entre temores, y peligros me salteasse la muerte, y assi pienso acabar la vida en Religio, y querria que tu la acabasses en buen estado. Aqui dio fin Auristela a su razonamiento, y principio a vnas lagrimas, q̃ desdecian, y borrauan todo quanto auia dicho; sacò los braços honestamente fuera de la colcha, tendiolos por el lecho, y boluio la cabeça a la parte contraria, de donde estaua Periandro, el qual viendo estos estremos, y auiendo oido sus palabras, sin ser poderoso a otra cosa, se le quitò la vista de los ojos, se le añudò la garganta, y se le trauò la lengua, y dio consigo en el suelo de rodillas, y arrimò la cabeça al lecho: boluiò Auristela la suya, y viendole desmayado, le puso la mano en el rostro, y le enjugo las lagrimas, que sin que èl lo sintiesse, hilo a hilo le bañauan las mexillas.

CAPITVLO V.

Del segundo libro. De lo que passo entre el Rey Policarpo, y su hija Sinforosa.

Efectos vemos en la naturaleza, de quien ignoramos las causas: adormecense, ò entorpecense a vno los dientes, de ver cortar con vn cuchillo vn paño; tiembla tal vez vn hombre de vn raton, y yo le he visto temblar de ver cortar vn rabano, y a otro he visto leuantarse de vna mesa de respeto, por ver poner vnas azeytunas. Si se pregunta la causa, no ay saber dezirla, y los que mas piensan que acierran a dezilla, es dezir, que las estrellas tienen cierta antipatia con la cõplexion de aquel hõbre, que le inclina, ò mueue a hazer aquellas acciones, temores, y espantos, viendo las

las cosas sobredichas, y otras semejantes, que a cada passo vemos. Vna de las difiniciones del hombre, es dezir, que es animal risible, porque solo el hombre se rie, y no otro ningun animal; y yo digo, que tambien se puede dezir, que es animal llorable, animal q̃ llora, y assi como por la mucha risa se descubre el poco entendimiento, por el mucho llorar, el poco discurso. Por tres cosas es licito q̃ llore el varon prudente: la vna, por auer pecado: la segunda, por alcançar perdon de el: la tercera, por estar zeloso: las demas lagrimas no dizen biẽ en vn rostro graue. Veamos, pues, desmayado à Periandro, y ya que no llore de pecador, ni arrepentido, llore de zeloso, que no faltarà quien disculpe sus lagrimas; y aun las enjugue, como hizo Auristela, la qual con mas artificio que verdad le puso en aquel estado. Boluiò en fin en si, y sintiendo passos en la estancia, boluiò la cabeça, y vió a sus espaldas à Ricla, y à Constança, que entrauan à ver à Auristela, que lo tuuo à buena suerte; que à dexarle solo, no hallara palabras con qne responder à su señora, y assi se fue a pensarlas, y a considerar en los consejos que le auia dado. Estaua tambien Sinforosa con deseo de saber que auto se auia proueido en la Audiencia de Amor, en la primera vista de su pleyto, y sin duda que fuera la primera q̃ entrara a ver a Auristela, y no Ricla, y Constança; pero estorvòsele llegar vn recado de su padre el Rey, que la mandaua ir a su presencia luego, y sin escusa alguna. Obedeciòle, fue à verle, y hallòle retirado, y solo; hizola Policarpo sentar junto à si, y al cabo de algun espacio que estuuo callando, con voz baxa, como q̃ se recataua, de que no de oyesen, la dixo: Hija, puesto que tus pocos años no estàn obligados à sentir que cosa sea esto que llaman amor, ni los muchos mios estèn ya sugetos à su jurisdicion; todavia tal vez sale de su curso la naturaleza, y se abrasan las niñas verdes, y se secan, y consumen los viejos ancianos. Quando esto oyò Sinforosa, imaginò sin duda, que su padre sabia sus deseos; pero con todo esso callò, y no quiso interromperle, hasta que mas se declarasse, y en tanto que èl se declaraua à ella, le estaua palpitando el coraçon en el pecho. Siguiò, pues, su padre, diziẽdo: Despues, ò hija mia, que me faltò tu madre, me aco-

acogi à la sombra de tus regalos, cubrime con tu amparo, gouernème por tus consejos, y he guardado, como has visto, las leyes de la viudez con toda puntualidad, y recato, tã to por el credito de mi persona, como por guardar la Eè Catolica que professo: pero despues que han venido estos nueuos huespedes à nuestra Ciudad, se ha desconcertado el relox de mi entendimiento, se ha turbado el curso de mi buena vida, y finalmente he caido desde la cumbre de mi presuncion discreta, hasta el abismo baxo de no sè que deseos, que si los callo, me matan, y si los digo, me deshonran. No mas suspension, hija; no mas silencio, amiga; no mas, y si quieres que mas aya, sea el dezirte, que muero por Auristela, el calor de su hermosura tierna ha encendido los huesos de mi edad madura, en las estrellas de sus ojos han tomado lúbre los mios ya escuros, la gallardia de su persona ha alentado la floxedad de la mia. Querria, si fuesse posible, à ti, y à tu hermana daros vna madrastra, que su valor disculpe el daros la. Si tu vienes con mi parecer, no se dirà nada del que dirau, y quando por esta, si pareciere locura, me quitaren el Reyno, reyne yo en los braços de Auristela que no avrà Monarca en el mũdo que se me iguale. Es mi intencion, hija, que tu se lo digas, y alcances de ella el si que tanto me importa, que à lo que creo, no se le harà muy dificultoso el darle, si con su discrecion recompensa, y contrapone mi autoridad à mis años, y mi riqueza à los suyos: bueno es ser Reyna, bueno es mandar, gusto dan las honras, y no todos los passatiempos se cifran en los casamientos iguales. En albricias del si que me has de traer de esta embaxada que lleuas, te mando vna mejora en tu suerte; que si eres discreta, como lo eres, no has de acertar à desearla mejor. Mira, quatro cosas ha de procurar tener, y sustentar el hõbre principal, y son: Buena muger, buena casa, buen caudal, y buenas armas: las dos primeras, tã obligada està la muger à procurallas, como el varõ, y aun mas, porq̃ no ha de leuantar la muger al marido, sino el marido à la muger. Las magestades, las grandezas altas, no las aniquilan los casamientos humildes, porque en casandose, igualan consigo à sus mugeres, assi que sea Auristela quien fuere, que siendo mi esposa, sera Reyna, y su herma-

no

nó Periandro mi cuñado, el qual dandotelo yo por esposo, y honrandole cõ titulo de mi cuñado, vendràs tu tambien à ser estimada, tanto por ser su esposa, como por ser mi hija. Pues como sabes tu, señor, dixo Sinforosa, que no es Periandro casado, y ya que no lo sea, quiera serlo conmigo. De que no lo sea, respondiò el Rey, me lo da à entender el verle andar peregrinando por estrañas tierras, cosa q̃ lo estorvan los casamentos grandes; de que lo quiera ser tuyo, me lo certifica, y assegura su discrecion, que es mucha, y caerà en la cuenta de lo que contigo gana, y pues la hermosura de su hermana la haze ser Reyna, no serà mucho que la tuya le haga tu esposo. Con estas vltimas palabras, y con esta grande promessa paladeò el Rey la esperança de Sinforosa, y saboreòle el gusto de sus deseos, y assi sin ir contra los de su padre, prometiò ser casamentera, y admitiò las albricias, de lo que no tenia negociado, solo le dixo, que mirasse lo que hazia en darle por esposo à Periandro, que puesto que sus habilidades acreditauan su valor, todavia seria bueno no arrojarse, sin que primero la experiencia, y el trato de algunos dias le asseguraffe, y diera ella, porque en aquel punto se le dieran por esposo, todo el bien q̃ acertara à desearse en este mundo, los siglos q̃ tuuiera de vida, que las donzellas virtuosas, y principales vno dize la lengua, y otro piensa el coraçon. Esto passaron Policarpo, y su hija, y en otra estancia se mouiò otra conuersacion, y Platica entre Rutilio, y Clodio. Era Clodio, como se ha visto, en lo que de su vida, y costumbres queda escrito, hombre malicioso sobre discreto, de dõde le nacia ser gentil maldiciente, que el tonto, y simple ni sabe murmurar, ni maldecir; y aunque no es bien dezir bien mal, como ya otra vez se ha dicho, con todo esto alaban al maldiciente discreto, que la agudeza maliciosa no ay conuersacion que no la ponga en punto, y dè sabor como la sal à los manjares, y por lo menos el maldiciente agudo, si le vituperan, y condenan por perjudicial, no dexan de absoluerle, y alabarle por discreto. Este, pues, nuestro murmurador, à quien su lengua desterrò de su patria en compañia de la torpe, y viciosa Rosamunda, auiendo dado igual pena el Rey de Inglaterra à su maliciosa lẽgua, como

à la torpeza de Rosamunda, hallandose solo con Rutilio, le dixo: Mira Rutilio, necio es, y muy necio el que descubriendo vn secreto à otro, le pide encarecidamente que le calle, porque le importa la vida, en que lo que le dize no se sepa. Digo yo agora: ven acà, descubridor de tus pensamiẽtos, y derramador de tus secretos, si à ti con importarte la vida, como dizes, los descubres al otro a quien se los dizes, que no le importa nada el descubrillos, como quieres q̃ los cierre, y recoja debaxo de la llaue del silencio? que mayor seguridad puedes tomar de que no se sepa lo que sabes, si no no dezillo. Todo esto sè, Rutilio, y con todo esto me salen à la lengua, y à la boca ciertos pensamientos, que rabian porque los põga en voz, y los arroje en las plaças, antes que se me pudran en el pecho ò rebiente con ellos. Ven aca Rutilio, que haze aqui este Arnaldo siguiendo el cuerpo de Auristela, como si fuesse su misma sombra, dexando su Reyno à la discrecion de su padre viejo, y quizà caduco, perdiendose aqui, anegandose alli llorando acà, suspirando acullà, lamẽtandose amargamente de la fortuna, que èl mismo se fabrica? Que dirèmos desta Auristela, y deste su hermano, moços vagamundos, encubridores de su linage, quiza por poner en duda si son, ò no principales, que el que està ausente de su patria, donde nadie le conoce, bien puede darse los padres que quisiere, y con la discrecion, y artificio parecer en sus costumbres, que son hijos del Sol, y de la Luna: no niego yo, que no sea virtud digna de alabãça, mejorarse cada vno; pero ha de ser sin perjuizio de tercero: el honor, y la alabança son premios de la virtud, que siendo firme, y solida, se le deuen, mas no se le deue à la ficticia, y hipocrita. Quien puede ser este luchador, este esgrimidor, este corredor, y salteador? este Ganimedes, este lindo, este aqui vendido, acullà comprado; este Argos de esta ternera de Auristela, q̃ apenas nos la dexa mirar por brujula, que ni sabemos, ni hemos podido saber de este par, tan sin par en hermosura, de donde vienen, ni à do van; pero lo que mas me fatiga de ellos, es, que por los onze cielos que dizen que ay, te juro Rutilio, que no me puedo persuadir, que sean hermanos, y que puesto que lo sean, no puedo juzgar bien de que ande tan junta esta hermandad

dad por mares, por tierras, por desiertos, por campañas, por hospedages, y mesones. Lo q̃ gastã sale de las alforjas, saquillos, y repuestos llenos de pedaços de oro de las barbaras Ricla, y Constança; bien veo que aquella Cruz de diamantes, y aquellas dos perlas que trae Auristela, valen vn gran tesoro, pero no son prẽdas que se cambian, ni truecã por menudo, pues pensar que siempre han de hallar Reyes que los hospeden, y Principes que los fauorezcan, es hablar en lo escusado. Pues que dirèmos, Rutilio, aora de la fantasia de Transila, y de la Astrologia de su padre, ella que rebienta de valiente, y èl que se precia de ser el mayor judiciario del mundo? Yo aposstarè, que Ladislao, su esposo de Transila, tomara aora estar en su patria, en su casa, y en su reposo, aunque passara por el estatuto, y condicion de los de su tierra, y no verse en la agena, à la discrecion de el que quisiere darles lo que han menester; y este nuestro barbaro Español, en cuya arrogancia deue estar cifrada la valentia del Orbe: yo pondrè, que si el cielo le lleua à su patria, que ha de hazer corrillos de gente, mostrando à su muger, y à sus hijos embueltos en sus pellejos, pintando la isla Barbara en vn lienço, y señalando con vna varilla el lugar do estuuo cerrado quinze años, la azmorra de los prisioneros, y la estrança inutil, y ridicula de los barbaros, y el incendio no pensado de la isla: bien assi como hazen los que libres de la esclauitud Turquesca con las cadenas al ombro, auiendolas quitado de los pies, cuentan sus desventuras con lastimeras vozes, y humildes plegarias en tierra de Christianos; pero esto passe, que aunque parezca que cuentan imposibles, à mayores peligros està sugeta la condicion humana, y los de vn desterrado, por grandes que sean, pueden ser creederos. Adonde vas à parar, ò Clodio, dixo Rutilio? Voy à parar, respondiò Clodio, en dezir de mi que mal podràs vsar tu oficio en estas regiones, donde sus moradores no dançan, ni tienen otros passatiempos, sino los que les ofrece Baco en sus taças risueño, y en sus bebidas lasciuo. Pararè tambien en mi, que auiendo escapado de la muerte por la benignidad del cielo, y por la cortesia de Arnaldo; ni al cielo doy gracias, ni à Arnaldo tampoco, antes querria procurar,

que aunque fuesse à costa de su desdicha, nosotros enmendassemos nuestra ventura. Entre los pobres pueden durar las amistades, porque la igualdad de la fortuna sirue de eslabonar los coraçones; pero entre los ricos, y los pobres no puede auer amistad duradera, por la desigualdad que ay entre la riqueza, y la pobreza. Filosofo estàs Clodio, replicò Rutilio; pero yo no puedo imaginar que medio podrèmos tomar, para mejorar, como dizes, nuestra suerte, si ella començò à no ser buena desde nuestro nacimiento: yo no soy tan Letrado como tu, pero bien alcanço, que los que nacen de padres humildes, si no los ayuda demasiadamente el cielo, ellos por si solos pocas vezes se leuantan adonde sean señalados con el dedo, si la virtud no les dà la mano; pero à ti quien te la ha de dar, si la mayor que tienes, es dezir mal de la misma virtud? y à mi quien me ha de leuãtar, pues quando mas lo procure, no podrè subir mas de lo que se alça vna cabriola, yo dançador tu murmurador; yo condenado à la horca en mi patria, tu desterrado de la tuya por maldiciente: mira q̃ bien podrèmos esperar q̃ nos mejore. Suspendiòse Clodio con las razones de Rutilio, con cuya suspension diò fin à este capitulo el Autor desta grande historia.

CAPITVLO VII.

Del segundo libro.

TOdos tenian con quien comunicar sus pensamientos, Policarpo con su hija, y Clodio cõ Rutilio, solo el suspenso Periandro los comunicaua consigo mismo, que le engendraron tantos las razones de Auristela, que no sabia à qual acudir, que le aliuiasse su pesadũbre. Valgame Dios, que es esto, dezia entre si mismo, ha perdido el juizio Auristela? ella mi casamentera! como es posible que aya dado al oluido nuestros conciertos? que tengo yo que ver con Sinforosa? que Reynos, ni que riquezas me pueden à mi obligar a que dexe a mi hermana Sigismunda, si no es dexando de ser yo Persiles? En pronunciando esta palabra, se mordiò la lengua, y mirò à todas partes à ver si alguno le escuchaua, y assegurandose que no, prosiguiò, diziendo: Sin duda Auristela està zelosa, que los zelos se engendran entre los que bien se quie-

quieren, del ayre que passa, del sol que toca, y aun de la tierra que pisa. O señora mia, mira lo que hazes, no hagas agrauio à tu valor, ni à tu belleza, ni me quites à mi la gloria de mis firmes pensamientos, cuya honestidad, y firmeza me và labrando vna inestimable corona de verdadero amante: hermosa, rica y bien nacida es Sinforosa, pero en tu comparacion esta, es pobre, y de linage humilde: considera, señora, que el amor nace, y se engendra en nuestros pechos, ò por eleccion, ò por destino: el que por destino siempre està en su punto, el que por eleccion puede crecer, ò menguar, segun pueden menguar, ò crecer las causas que nos obligan, y mueuē à querernos, y siendo esta verdad tan verdad como lo es, hallo que mi amor no tiene terminos que le encierre, ni palabras que le declare, casi puedo dezir, que desde las mantillas, y faxas de mi niñez te quise bien, y aqui pongo yo la razon del destino: con la edad, y con el vso de la razon fue creciendo en mi el conocimiento, y fueron creciendo en ti las partes, que te hizieron amable, vilas, cōtemplèlas, conocilas, grauèlas en mi alma, y de la tuya, y la mia hize vn compuesto tan vno, y tan solo, que estoy por dezir, que tendrà mucho que hazer la muerte en diuidirle: dexa, pues, bien mio, Sinforosas, no me ofrezcas agenas hermosuras, ni me combides con Imperios, ni Monarquias, ni dexes que suene en mis oidos el dulce nōbre de hermano, con que me llamas, todo esto que estoy diziendo entre mi, quisiera dezirtelo à ti por los mismos terminos, con que lo voy fraguando en mi imaginaciō, pero no serà possible, porque la luz de tus ojos, y mas si me mirā airados, ha de turbar mi vista, y enmudecer mi lengua, mejor serà escriuirtelo en vn papel porq̄ las razones serā siempre vnas, y las podras ver muchas vezes, viendo siē pre en ellas vna verdad misma, vna fee confirmada, y vn deseō loable, y digno de ser creido, y assi determino de escriuirte. Quietose con esto algun tāto, pareciendole q̄ con mas aduertido discurso pondria su alma en la pluma q̄ en la lēgua. Dexemos escriuiēdo à Periādro, y vamos à oir lo q̄ dize Sinforosa à Auristela, la qual Sinforosa cō deseo de saber lo q̄ Periādro auia respondido à Auristela, procurò verse con ella à solas, y darle de camino noticia de la intenciō de su padre, creyendo q̄ apē-

nas se la avria declarad , quã-
do alcançasse el si de su cum-
plimiento, puesta en pensar,
que pocas vezes se despreciã
las riquezas, ni los señorios,
especialmente de las muge-
res, que por naturaleza las
mas son altiuas, y soberuias.
Quando Auristela viò à Sin-
forosa, no le plugò mucho su
llegada, porque no tenia que
responderle, por no auer vis-
to mas à Periandro; pero Sin-
forosa antes de tratar de su
causa, quiso tratar de la de su
padre, imaginandose que con
aquellas nueuas que à Auris-
tela lleuaua tan dignas de dar
gusto, la tendria de su parte,
en quien pensaua estar el to-
do de su buen suceſſo, y assi le
dixo: Sin duda alguna, belliſ-
sima Auristela, que los cielos
te quieren bien, porque me
parece que quieren llouer so-
bre ti venturas, y mas ventu-
ras; mi padre el Rey te adora,
y conmigo te embia à dezir,
que quiere ser tu esposo, y en
albricias del si que le has de
dar, y yo se le he de lleuar, me
ha prometido à Periãdro por
esposo; ya señora eres Reyna,
ya Periandro es mio, ya las ri-
quezas te sobran, y si tus gus-
tos en las canas de mi padre
no te sobraren, sobratte han
en los del mando, y en los de
los vassallos, que estaràn con-
tinuo atentos à tu seruicio.
Mucho te he dicho, amiga y
señora mia, y mucho has de
hazer por mi, que de vn gran
valor no se puede esperar me
nos que vn grande agradeci-
miento: comience en nosotras à verse en el mundo dos
cuñadas, que se quieren bien,
y dos amigas, que sin doblez
se amen, que si veràn, si tu dis-
crecion no se oluida de si mis-
ma: y dime agora, que es lo
que respondiò tu hermano, a
lo que de mi le dixiste, que es-
toy confiada de la buena res-
puesta, porque bien simple se-
ria el que no recibiesse tus
consejos como de vn Oracu-
lo. A lo que respondiò Auris-
tela: Mi hermano Periandro
es agradecido como princi-
pal Caualiero, y es discreto,
como andãte peregrino, que
el ver mucho y el leer mucho
auiua los ingenios de los hõ-
bres, mis trabajos, y los de mi
hermano nos van leyendo, en
quanto deuemos estimar el
sossiego; y pues que èl q̃ nos
ofreces, es tal, sin duda imagi
no que le avrèmos de admi-
tir; pero hasta aora no me ha
respondido nada Periandro,
ni sè de su voluntad, cosa que
pueda alentar tu esperança,
ni desmayarla. Da, o bella Sin-
forosa algun tiempo al tiem-
po, y dexanos considerar el
bien

bien de tus promessas, porque puestas en obra, sepamos estimarlas: las obras que no se hã de hazer mas de vna vez, si se yerran, no se pueden enmendar en la segunda, pues no la tienen, y el casamiento es vna de estas acciones; y assi es menester que se considere bien, antes que se haga, puesto que los terminos de esta consideracion los doy por passados, y hallo que tu alcãçaràs tus deseos, y yo admitirè tus promessas, y consejos, y vete hermana, y haz llamar de mi parte à Periandro, que quiero saber dèl alegres nueuas que dezirte, y aconsejarme con el de lo que me conuiene, como con hermano mayor, à quien deuo tener respeto, y obediencia. Abraçòla Sinforosa, y dexòla, por hazer venir a Periandro, à que la viesse, el qual en este tiempo encerrado, y solo auia tomado la pluma, y de muchos principios que en vn papel borrò, y torno a escriuir, quitò, y añadiò, en fin salio cò vno, que se dize, dezia desta manera.

No he osado fiar de mi lengua, lo que de mi pluma, ni aun de ella fio algo, pues no puede escriuir cosa que sea de momento, el que por instantes esta esperando la muerte: aora vengo a conocer, que no todos los discretos saben acõsejar en todos los casos aquellos si que tienen experiencia en aquellos sobre quien se les pide el consejo. Perdoname, que no admito el tuyo, por parecerme, ò que no me conoces, ò que te has oluidado de ti misma; buelue señora en ti, y no te haga vna vana presuncion zelosa salir de los limites de la grauedad, y peso de tu raro entendimiento. Cõsidera quien eres, y no se te oluide de quien yo soy, y verás en ti el termino del valor, que puede desearse, y en mi el amor, y la firmeza que puede imaginarse, y firmandote en esta consideracion discreta, no temas que agenas hermosuras me enciendan, ni imagines que à tu incomparable virtud, y belleza otra alguna se anteponga, sigamos nuestro viage, cumplamos nuestro voto, y quedense à parte zelos infructuosos, y mal nacidas sospechas, la partida desta tierra, solicitarè con toda diligencia, y breuedad, porque me parece, que en salir della, saldrè del infierno de mi tormento à la gloria de verte sin zelos. Esto fue lo que escriuiò Periandro, y lo que dexo en limpio, al cabo de auer hecho seis borradores, y doblando el papel, se fue à ver à Auris-

tela, de cuya parte ya le auian llamado.

CAPITVLO VII.

Del segundo libro, diuidido en dos partes.

RVtilio, y Clodio, aquellos dos que querian enmendar su humilde fortuna, confiados el vno de su ingenio, y el otro de su poca vergueça, se imaginaron merecedores el vno de Policarpa, y el otro de Auristela; à Rutilio le contentò mucho la voz, y el donayre de Policarpa, y à Clodio la sin igual belleza de Auristela, yandauan buscando ocasion como descubrir sus pensamientos, sin que les viniesse mal por declararlos, que es bien que tema vn hombre baxo, y humilde, que se atreue à dezir à vna muger principal, lo que no auia de atreuerse a peniarlo si quiera: pero tal vez acontece, que la desemboltura de vna poco honesta, aunque principal señora, da motiuo a que vn hombre humilde, y baxo ponga en ella los ojos, y le declare sus pensamientos. Hade ser anexo à la muger principal el ser grane, el ser compuesta, y recatada, sin que por esto sea soberuia, desabrida, y descuyda; tanto ha de parecer mas humilde, y mas graue vna muger, quanto es mas señora: pero en estos dos Caualleros, y nueuos amantes no nacieron, sus deseos de las desembolturas, y poca grauedad de sus señoras; pero nazcan de do nacieren, Rutilio en fin escriuiò vn papel à Policarpa, y Clodio à Auristela, del tenor que se sigue.

Rutilio à Policarpa.

SEñora, yo soy estrangero, y aunque te diga grãdezas de mi linage, como no tengo testigos que las confirmen, quiza no hallarán credito en tu pecho, aunque para confirmacion de que soy ilustre en linage, basta que he tenido atreuimiento de dezirte, que te adoro; mira que pruebas quieres que haga para confirmarte en esta verdad, que à ti estarà el pedirlas, y à mi el hazerlas: y pues te quiero para esposa, imagina que deseo como quien soy, y que merezco, como deseo, que de altos espiritus es, aspirar à las cosas altas; dame si quiera con los ojos respuesta de este papel, que en la blandura, ò rigor de tu vista vere la sentencia de mi muerte, ò de mi vida. Cerrò el papel Rutilio con intencion

ciõ de darsele à Policarpa, arrimãdose al parecer de los q̃ dizen: diselo tu vna vez, que no faltarà quien se lo acuerde ciento; mostroselo primero à Clodio, y Clodio le mostrò à èl otro, que para Auristela tenia escrito, que es este que se sigue.

Clodio à Auristela.

VNos entrã en la red amorosa con el ceuo de la hermosura, otros con los del donayre, y gentileza, otros con los del valor que se considerã en la persona, à quien determinan rendir su voluntad; pero yo por diferente manera he puesto mi garganta à su yugo, mi cerviz a la coyunda, mi voluntad à sus fueros, y mis pies a sus grillos, que ha sido por la de la lastima, que qual es el coraçon de piedra, que no la tendrà, hermosa señora, de verte vendida, y cõprada, y en tan estrechos passos puesta, que has llegado al vltimo de la vida por momẽtos: el yerro, y despiadado azero ha amenazado tu garganta; el fuego ha abrasado las ropas de tus vestidos, la pieue tal vez te ha tenido yerta, y la hãbre enflaquezida, y de amarilla tez cubiertas las rosas de tus mexillas; y finalmente el agua te ha sorbido, y vomitado, y estos trabajos no sè con que fuerças los lleuas, que no te las pueden dar las pocas de vn Rey vagamundo, y que te sigue por solo el interès de gozarte; ni las de tu hermano, si lo es, son tantas, que te puedã alentar en tus miserias. No fies, señora, de promesas remotas, y arrimate à las esperanças propinquas, y escoge vn modo de vida, que te asiegure la que el cielo quisiere darte; moço soy, habilidad tengo para saber viuir en los mas vltimos rincones de la tierra, yo darè traça como sacarte de esta, y librarte de las importunaciones de Arnaldo y sacandote de este Egipto, te lleuarè à la tierra de promission, que es España, ò Francia, ò Italia, ya que no puedo viuir en Inglaterra, dulce, y amada patria mia, y sobre todo me ofrezco à ser tu esposo, y desde luego te acepto por mi esposa. Auiendo oido Rutilio el papel de Clodio, dixo: Verdaderamente nosotros estamos faltos de juizio, pues nos queremos persuadir, que podemos subir al cielo sin alas, pues las que nos dà nuestra pretension, son las de la hormiga. Mira Clodio, yo soy de parecer, que rasgue mos estos papeles, pues no

nos ha forçado à escriuirlos ninguna fuerça amorosa, sino vna ociosa, y baldia voluntad, porque el amor ni nace, ni puede crecer, si no es al arrimo de la esperança, y faltando ella, falta él de todo punto; pues porque queremos auenturarnos à perder, y no à ganar en esta empresa? que el declararla, y el ver à nuestras gargantas arrimado el cordel o el cuchillo, ha de ser todo vno; demas que por mostrarnos enamorados, avrèmos de parecer, sobre desagradecidos, traidores. Tu no ves la distancia que ay de vn maestro de dançar, que enmendò su oficio con aprender el de platero, à vna hija de vn Rey? y la que ay de vn desterrado murmurador, à la que dese cha, y menosprecia Reynos? Morda nos la lengua, y llegue nuestro arrepentimiento à do ha llegado nuestra necedad, à lo menos este mi papel se darà primero al fuego, ò al viento, que à Policarpo. Haz tu lo que quisieres del tuyo, respondiò Clodio, que el mio aunque no le dè à Auristela, le pienso guardar por honra de mi ingenio, aũque temo que si no le le doy, toda la vida me ha de morder la conciencia de auer tenido este arrepentimiento, porque el tentar no todas las vezes daña. Estas razones passaron entre los dos fingidos amãtes, y atreuidos, y necios de veras. Llegòse en fin el punto de hablar à solas Periandro con Auristela, y entrò à verla con intenciõ de darle el papel que auia escrito; pero assi como la viò, olvidandose de todos los discursos, y disculpas que lleuaua preuenidas, le dixo: Señora, miràme bien, que yo soy Periandro, que fuy el que fue Persiles, y soy el que tu quieres que sea Periandro; el nudo con que estàn atadas nuestras voluntades, nadie le puede desatar sino la muerte; y siendo esto assi, de que te sirue darme consejos tan cõtrarios à esta verdad? Por todos los cielos, y por ti misma mas hermosa que ellos, te ruego que no nombres mas à Sinforosa, ni imagines que su belleza, ni sus tesoros han de ser parte à que yo oluide las minas de tus virtudes, y la hermosura incomparable tuya, assi del cuerpo, como del alma. Esta mia, que respira por la tuya, te ofrezco de nueuo, no con mayores ventajas que aquellas con que te la ofrecì la vez primera que mis ojos te vieron, porque no ay clausula que añadir à la obligaciõ en que quedè de seruirte, el punto que en

en mis potẽcias se imprimiò el conocimiento de tus virtudes: Procura, señora, tener salud, que yo procurarè la salida de esta tierra, y dispondrè lo mejor que pudiere nuestro viage, que aunque Roma es el cielo de la tierra, no està puesta en el cielo, y no avrà trabajos, ni peligros que nos nieguen del todo el llegar à ella, puesto que los aya para dilatar el camino. Tente al tronco, y à las ramas de tu mucho valor, y no imagines que ha de auer en el mundo quiẽ se le oponga. En tanto que Periandro esto dezia, le estaua mirando Auristela con ojos tiernos, y con lagrimas de zelos, y con pasion nacidas; pero en fin, haziendo efecto en su alma las amorosas razones de Periandro, diò lugar à la verdad, que en ellas venia encerrada; y respondiòle seis, ò ocho palabras, que fueron: Sin hazerme fuerça, dulce amado, te creo, confiadate pido, que con breuedad salgamos de esta tierra, que en otra quizà conualecerè de la enfermedad zelosa, que en este lecho me tiene. Si yo hubiera dado, señora respondiò Periandro, alguna ocasion a tu enfermedad, llevara en paciencia tus quexas, y en mis disculpas hallaras tu el remedio de tus lastimas; pero como no te he ofendido, no tengo de que disculparme. Por quien eres te suplico, que alegres los coraçones de los que te conocen, y sea breuemente, pues faltando la ocasion de tu enfermedad, no ay para que nos mates con ella: pondrè en efeto lo q̃ me mandas, saldrèmos desta tierra con la breuedad posible. Sabes quanto te importa Periandro, respondiò Auristela, pues has de saber que me van lisongeando promessas, y apretando dadiuas, y no como quiera, que por lo menos me ofrecen este Reyno; Policarpo el Rey, quiere ser mi esposo, hamelo embiado à dezir con Sinforosa su hija, y ella con el fauor que piensa tener en mi, siendo su madrastra, quiere que seas su esposo; si esto puede ser, tu lo sabes, y si estamos en peligro, consideralo, y conforme à esto aconsejate con tu discrecion, y busca el remedio que nuestra necesidad pide, y perdoname, que la fuerça de las sospechas han sido las que me han forçado a ofenderte; pero estos yerros facilmente los perdona el amor. Dèl se dize, replicò Periandro, que no puede estar sin zelos, los quales quando de debiles, y flacas ocasiones nacen, le hazen crecer, siruiẽdo

do

do de espuelas à la voluntad, que de puro confiada se entibia, ò à lo menos parece que se desmaya; y por lo que debes à tu buen entendimiento, te ruego que de aqui adelante me mires, no con mejores ojos, pues no los puede auer en el mundo tales como los tuyos, sino con voluntad mas llana, y menos puntuosa, no leuantando algun descuydo mio mas pequeño que vn grano de mostaça à ser monte, que llegue à los cielos, llegando à los zelos, y en lo demas con tu buen juizio entretèn al Rey, y à Sinforosa, que no la ofenderàs, en fingir palabras que se encaminan a conseguir buenos deseos, y queda en paz, no engendre en algun mal pecho alguna mala sospecha nuestra larga platica. Con esto la dexò Periandro, y al salir de la estancia encòtrò cò Clodio, y Rutilio: Rutilio acabando de rõper el papel q̃ auia escrito à Policarpa, y Clodio doblando el suyo, para ponerselo en el seno. Rutilio arrepentido de su loco pensamiento, y Clodio satisfecho de su habilidad, y vfano de su atreuimiento, pero andarà el tiempo, y llegarà el punto, donde diera el por no auerle escrito la mitad de la vida, si es que las vidas pueden partirse.

CAPITVLO VII.

Del segundo libro.

ANdaua el Rey Policarpo alboroçado con sus amorosos pensamientos, y deseoso ademas de saber la resolucion de Auristela, tan confiado, y tan seguro, que auia de correspondèr à lo que deseaua, que ya consigo mismo trayçaua las bodas, concertaua las fiestas, inuentaua las galas, y aun hazia mercedes en esperança del venidero matrimõio; pero entre todos estos disignios no tomaua el pulso à su edad, ni igualaua con discrecion la disparidad que ay de diez y siete años à setenta, y quando fueran setenta, es tambien grande la distancia, ansi halagan, y lisongean los lasciuos deseos las voluntades, assi engañan los gustos imaginados à los grandes entendimientos, assi tiran, y llenan tras si las blandas imaginaciones à los que nò se resisten en los encuentros amorosos. Con diferentes pensamiẽtos estaua Sinforosa, que no se asseguraua de su suerte, por ser cosa natural, que quien mu-

mucho deſea, mucho teme, y las coſas que podian poner alas à ſu eſperança, como erã ſu valor, ſu linage, y hermoſura, eſſas miſmas ſe las cortauan, por ſer propio de los amantes rendidos, penſar ſiẽpre que no tienen partes que merezcan ſer amadas de los que bien quieren; andan el amor, y el temor tan apareados, que à do quiera que boluais la cara, los vereis juntos, y no és ſoberuio el amor, como algunos dizen, ſino humilde, agradable, y manſo, y tanto, que ſuele perder de ſu derecho, por no dar à quien bien quiere peſadumbre, y mas que como todo amante tiene en ſumo precio, y eſtima la coſa que ama, huye de que de ſu parte nazca alguna ocaſion de perderla. Todo eſto con mejores diſcurſos que ſu padre conſideraua la bella Sinforoſa, y entre temor, y eſperança pueſta, fue à ver à Auriſtela, y à ſaber de ella lo que eſperaua, y temia: en fin ſe vió Sinforoſa con Auriſtela, y ſola, que era lo que ella mas deſeaua, y era tanto el deſeo que tenia de ſaber las nueuas de ſu buena, ò mala andança, que aſsi como entrò à verla, ſin que la hablaſſe palabra, ſe la puſo à mirar ahincadamente, por ver ſi en los mouimientos de ſu roſtro le daua ſeñales de ſu vida, ò muerte. Entendiòla Auriſtela, y à media riſa, quiero dezir con mueſtras alegres, le dixo: Llegaos, ſeñora, que à la raiz del arbol de vueſtra eſperança no ha puesto el temor ſegur para cortar; bien es verdad, que vueſtro bien, y el mio ſe han de dilatar algun tanto, pero en fin llegaràn, porque aunque ay inconuenientes, que ſuelen impedir el cumplimiento de los juſtos deſeos, no por eſſo ha de tener la deſeſperacion fuerças para no eſperalle. Mi hermano dize, que el conocimiẽto que tiene de tu valor, y hermoſura, no ſolamente le obliga, pero que le fuerça à quererte, y tiene à bien, y à merced particular la que le hazes en querer ſer ſuyo, pero antes que venga à tan dichoſa poſſeſsion, ha meneſter defraudar las eſperanças que el Principe Arnaldo tiene, de que yo he de ſer ſu eſpoſa, y ſin duda lo fuera yo, ſi el ſerlo tu de mi hermano, no lo eſtorvara: que has de ſaber, hermana mia, que aſsi puedo yo viuir ſin Periandro, como puede viuir vn cuerpo ſin alma, alli tẽgo de viuir donde èl viuiere; èl es el eſpiritu que me mueue, y el alma que me anima, y

ſien-

siendo esto assi, y èl se casa en esta tierra contigo, como podrè yo viuir en la de Arnaldo en ausencia de mi hermano? para escusar este desmàn, que me amenaza, ordena que nos vamos con èl à su Reyno, desde el qual le pedirèmos licẽcia para ir à Roma à cumplir vn voto, cuyo cumplimiento nos sacò de nuestra tierra, y està claro, como la experiencia me lo ha mostrado, que no ha de salir vn punto de mi voluntad. Puestos, pues, en nuestra libertad, facil cosa serà dar la buelta à esta isla, dõde burlando sus esperanças, veamos el fin de las nuestras, yo casandome con tu padre, y mi hermano contigo. A lo que respondiò Sinforosa, no sè hermana, con que palabras podrè encarecer la merced que me has hecho, cõ las que me has dicho, y assi la dexarè en su punto, porque no sè como explicarlo; pero esto que aora dezirte quiero, recibelo antes por aduertimiento, que por consejo. Aora estàs en esta tierra, y en poder de mi padre, que te podrà, y querrà defender de todo el mundo, y no serà bien que se ponga en contingencia la seguridad de tu possession, no le ha de ser possible a Arnaldo lleuaros por fuerça à ti, y à tu hermano, y hale de ser forçoso, si no quereis à lo menos consentir lo que mi padre quisiere, que le tiene en su Reyno, y en su casa. Asseguraime tu, ò hermana, que tienes voluntad de ser mi señora, siendo esposa de mi padre, y que tu hermano no se ha de desdeñar de ser mi señor, y esposo, que yo te darè llanas todas las dificultades, è inconuenientes que para llegar à este efecto pueda poner Arnaldo. A lo que respondiò Auristela: Los varones prudentes por los casos passados, y por los presentes, juzgan los que estàn por venir, a hazernos fuerça publica ò secreta; tu padre en nuestra detencion ha de irritar, y despertar la colera de Arnaldo, que en fin es Rey poderoso, à lo menos lo es mas que tu padre, y los Reyes burlados, y engañados facilmente se acomodan a vengarse; y assi en lugar de auer recibido con nuestro parentesco gusto, recibiriades daño, trayendoos la guerra a vuestras mismas casas: y si dixeres, que este temor se ha de tener siẽpre, ora nos quedemos aqui, ora boluamos despues, considerando que nunca los cielos aprietan tanto los males, que no dexẽ alguna luz con que se descubra la de su remedio. Soy de pa-

parecer, que nos vamos con Arnaldo, y que tu misma con tu discrecion, y auiso solicites nuestra partida, que en esto solicitaràs, y abreuiaràs nuestra buelta; y aqui, sino en Reynos tan grandes como los de Arnaldo, à lo menos en paz mas segura gozarè yo de la prudencia de tu padre, y tu de la gentileza, y bondad de mi hermano, sin que se diuidan, y aparten nuestras almas. Oyendo las quales razones Sinforosa loca de contento se abalançò à Auristela, y le echò los braços al cuello, midiendole la boca, y los ojos cõ sus hermosos labios. En esto vieron entrar por la sala à los dos, al parecer, barbaros padre, y hijo, y à Ricla, y Constãça; y luego tras ellos entraron Maur cio, Ladislao, y Transila, deseosos de ver, y hablar à Auristela, y saber en que punto estaua su enfermedad, que los tenia à ellos sin salud. Despidiose Sinforosa mas alegre, y mas engañada que quando auia entrado, que los coraçones enamorados creen con mucha facilidad aun las sombras de las promessas de su gusto. El anciano Mauricio despues de auer passado con Auristela las ordinarias preguntas, y respuestas que suelen passar entre los enfermos, y los que los visitã, dixo: Si los pobres, aunque mendigos, suelen lleuar con pesadumbre el verse desterrados, ò ausentes de su patria, donde no dexarõ sino los terrones, que los sustẽtavan, que sentiràn los ausentes, que dexaron en su tierra los bienes, que de la fortuna pudieran prometerse? Digo esto, señora, porque mi edad que con presurosos passos me va acercando al vltimo fin, me haze desear, verme en mi patria, à donde mis amigos, mis parientes, y mis hijos me cierren los ojos, y me den el vltimo vale, este bien, y merced cõseguirèmos todos quãtos aqui estamos, pues todos somos estrangeros, y ausentes, y todos, à lo que creo, tenemos en nuestras patrias lo que no hallarèmos en las agenas. Si tu, señora, quisieres solicitar nuestra partida, ò à lo menos teniendo por biẽ, que nosotros la procurèmos, puesto que no serà posible el dexarte, porque tu generosa cõdicion, y rara hermosura, acõpañada de la discrecion, que admira, es la piedra imàn de nuestras voluntades. A lo menos, dixo à esta sazon Antonio el padre, de la mia, y de las de mi muger, y hijos, lo es de suerte, que primero dexarè la vida, que dexar la com-

Pla-

pañia de la ſeñora Auriſtela, ſi es que ella no ſe deſdeña de la nueſtra. Yo os agradezco, ſeñores, reſpondio Auriſtela, el deſeo que me aueis moſtrado, y aunque no eſtà en mi mano correſponder à èl como deuia, todavia harè que le pōgan en efecto el Principe Arnaldo, y mi hermano Periandro, ſin que ſea parte ni enfermedad, que ya es ſalud, à impedirle, en tāto, pues, que llega el felice dia, y punto de nueſtra partida, enſanchad los coraçones, y no deis lugar que reyne en ellos la melancolia, ni penſeis en peligros venideros, que pues el cielo de tantos nos ha ſacado, ſin q̄ otros nos ſobreuengan, nos lleuarà à nueſtras dulces patrias, que los males que no tienen fuerças para acabar la vida, no la han de tener para acabar la paciencia. Admirados quedaron todos de la reſpueſta de Auriſtela, porque en ella ſe deſcubriò ſu coraçon piadoſo, y ſu diſcrecion admirable. Entrò en eſte inſtante el Rey Policarpo alegre ſobre manera, porque ya auia ſabido de Sinforoſa ſu hija las prometidas eſperanças del cumplimiento de ſus entretantos, y laſciuos deſeos, que los impetus amoroſos que ſuelen parecer en los ancianos, le cubren, y disfraçan con la capa de la hipocreſia, que no ay hipocrita, ſi no es conocido por tal, que dañe à nadie ſino à ſi miſmo; y los viejos cō la ſombra del matrimonio diſsimulan ſus deprauados apetitos. Entraron con el Rey, Arnaldo, y Periandro, y dandole el parabien à Auriſtela de la mejoria, mandò el Rey, que aquella noche en ſeñal de la merced que del cielo todos en la mejoria de Auriſtela auian recibido, ſe hizieſſen luminarias en la Ciudad, y fieſtas, y regozijos ocho dias continuos. Periandro lo agradeciò como hermano de Auriſtela, y Arnaldo como amante que pretendia ſer ſu eſpoſo. Regozijauaſe Policarpo allà entre ſi miſmo, en conſiderar quan ſuauemente ſe iba engañando Arnaldo, el qual admirado con la mejoria de Auriſtela, ſin que ſupieſſe los diſignios de Policarpo, buſcaua modos de ſalir de ſu Ciudad, pues tanto quanto mas ſe dilataua ſu partida, tanto mas, à ſu parecer, ſe alongaua el cūplimiento de ſu deſeo. Mauricio tambien deſeoſo de boluer a ſu patria, acudiò à ſu ciēcia, y hallò en ella, que grandes dificultades auian de impedir ſu partida: comunicòlas con Arnaldo, y Periandro, que

ya auian sabido los intentos de Sinforosa, y Policarpo, que les puso en mucho cuydado, por saber cierto, quando el amoroso deseo se apodera de los pechos poderosos, suele romper por qualquiera dificultad, hasta llegar al fin de ellos no se miran respetos, ni se cumplen palabras, ni guardan obligaciones; y assi no auia para que fiarle en las pocas, ò ninguna en que Policarpo les estaua. En resolucion, quedaron los tres de acuerdo, que Maurlcio buscasse vn baxel, de muchos de los que en el puerto estauan, que los lleuasse à Inglaterra secretamente, que para embarcarse no faltaria modo conueniible, y que en este entretanto no mostrasse ninguno señales, de que tenian noticia de los designios de Policarpo. Todo esto se comunicò con Auristela, la qual aprobò su parecer, y entrò en nueuos cuydados de mirar por su salud, y por la de todos.

CAPITVLO VIII.

Del segundo libro. Da Clodio el papel à Auristela, Antonio el barbaro le mata por yerro.

Dize la historia, que llegò à tanto la insolencia, ò por mejor dezir, la desuergüença de Clodio, que tuuo atreuimiẽto de poner en las manos de Auristela el desvergonçado papel, que la auia escrito, engañada con que le dixo, que eran vnos versos deuotos, dignos de ser leidos, y estimados: abriò Auristela el papel, y pudo con ella tãto la curiosidad, q̃ no diò lugar al enojo, para dexalle de leer hasta el cabo; leyòle en fin, y boluiendole à cerrar, puestos los ojos en Clodio, y no echando por ellos rayos de amorosa luz, como las mas vezes solia, sino centellas de rabioso fuego, le dixo: Quitateme de delante, hombre maldito, y desvergonçado, que si la culpa de este tu atreuido dispara te entendiera que auia nacido de algun descuydo mio, q̃ menoscabara mi credito, y mi honra, en mi misma castigara tu atreuimiẽto, el qual no ha de quedar sin castigo; y si ya en-

tre tu locura, y mi paciencia no se pone el tenerte lastima. Quedò atonito Clodio, y diera èl por no auerse atreuido, la mitad de la vida, como ya se ha dicho; rodearonle luego el alma mil temores, y no se daua mas termino de vida, que lo que tardassen en saber su vellaqueria Arnaldo, ò Periandro, y sin replicar palabra baxò los ojos, boluiò las espaldas, y dexò sola à Auristela, cuya imaginaciò ocupò vn temor no vano, sino muy puesto en razon, de que Clodio desesperado auià de dar en traidor, aprouechandose de los intentos de Policarpo, si à caso à su noticia viniesse, y determinò darla de aquel caso à Periandro, y Arnaldo. Succdiò en este tiempo, que estãdo Antonio el moço solo en su aposento, entrò a deshora vna muger en èl, de hasta quarenta años de edad, que con el brio, y donayre deuia de encubrir otros diez, vestida no al vso de aquella tierra, sino al de España, y aunque Antonio no conocia de vsos, sino de los que auia visto en los de la Barbara Isla, donde se auia criado y nacido, bien conociò ser estrangera de aquella tierra. Leuantòse Antonio à recibirla cortesmente, porque no era tan barbaro, que no fuesse bien criado; sentaronse, y la dama (si en tantos años de edad es justo se le dè este nombre) despues de auer estado atenta, mirando el rostro de Antonio, dixo: Parecerte ha nouedad, ò mancebo, esta mi venida à verte, porque no deues de estar en vso de ser visitado de mugeres, auiendote criado, segun he sabido, en la isla Barbara, y no entre barbaros, sino entre riscos, y peñas, de las quales si como sacaste la belleza, y brio que tienes, has sacado tambien la dureza en las entrañas, la blandura de las mias temo que no me ha de ser de prouecho, no te desvies, sossiegate, y no te alborotes, que no està hablando contigo algun mostruo, ni persona que quiera dezirte, ni aconsejarte cosas que vayan fuera de la naturaleza humana; mira que te hablo Español, que es la lengua que tu sabes, cuya conformidad suele engendrar amistad entre los que se conocen, mi nombre es Zenotia, soy natural de España, nacida, y criada en Alhama, Ciudad del Reyno de Granada, conocida por mi nombre en todos los de España, y aun entre otros muchos, porque mi habilidad no con-

consiente que mi nombre se encubra, haziendome conocida mis obras; sali de mi patria avrà quatro años, huyendo de la vigilancia que tienẽ los mastines veladores, que en aquel Reyno tienen del Catolico rebaño; mi estirpe es Agarena, mis exercicios los de Zoroastes, y en ellos soy vnica: ves este Sol, que nos alumbra? pues si para tèñal de lo que puedo, quieres que le quite los rayos, y le assombre con nubes, pidemelo, que harè que à esta claridad suceda en vn punto obscura noche; ò ya si quisieres ver temblar la tierra, pelear los vientos, alterarse el mar, encontrarse los montes, bramar las fieras, ò otras espantosas señales, que nos representen la confusion del caos primero, pidelo, que tu quedaràs satisfecho, y yo acreditada. Has de saber assimismo, que en aquella Ciudad de Alhama siempre ha auido alguna muger de mi nombre, la qual con el apellido de Zenotia hereda esta ciencia, que no nos enseña a ser hechizeras, como algunos nos llaman, sino à ser encantadoras, y magas, nõbres que nos vienen mas al propio: las que son hechizeras, nunca hazen cosa que para alguna cosa sea de prouecho, exercitan sus burlas con cosas, al parecer, de burlas, como son habas mordidas, agujas sin puntas, alfileres sin cabeça, y cabellos cortados en crecientes, ò mẽguantes de Luna, vsan de caracteres, que no entienden; y si algo alcançan tal vez de lo que pretẽden, es no en virtud de sus simplicidades, sino porque Dios permite para mayor condenacion suya, que el demonio las engañe; pero nosotras, las que tenemos nombre de magas, y de encantadoras, somos gente de mayor quantia, tratamos con las estrellas, contemplamos el mouimiento de los cielos, sabemos la virtud de las yervas, de las plantas, de las piedras, de las palabras, y juntando lo actiuo à lo passiuo, parece q̃ hazemos milagros, y nos atreuemos à hazer cosas tan estupendas, que causan admiracion à las gentes, de donde nace nuestra buena ò mala fama: buena, si hazemos bien con nuestra habilidad: mala, si hazemos mal con ella, pero como la naturaleza parece q̃ nos inclina antes al mal, que al bien, no podemos tener tã à raya los deseos, que no se deslizen, à procurar el mal ageno, que quien quitarà al ayrado, y ofendido, que no se

vengue? Quien al amante desdeñado, que no quiera, si puede, reducir à ser querido del que le aborrece? pues lo que en mudar las voluntades, sacarlas de su quicio, como esto, es ir contra el libre albedrio, no ay ciencia que lo pueda, ni virtud de yeruas que lo alcancen. A todo esto que la Española Zenotia dezia, la estaua mirando Antonio, con deseo grande de saber que suma tendria tan larga cuenta; pero la Zenotia prosiguiò, diziendo: Digote en fin, barbaro discreto, que la persecucion de los que llaman Inquisidores en España, me arrancò de mi patria, que quando se sale por fuerça de ella, antes se puede llamar arrancada, que salida: vine à esta isla por estraños rodeos, por infinitos peligros, casi siempre como si estuuieran cerca, boluiendo la cabeça atràs, pensando que me mordian las faldas los perros, que aun hasta aqui temo: dime presto à conocer al Rey antecessor de Policarpo, hize algunas marauillas, con que dexè marauillado al pueblo, procurè hazer vendible mi ciencia tan en mi prouecho, que tengo juntos mas de treinta mil escudos en oro y estando atenta à esta ganancia, he viuido castamente, sin procurar otro algun deleyte, ni le procurara, si mi buena, ò mi mala fortuna no te huuieran traido à esta tierra, que en tu mano està, darme la suerte que quisieres: si te parezco fea, yo hirè de modo, que me juzgues por hermosa, si son pocos treinta mil escudos que te ofrezco, alarga tu deseo, y enfancha los sacos de la codicia, y los senos, y comiença desde luego à contar quantos dineros acertares à desear: para tu seruicio sacarè las perlas que encubren las conchas del mar; rendirè, y traerè à tus manos las aues, que rompen el ayre; harè que te ofrezcan sus frutos las plantas de la tierra; harè que brote del abismo lo mas precioso que en èlle encierra; harète inuencible en todo, blando en la paz, temido en la guerra; en fin enmendarè tu suerte de manera, que seas siempre embidiado, y no embidioso: y en cambio destos bienes q̃ te he dicho, no te pido que seas mi esposo, sino q̃ me recibas por tu esclaua, que para ser tu esclaua, no es menester que me tengas voluntad como para ser esposa, y como yo sea tuya, en qualquier modo que lo sea, viuirè cõtenta. Comiença, pues,

pues, ò generoso mancebo, à mostrarte prudente, mostrandote agradecido: mostrarte has prudente, si antes que me agradezcas estos deseos, quisieres hazer experiencia de mis obras, y en señal de que assi lo haràs, alegrame el alma aora, con darme alguna seña de paz, dandome à tocar tu valerosa mano, y diziendo esto, se leuantò para ir à abraçarle. Antonio viendo lo qual, lleno de confusion, como si fuera la mas retirada donzella del mundo, y como si enemigos combatieran el castillo de su honestidad, se puso à defenderle, y leuantandose, fue à tomar su arco, que siempre, ò le traia consigo, ò le tenia junto à si, y poniendo en èl vna flecha, hasta veinte passos desviado de la Zenotia le encarò la flecha. No le cõtentò mucho à la enamorada dama la postura amenazadora de muerte de Antonio, y por huir el golpe, desvio el cuerpo, y passò la flecha volando por junto à la garganta (en esto mas barbaro Antonio de lo que parecia en su traage) pero no fue el golpe de la flecha en vano, porque à este instante entraua por la puerta de la enstancia el maldiciente Clodio, que le sirviò de blanco, y le passò la boca, y la lengua, y le dexò la vida en perpetuo silencio, castigo merecido à sus muchas culpas. Boluio la Zenotia la cabeça, vio el mortal golpe que auia hecho la flecha, temiò la segunda, y sin aprouecharse de lo mucho que con su ciencia se prometia, llena de confusion, y de miedo, tropezando aqui, y cayendo alli, saliò del aposento, con intencion de vengarse del cruel, y desamorado moço.

CAPITVLO IX.

Del segundo libro.

NO Le quedò sabrosa la mano à Antonio del golpe que auia hecho, que aunque acerto errando, como no sabia las culpas de Clodio, y auia visto la de la Zonita, quisiera auer sido mejor certero. Llegòse à Clodio, por ver si le quedauan algunas reliquias de vida, y vio que todas se las auia lleuado la muerte, cayò en la cuenta de su yerro, y tuuose verdaderamente por barbaro. Entrò en esto su padre, y viendo la sangre, y el cuerpo muerto de Clodio, conociò por la flecha, que aquel golpe auia sido hecho por la mano de su hijo.

Preguntòselo, y respondiòle, que si, quiso saber la causa, y tambien se la dixo. Admiròse el padre, lleno de indignaciõ le dixo: Ven acà, barbaro, si à los que te aman, y te quieren procuras quitar la vida, que haràs a los que te aborrecen? Si tanto presumes de casto, y honesto, defiende tu castidad, y honestidad con el sufrimiento, que los peligros semejantes no se remedian con las armas, ni con esperar los encuẽtros, sino con huir de ellos. Bien parece que no sabes lo que le sucediò à aquel mancebo Hebreo, que dexò la capa en manos de la lasciua señora, que le solicitaua: dexaràs tu, ignorante, essa tosca piel, que traes vestida, y esse arco, con que presumes vencer à la misma valentia, no le armaràs contra la blandura de vna muger rendida, que quando lo està, rompe por qualquier inconueniente que à su deseo se oponga: si con esta condicion passas adelante en el discurso de tu vida, por barbaro seràs tenido, hasta que la acabes, de todos los que te conocieren. No digo yo, que ofendas à Dios en ningun modo, sino que reprehẽdas, y no castigues à las que quisieren turbar tus honestos pensamientos, y aparejate para mas de vna batalla, que la verdura de tus años, y el gallardo brio de tu persona, con muchas batallas te amenazan, y no pienses que has de ser siempre solicitado, que alguna vez solicitaràs, y sin alcançar tus deseos te alcançarà la muerte en ellos. Escuchaua Antonio a su padre, los ojos puestos en el suelo, tan vergonçoso, como arrepentido. Y lo que le respondiò, fue: No mires, señor, lo que hize, y pesame de auerlo hecho, procurarè enmendarme de aqui adelante, de modo que no parezca barbaro por riguroso, ni lasciuo por manso; dese orden de enterrar à Clodio, y de hazerle la satisfacion mas conueniente que ser pudiere. Ya en esto auia volado por el Palacio la nueua de Clodio, pero la causa de ella, porque la encubriò la enamorada Zenotia, diziendo solo, que sin saber porque, el barbaro moço le auia muerto. Llegò esta nueua à los oidos de Auristela, q̃ aun se tenia el papel de Clodio en las manos, con intencion de mostrarsele à Periandro, ò à Arnaldo, para que castigassen su atreuimiento; pero viendo que el cielo auia tomado à su cargo el castigo, rompiò el papel, y no quiso que saliessen à luz las culpas de

de los muertos, consideraciõ tan prudente, como Christiana, y bien que Policarpo se alborotò con el suceſſo, teniendoſe por ofendido de que nadie en su casa vengaſſe sus injurias, no quiſo aueriguar el caſo, ſino remitiòſelo al Principe Arnaldo, el qual à ruego de Auriſtela, y al de Tranſila, perdonò à Antonio, y mandò enterrar à Clodio, ſin aueriguar la culpa de ſu muerte, creyendo ſer verdad lo que Antonio dezia, que por yerro le auia muerto, ſin deſcubrir los penſamiẽtos de Zenotia, por que à èl no le tuuieſſen de todo en todo por barbaro. Paſsò el rumor del caſo, enterraron à Clodiò, quedò Auriſtela vẽgada, como ſi en ſu generoſo pecho albergara genero de vengança alguna, aſsi como albergaua en el de la Zenotia, q̃ bebia, como dizen, los vientos, imaginando como vengarſe de el cruel flechero, el qual de allì à dos dias ſe ſintiò mal diſpueſto, y cayò en la cama con tanto deſcaecimiento, que los Medicos dixeron, que ſe le acabaua la vida, ſin conocer de que enfermedad. Lloraua Ricla ſu madre, y ſu padre Antonio tenia de dolor el coraçon conſumido, no ſe podia alegrar Auriſtela, ni Mauricio, Ladiſlao, y Tranſila ſentian la miſma peſadumbre; viendo lo qual Policarpo acudiò a ſu conſejera Zenotia, y le rogò procuraſſe algun remedio à la enfermedad de Antonio, la qual por no conocer la los Medicos, ellos no ſabiá hallarle: ella le diò buenas eſperanças, aſſegurãdole, que de aquella enfermedad no moriria; pero que conuenia dilatar algun tãto la cura; creyòla Policarpo, como ſi ſe lo dixera vn Oraculo. De todos eſtos ſuceſſos no le peſaua mucho à Sinforoſa, viendo que por ellos ſe detendria la partida de Periandro, en cuya viſta tenia librado el aliuio de ſu coraçon, que puesto que deſeaua que ſe partieſſe, pues no podia boluer ſi no ſe partia; tãto guſto le daua el verle, que no quiſiera que ſe partiera. Llegò vna ſazon, y coyuntura, donde Policarpo, y ſus dos hijas, Arnaldo, Periandro, y Auriſtela, Mauricio, Ladiſlao y Tranſila, y Rutilio, que deſpues que eſcriuiò el villete à Policarpa, aunque le auia roto; de arrepentido andaua triſte, y penſatiuo, biẽ aſsi como el culpado, que pienſa q̃ quantos le miran, ſon ſabidores de ſu culpa. Digo, que la compañia de los ya nombrados, ſe hallò en la eſtancia del enfermo Antonio, a quien todos

fueron à visitar à pedimiento de Auristela, que ansi à èl, como à sus padres los estimaua, y queria mucho, obligada del beneficio que el moço barbaro le auia hecho, quando los sacò del fuego de la isla, y la lleuò al serrallo de su padre: y mas que como en las comunes desventuras se reconcilian los animos, y se trauan las amistades, por auer sido tantas las que en compañia de Ricla, y de Constança, y de los dos Antonios auia passado, ya no solamente por obligacion, mas por eleccio, y destino los amaua. Estando, pues, juntos, como se ha dicho, vn dia Sinforosa rogò encarecidamente à Periàdro, les contasse algunos sucessos de su vida, especialmente se holgaria de saber, de donde venia la primera vez que llegò à aquella isla, quando ganò los premios de todos los juegos, y fiestas que aquel dia se hizierõ, en memoria de auer sido el de la eleccion de su padre. A lo que Periandro respondiò, que si haria, si se le permitiesse començar el cuẽto de su historia, y no del mismo principio, porque este no se podia dezir, ni descubrir à nadie, hasta verse en Roma con Auristela su hermana. Todos le dixeron, que hiziesse su gusto, que de qualquier cosa que èl dixesse, le recibirian, y el que mas contento sintiò, fue Arnaldo, creyendo descubrir, por lo que Periandro dixesse, algo que descubriesse quien era; con este saluoconduto Periandro dixo de esta manera.

CAPITVLO X.

Del segundo libro. Cuenta Periandro el successo de su viage.

EL principio, y preãbulo de mi historia, ya que quereis señores que os la cuente, quiero que sea este, que nos contempleis à mi hermana, y à mi cõ vna anciana ama suya embarcados en vna naue, cuyo dueño en lugar de parecer mercader, era vn grau corsario, las riberas de vna isla barriamos, quiero dezir que bamos tã cerca della, que distintamente conociamos, no solamente los arboles, pero sus diferencias; mi hermana cansada de auer andado algunos dias por el mar, deseò salir à recrearse à la tierra, pidiòselo al Capitan, y como sus ruegos tienen siempre fuerça de mãdamiento, consintiò el Capitan en el de su ruego, y en la pequeña barca de la naue con solo vn marinero nos echò en tie-

tierra à mi, y à mi hermana, y à Cloelia, q̃ este era el nõbre de su ama, al tomar tierra viò el marinero, que vn pequeño rio por vna pequeña boca entraua à dar al mar su tributo; haziãle sombra por vna, y otra ribera grã cantidad de verdes, y hojosos arboles, à quien seruian de cristalinos espejos sus transparẽtes aguas; rogamosle se entrasse por el rio, pues la amenidad del sitio nos combidaua, hizolo assi, y començò à subir por el rio arriba, y auiendo perdido de vista la naue, sotãdo los remos, se detuuo, y dixo: Mirad señores del modo que aueis de hazer este viage, y hazed cuenta que esta pequeña barca que aora os lleua, es vuestro nauio, porque no aueis de boluer mas al que en la mar os queda aguardando, si ya esta señora no quiere perder la honra, y vos, que dezis que sois su hermano, la vida: dixome en fin, que el Capitan del nauio queria deshonrar à mi hermana, y darme à mi la muerte, y que atendiessemos à nuestro remedio, que èl nos seguiria, y acompañaria en todo lugar, y en todo acontecimiento. Si nos turbamos con esta nueua, juzguelo el que estuuiere acostumbrado à recibir las malas de los bienes que espera. Agradecile el auiso, y ofrecile la recompensa, quando nos viessemos en mas felice estado: aun bien, dixo Cloelia, que traigo conmigo las joyas de mi señora, y aconsejandonos los quatro de lo que hazer deuiamos, fue parecer del marinero, que nos entrassemos el rio adentro, quizà descubririamos algun lugar, que nos defendiesse, si acaso los de la naue viniessen à buscarnos: mas no vendràn, dixo, porque no ay gente en todas estas islas, que no piensen ser cosarios todos quantos surcan estas riberas, y en viendo la naue, ò naues, luego toman las armas para defenderse, y si no es con assaltos nocturnos, y secretos nunca salen medrados los cosarios. Parecìome bien su consejo, tomè yo el vn remo, y ayudele à lleuar el trabajo, subimos por el rio arriba, y auiendo andado como dos millas, llegò a nuestros oidos el son de muchos, y varios instrumentos formado, y luego se nos ofreciò à la vista vna selva de arboles mouibles, que de la vna ribera à la otra ligeramente cruzauan; llegamos mas cerca, y conocimos ser barcas enramadas, los que parecian arboles, y que el son le formauan los instrumentos q̃ trañian los que en ellas iban.

Apo-

Apenas nos huuieron descubierto, quando se vinieron à nosotros, y rodearon nuestro barco por todas partes; leuantòse en pie mi hermana, y echandose sus hermosos cabellos a las espaldas tomados por la frente con vna cinta leonada, ò liston que le dio su ama, hizo de si casi diuina, è improuisa muestra, que como despues supe, por tal la tuuierõ todos los que en las barcas venian, los quales àvozes, como dixo el marinero, que las entendia, dezian: Que es esto? que Deidad es esta que viene à visitarnos, y à dar el parabien al pescador Carino, y à la sin par Seluiana, de sus felicissimas bodas? Luego dierõ cabo a nuestra barca, y nos lleuaron à desembarcar no lexos del lugar donde nos auian encontrado. Apenas pusimos los pies en la ribera, quando vn esquadron de pescadores, que assi lo mostrauan ser en su trage, nos rodearon, y vno por vno, llenos de admiracion, y reuerencia, llegaron à besar las orillas del vestido de Auristela, la qual, a pesar del temor que la congojaua, de las nueuas que la auian dado, se mostrò a aquel punto tan hermosa, que yo disculpo el error de aquellos que la tuuieron por diuina. Poco desuiados de la ribera vimos vn talamo en gruessos troncos de sabina sustentado, cubierto de verde juncia, y oloroso con diuersas flores, que seruian de alcatifas al suelo. Vimos assimismo leuantarse de vnos assientos dos mugeres, y dos hombres: ellas moças, y ellos gallardos mancebos; la vna hermosa sobre manera, y la otra fea sobre manera; el vno gallardo, y gẽtil hombre, y el otro no tanto; y todos quatro se pusieron de rodillas ante Auristela, y el mas gentil hombre dixo: O tu quiẽ quiera que seas, q̃ no puedes ser cosa sino del cielo, mi hermano, y yo, cõ el estremo à nuestras fuerças posible, te agradecemos la merced q̃ nos hazes, honrando nuestras pobres, y ya de oy mas ricas bodas; ven, señora, y si en lugar de los palacios de cristal, que en el profundo mar dexas, como vna de sus habitadoras, hallares en nuestros ranchos las paredes de conchas, y los texados de mimbres, ò por mejor dezir, las paredes de mimbres, y los texados de cõchas, hallaràs por lo menos los deseos de oro, y las voluntades de perlas, para seruirte; y hago esta comparacion, que parece impropia, porque no hallo cosa mejor que el oro, ni mas hermosa que las perlas.

In-

Inclinòse à abraçarle Auriſtela, confirmando con ſu graue-dad, corteſia, y hermoſura, la opinion que de ella tenian. El peſcador menos gallardo ſe apartò a dar orden à la demas turba, à que leuantaſſen las vozes en alabanças de la recien venida eſtrangera, y que tocaſſen todos los inſtrumẽtos en ſeñal del regozijo. Las dos peſcadoras fea, y hermoſa, cõ ſumiſsion humilde beſaron las manos à Auriſtela, y ella las abraçò cortès, y amigablemente; el marinero contentiſſimo del ſuceſſo, diò cuenta à los peſcadores del nauio, que en el mar quedaua, diziẽdoles q̃ era de coſarios, de quien ſe temia que auian de venir por aquella donzella, que era vna principal ſeñora, hija de Reyes, que para mouer los coraçones a ſu defenſa, le pareciò ſer neceſſario leuãtar eſte teſtimonio à mi hermana. Apenas entendieron eſto, quando dexaron los inſtrumentos regozijados, y acudieron à los belicos, que tocaron, arma, arma por entrambas riberas: llegò en eſto la noche, recogimonos al miſmo rancho de los deſpoſados, puſieronſe cẽtinelas haſta la miſma boca del rio, ceuaronſe las naſas, tẽdieronſe las redes, y aconodaronſe los ançuelos, todo con intencion de regalar, y ſeruir à ſus nueuos hueſpedes, y por mas honrarlos, los dos recien deſpoſados no quiſieron aquella noche paſſarla cõ ſus eſpoſas, ſino dexar los ranchos ſolos à ellas, y à Auriſtela, y à Cloelia, y que à ellos cõ ſus amigos, conmigo, y cõ el marinero ſe les hizeſſe guarda y centinela; y aunque ſobraua la claridad del cielo, por la que ofrecia la de la creciente Luna, y en la tierra ardian las hogueras, que el nueuo regozijo auia encendido, quiſieron los deſpoſados que cenaſſemos en el campo los varones, y dentro del rancho las mugeres: hizoſe aſsi, y fue la cena tan abundante, que pareciò que la tierra ſe quiſo auentajar al mar, y el mar à la tierra, en ofrecer la vna ſus carnes, y la otra ſus peſcados. Acabada la cena, Carino me tomò por la mano, y paſſeandoſe conmigo por la ribera, deſpues de auer dado muestras de tener apaſsionada el alma, con ſollozos, y con ſuſpiros me dixo: Por tener milagroſa eſta tu llegada à tal ſazon, y tal coyuntura, que con ella has dilatado mis bodas, tengo por cierto, que mi mal ha de tener remedio, mediante tu cõſejo, y anſi aunque me tenga por loco, y por hombre

bre de mal conocimiento, y de peor gusto, quiero que sepas, que de aquellas dos pescadoras que has visto, la vna fea, y la otra hermosa, à mi me ha cabido en suerte, de que sea mi esposa la mas bella, que tiene por nombre Seluiana; pero no sè que te diga, ni sè que disculpa dar de la culpa que tengo, ni del yerro que hago; yo adoro à Leoncia, que es la fea, sin poder ser parte à hazer otra cosa: cõ todo esto te quiero dezir vna verdad, sin que me engañe en creerla, que à los ojos de mi alma, por las virtudes que en la de Leoncia descubro, ella es la mas hermosa muger del mundo, y ay mas en esto, que de Solercio, que es el nõbre del otro desposado, tengo mas de vn barruato, que muere por Seluiana, de modo que nuestras quatro voluntades estàn trocadas, y esto ha sido por querer todos quatro obedecer à nuestros padres, y à nuestros parientes, que han concertado estos matrimonios, y no puedo yo pensar en que razon se consiente, que la carga que ha de durar toda la vida, se la eche el hombre sobre sus ombros, no por el suyo, sino por el gusto ageno; y aunque esta tarde auiamos de dar el consentimiento, y el si del cautiuerio de nuestras voluntades, no por industria, sino por ordenacion del cielo, que assi lo quiero creer, se estorvò con vuestra venida, de modo que aun nos queda tiempo para enmendar nuestra ventura, y para esto te pido cõsejo, pues como es estrangero, y no parcial de ninguno, sabràs aconsejarme, porque tengo determinado, que si no se descubre alguna senda, que me lleue à mi remedio, de ausentarme de estas riberas, y no parecer en ellas, en tanto que la vida me durare, ora mis padres se enojen, ò mis parientes me riñan, ò mis amigos se enfaden. Atentamente le estuue escuchando, y de improuiso me vino à la memoria su remedio, y à la lengua estas mismas palabras. No ay para que te ausentes, amigo, à lo menos no ha de ser antes que yo hable con mi hermana Auristela, q̃ es aquella hermosissima doncella que has visto; ella es tan discreta, que parece que tiene entendimiento diuino, como tiene hermosura diuina. Con esto nos boluimos à los ranchos, y yo contè à mi hermana todo lo que con el pescador auia passado, y ella hallò en su discrecion el modo, como sacar verdaderas mis palabras, y el contento de todos

dos, y fue, que apartandose con Leoncia, y Seluiana à vna parte, les dixo: Sabed amigas, que de oy mas lo aueis de ser verdaderas mias, que juntamente con este buen parecer que el cielo me ha dado, me dotò de vn entendimiento perspicaz, y agudo, de tal modo, que viendo el rostro de vna persona, leo el alma, y le adiuino los pensamientos: para prueba de esta verdad, os presentarè à vosotras por testigos. Tu Leoncia mueres por Carino, y tu Selviana por Solercio, la virginal verguença os tiene mudas; pero por mi lẽgua se romperà vuestro silencio, y por mi cõfesso, que sin duda alguna serà admitido, se igualaràn vuestros deseos, callad, y dexadme hazer, que ò yo no tẽdrè discrecion, ò vosotras tendreis felice fin en vuestros deseos. Ellas sin responder palabra, sino cõ besarla infinitas vezes las manos, y abraçandola estrechamente, confirmaron ser verdad quanto auia dicho, especialmente en lo de sus troeadas aficiones. Passòse la noche, vino el dia cuya alborada fue regozijadissima, porq̃ con nuevos, y verdes ramos parecieron adornadas las barcas de los pescadores, sonarõ los instrumentos cõ nuevos, y alegres sones, alçarõ las vozes todos, con que se aumentò la alegrin, salieron los desposados para irse à poner en el talamo, donde auian estado el dia de antes. Vistieronse Seluiana, y Leoncia de nueuas ropas de boda, mi hermana de industria se adereçò, y compuso con los mismos vestidos q̃ tenia, y con ponerse vna Cruz de diamantes sobre su hermosa frẽte, y vnas perlas en sus orejas, joya de tãto valor, q̃ hasta aora nadie les ha sabido dar su justo precio, como lo vereis, quando os las enseñe: mostrò ser imagen sobre el mortal curso leuantada; lleuaua asidas de las manos à Seluiana, y à Leoncia, y puesta encima del teatro, dõde el talamo estaua, llamò, y hizo llegar junto à si à Carino, y à Solercio: Carino llegò tẽblando, y confuso de no saber lo q̃ yo auia negociado, y estando ya el Sacerdote à punto para darles las manos, y hazer las Catolicas ceremonias q̃ se vsan, mi hermana hizo señales q̃ la escuchassen; luego se estendiò vn mudo silencio por toda la gẽte, tã callãdo, q̃ apenas los aires se mouiã. Viẽdose prestar grato oido de todos, dixo en alta y sonora voz: Esto quiere el cielo, y tomando por la mano à Seluiana, se la en-

entregò à Solercio, y asiendo de la de Leoncia, se la diò à Carino. Esto, señores, prosiguiò mi hermana, es, como ya he dicho, ordenacion del cielo, y gusto no accidental, sino propio de estos venturosos desposados, como lo muestra la alegria de sus rostros, y el si, que pronuncian sus lenguas. Abraçaronse los quatro, con cuya señal todos los circunstantes aprobaron su trueco, y confirmaron, como ya he dicho, ser sobrenatural el entendimiento, y belleza de mi hermana, pues assi auia trocado aquellos casi hechos casamientos, con solo mandarlo. Celebrose la fiesta, y luego salieron de entre las barcas del rio quatro despalmadas, vistosas por las diuersos colores con que venian pintadas, y los remos, q̃ eran seis de cada vanda, ni mas, ni menos las vanderetas, que venian muchas por los filaretes, ansi mismo eran de varios colores; los doze remeros de cada vna, venian vestidos de blanquissimo, y delgado lienço, de aquel mismo modo que yo vine, quando entrè la vez primera en esta isla: luego conoci que querian las barcas correr el palio, que se mostraua puesto en el arbol de otra barca desuiada de las quatro como tres carreras de cauallo; era el palio de tafetan verde, listado de oro, vistoso, y grãde, pues alcançaua à besar, y aun a passearse por las aguas. El rumor de la gente, y el son de los instrumentos era tan grande, q̃ no se dexaua entender lo que mandaua el Capitan del mar, que en otra pintada barca venia. Apartaronse las enramadas barcas à vna, y otra parte del rio, dexando vn espacio llano en medio, por donde las quatro competidoras barcas volassen, sin estoruar la vista à la infinita gente, que desde el talamo, y desde ambas riberas estaua atenta à mirarlas; y estando ya los vogadores asidos de las manillas de los remos, descubiertos los braços, donde se parecian los gruessos nervios, las anchas venas, y los torcidos musculos; atendian la señal de la partida, impaciẽtes por la tardança, y fogosos, bien ansi como lo suele estar el generoso can de Irlanda, quãdo su dueño no le quiere soltar de la traylla, à hazer la presa que à la vista se le muestra. Llegò en fin la señal esperada, y à vn mismo tiempo arrancaron todas quatro barcas, que no por el agua, sino por el viento, parecia que vo-

la-

lauan. Vna de ellas, que lleua ua por insignia vn vendado Cupido, se adelãtò de las demas casi tres cuerpos de la misma barca, cuya ventaja diò esperãça à todos quantos la mirauan, de que ella seria la primera que llegasse à ganar el deseado premio. Otra que venia tras ella, iba alentando sus esperanças, confiada en el teson durissimo de sus remeros; pero viẽdo que la primera en ningun modo desmayaua, estuuieron por soltar los remos sus vogadores; pero son diferentes los fines, y acontecimientos de las cosas, de aquello que se imagina: porque aunque es ley, q̃ los combates, y contiendas, que ninguno de los que miran, fauorezca à ninguna de las partes con señales, con vozes, ò con otro algun genero que parezca que pueda seruir de auiso al combatiente. Viẽdo la gente de la ribera, que la barca de la insignia de Cupido se auentajaua tanto à las demas, sin mirar à leyes; creyendo que ya la vitoria era suya, dixerõ à vozes muchos: Cupido vence, el amor es inuencible; à cuyas vozes, por escucharlas, parece que afloxaron vn tanto los remeros del amor. Aprouechòse de esta ocasion la segunda barca, que detràs de la del amor venia, la qual traia por insignia al Interès en figura de vn gigante pequeño; pero muy ricamente aderezado, y impeliò los remos con tanta fuerça, que llegò à igualarse el interès con el amor, y arrimandosele à vn costado, le hizo pedaços todos los remos de la diestra vanda, auiẽdo primero la del interès recogido los suyos; y passado adelante, dexando burladas las esperanças de los que primero auian cantado la vitoria por el amor, y boluieron à dezir: El Interès vẽce, el Interès vence. La barca tercera traia por insignia à la Diligencia, en figura de vna muger desnuda, llena de alas por todo el cuerpo, que à traer trõpeta en las manos, antes pareciera Fama, que Diligencia. Viendo el buen sucesso del Interès, alentò su confiança, y sus remeros se esforçaron de modo, q̃ llegaron à igualar con el Interès; pero por el mal gouierno del timonero se embaraçò con las dos barcas primeras, de modo, que los vnos, ni los otros remos fueron de prouecho. Viendo lo qual la postrera, que traia por insignia à la buena Fortuna, quando estaua desmayada, y casi para dexar la empresa,

sa, viendo el intrincado enredo de las demas barcas, desuiandose algun tanto dellas, por no caer en el mismo embaraço, apretò, como dezirse suele, los puños, y deslizandose por vn lado, passò delãte de todas. Cambiaronse los gritos de los que mirauan, cuyas vozes siruieron de aliento à sus vogadores, que embebidos en el gusto de verse mejorados, les parecia que si los que quedauan atràs entõces, les lleuaran la misma vẽtaja, no dudaran de alcançarlos, ni de ganar el premio, como lo ganaron, mas por ventura, que por ligereza. En fin la buena Fortuna fue la que la tuuo buena entonces, y la mia de agora no lo seria, si yo adelante passasse con el cuento de mis muchos, y estraños sucessos. Y assi os ruego, señores, dexemos esto en este punto, que esta noche le darè fin, si es posible que le puedã tener mis desventuras. Esto dixo Periandro, à tiempo que al enfermo Antonio le tomò vn terrible desmayo, viendo lo qual su padre, casi como adiuino de donde procedia, los dexò à todos, y se fue, como despues parecerà, à buscar à la Zenotia, con la qual le sucedió lo que se dirà en el siguiente capitulo.

CAPITVLO XI.

Del segundo libro.

PAreceme, que si no se arrimara la paciencia al gusto que tenian Arnaldo, y Policarpo, de mirar à Auristela, y Sinforosa, de ver à Periãdro, ya la huuieran perdido, escuchando su larga platica, de quien juzgaron Mauricio, y Ladislao, que auia sido algo larga, y traida no muy à proposito, pues para contar sus desgracias propias, no auia para que contar los placeres agenos; con todo esso les dio gusto, y quedaron con èl, esperando oir el fin de su historia, por el donayre, y buen estilo con que Periandro la cõtaua. Hallò Antonio el padre à la Zenotia, que buscaua en la Camara del Rey por lo menos, y en viendola, puesta vna desembainada daga en las manos, con colera Española, y discurso ciego arremetiò à ella, y asiendola del braço izquierdo, y leuantando la daga en alto, la dixo: Dame, ò hechizera, à mi hijo viuo, y sano, y luego, si no, haz cuenta que el punto de tu muerte ha llegado, mira si tienes su vida embuelta en algun embol-

boltorio de agujas sin ojos, ò de alfileres sin cabeças. Mira, ò perfida, si la tienes escondida en algun quicio de puerta, ò en alguna otra parte, que solo tu la sabes. Pasmòse Zenotia viendo que la amenazaua vna daga desnuda en las manos de vn Español colerico, y tremblando le prometiò de darle la vida, y salud de su hijo, y aun le prometiera de darle la salud de todo el mundo, si se la pidiera; de tal manera se le auia entrado el temor en el alma, y assi le dixo: Sueltame Español, y embayna tu azero, que los que tiene tu hijo, le han conducido al termino en que està, y pues sabes que las mugeres somos naturalmente vengatiuas, y mas quando nos llama à la vengança el desden, y el menosprecio, no te marauilles, si la dureza de tu hijo me ha endurecido el pecho; aconsejale que se humane de aqui adelante con los rendidos, y no menosprecie à los que piedad le pidierē y vete en paz, que mañana estarà tu hijo en disposicion de leuantarte bueno, y sano. Quando assi no sea, respondiò Antonio, ni à mi me faltara industria para hallarte, ni colera para quitarte la vida, y con esto la dexo, y ella quedo tan entregada al miedo, que oluidandose de todo agrauio, sacò del quicio de vna puerta los hechizos, que auia preparado para consumir la vida poco à poco del riguroso mancebo, que con los de su donayre, y gentileza la tenia rendida. Apenas huuo sacado la Zenotia sus endemoniados preparamentos de la puerta, quando salliò la salud perdida de Antonio à plaça, cobrando en su rostro las primeras colores, los ojos vista alegre, y las desmayadas fuerças esforçado brio, de lo que recibieron general contento quātos le conocian; y estando con èl à solas, su padre le dixo: En todo quanto quiero agora dezirte, ò hijo, quiero aduertirte, que aduiertas que se encaminan mis razones à aconsejarte, q̄ no ofendas a Dios en ninguna manera, y bien avràs echado de ver esto en quinze, ò diez y seis años que ha que te enseño la ley q̄ mis padres me enseñaron, que es la Catolica, la verdadera, y en la que se han de saluar, y se han saluado todos los q̄ han entrado hasta aqui, y han de entrar de aqui adelante en el Reyno de los cielos: esta santa ley nos enseña, que no estamos obligados a castigar a los que nos ofenden,

sino à aconsejarlos la enmienda de sus delitos, que el castigo toca al Iuez, y la reprehension à todos, como sea con las condiciones, que despues te dirè. Quando te combidaren à hazer ofensas, que redunden en deseruicio de Dios, no tienes para que armar el arco, ni disparar flechas, ni dezir injuriosas palabras, que con no recibir el consejo, y apartarte de la ocasion, quedaràs vencedor en la pelea, y libre, y seguro de verte otra vez en el trance que aora te has visto: la Zenotia te tenia hechizado, y con hechizos de tiempo señalado, poco à poco en menos de diez dias perdieras la vida, si Dios, y mi buena diligencia no lo huuiera estorvado, y vente conmigo, porque alegres à todos tus amigos con tu vista, y escuchemos los sucessos de Periandro, que los ha de acabar de contar esta noche. Prometiòle Antonio à su padre, de poner en obra todos sus consejos con el ayuda de Dios, à pesar de todas las persuasiones, y lazos, que contra su honestidad le armassen. La Zenotia en esto, corrida, afrentada, y lastimada de la soberuia desamorada del hijo, y de la temeridad, y colera del padre, quiso por mano agena vengar su agrauio, sin priuarse de la presencia de su desamorado barbaro, y con este pensamiento, y resuelta determinacion se fue al Rey Policarpo, y le dixo: Ya sabes, señor, como despues que vine à tu casa, y à tu seruicio, siempre he procurado no apartarme en èl con la solicitud possible: sabes tambien, fiado en la verdad que de mi tienes conocida, que me tienes hecha archiuo de tus secretos, y sabes, como prudente, que en los casos propios, y mas si se ponen de por medio deseos amorosos, suelen errarse los discursos, que al parecer van mas acertados, y por esso querria que en el que aora tienes hecho, de dexar ir libremente a Arnaldo, y à toda su compañia, vas fuera de toda razon, y de todo termino. Dime, si no puedes presente rendir à Auristela, como la rendiràs ausente? y como querrà ella cumplir su palabra, boluiendo à tomar por esposo à vn varon anciano, que en efeto lo eres, que las verdades que vno conoce de si mismo, no nos pueden engañar, teniendose ella de su ma-

mano à Periandro, que podria ser que no fuesse su hermano, y à Arnaldo, Principe moço, y que no la quiere para menos, que para ser su esposa. No dexes, señor, que la ocasion que agora se te ofrece, te buelua la calva en lugar de la guedeja, y puedes tomar ocasion de detenerlos, de querer castigar la insolencia, y atrenimiento que tuuo este mostruo barbaro, que viene en su compañia, de matar en tu misma casa à aquel que dizen que se llamaua Clodio, que si assi lo hazes, alcançaràs fama, que aluerga en tu pecho no el fauor, sino la justicia. Estaua escuchando Policarpo atentissimamente à la maliciosa Zenotia, que con cada palabra que le dezia, le atrauessaua, como si fuera con agudos clauos, el coraçon, y luego luego quisiera correr à poner en efeto sus consejos, ya le parecia ver à Auristela en braços de Periandro, no como en los de su hermano, sino como en los de su amãte; ya se la contemplaua con la Corona en la cabeça del Reyno de Dinamarca, y que Arnaldo hazia burla de sus amorosos disignios. En fin, la rabia de la endemoniada enfermedad de los zelos se le apoderò del alma en tal manera, que estuuo por dar vozes, y pedir vengança de quien en ninguna cosa le auia ofendido: pero viendo la Zenotia, quan sazonado le tenia, y quan prompto para executar todo aquello que mas le quisiesse aconsejar, le dixo, que se sossegasse por entonces, y que esperassen, a que aquella noche acabasse de contar Periandro su historia, porque el tiempo se le diesse, de pentar lo que mas conuenia. Agradecioselo Policarpo, y ella cruel, y enamorada, daua trazas en su pensamiento, como cumplie sse el deseo de el Rey, y el suyo. Llegòse en esto la noche, juntaronse à conuersacion, como la vez passada, boluio Periandro à repetir algunas palabras antes dichas, para que viniesse con concierto à anudar el hilo de su historia, que la auia dexado en el certamen de las barcas.

CAPITVLO XII.

Del segundo libro Prosigue Periandro su agradable historia, y el robo de Auristela.

LA que con mas gusto escuchaua à Periandro, era la bella Sinforosa, estando pendiente de sus palabras, como con las cadenas que salian de las bocas de Hercules, tal era la gracia, y donayre con que Periandro cõtaua sus deseos. Finalmente los boluiò à anudar, como se ha dicho, prosiguiendo de esta manera: Al Amor, al Interès, y à la Diligencia dexò atràs la buena Fortuna, que sin ella vale pocò la Diligencia, no es de prouecho el Interès, ni el Amor puede vsar de sus fuerças. La fiesta de mis pescadores, tan regozijada, como pobre excediò à las de los triunfos Romanos, que tal vez en la llaneza, y en la humildad suelen escoderse los regozijos mas auentajados; pero como las venturas humanas estèn por la mayor parte pendientes de hilos delgados, y los de la mudança facilmente se quiebrã, y desbaratã, como se quebraron las de mis pescadores, y se retorcieron, y fortificaron mis desgracias; aquella noche la passamos todos en vna isla pequeña, que en la mitad del rio se hazia, combidados del verde sitio, y apacible lugar: holgauanse los desposados, q̃ sin muestras de parecer q̃ lo eran, cò honestidad, y diligencia de dar gusto à quien se le auia dado tan grande, poniendolos en aquel deseado, y venturoso estado; y assi ordenaron, q̃ en aquella isla del rio se renouassen las fiestas, y se continuassen por tres dias: la sazon del tiempo, que era la del Verano, la comodidad del sitio, el resplandor de la Luna, el susurro de las fuentes, la fruta de los arboles, el olor de las flores, cada cosa de estas de por si, y todas juntas combidauan, à tener por acertado el parecer, de que alli estuuiessemos el tiempo que las fiestas durassen. Pero apenas nos auiamos reducido à la isla, quando de entre vn pedaço de bosque, que en ella estaua, salieron hasta cincuenta salteadores, armados à la ligera, bien como aquellos que quieren robar, y huir todo à vn mismo punto, y como los descuydados acometidos suelen ser vencidos con su mismo descuydo, casi sin ponernos en defensa, turbados cò el sobresalto, antes nos pu-

pusimos à mirar, que acometer à los ladrones, los quales como hambrientos lobos arremetieron al rebaño de las simples ouejas, y se lleuaron, sino en la boca, en los braços à mi hermana Auristela, à Cloelia su ama, y à Seluana, y à Leoncia, como si solamente vinieran à ofendellas, porque se dexaron muchas otras mugeres, à quien la naturaleza auia dotado de singular hermosura. Yo, à quien el estraño caso, mas colerico que suspenso me puso, me arrojè tras los salteadores, los seguí con los ojos, y con las vozes, afrentandolos, como si ellos fueran capazes de sentir afrentas, solamente para irritarlos à que mis injurias les mouiessen à boluer à tomar vengança de ellas; pero ellos atentos à salir con su intento, ò no oyeron, ò no quisieron vengarse, y assi se desparecieron, y luego los desposados, y yo, con algunos de los principales pescadores, nos juntamos, como suele dezirse, à consejo, sobre que hariamos para enmendar nuestro yerro, y cobrar nuestras prendas: Vno dixo, no es posible sino que alguna naue de salteadores està en la mar, y en parte donde con facilidad ha echado esta gente en tierra, quizà sabidores de nuestra junta, y de nuestras fiestas: si esto es assi, como sin duda lo imagino, el mejor remedio es, que salgá algunos barcos de los nuestros, y les ofrezcà todo el rescate que por la presa quisieren, sin detenerse en el tanto mas quanto, que las prendas de esposas hasta las mismas vidas de sus mismo esposos merecen en rescate. Yo serè, dixe entonces, el que harè esta diligencia, que para conmigo tanto vale la prenda de mi hermana, como si fuera la vida de todos los del mundo: lo mismo dixeron Carino, y Solercio, ellos llorando en publico, y yo muriendo en secreto. Quando tomamos esta resolucio, començaua à anochecer; pero cõ todo esso nos entramos en vn barco los desposados, y yo, con seis remeros, pero quando salimos al mar descubierto, auia acabado de cerrar la noche, por cuya obscuridad no vimos baxel alguno: determinamos de esperar el venidero dia, por ver si con la claridad descubriamos algun nauio, y quiso la suerte, q̃ descubriessemos dos, el vno que salia del abrigo de la tierra, y el otro que venia à tomarla: conoci, que el que dexaua la tierra, era

el mismo de quien auiamos salido à la isla, assi en las vanderas, como en las velas que venian cruzadas con vna Cruz roxa, los que venian de fuera, las traian verdes, y los vnos, y los otros eran cosarios. Pues como yo imaginè, que el nauio que salia de la isla, era el de los salteadores de la presa; hize poner en vna lança vna vandera blanca de seguro, vine arrimando al costado del nauio, para tratar del rescate, lleuando cuydado de que no me prendiesse. Assomose el Capitan al borde, y quando quise alçar la voz, para hablarle, puedo dezir, que me la turbò, y suspendiò, y corto en la mitad del camino vn espantoso trueno, que formò el disparar de vn tiro de artilleria de la naue de fuera, en señal que desafiaua à la batalla al nauio de tierra: al mismo punto le fue respondido con otro no menos poderoso, y en vn instante se començaron à cañonear las dos naues, como si fueran de dos conocidos, y irritados enemigos. Desviòse nuestro barco de en mitad de la furia, y desde lexos estuuimos mirando la batalla, y auiendo jugado la artilleria casi vna hora, se aferraron los dos nauios con vna no vista furia, los del nauio de fuera, ò mas venturosos, ò por mejor dezir, mas valientes, saltaron en el nauio de tierra, y en vn instante desembaraçaron toda la cubierta, quitando la vida à sus enemigos, sin dexar à ninguno con ella. Viendose, pues, libres de sus ofensores, se dieron à saquear el nauio de las cosas mas preciosas que tenia, que por ser de cosarios, no era mucho, aunque en mi estimacion eran las mejores del mundo, porque se lleuaron de las primeras à mi hermana, à Seluiana, à Leoncia, y à Cloelia, con que enriquezieron su naue, pareciendoles, que en la hermosura de Auristela lleuauan vn precioso, y nunca visto rescate. Quise llegar con mi barca à hablar con el Capitan de los vencedores; pero como mi ventura andaua siempre en los ayres, vno de tierra soplò, y hizo apartar el nauio, no pude llegar à èl, ni ofrecer imposibles por el rescate de la presa, y assi fue forçoso el boluernos, sin ninguna esperança de cobrar nuestra perdida, y por no ser otra la derrota, que el nauio lleuaua, que aquella que el viento le permitia, no podimos por

entonces juzgar el [illegible] camino que haria, ni señal que nos diesse à entender quienes fuessen los vencedores, para juzgar si quiera, sabiendo su patria, las esperanças de nuestro remedio. El volò en fin por el mar adelante, y nosotros desmayados, y tristes nos entramos en el rio, dõde todos los barcos de los pescadores nos estauan esperando. No sè si os diga, señores, lo que es forçoso deziros, vn cierto espiritu se entrò entonces en mi pecho, que sin mudarme el ser, me pareciò que le tenia mas que de hõbre, y assi leuantandome en pie sobre la barca, hize que la rodeassen todas las demas, y estuuiessen atentos à estas, ò otras semejantes razones, que les dixe: La baxa fortuna jamas se enmẽdò con la ociosidad, ni con la pereza, en los animos encogidos nunca tuuo lugar la buena dicha, nosotros mismos nos fabricamos nuestra ventura, y no ay alma que no sea capaz de leuantarse à su assiento; los cobardes, aunque nazcan riẽos, siempre son pobres, como los auaros mendigos. Esto os digo, ò amigos mios, para mouer os, y incitaros à que mejoreis vuestra fortuna, y à que dexeis el pobre [illegible] ajuar de vnas estrechos redes, y de vnos barcos, y busqueis los teatros, que tiene en si encerrados el generoso trabajo; llamo generoso al trabajo de el que se ocupa en cosas grãdes. Si suda el cabador, rompiendo la tierra, y apenas saca premio que le sustente mas que vn dia, sin ganar fama alguna, por que no tomarà en lugar de la azada vna lança? y sin temor del Sol, ni de todas las inclemencias del cielo, procurarà ganar, con el sustento, fama que le engrandezca sobre los demas hombres? La guerra assi como es madrastra de los cobardes, es madre de los valientes, y los premios que por ella se alcançan, se pueden llamar vltramundanos. Ea, pues, amigos, juuentud valerosa, poned los ojos en aquel nauio, que se lleua las caras prendas de vuestros parientes, encerrandonos en en estotro, que en la ribera nos dexaron, casi, à lo que creo, por ordenacion del cielo: Vamos tras èl, y hagamonos piratas, no codiciosos como son los demàs, sino justicieros, como lo seremos nosotros; a todos se nos entiende el arte de la marineria, bastimentos hallarèmos

en el nauio, con todo lo necessario à la nauegacion, porque sus contrarios no le despojaron mas que de las mugeres; y si es grande el agrauio que hemos recibido, grandissima es la ocasion que para vengarle se nos ofrece: Sigame, pues, el que quisiere, que yo os suplico, y Carino, y Solercio os lo ruegan, que bien sè que no me han de dexar en esta valerosa empresa. Apenas huue acabado de dezir estas razones, quando se oyò vn murmureo por todas las barcas, procedido de que vnos con otros se aconsejauan de lo que harian; y entre todos salió vna voz, que dixo: Embarcate, generoso huesped, y sè nuestro Capitan, y nuestra guia, que todos te seguirèmos. Esta tan improuisa resolucion de todos me sirvio de felice auspicio, y por temer que la dilacion de poner en obra mi buen pensamiento, no les diesse ocasion de madurar su discurso, me adelantè con mi barco, al qual siguieron otros casi quarenta. Llegùe a reconocer el nauio, entre dentro, escudriñele todo, mirè lo que tenia, y lo que le faltaua, y hallè todo lo que me pudo pedir el deseo, que fuesse necessario para el viage, aconsejeles, que ninguno boluiesse à tierra, por quitar la ocasion de que el llanto de las mugeres, y el de los queridos hijos no fuesse parte para dexar de poner en efeto resolucion tan gallarda. Todos lo hizieron assi, y desde alli se despidieron con la imaginacion de sus padres, hijos, y mugeres: caso estraño! y que ha menester que la cortesia ayude à darle credito. Ninguno boluiò à tierra, ni se acomodò de mas vestidos de aquellos con que auia entrado en el nauio; en el qual, sin repartir los oficios, todos seruian de marineros, y de pilotos, excepto yo, que fuy nombrado por Capitan por gusto de todos; y encomendandome à Dios, comencè luego à exercer mi oficio, y lo primero que mandè, fue, desembaraçar el nauio de los muertos que auian sido en la passada refriega, y limpiarle de la sangre, de que estaua lleno: ordenè que se buscassen todas las armas, assi ofensiuas, como defensiuas, que en èl auia, y repartiendolas entre todos, di à cada vno la que à mi parecer mejor le estaua: requeri los bastimentos, y conforme à la gente tante è para quantos

dias

dias serian bastantes, poco mas, ò menos. Hecho esto, y hecha oracion al cielo, suplicandole encaminasse nuestro viage, y fauoreciesse nuestros tan honrados pensamientos, mandè hizar las velas, que aun se estauan atadas à las entenas, y que las dieramos al viento, que como se ha dicho, soplaua de la tierra, y tan alegres, como atreuidos, y tan atreuidos, como confiados, començamos à nauegar por la misma derrota, que nos parecio que lleuaua el nauio de la presa. Veisme aqui, señores que me estais escuchando, hecho pescador, y casamentero rico con mi querida hermana, y pobre sin ella, robado de salteadores, y subido al grado de Capitan contra ellos, que las bueltas de mi fortuna no tienen vn punto donde paren, ni terminos que las encierren. No mas, dixo à esta sazon Arnaldo, no mas Periandro amigo, que puesto que tu no te canses de contar tus desgracias, à nosotros nos fatiga el oirlas, por ser tantas. A lo que respondiò Periandro: Yo, señor Arnaldo, soy hecho como esto que se llama Lugar, que es donde todas las cosas caben, y no ay ninguna fuera del lugar, y en mi se tienen todas, las que son desgraciadas, aunque por auer hallado a mi hermana Auristela, las juzgo por dichosas, que el mal que se acaba, sin acabar la vida, no lo es. A esto dixo Transila: Yo por mi digo, Periandro, que no entiendo essa razon, solo entiẽdo que le serà muy grande, si no cumplis el deseo que todos tenemos de saber los sucessos de vuestra historia, que me va pareciendo ser tales, que han de dar ocasion à muchas lenguas, q̃ las cuenten, y muchas injuriosas plumas que las escriuan: suspensa me tiene el veros Capitan de salteadores, juzguè merecer este nombre vuestros pescadores valientes, y estarè esperando tambien suspensa, qual fue la primera hazaña que hizistes, y la auentura primera con que encontrastes. Esta noche, señora, respondiò Periandro, darè fin, si fuere posible, al cuento, que aun hasta agora se està en sus principios, quedando todos de acuerdo, que aquella noche boluiessen a la misma plariça, por entonces diò fin Periandro a la suya.

CAPITVLO XIII.

Del segundo libro. Da cuenta Periandro de vn notable caso que le sucedió en el mar.

LA Salud del hechizado Antonio boluió su gallardia à su primera entereza, y con ella se boluieron à renouar en Zenotia sus mal nacidos deseos, los quales tambié renouaron su coraçon los temores de verle del ausente, que los desahuciados de tener en sus males remedio, nunca acaban de desengañarse, que lo están, en tanto que veen presente la causa de donde nacen; y assi procuraua cõ todas las traças q̃ podia imaginar su agudo entendimiento, de que no saliessen de la Ciudad ninguno de aquellos huespedes, y assi boluió à açõsejar à Policarpo, que en ninguna manera dexasse sin castigo el atreuimiento del barbaro homicida, y que por lo menos, ya que no le diesse la pena conforme al delito, le deuia prender, y castigarle si quiera con amenazas, dando lugar que el fauor se opusiesse por entonces à la justicia, como tal vez se suele hazer en mas importantes ocasiones. No la quiso tomar Policarpo, en la que este consejo le ofrecia, diziendo à la Zenotia, que era agrauiar la autoridad del Principe Arnaldo, que debaxo de su amparo le traia, y enfadar à su querida Auristela, que como à su hermano le trataua, y mas q̃ aquel delito fue accidental, y forçoso, y nacido mas de desgracia, que de malicia; y mas que no tenia parte que le pidiesse, y que todos quantos le conocian, affirmauan q̃ aquella pena era condigna de su culpa, por ser el mayor maldiciente que se conocia. Como es esto, señor, replicò la Zenotia, que auiendo quedado el otro dia entre nosotros de acuerdo, de prenderle, con cuya ocasion la tomasses de detener à Auristela, agora estàs tã lexos de tomarle? essos se te irán, ella no boluerà, tu llorarás entonces tu perplexidad, y tu mal discurso, à tiẽpo, quando ni te aprouechen las lagrimas, ni enmendaren la imaginacion, lo que aora con nombre de piadoso quieres hazer. Las culpas que comete el enamorado en razon de cũplir su deseo, no lo son en razon de que no es suyo, ni es él el que las comete, sino el amor que manda su voluntad: Rey eres, y de los Reyes

yes las injusticias, y rigores son bautizadas con nombre de seueridad. Si prendes à este moço, darás lugar à la justicia, y soltandole, à la misericordia; y en lo vno, y en lo otro confirmaras el nombre, que tienes de bueno. De esta manera aconsejaua la Zenotia à Policarpo, el qual à solas y en todo lugar iba, y venia con el pensamiento en el caso, sin saber resoluerse de que modo podia detener à Auristela, sin ofender à Arnaldo, de cuyo valor, y poder era razon temiesse; pero en medio de estas consideraciones, y en el de las que tenia Sinforosa, que por no estar tan recatada, ni tan cruel como la Zenotia, deseaua la partida de Periandro, por entrar en la esperança de la buelta: se llegò el termino de que Periandro boluiesse à proseguir su historia, que la siguiò en esta manera.

Ligera volaua mi naue por donde el viento queria llegarla, sin que se le opusiesse à su camino la voluntad de ninguno de los que ibamos en ella, dexando todos en el aluedrio de la fortuna nuestro viage, quando desde lo alto de la gauia vimos caer à vn marinero, que antes que llegasse à la cubierta del nauio, quedò suspenso de vn cordel que traia anudado à la gargãta: llegue con priessa, y cortele, con que estorvè no se le acortasse la vida. Quedò como muerto, y estuuo fuera de si casi dos horas, al cabo de las quales boluiò en si, y preguntandole la causa de su desesperacion, dixo: Dos hijos tengo, el vno de tres, y el otro de quatro años, cuya madre no passa de los veinte y dos, y cuya pobreza passa de lo possible, pues solo se sustentaua del trabajo de estas manos, y estando yo agora encima de aquella gauia, bolui los ojos al lugar donde los dexaua, y casi como si alcançara à verlos, los vi hincados de rodillas, las manos leuantadas al cielo, rogando à Dios por la vida de su padre, y llamandome con palabras tiernas; vi assi mismo llorar à su madre, dandome nombres de cruel sobre todos los hombres. Esto imaginè con tan gran vehemencia, que me fuerça à dezir que lo vi, para no poner duda en ello, y el ver que esta naue buela, y me aparta dellos, y que no sè donde vamos, y la poca, ò ninguna obligacio que me obligo à entrar en ella, me trastorno el sentido, y la desesperacio me puso este cordel en las manos,

nos, y yo le di à mi garganta, por acabar en vn punto los siglos de pena que me amenazaua. Este fucesso mouiò à lastima à quantos le escuchauamos, y auiendole consolado, y casi assegurado que presto darianos la buelta contentos, y ricos, le pusimos dos hombres de guarda, que le estoruasen bolver à poner en execucion su mal intento, y assi le dexamos: y yo, porque este fucesso no despertasse en la imaginacion de alguno de los demas, el querer imitarle, les dixe, que la mayor cobardia del mundo, era el matarse, porque el homicida de si mismo, es señal que le falta el animo para sufrir los males que teme; y que mayor mal puede venir à vn hobre, que la muerte? y siendo esto assi, no es locura el dilatarla: con la vida se enmiendan, y mejoran las malas suertes, y con la muerte desesperada no solo no se acaban, y se mejoran; pero se empeoran, y comiençan de nueuo. Digo esto, compañeros mios, porque no os assombre el fucesso que aueis visto deste nuestro desesperado, que aun oy començamos à nauegar, y el animo me està diziendo, que nos aguardan, y esperan mil felices fucessos. Todos dieron la voz à vno, para responder por todos, el qual de esta manera dixo: Valeroso Capitan, en las cosas que mucho te consideran, siempre se hallan muchas dificultades, y en los hechos valerosos que se acometen, alguna parte se ha de dar à la razon, y muchas à la ventura, y en la buena, que hemos tenido en auerte elegido por nuestro Capitan, vamos seguros, y confiados de alcançar los buenos fucessos que dizes: quedense nuestras mugeres, quedense nuestros hijos, lloren nuestros ancianos padres, visite la pobreza à todos, que los cielos que sustentan los gusarapos de el agua, tendràn cuydado de sustentar los hombres de la tierra. Manda, señor, hizar las velas, pon centinelas en las gauias, por ver si descubren en que podamos mostrar que no temerarios, sino atreuidos son los que aqui vamos à seruirte. Agradeciles la respuesta, hize hizar todas las velas, y auiendo nauegado aquel dia, al amanecer del siguiente la centinela de la gauia mayor dixo à grandes vozes: Nauio, nauio. Pregunaaronle, q̃ derrota lleuaua, y que de que tamaño parecia. Respondiò, que era tan grande como el nuestro, y que le teniamos

por

por la proa. Alto, pues, dixe amigos, tomad las armas en las manos, y mostrà cō estos, si son cosarios, el valor que os ha hecho dexar vuestras redes: hize luego cargar las velas, y en poco mas de dos horas descubrimos, y alcāçamos el nauio, al qual embestimos de golpe, y sin hallar defensa alguna, saltaron en èl mas de quarēta de mis soldados, que no tuuieron en quien ensangrentar las espadas, porque solamente traia algunos marineros, y gente de seruicio, y mirandolo bien todo, hallaron en vn apartamiento, puestos en vn cepo de hierro por la gargāta, desviados vno de otro casi dos varas, à vn hombre de muy buē parecer, y à vna muger mas que medianamente hermosa, y en otro aposento hallaron tendido en vn rico lecho à vn venerable anciano, de tanta autoridad, que obligò su presencia à que todos le tuuiessemos respeto, no se mouiò del lecho, porque no podia; pero leuantandose vn poco, alçò la cabeça, y dixo: Embaynad, señores, vuestras espadas, que en este nauio no hallareis ofensores en quien exercitarlas, y si la necessidad os haze, y fuerça à buscar este oficio, de buscar vuestra ventura, à costa de las agenas, à parte aueis llegado, que os harà dichosos, no porque en este nauio aya riquezas, ni alhajas, que os enriquezcan, sino porque yo voy en èl, que soy Leopoldio, el Rey de los Danaos. Este nombre de Rey me auiuò el deseo de saber que sucessos auiā traido à vn Rey, estar tan solo, y tan sin defensa alguna; lleguème a èl, y preguntèle si era verdad lo que dezia, porque aunque su graue presencia prometia serlo, el poco aparato con que nauegaua, hazia poner en duda el creerle. Manda, señor, respondiò el anciano, que esta gente se sossiegue, y escucha, me vn poco, q̄ en breues razones te contarè cosas grandes. Sossegaronse mis compañeros, y ellos, y yo estuuimos atentos à lo que dezir queria, que fue esto: El cielo me hizo Rey del Reyno de Danea, q̄ heredè de mis padres, que tambien fueron Reyes, y lo heredaron de sus antepassados, sin auerles introducido à serlo la tirania, ni otra negociaciō alguna; casème en mi mocedad con vna muger mi igual, muriose sin dexarme sucession alguna, corrio el tiēpo, y muchos años me cotuue en los limites de vna honesta viudez, pero al fin por culpa

mia,

mia, que de los pecados que le cometen, nadie ha de echar la culpa a otro, sino a si mismo: digo que por culpa mia tropecè, y cai en la de enamorarme de vna dama de mi muger, que a ser ella la que deuia, oy fuera el dia que fuera Reyna, y no se viera atada, y puesta en vn cepo, como ya deueis de auer visto. Esta, pues, pareciendole ser injusto anteponer los riços de vn criado mio à mis canas, se emboluiò con èl, y no solamente tuuo gusto de quitarme la honra, sino que procurò junto con ella quitarme la vida, maquinando contra mi persona con tan estrañas traças, con tales embustes, y rodeos, que a no ser auisado con tiempo, mi cabeça estuuiera fuera de mis ombros en vna escarpia al viento, y las suyas coronadas del Reyno de Danea. Finalmente yo descubrì sus intentos à tiempo quando ellos tambien tuuieron noticia de que yo lo sabia; vna noche en vn pequeño nauìo, que estaua con las velas en alto para partirse, por huir del castigo de su culpa, y de la indignacion de mi furia, se embarcaron: supelo, volè à la marina en las alas de mi colera, y hallè, que auria veinte horas que auian dado las suyas al viento, y yo ciego del enojo, y turbado con el deseo de la vengança, sin hazer algun prudente discurso, me embarquè en este nauìo, y los fegui, no con autoridad, y aparato de Rey, sino como particular enemigo, hallèlos à cabo de diez dias, en vna isla que llaman del Fuego, cogilos, y descuydados, y puestos en este cepo, que avreis visto, los lleuaua à Danea, para darles por justicia, y proceffos fulminados la deuida pena à su delito. Esta es pura verdad, los delinquentes ai estàn, que aunque no quieran, la acreditàn: yo soy el Rey de Danea, que os prometo cien mil monedas de oro, no porque las traiga aqui, sino porque os doy mi palabra de ponerolas, y embiarolas donde quisieredes, para cuya seguridad, si no basta mi palabra, lleuadme con vosotros en vuestro nauìo, y dexad que en este mio, ya vuestro, vaya alguno de los mios à Danea, y trayga este dinero donde le ordenaredes, y no tengo mas que deziros. Miranse mis compañeros vnos a otros, y dieronme la vez de responder por todos, aunque no era menester, pues yo como Capi-

pitan lo podia, y deuia hazer, con todo esto quise tomar parecer con Carino, y con Solercio, y con algunos de los demas, porque no entendiessen que me queria alçar de hecho con el mando, que de su voluntad ellos tenian dado; y assi la respuesta que di al Rey, fue dezirle: Señor, à los que aqui venimos, no nos puso la necessidad las armas en las manos, ni ningun otro deseo, que de ambiciosos tenga semejança, buscando vamos ladrones, a castigar vamos salteadores, y à destruir piratas; y pues tu estàs tan lexos de ser persona de este genero, segura està tu vida de nuestras armas, antes si has menester que con ellas te siruamos, ninguna cosa avrà que nos lo impida, y aunque agradecemos la rica promessa de tu rescate, soltamos la promessa, que pues no estàs cautiuo, no estas obligado al cumplimiento de ella; sigue en paz tu camino, y en recompensa que vas de nuestro encuentro mejor de lo que pensaste, te suplicamos perdones à tus ofensores, que la grandeza del Rey algun tanto resplandece mas en ser misericordioso, que justiciero. Quisierase humillar Leopoldio à mis pies, pero no lo consintiò, ni mi cortesia, ni su enfermedad: pedile me diesse alguna polvora, si llenaua, y repartiesse con nosotros de sus bastimentos, lo qual se hizo al punto. Aconsejèle assimismo, que si no perdonaua à sus dos enemigos, los dexasse en mi nauio, que yo los pondria en parte donde no la tuuiessen mas de ofenderle. Dixo, que si haria, porque la presencia del ofensor suele renouar la injuria en el ofendido: ordenè, que luego nos boluiessemos à nuestro nauio con la polvora, y bastimentos, que el Rey partiò con nosotros; y queriendo passar à los dos prisioneros, ya sueltos, y libres del pesado cepo, no dio lugar vn rezio viento, que de improuiso se leuantò, de modo que apartò los dos nauios, sin dexar que otra vez se juntassen; desde el borde de mi naue me despedi del Rey à vozes, y el en los braços de los suyos saliò de su lecho, y se despidiò de nosotros, y yo me despido agora, porque la segunda hazaña me fuerça à descansar, para entrar en ella.

(?)

CA-

CAPITVLO XIV.

Del segundo libro.

A Todos diò general gusto de oir el modo con q̃ Periandro contaua su estraña peregrinacion, sino fue à Mauricio, que llegandose al oido de Transila su hija, le dixo: Pareceme Transila, que cõ menos palabras, y mas sucintos discursos pudiera Periandro contar los de su vida, porque no auia para que detenerse en dezirnos tan por estenso las fiestas de las barcas, ni aun los casamientos de los pescadores; porque los episodios que para ornato de las historias se ponen, no han de ser tan grandes como la misma historia: pero yo sin duda creo que Periandro nos quiere mostrar la grandeza de su ingenio, y la elegancia de sus palabras. Assi deue de ser, respondiò Transila; pero lo que yo sè dezir, es, que ora se dilate, ò se sucinte en lo que dize, todo es bueno, y todo da gusto; pero ninguno le recibirà mayor, como ya creo q̃ otra vez le ha dicho, como Sinforosa, que cada palabra que Periandro dezia, assi le regalaua el alma, que la sacaua de si misma. Los rebueltos pensamiẽtos de Policarpo no le dexauan estar muy atento à los razonamientos de Periandro, y quisiera que no le quedara mas que dezir, porque le dexara à èl mas que hazer, que las esperanças propinquas de alcançar el bien q̃ se desea, fatigan mucho mas que las remotas, y apartadas, y era tanto el deseo que Sinforosa tenia de oir el fin de la historia de Periandro, que solicitò el boluerse à jũtar otro dia, en el qual Periandro prosiguiò su cuento en esta forma: Contemplad, señores, à mis marineros, compañeros, y soldados mas ricos de fama, que de oro, y à mi con algunas sospechás de que no les huuiesse parecido bien mi liberalidad; y puesto que naciò tan de su voluntad, como de la mia en la liberalidad de Leopoldio, como no son todas vnas las condiciones de los hombres, bien podia yo temer no estuuiessen todos contentos, y que les pareciesse que seria dificil recompensar la perdida de cien mil monedas de oro, que tantas erã las que prometiò Leopoldio por su rescate, y esta consideracion me mouiò à dezirles: Amigos mios, nadie estè triste por la perdida ocasion de alcançar el gran tesoro,

ro,

ro, que nos ofreciò el Rey, porq̃ os hago saber, que vna onça de buena fama vale mas que vna libra de perlas, y esto no lo puede saber, sino el que comiença à gustar de la gloria que da el tener buen nombre El pobre à quiẽ la virtud enriquece, suele llegar à ser famoso, como el rico, si es vicioso, puede venir, y viene a ser infame: la liberalidad es vna de las mas agradables virtudes, de quien se engẽdra la buena fama; y es tan verdad esto, q̃ no ay liberal mal puesto, como no ay auaro, que no lo sea. Mas iba à dezir, pareciendome que me dauan todos tan gratos oidos, como mostrauan sus alegres semblãtes, quando me quitò las palabras de la boca el descubrir vn nauio, q̃ no lexos del nuestro à orça por delante de nosotros passaua: hize tocar à arma, y dile caza con todas las velas tendidas, y en breue rato me le puse a tiro de cañon, y disparando vno sin vala, èn señal de que amaynasse, lo hizo assi, soltando las velas de alto à baxo. Llegando mas cerca, vi en èl vno de los mas estraños espectaculos de el mundo: vi que pendientes de las entenas, y de las jarcias, venian mas de quarenta hombres ahorcados, admiròme el caso, y abordando con el nauio, saltaron mis soldados en èl, sin que nadie se lo defendiesse, hallaron la cubierta llena de sangre, y de cuerpos de hombres semiuiuos, vnos con las cabeças partidas, y otros con las manos cortadas, tal vomitando sangre, y tal vomitando el alma, este gimiendo dolorosamente, y aquel gritando sin paciencia alguna. Esta mortandad, y fracaso daua señales de auer sucedido sobre mesa, porque los manjares nadauan entre la sangre, y los vasos mezclados con ella guardauan el olor del vino. En fin, pisando muertos, y hollando heridos, passaron los mios adelante, y en el castillo de popa hallaron puestas en esquadron hasta doze hermosissimas mugeres, y delãte dellas vna que mostraua ser su Capitana, armada de vn coselete blanco, y tan terso, y limpio, que pudiera seruir de espejo, à querer mirarse en èl; traia puesta la gola, pero no las escarcelas, ni los braçaletes, el morrion si, que era de hechura de vna enroscada sierpe, à quiẽ adornauan infinitas, y diuersas piedras de varios colores; teniavn venablo en las manos, tachonado de arriba aba

xo con clauos de oro, cõ vna gran cuchilla de agudo, y luciente azero forjada, con que se mostraua tan briosa, y tan gallarda, que bastò à detener su vista la furia de mis soldados, que con admirada atencion se pusierõ à mirarla. Yo que de mi naue la estaua mirando, por ver la mejor, passè a su nauio, à tiempo quando ella estaua diziendo: Bien creo, ò soldados, que os pone mas admiracion, que miedo este pequeño esquadron de mugeres, que à la vista se os ofrece, el qual despues de la vengança que hemos tomado de nuestros agrauios, no ay cosa que pueda engendrar en nosotras temor alguno: Embestid, si venis sedientos de sangre, y derramad la nuestra, quitandonos las vidas, que como no nos quiteis las honras, las darèmos por bien empleadas: Sulpicia es mi nõbre, sobrina soy de Cratilo, Rey de Bituania, casòme mi tio con el gran Lampidio tan famoso por linage, como rico de los bienes de naturaleza, y de los de la Fortuna. Ibamos los dos à ver al Rey mi tio, con la seguridad que nos podia ofrecer, ir entre nuestros vassallos, y criados, todos obligados por las buenas obras que siempre les hizimos; pero la hermosura, y el vino, que suelen trastornar los mas viuos entendimientos, les borrò las obligaciones de la memoria, y en su lugar les puso los gustos de la lasciuia, anoche bebieron de modo, que les sepultò en profundo sueño, y algunos medio dormidos acudieron à poner las manos en mi esposo, y quitandole la vida, dieron principio à su abominable intento; pero como es cosa natural, defender cada vno su vida, nosotras por morir vengadas si quiera, nos pusimos en defensa, aprouechãdonos del poco tiento, y borrachez con que nos acometian, y con algunas armas que les quitamos, y con quatro criados, que libres del humo de Baco nos acudieron, hizimos en ellos lo que muestran essos muertos, que estan sobre essa cubierta; y passando adelante con nuestra vengança, auemos hecho que essos arboles, y essas entenas produzcan el fruto que de ellas veis pendiente quarenta son los ahorcados, y si fueran quarenta mil, tambien murieran, porque so poca, ò ninguna de esta, y nuestra colera a toda esta crueldad, si por ventura lo es, se estendia. Riqueza traigo que poder repar

tir,

tir, aunque mejor diria, que vosotros podais tomar, solo puedo añadir, que os las entregarè de buena gana: Tomadlas, señores, y no toqueis en nuestras honras, pues con ellas antes quedareis infames que ricos. Parecieronme tan bien las razones de Sulpicia, que puesto que yo fuera verdadero cosario, me ablandara. Vno de mis pescadores dixo à este punto: Que me maten, si no se nos ofrece aqui oy otro Rey Leopoldo, con quien nuestro valeroso Capitan muestre su general condicion: Ea, señor Periandro, vaya libre Sulpicio, que nosotros no queremos mas de la gloria de auer vencido nuestros naturales apetitos. Assi serà, respondi yo, pues vosotros amigos lo quereis, y entended, que obras tales nunca las dexa el cielo sin buena paga, como à las que son malas sin castigo, despojad essos arboles de tan mal fruto, y limpiad essa cubierta, y entregad à essas señoras, junto con la libertad, la voluntad de seruirlas. Pusose en efeto mi mandamiento, y llena de admiracion, y de espanto se me humillò Sulpicia, la qual como persona que no acertaua à saber lo que le auia sucedido, tampoco acertaua à responderme; y lo que hizo fue, mandar à vna de sus damas, le hiziesse traer los cofres de sus joyas, y de sus dineros: hizolo assi la dama, y en vn instante, como aparecidos ò llouidos del cielo, me pusieron delante quatro cofres llenos de joyas y dineros, abriòlos Sulpicia, y hizo muestra de aquel tesoro à los ojos de mis pescadores, cuyo resplandor quizà, y aun sin quizà cegò en algunos la intenciõ que de ser liberales tenian porque ay mucha difercia de dar lo que se posee, y se tiene en las manos, à dar lo que està en esperanças de posseerse. Sacò Sulpicia vn rico collar de oro, resplandeciente por las ricas piedras q̃ en èl venian engastadas, y diziendo: Toma Capitan valeroso, esta prenda rica, no por otra cosa, q̃ por serlo la voluntad con que se te ofrece, dadiua es de vna pobre viuda, que ayer se viò en la cumbre de la buena fortuna, por verse en poder de su esposo y oy se vè sugeta à la discrecion destos soldados, que te rodeã entre los quales puedes repartir estos tesoros, que segũ se dize, tienen fuerços para quebrantar las peñas. A lo q̃ yo respõdi: Dadiuas de tan gran señora se han de estimar como si fuessen mercedes, y tomando

el collar, me bolui à mis soldados, y les dixe: Esta joya es ya mia, soldados, y amigos mios, y assi puedo disponer de ella como cosa propia, cuyo precio, por ser à mi parecer inestimable, no conuiene que se dè à vno solo, tomele, y guardele el que quisiere, que en hallando quien le cõpre, se diuidirà el precio entre todos, y quedese sin tocar lo que la gran Sulpicia os ofrece, porque vuestra fama quede con este hecho frisando con el cielo. A lo que vno respondiò: Quisieramos, ò buen Capitan, que no nos huuieras preuenido con el consejo que nos has dado, porque vieras que de nuestra voluntad correspondiamos à la tuya: buelue el collar à Sulpicia, la fama que nos prometes, no ay collar que la ciña, ni limite que la contenga. Quedè contentissimo de la respuesta de mis soldados, y Sulpicia admirada de su poca codicia. Finalmẽte ella me pidio, q̃ le diesse doze soldados de los mios, q̃ le siruiessen de guarda, y de marineros, para lleuar su naue à Bituania: hizose assi, cõtentissimos los doze q̃ escogi solo por saber q̃ ibã à hazer bien. Proueyonos Sulpicia de generosos vinos, y de muchas conseruas, de que carecia mos: soplaua el viento prospero para el viage de Sulpicia, y para el nuestro, que no lleuaua determinado paradero: despedimonos de ella, supo mi nombre, y el de Carino, y Solercio, y dandonos à los tres sus braços, con los ojos abraçò à todos los demas, ella llorãdo lagrimas de placer, y tristeza nacidas: de tristeza por la muerte de su esposo, de alegria, por verse libre de las manos que penso ser de salteadores, nos diuidimos, y apartamos. Oluidaua de deziros, como bolui el collar à Sulpicia, y ella le recibiò à fuerça de mis importunaciones, y assi tuuo à afrenta, q̃ le estimasse yo en tan poco, q̃ se le boluiesse. Entrè en consulta con los mios, sobre q̃ derrota tomariamos, y concluyòse, q̃ la que el viẽto lleuasse, pues por ella auian de caminar los demas nauios, q̃ por el mar nauegassen, ò por lo menos si el viento no hiziesse à su proposito, harian borodos, hasta q̃ les viniesse à cuento. Llegò en esto la noche clara, y serena, y yo llamãdo à vn pescador marinero, q̃ nos seruia de maestro, y piloto, me sentè en el castillo de popa, y con ojos atentos me puse à mirar el cielo. Apostarè, dixo à esta sazon Mauricio à Transila su hi-

hija, que se pone agora Periándro à describirnos toda la celeste esfera, como si importasse mucho, à lo que va contando, el declararnos los mouimientos del cielo: yo por mi deseando estoy que acabe, porque el deseo que tengo de salir de esta tierra, no da lugar à que me entretenga, ni ocupe en saber quales son fixas, ò quales erraticas estrellas, quanto mas que yo sè de sus mouimientos mas de lo que èl me puede dezir. En tanto q̃ Mauricio, y Transila esto con sumissa voz hablauan, cobrò aliento Periándro, para proseguir su historia en esta forma.

CAPITVLO XV.

Del segundo libro.

COmençaua à tomar possessión el sueno, y el silencio de los sentidos de mis compañeros, y yo me acomodaua à preguntar al que estaua conmigo, muchas cosas necessarias para saber vsar el arte de la marineria, quando de improuiso començaron à llouer no gotas, sino nubes enteras de agua sobre la naue, de modo, que no parecia sino que el mar todo se auia subido à la region del viento, y desde alli se dexaua descolgar sobre el nauio. Alborotamonos todos, y puestos en pie, mirando à todas partes, por vnas vimos el cielo claro, sin dar muestras de borrasca alguna, cosa q̃ nos puso en miedo, y en admiracio. En esto el q̃ estaua conmigo, dixo: Sin duda alguna esta lluuia procede de la q̃ derraman por las ventanas q̃ tienẽ mas abaxo de los ojos aquellos monstruosos pescados, q̃ se llamã Naufragos, y si esto es assi, en grã peligro estamos de perdernos, menester es disparar toda la artilleria, cõ cuyo ruido se espantan; en esto vi alçar, y poner en el nauio vn cuello como de serpiente terrible, que arrebatando vn marinero, se le engullò, y tragò de improuiso sin tener necesidad de mascarle. Naufragos son, dixo el piloto, cõ vallas, ò sin ellas, q̃ el ruido, y no el golpe, como tengo dicho, es el q̃ ha de librarnos. Traia el miedo confusos, y agazapados los marineros, q̃ no osauan leuantarse en pie, por no ser arrebatados de aquellos vestiglos: con todo esso se diero priessa à disparar la artilleria, y à dar vozes vnos, y acudir otros à la bomba, para boluer el agua al agua, tendimos todas las velas, y como si huye-

ramos de alguna gruessa armada de enemigos, huyamos el sobre estante peligro, que fue el mayor que hasta entonces nos auiamos visto. Otro dia al crepusculo de la noche nos hallamos en la ribera de vna isla no conocida por ninguno de nosotros, y con disignio de hazer agua en ella, quisimos esperar el dia, sin apartarnos de su ribera, amaynamos las velas, arrojamos las ancoras, y entregamos al reposo, y al sueño los trabajados cuerpos, de quien el sueño tomó possession blanda, y suauemente; en fin nos desembarcamos todos, y pisamos la amenissima ribera, cuya arena (vaya fuera todo encarecimiento) la formauã granos de oro, y de menudas perlas. Entrando mas adentro se nos ofrecieron à la vista prados, cuyas yervas no eran verdes, por ser yervas, sino por ser esmeraldas, en el qual verdor las tenian, no cristalinas aguas, como suele dezirse, sino corrientes de liquidos diamãtes formados, que cruzando por todo el prado sierpes de cristal parecia. Descubrimos luego vna selua de arboles de diferentes generos, tan hermosos que nos suspendieron las almas, y alegraron los sentidos; de algunos pendian ramos de rubies, que parecian guindas, o guindas, que parecian granos de rubies; de otros pendian camuesas, cuyas mexillas la vna era de rosa, la otra de finissimo topacio; en aquel se mostrauan las peras, cuyo olor era de ambar, y cuyo color de los que se forman en el cielo, quando el Sol se trasponе. En resolucion, todas las frutas, de quien tenemos noticia, estauan alli en su sazon, sin que las diferencias del año las estoruassen, todo alli era Primauera, todo Verano, todo Estio sin pesadumbre, y todo Otoño agradable con estremo increible. Satisfacia à todos nuestros cinco sentidos lo que mirauamos: à los ojos con la belleza, y la hermosura: à los oidos con el ruido manso de las fuentes, y arroyos, y con el son de los infinitos paxarillos, que con no aprendidas vozes formado, los quales saltando de arbol en arbol, y de rama en rama, parecia que en aquel distrito tenian cautiua su libertad, y que no querian, ni acertauan à cobrarla: al olfato con el olor que de si despedian las yervas: las flores, y los frutos al gusto: con la prueba que hizimos de la suauidad de ellos al tacto, con tenerlos en las

ma-

manos, con que nos parecia tener en ellas las perlas del Sur, los diamantes de las Indias, y el oro del Tibar. Pesame, dixo a esta sazon Ladislao à su suegro Mauricio, que se aya muerto Clodio, que à fee que le auia dado bien que dezir Periandro, en lo que và diziendo. Callad, señor, dixo Transila su esposa, que por mas q̃ digais, no podreis dezir que no prosigue bien su cuento Periandro: el qual, como se ha dicho, quando algunas razones se entremetian de los circunstantes, èl tomaua aliento para proseguir en las suyas, que quando son largas, aunque sean buenas, antes enfadan, que alegran. No es nada lo que hasta aqui he dicho, prosiguiò Periandro, porque à lo que resta por dezir, falta entendimiento que lo perciba, y aun cortesias que lo crean: Bolued, señores los ojos, y hazed cuenta que veis salir del coraçon de vna peña, como nosotros lo vimos, sin que la vista nos pudiesse engañar, digo que vimos salir de la abertura de la peña, primero vn suauissimo son, que hiriò nuestros oidos, y nos hizo estar atentos, de diuersos instrumentos de musica formado; luego saliò vn carro, que no sabrè dezir de q̃ materia, aunque dirè su forma, que era de vna naue rota, que escapaua de alguna gran borrasca; tirauanla doze poderosissimos ximios animales lasciuos; sobre el carro venia vna hermosissima dama, vestida de vna roçagante ropa de varias, y diuersas colores adornada, coronada de amarillas, y amargas adelfas; venia arrimada à vn bastòn negro, y en èl fixa vna tablachina, ò escudo, donde venian estas letras, SENSVALIDAD. Trasella salieron otras muchas hermosas mugeres con diferentes instrumentos en las manos, formando vna musica, ya alegre, y ya triste; pero todas singularmente regozijadas. Todos mis compañeros, y yo estauamos atoniros, como si fueramos estatuas sin voz, de dura piedra formados. Llegòse à mi la Sensualidad, y con voz entre ayrada, y suaue me dixo: Cosstarte ha, generoso mancebo, el ser mi enemigo, si no la vida, à lo menos el gusto, y diziendo esto, pasò adelante, y las donzellas de la musica arrebataron, que assi se puede dezir, siete, ò ocho de mis marineros, y se los llenaron consigo, y boluieron à entrarse, siguiendo à su señora por la abertura de la peña. BoluiL 4 me

me yo entonces à los mios, para preguntarles, q̃ les parecia de lo que auia visto; pero estorvòlo otra voz, ò vozes, q̃ llegaron à nuestros oidos, bien diferẽtes q̃ las passadas, porque eran mas suaues, y regaladas, y formauanlas vn esquadrõ de hermosissimas, al parecer, donzellas; y segun la guia q̃ traian, eranlo sinduda, porq̃ venia delãte mi hermana Auristela, q̃ à no tocarme tãto, gastara algunas palabras en alabãça de su mas q̃ humana hermosura. Que me pidieran à mi entõces, que no diera en albricias de tan rico hallazgo? que à pedirme la vida no la negara, si no fuera por no perder el bien tan sin pensarlo, hallado. Traia mi hermana à sus dos lados dos dõzellas, de las quales la vna me dixo: La continencia, y la pudicicia, amigas, y compañeras, acompañamos perpetuamente à la castidad, que en figura de tu querida hermana Auristela oy ha querido disfraçarse, ni la dexaremos, hasta que con dichoso fin le dè à su trabajos, y peregrinaciones en la alma Ciudad de Roma: Entonces yo à tan felices nuevas atento, y de tan hermosa vista admirado, y de tã nuevo, y estraño acontecimiento por su grandeza, y por su novedad mal seguro alcè la voz, para mostrar con la lengua la gloria q̃ en el alma tenia, y queriendo dezir: O vnicas consoladoras de mi alma, ò ricas prendas, por mi biẽ halladas, dulces, y alegres en este, y en otro qualquier tiempo: fue tanto el ahinco q̃ puse en dezir esto, que rompi el sueño, y la vision hermosa desaparecio, y yo me hallè en mi mismo con todos los mios, sin que faltasse alguno dellos A lo que dixo Constãça: Luego, señor Periandro, dormiades? Si, respõdiò, porque todos mis bienes son señalados. En verdad, replicò Constança, que ya queria preguntar à mi señora Auristela, adonde auia estado el tiempo que no auia parecido. De tal manera, respondiò Auristela, ha contado su sueño mi hermano, que me iba haziendo dudar, si era verdad, ò no, lo que dezia. A lo q̃ añadiò Mauricio: Essas son fuerças de la imaginacion, en quien suelen representarse las cosas con tanta vehemencia, que se aprenden de la memoria, de manera que quedan en ella, siendo mentiras, como si fueran verdades. A todo esto callaua Arnaldo, y considerauа los afectos, y demostraciones con que Periandro contaua su hi-

historia, y de ninguno dellos podia sacar en limpio las sospechas que en su alma auia infundido el ya muerto maldiciente Clodio, de no ser Auristela, y Periandro verdaderos hermanos. Con todo esso dixo, prosigue Periandro tu cuento, sin repetir sueños, porque los animos trabajados siempre los engendran muchos, y confusos, y porque la sin par Sinforosa esta esperando que llegues à dezir de dõde venias la primera vez que à esta isla llegaste, de donde saliste coronado de vencedor de las fiestas, que por la eleccion de su padre cada año en ella se hazen. El gusto de lo q̃ soñè, respondio Periandro, me hizo no aduertir de quan poco fruto son las digressiones en qualquiera narracion, quando ha de ser sucinta, y no dilatada. Callaua Policarpo, ocupando la vista en mirar à Auristela, y el pensamiento en pensar en ella; y assi para èl importaua muy poco, ò nada que callasse, ò que hablasse Periandro, el qual aduertido ya, de que algunos se cansauan de su larga platica, determinò de proseguirla, abreuiandola, y siguiendola en las menos palabras que pudiesse, y assi dixo.

CAPITVLO XVI.

Del segundo libro. Prosigue Periandro su historia.

DEspertè del sueño, como he dicho, tomè consejo con mis compañeros, q̃ derrota tomariamos, y salio decretado, que por donde el viento nos lleuasse, que pues ibamos en busca de cosarios, los quales nunca nauegã contra viẽto, era cierto el hallarlos, y auia llegado à tanto mi simpleza, q̃ preguntè à Carino, y à Solercio, si auian visto à sus esposas en compañia de mi hermana Auristela, quando yo la vi soñando: Rieronse de mi pregunta, y obligaronme, y aun forçaronme à que les cõtasse mi sueño. Dos meses anduuimos por el mar sin que nos sucediesse cosa de consideracio alguna, puesto que le escombramos demas de sesenta nauios de cosarios, que por serlo verdaderos, adjudicamos sus robos à nuestro nauio, y le llenamos de innumerables despojos, con que mis compañeros iban alegres, y no les pesaua de auer trocado el oficio de pescadores en el de piratas, porque ellos no eran ladrones, sino de ladrones, ni

ni robauan sino lo robado. Sucediò, pues, que vn porfiado viento nos salteò vna noche, que sin dar lugar à que amaynassemos algun tanto, ò templassemos las velas, en aquel termino que las hallò, las tendiò, y acosò de modo, que como he dicho, mas de vn mes nauegamos por vna misma derrota, tanto que tomando mi piloto el altura del polo, donde nos tomò el viento, y tanteando las leguas que haziamos por hora, y los dias q̃ auiamos nauegado, hallamos ser quatrocientas leguas, poco mas, ò menos. Boluiò el piloto à tomar la altura, y viò que estaua debaxo del Norte en el parage de Noruega, y con voz grande, y mayor tristeza dixo: Desdichados de nosotros, que si el viento no nos concede a dar la buelta para seguir otro camino, en este se acabarà el de nuestra vida, porque estamos en el mar glacial, digo en el mar elado, y si aqui nos salta el yelo, quedarèmos empedrados en estas aguas. Apenas huuo dicho esto, quando sentimos que el nauio tocaua por los lados, y por la quilla, como en mouibles peñas, por donde se conociò, que ya el mar se començaua à elar, cuyos montes de yelo, que por de dentro se formauan, impedian el mouimiento del nauio: amaynamos de golpe, porque topando en ellos, no se abriesse, y en todo aquel dia, y aquella noche se congelaron las aguas tan duramente, y se apretaron de modo, que cogiendonos en medio, dexaron al nauio engastado en ellas, como lo suele estar la piedra en el anillo, casi como en vn instante començò el yelo à entumecer los cuerpos, y à entristecer nuestras almas, y haziendo el miedo su oficio, considerando el manifiesto peligro, no nos dimos mas dias de vida, que los que pudiesse sustentar el bastimento que en el nauio huuiesse, en el qual bastimento desde aquel punto se puso tassa, y se repartiò por orden tan miserable, y estrechamente, que desde luego començò à matarnos la hambre; tendimos la vista por todas partes, y no topamos con ella en cosa que pudiesse alentar nuestra esperança, sino fue cõ vn bulto negro, que à nuestro parecer estaria de nosotros seis, ò ocho millas; pero luego imaginamos que deuia de ser algun nauio, à quien la comun desgracia de yelo tenia aprisionado: este peligro sobre-

brepuja, y se adelanta à los infinitos, en que de perder la vida me he visto, porq̃ vn miedo dilatado, y vn temor no vencido fatiga mas el alma, que vna repentina muerte, q̃ en el acabar subito se ahorrã los miedos, y los temores, q̃ la muerte trae consigo, que suelen ser tan malos como la misma muerte. Esta, pues, que nos amenazaua tan nambrienta, como larga, nos hizo tomar vna resolucion, sino desesperada, temeraria por lo menos, y fue, q̃ consideramos, que si los bastimentos se nos acabauan, el morir de hãbre era la mas rabiosa muerte, que puede caber en la imaginacion humana, y assi determinamos de salirnos del nauio, y caminar por encima del yelo, y ir à ver si en el que se parecia, auria alguna cosa de que aprouecharnos, ò ya de grado, ò ya por fuerça. Puso se en obra nuestro pensamiento, y en vn instante vieron las aguas sobre si, formado con pies enxutos vn esquadron pequeño, pero de valentissimos soldados, y siendo yo la guia, resbalando, cayendo, y leuantando, llegamos al otro nauio, que lo era casi tã grande como el nuestro, auia gente en èl, que puesta sobre el borde, adiuinando la intẽcion de nuestra venida, à vozes començò vno à dezirnos: A que venis, gente desesperada? que buscais? venis por ventura à apresurar nuestra muerte, y à morir con nosotros? Bolueos à vuestro nauio, y si os faltan bastimentos, roed las jarcias, y encerrad en vuestros estomagos los embreados leños, si es posible; porque pensar que os hemos de dar acogida, serà pensamiento vano, y contra los preceptos de la caridad, que ha de començar de si mismo: dos meses dizen que suele durar este yelo, que nos detiene, para quinze dias tenemos sustẽto, si es bien que le repartamos con vosotros, à vuestra consideracion lo dexo. A lo que yo le respondi: En los apretados peligros toda razõ se atropella, no ay respeto q̃ valga, ni buen termino que se guarde, acogednos en vuestro nauio de grado, y juntarèmos en èl el bastimẽto que en el nuestro queda, y comamoslo amigablemente, antes que la precisa necessidad nos haga mouer las armas, y vsar de la fuerça. Esto le respondi yo, creyendo no deziã verdad en la cantidad del bastimento que señalauan; pero ellos, viendose superiores, y auentajados en el puesto, no te-

temieron nuestras amenazas, ni admitieron nuestros ruegos, antes arremetieron à las armas, y se pusieron en orden de defenderse. Los nuestros, à quien la desesperacion de valientes hizo valentissimos, añadiendo à la temeridad nuevos brios, arremetieron al navio, y casi sin recibir herida le entraron, y le ganaron, y alçose vna voz entre nosotros, que à todos les quitassemos la vida, por ahorrar de velas, y de estomagos, por donde se fuesse el bastimento, que en el navio hallassemos. Yo fuy de parecer contrario, y quizà por tenerle bueno, en esto nos socorriò el cielo, como despues dirè, aunque primero quiero deziros, que este navio era el de los corsarios, q̃ auian robado à mi hermana, y à las dos recien desposadas pescadoras. Apenas le huue reconocido, quãdo dixe à vozes: Adonde tendis, ladrones, nuestras almas? adonde estàn las vidas que nos robastes? que aueis hecho de mi hermana Auristela, y de las dos Seluiana, y Leoncia, partes mitades de los coraçones de mis buenos amigos Carino, y Solercio? A lo que vno me respondiò: Essas mugeres pescadoras, que dizes, las vendiò nuestro Capitan, que ya es muerto, à Arnaldo Principe de Dinamarca. Assi es la verdad, dixo à esta sazon Arnaldo, que yo comprè à Auristela, y à Cloelia su ama, y à otras dos hermosissimas dozellas, de vnos piratas, que me las vendieron, y no por el precio que ellas merecian. Valgame Dios, dixo Rutilio en esto, y porque rodeos, y cõ que eslabones se viene a engaçar la peregrina historia tuya, ò Periandro! Por lo que deues al deseo que todos tenemos de seruirte, añadiò Sinforosa, que abrenies tu cuento, ò historiador tan verdadero, como gustoso. Si harè, respondiò Periandro, si es posible que grandes cosas en breues terminos puedan encerrarse.

CAPITVLO XVII,

Del segundo libro.

TOda esta tardança de el cuento de Periandro se declarava tan en contrario del gusto de Policarpo, que ni podia estar atento para escucharle, ni le daua lugar à pẽsar maduramente lo que deuia hazer, para quedarse con Auristela, sin perjuizio de la opinion que tenia de generoso, y de verdadero. Ponderaua

ua la calidad de sus huespedes, entre los quales se le ponia delante Arnaldo Principe de Dinamarca, no por eleccion, sino por herencia, descubria en el modo de proceder de Periandro en su gentileza, y brio algun gran personage, y en la hermosura de Auristela el de alguna gran señora, quisiera buenamente lograr sus deseos à pie llano, sin rodeos, ni inuenciones, cubriendo toda dificultad, y todo parecer contrario con el velo del matrimonio, que puesto que su mucha edad no lo permitia, todavia podia dissimularlo, porque en qualquier tiempo es mejor casarse, que abrasarse; acuciaua, y solicitaua sus pensamientos, los que solicitauan, y aquexauan à la embaydora Zenotia, con la qua. se concertò, que antes de dar otra audiencia à Periandro, se pusiesse en efeto su dissignio, que fue, que de alli a dos noches tocassen vn arma fingida en la Ciudad, y se pegasse fuego al Palacio por tres, ò quatro partes, de modo, que obligasse à los que en èl assistian à ponerse en cobro, donde era forçoso que interuiniesse la confusion, y el alboroto, en medio del qual preuino gente, que robassen al barbaro moço Antonio, y à la hermosa Auristela; y assimismo ordenò à Policarpa su hija, que conmouida de la fama Christiana auisasse à Arnaldo, y a Periandro el peligro q̃ les amenaza, sin descubrilles el robo, sino mostrandoles el modo de saluarse, que era, que acudiessen a la marina, donde en el puerto hallarian vna saetia que los acogiesse. Llegòse la noche, y a las tres horas della comẽçò el arma, que puso en confusion, y alboroto a toda la gente de la Ciudad: Comẽçò a resplandecer el fuego, en cuyo ardor se aumentaua, el que Policarpo en su pecho tenia, acudiò su hija, no alborotada, sino con reposo à dar noticia a Arnaldo, y a Periandro de los dissignios de su traidor, y enamorado padre, que se estendian a quedarse con Auristela, y cõ el barbaro moço, sin quedar con indicios que le infamassen. Oyendo lo qual Arnaldo, y Periandro, llamaron a Auristela, a Mauricio, Transila, Ladislao, a los barbaros padre, y hijo, a Ricla, a Constança, y a Rutilio, y agradeciendo a Policarpa su auiso, se hizieron todos vn monton, y puestos delante los varones, siguiendo el consejo de Policarpa, hallaron passo desembaraçado

hasta

hasta el puerto, y segura embarcacion en la saetia, cuyo piloto, y marineros estauan auisados, y cohechados de Policarpo, que en el mismo punto que aquella gente, que al parecer huida se embarcasse, se hiziessen al mar, y no parassen con ella hasta Inglaterra, ò hasta otra parte mas lexos de aquella isla. Entre la confusa griteria, y el continuo vozear al arma, al arma, entre los estallidos del fuego abrasador, que como si supiera que tenia licencia del dueño de aquellos Palacios, para que los abrasasse, andaua encubierto Policarpo, mirando si salia cierto el robo de Auristela; y assimismo solicitaua el de Antonio la hechizera Zenotia, pero viendo que se auia embarcado todos, sin quedar ninguno, como la verdad se lo dezia, y el alma se lo pronosticaua, acudiò à mandar que todos los baluartes, y todos los nauios que estauã en el puerto, disparassen la artilleria contra el nauio, de los que en èl huian, con lo qual de nueuo se aumentò el estruendo, y el miedo discurriò por los animos de todos los moradores de la Ciudad, que no sabian que enemigos los assaltauan, ò que intempestiuos acontecimientos les acometian. En esto la enamorada Sinforosa ignorante del caso, puso el remedio en sus pies, y sus esperanças en su inocencia, y con passos desconcertados, y temerosos se subiò à vna alta torre de Palacio, à su parecer, parte segura del fuego, que lo demas de el Palacio iba consumiendo. Acertò à encerrarse con ella su hermana Policarpa, que le contò, como si lo huuiera visto, la huida de sus huespedes, cuyas nueuas quitaron el sentido à Sinforosa, y en Policarpa pusieron el arrepentimiẽto de auerlas dado. Amanecia en esto el Alua risueña, para todos los que con ella esperauan descubrir la causa, ò causas de la presente calamidad; y en el pecho de Policarpo anochecia la noche de la mayor tristeza, que pudiera imaginarse; mordiase las manos Zenotia, y maldecia su engañadora ciencia, y las promessas de sus malditos maestros; sola Sinforosa se estaua aun en su desmayo, y sola su hermana lloraua su desgracia, sin descuydarse de hazerle los remedios, que ella podia, para hazerla boluer en su acuerdo. Boluiò en fin, rendiò la vista por el mar, viò volar la saetia, donde iba la mitad de su alma, ò la mejor parte

te della; y como si fuera otra engañada, y nueua Dido, q̃ de otro fugitiuo Eneas se queixa ua, embiando suspiros al cielo, lagrimas à la tierra, y vozes al ayre, dixo estas, ò otras semejantes razones: O hermoso huesped, venido por mi mal à estas riberas, no engañador por cierto, que aun no he sido yo tan dichosa, que me dixesses palabras amorosas para engañarme, amayna essas velas, ò templalas algun tanto, para que se dilate el tiẽpo de que mis ojos vean esse nauio, cuya vista solo porque vas en èl, me consuela. Mira, señor, que huyes de quien te sigue, q̃ te alexas de quien te busca, y das muestras de q̃ aborreces à quiẽ te adora; hija soy de vn Rey, y me contẽto con ser esclaua tuya, y si no tengo hermosura, que pueda satisfacer à tus ojos, tengo deseos que puedan llenar los vacios de los mejores que el amor tiene; no repares en q̃ se abrasse toda esta Ciudad, q̃ si buelues, avrà seruido este incendio de luminarias por la alegria de tu buelta: riquezas tengo, acelera lo fugitiuo mio, y puestas en parte dõde no las hallarà el fuego, aun que mas las busque, porque las guarda el cielo para ti solo. A esta sazon boluiò à hablar con su hermana, y le dixo: No te parece, hermana mia, que ha amaynado algun tanto las velas? no te parece que no camina tanto? ay Dios si se avrà arrepentido! ay Dios si la remora de mi voluntad le detiene el nauio! Ay hermana, respondiò Policarpa, no te engañes, que los deseos, y los engaños suelen andar juntos; el nauio buela, sin que le detenga la remora de tu voluntad, como tu dizes, sino que le impele el viento de tus muchos suspiros. Salteòlas en esto el Rey su padre, que quiso ver de la alta torre tambien como su hija, no la mitad, sino toda su alma, que se le ausentaua, aunque ya no se descubria: los hõbres que tomaron à su cargo encender el fuego del Palacio, le tuuieron tambien de apagarle. Supieron los Ciudadanos la causa del alboroto, y el mal nacido deseo de su Rey Policarpo, y los embustes, y consejos de la hechizera Zenotia, y aquel mismo dia le depusieron del Reyno, y colgaron à Zenotia de vna entena. Sinforosa, y Policarpa fueron respetadas como quien eran, y la ventura que tuuieron fue tal, que correspondio à sus merecimientos; pero no en modo que Sinforosa alcãçasse el fin de-

felice de sus deseos, porque la suerte de Periandro mayores venturas le tenia guardadas. Los del nauio viendose todos juntos, y todos libres, no se hartauan de dar gracias al cielo de su buen sucesso; de ellos supieron otra vez los traidores disignios de Policarpo, pero no les parecierō tan traidores, que no hallasse en ellos disculpa el auer sido por el amor forjados: disculpa bastante de mayores yerros, que quando ocupa a vn alma la pasion amorosa, no ay discurso con que acierte, ni razon q̄ no atropelle. Haziales el tiempo claro, y aunque el viento era largo, estaua el mar tranquilo. Lleuaua la mira de su viage puesta en Inglaterra, a donde pensauan tomar el disignio que mas les conuiniesse, y con tanto sossiego nauegauan, que no les sobresaltaua ningun rezelo, ni miedo de ningun sucesso aduerso; tres dias durò la apacibilidad del mar, y tres dias soplò prospero el viento, hasta que al quarto a poner del Sol, se començò a turbar el viento, y a desasossegarse el mar, y el rezelo de alguna grā borrasca, començò a turbar a los marineros, que la inconstancia de nuestras vidas, y la del mar simbolizan, en no prometer seguridad, ni firmeza alguna largo tiempo; pero quiso la buena suerte, q̄ quando les apartaua este temor, descubriessen cerca de si vna isla, que luego de los marineros fue conocida, y dixerō, que se llamaua la de las Ermitas, de que no poco se alegraron, porque en ella sabiā que estauan dos calas, capazes de guarecerse en ellas de todos viētos mas de veinte nauios, tales en fin, que pudieran seruir de abrigados puertos: dixeron tambien, que en vna de las Ermitas seruia de Ermitaño vn Cauallero principal, Francès, llamado Renato, y en la otra Ermita seruia de Ermitaña vna señora Francesa, llamada Eusebia, cuya historia de los dos era la mas peregrina que se huuiesse visto. El deseo de saberla, y el de repararse de la tormenta, si viniesse, hizo a todos que encaminassen allà la proa: hizose assi con tanto acertamiento, que dieron luego con vna de las calas, donde dieron fondo, sin que nadie se lo impidiesse: y estando informado Arnaldo, de q̄ en la isla no auia otra persona alguna, que la del Ermitaño, y Ermitaña referidos; por dar contento à Auristela, y à Transila, q̄ fatigadas del mar venian, con pa-

re-

recer de Mauricio, Ladislao, Rutilio, y Periandro, mandò echar el esquife al agua, y que saliessen todos à tierra, à passar la noche en sossiego, libres de los baybenes de el mar; y aunque se hizo assi, fue parecer del barbaro Antonio, que èl, y su hijo, y Ladislao, y Rutilio se quedassen en èl nauio, guardandole, pues la fee de sus marineros poco experimentada, no les deuia assegurar de modo, que se fiassen de ellos, y en efeto los que se quedaron en el nauio, fueron los dos Antonios padre, y hijo, con todos los marineros, que la mejor tierra para ellos es las tablas embreadas de sus naues, mejor les huele la pez, la brea, y la resina de sus nauios, que à la demas gente las rosas, las flores, y los amarantos de los jardines. A la sombra de vna peña los de la tierra se repararon del viento, y à la claridad de mi mucha lumbre, que de ramas cortadas en vn instante hizieron, se defendieron del frio, y ya como acostumbrados à passar muchas vezes calamidades semejantes, passaron la de esta noche sin pesadumbre alguna, y mas cõ el alinio que Periandro les causò, con boluer por ruego de Transila à prosiguir su historia, que puesto que èl lo reusaua, añadiendo ruegos Arnaldo, Ladislao, y Mauricio ayudandoles Auriñela, la ocasiõ, y el tiempo, la hizo de proseguir en esta forma.

CAPITVLO XVIII.

Del segundo libro.

SI es verdad, como lo es, ser dulcissima cosa contar en tranquilidad la tormẽta, y en la paz presente los peligros de la passada guerra, y en la salud la enfermedad padecida, dulce me ha de ser a mi agora cõtar mis trabajos en este sossiego, q̃ puesto que no puedo dezir q̃ estoy libre dellos, todavia, segun hã sido grandes, y muchos, puedo afirmar, q̃ estoy en descaso, por ser condiciõ de la humana suerte, que quãdo los bienes comiençan à crecer, parece q̃ vno se van llamãdo à otros, y que no tienen fin donde parar, y los mãles por el mismo consiguiente: los trabajos q̃ yo hasta aqui he padecido, imagino, q̃ han llegado al vltimo paradero de la miserable fortuna, y que es forçoso q̃ declinen, q̃ quando en el estremo de los trabajos no sucede el de la muerte, que es el vltimo de todos, ha de seguirse la mudança,

no de mal à mal, sino de mal à bien, y de bien à mas bien, y este en que estoy, teniendo à mi hermana conmigo, verdadera y precisa causa de todos mis males, y mis bienes, me assegura, y promete que tengo de llegar à la cumbre de los mas felizes que acierte à desearme; y assi con este dichoso pensamiento digo, que quedè en la naue de mis contrarios ya rendidos, donde supe, como ya he dicho, la vẽta que auian hecho de mi hermana, y de las dos recien desposadas pescadoras, y de Cloelia al Principe Arnaldo, que aqui està presente. En tanto que los mios andauan escudriñando, y tanteãdo los bastimentos, que auia en el empedrado nauio, a deshora, y de improuiso de la parte de tierra descubrimos, que sobre los yelos caminaua vn esquadron de armada gente, de mas de quatro mil personas formado, dexonos mas elados que el mismo mar, vista semejante, aprestando las armas mas por muestra de ser hombres, que con pensamiẽto de defenderse: caminauan sobre solo vn pie, dandose cõ el derecho sobre el calcaño izquierdo, con que se impelian, y resbalaua sobre el mar grandissimo trecho, y luego boluiendo à reiterar el golpe, tornauan à resbalar otra gran pieça de camino, y desta suerte en vn instante fueron con nosotros, y nos rodearon por todas partes; y vno de ellos, que como despues supe, era el Capitan de todos, llegandose cerca de nuestro nauio, à trecho que pudo ser oido, assegurando la paz con vn paño blanco, que bolteaua sobre el braço, en lengua Polaca, con voz clara dixo: Cratilo, Rey de Bituania, y señor destos mares, tiene por costumbre de requerirlos cõ gente armada, y sacar dellos los nauios, que del yelo estàn detenidos, à lo menos la gente, y la mercancia que tuuieren, por cuyo beneficio se paga, con tomarla por suya: si vosotros gustaredes de acetar este partido, sin defenderos, gozareis de las vidas, y de la libertad, que no se os ha de cautiuar en ningun modo: miradlo, y sino, aparejaos à defenderos de nuestras armas, continuo vencedoras. Cõtentome la breuedad, y la resolucion del que nos hablaua. Respondile, que me dexasse tomar parecer cõ nosotros mismos, y fue el q̃ mis pescadores me dieron, dezir que el fin de todos los males, y el mayor dellos, era el acabar la vida,

da, la qual se auia de sustentar por todos los medios possibles, como no fuessen por los de la infamia; y que pues en los partidos que nos ofrecian no interuenia ninguna, y del perder la vida estauamos tan ciertos, como dudosos de la defensa: seria bien rendirnos, y dar lugar à la mala fortuna, que entonces nos perseguia, pues podria ser que nos guardasse para mejor ocasiõ. Casi esta misma respuesta di al Capitan del esquadron, y al punto, mas cõ apariencia de guerra, que con muestras de paz, arremetieron al nauio, y en vn instãte le desbalijaron todo, y trasladaron quanto en èl auia, hasta la misma artilleria y jarcias à vnos cueros de bueyes, que sobre el yelo tendieron, liandolos por encima, asseguraron poderlos lleuar, tirandolos con cuerdas, sin q̃ se perdiesse cosa alguna: robaron assimismo lo que hallaron en el otro nuestro nauio, y poniendonos à nosotros sobre otras pieles, alçando vna alegre vozeria, nos tiraron, y nos lleuaron à tierra, que deuia de estar desde el lugar del nauio como veinte millas. Pareceme a mi, que deuia de ser cosa de ver, caminar tanta gente por cima de las aguas à pie enjuto, sin vlar alli el cielo alguno de sus milagros. En fin, aquella noche llegamos à la ribera, de la qual no salimos hasta otro dia por la mañana, que la vimos coronada de infinito numero de gente, que à ver la presa de los elados, y yertos auian venido. Venia entre ellos sobre vn hermoso caballo el Rey Cratilo, que por las insignias Reales con que se adornaua, conocimos ser quien era: venia à su lado assimismo acauallo vna hermosissima muger, armada de vnas armas blancas, à quien no podian acabar de encubrir vn velo negro, con que venian cubiertas; lleuome tras si la vista, tanto su buen parecer, como la gallardia de el Rey Cratilo, y mirandola cõ atencio, conoci ser la hermosa Sulpicia, à quien la corte sia de mis compañeros pocos dias auia dado la libertad, que entonces gozaua. Acudio el Rey à ver los rendidos, y lleuando me el Capitan asido de la mano, le dixo: En este solo mancebo, ò valeroso Rey Cratilo, me parece que te presento la mas rica presa q̃ en razon de persona humana hasta agora humanos ojos han visto. Santos cielos, dixo à esta sazon la hermosa Sulpicia, arrojãdose del caballo al suelo, ò yo no

tengo vista en los ojos, ò es este mi libertador Periandro, y el dezir esto, y añudarme el cuello con sus braços, fue todo vno, cuyas estrañas, y amorosas muestras obligaron tãbien a Cratilo, à que del caballo se arrojasse, y con las mismas señales de alegria me recibiesse. Entonces la desmayada esperança de algun buen sucesso estaua lexos de los pechos de mis pescadores; pero cobrando aliẽto en las muestras alegres, cón que vieron recibirme, leshizo brotar por los ojos el contento, y por las bocas las gracias que dieron à Dios del no esperado beneficio, que ya le contauan, no por beneficio, sino por singular, y conocida merced. Sulpicia dixo à Cratilo: Este mancebo es vn sugeto, donde tiene su asiento la suma cortesia, y su albergue la misma liberalidad, y aunque yo tengo hecha esta experiẽcia, quiero que tu discrecion la acredite, ficõdo por su gallarda presencia (y en esto bien se vẽ, q̃ hablaua como agradecida, y aun como engañada) en limpio esta verdad que te digo: este fue el q̃ me diò libertad despues de la muerte de mi marido, este el que no despreciò mis tesoros, sino el que no los quiso: este fue el q̃ despues de recibidas mis dadiuãs, me las boluiò mejoradas, con el deseo de darmelas mayores, si pudiera: este fue en fin, el que acomodandose, ò por mejor dezir, haziendo acomodar à su gusto el de sus soldados, dandome doze que me acõpañassen, me tiene aora en tu presencia. Yo entonces, à lo que creo, roxo el rostro con las alabanças, ò ya aduladoras, ò demasiadas, que de mi oia, no supe mas que hincarme de rodillas ante Cratilo, pidiendole las manos, que no me las diò, para besarselas, sino para leuantarme del suelo. En este entretãto los doze pescadores que auian venido en guarda de Sulpicia, andauan entre la demas gente, buscando à sus cõpañeros, abraçandose vnos à ottos, y llenos de contento, y regozijo, se contauan sus buenas, y malas suertes; los del mar exageraua su yelo, y los de la tierra sus riquezas: à mi dezia el vno, me ha dado Sulpicia esta cadena de oro: à mi dezia otro, esta joya, que vale por dos de essas cadenas: à mi, replicaua este, me diò tanto dinero: y aquel repetia, mas me ha dado à mi en este solo anillo de diamãtes, que todos vosotros juntos. À todas estas platicas puso

silen-

silencio vn gran rumor que se leuantò entre la gente, causado del que hazia vn poderosissimo caualloo barbaro, à quien dos valientes lacayos traian del freno, sin poderse aueriguar con èl, era de color morcillo, pintado todo de moscas blancas, que sobre manera le hazian hermoso; venia en pelo, porque no consentia ensillarse del mismo Rey; pero no le guardaua este respeto despues de puesto encima, no siendo bastantes à detenerle mil montes de embaraços, que ante èl se pusieran, de lo que el Rey estaua tan pesaroso, que diera vna Ciudad, a quien sus malos siniestros le quitara. Todo esto me contò el Rey breue, y sucintamente, y yo me resolui con mayor breuedad à hazer lo que agora os dirè. Aqui llegaua Periandro con su platica, quando a vn lado de la peña, donde estauan recogidos los del nauio, oyò Arnaldo vn ruido, como de passos de persona, que àzia ellos se encaminauan; leuantòse en pie, puso mano a su espada, y con esforçado denuedo estuuo esperando el sucesso. Callò assimismo Periandro, y las mugeres con miedo, y los varones con animo, especialmente Periandro, atendian lo que seria. Ya la escasa luz de la Luna, que cubierta de nubes no dexaua verse, vieron que àzia ellos venian dos bultos, que no pudieran diferenciar lo que eran, si vno de ellos con voz clara no dixera: No os alborote, señores, quien quiera que seais, nuestra improuita llegada, pues solo venimos à seruiros: esta estancia que teneis desierta, y sola, la podeis mejorar, si quisieredes, en la nuestra, que en la cima de esta montaña està puesta; luz, y lumbre hallareis en ella, y mãjares, que si no delicados, y costosos, son por lo menos necessarios, y de gusto. Yo le respondi: Sois por ventura Renato, y Eusebia, los limpios, y verdaderos amantes, en quien la fama ocupa sus lenguas, diziendo el bien que en ellos se encierra? Si dixerades los desdichados, respondiò el bulto, acertarades en ello; pero en fin nosotros somos los q̃ dezis, y los que os ofrecimos con voluntad sincera el acogimiento, que puede daros nuestra estrecheza. Arnaldo fue de parecer, que se tomasse el consejo que se les ofrecia, pues el rigor del tiempo que amenazaua, les obligaua à ello. Leuantaronse todos, y siguiendo à Renato, y

à Eusebia, que les siruieron de guias, llegaron à la cumbre de vna montañuela, donde vieron dos Ermitas, mas comodas para passar la vida en su pobreza, que para alegrar la vista con su rico adorno. Entraron dentro, y en la q̃ parecia algo mayor, hallaron luzes, que de dos lamparas procedian, con que podian distinguir los ojos lo que dẽtro estaua, que era vn Altar con tres deuotas Imagenes: la vna del Autor de la vida, ya muerto, y crucificado: la otra de la Reyna de los Cielos, y de la Señora de la alegria, triste, y puesta en pie, del que tiene los pies sobre todo el mundo: y la otra del amado Discipulo, que vio mas estando durmiendo, que vierõ quãtos ojos tiene el cielo en sus estrellas. Hincaronse de rodillas, y hecha la deuda oracion con deuoto respeto, les lleuò Renato à vna estancia, que estaua junto à la Ermita, à quien se entraua por vna puerta, que junto al Altar se hazia. Finalmente, pues las menudencias no piden, ni sufren, relaciones largas, se dexarán de contar las que alli passaron, assi de la pobre cena, como del estrecho regalo, que solo se alargaua en la bondad de los Ermitaños, de quien se notaron los pobres vestidos, la edad que tocaua en los margenes de la vejez, la hermosura de Eusebia, dõde todavia resplandecian las muestras de auer sido rara en todo estremo. Auristela, Trãsila, y Constança se quedaron en aquella estancia, à quien siruieron de camas secas espadañas, con otras yervas, para dar gusto al olfato, que à otro sentido alguno. Los hombres se acomodaron en la Ermita en diferentes puestos, tan frios, como duros, y tan duros como frios; corriò el tiẽpo como suele, volò la noche, y amaneciò el dia claro, y sereno, descubriòse la mar tan cortès, y bien criada, que parecia que estaua combidando à que la gozassen, boluiendose à embarcar, y sin duda alguna se hiziera assi, si el piloto de la naue no subiera à dezir, que no se fiassen de las muestras del tiempo, q̃ puesto que prometian serenidad tranquila, los efetos auian de ser muy contrarios. Saliò con su parecer, pues todos se atuuieron à el, que en el arte de la marineria mas sabe el mas simple marinero, que el mayor Letrado del mundo. Dexaron sus heruosos lechos las damas, y los varones sus duras piedras, y salieron à ver des-

de

de aquella cumbre la amenidad de la pequeña isla, que solo podia bojar hasta doze millas; pero tan llena de arboles frutiferos, tan fresca por muchas aguas, tan agradable por las yervas verdes, y tan olorosa por las flores, que en vn igual grado, y à vn mismo tiempo podia satisfacer à todos cinco sentidos. Pocas horas se auia entrado por el dia, quando los dos venerables Ermitaños llamarõ à sus huespedes, y tendiendo dentro de la Ermita verdes, y secas espadañas, formaron sobre el suelo vna agradable alfombra, quizà mas vistosa que las que suelen adornar los Palacios de los Reyes. Luego tendieron sobre ella diuersidad de frutas, assi verdes, como secas, y pan no tan reciente, q̃ no semejasse vizcocho, coronando la mesa assimismo de vasos de corcho con maestria labrados, de frios, y liquidos cristales llenos: el adorno, las frutas, las puras, y limpias aguas, que à pesar de la parda color de los corchos, mostrauan su claridad, y la necesidad juntamente obligò à todos, y aun les forçò, por mejor dezir, à que al rededor de la mesa se sentassen: hizierõlo assi, y despues de la tan breue, como sabrosa comida, Arnaldo suplicò à Renato, que les contasse su historia, y la causa que à la estrecheza de tan pobre vida le auia conducido, el qual, como era Caualler, à quien es anexa siẽpre la cortesia, sin que segunda vez se lo pidiessen, de esta manera començò el cuento de su verdadera historia.

CAPITVLO XIX.

Del segundo libro. Cuenta Renato la ocasion que tuuo para irse à la Isla de las Ermitas.

QVando los trabajos passados se cuentan en prosperidades presentes, suele ser mayor el gusto que se recibe en contarlos, que fue el pesar que se recibió en sufrirlos; esto no podrè dezir de los mios, pues no los cuento fuera de la borrasca, sino en mitad de la tormenta. Naci en Francia, engendraronme padres nobles, ricos, y bien intencionados; crieme en los exercicios de Caualler, medi mis pensamientos con mi Estado; pero con todo esso me atreui à ponerlos en la señora Eusebia, dama de la Reyna de Francia, à quien solo con los ojos la di à entender que la adoraua, y ella, ò ya desci-

dada, ò no aduertida, ni con sus ojos, ni con su lengua me dió à entender, que me entendia; y aunque el disfauor, y los desdenes suelẽ matar al amor en sus principios, faltandole el arrimo de la esperança, cõ quien suele crecer, en mi fue al contrario, porque del silẽcio de Eusebia tomaua alas mi esperança, con que subir hasta el cielo de merecerla; pero la embidia, ò la demasiada curiosidad de Libsomiro, Cauallero assimismo Frãcès, no menos rico, q̃ noble, alcançò à saber mis pensamiẽtos, y sin ponerlos en el punto que deuia, me tuuo mas embidia que lastima, auiendo de ser al cotrario, porque ay dos males en el amor, que llegã à todo estremo: el vno es, querer, y no ser querido: el otro, querer, y ser aborrecido, y à este mal no se iguala el de la ausencia, ni el de los zelos. En resoluciõ, sin auer yo ofendido à Libsomiro, vn dia se fue al Rey, y le dixo, como yo tenia trato ilicito con Eusebia, en ofẽsa de la Magestad Real, y cõtra la ley q̃ deuia guardar como Cauallero, cuya verdad la acreditaria con sus armas, porque no queria que le mostrasse la pluma, ni otros testigos, por no turbar la decencia de Eusebia, à quien vna, y mil vezes acusaua de impudica, y mal intencionada. Cõ esta informacion alborotado el Rey me mandò llamar, y me cõtò lo q̃ Libsomiro de mi le auia contado; disculpè mi inocencia, bolui por la honra de Eusebia, y por el mas comedido medio q̃ pude, desmenti à mi enemigo, remitiòse la prueba à las armas, no quiso el Rey darnos campo en ninguna tierra de su Reyno, por no ir cõtra la ley Catolica, q̃ los prohibe; dionosle vna de las Ciudades libres de Alemania, llegòse el dia de la batalla, pareciò en el puesto con las armas que se auian señalado, q̃ eran espada, y rodela, sin otro artificio alguno; hizieron los padrinos, y los juezes las ceremonias que en tales casos se acostumbran, partieronnos el Sol, y dexaronnos. Entrè yo cõfiado, y animoso, por saber indubitablemente que lleuaua la razon conmigo, y la verdad de mi parte: de mi contrario bien sè yo que entrò animoso, y mas soberuio, y arrogante, q̃ seguro de su cõciencia. O soberanos cielos! ò juizios de Dios inescrutables! yo hize lo que pude, yo puse mis esperanças en Dios, y en la limpieça de mis no executados deseos; sobre mi no tuuo poder el miedo, ni la debi-

bilidad de los braços, ni la puntualidad de los mouimientos; y con todo esso, y no saber dezir el como me hallè tendido en el suelo, y la punta de la espada de mi enemigo puesta sobre mis ojos, amenazandome de presta, y ineuitable muerte: aprieta, dixe yo entonces, ò mas venturoso, que valiente vencedor mio, essa punta de essa espada, y sacame el alma, pues tan mal ha sabido defender su cuerpo, no esperes à que me rinda, que no ha de confessar mi lengua la culpa que no tengo; pecados si tengo yo, que merecen mayores castigos, pero no quiero añadirles este de leuantarme testimonio à mi mismo, y assi mas quiero morir con honra, que viuir deshonrado. Si no te rindes Renato, respondiò mi contrario, esta punta llegara hasta el celebro, y harà que con tu sangre firmes, y confirmes mi verdad, y tu pecado: Llegaron en esto los juezes, y tomaronme por muerto y dieron à mi enemigo el lauro de la vitoria: sacaronme del campo en ombros de sus amigos, y à mi me dexaron solo, en poder del quebranto, y la confusion, con mas tristeza, que heridas, y no con tanto dolor como yo pensaua, pues no fue bastante à quitarme la vida, ya que no me la quitò la espada de mi enemigo. Recogieronme mis criados, boluime à la patria, ni en el camino, ni en ella tenia atreuimiento para alçar los ojos al cielo, que me parecia, que sobre sus parpados càrgaua el peso de la deshonra, y la pesadumbre de la infamia de los amigos que me hablauan, pensaua que me ofendian: el claro cielo para mi estaua cubierto de obscuras tinieblas, ni vn corrillo acaso se hazia en las calles de los vezinos del pueblo, de quien no pensasse, que sus platicas no naciessen de mi deshonra. Finalmente, yo hallè tan apretado de mis melancolias, pensamientos, y confusas imaginaciones, que por salir de ellas, ò à lo menos aliuiarlas, ò acabar con la vida, determinè salir de mi patria, y renunciando mi hazienda en otro hermano menor, que tengo, en vn nauio con algunos de mis criados, quise desterrarme, y venir à estas Setentrionales partes, à buscar lugar, donde no me alcançasse la infamia de mi infame vencimiento, y donde el silencio sepultasse mi nombre, hallè

llè esta isla acaso, contentòme el sitio, y con el ayuda de mis criados leuantè esta Ermita, y encerrème en ella; despedilos, diles orden que cada vn año viniessen à verme, para que enterrassen mis huessos; el amor que me tenian, las promessas que les hize, y los dones que les di, les obligaron à cumplir mis ruegos, que no los quiero llamar mandamientos: fueronse, y dexaronme entregado à mi soledad, donde hallè tan buena compañia en estos arboles, en estas yervas, y plantas, en estas claras fuentes, en estos bullicioso, y frescos arroyuelos, que de nueuo me tuue lastima à mi mismo, de no auer sido vencido muchos tiempos antes, pues cõ aquel trabajo huuiera venido antes al descanso de gozallos. O soledad alegre, compañia de los tristes! O silencio, voz agradable à los oidos, donde llegas, sin que la adulacion, ni la lisonja te acompañen? O que de cosas dixera, señores en alabança de la santa soledad, y del sabroso silencio; pero estorvamelo el deziros primero, como dẽtro de vn año boluieron mis criados, y traxeron consigo à mi adorada Eusebia, que es esta señora Ermitaña que veis presente, à quien mis criados dixeron en el termino que yo quedaua; y ella agradecida à mis deseos, y condolida de mi infamia, quiso, ya que no en la culpa, serme compañera en la pena, y embarcandose con ellos, dexò su patria, y padres, sus regalos, y sus riquezas, y lo mas que dexò, fue la honra, pues la dexò al vano discurso del vulgo, casi siempre engañado, pues con su huida cõfirmaua su yerro, y el mio: recibila como ella esperaua, que yo la recibiesse, y la soledad, y la hermosura, que auiã de encender nuestros començados deseos, hizieron el efeto contrario, merced al cielo, y a la honestidad suya: dimonos las manos de legitimos esposos, enterramos el fuego en la nieue, y en paz, y en amor, como dos estatuas mouibles, ha que viuimos en este lugar casi diez años, en los quales no se ha passado ninguno en que mis criados no bueluan a verme, proueyẽdome de algunas cosas, que en esta soledad es forçoso que me falten: traen alguna vez consigo algun Religioso que nos confiesse. Tenemos en la Ermita suficientes ornamentos para celebrar los Diuinos Oficios; dormimos aparte, comemos juntos, hablamos del

del cielo, menospreciamos la tierra, y confiados en la misericordia de Dios esperamos la vida eterna. Con esto diò fin à su platica Renato, y con esto diò ocasion à que todos los circunstantes se admirassen de su sucesso, no porque les pareciesse nueuo dar castigos el cielo contra la esperança de los pensamientos humanos, pues se sabe, que por vna de dos causas vienen los que parecen males à las gentes, à los malos por castigo, y à los buenos por mejora, y en el numero de los buenos pusieron a Renato, con el qual gastaron algunas palabras de consuelo, y ni mas, ni menos con Eusebia, que se mostrò prudente en los agradecimientos, y consolada en su estado. O vida solitaria, dixo à esta sazon Rutilio, que sepultado en silencio auia estado escuchando la historia de Renato! O vida solitaria, dixo, santa, libre, y segura que infunde el cielo en las regaladas imaginaciones! quien te amara, quien te abraçara, quien te escogiera, y quien finalmente te gozara: Dizes bien, dixo Mauricio, amigo Rutilio, pero essas consideraciones han de caer sobre grandes sugetos; porque no nos ha de causar marauilla, que vn rustico pastor se retire à la soledad de el campo, ni nos ha de admirar, que vn pobre que en la Ciudad muere de hambre, se recoja à la soledad, donde no le ha de faltar el sustento. Modos ay de viuir, q̃ los sustenta la ociosidad, y la pereza, y no es pequeña pereza dexar yo el remedio de mis trabajos en las agenas, aunque misericordiosas, manos. Si yo viera à vn Anibal Cartagines encerrado en vna Ermita, como vi à vn Carlos Quinto encerrado en vn Monasterio, suspendierame, y admirarame; pero que se retire vn plebeyo, que se recoja vn pobre, ni me admira, ni me suspende: fuera va de este cuento Renato, que le truxeron à estas soledades, no la pobreza, sino la fuerça, que naciò de su buẽ discurso, aqui tiene en la carestia abundancia, y en la soledad compañia, y el no tener mas que perder, le haze viuir mas seguro. A lo que añadiò Periandro: Si como tẽgo pocos, tuuiera muchos años, en trances, y ocasiones me ha puesto mi fortuna, que tuuiera por suma felicidad, q̃ la soledad me acompañara, y en la sepultura del silencio se sepultara mi nombre, pero no me dexan resoluer mis deseos, ni mudar de vida la pri-

sa

sa q̃ me dà el cauallo de Cratilo, en quien quedè de mi historia: todos se alegraron oyẽdo esto, por ver que queria Periandro boluer à su tantas vezes començado, y no acabado cuento, que fue assi.

CAPITVLO XX.

Del segundo libro. Cuenta lo que le sucediò con el cauallo, tan estimado de Cratilo, como famoso.

LA grãdeza, la ferocidad, y la hermosura del cauallo q̃ os he descrito, tenia tan enamorado à Cratilo, y tan deseoso de verle manso, como à mi de mostrar que deseaua seruirle, pareciẽdome que el cielo me presentaua ocasion para hazerme agradable à los ojos de quien por señor tenia, y à poder acreditar con algo las alabanças que la hermosa Sulpicia de mi al Rey auia dicho: y assi no tan maduro, como presuroso, fui conde estaua el cauallo, y subi en èl, sin poner el pie en el estriuo, pues no le tenia, y arremeti con èl, sin que el freno fuesse parte para detenerle, y llegue à la punta de vna peña, que sobre la mar pendia, y apretandole de nueuo las piernas, con tan mal grado suyo, como gusto mio, le hize volar por el ayre, y dar con entrambos en la profundidad del mar; y en la mitad del buelo me acordè, q̃ pues el mar estaua elado, me auia de hazer pedaços con el golpe, y tuue mi muerte, y la suya por cierta; pero no fue assi, porque el cielo, que para otras cosas que èl sabe me deue de tener guardado, hizo que las piernas, y braços del poderoso cauallo resistiessen el golpe, sin recibir yo otro daño, que auerme sacudido de si el cauallo, y echado à rodar, resbalando por gran espacio. Ninguno huuo en la ribera que no pensasse, y creyesse q̃ yo quedaua muerto: pero quando me vieron leuantar en pie, aunque tuuieron el sucesso à milagro, juzgaron à locura mi atreuimiento. Duro se le hizo à Mauricio el terrible salto del cauallo, tan sin lesion, que quisiera èl por lo menos que se huuiera quebrado tres, ò quatro piernas, porque no dexara Periandro tan à la cortesia de los que le escuchauã, la creencia de tan desaforado salto; pero el credito que todos tenian de Periandro, les hizo no passar adelante con la duda del no creerle, que assi como es pena del mentiroso,

so, que quando diga verdad no se le crea, assi es gloria de el bien acreditado, el ser creido, quando diga mentira, y como no pudierõ estorbar los pensamientos de Mauricio la platica de Periandro, prosiguiò la suya, diziendo: Bolui à la ribera con el cauallo, bolui assimismo à subir en èl; y por los mismos passos que primero le incitè à saltar segunda vez, pero no fue possible, porque puesto en la punta de la leuantada peña, hizo tanta faerça por no arrojarse, que puso las ancas en el suelo, y rompiò las riendas, quedandose clauado en la tierra: cubriòse luego de vn sudor de pies à cabeça, tan lleno de miedo, que le bolui de leon en cordero, y de animal indomable, en generoso cauallo; de manera que los muchachos se atreuieron à manosearle, y los Cauallerizos del Rey, enjaezandole, subieron en èl, y le corrieron con seguridad, y èl mostrò su ligereza, y su bondad, hasta entonces jamas vista, de lo que el Rey quedò contentissimo, y Sulpicia alegre, por ver que mis obras auian respondido à sus palabras. Tres meses estuuo en su rigor el yelo, y estos se tardaron en acabar vn nauio que el Rey tenia començado, para correr en conueniible tiempo aquellos mares, limpiandolos de cosarios, enriqueziendose con sus robos. En este entretanto le hize algunos seruicios en la caça, donde me mostrè sagaz, y experimentado, y gran sufridor de trabajos: porque en ningun exercicio corresponde assi al de la guerra, como el de la caça, à quien es anexo el cansancio, la sed, y la hambre, y aun à vezes la muerte. La liberalidad de la hermosa Sulpicia se mostrò conmigo, y con los mios estremada, y la cortesia de Cratilo le corriò parejas; los doze pescadores, que traxo consigo Sulpicia, estauan ya ricos, y los que conmigo se perdieron, estauan ganados. Acabòse el nauio, mandò el Rey adereçarle, y pertrecharle de todas las cosas necessarias largamente, y luego me hizo Capitan de èl à toda mi voluntad, sin obligarme à que hiziesse cosa, mas de aquella que fuesse de mi gusto, y despues de auerle besado las manos por tan grã beneficio, le dixe, que me diesse licencia de ir à buscar à mi hermana Auristela, de quien tenia noticia que estaua en poder del Rey de Dinamarca, Cratilo me la dio pa-

para todo aquello que quisiesse hazer, diziendome, que à mas le tenia obligado mi buen termino, hablando como Rey, à quien es anexo tanto el hazer mercedes, como la afabilidad; y si se puede dezir la buena criança, esta tuuo Sulpicia en todo estremo, acompañandola con la liberalidad, con la qual ricos, y contentos, yo, y los mios nos embarcamos, sin que quedasse ninguno. La primer derrota que tomamos, fue à Dinamarca, donde crei hallar à mi hermana, y lo que hallè, fueron nueuas de que de la ribera del mar, à ella, y à otras donzellas las auian robado cosarios: renouaronse mis trabajos, y començaron de nueuo mis lastimas, à quiẽ acompañaron las de Carino, y Solercio, los quales creyeron que en la desgracia de mi hermana, y en su prision se deuia de comprehender la de sus esposas. Sospecharon bien, dixo à esta sazon Arnaldo; y prosiguiendo Periandro, dixo: Barrimos todos los mares, rodeamos todas, ò las mas islas de estos contornos, preguntando siempre por nueuas de mi hermana, pareciendome à mi, con paz sea dicho de todas las hermosas del mundo, que la luz de su rostro no podia estan encubierta, por ser obscuro el lugar donde estuuiesse, y que la suma discrecion suya auia de ser el hilo, que la sacasse de qualquier laberinto: prendimos cosarios, soltamos prisioneros, restituimos haziendas à sus dueños, alçamonos con las mal ganadas de otros, y con esto, colmando nuestro nauio de mil diferentes bienes de fortuna, quisieron los mios boluer à sus redes, y à sus casas, y à los braços de sus hijos, imaginando Carino, y Solercio ser posible hallar à sus esposas en su tierra, ya que en las agenas nó las hallauan. Antes desto llegamos à aquella isla, que à lo que creo se llama Scinta, donde supimos las fiestas de Policarpo, y à todos nos vino voluntad de hallarnos en ellas; no pudo llegar nuestra naue, por ser el viento cõtrario, y assi en trage de marineros bogados, nos entramos en aquel barco luengo, como ya queda dicho, alli ganè los premios, alli fuy coronado por vencedor de todas las contiendas, y de alli tomò ocasion Sinforosa de desear saber quien yo era, como se viò por las diligencias que para ello hizo. Buelto al nauio, y resueltos los mios de dexarme, los roguè

que

que me dexassen el barco, como en premio de los trabajos, que con ellos auia passado, dexaronme le, y aun me dexaran el nauio, si yo le quisiera, diziendome, que si me dexauan solo, no era otra la ocasion, sino porque les parecia ser solo mi deseo, y tan imposible de alcançarle, como lo auia mostrado la experiencia en las diligencias que auiamos hecho para conseguirle. En resolucion, con seis pescadores que quisieron seguirme, lleuados del premio que les di, y del que les ofreci, abraçando à mis amigos me embarquè, y puse la proa en la isla Barbara, de cuyos moradores sabia ya la costumbre, y la falsa profecia q̃ los tenia engañados, la qual no os refiero, porque sè que la sabeis: di al través en aquella isla, fuy preso, y lleuado donde estauan los viuos enterrados; sacaronme otro dia para ser sacrificado, sucediò la tormenta del mar, desbarataronse los leños, que seruian de barcas, salí al mar ancho en vn pedaço de ellas, cõ cadenas, que me rodeauan el cuello, y esposas, que me atauan las manos, caí en las misericordiosas del Principe Arnaldo, que està presente, por cuya orden entrè en la isla, para ser espia que investigasse si estaua en ella mi hermana, no sabiendo que yo fuesse hermano de Auristela; la qual vi no otro dia en trage de varõ à ser sacrificada, conocila, dolióme su dolor, preuine su muerte, con dezir que era hẽbra, como ya lo auia dicho Cloelia su ama, que la acompañaua; y el modo como allí los dos vinieron, ella lo dirà quando quisiere; lo que en la isla nos sucediò, ya lo sabeis: y con esto, y con lo que à mi hermana le queda por dezir, quedareis satisfechos de casi todo aquello que acertare à pediros el deseo en la certeza de nuestros sucessos.

CAPITVLO XXI.

Del segundo libro.

NO sè si tenga por cierto, de manera que ose afirmar, que Mauricio, y algunos de los mas oyentes se holgaron de que Periandro pusiesse fin en su platica, porque las mas vezes las que son largas, aunque sean de importancia, suelen ser desabridas. Este pẽsamiento pudo tener Auristela, pues no quiso acreditarle, cõ començar por entonces la historia de sus acontecimientos, que puesto que auian sido po-

pocos, desde que fue robada de poder de Arnaldo, hasta que Periandro la hallò en la isla Barbara, no quiso añadirlos hasta mejor coyuntura, ni aunque quisiera tuuiera lugar para hazerlo, porque se lo estorvara vna naue, que vieron venir por alta mar, encaminada à la isla con todas las velas tendidas, de modo, que en breue rato llegò à vna de las calas de la isla, y luego fue de Renato conocida, el qual dixo: Esta es señores la naue donde mis criados, y mis amigos suelen visitarme algunas vezes; ya en esto echa la çaloma, y arrojado el esquife al agua, se llenò de gente, que saliò à la ribera, donde ya estauan para recibirle Renato, y todos los que con èl estauan. Hasta veinte serian los desembarcados, entre los quales saliò vno de gentil presencia, que mostrò ser señor de todos los demas, el qual apenas viò à Renato, quando con los braços abiertos se vino à èl, diziendole: Abraçame hermano, en albricias de que te traigo las mejores nueuas que pudieras desear; abraçòle Renato, porque conociò ser su hermano Sinibaldo, a quien dixo: Ningunas nueuas me pueden ser mas agradables, ò hermano mio, que ver tu presencia, que puesto que en el siniestro estado en que me veo ninguna alegria seria biẽ que me alegrasse, el verte passa adelante, y tiene excepcion en la comun regla de mi desgracia. Sinibaldo se boluiò luego à abraçar à Eusebia, y le dixo: Dadme tambien vos los braços, señora, q̃ e tambien me deueis las albricias de las nueuas que traigo, las quales no sera bien dilatarlas, porque no se dilate mas vuestra pena; sabed, señores, q̃ vuestro enemigo es muerto de vna enfermedad, que auiendo estado seis dias antes que muriesse sin habla, se la diò el cielo seis horas antes que despidiesse el alma, en el qual espacio, con muestras de vn grande arrepentimiento confessò la culpa en que auia caydo de auernos acusado falsamente, confessò su embidia, declarò su malicia; y finalmente hizo todas las demostraciones bastantes à manifestar su pecado, puso en los secretos juizios de Dios el auer salido vencedora su maldad cõtra la bondad vuestra, y no solo se contentò con dezirlo, sino que quiso que quedasse por instrumento publico esta verdad, la qual sabida por el Rey, tambien por

pu-

publico instrumento os boluio vuestra honra, y os declarò à ti, ò hermano, por vencedor, y à Eusebia por honesta, y limpia, y ordenò, que fuessedes buscados, y que hallados os lleuassen a su presencia, para recompensaros con su magnanimidad, y grandeza, las estrechezas en que os deueis de auer visto. Si estas son nueuas dignas de que os den gusto, à vuestra buena consideracion lo dexo. Son tales, dixo entonces Arnaldo, que no ay acrecentamiento de vida que las auentaje, ni possession de no esperadas riquezas que las lleguen, porque la honra perdida, y buelta à cobrar con estremo, no tiene bien alguno la tierra, que se le iguale: gozeisle luẽgos años, señor Renato, y gozele en vuestra compañia la sin par Eusebia, yedra de vuestro muro, olmo de vuestra yedra, espejo de vuestro gusto, y exemplo de bondad, y agradecimiento. Este mismo parabien, aunque con palabras diferentes les dieron todos, y luego passaron à preguntarle por nueuas de lo que en Europa passaua, y en otras partes de la tierra, de quien ellos por andar en el mar, tenian poca noticia. Sinibaldo respondiò, que de lo que mas se trataua, era de la calamidad en que estaua puesto por el Rey de los Danaos Leopoldo el Rey antiguo de Dinamarca, y por otros allegados, que à Leopoldo fauorecian. Contò assimismo como se murmuraua, que por la ausencia de Arnaldo, Principe heredero de Dinamarca, estaua su padre tan a pique de perderse, del qual Principe dezian, que qual mariposa se iba tras la luz de vnos bellos ojos de vna su prisionera, tan no conocida por linage, que no se sabia quien fuessen sus padres: contò con esto guerras del de Transiluania, mouimientos del Turco, enemigo comun del genero humano; diò nueuas de la gloriosa muerte de Carlos Quinto, Rey de España, y Emperador Romano terror de los enemigos de la Iglesia, y assombro de los sequazes de Mahoma: dixo assimismo otras cosas mas menudas, que vnas alegraron, y otras suspendieron, y las vnas, y las otras dieron gusto à todos, sino fue al pensatiuo Arnaldo, que desde el punto que oyò la opression de su padre, puso los ojos en el suelo, y la mano en la mexilla, y al cabo de vn buen espacio, que assi estuuo, quitò los ojos de la

tierra, y poniendolos en el cielo, exclamando en voz alta, dixo: O amor, ò honra, ò compaísion paterna, y como me apretais el alma; perdoname amor, que no porque me aparto te dexo; esperame, ò honra, que no porque tenga amor, dexarè de seguirte: consuelate, ò padre, que ya buelvo, esperadme vassallos, que el amor nunca hizo ninguno cobarde, ni lo he de ser yo en defenderos, pues soy el mejor, y el mas bien enamorado del mundo para la sin par Auristela, quiero ir à ganar lo que es mio, y para poder merecer, por ser Rey, lo que no merezco por ser amante, que el amante pobre, si la ventura à manos llenas no le favorece, casi no es posible que llegue à felice fin su deseo, Rey la quiero pretender, Rey la he de servir, amante la he de adorar; y si con todo esto no la pudiere merecer, culparè mas à mi suerte, que à su conocimiento. Todos los circunstantes quedaron suspensos, oyendo las razones de Arnaldo: pero el que mas lo quedò de todos, fue Sinibaldo, a quien Mauricio auia dicho, como aquel era el Principe de Dinamarca, y aquella, mostrandole a Auristela, la prisionera que dezian que le traia rendido, puso algo mas de proposito los ojos en Auristela Sinibaldo, y luego juzgò a discrecion, la que en Arnaldo parecia locura, porque la belleza de Auristela, como otras vezes se ha dicho, era tal, que cautiuaua los coraçones de quãtos la miraua, y hallauan en ella disculpa todos los errores que por ella se hizieran. Es, pues, el caso, que aquel mismo dia se concertò, que Renato, y Eusebia se boluiessen à Francia, lleuando en su nauio à Arnaldo, para dexalle en su Reyno; el qual quiso lleuar consigo à Mauricio, y à Transila su hija, y à Ladislao su yerno, y que en el nauio de la huida, prosiguiendo su viage, fuessen a España Periandro, los dos Antonios, Auristela, Ricla, y la hermosa Constança. Rutilio viendo este repartimiẽto, estuuo esperando a que parte le echarian; pero antes que la declarassen, puesto de rodillas ante Renato, le suplicò le hiziesse heredero de sus alhajas, y le dexasse en aquella isla, si quiera, para que no faltasse en ella quien encendiesse el farol q̃ guiasse a los perdidos nauegantes, porque èl queria acabar

bien

bien la vida, hasta entonces mala, reforçaron todos su Christiana peticion, y el buẽ Renato, que era tan Christiano, como liberal, le concedió todo quanto pedia, diziendole, que quisiera que fueran de importancia las cosas que le dexaua, puesto que eran todas las necessarias, para cultiuar la tierra, y passar la vida humana: à lo que añadió Arnaldo, que èl le prometia, si se viesse pacifico en su Reyno, de embiarle cada vn año vn baxel que le socorriesse: a todos hizo señales de besar los pies Rutilio, y todos le abraçaron, y los mas de ellos lloraron de ver la santa resolucion del nueuo Ermitaño, q̃ aunque la nuestra no se enmiende, siempre da gusto ver enmendar la agena vida, sino es que llega a tanto la proterbidad nuestra, que querriamos ser el abismo que a otros abismos llamasse. Dos dias tardaron en disponerse, y acomodarse para seguir cada vno su viage, y al punto de la partida huuo corteses comedimientos, especialmente entre Arnaldo, Periandro, y Auristela; y aunque entre ellos se mezclaron amorosas razones, todas fueron honestas, y comedidas, pues no alborotaron el pecho de Periandro; lloró Transila, no tuuo enjutos los ojos Mauricio, ni lo estuuieron los de Ladislao; gimió Ricla, enternecióse Constança, y su padre, y su hermano tambien se mostraron tiernos; andaúa Rutilio de vnos en otros, ya vestido con los habitos de Ermitaño de Renato, despidiendose destos, y de aquellos, mezclando sollozos, y lagrimas todo a vn tiempo. Finalmente combidandoles el sossegado tiempo, y vn viento, que podia seruir a diferentes viages, se embarcaron, y le dieron las velas, y Rutilio mil bendiciones, puesto en lo alto de las Ermitas. Y aqui dió fin a este segundo libro el Autor de esta peregrina historia.

LIBRO TERCERO, DE LOS TRABAIOS DE PERSILES, Y Sigismunda.



HISTORIA SEPTENTRIONAL;

CAPITVLO PRIMERO.

De el Libro Tercero.

COMO Estàn nuestras almas siempre en continuo mouimiẽto, y no pueden parar, ni sossegar, sino en su cẽtro, que es Dios, para quien fueron criadas, no es marauilla, que nuestros pensamientos se muden q̃ este se tome, aquel se dexe vno se prosigá, y otro se oluide, y el que mas cerca anduuiere de su sossiego, este serà el mejor, quando no se mezcle con error de entendimiento. Esto se ha dicho en disculpa de la ligereza que mostro Arnaldo en dexar en vn punto el deseo que tanto tiempo auia mostrado de seruir à Auriste la; pero no se puede dezir q̃ le dexò, sino que le entretuuo en tanto que el de la honra, que sobrepuja al de todas las acciones humanas, se apoderò de su alma, el qual deseo se le declarò Arnaldo à Periandro vna noche antes de la partida, hablandole à parte en la isla de las Ermitas. Alli le su-

suplicò, que quien pide lo que ha menester, no ruega, sino suplica, que mirasse por su hermana Auristela, y que la guardasse para Reyna de Dinamarca, y que aunque la vëtura no se le mostrasse à èl buena, en cobrar su Reyno, y en tan justa demanda perdiesse la vida, se estimasse Auristela por viuda de vn Principe, y como tal supiesse escoger esposo, puesto que ya èl sabia, y muchas vezes lo auia dicho, que por ser sola, sin tener dependencia de otra grandeza alguna, merecia ser señora del mayor Reyno del mundo, no que del de Dinamarca: Periandro le respondiò, que le agradecia su buen deseo, y que èl tendria cuydado de mirar por ella, como por cosa que tanto le tocaua, y que tambien le venia. Ninguna de estas razones dixo Periandro à Auristela, porque las alabãças q̃ se dan à la persona amada, halas de dezir el amante como propias, y no como que se dizẽ de persona agena. No ha de enamorar el amante con las gracias de otro, suyas han de ser las que mostrare à su dama; sino canta bien, no le traiga quien la cante; sino es demasiado gentilhombre, no se acompañe con Ganimedes; y finalmente soy de parecer, que las faltas que tuuiere, no las enmiende con agenas sobras. Estos consejos no se dan à Periandro que de los bienes de la naturaleza se llenaua la gala, y en los de la fortuna era inferior à pocos. En esto iban las naues con vn mismo viento, por diferentes caminos, que este es vno de los que parecen misterios en el arte de la nauegacion; iban rompiendo, como digo, no claros cristales, sino azules; mostrauase el mar colchado, porque el viento tratandole con respeto, no se atreuia à tocarle à mas de la superficie; la naue suauemente le besaua los labios, y se dexaua resbalar por èl con tanta ligereza, que apenas parecia que le tocaua: de esta suerte, y con la misma tranquilidad, y sossiego nauegaron diez y siete dias, sin ser necessario subir, ni baxar, ni llegar à templar las velas, cuya felicidad en los que nauegan, sino tuuiesse por descuëtos el temor de borrascas venideras, no auia gusto cõ que igualarle. Al cabo de estos, ò pocos mas dias, al amanecer de vno, dixo vn grumete, q̃ desde la gauia mayor iba descubriendo la tierra: Albricias señores, albricias pido, y albricias merezco, tierra, tie-

rra, aunque mejor diria, cielo, cielo, porque sin duda estamos en el parage de la famosa Lisboa, cuyas nueuas sacaron de los ojos de todos tiernas, y alegres lagrimas, especialmente de Ricla, de los dos Antonios, y de su hija Constança; porque les pareciò que ya auian llegado à la tierra de Promission, que tãto deseauan; echòle los braços Antonio al cuello, diziẽdole: Agora sabràs, barbara mia, del modo q̃ has de seruir à Dios, con otra relacion mas copiosa, aunque no diferente de la que yo te he hecho; agora verás los ricos Tẽplos, en que es adorado; verás juntamente las Catolicas ceremonias con que se sirue; y notaràs como la caridad Christiana està en su punto: aqui en esta Ciudad verás como son verdugos de la enfermedad muchos Hospitales, que la destruyen; y el que en ellos pierde la vida, embuelto en la eficacia de infinitas indulgencias, gana la del cielo: aqui el amor, y la honestidad se dã las manos, y se passean juntos, la cortesia no deja que se le llegue la arrogancia, y la braueça no consiente que se le acerque la cobardia; todos sus moradores son agradables, son corteses, son liberales, y son enamorados, porque son discretos, la Ciudad es la mayor de Europa, y la de mayores tratos; en ella se descargan las riquezas del Oriente, y desde ella se reparten por el vniuerso: su puerto es capaz, no solo de naues, q̃ se puedan reducir à numero, sino de selvas mouibles de arboles, que los de las naues forman, la hermosura de las mugeres admira, y enamora, la bizarria de los hombres pasma, como ellos dizen: finalmente esta es la tierra que dà al cielo santo, y copiosissimo tributo. No digas mas, dixo à esta sazon Periandro, dexa Antonio algo para nuestros ojos, que las alabanças no lo han de dezir todo, algo has de quedar para la vista, para que con ella nos admiremos de nueuo, y assi creciendo el gusto por puntos, vendrà à ser mayor en sus estremos. Contentissima estaua Auristela de ver que le acercaua la hora de poner pie en tierra firme, sin andar de puerto en puerto, y de isla en isla, sujeta à la inconstancia del mar, y à la mouible voluntad de los vientos, y mas quando supo, que desde alli à Roma podia ir à pie enjuto, sin embarcarse otra vez, si no quisiesse. Medio dia feria quando llegaron

à San Gian, donde se registrò el nauio, y donde el Castellano del castillo, y los que con èl entraron en la naue, se admiraron de la hermosura de Auristela, de la gallardia de Periandro, del trage Barbaro de los dos Antonios, del buẽ aspecto de Ricla, y de la agradable belleza de Constança; supieron ser estrangeros, y que iban peregrinando à Roma: satisfizo Periandro à los marineros, que los auian traido magnificamente, con el oro que sacò Ricla de la isla Barbara, ya buelto en moneda corriente en la isla de Policarpo; los marineros quisieron llegar à Lisboa à grangearlo con alguna mercãcia; el Castellano de San Gian embiò al Gouernador de Lisboa, que entonces era el Arçobispo de Braga, por ausencia del Rey, que no estaua en la Ciudad, de la nueua venida de los estrangeros, y de la sin par belleza de Auristela, añadiendo la de Constança, que con el trage de Barbara, no solamẽte no la encubria, pero la realçaua; exagerole asimismo la gallarda disposicion de Periandro, y juntamente la discrecion de todos, que no Barbaros, sino Cortesanos parecian. Llegò el nauio à la ribera de la Ciudad, y en la de Belen se desembarcaron, porque quiso Auristela, enamorada, y deuota de la fama de aquel santo Monasterio visitarle primero, y adorar en èl al verdadero Dios, libre, y desembaraçadamente, sin las torcidas ceremonias de su tierra. Auia salido à la marina infinita gente a ver los estrãgeros desembarcados en Belen, corrieron allà todos por ver la nouedad, que siempre se lleua tras sì los deseos, y los ojos. Ya salia de Belen el nueuo esquadrõ de la nueua hermosura, Ricla medianamente hermosa, pero estremadamente à lo Barbaro vestida, Constança hermosissima, y rodeada de pieles, Antonio el padre, braços, y piernas descubiertas, pero con pieles de lobos cubierto lo demas del cuerpo; Antonio el hijo iba del mismo modo, pero con el arco en la mano, y la aljaua de las saetas à las espaldas; Periandro con casaca de terciopelo verde, y calçones de lo mismo à lo marinero, vn bonete estrecho, y puntiagudo, en la cabeça, que no le podia cubrir las sortijas de oro, que sus cabellos formauan; Auristela traia toda la gala del Setentrion en el vestido, la mas bizarra gallardia en el cuerpo, y la mayor hermosura del

mundo en el rostro; en efeto todos juntos, y cada vno de por si, causauan espanto, y marauilla à quien los miraua; pero sobre todos campeaua la sin par Auristela, y el gallardo Periandro. Llegaron por tierra à Lisboa, rodeados de plebeya, y de Cortesana gente, lleuaronlos al Gouernador, que despues de admirado de verlos, no se cansaua de preguntarles, quienes eran, de donde venian, y adonde iban: à lo que respondiò Periandro, que ya traia estudiada la respuesta que auia de dar à semejantes preguntas, viendo que se la auian de hazer muchas vezes, quando queria, ò le parecia que conuenia, relataua su historia à lo largo, encubriendo siempre sus padres, de modo, que satisfaciendo à los que le preguntaúan, en breues razones cifraua, sino toda, à lo menos gran parte de su historia. Mãdolos el Visorrey aloxar en vno de los mejores aloxamiẽtos de la Ciudad, que acertò à ser la casa de vn magnifico Cauallero Portugues, donde era tanta la gente que concurriá para ver à Auristela, de quiẽ sola auia salido la fama de lo que auia que ver en todos, que fue parecer de Periãdro, mudarnos los trages de Barbaros en los de peregrinos, porque la nouedad de los q̃ traian, era la causa principal de ser tan seguidos, que ya parecian perseguidos del vulgo; ademas q̃ para el viage que ellos lleuauan de Roma, ninguno le venia mas à cuento: hizose assi, y de alli à dos dias se vieron peregrinamente peregrinos. Acaeciò, pues, que al salir vn dia de casa, vn hombre Portugues se arrojò à los pies de Periandro, llamandole por su nombre, y abraçãdole por las piernas, le dixo: Que ventura es esta, señor Periandro, que la des à esta tierra con tu presencia? No te admires en ver que te nombro por tu nombre, que vno soy de aquellos veinte que cobraron libertad en la abrasada isla Barbara, dõde tu la tenias perdida; halleme à la muerte de Manuel de Sosa Coutiño, el Cauallero Portugues; apartème de ti, y de los tuyos en el hospedage, donde llegò Mauricio, y Ladislao en busca de Transila, esposa del vno, y hija del otro; traxome la buena suerte à mi patria, contè aqui à sus pariẽtes la enamorada muerte, creyeronla, y aunque yo no se la afirmara de vista, la creyeran, por tener casi en costumbre el morir de amo-

res

res los Portugueses; vn hermano suyo, que heredò su hazienda, ha hecho sus exequias, y en vna Capilla de su linage, le puso en vna piedra de marmol blanco, como si debaxo della estuuiera enterrado, vn epitafio, que quiero que vengais à ver todos, assi como estais, porque creo que osha de agradar por discreto, y por gracioso. Por las palabras bien conociò Periandro, que aquel hombre dezia verdad, pero por el rostro no se acordaua auerle visto en su vida, con todo esso se fueron al Templo que dezia, y vieron la Capilla, y la losa, sobre la qual estaua escrito en lengua Portugueta este Epitafio, que leyò casi en Castellano Antonio el padre, que dezia assi.

Aqui yaze viua la memoria del ya muerto Manuel de Sosa Coutiño, Cauallero Portugues, que à ser Portugues, aun fuera viuo; no murio à las manos de ningun Castellano, sino à las de amor, que todo lo puede, procura saber su vida, y embidiarás su muerte, passajero.

Viò Periandro, que auia tenido razon el Portugues de alabarle el Epitafio, en el escriuir de los quales tiene grã primor la nacion Portuguesa. Preguntò Auristela al Portugues, que sentimiento auia hecho la Monja, dama del muerto, por la muerte de su amante; el qual la respondiò, que dentro de pocos dias que la supo, passò de esta à mejor vida, ò ya por la estrecheza de la que hazia siempre, ò ya por el sentimiento del no pensado sucesso. Desde alli se fueron en casa de vn famoso pintor, donde ordenò Periandro, que en vn lienço grande le pintasse todos los mas principales casos de su historia; à vn lado pintò la isla Barbara ardiendo en llamas, y alli juntò la isla de la prision, y vn poco mas desviado la balsa, ò enmaderamiento, donde le hallò Arnaldo, quãdo le lleuò à su nauio; en otra parte estaua la isla nenada, dõde el enamorado Portugues perdiò la vida: luego la naue que los soldados

de

de Arnaldo taladraron; alli junto pintò la diuision del esquife, y de la barca; alli se mostraua el desafio de los amantes de Taurisa, y su muerte; acà estauan serrando por la quilla la naue, que auia seruido de sepultura à Auristela, y à los que con ella venian; acullà estaua la agradable isla donde vió en sueños Periandro los dos esquadrones de virtudes, y vicios; alli junto la naue, donde los pezes Naufragos pescaron à los dos marineros, y les dieron en su viẽtre sepultura: no se oluidò de què pintasse, verse empedrados en el mar elado el assalto, y combate del nauio, ni el entregarse à Cratilo: pintò assimismo la temeraria carrera del poderoso cauallo, cuyo espanto de leon le hizo cordero, que los tales con vn assombro se amansan; pintò como en rasguño, y en estrecho espacio las fiestas de Policarpo, coronandose à si mismo por vencedor en ellas: resolutamente no quedò passo principal, en que no hiziesse labor en su historia, que alli no pintasse, hasta poner la Ciudad de Lisboa, y su desembarcacion en el mismo trage en que auian venido: tambiẽ se vió en el mismo lienço arder la isla de Policarpo, à Clodio traspassado con la saeta de Antonio, y à Zenotia colgada de vna entena. Pintòse tambien la isla de las Ermitas, y à Rutilio con apariẽcias de santo: este lienço se hazia de vna recopilacion, q̃ les escusaua de contar su historia por menudo; porque Antonio el moço declaraua las pinturas, y los sucessos, quando le apretauan, à que los dixesse; pero en lo que mas se auentajò el pintor famoso, fue en el retrato de Auristela, en quien deziã se auia mostrado à saber pintar vna hermosa figura, puesto que la dexaua agraviada, pues à la belleza de Auristela, sino era llenado de pensamiento diuino, no auia pincel humano que alcançasse. Diez dias estuuieron en Lisboa, todos los quales gastaron en visitar los Templos, y en encaminar sus almas por la derecha senda de su saluacion, al cabo de los quales, con licencia del Visorrey, y con patentes verdaderas, y firmes de quienes eran, y adonde iban; se despidieron del Caualiero Portugues su huesped, y del hermano del enamorado Alberto, de quien recibieron grandes caricias, y beneficios, y se pusieron en camino de Castilla, y esta partida fue menester hazer;

zerla de noche, temerosos q̃ si de dia la hizieran, la gente que les seguiria, la estorvara, puesto q̃ la mudança del trage auia hecho ya que amaynasse la admiracion.

CAPITVLO II.

Del tercero libro. Peregrinos su viage por España, sucedenles nueuos, y estraños casos.

PEdian los tiernos años de Auristela, y los mas tiernos de Constança, con los entreuerados de Ricla, coches, estruendo, y aparato, para el largo viage en que se ponia; pero la deuocion de Auristela, que auia prometido de ir à pie hasta Roma, desde la parte do llegasse en tierra firme, lleuo tras si las demas deuociones, y todos de vn parecer, assi varones, como hembras votaron el viage à pie, añadiendo, si fuesse necessario, mendigar de puerta en puerta; con esto cerrò la del dar Ricla, y Periandro se escusò de no disponer de la Cruz de diamantes, que Auristela traia, guardando la con las inestimables perlas, para mejor ocasion; solamente compraron vn vagage, q̃ sobrellenasse las cargas, que no pudieran sufrir las espaldas; acomodaronle de bordones, que seruian de arrimo, y defensa, y de baynas de vnos agudos estoques. Con este Christiano, y humilde aparato salierõ de Lisboa, dexãdola sola sin su belleza, y pobre sin la riqueza de su discrecion, como lo mostraron los infinitos corrillos de gẽte, que en ella se hizieron, donde la fama no trataua de otra cosa, sino del estremo de discrecion, y belleza de los peregrinos estrãgeros. De esta manera, acomodandose à sufrir el trabajo de hasta dos, ò tres leguas de camino cada dia, llegaron à Badajoz, donde ya tenia el Corregidor Castellano nueuas de Lisboa, como por alli auian de passar los nueuos peregrinos, los quales entrando en la Ciudad acertaron à alojarse en vn meson, donde se alojaua vna compañia de famosos recitantes, los quales aquella misma noche auian de dar la muestra, para alcançar la licencia de representar en publico en casa del Corregidor; pero apenas vieron el rostro de Auristela, y el de Constança, quando les sobresaltò lo que solia sobresaltar à todos aquellos que primeramente las veian, que era admiracion, y espanto; pero ningu-

guno puso tã en punto el marauillarse, como fue el ingenio de vn poeta, que de proposito con los recitantes venia, assi para enmendar, y remendar comedias viejas, como para hazerlas de nueuo, exercicio mas ingenioso, que honrado, y mas de trabajo, q̃ de prouecho; pero la excelẽcia de la poesia es tan limpia como el agua clara, que à todo lo no limpio aprouecha, es como el Sol, que passa por todas las cosas inmundas, sin q̃ se le pegue nada; es habilidad que tanto vale, quanto se estima; es vn rayo, que suele salir de donde està encerrado, no abrasando, sino alumbrando; es instrumento acordado, que dulcemente alegra los sentidos, y al passo del deleyte lleua cõsigo la honestidad, y el prouecho: digo en fin, que este poeta, à quien la necessidad auia hecho trocar los Parnasos cõ los mesones, y las Castalias, y las Aganipes con los charcos, y arroyos de los caminos, y ventas, fue el que mas se admirò de la belleza de Auristela, y al momento la marcò en su imaginacion, y la tuuo por mas q̃ buena, para ser comẽdianta, sin reparar si sabia, ò no la lengua Castellana; contentòle el talle, diole gusto el brio, y en vn instante la vistiò en su imaginacion en habito corto de varon, desnudola luego, y vistiola de Ninfa, y casi al mismo punto la embistiò de la Magestad de Reyna, sin dexar trage de risa, o de gravedad, de que no la vistiesse, y entodas se le representò graue, alegre, discreta, aguda, y sobre manera honesta, estremos que se acomodan mal en vna farsanta hermosa. Valgame Dios, y con quanta facilidad discurre el ingenio de vn poeta, y se arroja à romper por mil imposibles, sobre quan flacos cimientos leuanta grandes quimeras, todo se lo halla hecho, todo facil, todo llano, y esto de manera, q̃ las esperanças le sobran, quãdo la ventura le falta, como lo mostrò este nuestro moderno poeta, quando vio descoger acaso el lienço donde venian pintados los trabajos de Periandro; alli se viò èl en el mayor que en su vida se auia visto, por venirle à la imaginacion vn grandissimo deseo de componer de todos ellos vna comedia; pero no acertaua en que nombre le pondria, si le llamaria comedia, ò tragedia, ò tragicomedia; porque si sabia el principio, ignoraua el medio, y el fin, pues aun todauia iban corriendo

las vidas de Periandro, y de Auriſtela, cuyos fines auian de poner nombre à lo que de ellos ſe repreſentaſſe; pero lo que mas le fatigaua, era penſar como podria encaxar vn lacayo conſejero, y gracioſo en el mar, y entre tãtas islas, fuego, y nieues, y con todo eſto no ſe deſeſperò de hazer la comedia, y de encajar el tal lacayo, à peſar de todas las reglas de la poeſia, y à deſpecho del arte comico; y en tanto q̃ en eſto iba, y venia, tuuo lugar de hablar à Auriſtela, y de proponerle ſu deſeo, y de acõ ſejarla quan bien la eſtaria, ſi ſe hizieſſe recitanta. Dixole, que à dos ſalidas al teatro le llouerian minas de oro acueſtas, porque los Principes de aquella edad eran como hechos de alquimia, que llegada al oro, es oro, y llegada al cobre, es cobre; pero que porq la mayor parte rendian tuvo luntad à las ninfas de los teatros, a las diosas enteras, y à las ſemidеas, à las Reynas de eſtudio, y a las fregonas de apariencia. Dixole, que ſi alguna fiesta Real hazer taſſe à hazerſe en ſu tiẽpo, que ſe diſfraſſe por encubierta de faldellines de oro, porque todas, ò las mas libreas de los Caualleros auian de venir à ſu caſa rendidas a beſarle los pies; repreſentole el guſto de los viages, y el lleuarſe tras ſi dos, ò tres diſfraçados Caualleros, que la ſeruian tan de criados, como de amantes, y ſobre todo encarecia, y puſo ſobre las nubes la excelencia, y la honra que le darian en encargarle las primeras figuras. En fin le dixo, que ſi en alguna coſa ſe verificaua la verdad de vn antiguo refran Caſtellano, era en las hermoſas farſantas, donde la honra, y prouecho cabian en vn ſaco. Auriſtela le reſpondio, que no auia entendido palabra de quantas le auia dicho, porque bien ſe veia, que ignoraua la lengua Caſtellana, y que puеſto que la ſupiera, ſus penſamientos eran otros, que tenian puеſta la mira en otros exercicios, ſi no tan agradables, a lo menos mas conuenientes. Deſeſperole el poeta con la reſoluta reſpuеſta de Auriſtela, miroſe à los pies de ſu ignorancia, y deshizo la rueda de ſu vanidad, y locura. Aquella noche fueron à dar nueſtra en caſa del Corregidor, el qual como huuieſſe ſabido que la hermoſa junta peregrina eſtaua en la Ciudad, los embiò à buſcar, y à combidar, viniеſſen en ſu caſa à ver la comedia, y à recibir en ella nueſtras del deſeo que tenia

de

de seruirles, por las que de su valor le auian escrito de Lisboa; acetòlo Periandro con parecer de Auristela, y de Antonio el padre, à quien obedecian como à su mayor. Iuntas estauan muchas damas de la Ciudad con la Corregidora, quando entraron Auristela, Ricla, y Constançan, con Periandro, y los dos Antonios, admirando, suspendiendo, alborotando la vista de los presentes, que à sentir tales efetos, les forçaua la sin par bizarria de los nueuos peregrinos, los quales acrecentando con su humildad, y buen parecer la beneuolẽcia de los que los recibieron, dieron lugar à que les diessen casi el mas hõrado en la fiesta, que fue la representacion de la fabula de Cefalo, y de Pocris, quando ella zelosa, mas de lo que deuia, y èl con menos discurso que fuera necessario, dispàrò el dardo, que à ella le quitò la vida, y à èl el gusto para siempre, el verso tocò los estremos de bondad posibles, como compuestos, segun se dixo, por Iuan de Herrera de Gamboa, à quien por mal nõbre llamaron el Maganto, cuyo ingenio tocò assimismo las mas altas rayas de la poetica esfera. Acabada la comedia, desmenuçaron las damas la hermosura de Auristela parte por parte, y hallaron todas vn todo, à quien dieron por nombre Perfeccion sin tacha, y los varones dixeron lo mismo de la gallardia de Periandro; y de recudida se alabò tambien la belleza de Constança, y la bizarria de su hermano Antonio. Tres dias estuuieron en la Ciudad, donde en ellos mostrò el Corregidor ser Cauallero liberal, y tener la Corregidora condicion de Reyna, segun fueron las dadiuas, y presentes que hizo à Auristela, y à los demas peregrinos, los quales mostrandose agradecidos, y obligados, prometieron de tener cuenta de darla de sus sucessos, de donde quiera que estuuiessen. Partidos, pues, de Badajoz, se encaminaron à Nuestra Señora de Guadalupe, y auiẽdo andado tres dias, y en ellos cinco leguas, les tomò la noche en vn monte poblado de infinitas encinas, y de otros rusticos arboles: tenia suspenso el cielo el curso, y sazon del tiempo en la balança igual de los dos Equinocios, ni el calor fatigaua, ni el frio ofendia, y à necessidad tambien se podia passar la noche en el campo, como en la Aldea, y à esta causa, y por estar lexos vn pueblo,

blo, quiso Auriſtela que ſe quedaſſen en vnas majadas de paſtores boyeros, que à los ojos ſe les ofrecieron: hizoſe lo que Auriſtela quiſo, y apenas auian entrado por el boſque docientos paſſos, quando ſe cerrò la noche con tanta obſcuridad, que los detuuo, y les hizo mirar atentamente la lumbre de los boyeros, porque ſu reſplandor les ſiruieſſe de norte, para no errar el camino. Las tinieblas de la noche, y vn ruydo que ſintieron, les detuuo el paſſo, y hizo que Antonio el moço ſe apercibieſſe de ſu arco, perpetuo compañero ſuyo; llegò en eſto vn hombre acauallo, cuyo roſtro no vieron, el qual les dixo: Soìs de eſta tierra, buena gente? No por cierto, reſpondiò Periandro, ſino de bien lexos de ella, peregrinos eſtrangeros ſomos, que vamos à Roma, y primero à Guadalupe. Si, que tambien, dixo el de acauallo, ay en las eſtrangeras tierras caridad, y corteſia, tambien ay almas compaſsiuas donde quiera? Pues no, reſpondiò Antonio, ni mal ſeñor, quien quiera que ſeais, ſi aueis menester algo de noſotros, y vereis como ſale verdadera vueſtra imaginacion. Tomad, dixo pues el Cauallero, tomad ſeñores eſta cadena de oro, que deue de valer mas de docientos eſcudos, y tomad aſſimiſmo eſta prenda, que no deue de tener precio, à lo menos yo no ſe le hallo, y darle heis en la Ciudad de Truxillo à vno de dos Caualleros, que en ella, y en todo el mundo ſon bien conocidos; llamaſe el vno Don Francisco Piçarro, y el otro Don Iuan de Orellana, ambos moços, ambos libres, ambos ricos, y ambos en todo eſtremo, y en eſto puſo en las manos de Ricla, que como muger compaſsiua, ſe adelantò à tomarlo, vna criatura, que ya començaua à llorar, embuelta; ni ſe ſupo por entonces, ſi en ricos, ò en pobres paños, y direis à qualquiera de ellos que la guarden, que preſto ſabràn quien es, y las deſdichas que à ſer dichoſo le avràn leuado, ſi llega à ſu preſencia, y perdonadme, que mis enemigos me ſiguen, los quales, ſi aqui llegaren, y preguntaren ſi me aueis viſto, direis que no, pues os importa poco el dezir eſto; ò ſi ya os pareciere mejor, dezid, que por aqui paſſaron tres, ò quatro hombres de acauallo, que iban diziendo: A Portugal, à Portugal, y à

Dios

Dios quedad, que no puedo detenerme, que puesto que el miedo pone espuelas, mas agudas las pone la honra, y arrimando las que traia, al caballo, se apartò como vn rayo de ellos; pero casi al mismo punto boluiò el Cauallero, y dixo: No està bautizado, y tornò à seguir su viage. Veis aqui à nuestros peregrinos, à Ricla con la criatura en los braços, à Periandro con la cadena al cuello, à Antonio el moço, sin dexar de tener flechado el arco, y al padre en postura de desembaynar el estoque, que de bordon le seruia, y à Auristela confusa, y atonita del estraño suceso, y a todos juntos admirados de el estraño acontecimiento, cuya salida fue por entonces, que aconsejò Auristela, que como mejor pudiessẽ, llegassen a la majada de los boyeros, dõde podria ser hallassen remedios, para sustẽtar aquella reciẽ nacida criatura, que por su pequeñez, y la debilidad de su llanto, mostraua ser de pocas horas nacida; hizose assi, y apenas llegaron a la majada de los pastores, a costa de muchos tropiezos, y caydas, quando antes que los peregrinos les preguntassen si eran seruidos de darles alojamiento aquella noche, llegò a la majada vna muger llorando, triste, pero no reciamẽte, por que mostraua en sus gemidos qũe se esforçaua à no dexar salir la voz del pecho; venia medio desnuda, pero las ropas que la cubrian eran de rica, y principal persona; la lumbre, y luz de las hogueras, à pesar de la diligencia que ella hazia, para encubrirse el rostro, la descubrieron, y vieron ser tan hermosa como niña, y tan niña como hermosa, puesto que Ricla, que sabia mas de edades, la juzgò por de diez y seis a diez y siete años. Preguntaronle los pastores, si la seguia alguien, ò si tenia otra necessidad, que pidiesse presto remedio; à lo que respondiò la dolorosa muger: Lo primero, señores, que aueis de hazer, es, ponerme debaxo de la tierra, quiero dezir, que me encubrais de modo, que no me halle, quien me buscare. Lo segundo, que me deis algun sustento, porque desmayos me van acabando la vida. Nuestra diligencia, dixo vn pastor viejo, mostrarà que tenemos caridad, y aguijando con presteza à vn hueco de vn arbol, que en vna valiente encina se hazia, puso en èl algunas pieles blandas de ouejas, y cabras, que entre el ganado muerto se criauan, hi-

hizo vn modo de lecho, bastante por entonces a suplir aquella necessidad precisa; tomò luego à la muger en los braços, y encerròla en el hueco, adonde le diò lo que pudo, que fuerõ sopas en leche, y le dieran vino, si ella quisiera beberlo; colgo luego delante del hueco otras pieles, como para enjugarse: Ricla viendo hecho esto, auiendo conjeturado, que aquella sin duda deuia de ser la madre de la criatura que ella tenia, le llegò al pastor caritatiuo, diziendole: No pongais, buen señor, termino à vuestra caridad, y vsadla con esta criatura, que tengo en los braços, antes que perezca de hambre, y en breues razones le contò como se le auian dado: Respondiola el pastor à la intencion, y no à sus razones, llamando a vno de los demas pastores, à quiẽ mandò, que tomando aquella criatura, la lleuassen al apriseo de las cabras, y hiziesse de modo, como de alguna de ellas tomasse el pecho; apenas huuo hecho esto, y tan apenas, que casi se oian los vltimos acentos del llanto de la criatura, quando llegaron à la majada vn tropel de hombres acauallo, preguntando por la muger desmayada, y por el Caualiero de la criatura; pero como no les dieron nueuas, ni noticia de lo que pedian, passaron con estraña priessa adelante, de que no poco se alegraron sus remediadores, y aquella noche passaron con mas comodidad que los peregrinos pensaron, y cõ mas alegria de los ganaderos, por verse tã bien acompañados.

CAPITVLO III.

Del tercer libro: la donzella encerrada en el arbol de quien era:

PReñada estaua la encina (digamos lo assi) preñadas estaua las nubes, cuya obscuridad la puso en los ojos de los q̃ por la prisionera del arbol preguntaron; pero al cõ passiuo pastor, q̃ era mayoral del hato, ninguna cosa le pudo turbar, para q̃ dexasse de acudir à prouer lo que fuesse necessario al recibimiento de sus huespedes; la criatura tomò los pechos de la cabra, la encerrada el rustico sustento, y los peregrinos el nueuo, y agradable hospedage. Quisieron todos saber luego que causas auian traido alli à la lastimada, y al parecer fugitiua, y à la desam-

parada criatura; pero fue parecer de Auristela, que no le preguntassen nada hasta el venidero dia, porque los sobresaltos no suelen dar licencia à la lengua, aunque cuente venturas alegres, quãto mas desdichas tristes; y puesto que el anciano pastor visitaua à menudo el arbol, no preguntaua nada al depósito que tenia, sino solamente por su salud, y fuele respondido, que aunq̃ tenia mucha ocasion para no tenerla, le sobraria, como ella se viesse libre de los que la buscauã, que era su padre, y hermanos; cubriòla, y encubriòla el pastor, y dexòla, y boluiòse a los peregrinos, que aquella noche la passaron cõ mas claridad de las hogueras, y fuegos de los pastores, q̃ con aquella que ella les concedia, y antes que el cansancio les obligasse a entregar los sentidos al sueño, que lo concertado que el pastor que auia lleuado la criatura, a procurar que las cabras fuessen sus amas, la lleuasse, y entregasse a vna hermana de el anciano ganadero, que casi dos leguas de alli en vna pequeña aldea viuia; dieronle que lleuasse la cadena, con orden de darla a criar en la misma aldea, diziendo ser de otra algo apartada. Todo esto se hizo assi, con q̃ se asseguraron, y apercibieron a desmentir las espias, si acaso boluiessen, ò viniessen otras de nueuo a buscar los perdidos, a lo menos los que perdidos parecian. En tratar de esto, y en satisfacer la hambre, y en vn breue rato que se apoderò de sus ojos el sueño, y de sus lenguas el silencio, se passò el de la noche, y se vino, à mas andar, el dia alegre para todos, sino para la temerosa, q̃ encerrada en el arbol, apenas osaua ver del Sol la claridad hermosa. Con todo esso, auiendo puesto primero cerca, y lexos del rebaño, de trecho en trecho centinelas, q̃ auisassen si alguna gente venia, la sacaron del arbol, para que le diesse el aire, y para saber de ella lo que deseauã, y cõ la luz del dia vieron que la de su rostro era admirable, de modo que puso en duda à qual darian, della, y de Constança, despues de Auristela, el segundo lugar de hermosa, porque donde quiera se lleuò el primero Auristela, à quien no quiso dar igual la naturaleza. Muchas preguntas le hizieron, y muchos ruegos precedieron antes, todos encaminados à q̃ ella sucesso les contasse, y ella de puro cortès, y agradecida, pidiendo li cen-

cencia à su flaqueza con aliẽto debilitado assi començò à dezir.

Puesto, señores, q̃ en lo que deziros quiero, tengo de descubrir faltas, q̃ me han de hazer perder el credito de hõrada, todavia quiero mas parecer cortès por obedeceros, q̃ desagradecida por no contentaros. Mi nombre es Feliciana de la Voz, mi patria vna Villa no lexos de este lugar, mis padres son nobles mucho mas q̃ ricos, y mi hermosura en tãto que no ha estado tã marchita como agora, ha sido de algunos estimada, y celebrada. Iunto à la villa que me diò el cielo por patria vivia vn hidalgo riquissimo, cuyo trato, y cuyas muchas virtudes le hazian ser Cauallero en la opinion de las gẽtes, este tiene vn hijo, que desde agora muestra ser tan heredero de las virtudes de su padre, que son muchas, como de su hazienda, q̃ es infinita: vivia assi mismo en la misma aldea vn Caualllero cõ otro hijo suyo, mas nobles que ricos en vna tan honrada mediania, q̃ ni los humillaua ni los ensoberuecia: con este segundo mancebo noble ordenaron mi padre, y dos hermanos q̃ tengo, de casarme, echãdo a las espaldas los ruegos con q̃ me pedia por esposa el rico hidalgo; pero yo, à quien los cielos guardauan para esta desventura, en que me veo, y para otras en que piẽso verme, me dio por esposo al rico, y yo me le entreguè por suya à hurto de mi padre, y de mis hermanos, q̃ madre no la tengo por mayor desgracia mia: vimonos muchas vezes solos, y jũtos, que para semejantes casos nunca la ocasion buelue las espaldas, antes en la mitad de las imposibilidades ofrece su guedeja. Destas juntas, y destos hurtos amorosos se acortò mi vestido, y creciò mi infamia, si es q̃ le puede llamar infamia la conuersacion de los desposados amãtes en este tiẽpo, sin hazerme sabidora, concertarõ mis padres, y hermanos de casarme con el moço noble, cõ tanto deseo de efetuarlo, q̃ anoche le traxeron à casa acompañado de dos cercanos parientes suyos, con proposito de q̃ luego luego nos diessemos las manos: sobresaltòme quando vi entrar à Luis Antonio, q̃ este es el nombre del mancebo noble, y no assi me admirè, quando mi padre me dixo, q̃ me entrasse en mi aposento, y me aderezasse algo mas de lo ordinario, porq̃ en aquel

punto auia de dar la mano de esposa à Luis Antonio. Dos dias auia que auia entrado en los terminos q̃ la naturaleza pide en los partos, y con el sobresalto, y no esperada nueua quedè como muerta, y diziẽdo, entraua à aderezarme à mi ap>sento, me arroje en los braços de vna mi donzella, depositaria de mis secretos, a quien dixe hechos fuẽtes mis ojos: Ay Leonora, y como creo q̃ es llegado el fin de mis dias, Luis Antonio està en essa antesala, esperãdo q̃ yo salga à darle la mano de esposa, mira si es este trance riguroso, y la mas apretada ocasion en q̃ pueda verse vna muger desaichada: passame, hermana mia, si tienes con q̃ este pecho, salga primero mi alma destas carnes, que no la desverguença de mi atreuimiento: ay amiga mia, q̃ me muero, que se me acaba la vida, y diziẽdo esto, y dando vn gran suspiro, arroje vna criatura en el suelo, cuyo nunca visto caso suspendio à mi dõzella, y à mi me cegò el discurso de manera, q̃ sin saber que hazer, estuue esperãdo à q̃ mi padre, ò mis hermanos entrassen, y en lugar de sacarme à desposar, me sacassen à la sepultura. Aqui llegaua Feliciana de su cuento, quando vieron q̃ las cẽtinelas q̃ auiã puesto para assegurarse, haziã señal de q̃ venia gente, y con diligencia no vista el pastor anciano queria boluer à depositar à Feliciana en el arbol, seguro asylo de su desgracia; pero auiendo buelto las cẽtinelas à dezir que se assegurassen, porq̃ vn tropel de gente q̃ auiã visto cruzaua por otro camino: todos se assegurarõ, y Feliciana de la Voz boluiò à su cuento, diziendo: Cõsiderad, señores, el apretado peligro en q̃ me vi anoche, el desposado en la sala esperandome, y el adultero, si se puede assi dezir, en vn jardin de mi casa, atendiendome para hablarme, ignorãdo el estrecho en q̃ yo estaua, y de la venida de Luis Antonio, yo sin sentido por el no esperado sucesso, mi donzella turbada cõ la criatura en los braços, mi padre, y hermanos dandome priessa q̃ saliesse à los desdichados desposorios: aprieto fue este q̃ pudiera derribar à mas gallardos entendimientos q̃ el mio, y oponerse à toda buena razõ. No sè q̃ os diga mas, sino q̃ senti, estãdo sin sentido, q̃ entrò mi padre diziendo: Acaba muchacha, sal como quiera que estuuieres, q̃ tu hermosura suplirà tu desmudez, y te seruirà de riquissimas

simàs galas: diòle, à lo que creo, en esto à los oidos el llanto de la criatura, que mi donzella, à lo que imagino, deuia de ir à poner en cobro, ò à darsela à Rosanio, que este es el nombre del q̃ yo quisse escoger por esposo. Alborotòse mi padre, y cõ vna vela en la mano me mirò el rostro, y coligiò por mi semblante mi sobresalto, y mi desmayo: boluiòle à herir en los oidos el eco del llãto de la criatura, y echando mano à la espada, fue siguiẽdo adonde la voz le lleuaua, el resplandor del cuchillo me diò en la turbada vista, y el miedo en la mitad del alma, y como sea natural cosa el desear conseruar la vida cada vno del temor de perderla, saliò en mi el animo de remediarla, y apenas huuo mi padre buelto las espaldas, quando yo assi como estaua, baxè por vn caracol à vnos aposentos baxos de mi casa, y dellos con facilidad me puse en la calle, y de la calle en el campo, y del cãpo en no sè que camino, y finalmente aguijada del miedo, y solicitada del temor, como si tuuiera alas en los pies, caminè mas de lo q̃ prometia mi flaqueza; milvezes estuue para arrojarme en el camino de algun ribazo, que me acabara, con acabarme la vida, y otras tantas estuue por sentarme, ò tenderme en el suelo, y dexarme hallar de quien me buscasse; pero alẽtandome la luz de vuestras cabañas, procurè llegar à ellas à buscar descanso à mi cansancio, y sino remedio algun aliuio à mi desdicha: y assi lleguè como me viste, y assi me hallo como me veo, merced à vuestra caridad, y cortesia. Esto es, señores mios, lo que os puedo contar de mi historia, cuyo fin dexo al cielo, y le remito en la tierra à vuestros buenos consejos. Aqui diò fin à su platica la lastimada Feliciana de la Voz, con que puso en los oyentes admiracion, y lastima en vn mismo grado. Periandro contò luego el hallazgo de la criatura, la dadiua de la cadena, con todo aquello que le auia sucedido con el Cauallero, que se la diò. Ay, dixo Feliciana, si es por vẽtura essa prenda mia? y si es Rosanio el que la traxo? y si yo la viesse, si no por el rostro, pues nunca le he visto, quizà por los paños en que viene embuelta, sacaria à luz la verdad de las tinieblas de mi cõfusion, porq̃ mi dõnzella, no apercibida en q̃ la podia embolver, sino en

paños que estuuiessen en el aposento, que fuessen de mi conocidos? y quando esto no sea, quiza la sangre hará su oficio, y por ocultos sentimientos le dará à entender lo que me toca. A lo que respondiò el pastor: La criatura està ya en mi Aldea en poder de vna hermana, y de vna sobrina mia, yo harè que ellas mismas nos la traigã oy aqui, donde podràs, hermosa Feliciana, hazer las experiẽcias que deseas; en tanto sossiega señora el espiritu, que mis pastores, y este arbol, seruirán de nubes, que se opongan à los ojos que te buscaren.

CAPITVLO IV.

Del tercero libro.

PArecememe, hermano mio, dixo Auristela à Periàndro, que los trabajos, y los peligros no solamente tienen jurisdicion en el mar, sino en toda la tierra, que las desgracias, è infortunios assi se encuentran sobre los desuanados, sobre los montes, como con los escondidos en sus rincones. Esta que llaman fortuna, de quien yo he oido hablar algunas vezes, de la qual se dize, que quita, y dà los bienes, quando, como, y à quien quiere, sin duda alguna deue de ser ciega, y antojadiza, pues à nuestro parecer leuanta los que auian de estar por el suelo, y derriba los que estàn sobre los montes de la Luna. No sè, hermano, lo que me voy diziendo, pero sè que quiero dezir, que no es mucho que nos admire ver à esta señora, que dize que se llama Feliciana de la Voz, que apenas la tiene para contar sus desgracias; contemplèla yo pocas horas ha en su casa acompañada de su padre, hermanos, y criados, esperando poner con sagacidad remedio à sus arrojados deseos; y agora puedo dezir, que la veo escondida en lo hueco de vn arbol, temiendo los mosquitos del ayre, y aun las lombrizes de la tierra: bien es verdad, que la suya no es caida de Principes, pero es vn caso que puede seruir de exemplo à las recogidas donzellas, que le quisieren dar bueno de sus vidas. Todo esto me mueue à suplicarte, ò hermano, mires por mi honra, que desde el punto que salì del poder de mi padre, y del de tu madre, la depositè en tus manos; y aun que la experiencia con certidumbre grandissima tiene acreditada tu bondad, assi en

la soledad de los desiertos, como en la compañia de las Ciudades, todavia temo, q̃ la mudança de las horas no mude los que de suyo son faciles pẽsamientos, à ti te và, ni honra es la tuya, vn solo deseo nos gouierna, y vna misma esperança nos sustenta; el camino en que nos hemos puesto, es largo, pero no ay ninguno que no se acabe, como no se le oponga la pereza, y la ociosidad; ya los cielos, à quien doy mil gracias por ello, nos hã traido à España sin la compañia peligrosa de Arnaldo, ya podemos tender los passos seguros de naufragios, de tormẽtas, y de salteadores; porque segun la fama que sobre todas las regiones del mundo de pacifica, y de santa tiene ganada España, bien nos podemos prometer seguro viage. O hermana, respondiò Periandro, y como por puntos vas mostrando los estremados de tu discrecion; bien veo q̃ temes como muger, y que te animas como discreta; yo quisiera, por aquietar tus bien nacidos rezelos, buscar nuevas esperanças, que me acreditassen contigo, q̃ puesto que las hechas puedẽ competir, el temor en esperança, y la esperança en firme seguridad, y desde luego en possession alegre, quisiera que nuevas ocasiones me acreditaran; en el rancho de estos pastores no nos queda que hazer, ni en el caso de Feliciana podemos seruir mas que de compadecernos de ella; procurèmos lleuar esta criatura à Truxillo, como nos lo encargò el que con ella nos diò la cadena, al parecer, por paga. En esto estauan los dos, quando llegò el pastor anciano con su hermana, y con la criatura que auia embiado por ella à la Aldea, por ver si Feliciana la reconocia, como ella lo auia pedido: lleuaronsela, miròla, y remiròla, quitòle las fajas, pero en ninguna cosa pudo conocer, ser la que auia parido, ni aun lo que mas es de considerar, el natural cariño no le mouia los pensamientos a reconocer el nino, que era varon el recien nacido. No, dezia Feliciana, no son estas las mantillas q̃ mi donzella tenia deputadas, para embolver lo que de mi naciesse; ni esta cadena, que se la enseñaron, la vi yo jamàs en poder de Rosanio; de otra deue ser esta prenda, que no mia, que àserlo, no fuera yo tan venturosa, teniendola vna vez perdida, tornar à co-

brarla? aunq̃ yo oi dezir muchas vezes à Rosanio, que tenia amigos en Truxillo, pero de ninguno me acuerdo el nombre. Con todo esso, dixo el pastor, que pues el que dio la criatura mandò que la lleuassen à Truxillo, sospecho que el que la diò à estos peregrinos, fue Rosanio, y assi soy de parecer, si es que en ello os hago algun seruicio, que mi hermana con la criatura, y con otros dos de estos mis pastores, se ponga en camino de Truxillo, à ver si la reciben alguno de essos dos Caualleros, à quien va dirigida. A lo que Feliciana respondiò con sollozos, y con arrojarse à los pies del pastor abraçandolos estrechamente, señales que la dieron, de que aprobaba su parecer, todos los peregrinos le aprobaron assimismo, y con darle la cadena lo facilitarõ todo. Sobre vna de las bestias del hato se acomodò la hermana del pastor, que estaua recien parida, como se ha dicho, cõ orden que se passasse por su Aldea, y dexasse en cobro su criatura, y con la otra se partiesse à Truxillo, que los peregrinos que iban à Guadalupe, con mas espacio la seguirian: todo se hizo como lo pensaron, y luego porque la necessidad del caso no admitia tardança alguna. Feliciana callaua, y con silencio se mostraua agradecida à los q̃ tan de veras sus cosas tomauan à su cargo. Añadiòse à todo esto, q̃ Feliciana auiendo sabido como los peregrinos iban à Roma, aficionada à la hermosura, y discrecion de Auristela, à la cortesia de Periandro, à la amorosa cõuersacion de Constança, y de Ricla su madre, y al agradable trato de los dos Antonios padre, y hijo, que todo lo mirò, notò, y ponderò en aquel poco espacio q̃ los auia comunicado, y lo principal por boluer las espaldas à la tierra, donde quedaua enterrada su honra: pidiò q̃ consigo la lleuassen como peregrina à Roma, q̃ pues auia sido peregrina en culpas, queria procurar serlo en gracias, si el cielo se las cõcedia en q̃ con ellos la lleuassen. Apenas descubriò su pensamiẽto, quando Auristela acudiò à satisfacer su deseo, cõpassiua, y deseosa de sacar à Feliciana de entre los sobresaltos, y miedos que la perseguian, solo dificultò el ponerla en camino, estãdo tã reciẽ parida, y assi se lo dixo: pero el anciano pastor dixo, q̃ no auia mas diferencia de b parto de vna muger, q̃ del de

vna

vna res, y q̃ assi como la res sin otro regalo alguno despues de su parto se quedaua à las inclemẽcias del cielo, assi la muger podia, sin otro regalo alguno, acudir à sus exercicios, sino q̃ el vso auia introducido entre las mugeres los regalos, y todas aquellas preuẽciones q̃ suelẽ hazer cõ las recien paridas. Yo asseguro, dixo mas, q̃ quãdo Eua pariò el primer hijo, q̃ no se echò en el lechò, ni se guardò del ayre, ni vsò de los melindres q̃ agora se vsan en los partos. Esforçaos, señora Feliciana, y seguid vuestro intento, que desde aqui le apruebo casi por santo, pues estã Christiano. A lo q̃ añadiò Auristela: No quedarà por falta de habito de peregrina, q̃ mi cuidado me hizo hazer dos, quãdo hize este, el qual darè yo à la señora Feliciana de la Voz, con condicion q̃ me diga q̃ misterio tiene el llamarse de la Voz, si ya no es el de su apellido. No me le ha dado, respondiò Feliciana, mi linage, sino el ser comun opinion de todos quãtos me hã oido cãtar, q̃ tengo la mejor voz del mundo, tanto q̃ por excelẽcia me llaman comunmente Feliciana de la Voz, y a no estar en tiempo mas de gemir, q̃ de cantar, con facilidad os mostrara esta verdad; pero si los tiẽpos se mejoran, y dã lugar a que mis lagrimas se enjuguen, yo cantarè, sino cãciones alegres, a lo menos endechas tristes, q̃ cantãdolas encanten, y llorandolas alegren. Por esto q̃ Feliciana dixo, naciò en todos vn deseo de oirla cãtar luego luego; pero no osarõ rogarlelo, porq̃ como ella auia dicho, los tiempos no lo permitiã. Otro dia se despojò Feliciana de los vestidos no necessarios, q̃ traia, y se cubriò cõ los q̃ le diò Auristela de peregrina, quitòse vn collar de perlas, y dos sortijas, que si los adornos son parte para acreditar calidades, estas pieças pudierã acreditar la de rica, y noble: tomòlas Ricla, como tesorera general de la haziẽda de todos, y quedò Feliciana segunda peregrina, como primera Auristela, y tercera Constança, aunq̃ este parecer se diuidio en parecer, y algunos le dieron el segundo lugar à Costança, q̃ el primero no huuo hermosura en aquella edad, que a la de Auristela se le quitasse. Apenas se viò Feliciana en nueuo habito, quando le nacieron alientos nueuos, y deseos de ponerse en camino: conociò esto Auristela, y con consentimiento

de

de todos, despidiendose del pastor caritatiuo, y de los demas de la majada se encaminaron à Caceres, hurtando el cuerpo cõ su acostumbrado passo al cãsancio: y si alguna vez alguna de las mugeres le tenia, le suplia el bagage, donde iba el repuesto, ò ya el margen de algun arroyuelo, ò fuente, do se sentauan, ò la verdura de algun prado, que à dulce reposo las combidaua, y assi andauan à vna con ellos el reposo, y el cansancio junto cõ la pereza, y la diligencia: la pereza encaminar poco: la diligencia encaminar siempre: pero como por la mayor parte nunca los buenos deseos llegan a fin dichoso, sin estorvos que los impidan, quiso el cielo que el deste hermoso esquadron, que aunque dividido en todo, era solo vno en la intencion, fuesse impedido co el estorvo que agora oireis. Dauales assiento la verde yerva de vn deleytoso pradecillo; refrescaualeslos rostros el agua clara, y dulce de vn pequeño arroyuelo, que por entre las yervas corria; seruianles de muralla, y de reparo muchas çarças, y cambroneras, que casi por todas partes los rodeaua, sitio agradable, y necessario para su descãso, quãdo de improuiso rompiendo por las intrincadas matas vieron salir al verde sitio vn mãcebo vestido de camino con vna espada hincada por las espaldas, cuya punta le salia al pecho, cayò de ojos, y al caer dixo: Dios sea conmigo, y el fin de esta palabra, y el arrancarsele el alma, fue todo à vn tiempo, y aunque todos con el estraño espectaculo se leuantaron alborotados; el que primero llegò à socorrerle, fue Periandro, y por hallarle ya muerto, se arreuio à sacar la espada, los dos Antonios saltaron las çarças, por ver si verian quien huuiesse sido el cruel, y aleuoso homicida, que por ser la herida por las espaldas, se mostraua que traidoras manos la auian hecho; no vierõ à nadie, boluieronse à los demas; y la poca edad del muerto, y su gallardo talle, y parecer les acrecentò la lastima, miraronle todo, y hallaronle debaxo de vna ropilla de terciopelo pardo, sobre el jubon, puesta vna cadena de quatro bueltas de menudos eslabones de oro, de la qual pendia vn deuoto Crucifixo, assimismo de oro; à la entre el jubõ y la camisa le hallaron dentro de

vna

vna caxa de euano, ricamente labrada, vn hermosissimo retrato de muger, pintado en la lisa tabla, al rededor de el qual de menudissima, y clara letra vieron que traia escritos estos versos.

Yela, enciende, mira, y habla,
Milagros de hermosura,
Que tenga vuestra figura
Tãta fuerça en vna tabla.

Por estos versos conjeturò Periandro, que los leyò primero, que de causa amorosa deuia de auer nacido su muerte; miraronle las faldriqueras, y escudriñaronle todos, pero no hallaron cosa q̃ les diesse indicio de quien era, y estando haziendo este escrutinio, parecieron, como si fueran llouidos, quatro hombres con ballestas armadas, por cuyas insignias conociò luego Antonio el padre, que eran quadrilleros de la santa Hermandad, vno de los quales dixo à vozes: Teneos, ladrones, homicidas, y salteadores, no le acabeis de despojar, que à tiempo sois venidos, en que os lleuaremos, adonde pagueis vuestro pecado. Assi no, vellacos, respondiò Antonio el moço, aqui no ay ladron ninguno, porque todos somos enemigos de los que lo son. Bien se os parece por cierto, replicò el quadrillero, el hõbre muerto, sus despojos en vuestro poder, y su sangre en vuestras manos, que sirue de testigos vuestra maldad, ladrones sois, salteadores sois, homicidas sois, y como tales ladrones, salteadores, y homicidas presto pagareis vuestros delitos, sin que os valga la capa de virtud Christiana, con que procurais encubrir vuestras maldades, vistiendoos de peregrinos. A esto le dio respuesta Antonio el moço, con poner vna flecha en su arco, y passarle con ella vn braço, puesto que quisiera passarle de parte à parte el pecho: los demas quadrilleros, ò escarmẽtados del golpe, ò por hazer la prision, mas al seguro boluieron las espaldas, y entre huyendo, y esperando à grandes vozes apellidaron: Aqui de la santa Hermandad, fauor à la santa Hermandad: y mostròse ser santa la Hermãdad que apellidauan, porque en vn instante, como por milagro, se juntarõ mas de veinte quadrilleros, los quales encarãdo sus ballestas, y sus saetas à los que no se defendian, los prendieron, y aprisionaron, sin respetar la belleza de Au-

ris-

riſtela, ni las demas peregrinas, y cõ el cuerpo del muerto las lleuaron à Caceres, cuyo Corregidor era vn Caualiero del Habito de Santiago, el qual viendo el muerto, y el quadrillero herido, y la informacion de los demas quadrilleros, con el indicio de ver enſangrentado à Periandro, con el parecer de ſu Teniente quiſiera luego ponerlos à queſtion de tormento, puesto que Periandro ſe defendia con la verdad, moſtrandole en ſu fauor los papeles que para ſeguridad de ſu viage, y licencia de ſu camino auia tomado en Lisboa; moſtròle aſsimiſmo el lienço de la pintura de ſu ſuceſſo, que la relatò, y declarò muy bien Antonio el moço, cuyas pruebas hizieron poner en opinion la ninguna culpa que los peregrinos tenian. Ricla la teſorera, que ſabia muy poco, ò nada de la condicion de Eſcriuanos, y Procuradores, ofreciò à vno de ſecreto, que andaua alli en publico, dando mueſtras de ayudarles, no sè que cantidad de dineros, porque tomaſſe à cargo ſu negocio, lo echò à perder del todo, porque en oliendo los ſatrapas de la pluma, que teniã lana los peregrinos, quiſieron traſquilarlos, como es vſo, y coſtumbre haſta los hueſſos, y ſin duda alguna fuera aſsi, ſi las fuerças de la inocencia no permitiera el cielo que ſobrepujaran à las de la malicia. Fue el caſo, pues, que vn hueſped, ò meſonero del lugar, auiendo viſto el cuerpo muerto q̃ auian traido, y reconocidole muy bien, ſe fue al Corregidor, y le dixo: Señor, eſte hombre que han traido muerto los quadrilleros, ayer de mañana partiò de mi caſa en compañia de otro, al parecer Caualiero; poco antes que ſe partieſſe, ſe encerrò conmigo en mi apoſento, y con recato me dixo: Señor hueſped, por lo que deueis à ſer Chriſtiano, os ruego, que ſi yo no bueluo por aqui dentro de ſeis dias, abrais eſte papel que os doy, delante de la juſticia, y diziendo eſto, me dio eſte, que entrego à vueſſa merced, donde imagino q̃ deue de venir alguna coſa q̃ toque à eſte tan eſtraño ſuceſſo. Tomò el papel el Corregidor, y abriendole, viò que en èl eſtauan eſcritas eſtas miſmas razones.

Yo Don Diego de Parraces ſali de la Corte de ſu Mageſtad tal dia, y venia (puesto el dia) en compañia de Don Se-

Sebastian de Soranço mi pariente, que me plaiò que le acompañasse en cierto viage, donde le iba la honra, y la vida; yo por no querer hazer verdaderas ciertas sospechas falsas que de mi tenia, fiandome en mi inocencia, di lugar a su malicia, y acompañèle, creo que me lleua a matar: si esto sucediere, y mi cuerpo se hallare, sepase que me mataron a traicion, y que mori sin culpa. Y firmaua: Don Diego de Parrazes.

Este papel a toda diligencia despachò el Corregidor a Madrid, donde con la justicia se hizieron las diligencias posibles, buscãdo al matador, el qual llegò a su casa la mismo noche que le buscauan, y entre oyendo el caso, sin apearse de la caualgadura, boluiò las riendas, y nunca mas pareciò; quedòse el delito sin castigo, el muerto se quedò por muerto, quedaron libres los prisioneros, y la cadena que tenia Ricla, se distribuyò para gastos de justicia; el retrato se quedò para gustos de los ojos del Corregidor, satisfizose la herida del quadrillero, boluiò Antonio el moço à relatar el lienço, y dexando admirado al pueblo, y auiendo estado en Ricla cerca de vn mes, passò de las averiguaciones Feliciana de la Voz en el lecho, fingiendo estar enferma, por no ser vista, se partieron la buelta de Guadalupe, cuyo camino entretuuieron tratando del caso estraño, y deseãdo que sucediesse ocasion donde se cumpliesse el deseo que tenian de oir cantar a Feliciana, la qual si cantara, pues no ay dolor que no se mitigue con el tiempo, ò se acabe con acabar la vida; pero por guardar ella à su desgracia el decoro que a si misma deuia, sus cantos eran lloros, y su voz gemidos: estos se aplacaron vn tanto, còn auer topado en el camino la hermana del compassiuo pastor, que boluia de Truxillo, donde dixo, que dexaua el niño en poder de Don Francisco Piçarro, y de Don Iuan de Orellana, los quales auian congeturado, no poder ser de otro aquella caiatura, sino de su amigo Rosanio, segun el lugar donde le hallaron, pues por todos aquellos contornos no teniã ellos algun conocido que, auenturasse a fiarse dellos. Sea en fin lo q̃ fuere, dixo la labradora: dixerõ ellos, q̃ no ha de quedar defraudado de sus buenos pẽsamientos, el que se ha fiado de nosotros: assi que, señores,

res, el niño queda en Truxillo en poder de los que he dicho, si algo me queda que hazer por seruiros, aqui estoy cõ la cadena, que aun no me he deshecho della, pues la q̃ me pone à la voluntad el ser yo Christiana, me enlaça, y me obliga à mas q̃ la de oro. A lo que respondiò Feliciana, que la gozasse muchos años, sin que se le ofreciesse necessidad de deshazella, pues las ricas prendas de los pobres no permanecẽ largo tiempo en sus casas, porque ò se empeñan para no quitarse, ò se vẽden para nunca boluerlas à comprar. La labradora se despidiò aqui, è dierõ mil encomiendas para su hermano, y los demas pastores, y nuestros peregrinos llegaron poco à poco à las santissimas tierras de Guadalupe.

CAPITVLO V.

Del tercero libro.

APenas huuieron puesto los pies los deuotos peregrinos en vna de las dos entradas que guian al valle, que forman, y cierran las altissimas sierras de Guadalupe, quãdo con cada passo que dauan, nacian en sus coraçones nueuas ocasiones de admirarse; pero alli llegò la admiracion à su punto, quando vieron el grande, y sumptuoso Monasterio, cuyas murallas encierran la Santissima Imagen de la Emperatriz de los Cielos, la Santissima Imagen otra vez, que es libertad de los cautiuos, lima de sus hierros, y aliuio de sus passiones: la Santissima Imagen, que es salud de las enfermedades, consuelo de los afligidos, Madre de los huerfanos, y reparo de las desgracias. Entraron en su Templo, y donde pensaron hallar por sus paredes pendientes por adorno las purpuras de Tiro, los damascos de Siria, los brocados de Milan, hallaron en lugar suyo muletas que dexaron los coxos, ojos de cera que dexaron los ciegos, braços que colgaron los mancos, mortajas de que se desnudaron los muertos, todos despues de auer caido en el suelo de las miserias, ya viuos, ya sanos, ya libres, y ya contentos, merced à la larga misericordia de la Madre de las misericordias, que en aquel pequeño lugar haze campear à su benditissimo Hijo con el esquadron de sus infinitas misericordias: de tal manera hizo aprehension estos

tos milagrosos adornos en los coraçones de los deuotos peregrinos, que boluierõ los ojos à todas las partes del Templo, y les parecia ver venir por el ayre volando los cautiuos embueltos en sus cadenas, à colgarlas de las santas murallas, y à los enfermos arrastrar las muletas, y à los muertos mortajas, buscãdo lugar dõde ponerlas, porque ya en el sacro Templo no cabian: tan grande es la suma que las paredes ocupã. Esta nouedad no vista hasta entonces de Periandro, ni de Auristela, ni menos de Ricla, de Constança, ni de Antonio, los tenia como assombrados, y no se hartauan de mirar lo que veian, ni de admirar lo que imaginauan, y assi con deuotas, y Christianas muestras hincados de rodillas se pusieron à adorar à Dios Sacramentado, y à suplicar à su Santissima Madre, q̃ en credito, y honra de aquella Imagen fuesse seruida de mirar por ellos; pero lo que mas es de ponderar, fue, que puesta de hinojos, y las manos puestas, y junto al pecho, la hermosa Feliciana de la Voz, llouiendo tiernas lagrimas con sossegado semblante, sin mouer los labios, ni hazer otra demonstracion, ni mouimiento, que diesse señal de ser viua criatura, soltò la voz à los vientos, y leuantò el coraçon al Cielo, y cãtò vnos versos, que ella sabia de memoria, los quales diò despues por escrito, con que suspẽdiò los sentidos de quãtos la escuchauan, y acrecentò las alabanças que ella misma de su voz auia dicho, y satisfizo de todo en todo los deseos que sus peregrinos tenian de escucharla. Quatro estancias auia cantado, quando entraron por la puerta de el Templo vnos forasteros, à quien la deuocion, y la costũbre puso luego de rodillas, y la voz de Feliciana, que todavia cantaua, puso tambien en admiracion; y vno dellos, que de anciana edad parecia, boluiendose à otro, que estaua à su lado, y dixole: O aquella voz es de alguna Angel de los confirmados en gracia, o es de mi hija Feliciana de la Voz. Quien lo duda, respondiò el otro, ella es, y la que no serà, sino yerra el golpe mi braço, y dizien lo esto echò mano à vna daga, y con descompassados passos, perdido el color, y turbado el sentido, se fue àzia donde Feliciana estaua: el venerable anciano se arrojò tras èl, y le abraçò por las espaldas, dizien-

ziendole: No es este, ò hijo, teatro de miserias, ni lugar de castigos, dat iempo al tiẽpo, que pues no se nos puede huir esta traidora, no te precipites, y pensando castigar el ageno delito, te eches sobre ti la pena de la culpa propia. Estas razones, y alboroto sellò la boca de Feliciana, y alborotò à los peregrinos, y à todos quantos en el Templo estauã, los quales no fueron parte para que su padre, y hermàna de Feliciana no la sacassen del Templo à la calle, donde en vn instante se juntò casi toda la gente del pueblo con la justicia, que se la quitò à los que parecian mas verdugos, que hermano, y padre. Estando en esta confusiõ, el padre dando vozes por su hija, y su hermano por su hermana, y la justicia defendiendola hasta saber el caso, por vna parte de la plaça entraron hasta seis de acauallo, que los dos de ellos fueron luego conocidos de todos, por ser el vno D. Francisco Piçarro, y el otro Don Iuan de Orellana, los quales llegandose al tumulto de la gente, y con ellos otro Cauallero, que con vn velo de tafetan negro traia cubierto el rostro; preguntaron la causa de aquellas vozes: fueles respõdido, que no se sabia otra cosa, sino que la justicia queria defender aquella peregrina, a quiẽ querian matar dos hombres, que dezian ser su hermano, y su padre. Esto estauan oyendo Don Francisco Piçarro, y Don Iuan de Orellana, quando el Cauallero emboçado arrojandose del cauallo abaxo, sobre quien venia, poniendo mano à su espada, y descubriendose el rostro, se puso al lado de Feliciana, y a grandes vozes dixo: En mi, en mi deueis, señores, tomar la enmienda del pecado de Feliciana vuestra hija, si es tan grande que merezca muerte el casarse vna donzella contra la voluntad de sus padres; Feliciana es mi esposa, y yo soy Rosanio, como veis, no de tan poca calidad, que no merezca q̃ me deis por concierto lo que yo supe escoger por industria; noble soy, de cuya nobleza os podrè presentar por testigos, riqueza tengo que la sustentan, y no sera bien que lo que he ganado por ventura, me lo quite Luis Antonio por vuestro gusto, y si os parece que os he hecho ofensa de auer llegado à este punto, de teneros por señores sin sabiduria vuestra, perdonadme, que las fuerças poderosas

sas de āmor suelen turbar los ingenios mas entendidos, y el veros yo tan inclinados à Luis Antonio, me hizo no guardar el decoro que se os deuia, de lo qual otra vez os pido perdon. Mientras Rosanio esto dezia, Feliciana estaua pegada con èl, temiēdole asido por la pretina con la mano, toda temblando, toda temerosa, y toda triste, y toda hermosa juntamente; pero antes q̄ su padre, y hermano respondiessen palabra, D. Frācisco Piçarro se abraçò cō su padre, y D. Iuan de Orellana con su hermano, que eran sus grandes amigos. D. Francisco dixo al padre: Dode esta vuestra discrecio, señor D. Pedro Tenorio? como, y es posible que vos mismo querais fabricar vuestra ofensa? no veis q̄ estos agrauios antes q̄ la pena, traen las disculpas consigo? que tiene Rosanio, q̄ no merezca à Feliciana? ò que le quedarà à Feliciana de aqui adelāte, si pierde à Rosanio? Casi estas mismas, ò semejantes razones dezia D. Iuan de Orellana à su hermano, añadiendo mas, porque le dixo: Señor D. Sancho, nunca la colera prometio buen fin de sus impetus, ella es passion del animo, y el animo apassionado pocas vezes acierta en lo que emprende, vuestra hermana supo escoger buen marido, tomar vengança de que no se guardaron las deuidas ceremonias, y respetos, no serà biē hecho: porque os põdreis à peligro de derribar, y echar por tierra todo el edificio de vuestro sossiego: mirad señor D. Sancho, que tēgo vna prenda vuestra en mi casa, vn sobrino tengo, que no le podreis negar, sino os negais à vos mismo, tanto es lo q̄ os parece. La respuesta q̄ dio el padre à D. Francisco, fue, llegarse à su hijo D. Sancho, y quitalle la daga de las manos, y luego fue à abraçar à Rosanio, el qual dexandose derribar à los pies del que ya conecio ser su suegro, le los besò mil vezes: arrodillòse tambien ante su padre Feliciana, derramò lagrimas, embiò suspiros, vinierō desmayos. La alegria discurriò por todos los circunstantes, ganò fama de prudente el padre, de prudente el hijo, y los amigos de discretos, y bien hablados. Lleuòlos el Corregidor à su casa, regalòlos el Prior del Santo Monasterio abundantissimamente, visitaron las reliquias los peregrinos, que son muchas, santissimas, y ricas, confessaron sus culpas, recibieron los

P. Sa-

Sacramentos, y en este tiempo, que fue el de tres dias, embio Don Francisco por el niño, que le auia leuado la labradora, que era el mismo que Rosanio diò à Periandro la noche que le dio la cadena, el qual era tan lindo, que el abuelo, puesta en oluido toda injuria, dixo, viendole: Que mil bienes aya la madre que te pariò, y el padre que te engendrò, y tomandole en sus braços, tiernamente le bañò el rostro con lagrimas, y se las enjugò con besos, y las limpiò con sus canas. Pidio Auristela à Feliciana, le diesse el traslado de los versos, que auia cantado delante de la Santissima Imagen, la qual respondiò, que solamente auia cantado quatro estancias, y que todas eran doze, dignas de ponerse en la memoria, y assi las escriuiò, que eran estas.



Antes que de la mente eterna fuera
Salieſſen los espiritus alados,
Y antes que la veloz, ò tarda esfera
Tuuieſſe mouimientos señalados,
Y antes que aquella obscuridad primera
Los cabellos del Sol vieſſe dorados,
Fabricò para si Dios vna casa
De santissima, y limpia, y pura massa.

Los altos, y fortissimos cimientos
Sobre humildad profunda se fundaron,
Y mientras mas à la humildad atentos,
Mas la fabrica Regia leuantaron:
Passò la tierra, passò el mar, los vientos
Atràs, como mas baxos, se quedaron,
El fuego passa, y con igual fortuna
Debaxo de sus pies tiene la Luna.

De fee son los pilares, de esperança
Los muros desta fabrica bendita
Ciñe la caridad, por quien se alcança
Duracion, como Dios, siempre infinita,
Su recreo se aumenta en su templança,
Su prudencia los grados facilita,

Del

Del bien que ha de gozar por la grandeza
De su mucha justicia, y fortaleza.

Adornan este alcaçar soberano
Profundos poços, perenales fuentes,
Huertos cerrados, cuyo fruto sano
Es bendicion, y gloria de las gentes:
Están à la siniestra, y diestra mano
Cipreses altos, palmas eminentes,
Altos cedros, clarissimos espejos,
Que dan lumbre de gracia cerca, y lexos.

El cinamomo, el platano, y la rosa
De Iericò se halla en sus jardines
Con aquella color, y aun mas hermosa,
De los mas abrasados Cherubines:
Del pecado la sombra tenebrosa
Ni llega, ni se acerca à sus confines,
Todo es luz, todo es gloria, todo es cielo
Este edificio, que oy se muestra al suelo.

De Salomon el Templo se nos muestra
Oy con la perfeccion à Dios posible,
Donde no se oyò golpe, que la diestra
Mano diesse à la obra conuenible
Oy haziendo de si gloriosa muestra,
Saliò la luz del Sol inaccesible,
Oy nueuo resplandor ha dado al dia
La clarissima estrella de Maria.

Antes que el Sol, la Estrella oy da su lumbre,
Prodigiosa señal, pero tan buena,
Que sin guardar de agueros la costumbre,
Dexa el alma de gozo, y bienes llena:
Oy la humildad se viò puesta en la cumbre,
Oy començò à romperle la cadena
Del hierro antiguo, y sale al mundo aquella
Prudentissima Ester, que el Sol mas bella.

Niña de Dios, por nueſtro bien nacida,
Tierna, pero tan fuerte, que la frente,
En ſoberuia maldad endurecida,
Quebrantaſteis de la infernal ſerpiente,
Brinco de Dios, de nueſtra muerte vida,
Pues vos fuiſtes el medio conueniente,
Que reduxo à pacifica concordia
De Dios, y el hombre la mortal diſcordia.

La juſticia, y la paz oy ſe han juntado
En vos, Virgen Santiſsima, y con guſto
El dulce beſo de la paz ſe han dado
Harta, y ſeñal del venidero Agoſto:
Del claro amanecer del Sol ſagrado
Sois la primera Aurora, ſois del Iuſto
Gloria, del pecador firme eſperança,
De la borraſca antigua la bonança.

Sois la paloma, que ab eterno fuiſtes
Llamada deſde el cielo, ſois la Eſpoſa,
Que al ſacro Verbo limpia carne diſtes,
Por quien de Adan la culpa fue dichoſa;
Sois el braço de Dios, que detuuiſtes
De Abrahan la cuchilla riguroſa,
Y para el ſacrificio verdadero
Nos diſtes el manſiſsimo Cordero.

Creced hermoſa planta, y dad el fruto
Preſto en ſazon, por quien el alma eſperã
Cambiar en ropa roçagante el luto,
Que la gran culpa le viſtiò primera
De aquel immenſo, y general tributo
La paga conueniente, y verdadera,
En vos ſe ha de fraguar, creed, Señora,
Que ſois vniuerſal remediadora.

Ya en las Empireas ſacroſantas ſalas
El Paraninfo aligero ſe apreſta,
O caſi mueue las doradas alas,

Pa-

Para venir con la embaxada honesta,
Que el olor de virtud que de ti exalas,
Virgen bendita, sirue de requesta,
Y apremio, à que se vea en ti muy presto
Del gran poder de Dios echado el resto.

ESTos fueron los versos que començò à cantar Feliciana, y los que diò por escrito, despues que fueron de Auristela mas estimados, q̃ entendidos. En resolucion, las pazes de los desauenidos se hizieron; Feliciana, esposo, padre, y hermano se boluieron à su lugar, dexando orden à D. Francisco Piçarro, y Don Iuan de Orellana, les embiassen el niño, pero no quiso Feliciana passar el disgusto q̃ dà el esperar, y assi se le lleuò consigo, cõ cuyo sucesso quedaron todos alegres.

CAPITVLO VI.

Del tercero libro.

QVatro dias se estuuieron los peregrinos en Guadalupe, en los quales comẽçaron a ver las grandezas de aquel santo Monasterio; digo començaron, porq̃ de acabarlas de ver es imposible. Desde alli se fueron à Truxillo, à dõde assimismo fueron agasajados de los dos nobles Caualleros D. Francisco Piçarro, y D. Iuan de Orellana, y alli de nueuo refirieron el suceso de Feliciana, y põderaron al par de su voz su discrecion, y el buen proceder de su hermano, y de su padre, exagerãdo Auristela los corteses ofrecimientos q̃ Feliciana le auia hecho al tiempo de su partida. La ida de Truxillo fue de alli à dos dias la buelta de Talauera, donde hallaron, que se preparaua para celebrar la grã fiesta de la Monda, q̃ trae su origẽ de muchos años antes que Christo naciesse, reducida por los Christianos à tan buen punto, y termino, que si entonces se celebraua en honra de la Diosa Venus por la Gentilidad, aora se celebra en honra, y alabança de la Virgen de las Virgenes. Quisieran esperar à verla, pero por no dar mas espacio à su espacio, passaron adelante, y se quedaron sin satisfacer su deseo. Seis leguas se avrian alongado de Talauera, quando delante de si vieron, que caminaua vna peregrina, tan peregrina que iba sola, y escusòles el darla

vozes à que se detuuiesse, el auerse ella sentado sobre la verde yerva de vn pradecillo, ò ya combidada del ameno sitio, ò ya obligada del cãsancio. Llegaronà ella, y hallarõ ser de tal talle, que nos obliga à describirle: la edad, al parecer, salia de los terminos de la mocedad, y tocaua en las margenes de la vejez, el rostro daua en rostro, porq̃ la vista de vn lince no alcançara à verle las narizes, porque no las tenia sino tan chatas, y llanas, que con vnas pinças no le pudieran asir vna brizna de ellas; los ojos les hazian sombra, porque mas salian fuera de la cara que ella; el vestido era vna esclauina rota, que le besaua los calcañares; sobre la qual traia vna muceta, la mitad guarnecida de cuero, q̃ por roto, y despedaçado no se podia distinguir, si de cordouan, ò si de badana fuesse: ceñiase con vn cordon de esparto, tan abultado, y poderoso, que mas parecia gumena de galera, que cordon de peregrina; las tocas eran bastas, pero limpias, y blancas: cubriale la cabeça vn sombrero viejo, sin cordon, ni toquilla, y los pies vnas alpargatas rotas; y ocupauale la mano vn bordon hecho à manera de cayado, con vna punta de azero al fin; pendiale del lado izquierdo vna calabaça de mas que de mediana estatura, y apegauale el cuello vn rosario, cuyos Padre nuestros eran mayores que algunas de las con que juegan los muchachos al argolla. En efeto, toda ella era rota, y toda penitẽte, y como despues se echò de ver, toda de mala condicion. Saludaronla en llegando, y ella les boluiò las saludes con la voz, que podia prometer la chatedad de sus narizes, que fue mas gangosa, que suaue. Preguntaronla, adonde iba, y que peregrinacion era la suya, y diziendo, y haziendo, comodados como ella del ameno sitio, se le sentaron à la redonda; dexaron pacer el bagage, que les seruia de recamara, de despensa, y botilleria, y satisfaciẽdo à la hambre, alegremente la combidaron, y ella respondiendo à la pregunta que la auian hecho, dixo: Mi peregrinacion es la que vsan algunos peregrinos, quiero dezir, que siempre es la que mas cerca les viene à cuento para disculpar su ociosidad, y assi me parece que serà bien deziros, que por aora voy à la gran Ciudad de Toledo à visitar a la deuota Ima-

gen

gen del Sagrario, y desde alli me irè al Niño de la Guardia, y dādo vna punta, como alcon Noruego, me entretendrè cō la santa Veronica de Iaen, hasta hazer tiempo, de que llegue el vltimo Domingo de Abril, en cuyo dia se celebra en las entrañas de Sierra Morena, tres leguas de la Ciudad de Andujar, la fiesta de nuestra Señora de la Cabeça, q̄ es vna de las fiestas que en todo lo descubierto de la tierra se celebra; tal es, segun he oido dezir, que ni las passadas fiestas de la Gentilidad, à quien imita la de la Monda de Talauera, no le han hecho, ni le pueden hazer ventaja. Bien quisiera yo, si fuera posible, sacarla de la imaginacion donde la tengo fixa, y pintarosla con palabras, y ponerosla delante de la vista, para que comprehendiendola, vierades la mucha razon que tengo de alabarosla; pero esta es carga para otro ingenio no tan estrecho como el mio, en el rico Palacio de Madrid, morada de los Reyes, en vna galeria esta retratada esta fiesta con la puntualidad posible; alli està el monte, ò por mejor dezir, peñasco, en cuya cima esta el Monasterio, que depositа en si vna santa Imagen, llamada de la Cabeça, que tomo el nombre de la peña dō, de habita, que antiguamente se llamò el Cabeço, por estar en la mitad de vn llano libre, y desembaraçado, solo, y señero de otros montes, ni peñas que le rodeen, cuya altura serà de hasta vn quarto de legua, y cuyo circuito deue de ser de poco mas de media. En este espacioso, y ameno sitio tiene su asiento siempre verde, y apacible, por el humor que le comunican las aguas del rio Xandula, que de passo, como en reuerencia, le besa las faldas: el lugar, la peña, la Imagen, los milagros, la infinita gente q̄ acude de cerca, y lexos el solemne dia que he dicho, le hazē famoso en el mundo, y celebre en España sobre quantos lugares las mas estendidas memorias se acuerdan. Suspensos quedaron los peregrinos de la relacion de la nueua, aunque vieja, peregrina, y casi les començò à bullir en el alma la gana de irse cō ella à ver tantas marauillas; pero la q̄ lleuauan de acabar su camino, no dio lugar à que nueuos deseos la impidiessē. Desde alli prosiguiò la peregrina, no sè que viage serà el mio, aunq̄ sè, que no me ha de faltar donde ocupe la ocio-

sidad, y entretẽga el tiempo, como lo hazen, como ya he dicho, algunos peregrinos q̃ se vsan. A lo que dixo Antonio el padre: Pareceme, señora peregrina, que os da en el rostro la peregrinacion. Esso no, respondiò ella, que biẽ sè que es justa, santa, y loable, y que siẽpre ha auido, y la ha de auer en el mundo; pero estoy mal con los malos peregrinos, como son los que hazen grangeria de la santidad, y ganancia infame de la virtud loable: cõ aquellos digo, que falten a la limosna de los verdaderos pobres, y no digo mas, aunque pudiera. En esto por el camino Real, q̃ junto a ellos estaua, vieron venir vn hõbre acauallo, q̃ llegando à igualar cõ ellos, al quitarles el sombrero, para saludarles, y hazerles cortesia, auiendo puesto la caualgadura, como despues pareciò, la mano en vn hoyo, diò consigo, y cõ su dueño al traues vna grã caida: acudieron todos luego à socorrer al caminante, q̃ pensarõ hallar muy mal parado. Arredò Antonio el moço la caualgadura, q̃ era vn poderoso macho, y al dueño le abrigaron lo mejor q̃ pudieron, y le socorrierõ cõ el remedio mas ordinario, q̃ en tales casos se via, q̃ fue darle à beber vn golpe de agua, y hallando q̃ su mal no era tanto como pensauan, le dixeron, que biẽ podia boluer à subir, y à seguir su camino; el qual hõbre les dixo: Quizà, señores peregrinos, ha permitido la suerte q̃ yo aya caido en este llano, para poder leuãtarme de los riscos, donde la imaginaciõ me tiene puesta el alma: yo señores, aunq̃ no querais saberlo, quiero que sepais q̃ soy estrangero, y de nacion Polaca, muchacho sali de mi tierra, y vine à España, como à centro de los estrangeros, y à madre comun de las naciones; serui a Españoles, aprẽdi la lengua Castellana de la manera que veis que la hablo, y lleuado del generoso deseo que todos tienen de ver tierras, vine a ver a Portugal, a ver la grã Ciudad de Lisboa, y la misma noche que entrè en ella me sucedio vn caso, q̃ si le creyeredes hareis mucho, y sino no importa nada, puesto que la verdad ha de tener siempre su assiento, aunque sea en si misma. Admirados quedaron Periãdro, y Auristela, y los demas compañeros de la improuisa, y concertada narracion del caido caminante, y con gusto de escucharle, le dixo Periandro que prosiguiesse en lo que dezia

que-

queria, q̃ todos le darian credito, porq̃ todos eran cortesses, y en las cosas del mundo experimentados. Alentado con esto el caminante, prosiguiò diziendo: Digo, que la primera noche que entrè en Lisboa, yendo por vna de sus principales calles, ò ruas, como ellos las llaman, por mejorar de espada, q̃ no me auia parecido biẽ vna, donde me auia apeado: al passar de vn lugar estrecho, y no muy limpio vn emboçado Portugues con quien encontrè, me desuiò de si cõ tanta fuerça, que tuue necessidad de arrimarme al suelo; despertò el agravio, la colera, remiti mi vengança à mi espada, puse mano, pusola el Portugues con gallardo brio, y desemboltura, y la ciega noche, y la fortuna mas ciega à la luz de mi mejor suerte, sin saber yo adonde, encamino la punta de mi espada à la vista de mi contrario, el qual dando de espaldas, diò el cuerpo al suelo, y el alma adonde Dios se sabe. Luego me representòel temor lo q̃ auia hecho, pasmeme, puse en el huir mi remedio, quise huir, pero no sabia adonde; mas el rumor de la gente, que me pareciò q̃ acudia, me puso alas en los pies, y con passos desconcertados bolui la calle abaxo, buscãdo donde esconderme, ò adõde tener lugar de limpiar mi espada, porq̃ si la justicia me cogiesse, no me hallasse cõ manifiestos indicios de mi delito; yendo, pues, assi ya del temor desmayado, vi vna luz en vna casa principal, y arrojème à ella, sin saber con que disignio, hallè vna sala baxa abierta, y muy bien adereçada, alarguè el passo, y entrè en otra quadra tãbien adereçada, y lleuado de la luz q̃ en otra quadra parecia, hallè en vn rico lecho echada vna señora, q̃ alborotada, sentãdose en èl me preguntò, quien era, q̃ buscaua, y adonde iba, y quien me auia dado licencia de entrar hasta alli cõ tan poco respeto? Yo le respõdi: Señora, à tãtas preguntas no os puedo respõder, sino solo cõ deziros, que soy vn hombre estrãgero, que a lo que creo, dexo muerto a otro en essa calle, mas por su desgracia, y su soberuia, q̃ por mi culpa; suplicoos por Dios, y por quiẽ sois, que me escapeis del rigor de la justicia, que pienso que me viene siguiendo. Sois Castellano, me preguntò en su lengua Portuguesa? No señora, le respondi yo, sino forastero, y bien lexos de esta tierra. Pues, aunque fueras

des

des mil vezes Castellano, replicò ella, os librara yo, si pudiera, y os librarè, si puedo; subid por cima deste lecho, y entraos debaxo deste tapiz, y entraos en vn hueco q̃ aqui hallareis, y no os mouais, q̃ si la justicia viniere, me tendrà respeto, y creerà lo q̃ yo quisiere dezirles. Hize luego lo que me mandò, alce el tapiz, hallè el hueco, estrechème en èl, recogi el aliento, y comencè à encomẽdarme à Dios lo mejor que pude, y estando en esta confusa afliccion, entrò vn criado de casa diziendo casi à gritos: Señora, à mi señor D. Duarte han muerto, aqui le traẽ passado de vna estocada de parte à parte por el ojo derecho y no se sabe el matador, ni la ocasion de la pendencia, en la qual apenas se oyeron los golpes de las espadas, solamẽte ay vn muchacho, que dize que vio entrar vn hõbre huyendo en esta casa. Esse deue de ser el matador sin duda, respondiò la señora, y no podrà escaparse: quantas vezes temia yo, ay desdichada! ver, que traian à mi hijo sin vida, porque de su arrogante proceder no se podian esperar sino desgracias. En esto en ombros de otros quatro entraron al muerto, y le tendieron en el suelo delante de los ojos de la afligida madre, la qual con voz lamentable començò a dezir: Ay vengãça, y como estas llamando a las puertas del alma; pero no cõsiente que responda a tu gusto el que yo tengo, de guardar mi palabra! ay con todo esto dolor, que me aprietas mucho! Cõsiderad, señores, qual estaria mi coraçon oyẽdo las apretadas razones de la madre, a quiẽ la presencia del muerto hijo me parecia a mi que le ponian en las manos mil generos de muertes, con que de mi se vengasse, q̃ bien estaua claro, que auia de imaginar que yo era el matador de su hijo; pero q̃ podia yo hazer entõces, sino callar, y esperar en la misma desesperacion? y mas quando entrò en el aposento la justicia, que cõ comedimiento dixo à la señora: Guiados por la voz de vn muchacho, que dize, q̃ se entrò en esta casa el homicida de este Cauallero, nos hemos atreuido a entrar en ella. Entonces yo abri los oidos, y estuue atẽto a las respuestas q̃ daria la afligida madre, la qual respondio, llena el alma de generoso animo, y de pieda Christiana: Si esse tal hõbre ha entrado en esta casa, no à lo menos en esta es-

tan-

tancia, por allà le puedē buscar, aunq̄ plegue à Dios que no le hallen, porque mal se remedia vna muerte con otra, y mas quando las injurias no procedē de malicia. Boluiòse la justicia à buscar la casa, y boluierō en mi los espiritus, que me auian desamparado; mandò la señora quitar delante de si el cuerpo muerto del hijo, y que le amortajassen, y desde luego diessen orden en su sepultura: mandò assimismo que la dexassen sola, porque no estaua para recibir consuelos, y pesames de infinitos que venian à darselos, assi de parientes, como de amigos, y conocidos. Hecho esto, llamò a vna donzella suya, que a lo que pareciò deuiò de ser de la que mas se fiaua, y auiendola hablado al oido, la despidiò, mādandole cerrasse tras si la puerta, ella lo hizo assi, y la señora sentandose en el lecho, tētò el tapiz y a lo que pienso, me puso las manos sobre el coraçon, el qual palpitādo à priessa, daua indicios del temor que le cercaua; ella viendo lo qual, me dixo con baxa, y lassimada voz: Hombre, quiē quiera que seas, ya ves q̄ me has quitado el aliento de mi pecho, la luz de mis ojos, y finalmēte la vida que me sustentaua; pero porque entiendo que ha sido sin culpa tuya, quiero q̄ se oponga mi palabra a mi vengança, y assi en cumplimiento de la promessa q̄ te hize de librarte quando aqui entraste, has de hazer lo que aora te dirè, ponte las manos en el rostro, porque si yo me descuydo en abrir los ojos, no me obligues a que te conozca, y sal de esse encerramiento, y sigue a vna mi dōzella, q̄ aora vendrà aqui, la qual te pondra en la calle, y te dara cien escudos de oro, cō que facilites tu remedio: no eres conocido, no tienes ningun indicio q̄ te manifieste, sossiega el pecho, q̄ el alboroto demasiado suele descubrir el delinquēte. En esto boluiò la donzella, yo sali detras del paño, cubierto el rostro con la mano, y en señal de agradecimiento, hincado de rodillas, besè el pie de la cama muchas vezes, y luego seguì los de la donzella, q̄ assimismo callando me assiò del braço, y por la puerta falsa de vn jardin a escuras me puso en la calle. En viēdome en ella, lo primero q̄ hize fue, limpiar la espada, y con sossegado passo sali acaso a vna calle principal, de donde reconoci mi posada, y me entrè en ella, como si por mi no huuie-

uiera passado, ni prospero suceſſo, ni aduerſo: cõtòme el hueſped la deſgracia del recien muerto Caualiero, y aſſi exagerò la grãdeza de ſu linage, como la arrogancia de ſu cõdiciõ, de la qual ſe creia la auria grangeado algun enemigo ſecreto, q̃ a ſemejante termino le huuieſſe conducido. Paſsè aquella noche dando gracias a Dios de las recibidas mercedes, y ponderando el valeroſo, y nunca viſto animo Chriſtiano, y admirable proceder de Doña Guiomar de Soſa, que aſsi ſupe ſe llamaua mi bienhechora. Sali por la mañana al rio, y hallè en èl vn barco lleno de gẽte, q̃ ſe iba a embarcar en vna gran naue q̃ en S. Gian eſtaua de partida para las Islas Oriẽtales; boluime a mi poſada, vendi a mi hueſped la caualgadura, y cerrando todos mis diſcurſos en el puño, bolui al rio, y al barco, y otro dia me hallè en el gran nauio fuera del puerto, dadas las velas al viento, ſiguiendo el camino que ſe deſeaua. Quinze años he eſtado en las Indias, en los quales ſiruiendo de ſoldado cõ valentiſsimos Portugueſes, me hã ſucedido coſas, de que quizà pudieran hazer vna guſtoſa, y verdadera hiſtoria, eſpecialmẽte de las hazañas de la en aquellas partes inuẽcible nacion Portugueſa, dignas de perpetua alabança en los preſentes, y venideros ſiglos: alli grangeè algun oro, y algunas perlas, y coſas mas de valor, q̃ de bulto, con las quales, y cõ la ocaſiõ de boluerſe mi General à Lisboa, bolui à ella, y de alli me puſe en camino, para boluerme a mi patria, determinando ver primero todas las mejores, y mas principales Ciudades de Eſpaña, reduci a dineros mis riquezas, y a polizas los q̃ me pareciò ſer neceſſario para mi camino, que fue el q̃ primero intẽtè venir à Madrid, dõde eſtaua recien venida la Corte del gran Felipe Tercero; pero ya mi ſuerte, cãſada de lleuar la naue de mi ventura con proſpero viẽto, por el mar de la vida humana, quiſo que dieſſe en vn baxio que la deſtroçaſſe toda, y anſi hizo, que en llegãdo vna noche a Talauera, vn lugar que no eſtà lexos de aqui, me apeè en vn meſõ, que no me ſiruiò de meſon, ſino de ſepultura, pues en èl hallè la de mi honra. O fuerças poderoſas de amor, de amor digo inconſiderado, preſuroſo, y laſciuo, y mal intẽcionado, y con quanta facilidad atropellas diſignios buenos, intẽtos caſ-

castos, proposiciones discretas! Digo, pues, que estando en este meson, entrò en èl acaso vna donzella de hasta diez y seis años, à lo menos à mi no me pareciò de mas, pues dò q̃ despues supe, q̃ tenia veinte y dos: venia en cuerpo, y en trançado, vestida de paño, pero limpissima, y al passar junto à mi, me pareciò q̃ olia à vn prado lleno de flores por el mes de Mayo, cuyo olor en mis sentidos dexò atràs las aromas de Arabia; llegòse la qual àvn moço del meson, y hablandole al oido, alçò vna gran risa, y boluiendo las espaldas saliò del meson, y se entrò en vna casa frontera. El moço mesonero corriò tras ella, y no la pudo alcançar, sino fue cõ vna coz q̃ le diò en las espaldas, que la hizo entrar, cayendo de ojos, en su casa; esto viò otra moça del mismo meson, y llena de colera, dixo al moço: Por Dios Alonso q̃ lo hazes mal, que no merece Luisa que la sastigues à coces. Como essas le darè yo si viuo, respondiò el Alonso, calla Martina amiga, q̃ à estas mocitas sobresaliẽtes no solamẽte es menester ponerles la mano, sino los pies y todo, y cõ esto nos dexò solos à mi, y à Martina, à la qual le preguntè, que què Luisa era aquella, y si era casada, ò no: No es casada, respondiò Martina, pero seràlo presto cõ este moço Alonso, que aueis visto, y en fe de los tratos que andã entre los padres della, y los de èl, se atreue Alonso à molella à cozes todas las vezes que se le antoja, aunque muy pocas son sin que ella las merezca: porque si va à dezir la verdad, señor huesped, la tal Luisa es algo atreuidilla, y algun tanto libre, y descompuesta, harto se lo he dicho yo, mas no aprouecha, no dexarà de seguir su gusto, si la sacan los ojos, pues en verdad en verdad q̃ vna de las mejores dotes q̃ puede lleuar vna donzella, es la honestidad, que buẽ siglo aya la madre que me pariò, q̃ fue persona q̃ no me dexò ver la calle, ni aun por vn agujero, quanto mas salir al vmbral de la puerta; sabia biẽ como ella dezia, q̃ la muger, y la gallina, &c. Digame señora Martina, le replique yo, como de la estrecheza de esse nouiciado vino à hazer profesiõ en la anchura de vn meson? Ay mucho q̃ dezir en esso, dixo Martina, y aun yo tuuiera mas q̃ dezir destas menudencias, si el tiempo lo pidiera, ò el dolor que traigo en el alma lo permitiera.

CA-

CAPITVLO VII.

Del tercero libro.

COn atencion escuchauan los peregrinos el peregrino quando del Polaco ya desseauan saber q̃ dolor traia en el alma, como sabian el que deuia de tener en el cuerpo, à quien dixo Periandro: Contad, señor, lo que quisiere redes, y con las menudencias que quisieredes, que muchas vezes el contarlas suele acrecentar grauedad al cuerpo, que no parece mal estar en la mesa de vn banquete junto à vn faysan bien adereçado, vn plato de vna fresca, verde, y sabrosa ensalada: la salsa de los cuentos es la ropiedad del lenguaje, en qualquiera cosa que se diga; assi que señor, seguid vuestra historia, contad de Alonso, y de Marina, acocead a vuestro gusto, a Luisa acoceadla, o no la caeis, sea ella libre, y desembuelta como vn cernicalo, que el toque no està en sus desembolturas, sino en sus sucessos, segun lo hallo yo en mi Astrologia. Digo, pues, señores, respondio el Polaco, que vsando de essa buena licencia, no me quedara cosa en el tintero, que no la ponga en la plana de vuestro juizio: con todo el que entonces tenia, que no deuia de ser mucho, fuy, y vine vna, y muchas vezes aquella noche à pensar en el donaire, en la gracia, y en la desemboltura de la sin par, à mi parecer, ni sè si la llame vezina moça, ò conocida de mi huespeda, hize mil disignios, fabriquè mil torres de viento, caseme, tuue hijos, y dos higas al que diràn; y finalmente me resolui de dexar el primer intento de mi jornada, y quedarme en Talauera casado con la Diosa Venus, que no menos hermosa me pareciò la muchacha, aunque acoceada por el moço del mesonero; passose aquella noche, tomè el pulso a mi gusto, y hallèle tal, q̃ à no casarme con ella, en poco espacio de tiempo auia de perder, perdiendo el gusto, la vida, que ya auia depositado en los ojos de mi labradora, y atropellando por todo genero de inconuenientes, determinè de hablar à su padre, pidiẽdosela por muger, enseñèle mis perlas, manifestèle mis dineros, dixele alabanças de mi ingenio, y de mi industria, no solo para conseruarlos, sino para aumentarlos; y con estas razones,

nes, y cõ el alarde que le auia hecho de mis bienes, vino mas blando que vn guante à conceder cõ mi deseo, y mas quãdo vio q̃ yo no reparaua en dote, pues con sola la her mosura de su hija me tenia por pagado, contento, y satisfecho de este concierto; quedò Alonso despechado, Luisa mi esposa rostituerta, como lo dieron à entender los sucessos que de alli à quin ze dias acontecieron con do lor mio, y verguença suya, q̃ fueron acomodarse mi espo sa con algunas joyas, y dineros mios, con los quales, y con ayuda de Alonso, que le puso alas en la voluntad, y en los pies, desapareciò de Talauera, dexandome burlado, y arrepentido, y dando ocasion al pueblo à que de su inconstancia, y bellaqueria en corrillos hablassen: hizome el agrauio acudir à la vengãça, pero no hallè en quien tomarla, sino en mi propio, que con vn laço estuue mil vezes por ahorcarme: pero la suerte, que quiçà para satisfacerme de los agrauios, que me tiene hechos, me guarda; ha ordenado, que mis enemigos ayan parecido presos en la carcel de Madrid, de donde he sido auisado que vaya à ponerles la demanda, y à seguir mi justicia; y assi voy con voluntad determinada de sacar con su sangre las manchas de mi hõra, y con quitarles las vidas, quitar de sobre mis ombros la pesada carga de su delito, que me trae aterrado, y consumido: viue Dios que han de morir: viue Dios que me he de vengar: viue Dios que ha de saber el mundo, que no: è dissimular agrauios, y mas los que son tan dañosos, que se entran hasta las medulas del alma; à Madrid voy, ya estoy mejor de mi caida, no ay sino ponerme acauallo, y guardense de mi hasta los mosquitos del aire, y no me lleguen à los oidos, ni ruegos de Frayles, ni llantos de personas deuotas, ni promessas de bien intencionados coraçones, ni dadiuas de ricos, ni imperios, ni mandamientos de Grandes, ni toda la caterva que suele proceder à semejantes acciones, que mi honra ha de andar sobre su delito, como el azeyte sobre el agua. Y diziẽdo esto, se iba à leuantar muy ligero para boluer à subir, y à seguir su viage. Viendo lo qual Periandro, asiendole de el braço, le detuuo, y dixo: Vos, señor, ciego de vuestra colera, no echais de ver que vais

vais à dilatar, y à estender vuestra deshonra; hasta aora no estas mas deshonrado de entre los que os conocen en Talauera, que deuen de ser bien pocos, y aora vais à serlo de los que os conocerán en Madrid; quereis ser como el labrador, que crió la viuora serpiente en el seno todo el Invierno, y por merced de el cielo quando llegó el Verano, dõde ella pudiera aprouecharse de su ponçoña, no la hallò, porque se auia ido, el qual, sin agradecer esta merced al cielo, quiso yrla à buscar, y boluerla a anidar en su casa, y en su seno, no mirãdo ser suma prudencia no buscar el hombre lo que no le està bien hallar; y à lo que comunmente se dize, que al enemigo que huye la puente de plata, y el mayor que el hombre tiene, suele dezirse, que es la muger propia (pero esto deue de ser en otras Religiones que en la Christiana) entre las quales los matrimonios son vna manera de concierto, y conueniencia, como lo es el de alquilar vna casa, ò otra alguna heredad: pero en la Religion Catolica el casamiento es Sacramento, que solo se desata con la muerte, ò con otras cosas, q̃ son mas duras que la misma muerte, las quales pueden escusar la cohabitacion de los dos casados, pero no deshazer el nudo con que ligados fueron. Que pensais que os sucederà quando la justicia os entregue à vuestros enemigos atados, y rendidos encima de vn teatro publico, à la vista de infinitas gentes, y à vos blandiendo el cuchillo encima del cadahalso, amenazando el segarles las gargantas, como si pudiera su sangre limpiar, como vos dezis, vuestra honra? que os puede suceder, como digo, sino hazer mas publico vuestro agrauio, porque las vengaças castigan, pero no quitan las culpas; y las que en estos casos se cometen, como la enmienda no proceda de la voluntad siempre se estàn en pie, y siempre estàn viuas en las memorias de las gentes, à lo menos en tanto que viue el agrauiado; assi que, señor, bolued en vos, y dando lugar à la misericordia, no corrais tras la justicia, y no os aconsejo por esto à que perdoneis à vuestra muger, para boluerla à vuestra casa, q̃ à esto no ay ley que os obligue: lo que os aconsejo es, q̃ la dexeis, que es el mayor castigo que podreis darle, viuid iexos della, y viuireis lo que

no

no hareis estando juntos, por que morireis continuo. La ley del repudio fue muy vsada entre los Romanos; y puesto que seria mayor caridad perdonarla, recogerla, sufrirla, y aconsejarla, es menester tomar el pulso à la paciẽcia, y poner en vn punto estremado à la discrecion, de la qual pocos se pueden fiar en esta vida, y mas quando la contrastan inconuenientes tantos, y tan pesados: y finalmente quiero que cõsidereis, que vais à hazer vn pecado mortal en quitarles las vidas, que no se ha de cometer por todas las ganancias que la honra del mundo ofrezca. Atento estuuo a estas razones de Periandro el colerico Polaco, y mirãdole de hito en hito, respondiò: Tu, señor, has hablado sobre tus años, tu discrecion se adelanta a tus dias, y la madurez de tu ingenio a tu verde edad, vn Angel te ha mouido la lengua, con la qual has ablandado mi voluntad, pues ya no es otra la que tengo, sino es la de boluerme a mi tierra a dar gracias al cielo por la merced q̃ me has hecho, ayudame a leuantar, que si la colera me boluiò las fuerças, no es bien que me las quite mi bien cõsiderada paciencia. Esso hare-

remos todos de muy buena gana, dixo Antonio el padre, y ayudandole a subir en el macho, abraçandoles a todos primero, dixo, que queria boluer à Talauera a cosas que a su hazienda tocauan, y que desde Lisboa bolueria por la mar a su patria; dixoles su nombre, que se llamaua Ortel Banedre, que respondia en Castellano, Martin Banedre, y ofreciẽdoseles de nueuo a su seruicio, boluiò las riendas àzia Talauera, dexãdo a todos admirados de sus sucessos, y del buen donayre con que los auia contado: aquella noche la passaron los peregrinos en aquel mismo lugar: y de alli a dos dias, en compañia de la antigua peregrina, llegaron a la Sagra de Toledo, y a vista del celebrado Tajo famoso por su arenas, y claro por sus liquidos cristales.

CAPITVLO VIII.

Del tercero libro.

NO es la fama del Tajo tal, que la cierren limites, ni la ignorẽ las mas remotas gentes del mundo, que à todos se estiẽde, y à todos se manifiesta, y en todos haze nacer vn deseo de conocerle; y como es vso de los Setẽtrionales ser la gẽte principal

versada en la lengua Latina, y en los antiguos Poetas; era lo assimismo Periandro, como vno de los mas principales de aquella nacion: y assi por esto, como por auer mostradole à la luz del mundo aquellos dias las famosas obras del jamàs alabado, como se deue, Poeta Garcilaso de la Vega, y auerlas èl visto, leido, mirado, y admirado; assi como viò al claro rio, dixo, no diremos: Aqui diò fin à su cantar Salicio, sino: Aqui dio principio à su cantar Salicio: aqui sobrepujò en sus eglogas à si mismo: aqui resonò su çampoña, à cuyo son se detuuieron las aguas deste rio, no se mouieron las hojas de los arboles, y parandose los vientos, dieron lugar à que la admiracion de su canto fuesse de lengua en lẽgua, y de gente en gentes por todas las de la tierra: O venturosas, pues, cristalinas aguas, por todas las de la tierra! ò venturosas, pues, cristalinas aguas, doradas arenas; que digo yo doradas, antes de puro oro nacidas, recoged à este pobre peregrino, que como desde lexos os adora, os piensa reuerenciar desde cerca; y poniendo la vista en la gran Ciudad de Toledo, fue esto lo que dixo: O peñasco sa pesadumbre, gloria de España, y luz de sus Ciudades, en cuyo seno hã estado guardadas por infinitos siglos las reliquias de los valientes Godos, para boluer à resucitar su muerta gloria, y à ser claro espejo, y deposito de Catolicas ceremonias: Saiue, pues, ò Ciudad santa, y da lugar que en ti le tengan estos que venimos à verte. Esto dixo Periandro, que lo dixera mejor Antonio el padre, si tan bien como èl lo supiera, porque las lecciones de los libros muchas vezes hazen mas cierta experiencia de las cosas, que no la tienen los mismos que las han visto, à causa quee lq̃ vè cõ atenciõ, repara vna, y muchas vezes en lo que va leyẽdo, y el que mira sin ella, no repara en nada, y con esto excede à la leccion la vista; casi en este mismo instante resonò en sus oidos el son de infinitos, y alegres instrumentos, que por los valles que en la Ciudad rodean, se estendian, y vieron venir àzia donde ellos estàuan, esquadrones no armados de infanteria, sino montones de donzellas, sobre el mismo Sol hermosas, vestidas à lo villano, llenas de tartas, y patenas los pechos, en quien los corales, y la plata te

niam

nian su lugar, y asiento, con mas gala que las perlas, y el oro, que aquella vez se hurtò de los pechos, y se acogiò à los cabellos, que todos erã luengos, y rubios como el mismo oro; venian, aunque sueltos por las espaldas, recogidos en la cabeça con verdes guirnaldas de olorosas flores; campeò aquel dia, y en ellas antes la palmilla de Cuenca, que el damasco de Milan, y el raso de Florẽcia. Finalmente la rusticidad de sus galas se auentajaua à las mas ricas de la Corte, porque si en ellas se mostraua la honesta mediania, se descubria assimismo la estremada limpieza, todas eran flores, todas rosas, todas donayre, y todas juntas componian vn honesto mouimiento, aunque de diferentes bayles formado, el qual mouimiento era incitado del son de los diferentes instrumentos, ya referidos; al rededor de cada esquadron andauan por defuera, de blanquissimo liẽço vestidos, y con paños labrados rodeadas las cabeças, muchos çagales, ò ya sus parientes, ò ya sus conocidos, ò ya vezinos de sus mismos lugares, vno tocaua el tamboril, y la flauta, otro el salterio, este las sonajas, y aquel los albogues; y de todos estos sones redundaua vno solo, que alegraua con la concordancia, que es el fin de la musica: y al passar vno destos esquadrones, ò junta de bayladoras donzellas por delante de los peregrinos, vno, que a lo que despues pareciò era el Alcalde de el pueblo, assiò a vna de aquellas donzellas del braço, y mirandola muy bien de arriba abaxo, cõ voz alterada, y de mal talante, la dixo: A Toçuelo, Toçuelo, y que de poca verguença os acompaña, bayles son estos para ser profanados, fiestas son estas para no lleuarlas sobre las ninas de los ojos: no sè yo como consienten los cielos semejantes maldades, si esto ha sido con sabiduria de mi hija Clementa Gobeña, por Dios que nos han de oir los sordos: apenas acabò de dezir esta palabra el Alcalde, quando llegò otro Alcalde, y le dixo: Pedro Gobeño, si os oyessen los sordos, seria hazer milagros, contentaos con que nosotros nos oigamos à nosotros, y sepamos en que os ha ofendido mi hijo Toçuelo, que si èl ha delinquido contra vos, justicia soy yo que le podrè, y sabrè castigar? A lo que respondiò

Cobeño: El delinquimiento ya se vè, pues siendo varon, va vestido de hembra, y no de hembra como quiera, si no de donzella de su Magestad, en sus fiestas; porque veais Alcalde Toçuelo, si es mocosa la culpa, temome que mi hija Cobeña anda por aqui, porque estos vestidos de vuestro hijo me parecen suyos, y no querria que el diablo hiziese de las suyas, y sin nuestra sabiduria los juntaste sin las bendiciones de la Iglesia, que ya sabeis que estos casorios hechos à hurtadillas, por la mayor parte pararon en mal, y dan de comer à los de la Audiencia Clerical, que es muy carera. A esto respondio por Toçuelo vna donzella labradora, de muchas que se pararon a oir la platica: Si va à dezir la verdad, señores Alcaldes, tan marida es Mari Cobeña de Toçuelo, y èl marido de ella, como lo es mi madre de mi padre, y mi padre de mi madre, ella està en cinta, y no esta para dançar, ni baylar, casenlos, y vayase el diablo para malo, y a quien Dios se la diere San Pedro se la bendiga. Par Dios, respondiò Toçuelo, vos dezis muy bien, entrambos son iguales, no es mas Christiano viejo el vno, que el otro, las riquezas se pueden medir con vna misma vara. Aora bien, replicò Cobeño, llamen aqui à mi hija, que ella lo deslindarà todo, que no es nada muda: vino Cobeña, que no estaua lexos, y lo primero que dixo, fue: Ni yo he sido la primera, ni serè la postrera que aya tropeçado, y caydo en estos barrancos, Toçuelo es mi esposo, y yo su esposa, y perdonenos Dios à entrèbos, quando nuestros padres no quisieren. Esso si, hija, dixo su padre, la verguença por los cerros de Vbeda, antes que en la cara; pero pues esto està ya hecho, bien serà que el Alcalde Toçuelo se firma de que este caso passe adelante, pues vosotros no le aueis querido dexar atràs. Par diez, dixo la donzella primera, que el señor Alcalde Cobeño ha hablado como vn viejo, dense estos niños las manos, si es que no se las han dado hasta agora, y queden para en vno, como lo manda la Santa Iglesia nuestra Madre, y vamos con nuestro bayle al olmo, que no se ha de estoruar nuestra fiesta por niñerias. Vino Toçuelo cõ el parecer de la moça, dieronse las manos los don-

donzeles, acabòse el pleyto, y passò el bayle adelante, que si con esta verdad se acabaran todos los pleytos, secas, y peladas estuuieran las solicitas plumas de los escriuanos. Quedaron Periandro, Auristela, y los demas peregrinos, contentissimos de auer visto la pendencia de los dos amantes, y admirados de ver la hermosura de las labradoras donzellas, que parecia todas à vna mano, que eran principio, medio, y fin de la humana belleza. No quiso Periandro que entrassen en Toledo, porque assi se lo pidiò Antonio el padre, à quien aguijaua el deseo que tenia de ver à su patria, y à sus padres, que no estauan lexos, diziendo, que para ver las grandezas de aquella Ciudad, conuenia mas tiempo que el que su priessa les ofrecia; por esta misma razon tampoco quisierõ passar por Madrid, donde à la sazon estaua la Corte, temiendo algun estoruo que su camino les impidiesse; confirmòles en este parecer la antigua peregrina, diziendoles, que andauan en la Corte ciertos pequeños, que tenian fama de ser hijos de Grandes, que aun que pajaros noueles, se abatian al señuelo de qualquiera muger hermosa de qualquiera calidad que fuesse, que el amor antojadizo no busca calidades, sino hermosura; à lo q̃ añadiò Antonio el padre: De essa manera serà menester que vsemos de la industria que vsan las grullas, quando mudando regiones, passan por el monte Limauo, en el qual las estan aguardando vnas aues de rapiña, para que les siruan de pasto; pero ellas preuiniẽdo este peligro passan de noche, y lleuan vna piedra cada vna en la boca para q̃ les impida el canto, y escusen de ser sentidas, quanto mas que la mejor industria que podemos tener, es seguir la ribera de este famoso rio, y dexando la Ciudad à mano derecha, guardãdo para otro tiempo el verla, nos vamos à Ocaña, y desde alli al Quintanar de la Orden, que es mi patria. Viendo la peregrina el disignio del viage, que auia hecho Antonio, dixo, que ella queria seguir el suyo, q̃ le venia mas à cuento; la hermosa Ricla le diò dos monedas de oro en limosna, y la peregrina se despidiò de todos cortès, y agradecida. Nuestros peregrinos passaron por Aranjuez, cuya vista, por ser en tiempo de Primauera, en vn mismo punto

les puso la admiracion, y la alegria; vieron de iguales, y estendidas calles, à quien seruian de espaldas, y arrimos los verdes, y infinitos arboles, tan verdes, que las hazian parecer de finissimas esmeraldas; vieron la junta, los besos, y abraços que se dauan los dos famosos rios Henares, y Tajo, contemplaron sus sierras de agua, admiraron el concierto de sus jardines, y de la diuersidad de sus flores; vieron sus estanques con mas pezes, que arenas, y sus exquisitos frutales, que por aliuiar el peso a los arboles, tendian las ramas por el suelo. Finalmente Periandro tuuo por verdadera la fama que de este sitio por todo el mundo se esparcia; desde alli fueron a la Villa de Ocaña, donde supo Antonio que sus padres viuian, y se informò de otras cosas, que le alegraron, como luego se dirà.

CAPITVLO IX.

Del tercero libro.

COn los aires de su patria se regocijaron los espiritus de Antonio, y con el visitar a nuestra Señora de Esperança, a todos se les alegrò el alma; Ricla, y sus dos hijos se alboroçaron con el pensamiento de que auiã de ver presto, ella a sus suegros, y ellos a sus abuelos, de quien ya se auia informado Antonio, que viuian à pesar del sentimiento que la ausencia de su hijo les auia causado; supo assimismo como su cõtrario auia heredado el Estado de su padre, y que auia muerto en amistad de su padre de Antonio, à causa que con infinitas pruebas, nacidas de la intrincada seta del duelo, se auia aueriguado, que no fue afrenta la que Antonio le hizo, porque las palabras que en la pendencia passaron, fueron con la espada desnuda, y la luz de las armas quita la fuerça a las palabras, y las que se dizen cõ las espadas desnudas, no afrentan, pueste que agrauian; y assi el que quiere tomar vengança de ellas, no se ha de entender q̃ satisface su afrenta, sino que castiga su agrauio, como se mostrarà en este exemplo. Presupongamos que yo digo vna verdad manifiesta: respondeme vn desalumbrado, que miento, y mentirè todas las vezes que lo dixere, y poniendo mano à la espada, sustenta aquella desmentida; yo que soy el desmentido no tengo necessidad

sidad de boluer por la verdad que dixe, la qual no puede ser desmentida en ninguna manera; pero tengo necessidad de castigar el poco respeto que se me tuuo: de modo que el desmentido de esta suerte puede entrar en campo con otro, sin que se le ponga por objeto, que està afrentado, y que no puede entrar en campo con nadie, hasta que se satisfaga; porque como tengo dicho, es grande la diferencia que ay entre agrauio, y afrenta. En efeto digo, que supo Antonio la amistad de su padre, y de su contrario, y que pues ellos auian sido amigos, se avria bien mirado su causa: con estas buenas nueuas, con mas sossiego, y mas contento se puso otro dia en camino con sus camaradas, à quien cõtò todo aquello que de su negocio sabia, y que vn hermano del que pensò ser su enemigo, le auia heredado, y quedado en la misma amistad con su padre que su hermano el muerto: fue parecer de Antonio, que ninguno saliesse de su orden, porq̃ pensaua darse à conocer à su padre, no de improuiso, sino por algun rodeo, que le aumentasse el contento de hazerle conocido; aduirtiendo que tal vez mata vna subita alegria, como suele matar vn improuiso pesar. De alli à tres dias llegaron al crepusculo de la noche à su lugar, y à la casa de su padre, el qual con su madre, segun despues pareciò, estaua sentado à la puerta de la calle, tomando, como dizen, el fresco, por ser el tiempo de los calurosos del Verano; llegaron todos juntos, y el primero que hablò fue Antonio a su mismo padre: Ay por ventura señor, en este lugar hospital de peregrinos? Segun es Christiana la gente que le habita, respõdiò su padre, todas las casas de èl son hospital de peregrinos, y quando otra no huuiera, esta mia, segun su capacidad, siruiera por todas; prendas tengo yo por essos mundos adelante, que no sè si andaràn agora buscando quien las acoja. Por ventura, señor, replicò Antonio, este lugar no se llama el Quintanar de la Orden, y en èl no viuen vn apellido de vnos hidalgos, q̃ se llaman Villaseñores? digolo, porque he conocido yo vn tal Villaseñor bien lexos de esta tierra, que si el estuuiera en esta, no nos faltara posada à mi, ni a mis camaradas: y como se llamaua, hijo, dixo su madre, esse Villaseñor que dezis? Llama-

uase Anto: io, replicò Antonio, y su padre, segun me acuerdo, me dixo se llamaua Diego de Villaseñor. Ay, señor, dixo la madre, leuantandose de do de estaua, que esse Antonio es mi hijo, que por cierta desgracia ha al pie de diez y seis años que falta de esta tierra, compradole tengo à lagrimas, pesado à suspiros, y grangeado con oraciones; plegue à Dios que mis ojos le vean antes que descubra la noche de la eterna sombra. Dezidme, dixo, ha mucho que le vistes, ha mucho que le dexastes, tiene salud, piensa boluer à su patria, acuerdase de sus padres, à quien podrà venir à ver, pues no ay enemigos que se lo impidan, que ya no son sino amigos los que le hizieron desterrar de su tierra? Todas estas razones escuchaua el anciano padre de Antonio, y llamando à grandes vozes à sus criados, les mandò encender luzes, y que metiessen dentro de casa à aquellos honrados peregrinos; y llegandose à su no conocido hijo, le abraçò estrechamente, diziendole: Por vos solo, señor, sin que otras nueuas os hiziessen el aposento, os le diera yo en mi casa, lleuado de la costumbre que tengo, de agasajar en ella à todos quantos peregrinos por aqui passan; pero agora con las regozijadas nueuas q̃ me aueis dado, ensanchare la voluntad, y sobrepujaràn los seruicios que os hiziere à mis mismas fuerças. En esto ya los seruientes auian encendido luzes, y guiando los peregrinos dentro de la casa, y en mitad de vn grã patio que tenia, salieron dos hermosas, y honestas donzellas, hermanas de Antonio, que auian nacido despues de su ausencia, las quales viendo la hermosura de Auristela, y la gallardia de Constança su sobrina, con el buen parecer de Ricla su cuñada, no se hartauan de besarlas, y de bendecirlas; y quando esperauan que sus padres entrassen dentro de casa con el nueuo huesped, vieron entrar con ellos vn confuso monton de gente, que traian en ombros sobre vna silla sentado vn hombre cõmo muerto, que luego supieron ser el Conde que auia heredado al enemigo que solia ser de su tio: el alboroto de la gente, la confusion de sus padres, el cuydado de recibir los nueuos huespedes, las turbò de manera, que no sabian à quien acudir, ni a quien preguntar la causa de aquel alboro-

to;

to ; los padres de Antonio acudieron al Conde, herido de vna vala por las espaldas, que en vna rebuelta de dos compañias de soldados, que estauan en el pueblo alojadas, auian tenido con los de el lugar, y le auian passado por las espaldas el pecho ; el qual viendose herido, mando a sus criados, que le truxessen en casa de Diego de Villaseñor su amigo, y el traerle fue à tiempo que començaua à hospedar a su hijo, à sunuera, y à sus dos nietos, y a Periandro, y à Auristela, la qual asiendo de las manos à las hermanas de Antonio, les pidio que la quitassen de aquella confusion, y la leuassen à algun aposento donde nadie la viesse; hizieronlo ellas assi, siempre admirandose de nueuo de la sin par belleza de Auristela: Constança, a quien la sangre del parentesco bullia en el alma, ni queria, ni podia apartarse de sus tias, que todas eran de vna misma edad, y casi de vna igual hermosura: lo mismo le acontecio al mancebo Antonio, el qual oluidado de los respetos de la buena crian̄ça, y de la obligacion de el hospedage, se atreuio honesto, y regozijado à abraçar à vna de sus tias; viēdo lo qual vn criado de casa, le dixo: Por vida del señor peregrino, que tenga quedas las manos, que el señor de esta casa no es hombre de burlas, si no à fee que se las haga tener quedas à despecho de su desuergonçado atreuimiento. Por Dios hermano, respondio Antonio, que es muy poco lo que he hecho, para lo que pienso hazer, si el cielo fauorece mis deseos, que no son otros, que seruir à estas señoras, y a todos los de esta casa. Ya en esto auian acomodado al Conde herido en vn rico lecho, y llamando à dos Cirujanos que le tomassen la sangre, y mirassen la herida, los quales declararon ser mortal, sin que por via humana tuuiesse remedio alguno. Estaua todo el pueblo puesto en arma contra los soldados, que en esquadron formado se auian salido al campo, y esperauan, si fuessen acometidos del pueblo, dandoles la batalla, valia poco para ponerlos en paz, la solicitud, y la prudencia de los Capitanes, ni la diligencia Christiana de los Sacerdotes, y Religiosos de aquel pueblo, el

el qual por la mayor parte se arborota de liuianas ocasiones, y crece bien assi como van creciendo las olas del mar de blando viento mouidas, hasta que tomando el Regañon el blando soplo del Zefiro, le mezcla con su Vracan, y las leuanta al cielo, el qual dando se priessa à entrar el dia, la prudẽcia de los Capitanes hizo marchar à sus soldados à otra parte, y los del pueblo se quedaron en sus limites, à pesar del rigor, y mal animo que contra los soldados tenian concebido. En fin, por terminos, y passas espaciosas, con sobresaltos agudos, poco à poco vino Antonio a descubrirse à sus padres, haziendole presente de sus nietos, y de su nuera, cuya presencia sacò lagrimas de los ojos de los viejos, y la belleza de Auristela, y gallardia de Periandro les sacò el pasmo al rostro, y la admiracio à todos los sentidos. Este placer tan grande, como improuiso; esta llegada de sus hijos tan no esperada, le la aguò, turbò, y casi deshizo la desgracia del Cõde, que por momentos iba empeorando, con todo esso le hizo presente de sus hijos, y de nueuo le hizo ofrecimiẽto de su casa, y de quanto en ella auia, que para su salud fuesse conueniente, porque aunque quisiera mouerse, y lleuarle à la de su Estado, no fuera posible: tales eran las pocas esperanças que se teniã de su salud, no se quitauan de la cabecera del Conde, obligadas de su natural condicion, Auristela, y Constança, que la compassion Christiana, y solicitud posible eran sus enfermeras, puesto que iban contra el parecer de los Cirujanos, que ordenauan le dexassen solo, ò à lo menos no acompañado de mugeres; pero la disposicion del cielo, que con causas à nosotros secretas, ordena, y dispone las cosas de la tierra, ordenò, y quiso, que el Conde llegasse al vltimo de su vida, y vn dia antes que della se despidiesse, cierto ya de que no podia viuir, llamò à Diego de Villaseñor, y quedandose con èl solo, le dixo desta manera: Yo sali de mi casa con intencion de ir à Roma este año, en el qual el Sumo Pontifice ha abierto las arcas del Tesoro de la Iglesia, y comunicadonos, como en año Santo, las infinitas gracias q̃ en èl suelen ganarse, iba à la ligera, mas como peregrino pobre, que como Cauallero rico, entrè en este pueblo, ha

llè

llè trauada vna pendencia, como ya, señor, aueis visto, entre los soldados que en èl estauan alojados, y entre los vezinos de ella, mezcléme en ella, y por reparar las agenas vidas, he venido à perder la mia, porque esta herida, q̃ à traicion, si assi se puede dezir, me dieron, me la va quitando por momentos, no sè quien me la dio, porque las pendencias del vulgo traen consigo à la misma confusion; no me pesa de mi muerte, sino es por las que ha de costar, si por justicia, ò por vẽganca quisiere castigarse: cõ todo esto, por hazer lo que en mi es, y todo aquello que de mi parte puedo, como Cauallero, y Christiano, digo q̃ perdono à mi matador, y à todos aquellos que con èl tuuieron culpa, y es mi voluntad assimismo, de mostrar que soy agradecido al bien q̃ en vuestra casa me aueis hecho, y la nuestra que he de dar de este agradecimiento, no serà assi como quiera, sino con el mas alto estremo que pueda imaginarse: en essos dos baules que ai estan, donde llenaua recogida mi recamara, creo que van hasta veinte mil ducados en oro, y en joyas, que no ocupan mucho lugar, y si como esta cantidad es poca, fuera la grande que encierra las entrañas de Potosi, hiziera de ella lo mismo que de esta hazer quiero, tomadla, señor, en vida, ò hazed que la tome la señora Doña Constança vuestra nieta, que yo se lo doy en arras, y para su dote, y mas que le pienso dar esposo de mi mano, tal, que aunque presto quede viuda, quede viuda honradissima, juntamente con quedar donzella honrada: llamadla aqui, y traed quien me despose con ella, q̃ su valor, su Christiandad, su hermosura, merecian hazerla señora del vniuerso; no os admire, señor, lo q̃ ois creed lo que os digo, que no serà nouedad disparatada casarse vn Titulo con vna donzella hijadalgo, en quien concurren todas las virtuosas partes que pueden hazer a vna muger famosa: esto quiere el cielo, à esto me inclina mi voluntad, por lo que deueis al ser discreto que no lo estorue la vuestra, id luego, y sin replicar palabra, traed quiẽ me despose con vuestra nieta, y quien haga las escrituras tan firmes, assi de la entrega de estas joyas, y dineros, y de la mano que de esposo la he de dar, que no aya calumnia q̃ la deshaga. Passmòse

mòse à estas razones Villaseñor, y creyò sin duda alguna, que el Conde auia perdido el juizio, y que la hora de su muerte era llegada, pues en tal punto, por la mayor parte, ò se dizen grandes sentencias, ò se hazen grandes disparates; y assi lo que le respõdiò, fue: Señor, yo espero en Dios, que tendreis salud, y entonces con ojos mas claros, y sin que algun dolor os turbe los sentidos, podreis ver las riquezas que dais, y la muger que escogeis; mi nieta no es vuestra igual, ò à lo menos no està en potencia propinqua, sino muy remota de merecer ser vuestra esposa, y yo no soy tan codicioso, que quiera comprar esta hõra que quereis hazerme, con lo que dirà el vulgo, casi siẽpre mal intencionado, del qual ya me parece que dize, que os tuue en mi casa, que os trastornè el sentido, y que por vias de la solicitud codiciosa os hize hazer esto. Diga lo que quisiere, dixo el Conde, que si el vulgo siempre se engaña, tambien quedarà engañado en lo que de vos pensare. Alto, pues, dixo Villaseñor, no quiero ser tan ignorante, q̃ no quiera abrir à la buena suerte, que està llamãdo à las puertas de mi casa, y con esto se saliò del aposento, y comunicò lo que el Conde le auia dicho, con su muger, con sus nietos, y con Periandro, y Auristela, los quales fuerõ de parecer, que sin perder punto acudiessen à la ocasion por los cabellos, que les ofrecia, y traxessen quien lleuasse al cabo aquel negocio: hizose assi, y en menos de dos horas ya estaua Constança desposada con el Conde, y los dineros, y joyas en su possessiõn, con todas las circunstancias, y reualidaciones que fueron posible hazerse; no huuo musicas en el desposorio, sino llantos, y gemidos, porque la vida del Cõde se iba acabando por momentos. Finalmente otro dia despues del desposorio, recibidos todos los Sacramẽtos, muriò el Conde en los braços de su esposa la Condesa Constança, la qual cubriendose la cabeça con vn velo negro, hincada de rodillas, y leuantando los ojos al cielo, començò à dezir: Yo hago voto; pero apenas dixo esta palabra, quando Auristela le dixo: Que voto quereis hazer, señora? De ser Monja, respondiò la Condesa. Sedlo, y no le hagais, replicò Auristela, que las obras de seruir à Dios no han de ser precipita-

tadas, ni que parezcan que las mueuen accidentes, y este de la muerte de vuestro esposo, quiçà os harà prometer lo que despues, ò no podreis, ò no querreis cumplir, dexad en las manos de Dios, y en las vuestras, vuestra voluntad, q̃ assi vuestra discreciõ, como la de vuestros padres, y hermanos os sabrà aconsejar, y encaminar en lo que mejor os estuuiere, y dese agora orden de enterrar vuestro marido, y confiad en Dios, que quien os hizo Condesa tan sin pẽsarlo, os sabrà, y querrà dar otro titulo, que os honre, y os engrandezca cõ mas duracion q̃ el presente. Rindiòse à este parecer la Condesa, y dando traças al entierro del Conde, llegò vn su hermano menor, à quien ya auian ido las nueuas à Salamanca, donde estudiaua, lloròla muerte de su hermano; pero enjugaronle presto las lagrimas, el gusto de la herencia del Estado: supò el hecho, abraçò à su cuñada, no contradixo à ninguna cosa, depositò à su hermano para lleuarle despues à su lugar; partiòse à la Corte para pedir justicia contra los matadores, anduuo el pleyto, degollaron à los Capitanes, y castigaron à muchos de los del pacto; quedòse Constança cõ las arras, y el titulo de Condesa; apercibiòse Periandro para seguir su viage, a quien no quisierõ acõpañar Antonio el padre, ni Ricla su muger, cansados de tantas peregrinaciones, que no cansaron à Antonio el hijo, ni à la nueua Condesa, que no fue posible dexar la compañia de Auristela, ni de Periandro. A todo esto nunca auia mostrado à su abuelo el lienço, donde venia pintada su historia, enseñòsele vn dia Antonio, y dixo, que faltaua alli de pintar los passos por donde Auristela auia venido à la isla Barbara, quando se vieron ella, y Periandro en los trocados trages, ella en el de varon, y èl en el de hembra, metamorfosis bien estraño; à lo que Auristela dixo, que en pocas razones lo diria, que fue, que quando la robaron los piratas de las riberas de Dinamarca, à ella, Cloelia, y à las dos pescadoras, vinieron à vna isla despoblada, a repetir la presa entre ellos, y no pudiendose hazer el repartimiento con igualdad, vno de los mas principales se contentò con que por su parte le diessen mi persona, y aun añadiò dadiuas para igualar la demasia; entrè

trè en su poder sola, sin tener quien en mi desventura me acompañasse, que de las miserias suele ser aliuio la compañia; este me vistiò en habitos de varon temeroso, que en los de muger no me solicitasse el viẽto. Muchos dias anduue con èl peregrinando por diuersas partes, y siruiendole en todo aquello que a mi honestidad no ofendia. Finalmente vn dia llegamos a la isla Barbara, dõde de improuiso fuymos presos de los Barbaros, y èl quedò muerto en la refriega de mi prision, y yo fuy traida a la cueua de los prisioneros, donde hallè a mi amada Cloelia, que por otros no menos desventurados passos alli auia sido traida, la qual me contò la condicion de los Barbaros, la vana supersticion que guardauan, y el assumpto ridiculo, y falso de su profecia: dixome assimismo, que tenia barruntos de que mi hermano Periandro auia estado en aquella sima, a quien no auia podido hablar, por la priessa q̃ los Barbaros se dauan a sacarle, para ponerle en el sacrificio, y que auia querido acompañarle, para certificarse de la verdad, pues se hallaua en habitos de hombre, y que assi rompiendo por las persuasiones de Cloelia, que se lo estoruauan, salio con su intento, y se entregò de toda su voluntad para ser sacrificada de los Barbaros, persuadiendose ser bien de vna vez acabar la vida, que no de tantas gustar la muerte, con traerla à peligro de perderla por momentos, y que no tenia mas que dezir, pues sabiã lo que desde aquel punto le auia sucedido. Bien quisiera el anciano Villaseñor, que todo esto se añadiera al lienço; pero todos fueron de parecer, que no solamente se añadiesse, sino que aun lo pintado se borrasse, porque tan grandes, y tan no vistas cosas, no eran para andar en lienços debiles, sino en laminas de bronce escritas, y en las memorias de las gentes grauadas. Con todo esso quiso Villaseñor quedarse con el lienço, siquiera por ver los bien sacados retratos de sus nietos, y la sin par hermosura, y gallardia de Auriste la, y Periandro. Algunos dias se passaron, poniendo en ordẽ su partida para Roma, deseosos de ver cumplidos los votos de su promessa; quedòse Antonio el padre, y no quiso quedarse Antonio el hijo, ni menos la nueua Condesa, q̃ como queda dicho, la aficio

que

que à Auriſtela tenia, la lleuara no ſolamente à Roma, ſino al otro mundo, ſi para allà ſe pudiera hazer viage en compañia. Llegòſe el dia de la partida, donde huuo tiernas lagrimas, y apretados abraços, y dolientes ſuſpiros, eſpecialmente de Ricla, que en ver partir à ſus hijos ſe le partia el alma; echòles ſu bẽdiciõ ſu abuelo a todos, que la bendicion de los ancianos parece que tiene prerrogatiua de mejorar los ſuceſſos; lleuaron conſigo à vno de los criados de caſa, para que los ſiruieſſe en el camino, y puеſtos en èl, dexaron ſoledades en ſu caſa, y padres, y en compañia entre alegre, y triſte ſiguieron ſu viage.

CAPITVLO X.

Del tercero libro.

LAs peregrinaciones largas ſiempre traen conſigo diuerſos acontecimientos, y como la diuerſidad ſe compone de coſas diferentes, es forçoſo que los caſos lo ſean: bien nos lo muеſtra eſta hiſtoria, cuyos acontecimientos nos cortan ſu hilo, poniendonos en duda donde ſerà bien anudarle; porque no todas las coſas que ſuceden, ſon buenas para contadas, y podrian paſſar ſin ſerlo, y ſin quedar menos cabada la hiſtoria: acciones ay, que por grandes, deuen callarſe, y otras, que por baxas, no deuen dezirſe, puеſto que es excelencia de la hiſtoria, que qualquiera coſa que en ella ſe eſcriua, puede paſſar al ſabor de la verdad que trae conſigo, lo que no tiene la fabula, à quien conuiene guiſar ſus acciones con tanta puntualidadad, y guſto, y con tãta veroſimilitud, que à deſpecho, y peſar de la mentira, que haze diſonancia en el entendimiento, forme vna verdadera armonia. Aprouechandome, pues, de eſta verdad, digo, que el hermoſo eſquadron de los peregrinos, proſiguiendo ſu viage, llegò à vn lugar no muy pequeño, ni muy grande, de cuyo nombre no me acuerdo, y en mitad de la plaça dèl, por quien forçoſamente auian de paſſar, vieron mucha gente junta, todos atentos, mirando, y eſcuchando à dos mancebos, que en trage de recien reſcatados de cautiuos, eſtauan declarando las figuras de vn pintado lienço, que teniã en el ſuelo: parecia que ſe auian deſcargado de dos peſadas cadenas q

le

tenian junto a si insignias, y relatoras de su pesada desvētura; y vno de ellos, que deuia de ser de hasta veinte y quatro años, con voz clara, y en todo estremo experta lēgua, crugiendo de quando en quādo vn carbacho, ò por mejor dezir açote, que en la mano tenia, le sacudia de manera, que penetraua los oidos, y ponia los estallidos en el cielo, bien assi como haze el cochero, que castigando, ò amenazando sus cauallos, haze resonar su latigo por los ayres. Entre los que la larga platica escuchauan, estauan los dos Alcaldes del pueblo, ambos ancianos, pero no tāto el vno, como el otro, por donde començò su arenga el libre cautiuo, fue diziendo: Esta, señores, que aqui veis pintada, es la Ciudad de Argel, gomia, y tarasca de todas las riberas del mar Mediterraneo, puerto vniuersal de cosarios, y amparo y refugio de ladrones, que de este pequeñuelo puerto que aqui va pintado, salen con sus baxeles a inquietar el mundo, pues se atreuē a passar el Plus Vltra de las colunas de Hercules, y a cometer, y robar las apartadas islas, que por estar rodeadas del inmenso mar Occeano, pensauan estar seguras a lo menos de los baxeles Turquescos: este baxel, que aqui veis reducido à pequeño, porque lo pide assi la pintura, es vna galeota de veinte y dos bācos, cuyo dueño, y Capitan es el Turco, q̄ en la crugia va en pie con vn braço en la mano, que cortò a aquel Christiano que alli veis, para que le sirua de rebenque, y açote a los demas Christianos, que van amarrados a sus bancos, temeroso no le alcancen estas quatro galeras, que aqui veis, que le van entrando, y dando caça: aquel cautiuo primero del primer banco, cuyo rostro le disfigura la sangre, que se le ha pegado de los golpes del braço muerto, yo soy, que seruia de espalder en esta galeota; y el otro que està junto a mi, es este mi compañero, no tan sangriento, porque fue menos apaleado. Escuchad, señores, y estad atentos, quiçà la aprension de este lastimero cuento, os lleuarà a los oidos las amenazadoras, y vituperosas vozes que ha dado este perro de Dragut, que assi se llamaua el Arraez de la galeota, cosario tā famoso, como cruel, y tan cruel, como Falaris, ò Busiris tiranos de Sicilia, a lo menos a mi me suena agora

ra el rospeni, el manahora, y el denimaniyoc, que con corage endiablado va diziendo, que todas estas son palabras, y razones Turquescas, encaminadas à la deshonra, y vituperio de los cautiuos Christianos, llamanlos de Iudios, hombres de poco valor, de fee negra, y de pensamientos viles, y para mayor horror, y espanto, con los braços muertos açotan los cuerpos viuos. Parece ser, que vno de los dos Alcaldes auia estado cautiuo en Argel mucho tiempo, el qual con baxa voz dixo à su cõpañero: Este cautiuo hasta agora parece que va diziendo verdad, y que en lo general no es cautiuo falso; pero yo le examinarè en lo particular, y verèmos como da la cuerda, porque quiero que sepais, que yo iba dentro de esta galeota, y no me acuerdo de auerle conocido por espalder de ella, si no fue à vn Alonso Moclin, natural de Velezmalaga; y boluiendose al cautiuo, le dixo: Dezidme, amigo, cuyas eran las galeras que os dauan caça, y si conseguistes por ellas la libertad deseada? Las galeras, respondiò el cautiuo, eran de Don Sancho de Leyva, la libertad no la conseguimos, porque no nos alcançaron, tuuimos la despues, porque nos alçamos con vna galeota, que desde Sargel iba à Argel cargada de trigo, venimos à Oran con ella, y desde alli à Malaga, de donde mi compañero, y yo nos pusimos en camino de Italia con intencion de seruir à su Magestad, que Dios guarde, en el exercicio de la guerra. Dezidme amigos, replicò el Alcalde, cautiuastes juntos, lleuaronos à Argel del primer boleo, ò à otra parte de Berberia? No cautiuamos juntos, respondiò el otro cautiuo, porque yo cautiuè junto à Alicante, en vn nauio de lanas, que passaua à Genoua, mi compañero en los Percheles de Malaga, adonde era pescador, conocimonos en Tetuan, dentro de vna mazmorra, hemos sido amigos, y corrido vna misma fortuna mucho tiempo, y para diez, ò doze quartos, que apenas nos han ofrecido de limosna sobre el lienço, mucho nos aprieta el señor Alcalde. No mucho, señor galan, replicò el Alcalde, que aun no estan dadas todas las buel-tas de la mãcuerda: escuche-me, y digame, quantas puertas tiene Argel, y quantas

fuentes, y quantos poços de agua dulce? La pregunta es boba, respondiò el primer cautiuo: tantas puertas tiene, como tiene casas, y tantas fuentes, que yo no las sè, y tantos poços, que no los he visto, y los trabajos que yo en èl he passado, me han quitado la memoria de mi mismo, y si el señor Alcalde quiere ir contra la caridad Christiana, recogeremos los quartos, y alçaremos la tienda, y à Dios aho, que tan buẽ pan hazen aqui, como en Francia. Entonces el Alcalde llamò à vn hombre de los que estauan en el corro, que al parecer seruia de pregonero en el lugar, y tal vez de verdugo, quando se ofrecia, y dixole Gil Berrueco, id à la plaça, y traedme aqui luego los primeros dos asnos que toparedes, que por vida del Rey nuestro Señor, que han de passear las calles en ellos estos dos señores cautiuos, que con tanta libertad quieren vsurpar la limosna de los verdaderos pobres, contandonos mentiras, y embelecos, estando sanos como vna mançana, y con mas fuerças para tomar vna azada en la mano, que no vn corbacho para dar estallidos en seco, yo he estado en Argel cinco años esclauo, y sè que no me dais señas dèl en ninguna cosa de quantas aueis dicho. Cuerpo del mundo, respondiò el cautiuo, es possible que ha de querer el señor Alcalde, que seamos ricos de memoria, siendo tan pobres de dineros, y que por vna niñeria, que no importa tres ardites, quiera quitar la honra a dos tan insignes estudiantes como nosotros, y juntamente quitar à su Magestad dos valientes soldados, que ibamos a essas Italias, y a essos Flandes, a romper, a destroçar, a herir, y a matar los enemigos de la Santa Fè Catolica, que toparamos; porque si va à dezir verdad, que en fin es hija de Dios, quiero que sepa el señor Alcalde, que nosotros no somos cautiuos, sino estudiantes de Salamanca, y en la mitad, y en lo mejor de nuestros estudios, nos vino gana de ver mundo, y de saber à que sabia la vida de la guerra, como sabiamos el gusto de la vida de la paz. Para facilitar, y poner en obra este deseo, acertaron a passar por alli vnos cautiuos, que tambien lo deuian de ser falsos como nosotros agora, les compramos este lienço, y nos informamos de algunas co-

cosas de las de Argel, que nos pareciò ser bastantes, y necessarias: para acreditar nuestro embeleco vendimos nuestros libros, y nuestras alhajas a menosprecio, y cargados con esta mercaderia, hemos llegado hasta aqui, pensamos passar adelante, si es que el señor Alcalde no manda otra cosa. Lo que pienso hazer es, replicò el Alcalde, daros a cada vno cien açotes, y en lugar de la pica que vais a arrastrar en Flandes, poneros vn remo en las manos, que le cimbreis en el agua en las galeras, con quien quizà hareis mas seruicio a su Magestad, que con la pica. Querrase, replicò el moço hablador, mostrar agora el señor Alcalde ser vn Legislador de Atenas, y que la riguridad de su oficio llegue a los oidos de los señores del Consejo, donde acreditandole con ellos, le tengan por seuero, y justiciero, y le cometan negocios de importancia, donde muestre su seueridad, y su justicia: pues sepa el señor Alcalde, que summum ius summa iniuria. Mirad como hablais hermano, replicò el segundo Alcalde, que aqui no ay justicia cõ luxuria, que todos los Alcaldes de este lugar han sido, son, y serán limpios, y castos como el pelo de la massa, y hablad menos, que os será sano. Boluiò en esto el pregonero, y dixo: Señor Alcalde, yo no he topado en la plaça asnos ningunos, sino a los dos Regidores Berrueco, y Crespo, que andan en ella passeandose. Por asnos os embie yo majadero, que no por Regidores: pero bolued, y traedlos acà, por si, ò por no, que quiero que se hallen presentes al pronunciar desta sentencia, que ha de ser sin embargo, y no ha de quedar por falta de asnos, que gracias sean dadas al cielo hartos ay en este lugar. No le tendrà vuessa merced, señor Alcalde, en el cielo, replicò el moço, si passa adelante cõ essa riguridad: por quien Dios es, que vuessa merced considere, que no hemos robado tanto, que podemos dar à censo, ni fundar ningun mayorazgo, apenas grangeamos el misero sustento con nuestra industria, que no dexa de ser trabajosa, como lo es la de los oficiales, y jornaleros: mis padres no nos enseñarõ oficio alguno, y assi nos es forçoso q̃ remitamos à la industria, lo que auiamos de remitir a las manos, si tuuieramos oficio: castiguense

los que cohechan, los escaladores de casas, los salteadores de caminos, los testigos falsos por dineros, los mal entretenidos en la Republica, los ociosos, y valdios en ella, que no siruen de otra cosa, que de acrecentar el numero de los perdidos, y dexen à los miseros, que van su camino derecho a seruir à su Magestad cõ la fuerça de sus braços, y con la agudeza de sus ingenios, porq̃ no ay mejores soldados que los que se transplantan de la tierra de los estudios en los campos de la guerra, ninguno saliò de estudiante para soldado, q̃ no lo fuesse por estremo, porque quando se auienen, y se juntan las fuerças con el ingenio, y el ingenio con las fuerças, hazen vn compuesto milagroso, con quien Marte se alegra, la paz se sustenta, y la Republica se engrandece. Admirado estaua Periandro, y todos los mas de los circunstantes, assi de las razones del moço, como de la velocidad con que hablaua, el qual prosiguiendo, dixo: Espulguenos el señor Alcalde, mirenos, y remireno, y haga escrutinio de las costuras de nuestros vestidos, y si en todo nuestro poder hallare seis reales, no solo nos mande dar ciento, sino seis cuentos de açotes; veamos, pues, si la adquisicion de tan pequeña cantidad de interès merece ser castigada con afrentas, y martirizada con galeras; y assi otra vez digo, que el señor Alcalde se remire en esto, no se arroje, y precipite apassionadamẽte à hazer lo que despues de hecho quizà le causarà pesadumbre: los juezes discretos castigan; pero no toman vengança de los delitos; los prudentes, y los piadosos mezclan la equidad con la justicia, y entre el rigor, y la clemencia dan luz de su buen entendimiento. Por Dios, dixo el segundo Alcalde, que este mãcebo ha hablado biẽ, aunque ha hablado mucho, y que no solamente no tengo de consentir que los açoten, sino que los tengo de lleuar à mi casa, y ayudarles para su camino, con condicion que le lleuen derecho, sin andar surcando la tierra de vna en otras partes, porque si assi lo hiziessen, mas parecerian viciosos, que necesitados. Ya el primer Alcalde manso, y piadoso, blando, y compassiuo, dixo: No quiero que vayan à vuestra casa, sino a la mia, donde les quiero dar vna licion de

las

las cosas de Argel, tal, que de aqui adelante ninguno les coja en mal Latin, en quanto à su fingida historia: los cautiuos se lo agradecieron, los circustantes alabaron su honrada determinacion, y los peregrinos recibieron contento de el buen despacho del negocio. Boluiòse el primer Alcalde à Periandro, y dixo: Vosotros, señores peregrinos, traeis algun lienço que enseñarnos, traeis otra historia, que hazernos creer por verdadera, aunque la aya compuesto la misma mentira? No respondiò nada Periandro, porque vio que Antonio sacaua del seno las patentes, licencias, y despachos que lleuauan para seguir su viage, el qual los puso en manos del Alcalde, diziendole: Por estos papeles podrà ver vuessa merced quien somos, y adonde vamos, los quales no era menester presentallos, porque ni pedimos limosna, ni tenemos necesidad de pedilla; y assi como à caminante libres nos podian dexar passar libremente. Tomò el Alcalde los papeles, y porque no sabia leer, se los diò à su compañero, que tãpoco lo sabia, y assi pararon en manos del Escriuano, que passando los ojos por ellos, breuemente se los boluiò à Antonio, diziendole: Aqui, señores Alcaldes, tanto valor ay en la bondad de estos peregrinos, como ay grandeza en su hermosura; si aqui quisieren hazer noche, mi casa les seruirà de meson, y mi voluntad de alcaçar, donde se recojan: boluiòle las gracias Periandro, quedaronse alli aquella noche, por ser algo tarde, donde fueron agasajados en casa del Escriuano con amor, con abundãcia, y con limpieza.

CAPITVLO XI.

Del tercero libro.

LLegòse el dia, y con èl los agradecimientos del hospedage, y puestos en camino, al salir del lugar toparon con los cautiuos falsos, que dixeron, que iban industriados del Alcalde, de modo, q̃ de alli adelante no los podian coger en mentira à cerca de las cosas de Argel, que tal vez dixo el vno, digo el q̃ hablaua mas que el otro, tal vez dixo, se hurta con autoridad, y aprobacion de la justicia, quiero dezir, q̃ alguna vez los malos ministros della se hazen à vna con los de in-

quentes, para que todos coman. Llegaron todos juntos donde vn camino se diuidia en dos, los cautiuos tomarõ el de Cartagena, y los peregrinos el de Valencia, los quales otro dia al salir de la Aurora, que por los balcones del Oriente se asomaua, barriendo el cielo de las estrellas, y aderezando el camino por donde el Sol auia de hazer su acostumbrada carrera: Bartolomè, que assi creo se llamaua el guiador del viage, viendo salir el Sol tan alegre, y regozijado, bordando las nubes de los cielos con diuersas colores, de manera, que no se podia ofrecer otra cosa mas alegre, y mas hermosa à la vista, y con rustica discrecion dixo: Verdad deuio de dezir el Predicador, que predicaua los dias passados en nuestro pueblo, quando dixo, que los cielos, y la tierra anunciauan, y declarauan las grandezas del Señor: par diez, que si yo no conociera à Dios, por lo que me han enseñado mis padres, y los Sacerdotes, y ancianos de mi lugar, le viniera à rastrear, y conocer, viendo la inmensa grandeza de estos cielos, que me dizen que son muchos, o à lo menos que llegan à onze; y por la grandeza de este Sol, que nos alũbra, que con no parecer mayor que vna rodela, es muchas vezes mayor que toda la tierra, y mas, que con ser tan grande, afirman, que es tan ligero, que camina en veinte y quatro horas mas de trecientas mil leguas; la verdad que sea, yo no creo nada de esto, pero dizenlo tantos hombres de bi ẽ, que aunque hago fuerça al entendimiento, lo creo; pero de lo que mas me admiro es, que debaxo de nosotros ay otras gẽtes, a quien llaman Antipodas, sobre cuyas cabeças, los que andamos aca arriba traemos puestos los pies, cosa q̃ me parece imposible, que para tan gran carga como la nuestra, fuera menester que tuuieran ellos las cabeças de bronce. Riose Periandro de la rustica Astrologia del moço y dixole: Buscar quereis razones acomodadas, ò Bartolomè, para darte a entender el error en que estas y la verdadera postura del mundo, para lo qual era menester tomar muy de atràs sus principios; pero acomodandome con tu ingenio, avrè de cortar el mio, y dezirte solo vna cosa, y es, que quiero que entiendas por verdad infalible, que la tierra es cẽtro

tro del cielo, llamo centro, vn punto indiuisible, à quiẽ todas las lineas de su circunferencia van à parar, tampoco me parece que has de entender esto; y assi dexando estos terminos, quiero que te contentes con saber, que toda la tierra tiene por alto el cielo, y en qualquier parte de ella, donde los hombres estèn, han de estar cubiertos con el cielo; assi que como à nosotros el cielo que ves, nos cubre, assimismo cubre à los Antipodas, que dizen, sin estoruo alguno, y como naturalmente lo ordenò la naturaleza, mayordoma del verdadero Dios, hriador de el cielo, y de la tierra. No se descontentò el moço de oir las razones de Periandro, que tambien dieron gusto à Auristela, à la Condesa, y a su hermano. Con estas, y otras cosas iba enseñando, y entreteniẽdo el camino Periandro, quando à sus espaldas llegò vn carro acompañado de seis arcabuzeros à pie, y vno que venia acaualio con vna escopeta pẽdiente del arçon delantero, llegandose à Periandro, dixo: Si por ventura, señores peregrinos, lleuais en este repuesto alguna conserua de regalo, que yo creo que si deueis de lleuar, porque vuestra gallarda presencia, mas de Caualleros ricos, que de pobres peregrinos os señala, si la lleuais dadmela, para socorrer con ella à vn desmayado muchacho, que va en aquel carro condenado à galeras por diez años, con otros doze soldados, que por auerse hallado en la muerte de vn Conde los dias passados, van condenados al remo, y sus Capitanes por mas culpados, creo que estàn sentenciados a degollar en la Corte. No pudo tener à esta razon las lagrimas la hermosa Constança, porque en ella se le representò la muerte de su breue esposo; pero pudiendo mas su Christiandad, que el deseo de su vengança, acudiò al bagaje, y sacò vna caxa de conserua, y acudiendo al carro, preguntò: Quien es aqui el desmayado? à lo que respondiò vno de los soldados: Alli va echado en aquel rincon, vntado el rostro con el sebo del timon de el carro, porque no quiere que parezca hermosa la muerte, quando èl se muera, que serà bien presto, segun està pertinaz en no querer comer bocado. A estas razones alçò el rostro el vntado moço, y alçandose de la frente vn roto sombrero, q̃

toda se la cuoria, se mostrò feo, y sucio a los ojos de Constança, y alargando la mano para tomar la caxa, la tomo, diziendo: Dios os lo pague, señora, boluio à encajar el tomarero, y boluio à su melancolia, y à arrinconarse en el rincon, donde esperaua la muerte. Otras algunas razones passaron los peregrinos con las guardas del carro, que se acabaron cõ apartarse por diferentes caminos. De alli à algunos dias llegò nuestro hermoso esquadron à vn lugar de Moriscos, que estaua puesto como vna legua de la marina, en el Reino de Valencia, hallaron en èl, no meson en que albergarse, sino todas las casas del lugar con agradable hospicio los combidauan; viendo lo qual Antonio, dixo: Yo no sè quien dize mal de esta gente, que todos me parecen vnos santos. Con palmas, dixo Periandro, recibieron al Señor en Ierusalen, los mismos que de alli à pocos dias le pusieron en vna Cruz; agora bien, à Dios, y à la ventura, como dezirse suele, acetemos el combite que nos haze este buen viejo, que cõ su casa nos combida, y era assi verdad, que vn anciano Morisco, casi por fuerça, asiẽdolos por las esclauinas los metio en casa, y dio muestras de agasajarlos, no Morisca, sino Christianamente. Salio a seruirlos vna hija suya, vestida en trage Morisco, y en èl tan hermosa, que las mas gallardas Christianas tuuieran à vẽtura el parecerla: que en las gracias que naturaleza reparte, tambien suele fauorecer à las barbaras de Citia, como à las Ciudadanas de Toledo: esta, pues, hermosa, y Mora, en lengua Aljamiada, asiẽdo à Constança, y à Auristela de las manos, se encerrò con ellas en vna sala baxa, y estando solas, sin soltarles las manos, recatadamente mirò a todas partes, temerosa de ser escuchada, y despues que huuo assegurado el miedo que mostraua, las dixo: Ay, señoras, y como aueis venido como mansas, y simples ouejas al matadero: veis este viejo, que con verguença digo, que es mi padre, veisle tan agasajador vuestro, pues sabed que no pretende otra cosa, sino ser vuestro verdugo; esta noche se han de lleuar en peso, si assi se puede dezir, diez y seis baxeles de cosarios Berberiscos a toda la gente de este lugar, con todas sus haziendas, sin dexar en èl cosa que

les

les mueua à boluer a buscarla: piensan estos desventurados, que en Berberia està el gusto de sus cuerpos, y la saluacion de sus almas, sin aduertir, que de muchos pueblos que allà se han passado casi enteros, ninguno ay que dè otras nuevas, sino de arrepentimiento, el qual les viene juntamente con las quexas de su daño: los Moros de Berberia pregonan glorias de aquella tierra, al sabor de las quales corren los Moriscos de esta, y dan en los lazos de su desventura, si quereis estoruar la vuestra, y conseruar la libertad, en que vuestros padres os engendraron; salid luego de esta casa, y acogedos a la Iglesia, que en ella hallareis quien os ampare, que es el Cura, que solo èl, y el Escriuano, son en este lugar Christianos viejos; hallareis tambien alli al Xadraque Xarife, que es vn tio mio, Moro solo en el nombre, y en las obras Christiano, contadles lo que passa, y dezid que os lo dixo Rafala, que con esto sereis creidos, y amparados, y no lo echeis en burla, sino quereis que las veras os desengañen a vuestra costa, que no ay mayor engaño, que venir el desengaño tarde. El susto, las acciones con que Rafala esto dezia, se assentò en las almas de Auristela, y de Constança, de manera que fue creida, y no le respondieron otra cosa, que fuesse mas que agradecimientos. Llamaron luego a Periandro, y a Antonio, y contandoles lo que passaua, sin tomar ocasion aparente, se salieron de la casa, con todo lo que tenian. Bartolome, que quisiera mas descansar, que mudar de posada, pesòle de la mudança; pero en efeto obedeciò a sus señores: llegaron a la Iglesia, donde fueron bien recibidos de el Cura, y de el Xadraque, a quien contaron lo que Rafala les auia dicho. El Cura dixo: Muchos dias ha, señores, que nos dan sobresalto con la venida de essos baxeles de Berberia, y aunque es costumbre suya hazer siempre estas entradas, la tardança de esta me tenia ya algo descuydado: entrad, hijos, que para defendernos muy buena torre tenemos, y buenas, y ferradas las puertas de la Iglesia, que si no es muy de proposito, nò pueden ser derribadas, ni abrasadas. Ay, dixo a esta sazon el Xadraque, si han de ver

mis

mis ojos, antes que ſe cierrē, libre eſta tierra de eſtas eſpinas, y malezas, que la oprimen; ay quando llegarà el tiēpo que tiene profetizado vn abuelo mio, famoſo en la Aſtrologio, donde ſe verà Eſpaña de todas partes entera, y maciza en la Religiō Chriſtiana, que ella ſola es el rincon del mundo, donde eſtà recogida, y venerada la verdadera verdad de Chriſto! Moriſco ſoy, ſeñores, y ojalà que negarlo pudiera; pero no por eſto dexo de ſer Chriſtiano, que las diuinas gracias las dà Dios a quien èl es ſeruido, el qual tiene por coſtumbre, como voſotros mejor ſabeis, de hazer ſalir ſu Sol ſobre los buenos, y los malos, y llouer ſobre los juſtos, y los injuſtos. Digo, pues, que eſte mi abuelo dexò dicho, que cerca de eſtos tiempos reynaria en Eſpaña vn Rey de la Caſa de Auſtria, en cuyo animo cabria la dificultoſa reſolucion de deſterrar los Moriſcos de ella, bien aſsi como el que arroja de ſu ſeno la ſerpiente, que le eſtà royendo las entrañas, ò bien aſsi como quien aparta la neguilla del trigo, ò eſcarda, ò arranca la mala yerva de los ſembrados; ven ya, ò venturoſo moço, y Rey prudente, y pon en execucion el gallardo decreto de eſte deſtierro, ſin que ſe te oponga el temor, que ha de quedar eſta tierra deſierta, y ſin gente; y el de que no ſerà bien, la que en efeto eſtà en ella bautizada, que aunque eſtos ſean temores de conſideracion, el efeto de tan grande obra los harà vanos, moſtrando la experiencia dentro de poco tiēpo, que cō los nueuos Chriſtianos viejos que eſta tierra ſe poblare, ſe boluerà à fertilizar, y a poner en mucho mejor punto que agora tiene: tendràn ſus ſeñores, ſi no tātos, y tan humildes vaſſallos, ſeràn los que tuuieren, Catolicos, con cuyo amparo eſtaràn eſtos caminos ſeguros, y la paz podrà lleuar en las manos las riquezas, ſin que los ſalteadores ſe las lleuen. Eſto dicho, cerraron bien las puertas, fortalecieronlas con los bancos de los aſsientos, ſubieronſe à la torre, alçaron vna eſcalera leuadiza, lleuoſe el Cura conſigo el Santiſſimo Sacramento en ſu relicario, proueyeronſe de piedras, armaron dos eſcopetas, dexò el bagaje mondo, y deſnudo à la puerta de la Igleſia Bartolome el moço, y encerròſe con ſus amos, y todos con ojo alerta, y manos

listas, y con animos determinados estuuieron esperando el assalto, de quien auisados estauan por la hija del Morisco. Passò la media noche, q̃ la midiò por las estrellas el Cura, tendia los ojos por todo el mar, que desde alli se parecia, y no auia nube que con la luz de la Luna se pareciesse, que no pẽsasse sino que fuessen los baxeles Turquescos, y aguijando à las cãpanas, començò a repicallas tan aprissa, y tan recio, que todos aquellos valles, y todas aquellas riberas retumbauan, a cuyo son los atajadores de aquellas marinas se juntaron, y las corrieron todas; pero no aprouechò su diligencia, para que los baxeles no llegassen à la ribera, y echassen la gente en tierra. La del lugar, que los esperaua, cargados cõ sus mas ricos, y mejores alhajas, adõde fueron recibidos de los Turcos con grande grande grita, y algaçara al son de muchas dulçaynas, y de otros instrumẽtos, que puesto que eran belicos, eran regozijados; pegaron fuego al lugar, y assi mismo à las puertas de la Iglesia, no para entrarla, sino por hazer el mal que pudiessen: dexaron à Bartolome a pie, porque le desjarretaron el bagage, derribaron vna Cruz de piedra, que estaua à la salida del pueblo, llamando à grandes vozes el nombre de Mahoma, se entregaron a los Turcos, ladrones pacificos, y deshonestos publicos; desde la lengua del agua, como dizẽ, començaron à sentir la pobreza que les amenazaua su mudança, y la deshonra, en que ponian à sus mugeres, y à sus hijos, muchas vezes, y quiça algunas no en vano, dispararon Antonio, y Periandro las escopetas, muchas piedras arrojo Bartolome, y todas a la parte donde auia dexado el bagage, y muchas flechas el Xaraque; pero muchas mas lagrimas echaron Auristela, y Constança, pidiendo à Dios, que presente tenian, que de tan manifiesto peligro los librasse; y assi mismo que no ofendiesse el fuego a su Templo, el qual no ardio, no por milagro, sino porque las puertas eran de hierro, y porque fue poco el fuego que les aplicò. Poco faltaua para llegar el dia, quando los baxeles cargados con la presa, se hizieron al mar, alçando regozijados silbos, y tocando infinitos atabales, y dulçaynas: y en esto vieron venir dos per-

so-

sonas corriendo àzia la Iglesia, la vna de la parte de la marina, y la otra de la de la tierra, que llegando cerca conociò el Xadraque, que la vna era su sobrina Rafala, que con vna Cruz de caña en las manos, venia diziendo à vozes: Christiana, Christiana, y libre, y libre, por la gracia, y misericordia de Dios. La otra conocieron ser el Escriuano, que à caso aquella noche estaua fuera del lugar, y al son del arma de las campanas venia à ver el sucesso que llorò, no por la perdida de sus hijos, y de su muger, que alli no los tenia, sino por la de su casa, que hallò robada, y abrasada. Dexaron entrar el dia, y que los baxeles se alargassen, y que los atajadores tuuiessen lugar de assegurar la costa, y entonces baxaron de la torre, y abrieron la Iglesia, donde entrò Rafala, bañado cõ alegres lagrimas el rostro, y acrecentando cõ su sobresalto su hermosura, hizo oraciõ à las Imagenes, y luego se abraçò con su tio, besando primero las manos al Cura. El Escriuano ni adorò, ni besò las manos a nadie, porque le tenia ocupada el alma el sentimiento de la perdida de su hazienda. Passò el sobresalto, boluieron los espiritus de los retraidos à su lugar, y el Xadraque cobrando aliento nueuo, boluiendo a pensar en la profecia de su abuelo, casi como lleno de celestial espiritu, dixo: Ea, mancebo generoso, ea Rey inuencible, atropella, rompe, desbarata todo genero de inconuenientes, y dexanos à España tersa, limpia, y desembaraçada desta mi mala casta, que tanto la assombra, y menoscaba; ea consejero tan prudente como ilustre, nueuo Atlante del peso de esta Monarquia, ayuda, y facilita con tus consejos à esta necessaria transmigraciõ, llenense estos mares de tus galeras, cargadas del inutil peso de la generacion Agarena, vayan arrojadas à las contrarias riberas las çarças, las malezas, y las otras yervas que estorvan el crecimiẽto de la fertilidad, y abundancia Christiana, que si los pocos Hebreos que passaron à Egipto, multiplicaron tanto, que en su salida se contaron mas de seiscientas mil familias, que se podrà temer de estos, que son mas, y viuẽ mas olgadamente? no los esquilman las Religiones, no los entresacan las Indias, no los quitan las guerras, todos se cãsan, todos, ò los mas en-

gen-

gendran, de do se sigue, y se infiere, que su multiplicacion, y aumento ha de ser innumerable. Ea, pues, bueluo à dezir, vayan, vayan, señor, y dexa la taça de tu Reyno resplandeciente como el Sol, y hermosa como el cielo. Dos dias estuuieron en aquel lugar los peregrinos, boluiendo à enterarse en lo que les faltaua, y Bartolome se acomodo de bagage, los peregrinos agradecieron al Cura su buen acogimiẽto, y alabaron los buenos pensamiẽtos del Xadraque, y abraçando a Rafala, se despidierõ de todos, y siguieron su camino

CAPITVLO XII.

Del tercero libro.

EN el qual se fueron entreteniendo en contar el passado peligro, el buen animo del Xadraque, la valentia del Cura, el zelo de Rafala, de la qual se les oluidò de saber como se auia escapado de poder de los Turcos que assaltaron la tierra, aunque bien consideraron, que con el alboroto ella se avria escõdido en parte, que tuuiesse lugar despues de boluer à cumplir su deseo, q̃ era de viuir, y morir Christiana. Cerca de Valencia llegaron, en la qual no quisierõ entrar, por escusar las ocasiones del detenerse; pero no faltò quien les dixo la grandeza de su sitio, la excelencia de sus moradores, la amenidad de sus contornos, y finalmente todo aquello que la haze hermosa, y rica sobre todas las Ciudades, no solo de España, sino de toda Europa, y principalmente les alabaron la hermosura de las mugeres, y su estremada limpieza, y graciosa lengua, con quien sola la Portuguesa puede competir, en ser dulce, y agradable, determinaron de alargar sus jornadas, aunque fuesse à costa de su cãsancio, por llegar à Barcelona, adonde tenian noticia auiã de tocar vnas galeras, en quien põ sauàn embarcarse, sin tocar en Francia, hasta Genoua. Y al salir de Villa-Real, hermosa, y amenissima Villa, de trauès de entre vna espesura de arboles les salio al encuẽtro vna zagala, ò pastora Valenciana, vestida a lo de el campo, limpia como el Sol, y hermosa como èl, y como la Luna, la qual en su graciosa lengua, sin hablarles alguna palabra primero, y sin hazerles ceremonia de comedimiento alguno, dixo:

Se-

Señores, pedirlos he, ò darlos he? A lo que respondiò Periandro: Hermosa zagala, si son zelos, ni los pidas, ni los des, porque si los pides, menoscabas tu estimacion, y si los das, tu credito: y si es, que el que te ama, tiene entendimiento, conociendo tu valor, te estimarà, y querrà bien, y si no le tiene, parà que quieres que te quiera? Bien has dicho, respondiò la villana, y diziendo à Dios, boluiò las espaldas, y se entrò en la espesura de los arboles, dexando a todos los circunstantes admirados con su pregunta, con su presteza, y con su hermosura. Otras algunas cosas les sucedieron en el camino de Barcelona, no de tanta importãcia, que merezcan escritura, si no fue el ver desde lexos las santissimas montañas de Monserrate, que adoraron con deuocion Christiana, sin querer subir à ellas. Por no detenerse llegaron à Barcelona, à tiempo quando llegauan à su playa quatro galeras Españolas, que disparando, y haziẽdo salua à la Ciudad cõ gruesa artilleria, arrojaron quatro esquifes al agua, el vno de ellos adornado con ricas alcatifas de Leuante, y cogines de carmesi; en el qual venia, como despues pareciò, vna hermosa muger, de poca edad, ricamente vestida, con otra señora anciana, y dos donzellas, hermosas, y honestamente aderezadas. Saliò infinita gente de la Ciudad, como es costumbre, assi à ver las galeras, como à la gente que de ellas desembarcaua, y la curiosidad de nuestros peregrinos llegò tan cerca de los esquifes, que casi pudieran dar la mano à la dama que de ellos desembarcaua, la qual poniendo los ojos en todos, especialmente en Cõstança, despues de auer desembarcado, dixo: Llegaos acà, hermosa peregrina, que os quiero lleuar conmigo à la Ciudad, donde pienso pagaros vna deuda que os deuo, de quien vos creo que teneis poca noticia; vengan assimismo vuestras camaradas, porque no ha de auer cosa q̃ obligue à dexar tan buena compañia. La vuestra, à lo que se ve, respondiò Constança, es de tanta importancia, que careceria de entendimiento, quien no la acetasse; vamos dõde quisieredes, que mis camaradas me seguirán, que no estan acostumbrados à dexarme. Assiò la señora de la mano à Constança, y acompañada de muchos Caua-

ualleros, que salieron de la Ciudad a recibirla, y de otra gente principal de las galeras, se encaminaron à la Ciudad, en cuyo espacio de camino Constança no quitaua los ojos de ella, sin poder reducir à la memoria auerla visto en tiempo alguno. Aposentaronla en vna casa principal à ella, y a las que cõ ella desembarcaron, y no fue possible que dexasse ir à los peregrinos a otra parte, con los quales assi como tuuo comodidad para ello, passò esta platica: Sacaros quiero, señores, de la admiracion en que sin duda os deue tener, el ver que con particular cuydado procuro seruiros, y assi os digo, que à mi me llaman Ambrosia Agustina, cuyo nacimiento fue en vna Ciudad de Aragon, y cuyo hermanos Don Bernardo Agustin, Quatralvo de estas galeras, que estàn en la playa, Contarino de Arbolanchez, Caualllero del Habito de Alcantara, en ausencia de mi hermano, y à hurto del recato de mis parientes se enamorò de mi, y yo lleuada de mi estrella, ò por mejor dezir, de mi facil condicion, viendo que no perdia nada en ello, con titulo de esposa le hize señor de mi persona, y de mis pensamientos, y el mismo dia q̃ le di la mano, recibiò èl de la de su Magestad vna carta, en que le mandaua viniesse luego al punto à conducir vn tercio que baxaua de Lombardia a Genoua, de infanteria Española, à la isla de Malta, sobre la qual se pensaua baxaua el Turco. Obedeciò Contarino con tanta puntualidad lo que se le mandaua, que no quiso coger los frutos del matrimonio, con sobresalto, y sin tener cuenta con mis lagrimas, el recibir la carta, y el partirse todo fue vno: pareciòme que el cielo se auia caido sobre mi, y que entre èl, y la tierra me auian apretado el coraçon, y cogido el alma. Pocos dias passaron, quando añadiendo yo imaginaciones à imaginaciones, y deseos a deseos, vine à poner en efeto vno, cuyo cũplimiento assi como me quitò la honra por entonces, pudiera tambien quitarme la vida; ausentème de mi casa, sin sabiduria de ninguno de ella, y en habitos de hombre, que fueron los que tomè de vn pagecillo, assentè por criado de vn tambor de vna compañia, que estaua en vn lugar, pienso que ocho leguas del mio, en pocos dias toquè la caxa tan bien como

mi

mi amo, aprendi a ser chocarrero, como lo son los que vsan tal oficio. Iuntòse otra compañia con la nuestra, y ambas a dos se encaminaron à Cartagena, a embarcarse en estas quatro galeras de mi hermano, en las quales fue mi disignio passar à Italia à buscar a mi esposo, de cuya noble condicion esperè que no afearia mi atreuimiento, ni culparia mi deseo, el qual me tenia tan ciega, que no reparè en el peligro a que me ponia de ser conocida, si me embarcaua en las galeras de mi hermano; mas como los pechos enamorados no ay inconuenientes que no atropellen, ni dificultades, por quien no rompan, ni temores que se le opongan: toda escabrosidad hize llana, venciendo miedos, y esperando aun en la misma desesperacion; pero como los sucessos de las cosas hazen mudar los primeros intentos en ellas, el mio mas mal pensado, que fundado, me puso en el termino que agora oireis. Los soldados de las compañias de aquellos Capitanes que os he dicho, trauaron vna cruel pendencia con la gente de vn pueblo de la Mancha, sobre los alojamientos, de la qual saliò herido vn Caualle ro, que dezian ser Conde de no sè que Estado, vino vn Pesquisidor de la Corte, prendiò los Capitanes, descarrearonse los soldados, y con todo esso prendiò à algunos, y entre ellos a mi desdichada, que ninguna culpa tenia, còdenòlos à galeras por dos años al remo, y a mi tambiè, como por añadidura me tocò la misma suerte; en vano me lamentè de mi desventura, viendo quan en vano se auiã fabricado mis disignios, quisiera darme la muerte, pero el temor de ir a otra peor vida, me embotò el cuchillo en la mano, y me quitò la soga del cuchillo: lo que hize fue, enlodarme el rostro, afeandome quanto pude, y encerrème en vn carro, donde nos metieron, con intencion de llorar tanto, y de comer tan poco, que las lagrimas, y la hambre hiziessen lo que la soga, y el hierro no auiã hecho. Llegamos à Cartagena, donde aun no auian llegado las galeras, pusieronnos en la casa del Rey bien guardados, y alli estuuimos, no esperando, sino temiendo nuestra desgracia. No sè, señores, si os acordareis de vn carro que topaisteis junto à vna venta, en el qual esta hermosa peregrina (señalando

do à Constança) socorriò con vna caxa de conserua à vn desmayado delinquente? Si acuerdo, respondiò Constança. Pues sabed que yo era, dixo la señora Ambrosia, el que socorristeis; por entre las esteras del carro os mirè à todos, y me admirè de todos, porque vuestra gallarda disposicion no puede dexar de admirar, si se mira. En efeto las galeras llegaron con la presa de vn vergantin de Moros, que las dos auian tomado en el camino, el mismo dia al herrojaron en ellas à los soldados, desnudandolos del trage que traian, y vistiendoles el de remos: transformacion triste, y dolorosa, pero lleuadera, que la pena que no acaba la vida, la costumbre de padecerla la haze facil: llegarõ a mi para desnudarme, hizo el Comitre que me lauassen el rostro, porque yo no tenia aliento para leuantar los braços, miròme el Barbero que limpia la chusma, y dixo: Pocas nauajas gastarè yo con esta barba, no sè yo para que nos embian acà à este muchacho de alfeñique, como si fuessen nuestras galeras de melcocha, y sus remeros de alcorça, y que culpas cometiste tu, rapaz, que mereciessen esta pena? sin duda alguna creo, que el raudal, y corriente de otros agenos delitos te han conducido à este termino, y encaminando su platica al Comitre, le dixo: En verdad, patron, q̃ me parece que seria bien dexar à que siruiesse este muchacho en la popa à nuestro General con vna manilla al pie, porque no vale para el remo dos ardites. Estas platicas, y la consideracion de mi sucesso, parece que entonces se estremò en apartarme el alma, me apretò el coraçon de manera, que me desmayè, y quedè como muerta, dizen, que bolui en mi à cabo de quatro horas, en el qual tiempo se me hizieron muchos remedios para que boluiesse, y lo que mas sintiera yo, si tuuiera sentidos, fue, que dexaron de enterarse que yo no era varon, sino hẽbra; bolui de mi para sissmo, y lo primero con quien topo la vista, fue con los rostros de mi hermano, y de mi esposo, que entre sus braços me tenian, no sè yo como en aquel punto la sombra de la muerte no cubriò mis ojos, no sè yo como la lengua no se me pegò al paladar, solo sè, que no supe lo que me dixe, aunque senti, que mi hermano dixo: Que trage es este

hermana mia? y mi esposo dixo: Que mudança es esta, mitad de mi alma? que si tu bondad no estuuiera tan de parte de tu honra, yo hiziera luego que trocaras este trage cõ el de la mortaja. Vuestra esposa es esta? dixo mi hermano a mi esposo, tan nueuo me parece este sucesso, como me parece el de verla à ella en este trage: verdad es, que si esto es verdad, bastante recompensa seria à la pena que me causa el verasi a mi hermana. A este punto, auiẽdo yo recobrado parte de mis perdidos espiritus, me acuerdo que dixe: Hermano mio, yo soy Ambrosia Agustina tu hermana, y soy assimismo la esposa del señor Contarino de Arbolanchez; el amor, y tu ausencia, ò hermano, me le dieron por marido, el qual sin gozarme, me dexò, yo atreuida, arrojada, y mal considerada, en este trage que me veis, le vine à buscar; y con esto les contè toda la historia que de mi aueis oido, y mi suerte, que por punto se iba à mas andar mejorando, hizo q̃ me diessen credito, y me tuuiessen lastima: contaronme, como à mi esposo le auian cautiuado Moros, con vna de dos chalupas, donde se auia embarcado para ir à Genoua, y que el cobrar la libertad auia sido el dia antes al anochecer, sin que le diesse lugar el tiempo de auerse visto con mi hermano, sino al punto que me hallò desmayada; sucesso, cuya nouedad le podia quitar el credito, pero todo es assi como lo he dicho. En estas galeras passaua esta señora, que viene conmigo, y con estas sus dos nietas à Italia, donde su hijo en Sicilia tiene el patrimonio Real à su cargo; vistieronme estos que traigo, que son sus vestidos, y mi marido, y mi hermano alegres, y contentos nos han sacado oy à tierra, para espaciarnos, y para que los muchos amigos que tienen en esta Ciudad, se alegren cõ ellos. Si vosotros, señores, vais à Roma, yo harè que mi hermano os ponga en el mas cercano puerto de ella. La caxa de conserua os la pagarè, con lleuaros en la mia, hasta adonde mejor os estè; y quando yo no passara à Italia, en fee de mi ruego os lleuarà mi hermano. Esta es, amigos mios, mi historia, si se os hiziere dura de creer, no me marauillaria, puesto que la verdad bien puede enfermar, pero no morir del todo; y pues que comunmente

se

se dize, que el creer es cortesia, en la vuestra, que deue de ser mucha, deposito mi credito. Aqui diò fin la hermosa Agustina à su razonamiento, y aqui començò la admiracion de los oyentes à subirse de punto: aqui començaron à desmenuzarse las circunstancias del caso, y tambien los abraços de Confança, y Auristela, que à la bella Ambrosia dieron, la qual por ser assi voluntad de su marido, huuo de boluerse à su tierra, porque por hermosa que sea, es embaraçosa la compañia de la muger en la guerra. Aquella noche se alterò el mar de modo, que fue forçoso alargarse las galeras de la playa, que en aquella parte es de contino mal segura, los corteses Catalanes, gente enojada, terrible, y pacifica suaue; gente que con facilidad dà la vida por la honra, y por defenderlas entrambas, se adelantan a si mismos, que es como adelantarse à todas las naciones del mundo. Visitaron, y regalaron todo lo posible à la señora Ambrosia Agustina, à quien dieron las gracias, despues que boluieron su hermano, y su esposo. Auristela escarmentada con tantas experiencias como auia hecho de las borrascas de el mar, no quiso embarcarse en las galeras, sino irse por Francia, pues estaua pacifica. Ambrosia se boluiò à Aragon, las galeras siguieron su viage, y los peregrinos el suyo, entrandose por Perpiñan en Francia.

CAPITVLO XIII.

Del tercero libro.

POr la parte de Perpiñan quiso tocar la primera de Francia nuestra esquadra, à quien diò que hablar el sucesso de Ambrosia muchos dias, en la qual fueron disculpa sus pocos años de sus muchos yerros, y juntamente hallò en el amor que à su esposo tenia, perdon de su atreuimiento: en fin ella se boluiò, como queda dicho, à su patria, las galeras siguieron su viage, y el suyo nuestros peregrinos, los quales llegado à Perpiñan, pararon en vn meson, à cuya gran puerta estaua puesta vna mesa, y al rededor de ella mucha gente, mirando jugar à dos hombres a los dados, sin que otro alguno jugasse; parecióles à los peregrinos ser nouedad, que mirassen tantos, y jugassen tan pocos. Preguntò Pe-

riandro la causa, y fuele respondido, que de los que jugauan, el perdidoso perdia la libertad, y se hazia prenda del Rey para vogar el remo seis meses, y el que ganaua, ganaua veinte ducados, que los Ministros del Rey auian dado al perdidoso, para que probasse en el juego su ventura: vno de los dos que jugaua, la probo, y no le supo bien, porque la perdiò, y al momento le pusieron en vna cadena, y al que la ganò, le quitaron otra, que para seguridad de que no huiria, si perdia, le tenian puesta: miserable juego, y miserable suerte, donde no son iguales la perdida, y la ganancia. Estando en esto, vieron llegar al meson gran golpe de gente, entre la qual venia vn hõbre en cuerpo, de gẽtil parecer, rodeado de cinco, ò seis criaturas, de edad de quatro a siete años; venia junto a èl vna muger amargamente lorando, con vn lienço de dineros en la mano, la qual con lastimada voz venia diziẽdo: Tomad, señores, vuestros dineros, y boluedme a mi marido, pues no el vicio, sino la necessidad le hizo tomar este dinero, èl no se ha jugado, sino vẽdido, porq̃ quiere a costa de su trabajo sustentarme a mi, y a sus hijos: amargo sustẽto, y amarga comida para mi, y para ellos! Callad, señora, dixo el hombre y gastad esse dinero, que yo le desquitarè cõ la fuerça de mis braços, q̃ todavia se amañarã antes a domeñar vn remo, que vn açadon. No quise ponerme en auentura de perderlos, jugãdolos, por no perder juntamente con mi libertad vuestro sustento. Casi no dexaua oir el llãto de los muchachos esta dolorida platica, q̃ entre marido, y muger passaua: los ministros que le traian, les dixeron, q̃ enjugassen las lagrimas, que si lloraran quantas cabian en el mar, no serian bastantes à darle la libertad, que auia perdido. Preualeciã en su llanto los muchachos, diziendo à su padre: Señor, no nos dexe, porque nos moriremos todos, si se va. El nueuo, y estraño caso enternecio las entrañas de nuestros peregrinos, especialmẽte las de la tesorera Constança, y todos se mouieron à rogar à los ministros de aquel cargo fuessen contentos de tomar su dinero, haziendo cuenta, que aquel hombre no auia sido en el mundo, y que les conmouiesse à no dexar viuda à vna muger, ni huerfanos à tantos ni-

nos:

ños. En fin, tanto supieron dezir, y tanto quisieron rogar, que el dinero boluiò à poder de sus dueños, y la muger cobrò su marido, y los niños à su padre. La hermosa Constança, rica despues de Condesa, mas Christiana, que barbara, con parecer de su hermano Antonio, dió à los pobres perdidos, con que se cobraron, cinquenta escudos de oro, y assi se boluierõ tan contentos, como libres, agradeciendo al cielo, y à los peregrinos la tan no vista, como no esperada limosna. Otro dia pisaron la tierra de Francia, y passando por Lenguadoc, entraron en la Prouença, donde en otro meson hallaron tres damas Francesas, de tan estremada hermosura, que a no ser Auristela en el mundo, pudiera naspirar a la palma de la belleza; parecian señoras de grande Estado, segun el aparato con que se seruian, las quales viendo los peregrinos, assi les admirò la gallardia de Periandro, y de Antonio, como la sin igual belleza de Auristela, y de Constança; llegaronlas à si, y hablaronlas con alegre rostro, y cortès comedimiẽto, preguntaronlas quien erã en lengua Castellana, porque conocieron ser Españolas las peregrinas, y en Francia, ni varõ ni muger dexa de aprẽder la lengua Castellana. En tanto que las señoras esperauan la respuesta de Auristela, à quien se encaminauan sus preguntas, se detuvò Periandro à hablar con vn criado, que le pariò ser de las ilustres Francesas; preguntòle, quien, y adonde iban? y èl le respondiò, diziendo: El Duque de Nemurs, que es vno de los que llaman de la sangre en este Reyno, es vn Caballero bizarro, y muy discretò, pero muy amigo de su gusto; es recien heredado, y ha propuesto de no casarse por agena voluntad, sino por la suya, aunque se le ofrezca aumento de Estado, y de hazienda, y aunque vaya contra el mandamiento de su Rey: porque dize, que los Reyes bien pueden dar la muger à quien quisieren de sus vassallos, però no el gusto de recibilla. Con esta fantasia, locura, ò discrecion, ò como mejor deue llamarse, ha embiado a algunos criados suyos à diuersas partes de Francia a buscar alguna muger, q̃ despues de ser principal, sea hermosa, para casarse con ella, sin que repare en hazienda, porque èl se contenta con que la dote sea su calidad, y su

hermosura, supo la de estas tres señoras, y embiòme à mi que se sirvo, para que las viesse, y las hiziesse retratar de vn famoso pintor, que embiò cõmigo: todas tres son libres, y todas de poca edad, como aueis visto; la mayor, que se llama Deleasir, es discreta en estremo, pero pobre; la mediana, que Belarmina se llama, es bizarra, y de gran donayre, y rica medianamente: la mas pequeña, cuyo nombre es Feliz Flora, haze gran ventaja à las dos, en ser rica, ellas tambien han sabido el deseo del Duque, y querrian, segun à mi se me ha traslucido, ser cada vna la venturosa de alcançarle por esposo, y con ocasion de ir à Roma à ganar el Iubileo de este año, que es como el centesimo, que se vsaua, han salido de su tierra, y quieren passar por Paris, y verse con el Duque, fiadas en èl quizà, que trae consigo la buena esperança: pero despues, señores peregrinos, que aqui entrastes, he determinado de lleuar vn presente à mi amo, que borre de el pensamiento todas, y qualesquier esperanças, que ellas señoras en el suyo huuieren fabricado, porque le pienso lleuar el retrato de esta vuestra peregrina vnica, y general señora de la humana belleza; y si ella fuesse tan principal, como es hermosa, los criados de mi amo no tendrian mas que hazer, ni el Duque mas que desear. Dezidme, por vida vuestra, señor, si es casada esta peregrina, como se llama, y que padres la engendraron? À lo que temblando respondiò Periandro: Su nombre es Auristela; su viage à Roma, sus padres nunca ella los ha dicho, y de que sea libre, os asseguro, porque lo sè sin duda alguna; pero ay otra cosa en ello, que es tan libre, y tan señora de su voluntad, que no la rendirà à ningun Principe de la tierra, porque dize, que la tiene rendida al que lo es del cielo, y para enteraros en que sepais ser verdad todo lo que os he dicho, sabed que yo soy su hermano, y el que sabe lo escondido de sus pensamientos, assi que no os seruirà de nada el retratalla, sino de alborotar el animo de vuestro señor, si acaso quisiesse atropellar por el inconueniente de la baxeza de mis padres. Con todo esso, respondiò el otro, tengo de lleuar su retrato, si quiera por curiosidad, y porque se dilate por Francia este nueuo milagro de hermosura. Con esto se despidieron,

ron, y Periandro quiso partirse luego de aquel lugar, por no darsele al pintor para retratar à Auristela. Bartolomè boluiò luego à aderezar el bagage, y à no estar bien con Periandro, por la priessa que daua à la partida. El criado del Duque viendo que Periandro queria partirse luego, se llegò à èl, y le dixo: Bien quisiera, señor, rogaros, que os detuuierades vn poco en este lugar, si quiera hasta la noche, porque mi pintor con comodidad, y de espacio pudiera sacar el retrato de el rostro de vuestra hermana, pero bien os podeis ir à la paz de Dios, porque el pintor me ha dicho, que de sola vna vez que la ha visto, la tiene tan aprehèdida en la imaginacion, que la pintarà a sus solas tan bien como si siempre la estuuiera mirando. Maldixo Periandro entre sì, la rara habilidad del pintor, pero no dexò por esto de partirse, despidiendose luego de las tres gallardas Francesas, que abraçaron à Auristela, y à Constança estrechamente, y les ofrecieron de lleuarlas hasta Roma en su compañia, si de ello gustauan. Auristela se lo agradeciò con las mas corteses palabras que supo, diziendoles, que su voluntad obedecia à la de su hermano Periàdro, y que assi no podian detenerse ella, ni Constança, pues Antonio, hermano de Constança, y el suyo, se iban, y con esto se partieron, y de alli à seis dias llegaron a vn lugar de la Prouença, donde les sucediò lo que se dira en el siguiente capitulo.

CAPITVLO XIV.

Del tercero libro.

LA historia, la poesia, y la pintura, simbolizan entre sì, y se parecen tanto, que quando escriues historia, pintas, y quando pintas, compones; no siempre va en vn mismo peso la historia, ni la pintura pinta cosas grandes, y magnificas, ni la poesia conuersa siempre por los cielos, baxezas admite la historia, la pintura yervas, y retamas en sus quadros, y la poesia tal vez se realça, cantando cosas humildes: esta verdad nos la muestra bien Bartolome, bagagero del esquadron peregrino, el tal tal vez habla, y es escuchado en nuestra historia. Este reboluiendo en su imaginacion el cuento del que vendiò su libertad por sustentar a sus hijos,

vna vez dixo, hablando con Periandro: Grande deue de ser, señor, la fuerça que obliga a los padres à sustentar a sus hijos, sino digalo aquel hombre, que no quiso jugarse, por no perderse, sino empeñarse, por sustentar a su pobre familia: la libertad, segun yo he oido dezir, no deue de ser vendida por ningun dinero, y este la vendiò por tan poco, que lo lleuaua la muger en la mano. Acuerdome tambien de auer oido dezir a mis mayores, que lleuando a ahorcar a vn hombre anciano, y ayudandole los Sacerdotes a bien morir, les dixo: Vuestras mercedes se sossieguen, y dexenme morir de espacio, que aunque es terrible este passo en que me veo, muchas vezes me he visto en otros mas terribles. Preguntaronle, quales eran: Respondioles, que el amanecer Dios, y el rodearle seis hijos pequeños, pidiendole pan, y no teniendolo para darselo, la qual necessidad me puso la ganzúa en la mano, y fieltros en los pies, con que facilitè mis hurtos, no viciosos, sino necessitados. Estas razones llegaron a los oidos del señor que le auia sentenciado al suplicio, que fueron parte para boluer la justicia en misericordia, y la culpa en gracia. A lo que respondiò Periandro: El hazer el padre por su hijo, es hazer por si mismo, porque mi hijo es otro yo, en el qual se dilata, y se continua el ser del padre; y assi como es cosa natural, y forçosa el hazer cada vno por si mismo, assi lo es el hazer por sus hijos, lo que no es tan natural, ni tan forçoso hazer los hijos por los padres, porque el amor que el padre tiene à su hijo, desciende, y el descender es caminar sin trabajo, y el amor del hijo con el padre, asciende, y sube, que es caminar cuesta arriba; de donde ha nacido aquel refran: Vn padre para cien hijos, antes que cien hijos para vn padre. Con estas platicas, y otras, entretenian el camino por Francia, la qual es tan poblada, tan llana, y apacible, que à cada passo se hallan casas de placer, adonde los señores de ellas estan casi todo el año, sin que se les dè algo, por estar en las Villas, ni en las Ciudades. A vna de estas llegaron nuestros viandantes, que estaua vn poco desviada del camino Real. Era la hora de medio dia, herian los rayos del Sol derechamente à la tierra, entraua el ca-

lor, y la sombra de vna gran torre de la casa les combidò, que allì esperassen à passar la siesta, que con calor riguroso amenazaua. El solicito Bartolomè desembaraçò el bagage, y tendiendo vn tapete en el suelo, se sentaron todos à la redonda, y de los manjares, de quien tenia cuydado de hazer Bartolome su repuesto, satisfacieron la hambre, que ya començaua à fatigarles; pero apenas auia alçado las manos para llenarlo à la boca, quando alçando Bartolomè los ojos, dixo à grandes vozes: Apartaos, señores, que no sè quiẽ baxa volando del cielo, y no serà bien que os coja debaxo. Alçaron todos la vista, y vieron baxar por el ayre vna figura, que antes que distinguiessen lo que era, ya estaua en el suelo, junto casi à los pies de Periandro, la qual figura era de vna muger hermosissima, que auiendo sido arrojada desde lo alto de la torre, siruiendole de campana, y de alas sus mismos vestidos, la puso de pies, y en el suelo sin daño alguno, cosa posible, sin ser milagro: dexola el sucesso atonita, y espantada, como lo quedaron los que volar la auian visto, oyeron en la torre gritos, que los daua otra muger, q̃ abraçada cõ vn hombre, que parecia que pugnauan por derribarse el vno al otro: Socorro, socorro, dezia la muger, socorro, señores, que este loco quiere despeñarme de aqui abaxo. La muger voladora, buelta algun tanto en si, dixo: Si ay alguno que se atreua à subir por aquella puerta, señalãdoles vna, que al pie de la torre estaua, librarà de peligro mortal à mis hijos, y à otras gentes flacas, que allì arriba estàn. Periandro impelido de la generosidad de su animo, se entrò por la puerta, y à poco rato le vieron en la cumbre de la torre abraçado con el hombre, que mostraua ser loco, del qual quitandole vn cuchillo de las manos, procuraua defenderse; pero la suerte, que queria concluir con la tragedia de su vida, ordenò, que entrambos à dos viniessen al suelo, cayendo al pie de la torre, el loco passado el pecho con el cuchillo, que Periandro en la mano traia, y Periandro vertiendo por los ojos, narizes, y boca cãtidad de sangre, q̃ como no tuuo vestidos anchos que le sustentassen, hizo el golpe su efeto, y dexòle casi sin vida. Auiasela que anssi le vio,

cre-

creyendo indubitablemente que estaua muerto, se arrojò sobre èl, y sin respeto alguno, puesta la bòca con la suya, esperaua à recoger en sí alguna reliquia, si del alma le huuiesse quedado; pero aunque le huuiera quedado, no pudiera recibirla, porque los traspillados dientes le negaran la entrada. Constança dando lugar à la passion, no le pudo dar à mouer el passo para ir à socorrerla, y quedòse en el mismo sitio donde la haliò el golpe, pegada los pies al suelo, como si fueran de rayzes, ò como si ella fuera estatua, de duro marmol formada. Antonio su hermano acudiò à apartarlos semiuiuos, y à diuidir los que ya pensaua ser cadaueres: solo Bartolome fue el que mostrò con los ojos el graue dolor que en el alma sentia, llorando amargamẽte. Estando todos en la amarga afliccion que he dicho, sin que hasta entonces ninguna lengua huuiesse publicado su sentimiento, vieron que azia ellos venia vn gran tropel de gente, la qual desde el camino Real auia visto el buelo de los caidos, veniã à ver el sucesso, y era el tropel que venia, las hermosas damas Francesas, Delearsir, Belarminia, y Feliz Flora: luego como llegaron, conocieron à Auristela, y à Periandro, como à aquellos que por su singular belleza quedauan impressos en la imaginacion del que vna vez los miraua: apenas la compassion les auia hecho apear, para socorrer, si fuesse posible, la desventura que mirauan, quando fueron assaltados de seis, ò ocho hombres armados, que por las espaldas les acometieron. Este assalto puso en las manos de Antonio su arco, y sus flechas, que siempre las tenia à punto, ò ya para ofender, ò ya para defenderse: vno de los armados con descortès mouimiento asiò à Feliz Flora del braço, y la puso en el arçon delantero de su silla, y dixo, boluiendose à los demas compañeros: Esto es hecho, esta me basta, demos la buelta. Antonio que nunca se pagò de descortesias, pospuesto todo temor, puso vna flecha en el arco, tendiò quanto pudo al brazo izquierdo, y cõ la derecha estirò la cuerda, hasta que llegò al diestro oido, de modo que las dos puntas, y estremos del arco casi se juntaron, y tomando por blanco al robador de Feliz Flòra, disparò tan derecha-

chamente la flecha, que sin tocar à Feliz Flora, sino en vna parte del velo con que se cubria la cabeça, passò al salteador el pecho de parte à parte: acudiò à su vengança vno de sus compañeros, y sin dar lugar à que otra vez Antonio el arco armasse, le diò vna herida en la cebeça, tal, que diò con èl en el suelo, mas muerto que vivo: visto lo qual de Constança, dexò de ser estatua, y corriò à socorrer à su hermano, que el parentesco calienta la sangre, que suele elarse en la mayor amistad, y lo vno, y lo otro son indicios, y señales de demasiado amor. Ya en esto auian salido de la casa gente armada, y los criados de las tres damas aperce bidos de piedras, digo, los que no tenian armas, se pusieron en defensa de su señora: los salteadores que vierõ muerto à su Capitan, y que segun los defensores acudiã, podian ganar poco en aquella empresa, especialmente considerando ser locura auẽturar las vidas por quien ya no pedia premiarlas, boluieron las espaldas, y dexaron el campo solo. Hasta aqui de esta batalla pocos golpes de espada hemos oido, pocos instrumentos belicos han sonado: el sentimiẽto que por los muertos suelen hazer los viuos, no ha salido à romper los ayres, las lẽguas en amargo silencio tienen depositadas sus quexas, solo algunos ayres entre roncos gemidos andan embueltos, especialmente en los pechos de las lastimadas Auristela, y Constança, cada qual abraçada cõ su hermano, sin poder apronecharse de las quexas con que se aliuian los lastimados coraçones; pero en fin el cielo que tenia determinado no dexarlas morir tan aprisa, y tan sin quexarse, les despegò las lenguas, que al paladar pegadas tenian, y la de Auristela prorumpio en razones semejantes.

No sè yo, desdichada, como busco aliẽto en vn muerto, ò como, ya que le tuuiesse, puedo sentirle, si estoy tan sin èl, que ni sè si hablo, ni si respiro: ay hermano, y que caida ha sido esta, que assi ha derribado mis esperanças! como que la grandeza de vuestro linage no se huuiera opuesto à vuestra desventura: mas como podia ella ser grãde, si vos no lo fuerades? En los montes mas lenantados caen los rayos, y a donde hallan mas resistencia, hazen mas daño: mõte erades vos,

pe-

pero monte humilde, que cõ las sombras de vuestra industria, y de vuestra discrecion os encubriades à los ojos de las gentes; ventura ibades à buscar en la mia, pero la muerte ha atajado el passo, encaminando el mio à la sepultura: quan cierta la tendrà la Reyna vuestra madre, quãdo a sus oidos llegue vuestra no pensada muerte! ay de mi otra vez sola, y en tierra agena, bien assi como verde yedra, a quien ha faltado su verdadero arrimo! Estas palabras de Reyna, de montes, y grandezas, tenian atentos los oidos de los circunstantes, q̃ les escuchauan; y aumentòles la admiracion, las que tãbien dezia Constança, que en sus faldas tenia a su mal herido hermano, apretandole la herida, y tomandole la sangre. La compassiua Feliz Flora, que con vn lienço suyo blandamente se la esprimia, obligada de auerla el herido librado de su deshonra: Ay digo, dezia, amparo mio, de que ha seruido auerme leuantado la fortuna à titulo de señora, si me auia de derribar al de desdichada? bolued hermano en vos, si querèis que yo buelua en mi, ò si no hazed, ò piadosos cielos, que vna misma suerte nos cierre los ojos, y vna misma sepultura nos cubra los cuerpos, que el bien que sin pensar me auia venido, no podia traer otro descuento, que la presteza de acabarse. Con esto se quedò desmayada, y Auristela ni mas, ni menos, de modo, que tan muertas parecian ellas, y aun mas que los heridos. La dama q̃ cayò de la torre, causa principal de la caida de Periandro, mandò a sus criados, que ya auian venido muchos de la casa, que le lleuassen al lecho del Conde Domicio su señor; mandò tambien lleuar à Domicio su marido, para dar orden en sepultalle. Bartolomè tomò en braços a su señor Antonio, à Constança se las diò Feliz Flora, y à Auristela Belarmina, y Deleasir, y en esquadron doloroso, y con amargos passos se encaminaron a la casi Real casa.

CAPITVLO XV.

Del tercero libro.

POco aprouechauan las discretas razones q̃ las tres damas Francesas dauan à las dos lastimadas Constança, y Auristela, porque en las recientes desventuras no hallã lugar consolatorias persuasio-

siones; el dolor, y el desastre que de repente sucede, no de improuiso admite consolacion alguna, por discreta que sea: la apostema duele mientras no se ablanda, y el ablandarse requiere tiempo, hasta que llegue el de abrirse, y assi mientras se llora, mientras se gime, mientras se tiene delante, quien mueua al sentimiento à quexas, y à suspiros, no es discrecion demasiada acudir al remedio con agudas medicinas. Llore, pues, algun tanto mas Auristela, gima algun espacio mas Constança, y cierren entrambas los oidos à toda consolacion, en tanto que la hermosa Claricia nos cuenta la causa de la locura de Domicio su esposo, que fue, segun ella dixo à las damas Francesas, que antes Domicio con ella se desposasse, andaua enamorado de vna parienta suya, la qual tuuo casi indubitables esperanças de casarse con èl, saliole en blanco la suerte, para que ella, dixo Claricia, la tuuiesse siẽpre negra, porque disimulando Lorena, que assi se llamaua la parienta de Domicio, el enojo que auia recibido del casamiento de mi esposo, dio en regalarle con muchos, y diuersos presentes, puesto que mas bizarros, y de buẽ parecer, que costosos, entre los quales le embiò vna vez, bien assi como embiò la falsa Deyanira la camisa à Hercules: Digo, q̃ le embiò vnas camisas ricas, por el lienço, y por la labor vistosas: apenas se puso vna, quãdo perdiò los sentidos, y estuuo dos dias como muerto, puesto q̃ luego se la quitaron, imaginando q̃ vna esclaua de Lorena, que estaua en opinion de maga, la auria hechizado. Boluiò à la vida mi esposo, pero con sentidos tan turbados, y tan trocados, que ninguna accion hazia que no fuesse de loco, y no de loco manso, sino de cruel, furioso, y desatinado, tanto, q̃ era necessario tenerle en cadenas, y q̃ aquel dia estãdo ella en aquella torre, se auia soltado el loco de las prisiones, y viniendo à la torre, la auia echado por las ventanas abaxo, à quien el cielo socorriò con la anchura de sus vestidos, ò por mejor dezir, cõ la acostũbrada misericordia de Dios, q̃ mira por los inocentes. Dixo, como aquel peregrino auia subido à la torre à librar à vna donzella, à quien el loco queria derribar al suelo, tras la qual tambien despeñara à otros dos pequeños hijos, que en la torre estauan,

uan; pero el sucesso fue tan contrario, que el Conde, y el peregrino se estrellaron en la dura tierra, el Conde herido de vna mortal herida, y el peregrino con vn cuchillo en la mano, que al parecer se le auia quitado à Domicio, cuya herida era tal, que no fuera menester seruir de añadidura para quitarle la vida, pues bastaua la caida. En esto Periandro estaua sin sentido en el lecho, adonde acudieron maestros a curarle, y à concertarle los deslocados huessos, dieronle bebidas apropiadas al caso, hallaronle pulsos, y algun tanto de conocimiento de las personas que al rededor de si tenia, especialmente de Auristela, à quien con voz desmayada, q̃ apenas podia entenderse, dixo: Hermana, yo muero en la Fè Catolica Christiana, y en la de quererte bien, y no hablò, ni pudo hablar mas palabra por entonces. Tomarõ la sangre à Antonio, y tentandole los Cirujanos la herida, pidieron albricias à su hermana, de que era mas grãde, que mortal, y de que presto tendria salud con ayuda de el cielo; diòselas Feliz Flora, adelantandose à Constãça, que se las iba à dar, y aun se las diò, y los Cirujanos las tomaron de entrambas, por no ser nada escrupulosos. Vn mes, ò poco mas, estuuieron los enfermos curandose, sin querer dexarlos las señoras Francesas, tanta fue la amistad que trauaron, y el gusto que sintieron de la discreta conuersacion de Auristela, y de Constança, y de los dos sus hermanos, especialmente Feliz Flora, que no acertaua à quitarse de la cabecera de Antonio, amandole con vn tan comedido amor, que no se estendia à mas que à ser benevolencia, y à ser como agradecimiento del bien que dèl auia recibido quando su saeta la librò de las manos de Rubertino, que segun Feliz Flora contaua, era vn Caualiero señor de vn castillo, que cerca de otro suyo ella tenia, el qual Rubertino, lleuado no de perfecto, sino de vicioso amor, auia dado en seguirla, y perseguirla, y en rogarla le diesse la mano de esposa; pero que ella por mil experiencias, y por la fama, que pocas vezes miente, auia conocido ser Rubertino de aspera, y cruel condicion, y de mudable, y antojadiza voluntad, no auia querido condecender con su demanda, y que imaginaua, que acosado de sus desdenes, auria salido

al

al camino à roballa, y à hazer de ella por fuerça, lo que la voluntad no auia podido; pero que la flecha de Antonio auia cortado todos sus crueles, y mal fabricados disignios, y esto le mouia à mostrarse agradecida. Todo esto que Feliz Flora dixo, passò assi, sin faltar punto, y quando se llegò el de la sanidad de los enfermos, y sus fuerças començaron à dar muestras de ella, boluieron à renouarse sus deseos, à lo menos los de boluer à su camino, y assi lo pusierõ por obra, acomodandose de todas las cosas necessarias, sin que, como està dicho, quisiessen las señoras Francesas dexar à los peregrinos, à quien ya tratauan con admiracion, y con respeto, porque las razones del llanto de Auristela les auian hecho concebir en sus animos, que deuian de ser grandes señores, que tal vez la Magestad suele cubrirse de buriel, y la Grandeza vestirse de humildad. En efeto con perplexos pensamientos los miranan, el pobre acompañamiento suyo les hazia tener en estima de condicion mediana, el brio de sus personas, y la belleza de sus rostros leuantaua su calidad al cielo, y assi entre ellos, y el no, andaua dudosa. Ordenaron las damas Francesas, que fuessen todos acaualle, porque la caida de Periandro no consentia que se fiasse de sus pies: Feliz Flora agradecida al golpe de Antonio el barbaro no sabia quitarle de su lado, y tratando del atreuimiento de Rubertino, à quien dexauan muerto, y enterrado, y de la estraña historia del Conde Domicio, à quien las joyas de su prima, juntamente con quitarle el juizio, le auian quitado la vida, y del buelo milagroso de su muger, ma para ser admirado, que creido. Llegaron à vn rio, que se vadeaua con algun trabajo, Periandro fue de parecer, que se buscasse la puente, pero todos los demas no vinieron en èl; y bien assi como quando al represado rebaño de mansas ouejas, puestas en lugar estrecho, haze camino la vna, à quien las demas al momento siguen; Belarmina se arrojò al agua, à quien todos siguieron, sin quitarse del lado de Auristela Periandro, ni del de Feliz Flora Antonio, lleuando tambien junto à si à su hermana Constança. Ordenò, pues, la suerte, que no fuesse buena la de Feliz Flora, porque la corriente del

agua

agua le desvaneciò la cabeça de modo, que sin poder tenerse, diò consigo en mitad de la corriente, tras quien se abalançò con no creida presteza el cortès Antonio, y sobre sus ombros, como à otra nueua Europa, la puso en la seca arena de la contraria ribera. Ella viendo el presto beneficio, le dixo muy cortès: Eres Español? A quien Antonio respondiò: Si mis cortesias no nacieran de tus peligros, estimaralas en algo; pero como nacen de ellos, antes me descontentan, que alegran. Passò en fin el, como he dicho otras vezes, hermoso esquadron, y llegaron al anochecer à vna caseria, que junto con serlo, era meson, en el qual se alojaron à toda su voluntad, y lo que en èl les sucediò, nueuo estilo, y nueuo capitulo pide.

CAPITVLO XVI.

Del tercero libro.

COsas, y casos suceden en el mundo, que si la imaginacion, antes de suceder, pudiera hazer que assi sucedieran, no acertara à traçarlos, y assi muchos por la raridad con que acontecen, passan plaça de apocrifos, y no son tenidos por tan verdaderos, como lo son, y assi es menester que les ayuden juramentos, ò à lo menos el buẽ credito de quien los cuenta, aunque yo digo que mejor seria no contarlos, segun lo aconsejan aquellos antiguos versos Castellanos, que dizen.

Las cosas de admiracion
No las digas, ni las cuentes,
Que no saben todas gentes,
Como son.

La primera persona con quien encontrò Constança, fue con vna moça de gentil parecer, de hasta veinte y dos años, vestida à la Española limpia, y aseadamẽte, la qual llegandose à Constança, la dixo en lengua Castellana: Bendito sea Dios que veo gente, si no de mi tierra, à lo menos de mi nacion España? Bendito sea Dios, digo otra vez, que oirè dezir, vuessa merced, y no Señoria, hasta los moços de cozina. De essa manera, respondiò Constança, vos señora, Española deueis de ser? Y como si lo soy, respondiò ella, y aun de la mejor tierra de Castilla. De qual replicò Constança? De Talauera de la Reyna, respondiò ella. Apenas huuo dicho esto,

quan-

quando a Constança le vinie ron barruntos, q̃ deuia de ser la esposa de Ortel Banedre el Polaco, q̃ por adultera quedaua presa en Madrid, cuyo marido persuadido de Periãdro la auia dexado presa, y idose a su tierra, y en vn instãte fabricò en su imaginacion vn monton de cosas, q̃ puestos en efeto le sucedierò casi como las auia pensado. Tomòla por la mano, y fuesse dõde estaua Auristela, y apartandola aparte con Periãdro, les dixo: Señores, vosotros estais dudosos de que si la ciẽcia que yo tengo de adiuinar es falsa, ò verdadera, la qual ciencia no se acredita cõ dezir las cosas que estã por venir, porque solo Dios las sabe, y si algũ humano las acierta, es a caso, ò por algunas premissas, a quien la experiẽcia de otras semejãtes tiene acreditados: si yo os dixesse cosas passadas, que no huuiessen llegado, ni pudiessen llegar a mi noticia, q̃ diriades? quereislo ver? esta buena hija q̃ tenemos delante, es de Talauera de la Reyna, q̃ casò cõ vn estrangero Polaco, que se llamaua, si mal no me acuerdo, Ortel Banedre, a quien ella ofendiò con alguna desemboltura con vn moço de meson, q̃ viuia frontero de su casa, la qual llenada de sus ligeros pensamientos, y en los braços de sus pocos años se salio de casa de sus padres cõ el tal moço, y fue presa en Madrid con el adultero, donde deue de auer passado muchos trabajos, assi en la prision, como en el auer llegado hasta aqui, q̃ quiero que ella nos la cuente, porq̃ aunq̃ yo los adiuine, ella nos los contara cõ mas puntualidad, y con mas gracia. Ay cielos santos, dixo la moça, y quien es esta señora, q̃ me ha leido mis pensamientos? quien es esta adiuina, q̃ assi sabe la desvergoçada historia de mi vida? yo, señora, soy essa adultera, soy essa presa, y soy la condenada a destierro de diez años, porq̃ no tuue parte q̃ me siguiesse, y soy la q̃ aqui estoy en poder de vn soldado Español, q̃ va a Italia, comiendo el pan cõ dolor, y passando la vida, que por momentos me haze desear la muerte: mi amigo el primero murio en la carcel, este, que no sè en que numero ponga, me socorriò en ella. de donde me sacò, y como he dicho, me lleua por estos mundos con gusto suyo, y con pesar mio, q̃ no soy tan tonta, que no conozca el peligro, en que traigo el alma en este vagamundo estado.

Por quien Dios es, ſeñores, pues ſois Eſpañoles, pues ſois Chriſtianos, y pues ſois principales, ſegun lo dà à entender vueſtra preſẽcia, que me ſaqueis del poder deſte Eſpañol, que ſerà como ſacarme de las garras de los leones. Admirados quedaron Periãdro, y Auriſtela de la diſcrecion ſagaz de Conſtança, y concediendo con ella, la reforçaron, y acreditarõ, y aun ſe mouieron à fauorecer con todas ſus fuerças à la perdida moça, la qual dixo, que el Eſpañol ſoldado no iba ſiempre con ella, ſino vna jornada adelante, ò atràs, por deslumbrar à la juſticia. Todo eſſo eſtà muy bien, dixo Periãdro, y aqui darèmos traça en vueſtro remedio, que la que ha ſabido adiuinar vueſtra vida paſſada, tãbien ſabrà acomodaros en la venidera, ſed vos buena, que ſin el crimẽto de la bondad no ſe puede cargar ninguna coſa que lo parezca, no os deſvieis por agora de noſotros, que vueſtra edad, y vueſtro roſtro ſon los mayores contrarios que podeis tener en las tierras eſtrañas. Llorò la moça, enterneciòſe Conſtança, y Auriſtela moſtrò los miſmos ſentimiẽtos, con que obligò à Periandro à que el remedio de la moça buſcaſſe. En eſto eſtauan, quãdo llegò Bartolomè, y dixo: Señores acudid à ver la mas eſtraña viſion que avreis viſto en vueſtra vida; dixo eſto tan aſuſtado, y tan como eſpãtado, que penſando ir à ver alguna marauilla eſtraña, le ſiguieron, y en vn apartamiẽto algo deſviado de aquel donde eſtauan alojados los peregrinos, y damas, vieron por entre vnas eſteras vn apoſento todo cubierto de luto, cuya lobrega obſcuridad no les dexò ver particularmente lo que en èl auia, y eſtãdole aſsi mirando, llegò vn hõbre anciano, todo cubierto aſsimiſmo de luto, el qual les dixo: Señores de aqui à dos horas, que avrà entrado vna de la noche, ſi guſtais de ver à la ſeñora Ruperta, ſin que ella os vea, yo harè que la veais, cuya viſta os darà ocaſion de que os admireis, aſsi de ſu condicio, como de ſu hermoſura. Señor, reſpondiò Periandro, eſte nueſtro criado que aqui eſtà, nos cõbidò à que viniẽſſemos à ver vna marauilla, y haſta aora no hemos viſto otra, que la de eſte apoſento cubierto de luto, que no es marauilla ninguna. Si boluciis à la hora que digo, reſpondiò el enlutado, tẽdreis de que marauillaros,

por-

porque avreis de saber, que en este aposento se aloja la señora Ruperta, muger que fue apenas haze vn año del Conde Lamberto de Escocia, cuyo matrimonio a èl le costò la vida, y a ella verse en terminos de perderla a cada passo, a causa que Claudino Rubicon, Cauallero de los principales de Escocia, à quiẽ las riquezas, y el linage hizieron soberuio, y la condicion algo enamorada, quiso bien a mi señora, siendo donzella, de la qual si no fue aborrecido, a lo menos fue desdeñado, como lo mostrò el casarse con el Conde mi señor; esta presta resolucion de mi señora la bautizò Rubicon en deshonra, y menosprecio suyo, como si la hermosa Ruperta no huuiera tenido padres que se lo mandaran, y obligaciones precisas que le obligaran a ello, junto con ser mas acertado ajustarse las edades entre los q̃ se casan, que si puede ser, siempre los años del esposo con el numero de diez han de lleuar ventaja a los de la muger, ò con algunos mas, porque la vejez los alcance en vn mismo tiẽpo. Era Rubicon varon viudo, y q̃ tenia hijo de casi veinte y vn años, gentil hombre en estremo, y de mejores condiciones que el padre, tanto, que si èl se huuiera opuesto a la catedra de mi señora, oy viuiera mi señor el Conde, y mi señora estuuiera mas alegre. Sucediò, pues, que yendo mi señora Ruperta a holgarse con su esposo a vna villa suya, acaso, y sin pensar en vn despoblado encontramos a Rubicon con muchos criados suyos, que le acompañauan; viò a mi señora, y su vista despertò el agrauio, que a su parecer se le auia hecho, y fue de suerte, que en lugar del amor naciò la ira, y de la ira el deseo de hazer pesar a mi señora, y como las vengãças de los q̃ bien se han querido, sobrepujan a las ofensas hechas, Rubicon despechado, impaciente, y atreuido, desembaynando la espada, corriò al Conde mi señor, que estaua inocente de este caso, sin que tuuiesse lugar de preuenirse del daño q̃ no temia, y embaynandola en el pecho, dixo: Tu me pagaràs, lo que no me deues, y si esta es crueldad, mayor la vsò tu esposa para conmigo, pues no vna vez sola, sino ciẽ mil me quitan la vida sus desdenes, à todo esto me hallè yo presente, oi las palabras, y vi con mis ojos, y tentè con las manos la herida, escuchè

los llantos de mi señora, que penetraron los cielos; boluimos a dar sepultura al Conde, y al enterrarle, por orden de mi señora se le cortò la cabeça, que en pocos dias con cosas que se le aplicarõ quedo descarnada, y en solamente los hueſſos, mandòla mi señora poner en vna caxa de plata, sobre la qual puestas sus manos hizo este juramento; pero oluidaseme por dezir, como el cruel Rubicon, ò ya por menosprecio, ò ya por mas crueldad, ò quizà cõ la turbacion descuydado, se dexò la espada embaïnada en el pecho de mi señor, cuya sangre aun hasta agora muestra estar casi reciente en ella: digo, pues, que dixo estas palabras: Yo la desdichada Ruperta, à quien han dado los cielos solo nombre de hermosa, hago juramento al cielo, puestas las manos sobre estas dolorosas reliquias, de vengar la muerte de mi esposo con mi poder, y con mi industria, si bien aueturasse en ello vna, y mil vezes esta mi serable vida que tengo, sin q̃ me espanten trabajos, sin que me falten ruegos, hechos à quien pueda fauorecerme; y en tãto que no llegare à efeto este mi justo, sino Christiano deseo, juro que mi vestido serà negro, mis aposentos lobregos, mis manteles tristes, y mi compañia la misma soledad; a la mesa estaràn presentes estas reliquias, que me atormenten el alma; esta cabeça, que me diga sin lengua, que vengue su agrauio; esta espada, cuya no enjuta sangre me parece que veo à la que alterando la mia no me dexe sossegar hasta vengarme. Esto dicho, parece que templò sus continuas lagrimas, y diò algun vado a sus dolientes suspiros; hase puesto en camino de Roma, para pedir en Italia à sus Principes fauor, y ayuda contra el matador de su esposo, que aun toda via la amenaza, quizà temeroso, que suele ofender vn mosquito mas de lo que puede fauorecer vn aguila. Esto señores, vereis, como he dicho, de aqui a dos horas, y sino os dexare admirados, o yo no avrè sabido contarlo, ò vosotros tẽdreis el coraçon de marmol. Aqui diò fin a su platica el enlutado escudero, y los peregrinos, sin ver à Ruperta, desde luego se començaron a admirar de el caso.

CAPITVLO XVII.

Del tercero libro.

LA ira, segun se dize, es vna rebolucion de la sangre que està cerca del coraçon, la qual se altera en el pecho con la vista del objeto, q̃ agrauia, y tal vez con la memoria; tiene por vltimo fin, y paradero suyo la vengança, que como la tome el agrauiado sin razon, ò con ella, sosiega: esto nos lo darà à entender la hermosa Ruperta, agrauiada, y airada, y con tanto deseo de vengarse de su contrario, que aunque sabia que era ya muerto, dilatauа su colera por todos sus descendientes, sin querer dexar, si pudiera, ninguno de ellos, que la colera de la muger no tiene limite: llegòse la hora de que la fuerõ à ver los peregrinos, sin que ella los viesse, y vieronla hermosa en todo estremo, cõ blanquissimas tocas, que desde la cabeça casi le llegauan a los pies, sentada delante de vna mesa, sobre la qual tenia la cabeça de su esposo en la caxa de plata, la espada con que le auiã quitado la vida, y vna camisa, que ella se imaginaua que aun no estaua enjuta de la sangre de su esposo. Todas estos insignias dolorosas despertaron su ira, la qual no tenia necessidad que nadie la despertasse, porque nunca dormia; leuantòse en pie, y puesta la mano derecha sobre la cabeça del marido, comẽço à hazer, y à reualidar el voto, y juramento que dixo el enlutado escudero, llouian lagrimas de sus ojos, bastantes à bañar las reliquias de su passion, arrancaua suspiros del pecho, que condensauan el aire cerca, y lexos; añadia al ordinario juramento razones que le agrauauã, y tal vez parecia que arrojaua por los ojos, no lagrimas, sino fuego, y por la boca, no suspiros, sino humo, tan sugeta la tenia su passion, y el deseo de vengarse; veisla llorar, veisla suspirar, veisla no estar en si, veisla blandir la espada matadora, veisla besar la camisa ensangrentada, y que rompe las palabras con sollocos, pues esperad no mas de hasta la mañana, y vereis cosas que os den sugeto para hablar en ellas mil siglos, si tantos tuuiessedes de vida. En mitad de la fuga de su dolor estaua Ruperta, y casi en los vmbrales de su gusto, porque mientras se amenaza, descansa el amenazador, quando se

llegò à ella vno de ſus criados, como ſi ſe llegara à vna ſombra negra, ſegun venia cargado de luto, y en mal pronunciadas palabras le dixo: Señora, Croriano el galan, el hijo de tu enemigo, ſe acaba de apear agora con algunos criados, mira ſi quieres encubrirte, ò ſi quieres que te conozca, ò lo que ſeria bien que hagas, pues tienes lugar para penſarlo. Que no me conozca, reſpondiò Ruperta, y auiſad à todos mis criados, que por deſcuido no me nombren, ni por cuidado me deſcubran, y eſto diziendo recogiò ſus prendas, y mandò cerrar el apoſento, y que ninguno entraſſe a hablarla; boluieronſe los peregrinos al ſuyo quedò ella ſola, y penſatiua, y no sè como ſe ſupo, que auia hablado a ſolas eſtas, ò otras ſemejantes razones. Aduierte, ò Ruperta, que los piadoſos cielo te hã traido a las manos, como ſimple victima al ſacrificio, al alma de tu enemigo, que los hijos, y mas los vnicos, pedaços del alma ſon de los padres; ea Ruperta, oluidate de què eres muger, y ſi no quieres oluidarte de eſto, mira q̃ eres muger, y agrauiada, la ſangre de tu marido te eſtà dando vozes, y en aquella cabeça ſin lengua te eſtà diziẽdo: Vengança, dulce eſpoſa mia, que me mataron ſin culpa, ſi, que no eſpantò la braueza de Olofernes à la humildad de Iudit, verdad es, que la cauſa ſuya fue muy diferente de la mia, ella caſtigò à vn enemigo de Dios, y yo quiero caſtigar à vn enemigo, q̃ no sè ſi lo es mio; a ella le puſo el hierro en las manos el amor de ſu patria, y a mi me le pone el de mi eſpoſo; pero para que hago yo tan diſparatadas comparaciones, que tẽgo que hazer mas, ſino cerrar los ojos, y embaynar el azero en el pecho deſte moço, que tanto ſerà mi vengança mayor, quanto fuere menor ſu culpa, alcance yo renombre de vengadora, y venga lo que viniere: los deſeos que ſe quieren cumplir, no reparan en inconuenientes, aunque ſean mortales, cumpla yo el mio, y tenga la ſalida por mi miſma muerte. Eſto dicho, diò traça, y orden en como aquella noche ſe encerraſſe en la eſtancia de Croriano, donde le diò facil entrada vn criado ſuyo, traidor por dadiuas, aunque èl no pensò ſino que hazia vn gran ſeruicio à ſu amo, lleuandole al lecho vna tan hermoſa muger como Ruperta, la qual puеſta en

par-

parte donde no pudo ser vista, ni sentida, ofreciendo su suerte al disponer del cielo, sepultada en marauilloso silencio, estuuo esperando la hora de su contento, que le tenia puesto en la de la muerte de Croriano: lleuò para ser instrumento del cruel sacrificio, vn agudo cuchillo, que por ser arma mañera, y no embaraçosa, le pareciò ser mas apropositò; lleuò assimismo vna linterna bien cerrada, en la qual ardia vna vela de cera, recogiò los espiritus de manera, que apenas ossaua embiar la respiracion al aire: que no haze vna muger enojada? que montes de dificultades no atropella en sus disignios? que enormes crueldades no le parecen blãdas, y pacificas? No mas, porque lo que en este caso se podia dezir, es tanto, que serà mejor dexarlo en su punto, pues no se han de hallar palabras con que encarecerlo. Llegòse en fin la hora, acostòse Croriano, durmiòse cõ el cansancio del camino, y entregòse, sin pensamiento de su muerte, al de su reposo; con atentos oidos estaua escuchando Ruperta, si daua alguna seña Croriano de q̃ durmiesse, y asseguraronla q̃ dormia, assi el tiempo que auia passado desde q̃ se acostò, hasta entonces, como algunos dilatados alientos, que no los dã sino los dormidos, viendo lo qual, sin santiguarse, ni inuocar ningnna Deidad que la ayudasse, abriò la linterna, con que quedò claro el aposento, y mirò donde pondria los pies, para que sin tropezar la lleuassen al lecho; la bella matadora, dulce enojada, verdugo agradable, executa tu ira, satisface tu enojo, borra, y quita del mundo tu agrauio, que delante tienes, en quien puedes hazerlo; pero mira, ò hermosa Ruperta, si quieres, que no mires à esse hermoso Cupido, que vas a descubrir, que se deshará en vn punto toda la maquina de tus pensamientos; llegò en fin, y rẽblandole la mano, descubriò el rostro de Croriano, que profundamente dormia, y hallò en èl la propiedad del escudo de Medusa, que la cõuirtiò en marmol, hallò tanta hermosura, que fue bastante a hazerle caer el cuchillo de la mano, y a que diesse lugar la consideraciõ del enorme caso que cometer queria; viò que la belleza de Croriano, como haze el Sol à la niebla, ahuyentaua las sombras de la muerte, que darle

quería, y en vn instante no le escogio para victima de el cruel sacrificio, sino para ho locausto santo de su gusto. Ay dixo entre si, generoso mancebo, y quan mejor eres tu para ser mi esposo, que para ser objeto de mi vengança; que culpa tienes tu de la que cometio tu padre? y que pena se ha de dar a quien no tiene culpa? gozate, gozate jouen ilustre, y quedese en mi pecho mi vengança, y mi crueldad encerrada, q̃ quando se sepa, mejor nombre me dará el ser piadosa, que vengatiua: esto diziendo, ya turbada, y arrepentida, se le le cayò la linterna de las manos sobre el pecho de Croriano, que despertò con el ardor de la vela; hallòse à escuras, quiso Ruperta salirse de la estancia, y no acertò, por donde dio vozes Croriano, tomò su espada, y salto del lecho y andando por el aposento topò con Ruperta, que toda temblando, le dixo: No me mates, ò Croriano, pues to que soy vna muger, que no ha vna hora que quise, y pude matarte, y agora me veo en termi nos de rogarte que no me quites la vida. En esto entraron sus criados al rumor con luzes, y vio Croriano, y conoció a la bellissima viuda, como quien vee à la resplandeciente Luna de nubes blancas rodeada. Que es esto, señora Ruperta, le dixo, son los passos de la vengança los que hasta aqui os han traido, ò quereis que os pague yo los desafueros que mi padre os hizo, que este cuchillo que aqui veo, que otra señal es, sino de que aueis venido à ser verdugo de mi vida? mi padre es ya muerto, y los muertos no pueden dar satisfacion de los agrauios que de xã hechos, los viuos si que pueden recompensarlos, y assi yo, que represento agora la persona de mi padre, quiero recompensaros la ofensa que èl os hizo, lo mejor que pudiere, y si piere; pero dexadme primero honestamente tocaros, que quiero ver si sois fantasma, que aqui ha venido, ò a matarme, ò a engañarme, ò a mejorar mi suerte. Empeorese la mia, respondiò Ruperta, si es que halla modo el cielo como empeorarla; si entrè este dia passado en este meson con alguna memoria tuya, veniste tu à èl, no te vi quando entraste, oi tu nombre, el qual despertò mi colera, y me mouio à la vengança, concertè con vn criado tuyo, que me encerraste esta noche en este apo-

sen-

sento, hizele que callasse, sellandole la boca con algunas dadiuas, entrè en èl, aperciboime de este cuchillo, y acrecentè el deseo de quitarte la vida, senti que dormias, salì de donde estaua, y à la luz de vna linterna, que conmigo traia, te descubrì, y vì tu rostro, que me mouiò à respeto, y à reuerencia, de manera, que los filos del cuchillo se embotaron, el deseo de mi vengança se deshizo, cayòseme la vela de las manos, despertòte su fuego, diste vozes, quedèse yo confusa, de donde ha sucedido lo que has visto, yo no quiero mas venganças, ni mas memorias de agrauios, viue en paz, que yo quiero ser la primera que haga mercedes por ofensas, si ya lo son el perdonarte la culpa que no tienes. Señora, respondiò Croriano, mi padre quiso casarse contigo, tu no quisiste, èl despechado mato à tu esposo, muriòse, lleuando al otro mundo esta ofensa, yo he quedado como parte tan suya, para hazer bien por su alma, si quieres que te entregue la mia, recibeme por tu esposo, si ya, como he dicho, no eres fantasma que me engañas, que las grandes venturas que vienen de improuiso, siempre traen consigo alguna sospecha. Dame esos braços, respondiò Ruperta, y veràs, señor, como este mi cuerpo no es fantastico, y que el alma que en èl te entrego, es sencilla, pura, y verdadera. Testigos fueron de estos abraços, y de las manos que por esposos se dierõ, los criados de Croriano, que auian entrado con las luzes: triunfò aquella noche la blãda paz de esta dura guerra, boluiòse el campo de la batalla en talamo de desposorio, naciò la paz de la ira, de la muerte la vida, y del disgusto el contento; amaneciò el dia, y hallò a los recien desposados cada vno en los braços del otro: leuantaronse los peregrinos con deseo de saber que avria hecho la lastimada Ruperta con la venida del hijo de su enemigo, de cuya historia estauan ya bien informados; salio el rumor del nueuo desposorio, y haziendo de los Cortesanos, entrarõ à dar los parabienes à los nouios, y al entrar en el apossento vieron salir del de Ruperta el anciano escudero, que su historia les auia contado, cargado con la caxa donde iba la calauera de su primero esposo, y con la camisa, y espada, que tantas ve-

vezes auia renouado las lagrimas de Ruperta, y dixo, que lo lleuaua adonde no renouassen otra vez en las glorias presentes passadas desventuras, murmurò de la facilidad de Ruperta, y en general de todas las mugeres; y el menor vituperio que de ellas dixo, fue llamarlas antojadizas. Leuãtaronse los nouios, antes que entrassen los peregrinos, regozijaronse los criados, assi de Ruperta, como de Croriano, y boluiòse aquel mesõ en Alcaçar Real, digno de tan altos desposorios. En fin, Periandro, y Auristela, Constança, y Antonio su hermano, hablaron à los desposados, y se dieron parte de sus vidas, à lo menos la que conuenia que se diesse.

CAPITVLO XVIII.

Del tercero libro.

En esto estauan, quando entrò por la puerta de el meson vn hombre, cuya larga, y blanca barba, mas de ochẽta años le daua de edad, venia vestido, ni como peregrino, ni como Religioso, puesto que lo vno, y lo otro parecia: traia la cabeça descubierta, rasa, y calua en el medio, y por los lados largas, y blanquissimas canas le pendian, sustentaua el agouiado cuerpo sobre vn retorcido cayado, que de baculo le seruia: en efeto, todo èl, y todas las partes representauan vn venerable anciano, digno de todo respeto, al qual apenas huuo visto la dueña del meson, quando hincandose ante èl de rodillas, le dixò: Contarè yo este dia, padre Soldino, entre los venturosos de mi vida, pues he merecido verte en mi casa, que nunca vienes à ella, sino para bien mio, y boluiendose à los circunstantes, prosiguiò diziendo: Este monton de nieue, y esta estatua de marmol blanco, que se mueue, que aqui veis, señores, es la del famoso Soldino, cuya fama no solo en Francia, sino en todas partes de la tierra se estiende. No me alabeis, bueña señora, respondiò el anciano, que tal vez la buena fama se engendra de la mala mentira, no la entrada, sino la salida, haze à los hombres venturosos: la virtud, que tiene por remate el vicio, no es virtud, sino vicio; pero con todo esto quiero acreditarme con vos en la opinion que de mi teneis, mirad oy por vuestra casa, porque de estas bodas,

das,

das, y de estos regozijos, que en ella se preparan, se ha de engendrar vn fuego, que casi toda la consuma. A lo que dixo Croriano, hablando con Ruperta su esposa: Este sin duda deue de ser Magico, ò adiuino, pues predize lo por venir. Entre oyò esta razon el anciano, y respondiò: No soy Mago, ni adiuino, sino Iudiciario, cuya ciencia, si bien se sabe, casi enseña à adiuinar; creedme, señores, por esta vez siquiera, y dexad esta estancia, y vamos à la mia, que en vna cercana selua que aqui os darà, sino tan capaz, mas seguro alojamiento. Apenas huuo dicho esto, quando entrò Bartolomè, criado de Antonio, y dixo à vozes: Señores, las cozinas se abrasan, porque en la infinita leña q̃ junto à ellas estaua, se ha encendido tal fuego, que muestra no poder apagarle todas las aguas de el mar; tras esta voz acudieron las de otros criados, y comẽçaron à acreditarlas los estallidos de el fuego, la verdad tan manifiesta acreditò las palabras de Soldino, y asiendo en braços Periãdro à Auristela, sin querer ir primero à auerigüar si el fuego se podia atajar, ò no, dixo a Soldino: Señor guianos à tu estancia, que el peligro de esta ya està manifiesto: lo mismo hizo Antonio con su hermana Constança, y con Feliz Flora, la dama Frãcesa, à quien siguieron Deleasir, y Belarminia, y la moça arrepentida de Talauera se asiò del cinto de Bartolomè, y èl del cabestro de su vagage, y todos juntos, con los desposados, y con la huespeda, que conocia bien las adiuinanças de Soldino, le siguieron, aunque con tardo passo los guiaua: la demas gẽte del meson, que no auian estado presentes à las razones de Soldino, quedaron ocupados en matar el fuego; pero presto su furor les dio à entender que trabajauan en vano, ardiendo la casa todo aquel dia, que à cogerles el fuego de noche, fuera milagro escapar alguno, que contara su furia. Llegaron en fin à la selua, dõde hallaron vna Ermita no muy grande, dentro de la qual vieron vna puerta, que parecia serlo de vna cueua obscura; antes de entrar en la Ermita, dixo Soldino à todos los que le auian seguido: Estos arboles con su apacible sombra os seruiràn de dorados techos, y la yerua de este amenissimo prado, si no de muy blandas, à lo menos de muy blancas camas,

yo

yo lleuarè conmigo à mi cueua à estos señores, porque les cõuiene, y no porque los mejore en la estancia, y luego llamò à Periandro, à Auristela, à Constança, à las tres damas Francesas, à Ruperta, à Antonio, y à Croriano, y dexando otra mucha gente fuera, se encerrò con estos en la cueua, cerrando tras si la puerta de la Ermita, y la de la cueua. Viẽdose, pues, Bartolomè, y la de Talauera no ser de los escogidos, ni llamados de Soldino, ò ya de despecho, ò ya lleuados de su ligera condicion, se concertaron los dos, viendo ser tan para en vno, de dexar Bartolomè à sus amos, y la moça à sus arrepentimientos; y assi aliuiaron el bagaje de dos habitos de peregrinos, y la moça acauallo, y el galan à pie, dieron cantonada, ella à sus compassiuas señoras, y èl à sus dueños, lleuando en la intencion de ir tambiẽ à Roma, como iban todos. Otra vez se ha dicho, que todas las acciones no verisimiles, ni probables se ha de contar en las historias, porque si no se les da credito, pierden de su valor; pero al historiador no le conuiene mas de dezir la verdad, parezcalo, ò no lo parezca. Con esta maxima, pues, el que escriuiò esta historia, dize que Soldino con todo aquel esquadron de damas, y Caualleros baxò por las gradas de la obscura cueua, y à menos de ochenta gradas se descubriò el cielo luciente, y claro, y se vieron vnos amenos, y tendidos prados, que entretenian la vista, y alegrauan las almas, y haziendo Soldino rueda de los que con èl auian baxado, les dixo: Señores, esto no es encantamiẽto, y esta cueua por donde aqui hemos venido, no sirue sino de atajo para llegar desde allà arriba à este valle que veis, que vna legua de aqui tiene mas facil, mas llana, y mas apacible entrada; yo leuantè aquella Ermita, y con mis braços, y con mi continuo trabajo cauè la cueua, y hize mio este valle, cuyas aguas, y cuyos frutos con prodigalidad me sustentan; aqui huyendo de la guerra, hallè la paz; la hambre, que en esse mũdo de allà arriba, si assi se puede dezir, tenia, hallò aqui à la hartura; aqui en lugar de los Principes, y Monarcas, que mandan el mundo, à quien yo seruia, he hallado à estos arboles mudos, que aunque altos, y pomposos, son humildes; aqui no suena en mis oidos el delden

de

de los Emperadores, el enfado de sus Ministros; aqui no veo dama que me desdeñe, ni criado que mal me sirua; aqui soy yo señor de mi mismo; aqui tengo mi alma en mi palma; y aqui por via recta encamino mis pensamientos, y mis deseos al cielo; aqui he dado fin al estudio de las Matematicas, he contemplado el curso de las Estrellas, y el mouimiento del Sol, y de la Luna; aqui he hallado causas para alegrarme, y causas para entristecerme, que aun estàn por venir, que seràn tan ciertas, segun yo pienso, que corren parejas con la misma verdad: agora, agora, como presente veo, quitar la cabeça à vn valiente Pirata vn valeroso mancebo de la casa de Austria nacido; ò si le viessedes como yo le veo, arrastrãdo estandartes por el agua, bañando con menosprecio sus medias lunas, pelando sus largas colas de cauallos, abrasando baxeles, despedaçando cuerpos, y quitando vidas. Pero ay de mi, que me haze entristecer otro coronado jouen, tendido en la seca arena, de mil Moras lanças atrauesado, el vno nieto, el otro hijo del rayo espantoso de la guerra, jamàs, como se deue, alabado, Carlos Quinto, a quien yo serui muchos años, y siruiera hasta q̃ la vida se me acabara, si no lo estoruara el querer mudar la milicia mortal en la diuina: aqui estoy, donde sin libros, con sola la experiencia que he adquirido con el tiempo de mi soledad, te digo, ò Croriano, y en saber yo tu nombre, sin auerte visto jamàs, me acreditè contigo, que gozaràs de tu Ruperta largos años; y à ti, Periãdro, te asseguro buen sucesso de tu peregrinacion; tu hermana Auristela no lo serà presto, y no porque ha de perder la vida con breuedad; à ti, ò Constança, subiràs de Condesa à Duquesa, y tu hermano Antonio al grado que su valor merece: estas señoras Francesas, aunq̃ no consigan los deseos que agora tienen, conseguiràn otros, que las honren, y contenten. El auer pronosticado el fuego, el saber vuestros nombres, sin aueros visto jamàs, las muertes que he dicho que he visto antes que vengan, os podràn mouer, si quereis, à creerme, y mas quando halleis ser verdad, q̃ vuestro moço Bartolome cõ el bagage, y con la moça Castellana se ha ido, y os ha dexado à pie; no le sigais, porque no le alcançareis, la moça

ça es mas del suelo, que del cielo, y quiere seguir su inclinacion a despecho, y pesar de vuestros consejos; Español soy, que me obliga à ser cortès, y a ser verdadero, con la cortesia os ofrezco quanto estos prados me ofrecen, y con la verdad a la experiencia de todo quanto os he dicho: si os marauillare de ver à vn Español en esta agena tierra, aduertid que ay sitios, y lugares en el mundo saludables mas que otros, y este en q̃ estamos, lo es para mi mas que ninguno; las alquerias, caserias, y lugares, que ay por estos contornos, las habitan gentes Catolicas, y santas; quando conuiene, recibo los Sacramentos, y busco, lo que no pueden ofrecer los campos, para passar la humana vida; esta es la que tengo, de la qual pienso salir à la siempre duradera, y por aora no mas, sino vamonos arriba, darèmos sustento à los cuerpos, como aqui abaxo le hemos dado à las almas.

CAPITVLO XIX.

Del tercero libro.

ADereçòse la pobre, mas que limpia comida, aun que fue muy limpia cosa, no muy nueua para los quatro peregrinos, que se acordarõ entonces de la isla Barbara, y de la de las Ermitas, donde quedò Rutilio, y adõde ellos comieron de los ya sazonados, y ya no frutos de los arboles; tambien se les vino a la memoria la profecia falsa de los Isleños, y las muchas de Mauricio, con las Moriscas del Xadraque, y vltimamente las del Español Soldino; pareciales que andauan rodeados de adiuinanças, y metidos hasta el alma en la Iudiciaria Astrologia, que a no ser acreditada con la experiencia, con dificultad le dieran credito. Acabòse la breue comida, saliò Soldino con todos los que con èl estauan, al camino para despedirse de ellos, y en èl echarõ menos à la moça Castellana, y a Bartolomè el del bagaje, cuya falta no diò poca pesadumbre a los quatro, porque les faltaua el dinero, y la reposteria; mostrò congojarse Antonio, y quiso adelantarse a buscarle, porque bien se imaginò que la moça le lleuaua, ò èl lleuaua a la moça, ò por mejor dezir, el vno se lleuaua al otro: pero Soldino le dixo, que no tuuiesse pena, ni se mouiesse a buscarlos, porque otro dia boluer-

ria su criado arrepentido del hurto, y entregaria quanto auia lleuado; creyeronlo, y assi no curò Antonio de buscarle, y mas que Feliz Flora ofreciò à Antonio de prestar le quanto huuiesse menester para su gasto, y el de sus compañeros desde alli à Roma, à cuya liberal oferta se mostrò Antonio agradecido lo possible, y aun se ofreciò de darle prenda que cupiesse en el puño, y en el valor passasse de cinquẽta mil ducados, y esto fue pensando de darle vna de las dos perlas de Auristela, q̃ con la Cruz de diamantes guardadas siempre consigo las traia. No se atreuiò Feliz Flora à creer la cantidad del valor de la prenda; pero atreuiòse à boluer a hazer el ofrecimiento hecho. Estando en esto, vieron venir por el camino, y passar por delante de ellos hasta ocho personas acauallo, entre las quales iba vna muger tentada en vn rico sillon, y sobre vna mula vestida de camino, toda de verde hasta el sombrero, que con ricas, y varias plumas açotaua el ayre con vn antifaz assimismo verde, cubierto el rostro: passaron por delante de ellos, y con baxar las cabeças, sin hablar palabra alguna los saludaron, y passaron de largo: los del camino tampoco hablaron palabra, y al mismo modo les saludarõ; quedauase atràs vno de los de la compañia, y llegãdose à ellos pidiò por cortesia vn poco de agua, dieronsela, y preguntaronle, que gente era la que iba alli delante, y que dama la de lo verde? A lo que el caminante respondiò: El que alli delante va, es el señor Alexandro Castrucho, gentilhombre Capuano, y vno de los ricos varones, no solo de Capua, sino de todo el Reyno de Napoles, la dama es su sobrina, la señora Isabela Castrucho, que naciò en España, donde dexa enterrado à su padre, por cuya muerte su tio la lleua à casar à Capua, y a lo que yo creo, no muy contenta. Esso serà, respondiò el escudero enlutado de Ruperta, no porque va a casarse, sino porque el camino es largo, que yo para mi tengo, que no ay muger que no desee enterarse con la mitad que le falta, que es la del marido. No sè essas filosofias, respondiò el caminante, solo sè que va triste, y la causa ella se la sabe, y a Dios quedad que es mucha la ventaja que mis dueños me lleuan, y picando apriessa se les fue de la vista, y ellos despidiendose de

de Soldino, le abraçaron, y le dexaron. Oluidauase de dezir, como Soldino auia aconsejado a las damas Francesas, que siguiessen el camino derecho de Roma, sin torcerle, para entrar en Paris, porque assi les conuenia: este consejo fue para ellas, como si se le dixera vn Oraculo, y assi con parecer de los peregrinos determinaron de salir de Francia por el Delfinado, y atrauesando el Piamonte, y el Estado de Milan, ver a Florencia, y luego a Roma. Tanteado, pues, este camino con proposito de alargar algun tanto mas las jornadas que hasta alli caminaron; y otro dia al romper del Alua vieron venir àzia ellos al tenido por ladron Bartolome el bagajero, y el vestido como peregrino; todos gritarõ quando le conocieron, y los mas le preguntarõ, que huida auia sido la suya, que trage aquel, y buelta aquella? A lo que èl, hincado de rodillas delante de Constança, casi llorando, respondiò a todos: Mi huida no sè como fue, mi trage ya veis que es de peregrino, mi buelta es a restituir lo que quizà, y aun sin quizà en vuestras imaginaciones me tenia confirmado por ladron; aqui, señora Constança, viene el bagaje, con todo aquello que en èl estaua, excepto dos vestidos de peregrinos: que el vno es este que yo traigo, y el otro queda haziendo romera a la ramera de Talauera, que doy yo al diablo al amor, y al bellaco q̃ me lo enseñò; y es lo peor, que le conozco, y determino ser soldado debaxo de su vandera, porque no siento fuerças que se opongan à las que haze el gusto con los que poco saben; echeme v. m. su bendicion, y dexeme bolver, que me espera Luisa: y aduierta, que bueluo sin blanca, fiado en el donayre de mi moça, mas que en la ligereza de mis manos, que nunca fueron ladronas, ni lo serán, si Dios me guarda el juizio, si viuiesse mil siglos. Muchas razones le dixo Periandro para estorbarle su mal proposito, muchas le dixo Auristela, y muchas mas Constança, y Antonio; pero todo fue, como dizen, dar vozes al viento, y predicar en desierto. Limpiose Bartolome sus lagrimas, dexò su bagage, boluio las espaldas, y partiò en vn buelo, dexando a todos admirados de su amor, y de su simpleza. Antonio viendo le partir tan de carrera, puso vna flecha en su arco, que jamàs

mas la dispàrò en vano, con intencion de atrauessarle de parte à parte, y sacarle del pecho el amor, y la locura: mas Feliz Flora, que pocas vezes se le apartaua del lado, le trauò del arco, diziendole: Dexale Antonio, que harta mala ventura lleua en ir à poder, y à sugetarse al yugo de vna muger loca. Bien dizes, señora, respondiò Antonio, y pues tu le das la vida, quien ha de ser poderoso à quitarsela. Finalmente muchos dias caminarõ, sin sucederles cosa digna de ser contada: entraron en Milan, admiròles la grandeza de la Ciudad, su infinita riqueza, sus oros, que alli no solamente ay oro, sino oros, sus belicas herrerias, que no parece sino que alli ha passado las suyas Bulcano, la abundancia infinita de sus frutos, la grandeza de sus Templos, y finalmente la agudeza del ingenio de sus moradores: oyeron dezir à vn huesped suyo, que lo mas que auia que ver en aquella Ciudad, era la Academia de los entronados, que estaua adornada de eminentissimos Academicos, cuyos sutiles entendimientos dauan que hazer à la fama à todas horas, y por todas las partes del mundo: dixo tambien, què aquel dia era de Academia, y que se auia de disputar en ella, si podia auer amor sin zelos. Si puede, dixo Periandro, y para probar esta verdad no es menester gastar mucho tiempo. Yo, replicò Auristela, no sè que es amor, aunque sè lo que es querer bien. A lo que dixo Belarminia, no entiendo esse modo de hablar, ni la diferencia que ay entre amor, y querer bien. Esta, replicò Auristela, querer bien, puede ser sin causa vehemẽte, que os mueua la voluntad, como se puede querer à vna criada que os sirue, ò à vna estatua, ò pintura, que bien os parece, ò que mucho os agrada, y estas no dan zelos, ni los pueden dar; pero aquello que dizen que se llama amor, que es vna vehemente passion del animo, como dizẽ, ya que no dè zelos, puede dar temores, que llegue à quitar la vida, del qual temor à mi me parece que no puede estar libre el amor en ninguna manera. Mucho has dicho, señora, respondiò Periandro, porque no ay ningun amante que estè en posseesion de la cosa amada, que no tema el perderla; no ay ventura tan firme, q̃ tal vez no dè baibenes;

no ay clauo tan fuerte, que pueda detener la rueda de la fortuna; y ſi el deſeo que nos lleua à acabar preſto nueſtro camino, no lo eſtorvara, quiçà moſtrara yo oy en la Academia, que puede auer amor ſin zelos; pero no ſin temores ceſsò eſta platica, eſtuuieron quatro dias en Milan, en los quales començaron à ver ſus grandezas, porq̃ à acabarlas de ver, no dieran tiempo quatro años. Partieronſe de allì y llegaron à Luca, Ciudad pequeña, pero hermoſa, y libre, que debaxo de las alas del Imperiò, y de Eſpaña, ſe deſcuella, y mira eſſenta à las Ciudades de los Principes, que la deſean; alli mejor que en otra parte ninguna ſon bien vſtos, y recibidos los Eſpañoles y es la cauſa, que en ella no mandan ellos, ſino ruegan, y como en ella no haze eſtancia de mas de vn dia, no dan lugar à moſtrar ſu condicion, tenida por arrogante. Aqui aconteciò à nueſtros paſſageros vna de las mas eſtrañas auenturas que ſe han contado en todo el diſcurſo deſte libro.

CAPITVLO XX.

Del tercero libro.

LAs poſadas de Luca ſon capaces para alojar vna cõpañia de ſoldados, en vna de las quales ſe alojò nueſtro eſquadron, ſiendo guiado de las guardas de las puertas de la Ciudad, que ſe los entregaron al hueſped por cuenta, porque à la mañana, ò quando ſe partieſſen, la auia de dar de ellos: al entrar vió la ſeñora Ruperta, que ſalia vn Medico, que tal le pareciò en el trage, diziendo à la hueſpeda de la caſa, que tambien le pareciò no podia ſer otra. Yo, ſeñora, no me acabo de deſengañar, ſi eſta dõcella eſtà loca, ò endemoniada, y por no errar, digo, que eſtà endemoniada, y loca y con todo eſſo tengo eſperança de ſu ſalud, ſi es que ſu ſeñor no ſe dà prieſſa à partirſe. Ay Ieſus! dixo Ruperta, y en caſa de endemoniados, y locos nos apeamos, en verdad, en verdad, que ſi ſe toma mi parecer no hemos de poner los pies dentro. A lo que dixo la hueſpeda: Sin eſcrupulo puede V. Señoria, que eſte es el mejor de Italia, apearſe, porque de cien leguas le podia

dia venir à ver lo que eſtà en eſta poſada; apearonſe todos, y Auriſtela, y Conſtança, que auian oido las razones de la huespeda, le preguntaron; que auia en aquella poſada, que tanto encarecia el verla? Vengan te conmigo, reſpondio la huespeda, y veran lo que veran, y diran lo que yo digo; guio, y ſiguieronla, donde vieron echada en vn lecho dorado à vna hermoſiſsima muchacha, de edad al parecer de diez y ſeis ò diez y ſiete años, tenia los braços atados, y atados con vnas vendas à los balaustres de la cabecera del lecho, como que la querian eſtoruar el mouerlos a ninguna parte; dos mugeres, que deuian de ſeruirla de enfermeras, andauan buſcandole las piernas para atarſelas tambien; à lo que la enferma dixo: Baſta que ſe me aten los braços, que todo lo demas las aduras de mi honeſtidad lo tiene ligado; y boluiendoſe à las peregrinas, con leuantada voz dixo: Figuras del cielo, Angeles de carne, ſin duda creo que venis à darme ſalud, porque de tan hermoſa preſencia, y de tan Chriſtiana viſita, no ſe puede eſperar otra coſa; por lo que deueis à ſer quien ſois, que ſois muchos, que mãdeis que no me deſatẽ, que con quatro, ò cinco bocados que me dè en el braço, quedarè harta, y no me harè mas mal, porque no eſtoy tan loca como parezco, ni el que me atormenta, es tan cruel, que dexarà que me muerda. Pobre de ti, ſobrina, dixo vn anciano, que auia entrado en el apoſento, y qual te tiene el que dizes, que no ha de dexar que te muerdas; encomiendate à Dios Iſabela, y procura comer, no de tus hermoſas carnes, ſino de lo que te diere eſte tu tio, que bien te quiere: lo que cria el ayre, lo que mantiene el agua, lo que ſuſtenta la tierra te traerè, que tu mucha hazienda, y mi voluntad mucha te ofrecen todo. La doliente moça reſpondiò: Dexenme ſola con eſtos Angeles, quiza mi enemigo el demonio huira de mi, por no eſtar con ellos; y ſeñalando con la cabeça que ſe quedaſſen con ella Auriſtela, Conſtança, Ruperta, y Feliz Flora, dixo, que los demas ſe ſaliſſen, como ſe hizo con voluntad, y aun con ruegos de ſu anciano, y laſtimado tio, del qual ſupieron ſer aquella la gentil dama de lo verde, que al ſalir de la cueua del ſabio Eſ-

pañol, auian visto passar por el camino, que el criado que se quedò atràs, les dixo se llamaua Isabela Castrucha, y que se iba à casar al Reyno de Napoles. Apenas se viò sola la enferma, quando mirando à todas partes, dixo, que mirassen si auia otra persona en el aposento, que aumentasse el numero de los que ella dixo que se quedassen; miròlo Ruperta, y escudriñòlo todo, y asseguròse no auer otra persona que ellos: con esta seguridad sentòse Isabela, como pudo en el lecho, y dando muestras de que queria hablar de proposito, rompiò la voz con vn tan grande suspiro, que pareciò que con èl se le arrancaua el alma, el fin de el qual fue tenderse otra vez en el lecho, y quedar desmayada, cõ señales tan de muerte, que obligo à los circunstantes à dar vozes, pidiendo vn poco de agua para bañar el rostro de Isabela, que à mas andar se iba al otro mundo; entrò el mi sero tio, llevando vna Cruz en la vna mano, y en la otra vn hisopo, bañado en agua bendita; entraron assimismo con èl dos Sacerdotes, que creyendo ser el demonio quien la fatigaua, pocas vezes se apartaua de ella; entrò assimismo la huespeda con el agua, rociaronle el rostro, y boluiò en si, diziendo: Escusadas son por agora estas preuenciones, yo saldrè presto, pero no ha de ser quando vosotros quisiere des, sino quando à mi me parezca, que serà quando viniere à esta Ciudad Andrea Marulo, hijo de Iuan Bautista Marulo, Cauallero desta Ciudad, el qual Andrea agora està estudiando en Salamanca, bien descuidado destos sucessos. Todas estas razones acabaron de confirmar en los oyentes la opinion que tenia de estar Isabela endemoniada, porque no podian pensar como pudiesse saber ella Iuã Bautista Marulo quien fuesse, y su hijo Andrea, y no faltò quien fuesse luego à dezir al ya nombrado Iuan Bautista Marulo, lo que la bella endemoniada de el, y de su hijo auia dicho. Tornò à pedir, que la dexassen sola con los que antes auia escogido: dixeronle los Sacerdotes los Euangelios, y hizieron su gusto, leuandole todos, de la señal que auia dado, quedaria (quando el demonio la dexasse) libre, que indubitablemente la juzgaron por endemoniada: Feliz Flora hizo de nueuo la pesquisa de la estancia, y cerrando

do

do la puerta de ella, dixo à la enferma: Solos estamos, mira señora lo que quieres. Lo que quiero es, respondiò Isabela, que me quiten estas ligaduras, que aunque son blãdas, me fatigan, porque me impiden: hizieronlo assi con mucha diligencia, y sentandose Isabela en el lecho, assiò de la vna mano à Auristela, y de la otra à Ruperta, y hizo que Constança, y Feliz Flora se sentassen junto à ella en el mismo lecho, y assi apiñadas en vn hermoso monton, con voz baxa, y lagrimas en los ojos, dixo: Yo, señoras, soy la infelize Isabela Castrucha, cuyos padres me dieron nobleza, la fortuna hazienda, y los cielos algun tanto de hermosura; nacieron mis padres en Capua, pero engendrarõme en España, donde naci, y me criè en casa deste mi tio, que aqui està, que en la Corte del Emperador la tenia. Valame Dios, y para que tomo yo tan de atràs la corriente de mis desventuras: Estando, pues, yo en casa deste mi tio, ya huerfana de mis padres, q̃ à èl me dexaron encomendada, y por tutor mio; llegò à la Corte vn moço, à quien yo vi en vna Iglesia, y le mirè tan de proposito (y no os parezca esto, señores, desembolтura, que no parecerà, si considerardes que soy muger) digo, que le mirè en la Iglesia de tal modo, que en casa no podia estar sin mirarle, porque quedò su presencia tan impressa en mi alma, que no la podia apartar de mi memoria; finalmente no me faltaron medios para entender quien èl era, y la calidad de su persona, y que hazia en la Corte, ò adonde iba, y lo que saquè en limpio fue, que se llamaua Andrea Marulo, hijo de Iuan Bautista Marulo, Cauallero de esta Ciudad, mas noble, que rico, y que iba à estudiar à Salamanca: en seis dias que alli estuuo, tuue orden de escriuirle quien yo era, y la mucha hazienda que tenia, y que de mi hermosura se podia certificar, viendome en la Iglesia; escriuile assimismo, que entendia que este mi tio me queria casar con vn primo mio, porque la hazienda se quedasse en casa, hombre no de mi gusto, ni de mi condicion, como es verdad: dixele assimismo, que la ocasion en mi le ofrecia sus cabellos, que los tomasse, y que no diesse lugar en no hazerlo, al arrepentimiento, y que no tomasse de mi facilidad ocasion para no estimarme: resV 3 pon-

pondiò, despues de auerme visto no sè quãtas vezes en la Iglesia, q̃ por mi persona sola, sin los adornos de la nobleza, y de la riqueza, me hiziera señora del mũdo, si pudiera; y q̃me suplicaua, durasse firme algũ tiẽpo en mi amorosa intencion, à lo menos hasta que èl dexasse en Salamãca à vn amigo suyo, que con èl de esta Ciudad auia partido à seguir el estudio: Respondile, que si haria, porque en mi no era el amor importuno, ni indiscreto, que presto nace, y presto se muere; dexòme entonces por honrado, pues no quiso faltar à su amigo, y cõ lagrimas, como enamorado, que yo se las vi verter passando por mi calle el dia que se partiò, sin dexarme, y yo me fuy con èl, sin partirme. Otro dia: quien podrà creer esto, que de rodeos tienen las desgracias, para alcançar mas presto à los desdichados! digo, que otro dia concertò mi tio que bonviessemos à Italia, y sin poderme escusar, ni valerme el fingirme enferma, porque el pulso, y la color me hazian sana, mi tio no quiso creer que de enferma, sino de mal contẽta del casamiento, buscaua traças para no partirme: en este tiempo le tuue, para escriuir à Andrea de lo que mẽ auia sucedido, y que era forçoso el partirme; pero que yo procuraria passar por esta Ciudad, donde pensaua fingirme endemoniada, y dar lugar con esta traça à que èl le tuuiesse de dexar à Salamanca, y venir à Luca, adonde à pesar de mi tio, y aun de todo el mundo, seria mi esposo, assi que en su diligencia estaua mi ventura, y aun la suya, si queria mostrarse agradecido, si las cartas llegaron à sus manos, que si deuieron de llegar, porque los portes las hazen ciertas; antes de tres dias ha de estar aqui, yo por mi parte he hecho lo que he podido, vna legion de demonios tengo en el cuerpo, que lo mismo es tener vna onça de amor en el alma, quando la esperança desde lexos la anda haziendo cocos. Esta es, señoras mias, mi historia, esta mi locura, esta mi enfermedad, mis amorosos pensamientos son los demonios, que me atormentan, passo hambre, porque espero hartura; pero con todo esso, la desconfiança me persigue, porque como dizen en Castilla: À los desdichados se les suelẽ elar las migas entre la boca, y la mano; hazed señores de modo,

do, que acrecentéis mi mentira, y fortalezcais mis discursos, haziendo cõ mi tio, que puesto que yo no sane, no me ponga en camino por algunos dias, quizà permitirà el cielo que llegue el de mi cõtento con la venida de Andrea. No avrà para que preguntar, si se admiraron, o no, los oyentes de la historia de Isabela, pues la historia misma se trae consigo la admiracion, para ponerla en las almas de los que la escuchã. Ruperta, Auristela, Constança, y Feliz Flora le ofrecieron de fortalecer sus disignios, y de no partirse de aquel lugar hasta ver el fin de ellos, pues à buena razon no podian tardar mucho.

CAPITVLO XXI.

Del tercero libro.

PRiessa se daua la hermosa Isabela Castrucha à reualidar su demonio, y priessa se dauan las quatro, ya sus amigas, à fortalecer su enfermedad, afirmando con todas las razones que podian, de que verdaderamente era el demonio el que hablaua en su cuerpo, porque se vea quien es el amor, pues haze parecer endemoniados à los amantes. Estando en esto, que seria casi al anochecer, boluio el Medico à hazer la segunda visita, y acaso truxo con èl à Iuan Bautista Marulo, padre de Andrea el enamorado, y al entrar del aposento de la enferma, dixo: Vea vuessa merced, señor Iuan Bautista Marulo, la lastima de esta donzella, y si merece que en su cuerpo de Angel se ande espaciando el demonio; pero vna esperança nos consuela, y es, que nos ha dicho, que presto saldrà de aqui, y darà por señal de su salida la venida del señor Andrea vuestro hijo, que por instantes aguarda? Assi me lo han dicho, respondiò el señor Iuan Bautista, y holgariame yo, que cosas mias fuessen para ninfos de tan buenas nueuas. Gracias à Dios, y à mi diligencia, dixo Isabela, que si no fuera por mi, èl se estuuiera agora quedo en Salamanca, haziendo lo que Dios se sabe; creame el señor Iuan Bautista, que està presente, que tiene vn hijo mas hermoso, que santo, y menos estudiante, que galan, que mal ayan las galas, y las atildaduras de los mancebos, que tãto daño hazen en la Republica, y mal ayan juntamente las espuelas, que no son de

rodaxa, y los azicates, que no son puntiagudos, y las mulas de alquiler, que no se auentajan a las postas: con estas fue ensartando otras razones equiuocas, conuiene à saber de dos sentidos, que de vna manera las entendian sus secretarias, y de otra los demas circunstantes; ellas las interpretauan verdaderamente, y los demas como desconcertados disparates. Donde vistes vos, señora, dixo Marulo, a mi hijo Andrea, fue en Madrid, ó en Salamanca? no fue sino en Illescas, dixo Isabela, cogiendo guindas la mañana de San Iuan al tiempo que alboreaua; mas si va à dezir verdad, que es milagro que yo la diga, siempre le veo, y siempre le tengo en el alma. Aun bien, replicò Marulo, que estè mi hijo cogiendo guindas, y no espulgandose, que es mas propio de los estudiantes. Los estudiantes que son Caualleros, respondiò Isabela, de pura fantasia pocas vezes se espulgan, pero muchas se rascan, que estos animalejos, que se crian en el mundo tan de ordinario, son tan atrevidos, que assi se entran por las calças de los Principes, como por las fraçadas de los Hospitales. Todo lo sabes malino, dixo el Medico, bien parece que eres viejo, y esto encaminando su razon al demonio, que pensaua que tenia Isabela en el cuerpo. Estando en esto, que no parece sino q̃ el mismo Satanàs lo ordenaua, entrò el tio de Isabela cõ muestras de grandissima alegria, diziendo: Albricias sobrina mia, albricias hija de mi alma, q̃ ya ha llegado el señor Andrea Marulo, hijo del señor Iuan Bautista, q̃ està presente: ea dulce esperança mia cumplenos la que nos has dado, de que has de quedar libre en viẽdole: ea demonio maldito, vade retro, exì foras, sin que lleues pensamiento de boluer à esta estancia, por mas barrida, y escombrada que la veas. Venga, venga, replicò Isabela, esse putatiuo Ganimides, esse contrahecho Adonis, y deme la mano de esposo, libre, sano, y sin cautela, que yo le he estado aqui aguardando, mas firme que roca, puesta à las ondas del mar, que la tocan, mas no la mueuen. Entrò de camino Andrea Marulo, a quien ya en casa de su padre le auiã dicho lo enfermedad de la estrangera Isabela, y de como le esperaua para darle por señal de la salida del demonio. El moço, que era discre-

to,

to, y estaua preuenido por las cartas que Isabela le embiò à Salamanca de lo que auia de hazer, si la alcançaua en Luca; sin quitarse las espuelas acudiò à la posada de Isabela, y entrò por su estancia, como atontado, y loco, diziendo: Afuera, afuera, afuera, aparta, aparta, aparta, que entra el valeroso Andrea, quadrillero mayor de todo el infierno, si es que no basta de vna esquadra. Cõ este alboroto, y vozes casi quedarõ admirados los mismos que sabian la verdad del caso, tãto, que dixo el Medico, y aun su mismo padre: Tan demonio es este como el que tiene Isabela; y su tio dixo: Esperauamos à este mancebo para nuestro bien, y creo que ha venido para nuestro mal. Sossiegate hijo, sossiegate, dixo su padre, q̃ parece que estàs loco. No lo ha de estar, dixo Isabela, si me vè à mi? no soy yo por ventura el centro dõde repolan sus pensamiẽtos? no soy yo el blanco, donde assestan sus deseos? Si por cierto, dixo Andrea, si, que vos sois señora de mi voluntad, descanso de mi trabajo, y vida de mi muerte; dadme la mano de ser mi esposa, señora mia, y sacadme de la esclauitud en que me veo, à la libertad de vẽrme debaxo de vuestro yugo; dadme la mano, digo otra vez, bien mio, y alçadme de la humildad de ser Andrea Marulo, à la alteza de ser esposo de Isabela Castrucho; vayã de aqui fuera los demonios q̃ quisieren estorvar tan sabroso nudo, y no procuren los hõbres apartar lo que Dios junta. Tu dizes bien, señor Andrea, replicò Isabela, y sin que aqui interuengan traças, maquinas, ni embelecos; dame essa mano de esposo, y recibeme por tuya: tendiò la mano Andrea, y en aquel instante alçò la voz Auristela, y dixo: Bien se la puede dar, que para en vno son. Pasmado, y atonito, tendiò tambien la mano su tio de Isabela, y trabò de la de Andrea, y dixo: Que es esto, señores, vsase en este pueblo, que se case vn diablo con otro? Que no, dixo el Medico, que esto deue de ser burlando, para que el diablo se vaya, porque no es posible que este caso, que va sucediendo, pueda ser preuenido por entendimiento humano. Con todo esso, dixo el tio de Isabela, quiero saber de la boca de entrambos, que lugar le darèmos a este casamiento, el de la verdad, ò el de la burla.

El

El de la verdad, respondiò Isabela, porque ni Andrea Marulo està loco, ni yo endemoniada, yo le quiero, y escojo por mi esposo, si es que èl me quiere, y me esco je por su esposa. No loco, ni endemoniado, sino con mi juizio entero, tal, qual Dios ha sido seruido de darme, y diziendo esto, tomò la mano de Isabela, y ella le diò la suya, y con dos sies quedaron indubitablemente casados. Que es esto, dixo Castrucho, otra vez? aqui de Dios, como, y es posible que assi se deshonren las canas de este viejo? No las puede deshonrar, dixo el padre de Andrea, ninguna cosa mia, yo soy noble, y si no demasiadamente rico, no tan pobre, que aya menester à nadie, no entro, ni salgo en este negocio; sin mi sabiduria se han casado los muchachos, que en los pechos enamorados la discrecion se adelanta à los años; y si las mas vezes los moços en sus acciones disparan, muchas aciertan, y quando aciertan, aunque sea acaso, exceden con muchas ventajas à las mas consideradas: pero mirese con todo esso, si lo que aqui ha passado, puede passar adelante, porque si se puede deshazer, las riquezas de Isabela no han de ser parte para que yo procure la mejora de mi hijo. Dos Sacerdotes, que se hallaron presentes, dixeron, que era valido el matrimonio, presupuesto que si con parecer de locos le auian començado, con parecer de verdaderamente cuerdos le auian confirmado; y de nueuo le confirmamos, dixo Andrea, y lo mismo dixo Isabela. Oyendo lo qual su tio, se le cayeron las alas del coraçon, y la cabeça sobre el pecho, y dando vn profundo suspiro, bueltos los ojos en blanco, dio muestras de auerle sobreuenido vn mortal paraxismo; lleuaronle sus criados al lecho, leuantòse del suyo Isabela, lleuòla Andrea à casa de su padre, como a su esposa, y de allì à dos dias entraron por la puerta de vna Iglesia vn niño, hermano de Andrea Marulo a bautizar, Isabela, y Andrea a casarse, y a enterrar el cuerpo de su tio, porque se vean quan estraños son los sucessos de esta vida, vnos a vn mismo punto se bautizan, otros se casan, y otros se entierran: con todo esso se puso luto Isabela, porque esta que llaman muerte, mezcla los talamos con las sepulturas, y las galas con los lutos.

Qua-

Quatro dias mas estuuieron en Luca nuestros peregrinos, y la esquadra de nuestros passageros, que fueron regalados de los desposados, y del noble Iuan Bautista Marulo.



LIBRO QVARTO, DE LOS TRABAIOS DE PERSILES, Y Sigismunda.

HISTORIA SEPTENTRIONAL.

CAPITVLO PRIMERO.

De el Libro Quarto.

DIsputòse entre nuestra peregrina esquadra, no vna, sino muchas vezes, si el casamiento de Isabela Cafirucha, con tantas maquinas fabricado, podia ser valedero; à lo que Periandro muchas vezes dixo que si, quanto mas, que no les tocaua à ellos la aueriguacio de aquel caso; pero lo que à el le auia descontentado, era la junta del Bautismo, casamiento, y la sepultura, y la ignorancia del Medico, que no atinò cõ la traça de Isabela, ni con el peligro de su tio; vnas vezes trataua en esto, y otras en referir los peligros que por ellos auian passado. Andauan Croriano, y Ruperta su esposa,

ſa atentiſsimos, inquiriendo quien fueſſen Periandro, y Auriſtela, Antonio, y Conſtança, lo que no hazian por ſaber quien fueſſen las tres damas Franceſas, que deſde el punto que las vieron, fueron de ellos conocidas; con eſto, à mas que medianas jornadas, llegaron à Aquapendente, lugar cercano à Roma, à la entrada de la qual Villa, adelantandoſe vn poco Periandro, y Auriſtela de los demas, ſin temor que nadie los eſcuchaſſe, ni oyeſſe, Periandro hablò à Auriſtela de eſta manera: Bien ſabes, ò ſeñora, que las cauſas que nos mouieron à ſalir de nueſtra patria, y à dexar nueſtro regalo, fueron tan juſtas, como neceſſarias; yà los ayres de Roma nos danen el roſtro; ya las eſperanças que nos ſuſtentan, nos bullen en las almas; ya, ya hago cuenta que me veo en la dulce poſſeſſion eſperada, mira ſeñora, que ſerà bien que dès vna buelta à tus penſamientos, y eſcudriñando tu voluntad, mires ſi eſtàs en la entereza primera, ò ſi lo eſtaràs deſpues de auer cumplido tu voto, de lo que yo no dudo, porque tu Real ſangre no ſe engendrò entre promeſſas mẽtirоſas, ni entre dobladas traças: de mi te sè dezir, ò hermoſa Sigiſmunda, que eſte Periandro que aqui ves, es el Perſiles, que en la caſa de el Rey mi padre viſte; aquel digo, que te diò palabra de ſer tu eſpoſo en los Alcazares de ſu padre, y te la cumplirà en los deſiertos de Libia, ſi allì la contraria fortuna nos lleuaſſe. Ibale mirando Auriſtela atentiſsimamente, maranillada de que Periandro dudaſſe de ſu fe, y aſsi le dixo. Sola vna voluntad, ò Perſiles, he tenido en toda mi vida, y eſſa avrà dos añ os que te la entreguè, no forçada, ſino de mi libre alvedrio, la qual tan entera, y firme eſtà agora, como el primer dia q̃ te hize ſeñor de ella, la qual ſi es poſsible que ſe aumente, ſe ha aumentado, y crecido entre los muchos trabajos que hemos paſſado; de que tu eſtès firme en la tuya, me moſtrarè tan agradecida, que en cumpliendo mi voto, harè que ſe bueluan en poſſeſsion tus eſperanças: pero dime, que harèmos deſpues que vna miſma coyunda nos ate, y vn miſmo yugo oprima nueſtros cuellos? lexos nos hallamos de nueſtras tierras, no conocidos de nadie en las agenas, ſin arrimo que ſuſtente la yedra de nueſ

tras

y vn cartapacio en la mano, y auiendo hecho à todos la debida cortesia en lẽgua Castellana, dixo: Este trage de peregrino que visto, el qual trae consigo la obligacion de que pida limosna el que lo trae, me obliga à que os la pida, y tan auentajada, y tã nueua, que sin darme joya alguna, ni prendas que lo valgan, me aueis de hazer rico: yo, señores, soy vn hombre curioso, sobre la mitad de mi alma predomina Marte, y sobre la otra mitad Mercurio, y aunque algunos años me he dado al exercicio de la guerra, y algunos otros, y los mas maduros en el de las letras, en los de la guerra he alcançado algun buen nombre, y por los de las letras he sido algun tanto estimado; algunos libros he impresso de los ignorantes, no condenados por malos, ni de los discretos han dexado de ser tenidos por buenos: y como la necessidad, segun se dize, es maestra de aujuar los ingenios, este mio, que tiene vn no sè que de fantastico, è inuentiuo, ha dado en vna imaginacion algo peregrina, y nueua, y es, que à costa agena quiero sacar vn libro à luz, cuyo trabajo sea, como he dicho, agena, y el prouecho mio; el libro se ha de llamar Flor de Aforismos peregrinos; conuiene à saber, sentencias sacadas de la misma verdad: en esta forma, quando en el camino, o en otra parte topo alguna persona, cuya experiencia muestre ser de ingenio, y de prendas, le pido me escriua en este cartapacio algun dicho agudo, si es que le sabe, o alguna sentencia que lo parezca, y de esta manera tengo juntados mas de trecientos Aforismos, todos dignos de saberse, y de imprimirse, y no en nombre mio, sino de su mismo Autor, que lo firmò de su nombre, despues de auerlo dicho. Esta es la limosna que pido, y la que estimarè sobre todo el oro del mundo. Dadnos, señor Español, respondiò Periandro, alguna muestra de lo que pedis, por quien nos guiemos, que en lo demàs sereis seruido, como nuestros ingenios lo alcançaren. Esta mañana, respondiò el Español, llegaron aqui, y passaron de largo vn Peregrino, y vna peregrina Españoles, à los quales por ser Españoles, declarè mi deseo, y ella me dixo, que pusiesse de mi mano, porque no sabia escriuir, esta razon.

Mas

Mas quiero ser mala con esperança de ser buena, que buena con proposito de ser mala.

Y dixome, que firmasse la peregrina de Talauera: tampoco sabia escriuir el peregrino, y me dixo, que escriuiesse.

No ay carga mas pesada, que la muger liuiana.

Y firmè por èl: Bartolome el Manchego. De este modo son los Aforismos, que pido, y los que espero de esta gallarda compañia, serán tales, que realcen à los demas, y les sirvan de adorno, y de esmalte. El caso està entendido, respondiò Croriano, y por mi, tomando la pluma al peregrino, y el carrapacio, quiero començar a salir de esta obligacion, y escriuo.

Mas hermoso parece el soldado muerto en la batalla, que sano en la huida.

Y firmò Croriano: luego tomò la pluma Periandro, y escriuiò.

Dichoso es el soldado, que quando està peleando, sabe que le està mirando su Principe.

Y firmò. Sucediòle el barbaro Antonio, y escriuiò.

La honra que se alcança por la guerra, como se graua en laminas de bronce, y con puntas de azero, es mas firme què las demas honras.

Y firmòse Antonio el Barbaro; y como alli no auia mas hombres, rogò el peregrino, que tambien aquellas damas escriuiessen, y fue la primera que escriuiò Ruperta, y dixo.

La hermosura, que se acompaña con la honestidad, es hermosura, y la que no, no es mas de vn buen parecer.

Y firmò. Segundòla Auristela, y tomando la pluma, dixo.

La mejor dote que puede llevar la muger principal, es la honestidad, porque la hermosura, y la riqueza el tiempo la gasta, ò la fortuna la deshaze.

Y firmo: à quien siguiò Constança, escriuiendo:

No por el suyo, sino por el parecer ageno, ha de escoger la muger el marido.

Y firmò. Feliz Flora escriuiò tambien, y dixo.

A mucho obligan las leyes de la obediencia forçosa, pero à mucho mas las fuerças del gusto.

Y firmò: y siguiendo Belarminia, dixo:

La muger ha de ser como el armiño, dexandose antes prender, que enlodarse.

Y firmo. La vltima que escriuiò, fue la hermosa Deleasir, y dixo.

Sobre todas las acciones de

esta

esta vida tiene imperio la buena, ò la mala suerte, pero mas sobre los casamientos.

Esto fue lo que escriuieron nuestras damas, y nuestros peregrinos, de lo que el Español quedò agradecido, y contento; y preguntandole Periandro, si sabia algun aforismo de memoria, de los q̃ tenia alli escritos, le dixesse. A lo que respondiò, que solo vno diria, que le auia dado gran gusto, por la firma del que lo auia escrito, que dezia:

No desees, y serás el mas rico hombre del mundo.

Y la firma dezia: Diego de Ratos, corcobado, zapatero de viejo en Tordesillas, lugar en Castilla la vieja, junto à Valladolid. Por Dios, dixo Antonio, que la firma està larga, y tendida, y que el Aforismo es el mas breue, y cõpendioso que puede imaginarse, porque està claro que lo que se desea es lo que falta, y el que no desea, no tiene falta de nada, y assi serà el mas rico del mundo. Algunos otros aforismos, dixo el Español, que hizieron sabrosa la conuersacion, y la cena; sentòse el peregrino con ellos, y en el discurso de la cena dixo: No darè el priuilegio deste mi libro à ningun Librero en Madrid, si me da por èl dos mil ducados, que alli no ay ninguno que no quiera los priuilegios de balde, ò a lo menos por tan poco precio, que no le luzca al Autor del libro; verdad es, q̃ tal vez suelen comprar vn priuilegio, y imprimir vn libro, con quien piensan enriquezer, y pierden en èl el trabajo, y la hazienda; pero el de estos aforismos escrito se lleua en la frente la bondad, y la ganancia.

CAPITVLO II.

Del quarto libro.

Bien podia intitular el libro del peregrino Español, historia peregrina, sacada de diuersos Autores, y dixera verdad, segun auian sido, y iban siendo los que la componian; y no les diò poco que reir la firma de Diego de Ratos, el zapatero de viejo, y aun tambien les dio que pensar el dicho de Bartolomè el Manchego, que dixo, que no auia carga mas pesada que la muger liuiana, señal que le deuia de pesar ya la que lleuaua en la moça de Talauera. En esto fueron hablando otro dia, que dexaron al Español moderno, y

y nueuo Autor de nueuos, y exquisitos libros; y aquel mismo dia vieron à Roma, alegrandoles las almas, de cuya alegria redundaua salud en los cuerpos, alboroçaronse los coraçones de Periandro, y de Auristela, viendose tan cerca del fin de su deseo: los de Croriano, y Ruperta, y los de las tres damas Francesas, assimismo por el buen sucesso que prometia el fin prospero de su viage, entrando à la parte deste gusto los de Constança, y Antonio: heriales el Sol por Zenit, à cuya causa, puesto que està mas apartado de la tierra q̃ en ninguna otra sazon del dia, hiere con mas calor, y vehemencia, y auiendoles combidado vna cercana selua, que à su mano derecha se descubria, determinaron de passar en ella el rigor de la fiesta, que les amenazaua, y aun quizà la noche, pues les quedaua lugar demasiado para entrar el dia siguiente en Roma: hizieronlo assi, y mientras mas entrauan por la selua adelante, la amenidad del sitio, las fuentes que de entre las hieruas salian, los arroyos que por ella cruzauan, les iban confirmando en su mismo proposito. Tanto auian entrado en ella, quãto boluiendo los ojos, vieron que estauan ya encubiertos à los que por el Real camino passauan, y haziendoles la variedad de los sitios variar en la imaginaciõ qual escogerian, segun eran todos buenos, y apacibles, alçò acaso los ojos Auristela, y viò pendiente de la rama de vn verde sauze vn retrato del grandor de vna quartilla de papel, pintado en vna tabla no mas del rostro de vna hermosissima muger, y reparando vn poco en èl, conociò claramente ser su rostro el del retrato, y admirada, y suspensa, se le enseñò à Periandro: à este mismo instante dixo Croriano, que todas aquellas yeruas manauan sangre, y mostrò los pies en caliente sangre teñidos. El retrato que luego descolgò Periandro, y la sangre que mostraua Croriano, los tuuo cõfusos a todos, y en deseo de buscar, assi el daño del retrato, como el de la sangre. No podia pensar Auristela quiẽ, donde, ò quando pudiesse auer sido sacado su rostro, ni se acordaua Periandro, que el criado del Duque de Nemurs le auia dicho, que el pintor que sacaua los de las tres damas Francesas, sacaria tambien el de Auristela, con no mas de auerla visto,

que si desto èl se acordara, cõ facilidad diera en la cuenta de lo que no alcançaua: el rastro que siguieron de la sangre lleuò à Croriano, y à Antonio, que le seguian, hasta ponerlos entre vnos espesos arboles, que alli cerca estauan, donde vieron al pie de vno vn gallardo peregrino sentado en el suelo, puestas las manos casi sobre el coraçon, y todo lleno de sangre, vista q̃ le turbò en gran manera, y mas quando llegandose à èl Croriano, le alçò el rostro, que sobre los pechos tenia derribado, y lleno de sangre, y limpiandosele con vn lienço, conociò sin duda alguna ser el herido el Duque de Nemurs, que no bastò el diferẽte trage en que le hallaua, para dexar de conocerle; tanta era la amistad que con èl tenia el Duque herido, ò a lo menos el que parecia ser el Duque, sin abrir los ojos, que con la sangre los tenia cerrados, cõ mal pronunciadas palabras dixo: Bien huuieras hecho, ò quien quiera que seas, enemigo mortal de mi descanso, si huuieras alçado vn poco mas la mano, y dadome en mitad del coraçõ, que alli si que hallaras el retrato mas viuo, y mas verdadero que el que me hiziste quitar del pecho, y colgar en el arbol, porque no me siruiesse de reliquias, y de escudo en nuestra batalla. Hallòse Constança en este hallazgo, y como naturalmente era de condiciõ tierna, y compassiua, acudiò à mirarle la herida, y à tomarle la sangre, antes que à tener cuenta con las lastimosas palabras que dezia, casi otro tãto le sucediò à Periandro, y à Auristela, porque la misma sangre les hizo passar adelante à buscar el origen de donde procedia, y hallaron entre vnos verdes, y crecidos juncos tendido otro peregrino, cubierto casi todo de sangre, excepto el rostro, que descubierto, y limpio tenia, y assi, sin tener necessidad de limpiarsele, ni de hazer diligencias para conocerle, conocieron ser el Principe Arnaldo, que mas desmayado q̃ muerto estaua. La primera señal q̃ diò de vida, fue probarse à leuantar, diziendo: No le leuantàs traidor, porque el retrato es mio, por ser el de mi alma, tu le has robado, y sin auerte yo ofendido en cosa, me quereis quitar la vida. Temblando estaua Auristela con la no pensada vista de Arnaldo, y aunque las obligaciones que le tenia, la impelian à que à èl se llegasse,

no

no osaua por la presencia de Periandro, el qual tan obligado, como cortès, assiò de las manos del Principe, y cõ voz no mui alta, por no descubrir lo que quizà el Principe querria que se callasse, le dixo: Bolued en vos, señor Arnaldo, y vereis que estais en poder de vuestros mayores amigos, y que no os tiene tan desamparado el cielo, q̃ no os podais prometer mejora de vuestra suerte: abrid los ojos, digo, y vereis à vuestro amigo Periandro, y à vuestra obligada Auristela, tan deseosos de seruiros como siempre, contadnos vuestra desgracia, y todos vuestros sucessos, y prometeos de nosotros todo quanto nuestra industria, y fuerças alcançarẽ; dezidnos si estais herido, y quien os hiriò, y en qúe parte, para que luego se procure vuestro remedio. Abriò en esto los ojos Arnaldo, y conociendo à los dos que delante tenia, como pudo, que fue con mucho trabajo, se arrojò à los pies de Auristela, puesto que abraçado tambien a los de Periandro, que hasta en aquel punto guardò el decoro à la honestidad de Auristela, en la qual puestos los ojos, dixo: No es posible que no seas tu, señora, la verdadera Auristela, y no imagen suya, porque no tendria ningun espiritu licencia, ni animo para ocultarse debaxo de apariencia tan hermosa: Auristela eres sin duda, y yo tambien sin ella soy aquel Arnaldo, que siempre ha deseado seruirte, en tu busca vengo, porque si no es parando en ti, que eres mi centro, no tendrà sossiego el alma mia. En el tiempo que esto passaua, ya auian dicho à Croriano, y à los demas el hallazgo del otro peregrino, y que daua tambien señales de estar mal herido; oyendo lo qual Constança, auiendo tomado ya la sangre al Duque, acudiò à ver lo que auia menester el segundo herido, y quando conociò ser Arnaldo, quedò atonita, y confusa, y suplendo su discrecion su sobresalto, sin entrar en otras razones, le dixo, le descubriesse sus heridas: a lo que Arnaldo respondiò, con señalarle con la mano derecha el braço izquierdo, señal de que alli tenia la herida. Desnudòle luego Constança, y hallòsele por la parte superior atrauessado de parte à parte; tomòle luego la sangre; que aun corria, y dixo à Periandro, como el otro herido que alli estaua, era el Duque de Ne-

murs, y que conuenia lleuarlos al pueblo mas cercano, donde fueſſen curados, porque el mayor peligro que tenian, era la falta de la ſangre. Al oir Arnaldo el nombre del Duque, ſe eſtremeciò todo, y dio lugar à que los frios zelos ſe entraſſen haſta el alma por las calientes venas, caſi vacias de ſangre; y aſsi dixo, ſin mirar lo que dezia: Alguna diferencia ay de vn Duque à vn Rey; pero en el Eſtado del vno, ni del otro, ni aun en el de todos los Monarcas del mũdo cabe merecer à Auriſtela: y añadiò, y dixo: No me lleuen adonde lleuaren al Duque, que la preſencia de los agrauiadores no ayuda nada à las enfermedades de los agrauiados. Dos criados traia conſigo Arnaldo, y otros dos el Duque, los quales por orden de ſus ſeñores los auian dexado alli ſolos, y ellos ſe auian adelantado à vn lugar alli cercano, para tenerles aderezado alojamiento cada vno de por ſi, porque aun no ſe conocian. Maten tambien, dixo Arnaldo, ſi en vn arbol deſtos que eſtàn aqui a la redonda, eſtà pendiente vn retrato de Auriſtela, ſobre quien ha ſido la batalla, que entre mi, y el Duque hemos paſſado; quiteſe, deſeme, porque me cueſta mucha ſangre, y de derecho es mio. Caſi eſto miſmo eſtaua diziendo el Duque a Ruperta, y à Croriano, y a los demas que con èl eſtauan; pero a todos ſatisfizo Periandro diziendo, que èl le tenia en ſu poder como en depoſito, y que le boluieria en mejor coyuntura, à cuyo fueſſe. Es poſsible, dixo Arnaldo, que ſe puede poner en duda la verdad de que el retrato ſea mio? no ſabe ya el cielo, que deſde el punto que vi el original, le traſladè en mi alma; pero tengale mi hermano Periandro, que en ſu poder no tendràn entrada los zelos, las iras, y las ſoberuias de ſus pretenſores, y lleuenme de aqui, que me deſmayo. Luego acomodaron en que pudieſſen ir los dos heridos, cuya vertida ſangre mas que la profundidad de las heridas les iba poco à poco quitando la vida, y aſsi los lleuaron al lugar, donde ſus criados les tenian el mejor alojamiento que pudieron, y haſta entonces no auia conocido el Duque ſer el Principe Arnaldo ſu contrario.

CAPITVLO III.

Del quarto libro.

EMbidiosas, y corridas estauan las tres damas Frãcesas de ver que en la opiniõ del Duque estaua estimado el retrato de Auristela mucho mas que ninguno de los suyos; que el criado que embiò a retratarlas, como se ha dicho, les dixo, que consigo los traia entre otras joyas de mucha estima; pero que en el de Auristela idolatraua: razones, y desengaño, que las lastimò las almas, que nunca las hermosas reciben gusto, sino mortal pesadumbre, de que otras hermosuras igualen à las suyas, ni aun que se les compare; porque la verdad que comunmente se dize, de que toda comparaciõ es odiosa, en la de las bellezas viene à ser odiosissima, sin que amistades, parentescos, calidades, y grandezas se opongan al rigor de esta maldita embidia, que assi puede llamarse, la que encẽdia las comparadas hermosuras. Dixo assimismo, que viniendo el Duque su señor desde Paris, buscando à la peregrina Auristela, enamorado de su retrato, aquella mañana se auia sentado al pie de vn arbol con el retrato en las manos, assi hablaua con el muerto, como con el original viuo, y que estando assi, auia llegado el otro peregrino tan passo por las espaldas, que pudo bien oir lo que el Duque con el retrato hablaua, sin que yo, y otro compañero mio lo pudiessemos estoruar, porque estauamos algo desviados: en fin, corrimos a aduertir al Duque, que le escuchauan; boluio el Duque la cabeça, y viò al peregrino, el qual sin hablar palabra, lo primero q̃ hizo, fue, arremeter al retrato, y quitarsele de las manos al Duque, q̃ como le cogiò de sobresalto, no tuuo lugar de defenderle, como èl quisiera, y lo q̃ le dixo, fue à lo menos lo q̃ yo pude entender: Salteador de celestiales prendas, no profanes con tus sacrilegas manos la q̃ en ellas tienes, dexa essa tabla, donde està pintada la hermosura del cielo, assi porq̃ no la merèces, como por ser ella mia. Esso no, respõdio el otro peregrino, y si desta verdad no puedo darte testigos, remitirè su falta à los filos de mi estoque, q̃ en este bordon traigo oculto. Yo si que soy el verdadero poseedor desta incomparable belleza, pues en tierras

bien remotas de la que agora estamos, la comprè con mis tesoros, y la adorè con mi alma, y he seruido a su original con mi solicitud, y con mis trabajos. El Duque entonces boluiendose a los otros, nos mandò con imperiosas razones, los dexassemos solos, y que viniessemos a este lugar, donde le esperassemos, sin tener osadia de boluer solamente el rostro a mirarles: lo mismo mandò el otro peregrino à los dos que con èl llegaron, que segun parece, tambien son sus criados; con todo esto hurtè algun tanto la obediencia a su mandamiento, y la curiosidad me hizo boluer los ojos, y vi, que el otro peregrino colgaua el retrato del arbol, no porque puntualmente lo viesse, sino porque lo congeturè, viendo que luego desembaynando del bordon que tenia vn estoque, ò à lo menos vna arma, que lo parecia, acometiò à mi señor, el qual le salìò à recibir cò otro estoque, que yo no sè que en el bordon traia. Los criados de entrambos quisimos boluer à despartir la contienda; pero yo fuy de contrario parecer, diziendoles, que pues era igual, y entre dos solos, sin temor, ni sospecha de ser ayudados de nadie, que los dexassemos, y siguiessemos nuestro camino, pues en obedecerles no errauamos, y en el boluer, quizà si: aora sea lo q̃ fuere, pues no sè si el buen consejo, ò la cobardia nos emperezò los pies, y nos ato las manos, ò si la lumbre de los estoques, hasta entonces aun no sangrientos, nos cegò los ojos, que no acertauamos à ver el camino que auia desde alli al lugar de la pendencia, sino el que auia al deste, adonde aora estamos: llegamos aqui, hizimos el alojamiento con priessa, y cò mas animoso discurso boluiamos à ver lo q̃ auia hecho la suerte de nuestros dueños, hallamoslos qual aueis visto, donde si vuestra llegada no los socorriera, bien sin prouecho auia sido la nuestra. Esto dixo el criado, y esto escucharon las damas, y esto sintieron de manera, como si fueran amantes verdaderas del Duque: y al mismo instante se deshizo en la imaginacion de cada vna la quimera y maquina, si alguna auia hecho, ò leuantado, de casarse con el Duque, que ninguna cosa quita, ò borra el amor mas presto de la memoria, que el desden en los principios de su nacimiento: que el desden en los prin-

principios del amor tiene la misma fuerça que tiene la hambre en la vida humana: à la hambre, y al sueño se rinde la valentia, y al desden los mas gustosos deseos. Verdad es, que esto suele ser en los principios, que despues que el amor ha tomado larga, y entera posseſsion del alma, los desdenes, y desengaños le sirue de espuelas, para que con mas ligereza corra à poner en efeto sus pensamientos. Curaronse los heridos, y dentro de ocho dias estuuieron para ponerse en camino, y llegar à Roma, de donde auiã venido Cirujanos à verlos. En este tiempo supo el Duque, como su contrario era Principe heredero de el Reyno de Dinamarca, y supo assimismo la intencion que tenia de escogerla por esposa: esta verdad calificò en èl sus pensamientos, que eran los mismos que los de Arnaldo. Pareciòle que la que era estimada para Reyna, lo podia ser para Duquesa; pero entre estos pensamientos, entre estos discurso, y imaginaciones se mezclauan los zelos de manera, q̃ le amargauan el gusto, y le turbauan el sossiego; en fin se llegò el dia de su partida, y el Duque, y Arnaldo cada vno por su parte, entrò en Roma, sin dar se à conocer à nadie, y los demas peregrinos de nuestra compañia, llegando à la vista della desde vn alto montecillo la descubrieron, y hincados de rodillas, como à cosa sacra, la adoraron, quãdo de entre ellos saliò vna voz de vn peregrino, que no conocieron, que con lagrimas en los ojos començò a dezir de esta manera.

O grande, ò poderosa, ò sacrosanta
Alma Ciudad de Roma, à ti me inclino
Deuoto, humilde, y nueuo peregrino,
A quien admira ver belleza tanta.

Tu vista, que à tu fama se adelanta,
Al ingenio suspende, aunque diuino,
De aquel que à verte, y à adorarte vino
Con tierno afecto, y con desnuda planta,

La tierra de tu suelo que contemplo
Con la sangre de Martires mezclada,
Es la reliquia vniuersal del suelo.

No ay parte en ti, que no sirua de exemplo
De santidad, assi como trazada
De la Ciudad de Dios al gran modelo.

QVando acabò de dezir este soneto el peregrino, se boluiò à los circunstantes, diziendo: Avrà pocos años que llegò à esta santa Ciudad vn Poeta Español, enemigo mortal de sí mismo, y de su honra de su nacion, el qual hizo, y compuso vn soneto en vituperio de esta insigne Ciudad, y de sus ilustres habitadores; pero la culpa de su lengua pagara su garganta, si le cogieran: yo no como Poeta, sino como Christiano, casi como en descuento de su cargo, he compuesto el que aueis oido. Rogole Periandro que le repitiesse, hizolo assi, alabaronsele mucho, baxaron del recuesto, passaron por los prados de Madama, entraron en Roma por la puerta del Populo, besando primero vna, y muchas vezes los vmbrales, y margenes de la entrada de la Ciudad santa; antes de la qual llegaron dos dias à vno de los criados de Croriano, y le preguntaron, si toda aquella esquadra de gente tenia estancia conocida, y preparada dõde alojarse, si no, que ellos se la darian tal, que pudiessen en ella alojarse Principes; porque aueis de saber señor, dixerõ, que nosotros somos Iudios, yo me llamo Zabulon, y mi compañero Abiud, tenemos por oficio adornar casas de todo lo necessario, segun, y como es la calidad del que quiere habitarlas, y alli llega su adorno donde llega el precio que se quiere pagar por ellas. A lo que el criado respondiò: Otro compañero mio desde ayer està en Roma, con intencion que tenga preparado el alojamiẽto, conforme à la calidad de mi amo, y de todos aquellos que aqui vienen. Que me mata, dixo Abiud, si no es este el Frances que ayer se contentò con la casa de nuestro compañero Manasses, que la tiene aderezada como casa Real. Vamos, pues, adelante,

te, dixo el criado de Croriano, que mi compañero deue de estar por aqui esperando à ser nuestra guia, y quando la casa que tuuiere, no fuere tal, nos encomendarèmos a la que nos diere el señor Zabulon. Con esto passaron adelante, y à la entrada de la Ciudad vieron los Iudios à Manasses su compañero, y con èl al criado de Croriano, por donde vinieron en conocimiento que la posada que los Iudios auiã pintado, era la rica de Manasses, y assi alegres, y contentos guiaron à nuestros peregrinos, que estaua junto al arco de Portugal. Apenas entraron las Frãcesas damas en la Ciudad, quando se lleuaron tras si los ojos de casi todo el pueblo, que por ser dia dé estacion, estaua llena aquella calle de nuestra Señora del Populo de infinita gente; pero la admiracion, que començò à entrar poco à poco en los que à las damas Francesas miraua, se acabò de entrar mucho à mucho en los coraçones de los que vieron à la sin par Auristela, y à la gallarda Constança, que a su lado iba, bien assi como van por iguales paralelos dos lucientes estrellas por el cielo; tales iban, que dixo vn Romano (que à lo que se cree deuia de ser Poeta:) Yo apostarè, que la Diosa Venus, como en los tiempos passados, buelue à esta Ciudad, à ver las reliquias de su querido Eneas. Por Dios que haze mal el señor Gouernador, de no mãdar que se cubra el rostro de esta mouible imagen: quiere por ventura, que los discretos se admiren, que los tiernos se deshagan, y que los necios idolatren? con estas alabanças, tan hiperboles, como necessarias, passa adelante el gallardo esquadron, llegò al alojamiento de Manasses, bastante para alojar à vn poderoso Principe, y à vn mediano exercito.

CAPITVLO IV.

Del quarto libro.

ESTẽdiòse aquel mismo dia la llegada de las damas Frãcesas por toda la Ciudad, cõ el gallardo esquadron de los peregrinos; especialmente se diuulgò la de igual hermosura de Auristela, encareciẽdola, si no como ella era, à lo menos quanto podiã las lenguas de los mas discretos ingenios: al momento se coro-

ro-

ronò la casa de los nuestros de mucha gente, que los llevaua la curiosidad, y el deseo de ver tanta belleza junta, segun se auia publicado. Llegò esto à tanto estremo, que desde la calle pedian à vozes se asomassen à las ventanas las damas, y las peregrinas, q̃ reposando no querian dexar verse, especialmente clamauan por Auristela; pero no fue possible que se dexasse ver ninguna de ellas. Entre la demas gente que llegò a la puerta, llegaron Arnaldo, y el Duque con sus habitos de peregrinos, y apenas se huuo visto el vno al otro, quando a entrambos les temblaron las piernas, y les palpitaron los pechos; conociòlos Periã dro desde la ventana, dixoselo a Croriano, y los dos juntos baxaron a la calle, para estoruar en quanto pudiessen la desgracia que podian temer de dos tan zelosos amãtes; Periandro se passò con Arnaldo, y Croriano con el Duque, y lo que Arnaldo dixo a Periandro, fue: Vno de los cargos mayores que Auristela me tiene, es el sufrimiento que tengo, consintiẽ do que este Cauallero Frances, que dizen ser el Duque de Nemurs, estè como en possession del retrato de Auristela, que puesto que està en tu poder, parece que es con voluntad suya, pues yo no le tengo en el mio. Mira, amigo Periandro, esta enfermedad, que los amantes llaman zelos, que la llamàran mejor desesperacion rabiosa; entrã a la parte con ella la embidia, y el menosprecio, y quãdo vna vez se apodera de el alma enamorada, no ay consideracion que la sosiegue, ni remedio que la valga, y aunque son pequeñas las causas que la engendran, los efetos que haze, son tã grandes, que por lo menos quitan el seso, y por lo mas menos la vida: que mejor es al amante zeloso el morir desesperado, que viuir con zelos; y el que fuere amãte verdadero, no ha de tener atreuimiento para pedir zelos a la cosa amada; y puesto que llegue a tanta perfeccion, que no los pida, no puede dexarlos de pedir a si mismo, digo a su misma ventura, de la qual es imposible viuir seguro; por que las cosas de mucho precio, y valor tienen en continuo temer al que las posee, ò al que las ama, de perderlas; y esta es vna passion, que no se aparta del alma enamorada, como accidente inseparable. Aconsejote, ò amigo Pe-

Periãdro, si es que puede dar consejo quien no le tiene para si, que consideres que soy Rey, y que quiero bien, y que por mil experiencias estàs satisfecho, y enterado de que cumpliré con las obras, quanto con palabras he prometido de recibir à la sin par Auristela tu hermana, sin otra dote, que la grande que ella tiene en su virtud, y hermosura, y que no quiero aueriguar la nobleza de su linage, pues està claro, que no auia de negar naturaleza los bienes de la fortuna, à quien tantos dio de si misma: nunca en humildes sugetos, ò pocas vezes haze su assiento; virtudes grandes, y la belleza del cuerpo muchas vezes es indicio de la belleza del alma, y para reducirme à vn termino, solo te digo lo que otras vezes te he dicho, que adoro à Auristela, ora sea de linage del cielo, ora de los infimos de la tierra; y pues ya està en Roma, adonde ella ha librado mis esperanças, sè tu, ò hermano mio, parte para que me las cumpla, q̃ desde aqui parto mi Corona, y mi Reyno cõtigo, y no permitas que yo muera esclarecido de este Duque, ni menospreciado de la que adoro. A todas estas razones, ofrecimientos, y promessas, respondiò Periandro, diziendo: Si mi hermana tuuiera culpa en las causas que este Duque ha dado à tu enojo, si no la castigara, a lo menos la riñera, que para ella fuera vn gran castigo; pero como sè que no la tiene, no tengo que responderte: en esto de auer librado tus esperanças en su venida à esta Ciudad, como no sè à donde llegan las que te ha dado, no sè que responderte: de los ofrecimientos que me hazes, y me has hecho, estoy tan agradecido, como me obliga el ser tu el que los hazes, y yo à quien se hazen; porque con humildad se ha dicho, o valeroso Arnaldo, quizà esta pobre muceta de peregrino sirue de nube, que por pequeña que sea, suele quitar los rayos al Sol, y por agora sossiegate, que ayer llegamos à Roma, y no es possible que en tan breue espacio se ayan fabricado discursos, dado trazas, y leuantado quimeras, que reduzgan nuestras acciones à los felizes fines que deseamos: huye en quanto te fuere possible, de encontrarte con el Duque, porque vn amãte desdeñado, y flaco de esperanças, suele tomar ocasion del despecho para fabricarlas, aunque sea en daño de

lo

lo que bien quiere. Arnaldo le prometio, que assi lo haria, y le ofreciò prendas, y dineros para sustentar la autoridad, y el gasto, assi el suyo, como el de las damas Francesas. Diferente fue la platica que tuuo Croriano con el Duque, pues toda se resoluiò en que auia de cobrar el retrato de Auristela, ò auia de confessar Arnaldo, no tener parte en èl: pidiò tambien à Croriano, fuesse intercessor con Auristela, le recibiesse por esposo, pues su Estado no era inferior al de Arnaldo, ni en la sangre le hazia ventaja ninguna de las mas ilustres de Europa; en fin, èl se mostrò algo arrogante, y algo zeloso, como quien tan enamorado estaua. Croriano se lo ofreciò assimismo, y quedò darle la respuesta que dixesse Auristela, al proponerle la ventura, que se le ofrecia, de recibirle por esposo.

CAPITVLO V.

Del quarto libro.

DEsta manera los dos cõtrarios zelosos, y amantes, cuyas esperanças tenian fundadas en el ayre, se despidieron, el vno de Periandro, y el otro de Croriano, quedando ante todas cosas de reprimir sus impetus, y dissimular sus agrauios, a lo menos hasta tanto que Auristela se declarasse, de la qual cada vno esperaua que auia de ser en su fauor, pues al ofrecimiẽto de vn Reyno, y al de vn Estado tan rico como el del Duque, bien se podia penfar que auia de titubear qualquier firmeza, y mudarse el proposito de escoger otra vida, por ser muy natural el amarse las grandezas, y apetecerse la mejoria de los estados; especialmente suele ser este deseo mas viuo en las mugeres. De todo esto estaua bien descuidada Auristela, pues todos sus pensamiẽtos por entonces no se estendian à mas, que de enterarse en las verdades que à la saluacion de su alma conueniã, que por auer nacido en partes tan remotas, y en tierras, adonde la verdadera Fè Catolica no està en el punto tan perfecto como se requiere, tenia necessidad de acrisolarla en su verdadera oficina. Al apartarse Periandro de Arnaldo, llegò à èl vn hõbre Español, y le dixo: Segun traigo las señas, si es q̃ vuessa merced es Español, para vuessa merced viene esta carta; pusole vna en las manos, cerra-

rrada, cuyo sobre escrito dezia: Al ilustre señor Antonio de Villaseñor, por otro nombre llamado el Barbaro. Preguntòle Periandro, que quiẽ le auia dado aquella carta? respondiòle el portador, que vn Español, que estaua preso en la carcel, que llaman Torre de Nona, y por lo menos condenado à ahorcar por homicida èl, y otra su amiga, muger hermosa, llamada la Talauerana. Conociò Periandro los nombres, y casi adiuinò sus culpas, y respondiò: Esta carta no es para mi, sino para este peregrino, q̃ àzia acà viene, y fue, porque en aquel instãte llegò Antonio, à quiẽ Periandro diò la carta, y apartandose los dos à vna parte, la abriò, y vio que assi dezia:

Quien en mal anda, en mal para: de dos pies, aunque el vno estè sano, si el otro està cojo, tal vez cojea, que las malas compañias no pueden enseñar buenas costumbres; la que yo trauè con la Talauerana, que no deuiera, me tiene à mi, y à ella sentenciados de remate para la horca: el hombre que la sacò de España, la hallò aqui en Roma en mi compañia, recibio pesadumbre de ello, assentòle la mano en mi presencia, y yo que no soy amigo de burlas, ni de recibir agrauios, sino de quitarlos, bolui por la moça, y à puros palos matè à su agrauiador. Estando en la fuga desta pendencia, llegò otro peregrino, que por el mismo estilo començò à tomarme la medida de las espaldas, dize la moça, que conociò, que el que me apaleaua, era vn su marido, de nacion Polaco, con quien se auia casado en Talauera, y temiendose, que en acabando conmigo, auia de començar por ella, porque le tenia agrauiado, no hizo mas de echar mano à vn cuchillo, de dos que traia consigo siempre en la bayna, y llegandose à èl bonitamente, se le clauò por los riñones, haziendole tales heridas, que no tuuieran necesidad de Maestro. En efecto, el amigo à palos, y el marido à puñaladas, en vn instante concluyeron la carrera mortal de su vida. Prendieronnos al mismo punto, y traxeronnos à esta carcel, donde quedamos muy contra nuestra voluntad, tomaronnos la confession, confessamos nuestro delito, porque no lo podiamos negar, y con esto ahorramos el tormento, que aqui llaman tor-

tortura, sustanciòse el proceſſo, dãdose mas priessa à ello de la que quisieramos; ya esta concluso, y nosotros sentenciados à destierro, sino que es de esta vida para la otra. Digo, señor, que estamos sentenciados à ahorcar, de lo q̃ esta tan pesarosa la Talauerana, que no lo puede lleuar en paciencia: la qual besa à vuessa merced las manos, y à mi señora Constança, y del señor Periandro, y à mi señora Auristela, y dize, que ella se holgara de estar libre para ir à besarselas a vuessas mercedes à sus casas: dize tambiẽ, que si la sin par Auristela pone aldas en cinta, y quiere tomar à su cargo nuestra libertad, que le serà facil; porque que pedirà su grande hermosura, que no lo alcance, aunque la pida à la dureza misma? y añade mas, y es, que si vuessas mercedes no pudieren alcançar el perdon, à lo menos procuren alcançar el lugar de la muerte, y que como ha de ser en Roma, sea en España; porque està informada la moça, que aqui no lleuan los ahorcados con la autoridad conueniente, porque van à pie, y apenas los ve nadie, y assi apenas ay quien les reze vna Aue Maria, especialmente si son Españoles los q̃ ahorcan, y ella querria, si fuesse possible, morir en su tierra, y entre los suyos, donde no faltaria algun pariente, que de compassion le cerrasse los ojos: yo tambien digo lo mismo, porque soy amigo de acomodarme a la razon, porque estoy tan mohino en esta carcel, que a trueco de escusar la pesadumbre que me dan las chinches en ella, tomaria por buen partido que me sacassen a ahorcar mañana: y aduierto a vuessa merced, señor mio, que los juezes de esta tierra no desdizen nada de los de España, todos son corteses, y amigos de dar, y recibir cosas justas, y que quando no ay parte que solicite la justicia, no dexan de llegarse a la misericordia, la qual si reyna en todos los valerosos pechos de vuessas mercedes, que si deue de reynar, sugeto ay en nosotros en que se muestre, pues estamos en tierra agena, presos en la carcel, comidos de chinches, y de otros animales inmundos, que son muchos por pequeños, y enfadan, como si fuessen grandes, y sobre todo no tienẽ ya en cueros, y en la quinta essencia de la necessidad solicitadores, Procuradores, y Escriuanos, de quien Dios nues-

nuestro Señor nos libre por su infinita bondad, Amen. Aguardādo la respuesta quedamos, con tanto deseo de recibirla buena, como le tienen los zigoñinos en la torre, esperando el sustento de sus madres, y firmaua: El desdichado Bartolome Manchego. En estremo diò la carta gusto a los dos, que la auian leido, y en estremo los fatigò su afliccion, y luego diziendole al que la auia llenado, dixesse al preso, que se consolasse, y tuuiesse esperança de su remedio, porque Auristela, y todos ellos, con todo aquello que dadiuas, y promessas pudiessen, le procurarian, y al punto fabricaron las diligencias que auian de hazerle: la primera fue, que Croriano hablasse al Embaxador de Francia, que era su pariente, y amigo, para que no se executasse la pena tan presto, y desse lugar a ver si tiempo a que le tuuiessen los ruegos, y las solicitudes: determinò tambien Antonio de escriuir otra carta en respuesta de la suya à Bartolome, con que de nuevo se renouasse el gusto que les auia dado la suya; pero comunicando este pensamiento con Auristela, y cō su hermana Constança, fuerō las dos de parecer, que no se la escriuiesse, porque a los afligidos no se ha de añadir afliccion, y podria ser que tomassen las burlas por veras, y se afligiessen con ellas: lo que hizieron, dexar todo el cargo de aquella negociacion sobre los ombros, y diligencia de Croriano, y en las de Ruperta su esposa, que se lo rogò ahincadamente, y en seis dias ya estauan en la calle Bartolomè, y la Talauerana, que adonde interuiene el fauor, y las dadiuas, se allanan los riscos, y se deshazen las dificultades. En este tiempo le tuuo Auristela, de informarse de todo aquello que à ella le paracia, que le faltaua por saber de la Fè Catolica, à lo menos de aquello que en su patria obscuramente se platicaua, hallò con quien comunicar su deseo por medio de los Penitenciarios, con quien hizo su confesion entera, y verdadera, y llana, y quedò enseñada, y satisfecha de todo lo que quiso, porque los tales Penitenciarios en la mayor forma que pudieron le declararon todos los principales, y mas conuinientes misterios de nuestra Fe. Començaron desde la embidia, y soberuia de Lucifer, y de su caida con la tercera parte de las estrellas que cayeron con

él

èl en los abismos, caida que dexò vacas, y vacias las sillas del cielo, que las perdieron los Angeles malos por su necia cùlpa: declararonle el medio que Dios tuuo para llenar estos asientos, criando al hombre, cuya alma es capaz de la gloria, que los Angeles malos perdieron: discurrieron por la verdad de la creacion del hombre, y del mundo, y por el misterio sagrado, y amoroso de la Encarnacion, y con razones sobre la razon misma bosquejaron el profundissimo misterio de la Santissima Trinidad: contaron, como conuino, que la segunda persona de las Tres, que es la del Hijo, se hiziesse hombre, para que como hombre Dios pagasse por el hombre, y Dios pudiesse pagar como Dios, cuya vnion hipostatica solo podia ser bastante para dexar à Dios satisfecho de la culpa infinita cometida, que Dios infinitamente se auia de satisfacer, y el hombre finito por si no podia, y Dios en si solo era incapaz de padecer, pero juntos los dos llegò el caudal à ser infinito, y assi lo fue la paga: mostraronle la muerte de Christo, los trabajos de su vida, desde que se mostrò en el pesebre, hasta q̃ se puso en la Cruz: exageraronle la fuerça, y eficacia de los Sacramentos, y señalaron con el dedo la segũda tabla de nuestro naufragio, que es la penitencia, sin la qual no ay abrir la senda del cielo, que suele cerrar el pecado: mostraronle assimismo à Iesu Christo Dios viuo, sentado à la diestra del Padre, estando tan viuo, y entero como en el cielo, Sacramentado en la tierra, cuya santissima presencia no la puede diuidir, ni apartar ausencia alguna, porque vno de los mayores atributos de Dios, que todos son iguales, es, el estar en todo lugar, por potencia, por essencia, y por presencia: asseguraronle infaliblemente la venida de este Señor à juzgar el mundo sobre las nubes de el cielo, y assimismo la estabilidad, y firmeza de su Iglesia, contra quien pueden poco las puertas, ò por mejor dezir, las fuerças del infierno: trataron del poder del Sumo Pontifice, Visorrey de Dios en la tierra, y llauero del cielo: finalmente no les quedò por dezir cosa que vieron que conuenia, para darse à entender, y para que Auristela, y Periandro los entendiessen. Estas liciones assi, alegraron sus almas, que las

saz

acò de si mismas, y se las lleuò a que passeassen los cielos porque solo en ellos pusieron sus pensamientos.

CAPITVLO VI.

Del quarto libro.

COn otros ojos se mirarò de alli adelante Auristela, y Periandro, a lo menos con otros ojos miraua Periàdro a Auristela, pareciendole que ya ella auia cumplido el voto que la traxo a Roma, y que podia libre, y desembaraçadamente recibirle por esposo; pero si medio gentil amaua Auristela la honestidad, despues de catequizada la adoraua, no porque viesse iba contra ella en casarse, sino por no dar indicios de pensamientos blandos sin que precediessen antes, ò fuerças, ò ruegos. Tambien estaua mirando, si por alguna parte le descubria el cielo alguna luz, que le mostrasse lo q̃ auia de hazer despues de casada, porque pensar boluer a su tierra, lo tenia por temeridad, y por disparate, a causa que el hermano de Periàdro, que la tenia destinada para ser su esposa, quizà viendo burladas sus esperanças, tomaria en ella, y en su hermano Periandro vengança de su agrauio. Estos pensamientos, y temores la traian algo flaca, y algo pensatiua: las damas Francesa visitaron los Templos, y anduuieron las estaciones con põpa, y mageſtad, porque Croriano, como se ha dicho, era pariente del Embaxador de Francia, y no les faltò cosa, que para mostrar ilustre decoro, fuesse necessaria, lleuando siempre consigo a Auristela, y a Constança, y ninguna vez salian de casa, que no las seguia casi la mitad de el pueblo de Roma; y sucediò, que passando vn dia por vna calle, q̃ se llamaua Bancos, vieron en vna pared bella vn retrato entero de pies a cabeça de vna muger, que tenia vna corona en la cabeça, aunque partida por medio la corona, y à los pies vn mundo, sobre el qual estaua puesta, y apenas la huuieron visto, quando conocieron ser el rostro de Auristela, tan al viuo dibujado, que no les puso en duda de conocerla. Preguntò Auristela, admirada, cuyo era aquel retrato, y si se vendia acaso? Respondiole el dueño (que segun despues se supo, era vn famoso pintor) que èl vendia aquel retrato;

pero no sabia de quien fuesse, solo sabia, que otro pintor su amigo se le auia hecho copiar en Francia, el qual le auia dicho ser de vna donzella estrangera, que en habitos de peregrina passaua à Roma. Que significa, respondiò Auristela, auerla pintado con corona en la cabeça, y los pies sobre aquella esfera, y mas estando la corona partida? Esso, señora, dixo el dueño, son fantasias de pintorrs, ò caprichos, como los llaman, quiça quieren dezir, que esta donzella merece lleuar la corona de hermosura, que ella và hollando en aquel mundo; pero yo quiero dezir, que dize, que vos señora, sois su original, y que mereceis corona entera, y no mundo pintado, sino Real, y verdadero. Que pedis por el retrato, preguntò Constança? A lo que respondiò el dueño, dos peregrinos estàn aqui, que el vno dellos me ha ofrecido mil escudos de oro, y el otro dize, que no le dexarà por ningun dinero, yo no he cõcluido la venta, por parecerme que se estàn burlãdo, por que la exorbitancia del ofrecimiento me haze estar en duda. Pues no lo esteis, replicò Constança, que essos dos peregrinos, si son los quẽ yo imagino, biẽ pueden doblar el precio, y pagaros à toda vuestra satisfacion. Las damas Frãcesas, Ruperta, Croriano, y Periandro quedaron atonitos de ver la verdadera imagen del rostro de Auristela en el del retrato: cayò la gente, que el retrato miraua, en que parecia al de Auristela, y poco à poco començò à salir vna voz, que todos, y cada vno de por si afirmaua. Este retrato que se vende, es el mismo desta peregrina que và en este coche, para que querèmos ver el traslado, sino el original, y assi començaron à rodear el coche, que los cauallos no podian yr adelante, ni boluer atras, por lo qual dixo Periandro: Auristela hermana, cubrase el rostro con algun velo, porque tanta luz ciega, y no nos dexa ver por donde caminamos Hizolo assi Auristela, y passaron adelante, pero no por esso dexò de seguirlos mucha gente, que esperaua à que se quitasse el velo, para verla, como deseaua. Apenas se huuo quitado de alli el coche, quando se llegò al dueño de el retrato Arnaldo en sus habitos de peregrino, y dixo: Yo soy el que

os

os ofreci los mil escudos por este retrato, si le quereis dar, traedle, y venios conmigo, que yo os los darè luego de oro en oro. A lo que otro peregrino, que era el Duque de Nemurs, dixo: No repareis, hermano, en precio, sino venios conmigo, y proponed en vuestra imaginacion el que quisieredes, que yo os le darè luego de contado. Señores, respondiò el pintor, concertaos los dos en qual le ha de lleuar, que yo no me desconcertarè en el precio, puesto que pienso que antes me aueis de pagar con el deseo, que con la obra. A estas platicas estaua atenta mucha gente, esperando en que auia de parar esta compra, porque ver ofrecer millaradas de ducados à dos, al parecer, pobres peregrinos, pareciales cosa de burla. En esto dixo el dueño: El que le quisiere, deme señal, y guie, que yo ya le descuelgo para lleuarsele: oyendo lo qual Arnaldo, puso la mano en el seno, y sacò vna cadena de oro, con vna joya de diamantes, que de ella pendia, y dixo: Tomad esta cadena, que con esta joya, vale mas de dos mil escudos, y traedme el retrato. Esta vale diez mil, dixo el Duque, dandole vna de diamantes al dueño del retrato, y traedmele à mi casa. Santo Dios, dixo vno de los circunstantes, que retrato puede ser este, que hombres estos, y que joyas estas? Cosa de encantamiento parece aquesta, por esso os auiso, hermano pintor, que deis vn toque à la cadena, y hagais experiencia de la fineza de las piedras, antes que deis vuestra hazienda, que podria ser, que la cadena, y las joyas fuessen falsas, porque el encarecimiento que de su valor han hecho, bien se puede sospechar. Enojaronse los Principes, pero por no echar mas en la calle sus pensamientos, consintieron en que el dueño del retrato se enterasse en la verdad del valor de las joyas. Andaua rebuelta toda la gente de Bancos, vnos admirando el retrato, otros preguntando, quien fuessen los peregrinos, otros mirando las joyas, y todos atentos, esperando quien auia de quedar con el retrato, porque les parecia, que estauan de parecer los dos peregrinos, de no dexarle por ningun precio: dierale el dueño por mucho menos de lo que le ofrecian, si se le dexa-

ran vender libremente. Passò en esto por Bancos el Gouernador de Roma, oyò el murmurio de la gente, preguntò la causa, viò el retrato, y viò las joyas, y pareciendole ser prendas de mas que de ordinarios peregrinos, esperando descubrir algun secreto, las hizo depositar, y llenar el retrato a su casa, y prender a los peregrinos: quedòse el pintor confuso, viendo menoscabadas sus esperanças, y su hazienda en poder de la justicia, donde jamas entrò alguna, que si saliesse, fuesse con aquel lustre con que auia entrado. Acudiò el pintor à buscar à Periandro, y à contarle todo el sucesso de la venta, y de el temor que tenia, no se quedasse el Gouernador con el retrato, el qual de vn pintor que le auia retratado en Portugal de su original, le auia èl comprado en Francia, cosa que le pareciò à Periandro possible, por auer sacado otros muchos en el tiempo que Auristela estuuo en Lisboa; con todo esso le ofreciò por èl cien escudos, con que quedasse a su riesgo el cobrar. Contentòse el pintor, y aunque fue tan grãde la baxa de ciento a mil, le tuuo por bien vendido, y mejor pagado. Aquella tarde, juntandose con otros Españoles peregrinos, fue a andar las siete Iglesias, entre los quales peregrinos acertò a encontrarse con el Poeta que dixo el soneto al descubrirse Roma, conocieronse, y abraçaronse, y preguntaronse de sus vidas, y sucessos; el Poeta peregrino le dixo, que el dia antes le auia sucedido vna cosa digna de contarse por admirable, y fue, que auiendo tenido noticia de que vn Monseñor Clerigo de la Camara, curioso, y rico, tenia vn museo el mas extraordinario que auia en el mundo, porque no tenia figuras de personas, que efectiuamente huuiessẽ sido, ni entonces lo fuessen, sino vnas tablas preparadas, para pintarse en ellas los personages ilustres que estauan por venir, especialmente los que auian de ser en los venideros siglos Poetas famosos, entre las quales tablas auia visto dos, que en el principio de ellas estaua escrito en la vna, Torquato Tasso, y mas abaxo vn poco dezia, Ierusalen libertada; en la otra estaua escrito, Zarate, y mas abaxo, Cruz, y Constantino. Preguntèle, al que me las enseñaua, que

que significauan aquellos nõbres? Respondiome, que se esperaua, que presto se auia de descubrir en la tierra la luz de vn Poeta, que se auia de llamar Torquato Tasso, el qual auia de cantar Ierusalen recuperada, con el mas heroico, y agradable plectro que hasta entonces ningun Poeta huuiesse cãtado; y que essi luego le auia de suceder vn Español, llamado Francisco Lopez Duarte, cuya voz auia de llenar las quatro partes de la tierra, y cuya armonia auia de suspender los coraçones de las gentes, contando la inuencio de la Cruz de Christo, con las guerras del Emperador Constantino, poema verdaderamente heroyco, y religioso y digno del nombre de poema. A lo que replicò Periandro: Duro se me haze de creer, que de tan atràs se tome el cargo de aderezar las tablas, donde se ayan de pintar los que estàn por venir, que en efecto en esta Ciudad, cabeça del mundo, estàn otras maravillas de mayor admiracion: y avrà otras tablas aderezadas para mas Poetas venideros, preguntò Periandro? Si, respondiò el peregrino; pero no quise detenerme a leer los titulos, contentandome con los dos primeros; pero assi à bulto mirè tantos, que me doy à entender, que la edad quando ellos vengan, que segun me dixo el que me guiaua, no puede tardar, ha de ser grandissima la cosecha de todo genero de Poetas: encaminelo Dios como èl fuere mas seruido. Por lo menos, respondio Periandro, el año que es abundante de poesia, suele serlo de hambre; porque dameles Poeta, y darteles he pobre, si ya la naturaleza no se adelanta à hazer milagros; y figuresele la consequencia: ay muchos Poetas, luego ay muchos pobres: ay muchos pobres, luego caro es el año. En esto iban hablando el peregrino, y Periandro, quando llegò à ellos Zabulon el Iudio, y dixo à Periandro, que aquella tarde le queria llevar à ver à Hipolita la Ferraresa, que era vna de las mas hermosas mugeres de Roma, y aun de toda Italia. Respondiòle Periandro, que iria de muy buena gana, lo qual no le respondiera, si como le informò de la hermosura, le informara de la calidad de su persona, porque la alteza de la honestidad de Periandro no se abaçaua, ni abatia a cosas baxas, por

hermosas que fuessen, que en esto la naturaleza auia hecho iguales, y formado en vna misma turquesa à él, y à Aurisela, de la qual se recatò para ir à ver à Hipolita, à quien el Indio le lleuò mas por engaño, que por voluntad, que tal vez la curiosidad haze tropezar, y caer de ojos al mas honesto recato.

CAPITVLO VII.

Del quarto libro.

COn la buena criança, con los ricos ornamentos de la persona, y con los adereços, y pompa de la casa se cubren muchas faltas; porque no es possible que la buena criança ofenda, ni el rico ornato enfade, ni el aderezo de la casa no contente: todo esto tenia Hipolita, dama cortesana, que en riquezas podia competir con la antigua Flora, y en cortesia cò la misma buena criança, no era possible que fuesse estimada en poco, de quien la conocia, porque cò la hermosura encantaua, con la riqueza se hazia estimar, y con la cortesia, si assi se puede dezir, se hazia adorar: quando el amor se viste de estas tres calidades, rópe los coraçones de bronce, abre las bolsas de hierro, y rinde las voluntades de marmol, y mas si a estas tres cosas se les añade el engaño, y la lisonja, atributos conuenientes para las que quieren mostrar à la luz del mundo sus donayres. Ay por ventura entendimiento tan agudo en el mundo, que estando mirando vna destas hermosas que pinto, dexando à vna aparte las de su belleza, se ponga à discurrir las de su humilde trato? la hermosura en parte ciega, y en parte alumbra, tras la que ciega corre el gusto: tras la que alumbra, el pẽsar en la enmienda. Ninguna de estas cosas considerò Periandro al entrar en casa de Hipolita; pero como tal vez sobre descuidados cimientos suele leuantar amor sus maquinas, esta sin pensamiento alguno se fabricò, no sobre la voluntad de Periãdro, sino en la de Hipolita, que cõ estas damas que suelen llamar del vicio, no es menester trabajar mucho, para dar con ellas donde se arrepientan, sin arrepentirse. Ya auia visto Hipolita à Periandro en la calle, y ya le auia hecho mouimientos en el alma su bizarria, su gentileza, y sobre todo el pensar que era Espa-

ñol,

ñol, de cuya cõdicion se prometia dadiuas imposibles, y concertados gustos, y estos pensamientos los auia comunicado con Zabulon, y regadole se le tragesse à casa, la qual tenia tan adereçada, tã limpia, y tan compuesta, que mas parecia que esperaua ser talamo de bodas, que acogimiento de peregrinos. Tenia la señora Hipolita, que con este nombre la llamauan en Roma, como si lo fuera, vn amigo, llamado Pirro Calabrès, hombre acuchillador, impaciente, facinerolo, cuya hazienda librana en los filos de su espada, en la agilidad de sus manos, y en los engaños de Hipolita, que muchas vezes con ellos alcançaua lo que queria, sin rendirse à nadie; pero en lo que mas Pirro aumentaua su vida, era en la diligencia de sus pies, que lo estimaua en mas que en las manos; y de lo que èl mas se preciaua, era, de traer siempre assombrada à Hipolita en qualquiera condicion que se le mostrasse, ora fuesse amorosa, ora fuesse aspera, que nunca les talta à estas palomas duendas milanos que las persigan, ni paxaros que las despedacen: miserable trato de esta mundana, y simple gente! Digo, pues, que este Caualiero, que no tenia de serlo mas que el nombre, se hallo en casa de Hipolita, al tiempo que entraron en ella el Iudio, y Periandro: Apartole aparte Hipolita, y dixole: Vete con Dios amigo, y lleuate esta cadena de oro de camino, q̃ este peregrino me embiò cõ Zabulon esta mañana. Mira lo que hazes, Hipolita, respondiò Pirro, que a lo que se me trasluze, este peregrino es Español, y soltar el de su mano, sin auer tocado la tuya esta cadena, q̃ deue de valer cien escudos, gran cosa me parece, y mil temores me sobresaltan; lleuate tu, ò Pirro, la cadena y dexame à mi el cargo de sustentarla, y de no boluerla a pesar de todas sus Españolerias. Tomò la cadena, que le diò Hipolita, Pirro, q̃ para el efeto la auia hecho comprar aquella mañana, y sellandole la boca cõ ella, mas que de passo le hizo salir de casa: Luego Hipolita libre, y desembaraçada de su corma, suelta de sus grillos, se llego à Periandro, y cõ desenfado, y con donayre lo primero que hizo, fue, echarle los braços al cuello, diziendole: En verdad que tengo de ver, si son tan valiẽtes los Españoles, como tie-

la podia hazer de Hipolita, y que les rogaua, le leuassen ante el Gouernador, que el esperaua con brueuedad auériguar la verdad de aquel caso; ofrecióles dineros, y con esto, y con auerles hablado en su lengua, con que se reconcilian los animos que no se conocen, los Iudeos no hizieron caso de Hipolita, y assi leuaron à Periandro delante del Gouernador, viendo lo qual Hipolita, se quitò de la ventana, y casi arañandose el rostro, dixo à sus criadas: Ay hermanas, y que nesia perdado; à quien pensaseruir, he ofendido, preso el Gouernador, el que lo ha sido de mi alma; mirad que casas; mirad que halagos son estos, prender al libre, y dissimular al honrado, y luego les corrò, como leuauan preso al peregrino dos de la guarda del Papa: mandò assimismo, que la aderezassen luego el coche, que queria ir en su seguimiento, y discupalle, porque no podia sufrir tu coraçon, verle herir en las mismas niñas de sus ojos, y que antes queria parecer testimoñera, que cruel, q̃ de la crueldad no tendria disculpa, y del testimonio si, echando la culpa al amor, que por mil disparates descubre, y manifiesta sus deseos, y haze mal à quiẽ quiere. Quando ella llegò en casa del Gouernador, le hallò cõ la Cruz en las manos, examinando à Periãdro el caso, el qual como vio à Hipolita, dixo al Gouernador: Esta señora, que aqui viene, ha dicho que esta Cruz que vuestra merced tiene, y yo se la he robado, y yo dirè que es verdad, quando ella dixere de que es la Cruz, que valor tiene, y quantos diamantes la componen, porque si no es que se lo dizen los Angeles, ò algun otro espiritu, que lo sepa, ella no lo puede saber, porque no la ha visto sino en mi pecho, y vna vez sola. Que dize la señora Hipolita à esto, dixo el Gouernador, y esto cubriendo la Cruz, porque no tomasse las señales de ella? la qual respõdiò: Con dezir que estoy enamorada, ciega, y loca quedarà este peregrino disculpado, y yo esperãdo la pena que el señor Gouernador quisiere darme por mi amoroso delito, y le contò punto por punto lo que con Periandro le auia passado, de que se admirò el Gouernador, antes del atreuimiẽto q̃ del amor de Hipolita, que de semejantes sugetos son propios los lasciuos disparates, afeòle el

ca-

caso, pidiò à Periandro la perdonasse, diòle por libre, y boluiòle la Cruz, sin que en aquella causa se escriuiesse letra alguna, q̃ no fue ventura poca. Quisiera saber el Gouernador, quien eran los peregridos que auian dado las joyas en prendas del retrato de Auristela, y assimismo quien era èl, y quien Auristela; à lo que respondiò Periandro: El retrato es de Auristela mi hermana, los peregrinos pueden tener joyas mucho mas ricas, esta Cruz es mia, y quando me dè el tiempo lugar, y la necessidad me fuerce, dirè quien soy, que el dezirlo agora no està en mi voluntad, sino en la de mi hermana; el retrato que vuessa merced tiene, ya se le tengo comprado al pintor por precio conuenible, sin que en la compra ayan intervenido pujas, que se fundan mas en rencor, y en fantasia, que en razon. El Gouernador dixo, que èl se queria quedar con èl por el tanto, por añadir cõ èl à Roma, cosa que aventajasse à las de los mas excelentes pintores, que la hazian famosa. Yo se lo doy à vuessa merced, respondiò Periandro, por parecerme que en darle tal dueño, le doy la hõra possible: agradeciòselo el Gouernador, y aquel dia dio por libres à Arnaldo, y al Duque, y les boluiò sus joyas; y de lo que dò cõ el retrato, por que estaua puesto en razon, que se auiá de quedar con algo.

CAPITVLO VIII.

Del quarto libro.

MAs confusa, que arrepẽtida boluiò Hipolita à su casa pensatiua, ademas, y ademas enamorada, que aun que es verdad que en los principios de los amores los desdenes suelen ser parte para acabarlos; los que vsò con ella Periandro, le auiuaron mas los deseos: parecia la q̃ ella, que no auia de ser tan bronce vn peregrino que no se ablandasse con los ruegos que pensaua hazerle, pero ablandando contigo, le dixo à si mismas Si este peregrino fuera pobre, no truxera consigo Cruz tan rica, cuyos muchos y ricos diamantes siruen de claro sobre escrito de su riqueza, de modo, que la fuerça desta roca no se ha de tomar por hambre, otros ardides, y mañas son menester para rendirla; no seria possible que este moço tuuiesse en otra parte ocupada el alma? no seria

pos-

posible, que està Auristela no fuesse su hermana? no seria posible, que las finezas de los desdenes que vsa conmigo, los quisiesse asentar, y poner en cargo à Auristela? Valame Dios, que me parece que en este punto he hallado el de mi remedio; alto, muera Auristela, descubrase este encantamiento, à lo menos veamos el sentimiento que este montaraz coraçon haze, pongamos, si quiera, en platica este disignio, enferme Auristela, quitemos su Sol delante de los ojos de Periandro; veamos si faltando la hermosura, causa primera de adonde el amor nace, falta tambien el mismo amor, que podria ser que dando yo lo q̃ à este le quitare, quitandole à Auristela, viniesse à reducirse à tener mas blandos pẽsamientos, por lo menos probarlo tengo, ateniendome à lo que se dize, q̃ no daña el tentar las cosas, q̃ descubren algũ rastro de prouecho. Cõ estos pensamientos, algo cõsolada, llegò à su casa, donde hallò à Zabulon, con quien comunicò todo su disignio, cõfiada en que tenia vna muger de mayor fama de hechizera que auia en Roma, pidiendole, atiendo antes precedido dadiuas, y promessas, hiziesse con ella no que mudasse la voluntad de Periandro, pues sabia que esto era imposible, sino que enfermasse la salud de Auristela, y con limitado termino, si fuesse menester, le quitasse la vida. Esto dixo Zabulon ser cosa facil al poder, y sabiduria de su muger, recibiò no sè quanto por primera paga, y prometiò que desde otro dia començaria la quiebra de la salud de Auristela. No solamente Hipolita satisfizo à Zabulon, sino amenaçole assimismo, y a vn ludio dadiuas, ò amenazas le hazen prometer, y aun hazer imposibles. Periãdro contò à Croriano, Ruperta, à Auristela, y a las tres damas Francesas, à Antonio, y à Constança su prision, los amores de Hipolita, y la dadiua que auia hecho de el retrato de Auristela al Gouernador. No le contentò nada à Auristela los amores de la Cortesana, porque ya auia oido dezir, que era vna de las mas hermosas mugeres de Roma, de las mas libres, de las mas ricas, y mas discretas, y las mutarañas de los zelos, aunque no sea mas de vna, y sea mas pequeña que vn mosquito, el miedo la representa en el pensamiẽto de vn amante mayor que

el

el monte Olimpo, y quando la honestidad ata la lengua, de modo que no puede quexarle, da tormento al alma cõ las ligaduras del silencio, de modo, que à cada passo anda buscando salidas para dexar la vida del cuerpo. Segun otra vez se ha dicho, ninguno otro remedio tienen los zelos, que oir disculpas, y quando estas no se admiten, no ay que hazer caso de la vida, la qual perdiera Auristela mil vezes, antes que formar vna quexa de la fee de Periandro. Aquella noche fue la primera vez que Bartolome, y la Talauerana fueron à visitar à sus señores, no libres, aunque ya lo estauan de la carcel, sino atados con mas duros grillos, que eran los de el Matrimonio, pues se auian casado, que la muerte del Polaco puso en libertad à Luisa, y à èl le truxo su destino à venir peregrino à Roma. Antes de llegar à su patria, hallò en Roma à quien no traia intencion de buscar, acordandosele de los consejos que en España le auia dado Periandro; pero no pudo estorvar su destino, aunque no le fabricò por su voluntad. Aquella noche assimismo visitò Arnaldo à todas aquellas señoras, y diò cuenta de algunas cosas, que en el boluer à buscarles, despues que apaciguò la guerra de su patria, le auiã sucedido: contò como llegò à la isla de las Ermitas, donde no auia hallado à Rutilio, sino à otro Ermitaño en su lugar, que le dixo, que Rutilio estaua en Roma: dixo assimismo, que auia tocado en la isla de los pescadores, y hallado en ella libres, sanas, y contentas à las desposadas, y à los demas q̃ con Periandro, segun ellos dixeron, se auiã embarcado: contò, como supo de oidas, que Policarpa era muerta, y Sinforosa no auia querido casarse: dixo, como se tornaua à poblar la isla Barbara, confirmandose sus moradores en la creencia de su falsa profecia: aduirtiò como Mauricio, y Ladislao su yerno, con su hija Transila, auian dexado su patria, y passadose à viuir mas pacificamente à Inglaterra: dixo tambien, como auia estado con Leopoldo, Rey de los Daneos, despues de acabada la guerra, el qual se auia casado por dar sucesion à su Reyno, y que auia perdonado à los dos traidores que tenaua presos quando Periandro, y sus pescadores le encontraron, de quien mostrò estar muy

agra-

agradecido por el buen termino, y cortesia que con èl tuuieron, y entre los nombres, que le era forçoso nõbrar en su discurso: tal vez tocaua con el de los padres de Periándro, y tal cõ los de Auristela, con que les sobresalta ua los coraçones, y les traia à la memoria, assi grãdezas, como desgracias: dixo, que en Portugal, especialmente en Lisboa, eran en suma estimacion tenidos sus retratos: cõtò assimismo la fama que dexauan en Francia, en todo aquel camino la hermosura de Constança, y de aquellas señoras damas Francesas: dixo como Croriano auia grãgeado opinion de generoso, y de discreto, en auer escogido à la sin par Ruperta por esposa: dixo assimismo, como en Luca se hablaua mucho en la sagacidad de Isabela Castrucho, y en los breues amores de Andrea Marulo, a quiẽ con el demonio fingido truxo el cielo à viuir vida de Angeles: contò como se tenia por milagro la caida de Periandro, y como dexaua en el camino à vn mancebo peregrino poeta, q̃ no quiso adelantarse con èl, por venirse despacio, componiendo vna comedia de los sucessos de Periãdro, y Auristela, que los sabia de memoria, por vn liẽço que auia visto en Portugal, donde se auian pintado, y que traia intencion firmissima de casarse con Auristela, si ella quisiesse. Agradeciole Auristela su buẽ proposito, y aun desde alli le ofreciò darle para vn vestido, si acaso llegasse roto, que vn deseo de vn buen poeta toda buena paga merece: dixo tambiẽ, que auia estado en casa de la señora Constança, y Antonio, y q̃ sus padres, y abuelos estauan buenos, y solo fatigados de la pena que tenian de no saber de la salud de sus hijos, deseando boluiesse la señora Constança a ser esposa de el Conde su cuñado, que queria seguir la discreta elecciõ de su hermano, ò ya por no dar los veinte mil ducados, ò ya por el merecimiento de Constança, que era lo mas cierto, de que no poco se alegraron todos, especialmente Periandro, y Auristela, que como à sus hermanos los querian. De esta platica de Auristela se engendraron en los pechos de los oyẽtes nueuas sospechas, de que Periandro, y Autistela deuian de ser grandes personages, porque de tratar de casamientos de Condes, y de millaradas de ducados, no podian nacer si-

no

no sospechas ilustres, y grandes: contò tãbien como auia encontrado en Francia à Renato, al Cauallero Frances, vencido en la batalla contra derecho, y libre, y vitorioso por la conciencia de su enemigo. En efeto, pocas cosas quedaron de las muchas que en el galan progresso de esta historia se han contado, en quien èl se huuiesse hallado, pues que alli no las boluiesse à traer à la memoria, trayendo tambien la que tenia de quedarse con el retrato de Auristela, que tenia Periandro, contra la voluntad del Duque, y contra la suya, puesto que dixo, que por no dar enojo à Periandro, dissimularia su agrauio. Ya le huuiera yo deshecho, respondiò Periandro, boluiendo, señor Arnaldo el retrato, si entendiera fuera vuestro, la ventura, y su diligencia se le dieron al Duque, vos se lo quitastes por fuerça, y assi no teneis de que quexaros; los amantes estàn obligados à no juzgar sus causas por la medida de sus deseos, que tal vez no los han de satisfacer, por acomodarse con la razon, que otra cosa les manda; pero yo hare de manera, que no quedando vos, señor Arnaldo contento, el Duque quede satisfecho, y serà con que mi hermana Auristela se quede con el retrato, pues es mas suyo, que de otro alguno; satisfizole à Arnaldo el parecer de Periandro, y ni mas, ni menos a Auristela. Con esto cessò la platica, y otro dia por la mañana comẽçaron à obrar en Auristela los hechizos, los venenos, los encantos, y las malicias de la Iulia, muger de Zabulon.

CAPITVLO IX.

Del quarto libro.

NO se atreuiò la enfermedad a acometer rostro à rostro à la belleza de Auristela, temerosa no espantasse tanto la hermosura la fealdad suya; y assi la acometiò por las espaldas, dandole en ella vnos calosfrios al amanecer, que no la dexaron leuantar aquel dia; luego, luego se le quitò la gana de comer, y començò la viueza de sus ojos à amortiguarse, y el desmayo, que con el tiempo suele llegar à los enfermos, sembrò en vn punto por todos los sentidos de Constança, haziendo el mismo efeto en los de Periandro, que luego se alborotaron, y temie-

ron

ron todos los males posibles, especialmẽte lo que temen los pocoventurosos: no auia dos horas que estaua enferma, y ya se le parecian cardenas las encarnadas rosas de sus mexillas, verde el carmin de sus labios, y topacios las perlas de sus dientes, hasta los cabellos le parecio que auian mudado color; estrecharõse las manos, y casi mudando el asiento, y encaje natural de su rostro, y no por esto le parecia menos hermosa, porque no la miraua en el lecho que yazia, sino en el alma, donde la tenia retratada; llegauan a sus oidos, à lo menos llegaron de alli à dos dias sus palabras, entre debiles acentos formadas, y pronunciadas cõ turbada lengua: assustaronse las señoras Francesas, y el cuidado de atender à la salud de Auristela, fue de tal modo, que tuuieron necessidad de tenerle de si mismas: llamaronse Medicos, escogieronse los mejores, à lo menos los de mejor fama, que la buena opinion califica la acertada medicina, y assi suele auer Medicos venturosos, como soldados bien afortunados; la buena suerte, y la buena dicha, q̃ todo es vno, tambien puede llegar à la puerta del miserable en vn saco de sayal, como en vn escaparate de plata; pero ni en plata, ni en lana no llegaua ninguna à las puertas de Auristela, de lo que diferentemente se desesperauan los dos hermanos Antonio, y Constança; esto era al reuès en el Duque, que como el amor que tenia en el pecho, se auia engendrado de la hermosura de Auristela; assi como la tal hermosura iba faltando en ella, iba en èl faltando el amor, el qual muchas raizes ha de auer echado en el alma, para tener fuerças de llegar hasta el margen de la sepultura con la cosa amada; feissima es la muerte, y quien mas à ella se llega, es la dolencia, y amar las cosas feas, parece cosa sobrenatural, y digna de tenerse por milagro: Auristela en fin iba enflaqueziendo por momẽtos, y quitando las esperanças de su salud à quantos la conocia: solo Periandro era el solo, solo el firme, solo el enamorado, solo aquel que con intrepido pecho se oponia à la cõtraria fortuna, y à la misma muerte, que en la de Auristela le amenazaua. Quinze dias esperò el Duque de Nemurs à ver si Auristela mejoraua, y en todos ellos no huuo ninguno, que à los Medi-

cos

cos no cõsultàsse de la salud de Auristela, y ninguno se la assegurò, porque no sabian la causa precisa de su dolencia; viendo lo qual el Duque, y las damas Francesas, no hazian de èl caso alguno, viendo tambien, que el Angel de luz de Auristela, se auia buelto el de tinieblas, fingiẽdo algunas causas, que si no del todo, en parte le disculpauan. Vn dia llegandose à Auristela en el lecho donde enferma estaua, delante de Periandro, le dixo: Pues la ventura me ha sido tan cõtraria, hermosa señora, que no me ha dexado conseguir el deseo que tenia de recibirte por mi legitima esposa, antes que la desesperaciõ me traiga à terminos de perder el alma, como me ha traido en los de perder la vida, quiero por otro camino probar mi ventura, porque sè cierto, que no tengo de tener ninguna buena, aunque la procure, y assi sucediẽdome el mal, que no procuro, vendrè à perderme, y a morir desdichado, y no desesperado; mi madre me llama tieneme preuenida esposa, obedecerla quiero, y entretener el tiempo del camino, tanto q̃ halle la muerte lugar de acometerme, pues ha de hallar en mi alma las memorias de tu hermosura, y de tu enfermedad, y quiera Dios que no diga las de tu muerte, dieron sus ojos muestras de algunas lagrimas. No pudo responderle Auristela, ò no quiso, por no errar en la respuesta delante de Periãdro; lo mas que hizo fue, poner la mano debaxo de su almohada, y sacar su retrato, y boluersele al Duque, el qual le besò las manos por tan gran merced; pero alargando la suya Periandro, se la tomò, y le dixo: Si de ello no disgustas, ò gran señor, por lo q̃ bien quieres, te suplico me le prestes, porque yo pueda cumplir vna palabra que tengo dada, q̃ sin ser en perjuizio tuyo, serà grandemente en el mio, sino lo cũplo: boluiòsele el Duque con grãdes ofrecimientos de poner por èl la hazièda, la vida, y la hõra, y mas, si mas pudiesse; y desde alli se diuidiò de los dos hermanos, con pensamiento de no verlos mas en Roma, discreto amante, y el primero quizà q̃ aya sabido aprouecharse de las guedejas, q̃ la ocasiõ le ofrecia. Todas estas cosas pudieran despertar à Arnaldo, para que considerara quã menoscabadas estauan sus esperanças, y

quan à pique de acabar con toda la maquina de sus peregrinaciones, pues como se ha dicho, la muerte casi auia pisado las ropas à Auristela, y estuuo muy determinado de acompañar al Conde, sino en su camino, à lo menos en su proposito, boluiendose à Dinamarca; mas el amor, y su generoso pecho, no dierõ lugar à que dexasse à Periandro sin consuelo, y à su hermana Auristela en los postreros limites de la vida, à quiẽ visitò, y de nueuo hizo ofrecimientos cõ determinaciõ de aguardar à que el tiempo mejorasse los sucessos, à pesar de todas las sospechas q̃ le sobreuenian.

CAPITVLO X.

Del quarto libro.

COntentissima estaua Hipolita, de ver que las artes de la cruel Iulia, tã en daño de la salud de Auristela se mostrauan, porque en ocho dias la pusieron tan otra de lo que ser solia, que ya no la conocian sino por el organo de la voz, cosa que tenia suspensos à los Medicos, y admirados à quantos la conociã. Las señoras Francesas atendian a su salud con tanto cuidado como si fueran sus queridas hermanas, especialmẽte Feliz Flora, que con particular aficion la queria. Llegò a tanto el mal de Auristela, que no conteniendose en los terminos de su jurisdicion, passò a la de sus vezinos, y como ninguno lo era tanto como Periandro, el primero con quiẽ encontrò fue con èl, no porque el veneno y maleficios de la peruersa Iudia obrassen en èl derechamente, y con particular assistencia, como en Auristela, para quien estauan hechos, sino porque la pena que èl sentia de la enfermedad de Auristela, era tanta, que causaua en èl el mismo efeto que en Auristela, y assi se iba enflaqueziendo, que començarõ todos a dudar de la vida suya, como de la de Auristela: viendo lo qual Hipolita, y q̃ ella misma se mataua con los filos de su espada, adiuinando con el dedo de dõde procedia el mal de Periandro, procurò darle remedio, dãdosele à Auristela, la qual ya flaca, ya descolorida, parecia que estaua llamando su vida à las aldauas de las puertas de la muerte, y creyendo sin duda, que por momentos la abrian, quiso abrir, y preparar

la

la salida a su alma, por la carrera de los Sacramentos, biẽ como ya instruida en la verdad Catolica, y assi haziendo las diligencias necessarias, con la mayor deuocion que pudo, dio muestras de sus buenos pensamientos, acreditò la integridad de sus costumbres, diò señales de auer aprendido bien lo que en Roma la auian enseñado, y resignandose en las manos de Dios, sosiegò su espiritu, y puso en oluido Reynos, regalos, y grandezas. Hipolita, pues, auiendo visto, como està dicho, que muriendole Auristela, moria tambien Periandro; acudiò a la ludia a pedirle, que templasse el rigor de los hechizos, que consumian a Auristela, ò los quitasse de el todo, que no queria ella ser inuentora de quitar con vn golpe solo tres vidas, pues muriendo Auristela, moria Periandro, y muriendo Periandro, ella tambien quedaria sin vida; hizolo assi la ludia, como si estuuiera en su mano la salud, ò la enfermedad agena, ò como si no dependieran todos los males, que llaman de pena, de la voluntad de Dios, como no dependen los males de culpa; pero Dios obligandole, si assi se puede dezir, por nuestros mismos pecados, para castigo de ellos permite que pueda quitar la salud agena, esta que llaman hechizeria, con que lo hazen las hechizeras, sin duda ha èl permitido, vsando mezclas, y venenos, que con tiempo limitado quitan la vida a la persona que quiere, sin que tenga remedio de escusar este peligro, porque le ignora, y no se sabe de donde procede la causa de tan mortal efeto: assi, que para guarecer de estos males, la gran misericordia de Dios ha de ser la maestra, la que ha de aplicar la medicina. Començò, pues, Auristela a dexar de empeorar, q̃ fue señal de su mejoria, començò el sol de su belleza a dar señales, y vislumbres de que boluia a amanecer en el cielo de su rostro, boluieron a despuntar las rosas en sus mexillas, y la alegria en sus ojos; ajuntaronse las sombras de su melãcolia, boluiò a enterarse el organo suaue de su voz, afinose el carmin de sus labios, conuirtiò con el marfil la blancura de sus dientes, que boluierõ a ser perlas, como antes lo eran: en fin, en poco espacio de tiempo boluiò a ser toda hermosa, toda bellissima, toda agradable, y toda contenta, y ellos mis-

mos efetos redundarõ en Periandro, y en las damas Frãcesas, y en los demàs, Croriano, y Ruperta, Antonio, y su hermana Constança, cuya alegria, ò tristeza caminaua al passo de la de Auristela, la qual dando gracias al cielo por la merced, y regalos que le iba haziendo, assi en la enfermedad, como en la salud: vn dia llamò a Periandro, y estando solos, por cuydado, y de industria, de esta manera le dixo: Hermano mio, pues ha querido el cielo que con este nombre tan dulce, y tan honesto ha dos años que te he nombrado, sin dar licencia al gusto, ò al descuydo, para que de otra suerte te llamasse, que tan honesta, y tan agradable no fuesse, querrìa que esta felicidad passasse adelante, y que solos los terminos de la vida la pusiessen termino, que tanto es vna ventura buena, quanto es duradera; y tanto es duradera, quanto es honesta: nuestras almas, como tu bien sabes, y como aqui me han enseñado, siempre estàn en continuo mouimiento, y no pueden parar sino en Dios, como en su centro: en esta vida los deseos son infinitos, y vnos se encadenan de otros, y se eslabonan, y van formando vna cadena, que talvez llega al cielo, y tal se sume en el infierno; si te pareciere, hermano, q̃ este lenguage no es mio, y que va fuera de la enseñança q̃ me han podido enseñar mis pocos años, y mi remota crianca; aduierte q̃ en la tabla rasa de mi alma ha pintado la experiencia, y escrito mayores cosas, principalmẽte ha puesto, que en solo conocer, y ver à Dios està la suma gloria, y todos los medios q̃ para este fin se encaminan, son los buenos, son los santos, sõ los agradables, como son los de la caridad, de la honestidad, y el de la virginidad: yo a lo menos assi lo entiendo, y juntamente con entenderlò assi, entiendo q̃ el amor que me tienes es tã grãde, que querràs lo que yo quisiere; heredera soy de vn Reyno, y ya tu sabes la causa porque mi querida madre me embiò en casa de los Reyes tus padres, por assegurarme de la grande guerra de que se temia desta venida, se causò el de venirme yo contigo, tan sugeta a tu voluntad, que no he salido de la vn punto; tu has sido mi padre, tu mi hermano, tu mi sombra, tu mi amparo; y finalmẽte tu mi Angel de guarda, y tu mi enseñador, y mi maestro,

pues

pues me has traido à esta Ciudad, donde he llegado a ser Christiana como deuo; querria agora, si fuesse posible, irme al Cielo, sin rodeos, sin sobresaltos, y sin cuydados, y esto no podra ser, si tu no me dexas la parte que yo mi ma te he dado, que es la palabra, y la voluntad de ser tu esposa; dexame, Señor, la palabra, que yo procurarè dexar la voluntad, aunque sea por fuerça, que para alcançar tan gran bien, como es el Cielo, todo quanto ay en la tierra se ha de dexar, hasta los padres, y los esposos; yo no te quiero dexar por otro, por quien te dexo, es por Dios, que te darà a si mismo, cuya recompensa infinitamente excede à que me dexes por èl: vna hermana tengo pequeña, pero tan hermosa como yo, si es que se puede llamar hermosa la mortal belleza, con ella te podras casar, y alcançar el Reyno que a mi me toca, y con esto haziẽdo felizes mis deseos, no quedaran defraudados de el todo los tuyos: que inclinas la cabeça hermano, a que pones los ojos en el suelo, desagradante estas razones, parecente descaminados mis deseos, dimelo, respondeme, por lo menos sepa yo tu voluntad, quiza templarè la mia y buscarè alguna salida a tu gusto, que en algo con el mio se conforme? Con grandissimo silencio estuuo escuchando Periandro a Auristela, y en vn breue instante formò en su imaginacion millares de discursos, que todos viniẽ ron a parar en el peor, que para èl pudiera ser, porque imaginò, q̃ Auristela le aborrecia, porque aquel mudar de vida, no era sino porque a èl se le acabara la suya, pues bien deuia saber, que en dexando ella de ser su esposa, èl no tenia para que viuir en el mundo, y fue, y vino con esta imaginacion con tanto ahinco, que sin responder palabra a Auristela, se leuantò de donde estaua sentado, y con ocasion de salir a recibir a Feliz Flora, y a la señora Constança, que entrauã en el aposento, se salìo de èl, y dexò a Auristela, no sè si diga arrepentida, pero sè que quedò pensatiua, y confusa.

CAPITVLO XI.

Del quarto libro.

LAs aguas en estrecho vaso encerradas, mientras mas priessa se dan a salir, mas despacio se derraman, porque las primeras impelidas de las segundas, se detienen, y vnas à otras se niegan el passo, hasta que haze camino la corriente, y se desagua; lo mismo acontece en las razones que concibe el entendimiēto de vn lastimado amāte, que acudiendo tal vez todas juntas à la lēgua, las vnas à las otras impiden, y no sabe el discurso con quales se dè primero à entender su imaginacion: y assi muchas vezes callando, dize mas de lo que querria. Mostrose esto en la poca cortesía que hizo Periandro a los que entraron à ver a Auristela, el qual lleno de discursos, preñado de conceptos, colmado de imaginaciones, desdeñado, y desengañado, se saliò del aposento de Auristela, sin saber, ni querer, ni poder responder palabra alguna à las muchas que ella le auia dicho. Llegaron à ella Antonio, y su hermana, y hallaronla como persona que acabaua de despertar de vn pesado sueño, y que entre si estaua diziendo con palabras distintas, y claras: Mal he hecho, pero que importa; no es mejor que mi hermano sepa mi intencion? no es mejor que yo dexe con tiempo los caminos torcidos, y las dudosas sendas, y tienda el passo por los atajos llanos, que con distincion clara nos estan mostrando el felize paradero de nuestra jornada: yo confiesso, que la compañia de Periandro no me ha de estoruar de ir al cielo, pero tambien siento, que irè mas presto sin ella; si, que mas me deuo yo à mi, que no à otro, y al interesse del cielo, y de gloria se ha de posponer los del parentesco, quanto mas, que yo no tengo ninguno con Periandro. Aduierte, dixo à esta sazon Constança, hermana Auristela, que vas descubriendo cosas que podrian ser parte, que desterrando nuestras sospechas, à ti te dexassen confusa; si no es tu hermano Periandro, mucha es la conuersacion que con èl tienes; y si lo es, no ay para que te escandalizes de su compañia. Acabò à esta sazon de boluer en si Auristela, y oyendo lo

que

que Constança le dezia, quiso enmendar su descuydo; pero no acertò, pues para soldar vna mentira, por muchas se atropellan, y siempre queda la verdad en duda, aunque mas viua la sospecha. No sè, hermana, dixo Auristela, lo que me he dicho, ni sè si Periandro es mi hermano, ò si no lo es; lo que te sabrè dezir, es, que es mi alma por lo menos, por èl viuo, por èl respiro, por èl me mueuo, y por èl me sustento, conteniendome con todo esto en los terminos de la razon, sin dar ningun lugar à ningun vario pensamiento, ni à no guardar todo honesto decoro, bien assi como le deue guardar vna muger principal à vn tan principal hermano. No te entiendo, señora Auristela, la dixo à esta sazon Antonio, pues de tus razones tanto alcanço ser tu hermano Periandro como si no lo fuessé, dinos ya quien es, y quien eres, si es que puedes dezirlo, que agora sea tu hermano, ò no lo sea, por lo menos no podeis negar ser principales, y en nosotros, digo en mi, y en mi hermana Constança, no està tan en niñez la experiencia, que nos admire ningun caso que nos cõtares, que puesto que ayer salimos de la isla Barbara, los trabajos que has visto que hemos passado, han sido nuestros maestros en muchas cosas, y por pequeña muestra que se nos dè, sacamos el hilo de los mas arduos negocios, especialmente en los q̃ son de amores, que parece q̃ los tales consigo mismo traẽ la declaracion; que mucho q̃ Periandro no sea tu hermano, y que mucho que tu seas su legitima esposa; y que mucho otra vez, que con honesto, y casto decoro os ayais mostrado hasta aqui limpissimos al cielo, y honestissimos à los ojos de los que os han visto; no todos los amores son precipitados, ni atreuidos, ni todos los amantes han puesto la mira de su gusto en gozar à sus amadas, sino con las potencias de su alma; y siendo esto assi, señora mia, otra vez te suplico, nos digas quien eres, y quien es Periandro, el qual segun le vi salir de aqui, èl lleua vn bolcan en los ojos, y vna mordaça en la lengua. Ay desdichada, replicò Auristela, y quan mejor me huuiera sido, que me huuiera entregado al silencio eterno, pues callando escusara la mordaça que dizes que lleua en su lengua; indiscretas somos las muge-

res mal sufridas, y peor calladas; mientras callè, en sossiego estuuo mi alma, hablè, y perdile, y para acabarle de perder, y para que juntamente se acabe la tragedia de mi vida, quiero que sepais vosotros, pues el cielo os hizo verdaderos hermanos, que no lo es mio Periandro, ni menos es mi esposo, ni mi amante, a lo menos de aquello que corriendo por la carrera de su gusto, procuran parar sobre la honra de sus amadas; hija de Reyes, hija, y heredera de vn Reyno soy, por la sangre somos iguales, por el Estado alguna ventaja le hago, por la voluntad ninguna, y con todo esto nuestras intenciones se responden, y nuestros deseos con honestissimo efeto se estan mirando, sola la ventura es la que turba, y confunde nuestras intenciones y la que por fuerça haze que esperemos en ella, y porque el nudo que llena a la garganta Periandro, me aprieta la mia, no os quiero dezir mas por agora, señores, sino suplicaros me ayudeis a buscarle, que pues èl tuuo licencia para irse sin la mia, no querrà boluer sin ser buscado. Leuanta, pues, dixo Constança, y vamos à buscarle, que los laços con que amor liga à los amantes, no los dexn alexar de lo que bien quieren; ven, que presto le hallarèmos, presto le veràs, y mas presto llegaràs à tu contento: si quieres tener vn poco los escrupulos que te rodean, dales de mano, y da la de esposa à Periandro, que igualandole contigo, pòdràs silencio à qualquiera murmuracion. Leuantose Auristela, y en compañia de Feliz Flora, Constança, y Antonio, salieron à buscar à Periàdro, y como ya en la opinion dellos era Reyna, con otros ojos la mirauan, y con otro respeto la seruian Periandro, en tàto que era buscado, procuraua alexarse de quien le buscaua, salìo de Roma a pie, y solo, si ya no se tiene por compañia la tristeza amarga, los suspiros tristes, y los cõtinuos sollocos, que estos, y las varias imaginaciones, no se dexauan vn punto: ay, iba diziendo entre si, hermosissima Sigismunda, Reyna por naturaleza, bellissima por priuilegio, y por merced de la misma naturaleza, discreta sobre modo, y sobre manera agradable, y quan poco te costaua, ò señora, el tenerme por hermano, pues mis tratos, y pensamientos jamàs desmintieran la verdad

dad

dad de serlo, aunque la misma malicia lo quisiera auerriguar, aunque en sus traças se desvelara; si quieres que te lleuen al Cielo sola, y señera, sin que tus acciones dependã de otro, que de Dios, y de ti misma, sea en buen hora; pero quisiera que aduirtieras, que no sin escrupulo de pecado puedes ponerte en el camino que deseas: sin ser mi homicida, dexaràs, ò señora, à cargo de el silencio, y del engaño tus pensamientos, y no me los declaras à tiempo, que auias de arrancar co las raizes de mi amor mi alma, la qual por ser tan tuya, te dexo a toda tu voluntad, y de la mia me destierro; quedate en paz bien mio, y conoce, que el mayor que te puedo hazer, es dexarte. Llegòse la noche en esto, y apartandose vn poco del camino, que era el de Napoles, oyò el sonido de vn arroyo, que por entre vnos arboles corria, à la margen del qual, arrojandose de golpe en el suelo, puso en silencio la lengua, pero no dio treguas a sus suspiros.

CAPITVLO XII.

Del quarto libro, donde se dize, quien eran Periandro, y Auristela.

PARECE Que el bien, y el mal distan tan poco el vno de el otro, que son como dos lineas concurrentes, que aunque parten de apartados, y diferentes principios, acaban en vn punto. Sollozando estaua Periandro, en compañia del manso arroyuelo, y de la clara luz de la noche, hazianle los arboles compañia, y vn aire blando, y fresco le enjugaua las lagrimas; lleuauale la imaginacion Auristela, y la esperança de tener remedio de sus males el viento, quando llegò à sus oidos vna voz estrãgera, que escuchandola con atencion, viò, que en lenguage de su patria, sin poder distinguir si murmuraua, ò si cantaua, y la curiosidad le lleuo cerca, y quando lo estuuo, oyò, que eran dos personas, las que no cantauan, ni murmurauan, sino que en platica corriente estauan razonando; pero lo que mas le admirò, fue, que hablassen en lengua de Noruega, estan-

estando tan apartado della, acomodòse detràs de vn arbol de tal forma, que èl, y el arbol hazian vna misma sombra, recogiò el aliento, y la primer razon que llegò à sus oidos, fue: No tienes, señor, para que persuadirme, de q̃ en dos miradesse parte el dia entero de Noruega, porque yo he estado en ella algun tiẽpo, donde me lleuaron mis desgracias, y sè que la mitad del año se lleua la noche, y la otra mitad el dia; el que sea esto assi, yo lo sè, el porque sea assi, ignoro. A lo que respondiò: Si llegamos à Roma, con vna esfera te harè tocar con la mano la causa de esse marauilloso efeto, tan natural en aquel clima, como lo es en este ser el dia, y la noche de veinte y quatro horas: tambien te he dicho, como en la vltima parte de Noruega, casi debaxo del Polo Artico està la isla, que se tiene por vltima en el mundo, à lo menos por aquella parte, cuyo nombre es Tile, à quien Virgilio llamò Tule, en aquellos versos que dizen en el libro 1. Georg.

ac tua nautæ
Numina sola colant: tibi seruiat vltima Thule.

Que fue en Griego, es lo mismo que Tile en Latin; esta isla es tan grande, ò poco menos que Inglaterra, rica, y abundante de todas las cosas necessarias para la vida humana. Mas adelante, debaxo del mismo Norte, como trecientas leguas de Tile, esta la isla llamada Frislanda, que avrà quatrocientos años que se descubriò à los ojos de las gentes, tan grande, que tiene nombre de Reyno, y no pequeño. De Tile es Rey, y señor Maximino, hijo de la Reyna Eusto quia, cuyo padre no ha muchos meses que passò de esta à mejor vida, el qual dexò dos hijos, que el vno es el Maximino que te he dicho, que es el heredero del Reyno; y el otro vn generoso moço, llamado Perfiles, rico de los bienes de la naturaleza sobre todo estremo, y querido de su madre sobre todo encarecimiento, y no sè yo con qual poderte encarecer las virtudes deste Perfiles, y assi quedense en su punto, que no serà biẽ que con mi corto ingenio las menoscabe, que puesto que el amor que le tengo, por auer sido su ayo, y criadole desde niño, me pudiera lleuar à dezir mucho, toda via serà mejor callar, por no quedar corto.

to. Esto escuchaua Periandro, y luego cayò en la cuenta, que el que le alabaua no podia ser otro, que Serafido, vn ayo suyo, y que assimismo el que le escuchaua era Rutilio, segun la voz, y las palabras, que de quando en quando respondia; si se admirò, ò no, à la buena consideracion lo dexo, y mas quando Serafido, que era el mismo que auia imaginado Periandro, oyò que dixo: Eusebia Reyna de Frislanda, tenia dos hijas de estremada hermosura, principalmente la mayor, llamada Sigismunda, que la menor llamauase Eusebia, como su madre, donde naturaleza cifrò toda la hermosura que por todas las partes de la tierra tiene repartida, à la qual no sè yo con que disignio, tomãdo ocasion de que la querian hazer guerra ciertos enemigos suyos, la embiò à Tile en poder de Eustoquia para que seguramente, y sin los sobresaltos de la guerra, en su casa se criasse, puesto que yo para mi tengo, q̃ no fue esta la ocasion principal de embiarla, sino para que el Principe Maximino se enamorasse de ella, y la recibiesse por su esposa, que de las estremadas bellezas se puede esperar que bueluã en cera los corçones de marmol, y junten en vno los estremos q̃ entre si estàn mas apartados, à lo menos si esta mi sospecha no es verdadera, no me la podrà aueriguar la experiẽcia, porque sè que el Principe Maximino muere por Sigismunda, la qual à la sazon que llegò à Tile, no estaua en la isla Maximino, à quien su madre la Reyna embiò el retrato de la donzella, y la embaxada de su madre; y èl respondiò, que la regalassen, y la guardassen para su esposa, respuesta, que siruiò de flecha, que atrauessò las entrañas de mi hijo Persiles, que este nombre le adquiriò la criança que en èl hize: desde que la oyò no supo oir cosas de su gustò, perdiò los brios de su juuentud; y finalmente encerrò en el honesto silencio todas las acciones que le hazian memorable, y bien querido de todos, y sobre todo vino à perder la salud, y à entregarse en los braços de la desesperacion de ella, visitaronle Medicos, como no sabian la causa de su mal, no acertauan con su remedio, que como no muestran los pulsos el dolor de las almas, es dificultoso, y casi imposible entender la enfermedad que en ellas assiste:

la

la madre viendo morir à su hijo, sin saber quien le mataua, vna, y muy muchas vezes le preguntò, le descubriesse su dolencia, pues no era possible, sino que èl supiesse la causa, pues sentia los efetos; tanto pudieron estas persuasiones, tanto las solicitudes de la doliente madre, que vencida la pertinacia, ò la firmeza de Persiles, le vino à dezir, cõmo èl moria por Sigismunda, y que tenia determinado de dexarse morir, antes que ir contra el decoro que à su hermano se le deuia, cuya declaracion resucitò en la Reyna su muerta alegria, y dio esperanças à Persiles de remediarle, si bien se atropellasse el gusto de Maximino, pues por conseruar la vida, mayores respetos se han de posponer, que el enojo de vn hermano. Finalmente Eustoquia hablò à Sigismunda, encareciendole lo que se perdia en perder la vida Persiles, sujeto donde todas las gracias del mundo tenian su assiento, bien al reuès del de Maximino, à quien la aspereza de sus costumbres, en algun modo le hazian aborrecible; huantòle en esto algo mas testimonios de los que deuiera, y subiò de punto cõ los hiperboles que pudo, las bondades de Persiles. Sigismunda muchacha, sola, y persuadida, lo que respondio fue, que ella no tenia voluntad alguna, ni tenia otra consejera que la aconsejasse, sino a su misma honestidad, que como ella le guardasse, dispusiessen à su voluntad de ella: abraçòla la Reyna, contò su respuesta à Persiles, y entre los dos concertaron, que se ausentassen de la isla, antes que su hermano viniesse, à quien darian por disculpa quando no la hallasse, que auia hecho voto de ir à Roma, à enterarse en ella de la Fè Catolica, que en aquellas partes Setentrionales andaua algo de quiebra; jurandole primero Persiles, que en ninguna manera iria en dicho, ni en hecho contra su honestidad: y assi colmandoles de joyas, y de consejos, los despidiò la Reyna, la qual despues me contò todo lo que hasta aqui te he contado. Dos años, poco mas, tardò en venir el Principe Maximino à su Reyno, que anduuo ocupado en la guerra que siempre tenia cõ sus enemigos. Preguntò por Sigismunda, y el no hallarla, fue hallar su desassosiego; supo su viage, y al momento se patiò en su busca, si bien con-

confiado de la bondad de su hermano, temeroso, pero de los rezelos, que por marauilla se apartan de los amantes. Como su madre supo su determinacion, me llamò à parte, y me encargò la salud, la vida, y la honra de su hijo, y me mandò, me adelantasse à buscarle, y à darle noticia de que su hermano le buscaua. Partióse el Principe Maximino en dos gruessissimas naues, y entrando por el estrecho Herculeo, con diferentes tiempos, y diuersas borrascas llegò à la Isla de Tinacria, y desde alli à la gran Ciudad de Partenope, y agora queda no lexos de aqui, en vn lugar llamado Terrachina, vltimo de los del Reyno de Napoles, y primero de los de Roma, queda enfermo, porque le ha cogido esso que llaman mutacion, que le tiene à punto de muerte; yo desde la Ciudad de Lisboa, donde me desembarque, traigo noticia de Perfiles, y Sigismunda, porque no pueden ser otros, vna peregrina, y vn peregrino, de quien la fama viene pregonando tan grandre estruendo de hermosura, que si no son Perfiles, y Sigismunda, deuen de ser Angeles humanos. Si como los nombras, respondiò el que escuchaua à Serafido, Perfiles, y Sigismunda, los nombraras Periandro, y Auristela, pudiera darte nueua certissima de ellos, porque ha muchos dias que los conozco, en cuya compañia he passado muchos trabajos; y luego le començò à contar los de la Isla Barbara, con otros algunos. En tanto que se venia el dia, y en tanto que Periandro, porque alli no le hallassen, los dexò solos, y boluiò à buscar à Auristela, para contar la venida de su hermano, y tomar consejo de lo que deuian de hazer, para huir de su indignacion, teniendo à milagro auer sido informado en tan remoto lugar de aquel caso; y assi lleno de nueuos pensamientos boluiò à los ojos de su contrita Auristela, ya las esperanças casi perdidas de alcançar su deseo.

****

CA-

CAPITVLO XIII.

Del quarto libro.

ENtretienense el dolor, y el sentimiento de las recien dadas heridas en la colera, y en la saugre caliente, que despues de fria fatiga de manera, que rinde la paciencia del que las sufre; lo mismo acontece en las passiones del alma, que en dando el tiempo lugar, y espacio para considerar en ellas, fatigã hasta quitar la vida: dixo su voluntad Auristela à Periandro, cumpliò con su deseo, y satisfecha de auerle declarado, esperaua su cumplimiento, confiada en la rendida voluntad de Periandro, el qual, como se ha dicho, librando la respuesta en su silencio, se saliò de Roma, y le sucediò lo que se ha contado: conociò à Rutilio, el qual contò à su ayo Serafido toda la historia de la isla Barbara, con las sospechas que tenia, de que Auristela, y Periandro fuessen Sigismunda, y Persiles: dixole assimismo, que sin duda los hallarian en Roma, à quiẽ desde que los conociò, veniã encaminados, con la dissimulacion, y cubierta de ser hermanos. Preguntò muchissimas vezes à Serafido la condicon de las gentes de aquellas islas remotas, de donde era Rey Maximino, y Reyna la sin par Auristela. Boluiòle à repetir Serafido, como la isla de Tile, ò Tule, que agora vulgarmente se llama Islanda, era la vltima de aquellos mares Septentrionales, puesto que vn poco mas adelante està otra isla, como te he dicho, llamada Frislanda, que descubriò Nicolas Temo, Veneciano, el año de mil y trecientos y ochenta, tan grande como Sicilia, ignorada hasta entonces de los antiguos, de quien es Reyna Eusebia, madre de Sigismunda, que yo busco. Ay otra isla, assimismo, poderosa, y casi siempre llena de nieue, que se llama Groenlanda; à vna punta de la qual està fundado vn Monasterio debaxo de el titulo de Santo Tomas, en el qual ay Religiosos de quatro naciones, Españoles, Frãceses, Toscanos, y Latinos, enseñan sus lenguas à la gente principal de la isla, para q̃ en saliendo de ella sean entendidos por do quiera que fueren; està, como he dicho, la isla sepultada en nieue, y encima de vna montañuela

està

està vna fuente, cosa marauillosa, y digna de que se sepa, la qual derrama, y vierte de si tanta abundancia de agua, y tan caliente, que llega al mar, y por muy gran espacio dentro de èl, no solamente le desnieua; pero le calienta de modo, que se recogen en aquella parte increible infinidad de diuersos pescados, de cuya pesca se mantiene el Monasterio, y toda la isla, q̃ de alli saca sus rentas, y prouechos: esta fuente engendra assimismo vnas piedras conglutinosas, de las quales se haze vn betun pegajoso, con el qual se fabrican las casas, como si fuessen de duro marmol. Otras cosas te pudiera dezir, dixo Serafido à Rutilio, de estas islas, que ponen en duda su credito; pero en efeto son verdaderas. Todo esto, que no oyò Periandro, lo cõtò despues Rutilio, que ayudado de la noticia que de ellas Periãdro tenia, muchos las pusieron en el verdadero punto que merecian; llegò en esto el dia, y hallòse Periãdro junto à la Iglesia, y Templo magnifico, y casi el mayor de la Europa, de San Pablo, y viò venir àzia si alguna gente en monton à cauallo, y à pie, y llegando cerca conociò que los que venian erã Auristela, Feliz Flora, Constança, y Antonio su hermano; y assimismo Hipolita, q̃ auiendo sabido la ausencia de Periandro, no quiso dexar à que otra lleuasse las albricias de su hallazgo, y assi siguiò los passos de Auristela, encaminados por la noticia que de ellos dio la muger de Zabulon el Iudio, bien como aquella que tenia amistad con quien no la tiene cõ nadie. Llegò en fin Periandro al hermoso esquadron, saludò à Auristela, notòle el semblante del rostro, y hallò mas mansa su riguridad, y mas blandos sus ojos: contò luego publicamente lo que aquella noche le auia passado con Serafido su ayo, y con Rutilio: dixo como su hermano el Principe Maximiano, quedaua en Terrachina enfermo, de la mutacion, y con proposito de venirse à curar à Roma, y con autoridad disfraçada, y nombre trocado à buscarlos; pidiò consejo à Auristela, y à los demas de lo que haria: porque de la condicion de su hermano el Principe no podia esperar ningun blando acogimiẽto. Pasmòse Auristela con las no esperadas nueuas, desparecieronse en vn punto, assi las esperanças de guardar su in-

integridad, y buen proposito, como de alcançar por mas llano camino la compañia de su querido Periandro. Todos los demas circunstantes discurrieron en su imaginacion, que consejo darian à Periandro, y la primera que saliò con el suyo, aunque no se le pidieron, fue la rica, y enamorada Hipolita, que le ofreciò de lleuarle à Napoles con su hermana Auristela, y gastar con ellos cien mil, y mas ducados, que su hazienda valia: oyò este ofrecimiento Pirro el Calabrès, que alli estaua, que fue lo mismo que oir la sentencia irremisible de su muerte, que en los rufianes no engẽdra zelos el desden, sino el interès, y como este se perdia con los cuydados de Hipolita, por momentos iba tomando la desesperacion possessiõ de su alma, en la qual iba atesoràdo odio mortal contra Periandro, cuya gentileza, y gallardia, aunque era tan grande, como se ha dicho, à èl le parecia mucho mayor, porque es propia cõdicion del zeloso, parecerle magnificas, y grandes las acciones de sus ribales. Agradeciò Periandro à Hipolita; pero no admitiò su generoso ofrecimiento: los demas no tuuieron lugar de aconsejarle nada, porque llegarõ en aquel instante Rutilio, y Serafido, y entrambos à dos apenas huuieron visto à Periandro, quando corrieron à echarse à sus pies, porque la mudança del habito no le pudo mudar la de su gentileza: teniale abraçado Rutilio por la cintura, y Serafido por el cuello; lloraua Rutilio de placer, y Serafido de alegria. Todos los circunstantes estauan atentos, mirando el estraño, y gozoso recibimiento, solo en el coraçon de Pirro andaua la melancolia, atenazeandole con tenazas, mas ardiendo que si fueran de fuego, y llegò à tanto estremo el dolor que sintiò de ver engrandecido, y honrado à Periandro, que sin mirar lo que hazia, ò quizà mirãdolo muy bien, metiò mano à su espada, y por entre los braços de Serafido se la metiò à Periandro por el ombro derecho, con tal furia, y fuerça, que le saliò la punta por el izquierdo, atrauessando le, poco menos que al sosliyo, de parte à parte. La primera que vio el golpe, fue Hipolita, y la primera que gritò, fue su voz, diziendo: Ay traidor, enemigo mortal mio, y como has quitado la vi-

vida a quien no merecia perderla para siempre; abriò los braços Serafido, soltòle Rutilio, calientes ya en su derramada sangre, y cayò Periandro en los de Auristela, la qual faltandole la voz à la garganta, el aliento a los suspiros, y las lagrimas à los ojos, se le cayò la cabeça sobre el pecho, y los braços à vna, y otra parte. Este golpe, mas mortal en la apariencia, que en el efeto, suspendiò los animos de los circunstantes, y les robò la color de los rostros, dibuxandoles la muerte en ellos, que ya por la falta de la sangre à mas andar se entraua por la vida de Periandro, cuya falta amenazaua a todos el vltimo fin de sus dias; a lo menos Auristela la tenia entre los dientes, y la queria escupir de los labios. Serafido, y Antonio arremetieron a Pirro, y a despecho de su fiereza, y fuerças le asieron, y con gente que se llegò, le enbiaron a la prision, y el Gouernador de alli a quatro dias le mandò leuar à la horca, por incorregible, y asselsino, cuya muerte diò la vida a Hipolita, que viuiò desde alli adelante.

CAPITVLO XIV.

Del quarto libro.

ES Tan poca la seguridad con que se gozan los humanos gozos, que nadie se puede prometer en ellos vn minimo punto de firmeza. Auristela arrepẽtida de auer declarado su pensamiento à Periandro, boluiò à buscarle alegre, por pensar que en su mano, y en su arrepentimiento estaua el boluer a la parte que quisiesse la voluntad de Periandro, porque se imaginaua ser ella el clauo de la rueda de su fortuna, y la esfera del mouimiẽto de sus deseos, y no estaua engañada, pues ya los traia Periandro en disposicion de no salir de los de Auristela; pero mirad los engaños de la variable fortuna, Auristela en tan pequeño instante, como se ha visto, se vè otra de lo que antes era; pẽsaua reir, y està llorando; pẽsaua viuir, y ya se muere; creia gozar de la vista de Periãdro, y ofrecersele à los ojos la del Principe Maximino su hermano, que con muchos coches, y grande acompañamiento entraua en Roma por aquel camino de Terrachina, y lleuandole la vis-

ta el esquadrõ de gente, que rodeaua al herido Periãdro, llegò su coche à verlo, y saliò a recibirle Serafido, diziẽdole: O Principe Maximino, y que malas albricias espero de las nueuas que pienso darte; este herido que ves en los braços de esta hermosa donzella, es tu hermano Persiles, y ella es la sin par Sigismunda, hallada de tu diligencia à tiempo tan aspero, y en sazõ tan riguroſa, que te han quitado la ocasion de regalarlos, y te han puesto en la de lleuarlos à la sepultura. No irán solos, respondiò Maximino, que yo les haré compañia, segun vengo, y sacando la cabeça fuera del coche, conociò a su hermano, aunq̃ tinto, y lleno de la sangre de la herida; conociò assimismo à Sigismunda, por entre la perdida color de su rostro, porque el sobresalto que le turbò sus colores, no le afeò sus facciones: hermosa era Sigismunda antes de su desgracia; pero hermosissima estaua despues de auer caido en ella, que tal vez los accidentes del dolor suelen acrecentar la belleza. Dexòse caer del coche sobre los braços de Sigismunda, ya no Auristela, sino la Reyna de Frislanda, y en su imaginacion tambien Reyna de Tile, que estas mudanças tan estrañas caen debaxo de el poder de aquella que comunmente es llamada Fortuna, que no es otra cosa, sino vn firme disponer del cielo. Auiase partido Maximino con intencion de llegar à Roma a curarse con mejores Medicos que los de Terrachina, los quales le pronosticaron, que antes que en Roma entrasse, le auia de saltear la muerte, en esto mas verdaderos, y experimentados, que en saber curarle; verdad es que el mal que causa la mutacion pocos le saben curar. En efeto, frontero del Templo de San Pablo, en mitad de la campaña rasa, la fea muerte saliò al encuentro al gallardo Persiles, y le derribò en tierra, y enterrò à Maximino, el qual viendose à punto de muerte, con la mano derecha asiò la izquierda de su hermano, y se la llegò a los ojos, y con su izquierda le asiò de la derecha, y se la juntò con la de Sigismunda, y con voz turbada, y aliento mortal, y cansado, dixo: De vuestra honestidad, verdaderos hijos, y hermanos mios, creo que entre vosotros està por saber esto; aprieta, ò hermano, estos parpados, y cierrame

me estos ojos en perpetuo sueño, y con essotra mano aprieta la de Sigismunda, y sellala con el si, que quiero q̃ le des de esposo, y sean testigos desste casamiento la sangre que estàs derramando, y los amigos que te rodean, el Reyno de tus padres te queda, el de Sigismunda heredas, procura tener salud, y gozaos años infinitos. Estas palabras tan tiernas, tã alegres, y tan tristes, auiuaron los espiritus de Persiles, y obedeciẽdo al mandamiento de su hermano, apretandole la muerte, la mano le cerrò los ojos, y con la lengua, entre triste, y alegre pronunciò el si, y le diò, de ser su esposa à Sigismunda, hizo el sentimiento de la improuisa, y dolorosa muerte en los presentes, y començaron à ocupar los suspiros el aire, y à regar las lagrimas el suelo. Recogieron el cuerpo muerto de Maximino, y lleuaronle à S. Pablo, y el medio viuo de Persiles, en el coche de el muerto, le boluieron à curar à Roma, donde no hallaron à Belarminia, ni à Deleasir, que se auian ya ido à Francia con el Duque. Mucho sintiò Arnaldo el nueuo, y estrañò casamiento de Sigismunda, muchissimo le pesò de que se huuiessen mal logrado tãtos años de seruicio, de buenas obras hechas, en orden à gozar pacifico de su sin igual bellezas, y lo que mas le taraçana el alma, erã las no creidas razones del maldiciente Clodio, de quien èl a su despecho hazia tan manifiesta prueba: confuso, atonito, y espantado estuuo por irse, sin hablar palabra à Persiles, y Sigismunda, mas considerando ser Reyes, y la disculpa q̃ tenian, y que sola esta ventura estaua guardada para èl, determinò ir à verles, y assi lo hizo: fue muy bien recibido, y para que del todo no pudiesse estar quexoso, le ofrecieron à la Infanta Eufebia para su esposa, hermana de Sigismunda, à quien èl aceptò de buena gana, y se fuera luego con ellos, si no fuera por pedir licencia à su padre, que en los casamientos graues, y en todos, es justo se ajuste la voluntad de los hijos con la de los padres. Assistiò à la cura de la herida de su cuñado en esperãça, y dexandole sano, se fue à ver à su padre, y preuenir fiestas pàra la entrada de su esposa. Feliz Flora determinò de casarse con Antonio el Barbaro, por no atreuerse à viuir entre los parientes del que auia

ania muerto Antonio Croriano, y Ruperta, acabada su romeria, se boluieron à Frãcia, lleuando bien que contar del sucesso de la fingida Auristela. Bartolomè el Mãchego, y la Castellana Luisa se fueron à Napoles, donde se dize, que acabaron mal, porque no viuieron bien. Persiles depositò a su hermano en San Pablo; recogiò à todos sus criados, boluiò a visitar los Templos de Roma, acariciò à Constança, a quien Sigismunda diò la Cruz de diamantes, y la acompaño, hasta dexarla casada con el Conde su cuñado; y auiendo besado los pies al Pontifice, sossegò su espiritu, y cumpliò su voto, y viuiò en compañia de su esposo Persiles, hasta que viznietos le alargaron los dias, pues los viò en su larga, y felize posteridad.

FIN.

